COSAS QUE NUNCA DEJAMOS ATRÁS

LUCY SCORE

Si hay algo que tiene claro, es que no es su tipo. Para nada.

Knox prefiere vivir su vida tal y como se toma el café: solo. Pero todo cambia cuando llega a su pueblecito un terremoto llamado Naomi, una novia a la fuga en busca de su gemela, de la que lleva años sin saber nada. Lástima que su hermana le robe el coche y el dinero y la deje a cargo de una sobrina que no sabía que existía. Al ver cómo la vida de Naomi se va al traste, Knox decide hacer lo que mejor se le da: sacar a la gente de apuros. Después, volverá a su rutina solitaria… O ese es el plan.



Lucy Score

Cosas que nunca dejamos atrás

Knockemout - 1

ePub r1.0
Titivillus 27-10-2023

Título original: *We never got over*
Lucy Score, 2022
Traducción: Cristina Riera Carro & Eva García Salcedo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Josie, Jen y Claire, los corazones más valientes.

Cosas que nunca dejamos atrás

Lucy Score

Traducción de Cristina Riera y Eva García

Capítulo 1: El peor día de mi vida

Naomi

No tenía muy claras mis expectativas cuando entré en el Café Rev, pero sin duda, no esperaba encontrarme con una foto mía detrás de la caja registradora bajo una cálida bienvenida que rezaba: «No servir». Un imán amarillo de una cara enfadada la sostenía.

En primer lugar, nunca había pisado Knockemout, en Virginia, y menos aún había hecho nada que me hiciera merecer un castigo tan atroz como es verme privada de cafeína. En segundo lugar, ¿qué tenía que haber hecho una en este pueblecillo amargo para que su foto estuviera colgada, al estilo policial, en la cafetería local?

«Amargo». Ja. Como el café que había venido a buscar. Madre mía, si es que era graciosísima cuando estaba cansada hasta para pestañear.

Bueno, y en tercer lugar, se trataba de una fotografía que no me hacía ninguna justicia. Parecía que hubiese estado jugando con una cama solar y un delineador barato. Justo entonces, la realidad se abrió camino en mi mente exhausta, aturdida y pendiente de un hilo.

Por enésima vez, Tina había logrado hacerme la vida un poco más imposible. Y, teniendo en cuenta lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas, hasta me quedaba corta.

—¿En qué puedo…? —El hombre que había al otro lado del mostrador, el único que podía proporcionarme mi ansiado café con leche, dio un paso atrás y levantó dos manos grandes como platos —. Mira, no quiero problemas.

Era un tipo corpulento, de piel oscura y tersa, y con la cabeza, que tenía una bonita forma, rasurada. La barba bien recortada era blanca como la nieve, y

divisé un par de tatuajes que se asomaban por el cuello y las mangas del mono de trabajo. En ese uniforme tan curioso, llevaba bordado el nombre de Justice.

Lo obsequié con mi sonrisa más encantadora, pero gracias a que me había pasado la noche conduciendo y llorando con pestañas postizas, parecía más bien una mueca.

—No soy yo —dije, mientras señalaba la foto con una uña que llevaba una manicura francesa desgastada —. Me llamo Naomi, Naomi Witt.

El hombre me observó con los ojos entrecerrados antes de sacarse unas gafas del bolsillo delantero del mono y ponérselas. Pestañeó y me inspeccionó de pies a cabeza. Advertí el instante en el que se daba cuenta.

—Somos gemelas —le expliqué.

—Ostras, joder —murmuró mientras se pasaba una de esas manazas por la barba.

Justice no parecía del todo convencido. Lo entendía. Al fin y al cabo, ¿cuántas personas tenían una gemela diabólica?

—Es Tina. Mi hermana. Había quedado con ella aquí. — Aunque la razón por la que mi gemela, con quien no tenía una relación estrecha, me había pedido que nos viéramos en un establecimiento en el que claramente no era bienvenida era otro interrogante que estaba demasiado cansada para plantearme.

Justice no me quitaba el ojo de encima, y me di cuenta de que estaba centrado en mi pelo. Sin pensar, me atusé el cabello y una margarita mustia cayó al suelo con un revoloteo. «Ups». Tal vez debería haberme mirado en el espejo del motel antes de salir a la calle como una mujer despeinada y desquiciada que volvía de vete a saber tú qué festival de locos.

—Mira —reiteré. Metí la mano en el bolsillo de las mallas cortas que llevaba y le lancé el carné de conducir —. ¿Lo ves? Me llamo Naomi, y me encantaría que me sirvieras un café con leche enorme.

Justice agarró el documento, lo analizó y luego volvió a inspeccionar mi rostro. Al fin, su expresión estoica se diluyó y esbozó una amplia sonrisa.

—No me lo puedo creer. Es un placer conocerte, Naomi.

—Lo mismo digo, Justice. Y más si me vas a preparar el susodicho café.

—Te prepararé un café con leche que hará que se te pongan los pelos de punta — me prometió.

¿Un hombre que sabía cómo satisfacer mis necesidades más inmediatas y que lo hacía con una sonrisa? No pude evitar enamorarme un poco de él en ese preciso instante.

Mientras Justice se ponía manos a la obra, me dediqué a apreciar la cafetería. Estaba decorada con lo que parecía un estilo masculino y relacionado con el motor. Tenía las paredes de metal arrugado, estantes de un rojo brillante y el suelo de hormigón tintado. Todas las bebidas tenían nombres como Latte Línea Roja o Capuccino Bandera a Cuadros. Todo era monísimo.

Había un puñado de madrugadores aficionados al café sentados ante las mesitas redondas repartidas por el local. Todos me miraban como si no estuvieran nada contentos con mi presencia allí.

—¿Te gusta el sabor a arce y a beicon, bonita? — me gritó Justice desde la cafetera reluciente.

—Me encanta. Y más si es en una taza del tamaño de un cubo — le aseguré.

Su risa resonó por toda la cafetería y pareció relajar al resto de clientes, que volvieron a ignorarme.

Se abrió la puerta del local y me volví.

Esperaba ver a Tina, pero evidentemente, el hombre que entró a grandes zancadas no era mi hermana. Parecía más necesitado de cafeína que yo.

«Buenorro» sería una forma aceptable de describirlo. «Buenorro de cojones» sería más fiel a la realidad. Era lo bastante alto como para que, si me ponía mis tacones más vertiginosos, aun así tuviera que levantar la cabeza para que nos diéramos el lote: mi baremo oficial para medir la altura masculina. Su pelo formaba parte de la categoría rubio sucio, y lo llevaba corto por los lados y peinado hacia atrás por arriba, lo que sugería que tenía buen gusto y cierta destreza en su cuidado personal.

Ambas condiciones estaban en la parte alta de mi lista de razones para sentirme atraída por un hombre. Que tuviera barba era una incorporación reciente a la lista. Nunca había besado a un hombre con barba, y me asaltó un interés repentino e irracional de experimentarlo en algún momento. Entonces, me fijé en sus ojos. Eran de un tono azul grisáceo frío que me recordó al metal de las armas y a los glaciares.

Se dirigió hacia mí con aire resuelto y penetró en mi espacio personal como si pudiera hacerlo siempre que quisiera. Cuando cruzó sus brazos tatuados sobre su pecho ancho, ahogué un gritito.

«Madre mía».

—Creía que había dejado las cosas muy claras — bramó.

—Eh… ¿Cómo?

Estaba desconcertada. El hombre me fulminaba con la mirada, como si yo

fuera la peor villana de la historia de los *reality shows*, y, aun así, todavía quería verlo desnudo. No había demostrado un criterio sexual tan cuestionable desde que estaba en la universidad.

Eché las culpas al agotamiento y al dolor emocional.

Al otro lado del mostrador, Justice interrumpió la preparación de mi café con leche e hizo un gesto con ambas manos.

—Espera un momento —empezó.

—No pasa nada, Justice —le aseguré —. Tú sigue haciendo el café, ya me ocupo yo de este… señor.

A nuestro alrededor, la gente apartó las sillas de las mesas y me fijé en que todos y cada uno de los clientes se iban derechitos hacia la puerta, algunos con la taza todavía entre las manos. Ninguno me miró a los ojos mientras se iba.

—Knox, no es lo que crees — insistió Justice.

—Hoy no estoy para tonterías. ¡Lárgate de aquí! — ordenó el vikingo. Ese dios de la ira rubio y sensual bajaba en picado en mi lista de hombres *sexys*.

Me coloqué un dedo en el pecho.

—¿Yo?

—Basta ya de jueguecitos. Tienes cinco segundos para salir por la puerta y no volver jamás — anunció mientras se me acercaba todavía más, hasta que la punta de sus botas rozó mis dedos expuestos en las chanclas.

«Joder». De tan cerca, parecía que acabara de bajar de un barco saqueador vikingo… O de salir del rodaje de un anuncio de colonia, uno de esos raros y artísticos que no tenían ningún sentido y que anunciaban perfumes con nombres como Bestia Ignorante.

—Mire, señor. Ahora mismo estoy teniendo una crisis personal y lo único que trato de hacer es comprarme un café.

—Me cago en la hostia, Tina, ya te lo dije. Tienes prohibido venir aquí y acosar a Justice o a sus clientes otra vez, o te escoltaré personalmente hasta las afueras del pueblo.

—Knox…

Ese pedazo de hombre *sexy* y malhumorado alzó un dedo y lo dirigió hacia Justice.

—Espera un momento, tío, que parece que tengo que sacar la basura.

—¿La basura? —solté, con un grito ahogado. Creía que los de Virginia eran gente simpática. Pero apenas llevaba media hora en el pueblo y un vikingo con los modales de un troglodita ya me estaba importunando de muy malas maneras.

—Cariño, ya tienes el café preparado — anunció Justice mientras deslizaba un gran vaso para llevar sobre el mostrador de madera.

Mis ojos se clavaron en ese tesoro caliente y cargado de cafeína.

—Como pienses siquiera en agarrar ese vaso, vamos a tener un problema — espetó el vikingo en tono bajo y peligroso.

Pero ese Leif Erikson de pacotilla no sabía con quién se estaba metiendo hoy.

Toda mujer tiene su raya. Y la mía, que, la verdad sea dicha, estaba ya muy lejos, acababan de cruzarla.

—Como des un paso hacia el maravilloso café con leche que aquí mi amigo Justice acaba de preparar solo para mí, haré que te arrepientas del momento en que me conociste.

Soy maja. Según mis padres, siempre he sido buena. Y según un test de internet que hice hace dos semanas, tengo tendencia a querer complacer a todo el mundo. No se me daba de maravilla soltar amenazas.

El hombre entrecerró los ojos y me negué a fijarme en las arrugas *sexys* que se le formaron en las comisuras.

—Ya me arrepiento, y también se arrepiente todo el puto pueblo. ¿Crees que por cambiarte el peinado voy a olvidar todos los problemas que has causado? Lárgate de aquí y no vuelvas.

—Cree que eres Tina —terció Justice.

Me importaba un pimiento si ese imbécil creía que era una asesina en serie y caníbal. Me estaba impidiendo acceder a mi dosis de cafeína.

La bestia rubia volvió la cabeza hacia Justice.

—¿Qué cojones has querido decir con eso?

Antes de que mi querido amigo, que me guardaba el café, pudiera explicárselo, le clavé un dedo en el pecho al vikingo. No penetró demasiado, gracias a la obscena capa de músculo que tenía bajo la piel. Pero me aseguré de clavarle bien la uña.

—Ahora me vas a escuchar tú a mí — empecé —. Me da igual si crees que soy mi hermana o la rata que hizo aumentar el precio de los medicamentos antipalúdicos. Soy un ser humano que está teniendo una muy mala mañana después de que ayer fuera el peor día de su vida. No voy a seguir reprimiéndome, no puedo más. Así que será mejor que te apartes y me dejes en paz, vikingo.

Parecía completamente desconcertado, aunque solo duró unos segundos.

Consideré que había llegado el momento de tomarme mi café. Lo rodeé,

agarré el vaso, lo olisqueé y luego engullí el líquido de fuerza vital.

Bebí largos tragos, para que la cafeína obrara sus milagros mientras los sabores me estallaban en la boca. Estaba bastante segura de que el gemido inapropiado que oí entonces procedía de mi garganta, pero estaba demasiado cansada como para que me importara. Cuando finalmente bajé el vaso y me sequé los labios con el dorso de la mano, el vikingo seguía ahí plantado, mirándome.

Le di la espalda, dediqué una sonrisa a mi ídolo, Justice, y deslicé por encima del mostrador el billete de veinte dólares que guardaba para ocasiones en las que necesitara café urgentemente.

—Eres todo un artista. ¿Qué te debo por el mejor café con leche que he probado en la vida?

—Teniendo en cuenta la mañana que llevas, cielo, invita la casa — repuso él mientras me devolvía el carné de conducir y el billete.

—Ay, amigo, eres todo un caballero. A diferencia de otros. — Dirigí una mirada furibunda por encima del hombro donde el vikingo seguía de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados. Mientras daba otro sorbo al café, metí el billete de veinte en el tarro de las propinas —. Gracias por ser amable conmigo en el peor día de mi vida.

—Creía que eso había sido ayer — terció el mastodonte con el ceño fruncido.

El suspiro que solté mientras me volvía despacio era de puro cansancio.

—Claro, antes de conocerte. Así que ahora puedo decir que, aunque el día de ayer fue espantoso, el de hoy lo supera por muy poco. — De nuevo, me volví hacia Justice —. Siento que este imbécil te haya ahuyentado a la clientela. Pero volveré a buscar otro de estos muy pronto.

—Eso espero, Naomi —me respondió, y me guiñó el ojo.

Giré sobre los talones para irme y me topé con una roca de pecho masculino.

—¿Naomi? —preguntó.

—Quita. —Ser maleducada casi me hizo sentir bien por una vez en la vida; me gustó mostrarme firme.

—Te llamas Naomi —afirmó el vikingo.

Estaba demasiado ocupada tratando de fulminarlo con una mirada de odio puro como para responderle.

—¿No te llamas Tina? —insistió.

—Son gemelas, tío —le dijo Justice con cierto tono de diversión en la voz.

—No me jodas. —El vikingo se pasó una mano por el pelo.

—Me preocupa la poca vista que tiene tu amigo, eh — le comenté a Justice mientras señalaba la fotografía de Tina.

Tina se había teñido de rubia en algún momento durante la última década, lo que hacía más evidentes las diferencias que en otra época solo habían sido sutiles.

—Me he dejado las lentillas en casa — anunció.

—¿Y también la educación? — le espeté. La cafeína empezaba a llegarme a la sangre y notaba unas fuerzas renovadas para pelear.

Solo se dignó a responderme con una mirada arrogante. Suspiré.

—Quita de en medio, Leif Erikson.

—Me llamo Knox. ¿Qué haces aquí, por cierto?

«¿Qué nombre es ese? ¿De qué venía? ¿De Knox, Knox, quién es? ¿Era el diminutivo de algo? ¿De Knoxwell? ¿De Knoxathan?».

—No es asunto tuyo, Knox. Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo. De hecho, mi mera existencia no es asunto tuyo. Y ahora, si no te importa, aparta.

Tenía ganas de ponerme a chillar tan fuerte como pudiera todo el tiempo que fuera capaz. Y, aunque lo había intentado un par de veces en el coche, en el largo camino hacia aquí, no había servido de nada.

Por suerte, el precioso palurdo soltó un suspiro airado y optó por la opción correcta e inteligente — si quería conservar la vida — y se apartó. Salí de la cafetería y me enfrenté al calor sofocante del verano con toda la dignidad que fui capaz de reunir.

Si Tina quería verme, me encontraría en el motel. No tenía por qué quedarme aquí esperando a que me importunaran desconocidos que tenían la personalidad de un cactus.

Volvería a mi habitación lóbrega, me quitaría hasta la última horquilla del pelo y me ducharía hasta que se terminara el agua caliente. Y, luego, ya pensaría qué hacer.

Era un buen plan. Solo faltaba una cosa: el coche.

«Ay, no. El coche y el bolso».

El aparcabicis que había ante la cafetería seguía ahí. La lavandería automática y sus carteles relucientes en el escaparate seguían al otro lado de la calle, junto al taller mecánico. Pero mi coche no estaba donde lo había dejado.

La plaza de aparcamiento en la que lo había metido, justo delante de la

tienda de animales, estaba vacía.

Recorrí la manzana con la mirada. Pero no había ni rastro de mi querido y destartalado Volvo.

—¿Te has perdido?

Cerré los ojos y apreté la mandíbula.

—Largo. De. Aquí.

—¿Y ahora qué te pasa?

Giré sobre los talones y me encontré a Knox, que me observaba con atención, con un vaso de café en la mano.

—¿Que qué me pasa? —repetí.

Me entraron ganas de pegarle una patada en la espinilla y robarle el café.

—Oigo perfectamente, guapa. No tienes que gritar.

—Lo que me pasa es que mientras desperdiciaba cinco minutos de mi vida conociéndote, la grúa se ha llevado mi coche.

—¿Estás segura?

—No. Nunca sé dónde lo aparco. Lo dejo en cualquier sitio y me compro uno nuevo cuando no lo encuentro.

Me fulminó con la mirada.

Puse los ojos en blanco.

—Es evidente que es ironía. — Busqué el móvil antes de recordar que ya no tenía móvil.

—¿Quién se te ha meado en los cereales?

—La persona que te enseñó a preocuparte por los demás no lo hizo nada bien. — Sin mediar otra palabra, salí disparada a grandes zancadas hacia la que esperaba que fuera la dirección de la comisaría local.

No había llegado ante el siguiente establecimiento cuando una mano grande y firme me agarró del brazo.

Era por culpa de las pocas horas de sueño, de la herida emocional, me dije. Eran las únicas razones que explicaban el cosquilleo que me provocaba notar su mano.

—Para —me ordenó, un tanto hosco.

—Quita. La. Mano. —Sacudí el brazo con torpeza, pero solo sirvió para que me agarrara con más fuerza.

—Pues deja de alejarte.

Dejé de intentar zafarme.

—Te haré caso si tú dejas de comportarte como un imbécil.

Se le hincharon los orificios de la nariz cuando alzó la vista al cielo y me pareció oírlo contar.

—¿En serio te has puesto a contar hasta diez? — Me habían tratado mal a mí. Era yo la que tenía motivos para implorar paciencia al cielo.

Llegó hasta diez y, segundos después, seguía pareciendo enfadado.

—Si dejo de comportarme como un imbécil, ¿te quedarás quieta y podremos hablar un momento?

Di otro sorbo al café y me lo pensé.

—Tal vez.

—Te voy a soltar —me advirtió.

—Perfecto —respondí al instante.

Ambos clavamos los ojos en la mano que tenía en el brazo. Despacio, fue abriendo los dedos y me soltó, no sin que antes las yemas me acariciaran la piel sensible de la parte interior del brazo.

Se me puso la piel de gallina y recé para que él no se diera cuenta. Sobre todo porque, en mi cuerpo, la carne de gallina solía ir acompañada de una reacción puntiaguda de los pezones.

—¿Tienes frío? —Su mirada no se centraba ni en mi brazo ni en mi hombro, sino en mi pecho.

«Joder».

—Sí —mentí.

—Estamos a veintiocho grados y estás bebiendo café caliente.

—Si ya has terminado de hacerme un *mansplaining* sobre mi temperatura interna, me gustaría tratar de encontrar mi coche — le espeté y me crucé de brazos por encima de las traidoras de mis tetas —. ¿Tal vez podrías decirme hacia dónde tengo que ir para llegar al depósito municipal o a comisaría?

Me observó largo y tendido y, luego, negó con la cabeza.

—Ven, venga.

—¿Cómo dices?

—Yo te llevo.

—¡Ja! —Me atraganté con la carcajada. Deliraba si creía que me iba a meter en un coche con él por voluntad propia.

Todavía sacudía la cabeza cuando volvió a hablar:

—Venga, tortuga, que no tenemos todo el día.

Capítulo 2: Héroe a regañadientes

Knox

La mujer me miraba como si le hubiera propuesto que besara con lengua a una serpiente de cascabel.

Se suponía que, a estas horas, el día no debería haber empezado todavía, pero ya era oficialmente un día de mierda. La culpa era de ella. De ella y de la imbécil de su hermana, Tina.

También le echaba la culpa a Agatha, puesto que había sido quien me había mandado el mensaje para decirme que la «lianta» de Tina acababa de entrar en la cafetería.

Y aquí estaba ahora, cuando, como aquel que dice, aún era la puñetera madrugada, jugando como un imbécil a ser el segurata del pueblo y peleándome con una mujer que no conocía.

Naomi me miró pestañeando, como si volviera en sí.

—Me estás vacilando, ¿no?

Agatha tenía que ir al puto oculista si había confundido a esta morena cabreada con la cabrona de su hermana, teñida de rubio, bronceada y, encima, tatuada. Las diferencias entre una y otra eran más que evidentes, y eso que no llevaba las lentillas. Tina tenía la cara del mismo color y textura que un sofá de piel decrépito. Tenía una boca rígida encajonada entre profundas arrugas fruto de fumar dos paquetes al día y vivir con la sensación de que el mundo le debía algo.

Naomi, en cambio, no estaba tallada por el mismo patrón. El suyo tenía mucha más clase. Era alta, como su hermana. Pero en vez de tener esa pinta de fritura crujiente, tiraba más hacia las princesas Disney, con una melena densa del color de las castañas asadas. El pelo y las flores que llevaba trataban de escapar

de una especie de recogido elaborado. Tenía unas facciones más amables y una piel más pálida, y los labios eran rosados y carnosos. Sus ojos me recordaban al sotobosque y a campo abierto.

Mientras que Tina se vestía como si fuera la novia de un motorista que hubiese pasado por la trituradora de madera, Naomi llevaba unos pantalones cortos deportivos de alta calidad y una camiseta a juego sobre un cuerpo tonificado que prometía más de una sorpresa agradable.

Parecía el tipo de mujer que, solo con verme, se largaría en busca de la seguridad que pudiera ofrecerle el primer miembro de un consejo directivo ataviado con un polo de golf que encontrara.

Por suerte para ella, no me gustaban los melodramas. Ni las mujeres pijas y exigentes, ni las princesitas de mirada dulce que buscan un príncipe que las salve. No malgastaba mi tiempo con mujeres que querían algo más que no fuera pasárselo bien y unos cuantos orgasmos.

Pero como ya me había metido de lleno en esta situación, la había llamado «basura» y le había gritado, lo menos que podía hacer era terminar de forma rápida con todo esto. Y luego, me volvería a meter en la cama.

—No, no te estoy vacilando, joder — le espeté.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.

—No tienes coche —señalé.

—Gracias, don Evidente. Me he dado cuenta.

—A ver, para que quede claro: estás en un pueblo que no conoces. Te has quedado sin coche y prefieres que no te lleve porque…

—Porque has entrado en la cafetería y ¡te has puesto a chillarme! Luego me has seguido y sigues chillándome. Si me meto en un coche contigo es más probable que acabe descuartizada y desparramada por un desierto que no que llegue a mi destino.

—Aquí no hay desiertos. Pero sí unas cuantas montañas.

Su expresión insinuaba que no le parecía de ayuda ni gracioso.

Exhalé con los dientes apretados.

—Oye, estoy cansado. Me han avisado de que Tina había vuelto a liarla en la cafetería y eso es lo que creía que me estaba encontrando.

Se tomó un largo trago de café mientras miraba a un lado y a otro de la calle, como si se estuviera planteando huir corriendo.

—Olvídalo —le dije—. Derramarías todo el café.

Cuando abrió esos preciosos ojos castaños de par en par supe que había dado

en el clavo.

—Muy bien. Pero solo porque es el mejor café con leche que he probado nunca. Por cierto, ¿eso es lo que consideras una disculpa? Porque deberías saber que la forma en que le preguntas a la gente qué le pasa es una mierda ya de por sí.

—Era una explicación. O la tomas, o la dejas. — No perdía el tiempo haciendo cosas que no tenían importancia, como hablar por educación o disculparme.

Una moto tronó por la calle mientras Rob Zombie sonaba por los altavoces a todo volumen a pesar de que, a duras penas, eran las siete de la mañana. El tipo nos miró y aceleró el motor. Wraith ya había cumplido los setenta años, pero todavía era capaz de ligar lo que no está escrito con ese rollo de viejo tatuado que tenía. Intrigada, Naomi lo contempló con la boca abierta. Pero hoy no era el día en que la señorita Floricienta iba a explorar su lado más salvaje.

Le dediqué un gesto a Wraith que decía «lárgate», le arrebaté a Naomi su preciado café de la mano y empecé a caminar por la acera.

—¡Oye!

Me persiguió como sabía que haría. Podría haberla agarrado de la mano, pero no me había gustado la reacción que había tenido cuando la había tocado. Era una sensación complicada.

—Debería haberme quedado en la puta cama — musité.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —preguntó Naomi, corriendo para alcanzarme. Alargó la mano para agarrar el café, pero lo sostuve lejos de su alcance y seguí caminando.

—Si no quieres acabar atada de pies y manos en la parte trasera de la moto de Wraith, te sugiero que te metas en la camioneta.

La *hippie* despeinada farfulló comentarios poco halagadores sobre mi personalidad y mi anatomía.

—Mira, si eres capaz dejar de dar el coñazo durante cinco minutos, te llevaré a comisaría. Podrás recuperar el puñetero coche y desaparecer de mi vida.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes la personalidad de un puercoespín cabreado?

Hice caso omiso y seguí caminando.

—¿Cómo sé que no vas a tratar de atarme de pies y manos tú mismo? — preguntó.

Me detuve y le eché un vistazo de reojo.

—Mira, guapa, no eres mi tipo.

Puso los ojos en blanco con tanto ímpetu que no se le salieron de las cuencas y le rodaron por la acera de milagro.

—Ay, mira cómo lloro.

Bajé de la acera y abrí la puerta de copiloto de la *pick-up*.

—Sube.

—Cuánta caballerosidad… —se quejó.

—¿Caballerosidad?

—Significa…

—Madre mía. Ya sé lo que significa.

Y también sabía lo que significaba que ella lo usara en una conversación. Si hasta llevaba flores en el pelo, por Dios. Esta mujer era una romántica, otro punto en contra. Las románticas eran las mujeres de las que era más difícil deshacerse. Las más empalagosas, las que fingían llevar bien que no buscaras nada serio, pero a la vez maquinaban para convertirse en «la elegida», te engañaban para que conocieras a sus padres y a escondidas miraban vestidos de novia.

Como no parecía querer subirse, alargué el brazo y dejé el café en el portabebidas.

—Que sepas que no estoy nada contenta contigo en este momento — anunció.

El reducido espacio que había entre nuestros cuerpos estaba cargado de esa sensación que solía tener justo antes de una buena pelea de bar: peligrosa, llena de adrenalina. No me preocupé demasiado.

—Súbete a la puñetera camioneta.

Aun considerando que era un milagro cuando me obedeció, le cerré la puerta de golpe a pesar de su mala cara.

—¿Todo bien por ahí, Knox? — me preguntó Bud Nickelbee desde la puerta de su ferretería. Llevaba su uniforme habitual: el peto y una camiseta de Led Zeppelin. La cola que llevaba desde hacía treinta años le colgaba por la espalda, fina y canosa, lo que lo hacía parecer un George Carlin más gordo y menos gracioso.

—Todo bien. —Le aseguré.

Su mirada se posó en Naomi a través del parabrisas.

—Llámame si necesitas ayuda para esconder el cuerpo.

Me subí en el asiento del conductor y encendí el motor.

—Un testigo me ha visto subirme a la camioneta, así que, si yo fuera tú, me lo pensaría dos veces antes de matarme — dijo mientras señalaba a Bud, que seguía observándonos.

Era evidente que no había oído el comentario de este.

—No pensaba matarte —le espeté. «Por ahora».

Ya se había abrochado el cinturón y tenía las piernas cruzadas. Una chancla le colgaba del pulgar mientras movía el pie. Tenía moretones en las dos rodillas, y me di cuenta de que tenía un arañazo reciente en el antebrazo derecho. Me dije que no quería saber por qué e hice marcha atrás. La dejaría en la comisaría — esperaba que fuera lo bastante pronto para evitar a la persona que quería evitar — y me aseguraría de que recuperara su maldito coche. Con suerte, aún podría disfrutar de otra hora de sueño antes de tener que empezar el día de forma oficial.

—¿Sabes? —empezó—. Si alguien tiene que estar enfadado con el otro, esa debo ser yo. No te conozco de nada y aun así te pones a gritarme, me quitas el café y ahora casi me secuestras. No tienes ninguna razón para estar cabreado.

—No tienes ni idea, cielo. Tengo muchísimas razones para estar cabreado y casi todas están relacionadas con la inútil de tu hermana.

—Puede que Tina no sea la mejor de las personas, pero eso no te da derecho a ser tan irrespetuoso. Es mi hermana — resopló Naomi.

—Calificarla de «persona» es ser demasiado generoso. — Tina era un monstruo de primer nivel. Robaba, mentía, buscaba pelea, bebía demasiado, se duchaba demasiado poco y no le importaba en absoluto nadie más. Y todo porque creía que el mundo le debía algo.

—Mira, tío, no sé quién coño eres. Las únicas personas que pueden hablar así de ella somos yo, mis padres y la promoción de 2003 del instituto de Andersontown. Y, tal vez, también los bomberos de Andersontown. Pero solo porque se lo han ganado. Tú no te lo has ganado, y no necesito que te desquites conmigo de todos los problemas que tienes con mi hermana.

—Lo que tú digas —musité, con los dientes apretados.

Pasamos el resto del viaje en silencio. La comisaría de policía de Knockemout se encontraba a unas cuantas manzanas de la calle principal y compartía el edificio con la biblioteca municipal. Solo de verlo, me empezó a temblar el músculo de debajo del ojo.

En el aparcamiento había una furgoneta, un coche patrulla y una Harley Fat Boy. Ni rastro del todoterreno ligero del jefe. Gracias a Dios por estos pequeños

milagros.

—Venga, acabemos ya con esto.

—No hace falta que entres — resopló Naomi. Estaba mirando el vaso de café vacío con ojos de cordero degollado.

Con un gruñido, le pasé mi café, que casi no había ni tocado.

—Te voy a acompañar al mostrador, me aseguraré de que te devuelvan el coche y, luego, no volveré a verte nunca más.

—Perfecto. Pero no te voy a dar las gracias.

No me molesté en responderle porque estaba demasiado ocupado dirigiéndome a la puerta principal y haciendo caso omiso de las enormes letras doradas que había encima.

—Edificio Municipal Knox Morgan.

Fingí no haberla oído y dejé que la puerta de cristal se cerrara a mis espaldas.

—¿Hay más de un Knox en el pueblo? — preguntó mientras abría la puerta de un tirón y seguía mis pasos.

—No —contesté, con la esperanza de que eso pusiera fin a la retahíla de preguntas que no tenía ganas de responder.

El edificio era relativamente nuevo, tenía un montón de cristal, pasillos anchos y aún olía a pintura.

—Entonces, ¿el edificio tiene tu nombre? — insistió, corriendo para mantener el ritmo.

—Supongo. —Abrí otra puerta que quedaba a la derecha y le indiqué con un gesto que pasara.

La comisaría de policía de Knockemout parecía más bien uno de esos espacios de *coworking* que a los hípsteres les encantaba, y no una comisaría de verdad. Había molestado mucho a los chicos y chicas de uniforme, que se enorgullecían de su búnker mohoso y en mal estado, con los fluorescentes intermitentes y la moqueta manchada tras acoger durante décadas a delincuentes.

Su fastidio cuando habían visto la pintura brillante y el nuevo y elegante mobiliario de oficina era lo único que no detestaba del edificio.

El departamento de policía de Knockemout hizo todo lo posible para redescubrir sus raíces: erigir grandes torres de carpetas y documentos sobre los escritorios de bambú de altura regulable, y pasarse el día preparando café demasiado barato y fuerte. Había una caja abierta de donuts pasados en el mostrador y huellas de azúcar glas por todos lados. Pero hasta ahora, nada había deslustrado el brillo del puto Edificio Knox Morgan.

El sargento Grave Hopper estaba ante su escritorio removiendo el medio kilo de azúcar que se había echado en el café. Miembro reformado de un club de motoristas, ahora pasaba las noches de entre semana entrenando al equipo de *softball* de su hija, y las de los fines de semana, cortando césped. El suyo y el de su suegra. Pero una vez al año, hacía subir a su mujer a la moto y se iban para revivir la época gloriosa de recorrer carreteras.

Nos vio y a punto estuvo de derramarse por encima toda la taza.

—¿Qué pasa, Knox? —preguntó Gave, que miraba sin disimulo a Naomi.

No era ningún secreto que procuraba tener la mínima relación posible con el departamento de policía. Y tampoco era una novedad que Tina comportaba el tipo de problemas que yo no toleraba.

—Ella es Naomi. La gemela de Tina — le expliqué —. Acaba de llegar al pueblo y dice que la grúa se le ha llevado el coche. ¿Lo tenéis ahí detrás?

El departamento de policía de Knockemout tenía cosas más importantes de las que preocuparse que el aparcamiento, y dejaba que sus habitantes aparcaran donde les diera la gana, cuando les diera la gana, siempre y cuando no fuera directamente en la acera.

—Ahora volveremos a lo de las gemelas — me advirtió Grave mientras nos señalaba con el palito de remover el café —. Pero antes te diré que, de momento, estoy solo yo, y no me he llevado ningún coche.

«Mierda». Me pasé una mano por el pelo.

—Si usted no ha sido, ¿se le ocurre quién podría haberlo hecho? — preguntó Naomi, esperanzada.

Claro que sí. Soy yo el que la ayuda y la trae hasta aquí, pero el canoso de Grave es el que se lleva la sonrisa y la amabilidad.

Grave, el muy cabrón, prestaba suma atención a todas sus palabras y le sonreía como si Naomi fuera un pastel de chocolate de siete capas.

—Bueno, pues, Tin…, quiero decir, Naomi — empezó Grave —. Tal y como yo lo veo, podrían haber pasado dos cosas. Uno: has olvidado dónde has aparcado. Pero en una chica como tú, en un pueblo tan pequeño como este, no me parece probable.

—No, claro que no. —Coincidió ella, con cordialidad, sin llamarlo don Evidente.

—Y dos: alguien te ha robado el coche.

A tomar por culo mi hora de sueño.

—He aparcado justo delante de la tienda de animales porque estaba cerca de

la cafetería en la que se suponía que tenía que encontrarme con mi hermana.

Grave me miró y asentí. Sería mejor acabar con esto y arrancar la tirita de golpe.

—Entonces, ¿Tina sabía que venías y sabía dónde estarías? — preguntó.

Naomi no pillaba lo que el policía quería dar a entender. Asintió, con ojos abiertos y aire esperanzado.

—Sí. Me llamó ayer por la noche. Me dijo que tenía un problema y que necesitaba que nos viéramos en la cafetería Rev a las siete, hoy por la mañana.

—Bueno, bueno, querida —carraspeó Grave —. No quiero poner en entredicho lo que dices, claro, pero ¿podría ser que…?

—La cabrona de tu hermana te ha robado el coche — tercié yo.

Los ojos de color avellana de Naomi me fulminaron. Ya no parecía esperanzada ni amable. No. Parecía como si estuviera a punto de cometer un delito menor, tal vez incluso un delito grave.

—Me temo que es posible que Knox tenga razón — dijo Grave —. Tu hermana ha estado creando problemas desde el día en que llegó al pueblo, hace un año. Lo más probable es que no sea el primer coche que se agencia.

Se le hincharon las narinas con delicadeza. Se llevó mi café a los labios, dio unos cuantos tragos con determinación y luego tiró el vaso vacío en la basura que había junto al escritorio.

—Gracias por su ayuda. Si ven un Volvo azul con una pegatina en el parachoques que pone «Es importante ser amable», por favor, avísenme.

«Por Dios».

—Supongo que no tendrás una de esas aplicaciones que te dice dónde tienes el coche, ¿verdad? — le preguntó Grave.

Se llevó la mano al bolsillo, pero se detuvo y cerró los ojos un segundo.

—La tenía.

—¿Y ahora ya no?

—No tengo móvil. Se me… rompió ayer por la noche.

—No pasa nada. Puedo dar el aviso para que los agentes estén al tanto, si me das el número de matrícula — sugirió Grave, que le ofreció un trozo de papel y un bolígrafo.

Ella los agarró y empezó a escribir con una letra cursiva pronunciada y pulcra.

—Deja también tu información de contacto, dónde te hospedas y eso, para que Nash o yo podamos ir informándote.

Oír el nombre me hizo apretar los dientes.

—Será un placer —dijo Naomi, aunque parecía justo lo contrario.

—Eh… ¿Y no tienes un marido o un novio del que también puedas ponernos los datos de contacto?

Lo fulminé con la mirada.

Naomi negó con la cabeza.

—No.

—¿Y una mujer o una novia? — Volvió a intentarlo.

—Estoy soltera —dijo ella, pero sonó lo bastante insegura como para que me picara la curiosidad.

—Fíjate tú, nuestro jefe también — comentó Grave con toda la inocencia con que podía sonar un motero de metro ochenta con antecedentes penales.

—¿Podemos llegar ya a la parte en que le dices a Naomi que te pondrás en contacto con ella si encontráis su coche, aunque todos sabemos que no será así? — le espeté.

—No, con esa actitud seguro que no — me reprendió ella.

Era la última vez que rescataba a alguien, joder. No era mi trabajo. No era mi responsabilidad. Y, encima, lo estaba pagando con horas de descanso.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por aquí? — le preguntó mientras Naomi escribía su información en el papel.

—Solo el tiempo que me lleve encontrar a mi hermana y matarla — respondió. Cerró el bolígrafo y le entregó el papel —. Muchas gracias por su ayuda, sargento.

—Un placer.

Naomi se volvió para mirarme. Nuestros ojos se encontraron unos segundos.

—Knox.

—Naomi.

Y, tras eso, se fue de la comisaría.

—¿Cómo pueden parecerse tanto dos hermanas y, a la vez, no tener nada en común? — se preguntó Grave.

—No quiero saberlo —repuse, con sinceridad, y me fui tras ella.

Me la encontré dando vueltas y musitando para sí ante la rampa para sillas de ruedas.

—¿Qué plan tienes ahora? —le pregunté, resignado.

Me miró e hizo morritos.

—¿Plan? —repitió y se le rompió la voz.

Se me activó el instinto que gritaba «sal corriendo de aquí». Detestaba a más no poder las lágrimas, sobre todo las lágrimas de persuasión femenina. Una mujer que lloraba me hacía sentir como si me estuvieran haciendo pedazos por dentro. Era un arma en mi contra que nunca sería de dominio público.

—No llores —le ordené.

Tenía la mirada vidriosa.

—¿Llorar? No voy a llorar.

Mentía de puta pena.

—Que no llores, joder. Solo es un coche, y tu hermana es una zorra. Ni lo uno ni la otra se merecen que llores por ellos.

Pestañeó a toda velocidad y no supe decir si iba a llorar o a gritarme otra vez. Pero me sorprendió, porque no hizo ninguna de las dos cosas. Se irguió y asintió.

—Tienes razón. Solo es un coche. Puedo pedir tarjetas de crédito nuevas, comprarme un bolso nuevo y conseguir nuevas reservas de salsa de miel y mostaza.

—Dime adónde tienes que ir y te llevo. Puedes alquilar un coche. — Señalé la camioneta con el pulgar.

Miró a un lado y a otro de la calle, otra vez. Seguro que esperaba que apareciera un héroe de traje y corbata. Como no apareció ninguno, suspiró.

—Tengo una habitación en el motel.

En este pueblo solo había un motel, un antro de una planta y una sola estrella que no tenía ni nombre oficial. Me impresionó que se hubiera registrado, y todo. Volvimos a la camioneta en silencio. Su hombro me rozó el brazo y noté que la piel me ardía. Volví a abrirle la puerta del copiloto. No porque fuera un caballero, sino porque a una retorcida parte de mí le gustaba estar cerca de ella.

Esperé a que se hubiera abrochado el cinturón, cerré la puerta y rodeé el vehículo.

—¿Salsa de miel y mostaza?

Me miró de reojo mientras yo tomaba asiento.

—¿Recuerdas aquel chico que chocó con el guardarraíl un invierno hace unos cuantos años?

Me sonaba vagamente.

—Durante tres días, solo se alimentó de paquetes de kétchup que tenía en el coche.

—¿Y tienes previsto chocar con un guardarraíl?

—No, pero me gusta ir preparada. Y no me gusta el kétchup.

Capítulo 3: Una delincuente pequeñita

Naomi

—¿Cuál es tu habitación? — me preguntó Knox. Me di cuenta de que ya habíamos llegado al motel.

—¿Por qué? —respondí, con recelo.

Exhaló despacio como si estuviera perdiendo la paciencia.

—Para que pueda dejarte frente a la puerta.

«Ah».

—La nueve.

—¿Y dejas la puerta abierta? — me preguntó, al cabo de un segundo y frunció los labios.

—Sí, claro. Es típico en Long Island — le espeté —. Así demostramos a los vecinos que confiamos en ellos.

Me lanzó otra de sus miradas largas y malhumoradas.

—Claro que no la he dejado abierta, la he cerrado con llave.

Entonces señaló a la puerta número nueve.

Estaba entreabierta.

—Ostras.

Detuvo la camioneta y echó el freno de mano, con más fuerza de la necesaria, para dejarla donde estaba, en medio del aparcamiento.

—Quédate aquí.

Parpadeé cuando se bajó del vehículo y se acercó sigilosamente a mi habitación. Mis ojos cansados se posaron sobre esos vaqueros desgastados y se clavaron en ese culo espectacular mientras él se encaminaba hacia la puerta. Hipnotizada durante unas cuantas de sus largas zancadas, tardé un par de

minutos en recordar qué había dejado en esa habitación y lo mucho que no quería que Knox, de entre todas las personas, lo viera.

—¡Espera! —Bajé de la camioneta de un salto y lo seguí corriendo, pero él no se detuvo, ni siquiera aminoró el paso.

En un intento desesperado, aceleré y salté delante de él. Se chocó con la mano que alcé.

—Aparta tu culo, Naomi —me ordenó.

Como no obedecí, me colocó una mano en el estómago y me hizo retroceder hasta que me dejó delante de la habitación número ocho. No sabía en qué me convertía el hecho que me gustara que me hubiera puesto la mano ahí.

—No tienes por qué entrar — insistí —. Seguro que es el servicio de habitaciones.

—¿Te parece a ti que este sitio tiene servicio de habitaciones?

Razón no le faltaba. El motel tenía una pinta que cualquiera diría que deberían ofrecer vacunas contra el tétanos en vez de muestras de champú.

—Quédate ahí —repitió y volvió a dirigirse hacia la puerta abierta.

—Mierda —susurré, cuando la abrió de par en par. Solo tardé dos segundos en seguirlo al interior.

A decir poco, la habitación ya era un tanto desagradable cuando me había registrado y había entrado hacía menos de una hora. El papel de pared naranja y marrón se estaba despegando en grandes franjas. La moqueta era de un verde oscuro que parecía que estuviera hecha de estropajo. Los artefactos del baño eran del mismo tono que la Pantera Rosa y en la ducha faltaban unos cuantos azulejos.

Sin embargo, era la única opción que tenía en treinta kilómetros a la redonda, y había pensado que podría pasar sin comodidades un par de noches. Además, en aquel momento me dije: «No será tan malo». Pues, al parecer, podía ser peor. Desde que me había registrado en la recepción, había guardado la maleta, había conectado el portátil y me había ido para encontrarme con Tina, alguien había entrado y había saqueado mi habitación.

Mi maleta estaba tendida en el suelo, con parte de su contenido desparramado por la moqueta. Los cajones del tocador estaban abiertos, igual que las puertas del armario. Mi portátil había desaparecido. También el monedero con cremallera lleno de dinero en efectivo que había escondido en la maleta.

Habían garabateado «Pringada» en el espejo del baño con mi pintalabios

favorito. La ironía era que lo único que no quería que viera el vikingo gruñón, algo que valía más que cualquier otra cosa que me hubieran robado, seguía hecho un rebujo en un rincón.

Y, lo peor de todo, la ladrona estaba sentada en la cama, con unas zapatillas deportivas sucias enredadas con las sábanas. Estaba mirando una película sobre desastres naturales. No se me daba muy bien adivinar edades, pero estaba segura de que podría clasificarla en el grupo Niña/Preadolescente.

—Hola, Way —dijo Knox, en tono grave.

Los ojos azules de la niña se apartaron de la pantalla para mirarlo antes de volver a centrarlos en el televisor.

—Hola, Knox.

Este era un pueblo pequeño. Y, cómo no, el gruñón oficial y la delincuente infantil se conocían.

—Muy bien, mira —dije mientras daba la vuelta a Knox y me colocaba estratégicamente delante de aquello que estaba en el rincón y sobre lo que no quería tener que dar explicaciones —. No sé si las leyes contra la explotación infantil son distintas en Virginia. Pero he pedido un cojín extra, no que me robara una delincuente pequeñita.

La niña no se dignó ni a echarme un vistazo.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó Knox, haciéndome caso omiso.

Volvió a encogerse de hombros.

—Se ha ido —respondió—. ¿Quién es tu amiga?

—Es tu tía Naomi.

No parecía impactada. Yo, en cambio, seguro que parecía que me hubiesen acabado de disparar desde un cañón contra una pared de ladrillos.

—¿Cómo qué tía? —repetí mientras sacudía la cabeza con la esperanza de oír mejor. Otro pétalo de margarita mustio cayó de lo que quedaba de mi recogido y revoloteó hasta el suelo.

—Creía que estabas muerta — comentó la niña mientras me observaba con poco interés —. Bonito pelo.

—¿Cómo que tía? —insistí.

Knox se volvió hacia mí.

—Waylay es la niña de Tina — me explicó despacio.

—¿De Tina? —repetí como un loro y con voz ronca.

—Y parece que tu hermana se ha agenciado tus cosas — observó.

—Ha dicho que casi todo era pura mierda — terció la niña.

Parpadeé a toda velocidad. Mi hermana no solo me había robado el coche, sino que había entrado en mi habitación del motel, la había saqueado y había abandonado a una sobrina que ni siquiera sabía que existía.

—¿Está bien, esta? —preguntó Waylay, sin apartar los ojos del tornado que ocupaba la pantalla.

«Esta» debía de ser yo. Y, sin duda, no estaba nada bien.

Agarré un cojín de la cama.

—¿Me disculpáis un segundo? — dije, con voz aguda.

Sin esperar una respuesta, me largué de la habitación y salí al caluroso sol de Virginia. Las aves piaban. Dos motoristas pasaron junto al motel precedidos por el rugido del motor. Al otro lado de la calle, una pareja mayor bajaba de una camioneta y se dirigía a la cafetería para desayunar.

¿Cómo se atrevía el mundo a seguir con sus rutinas cuando mi vida acababa de implosionar?

Me llevé el cojín a la cara y liberé el grito que hacía rato que reprimía.

La mente me iba a dos mil por hora, como una centrifugadora con turbo. Warner tenía razón: las personas no cambiaban. Mi hermana seguía siendo una persona horrible y yo seguía siendo lo bastante ingenua como para creerme sus mentiras. Me había quedado sin coche, sin bolso y sin portátil. Y eso sin contar el dinero que había traído para ella. Desde ayer por la noche, me había quedado sin trabajo. Tampoco estaba de camino a París, lo que era mi plan hacía veinticuatro horas. Mi familia y amigos creían que había perdido la cabeza. Me habían destrozado mi pintalabios favorito para escribir en el espejo de un baño. Y ahora tenía una sobrina cuya infancia me había perdido de principio a fin.

Inspiré hondo y, antes de bajar el cojín, solté un último grito para terminar de desahogarme.

—Bien. Puedes resolverlo. Puedes arreglarlo.

—¿Has acabado de darte ánimos?

Giré sobre los talones y me encontré a Knox apoyado en el marco de la puerta, con los brazos tatuados cruzados sobre el pecho fornido.

—Sí —repuse y erguí la espalda—. ¿Cuántos años tiene?

—Once.

Asentí, le lancé el cojín y volví a entrar a la habitación con paso resuelto.

—Bueno, Waylay… —empecé.

Le vi cierto parecido en la nariz respingona y en el hoyuelo de la barbilla. Tenía las mismas piernas de potrillo que su madre y yo teníamos a su edad.

—Bueno, tía Naomi…

—¿Te ha dicho tu madre cuándo iba a volver?

—No.

—¿Dónde vivís, cielo? —le pregunté.

Tal vez Tina estuviera allí ahora, repasando su botín y pensando qué valía la pena quedarse y qué podía destrozar solo por placer.

—En Hillside Acres —respondió mientras trataba de mirar por detrás de mí para ver mejor el tornado que vomitaba vacas en la pantalla del televisor.

—Sal un minuto —anunció Knox y señaló la puerta con la cabeza.

Al parecer, yo tenía todo el tiempo del mundo. Todo el tiempo del mundo y ni la más remota idea de qué debía hacer. No había definido el paso siguiente, ni una lista de pendientes en la que hubiera cuantificado y organizado todo mi mundo en enumeraciones pulcras y claras. Solo tenía una crisis, y un buen lío entre manos, y un desastre total.

—Claro —respondí, con un tono que solo parecía levemente histérico.

Esperó a que pasara por delante de él y luego salió tras de mí. Cuando me detuve, siguió caminando hacia la destartalada máquina de refrescos que había junto a la recepción.

—¿En serio quieres que te compre un refresco ahora mismo? — le pregunté, desconcertada.

—No. Estoy tratando de alejarme lo suficiente para que la niña, que todavía no se ha dado cuenta de que la han abandonado, no nos oiga — me espetó.

Lo seguí.

—Tal vez Tina vuelva —sugerí.

Se detuvo y se giró hacia mí.

—Way ha dicho que Tina no le ha dado ninguna explicación. Solo que tenía que ocuparse de algo y que va a estar fuera mucho tiempo.

¿Mucho tiempo? ¿Cuánto era mucho tiempo en los puñeteros términos de Tina? ¿Un fin de semana? ¿Una semana? ¿Un mes?

—Ay, madre. Mis padres. —Esto los dejaría destrozados. Como si lo que yo había hecho ayer no los hubiera afectado lo bastante ya. Anoche, mientras conducía por la autopista de Pensilvania, había logrado convencerlos de que estaba bien y de que no se trataba de una crisis de los casi cuarenta. Y les había hecho prometerme que no cambiarían sus planes por mí. Esta mañana se habían ido a disfrutar de un crucero por el Mediterráneo que duraría tres semanas. Eran

las primeras vacaciones internacionales que hacían juntos, no quería que mis problemas ni los desastres de Tina se las arruinaran.

—¿Qué vas a hacer con la niña? — Knox señaló la habitación con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Naomi, cuando la policía descubra que Tina se ha pirado y ha dejado a Waylay aquí, irá derechita a servicios sociales.

Negué con la cabeza.

—Soy su familiar más cercana que no es una delincuente. Ahora es mi responsabilidad. — Igual que con todos los líos en los que se había metido Tina hasta que cumplimos los dieciocho.

Me dedicó una mirada larga y severa.

—¿Así de fácil?

—Es mi familia. —Además, tampoco es que tuviera un montón de cosas que atender ahora mismo. Prácticamente se podría decir que iba a la deriva. Por primera vez en mi vida, no tenía ningún plan. Y eso hacía que me cagara de miedo.

—Familia. —Soltó una risotada como si mi argumento fuera de locos.

—Oye, Knox, gracias por los gritos, los viajes en coche y el café. Pero como puedes ver, tengo que solucionar cierta situación. Así que será mejor que vuelvas a la cueva de la que has salido esta mañana.

—No me voy a ninguna parte.

Volvimos a intercambiar miradas fulminantes en un silencio cargado de electricidad. Esta vez, fue él quien lo rompió.

—No me vengas con rodeos, Flor. ¿Qué vas a hacer?

—¿Flor?

Alargó una mano y me arrancó un pétalo del pelo con dos dedos.

Le aparté la mano de un golpe y retrocedí para poder pensar.

—De acuerdo. Lo primero que tengo que hacer es… — Llamar a mis padres seguro que no. Y no quería involucrar a la policía (de nuevo), a no ser que fuera absolutamente necesario. ¿Y si Tina aparecía dentro de una hora? Tal vez lo primero que tenía que hacer era ir a buscar más café.

—Llamar a la puñetera policía y denunciar el robo y el abandono de una menor — dijo Knox.

—Es mi hermana. Además, ¿y si se presenta aquí dentro de una hora?

—Te ha robado el coche y ha abandonado a su hija. No se merece una puta oportunidad.

Este hombre cascarrabias y tatuado tenía razón. Y no me gustaba un pelo.

—¡Ah! Muy bien, de acuerdo, déjame pensar. ¿Me prestas tu teléfono?

Se quedó en su sitio, mirándome, sin moverse.

—Por el amor de Dios, no te lo voy a robar. Solo necesito hacer una llamada.

Con un suspiro de resignación, se llevó la mano al bolsillo y sacó el móvil.

—Gracias —le dije, con énfasis, y luego volví a grandes zancadas a la habitación.

Waylay seguía mirando la película, ahora con las manos unidas en la nuca. Rebusqué en la maleta hasta encontrar la libreta y volví a salir.

—¿Llevas una libreta con los números de teléfono a todas partes?

Knox observaba por encima de mi hombro. Lo hice callar con un gesto y marqué el número.

—¿Qué cojones quieres?

La voz de mi hermana siempre me hacía encogerme.

—Una explicación, para empezar — le espeté —. ¿Dónde estás?

—¿Dónde estás? —me imitó con esa voz aguda de Teleñeco que siempre había detestado.

Oí una larga exhalación.

—¿Estás fumando en mi coche?

—Yo diría que ahora ya es mi coche.

—Mira, ¿sabes qué? Da igual el coche. Hay cosas más importantes de las que hablar. ¡Tienes una hija! Una hija que has abandonado en la habitación de un motel.

—Tengo cosas que hacer. No puedo permitir que una cría me retenga durante un tiempo. Tengo algo grande entre manos y sería un estorbo. He pensado que podía quedarse con la santita de su tía hasta que vuelva.

Estaba tan furiosa que solo pude farfullar de la rabia. Knox me arrancó el teléfono de la oreja.

—Escúchame bien, Tina: tienes treinta minutos clavados para volver aquí o voy a llamar a la policía, hostias.

Contemplé cómo su expresión se endurecía, apretaba la mandíbula y se le formaban huequecitos bajo los pómulos. Su mirada se volvió tan gélida que me asaltó un escalofrío.

—Como siempre, estás siendo una idiota de remate — siguió —. Recuerda que la próxima vez que te pille la policía, tendrás una orden de detención. Y eso

significa que te van a meter entre rejas, y dudo que haya nadie que se dé prisa para sacarte de ahí.

Hizo una pausa durante unos segundos y luego añadió:

—Sí. Que te jodan a ti también.

Soltó una maldición y bajó el teléfono.

—Exactamente, ¿cómo de bien os conocéis tú y mi hermana? — le pregunté.

—Tina ha sido un dolor de cabeza para todo el mundo desde que apareció en el pueblo hace un año. Siempre buscando el dinero fácil, probó la estratagema de resbalar y denunciar en alguno de los comercios locales, incluida la cafetería de tu amigo Justice. Cada vez que se hace con algo de dinero, pilla unas borracheras alucinantes y causa estragos por todo el pueblo. Delitos menores, vandalismo.

Sí, todo aquello sonaba a algo típico de mi hermana.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté, sin querer saber la respuesta.

—Me ha dicho que le importa una mierda que llamemos a la policía, que no piensa volver.

—¿Eso te ha dicho? —Siempre había querido tener hijos. Pero no de esta forma. No a las puertas de la pubertad, cuando los años de formación ya habían pasado.

—Ha dicho que volvería cuando le diera la gana — repuso mientras tecleaba en el móvil.

Había cosas que no cambiaban nunca. Mi hermana siempre había marcado sus propias normas. Cuando era bebé, dormía durante el día y estaba despierta toda la noche. Cuando era una niña pequeña, la echaron de tres guarderías por morder. Y cuando tuvo edad de ir a la escuela, bueno, empezó otro historial lleno de rebeldía.

—¿Qué haces? —le pregunté a Knox cuando este se llevó el teléfono a la oreja.

—Lo último que quería hacer — dijo, arrastrando las palabras.

—¿Comprar entradas para ir a ver un espectáculo de *ballet*? — planteé como hipótesis.

No respondió; se encaminó hacia el aparcamiento con una postura rígida. No oía todo lo que decía, pero había muchos «que te jodan» y «vete a la mierda». Añadí «educación telefónica» a la lista cada vez más larga de las cosas que se le daban mal a Knox Morgan. Cuando regresó, parecía incluso más enfadado. Me ignoró, sacó la cartera y luego unos cuantos billetes que metió en la máquina de refrescos.

—¿Qué quieres? —musitó.

—Eh… Agua, por favor.

Apretó los botones con más fuerza de la que me parecía necesaria. Una botella de agua y dos latas amarillas de refresco cayeron al suelo.

—Toma. —Me dio el agua de malas maneras y se encaminó hacia la habitación.

—Eh… ¿Gracias? —le grité a su nuca.

Me pasé medio minuto debatiéndome entre si debía o no ponerme a caminar hasta que descubriera una nueva realidad que fuera menos espantosa. Pero no era más que un ejercicio mental: no iba a darle la espalda. Ahora tenía una nueva responsabilidad y, con ella, tal vez encontrara un nuevo norte en la vida. Tal vez.

Volví a la habitación y me encontré a Knox examinando la cerradura de la puerta.

—Qué poca delicadeza —se quejó.

—Ya le dije que debería haberlo hecho con una horquilla — comentó Waylay mientras abría su refresco.

—No son ni las ocho de la mañana y ya le has dado un refresco — le dije a Knox entre dientes, y adopté mi posición de guardia ante el montículo del rincón.

Knox me miró, y luego a lo que había a mi espalda. Nerviosa, abrí los brazos y traté de taparle la vista.

—¿Es una especie de mantel? — me preguntó con los ojos clavados detrás de mí.

—Es un vestido de novia —anunció Waylay —. Mamá dijo que era horrible.

—Ya, bueno, Tina no sabría lo que es tener buen gusto ni aunque le dieran un golpe en la cabeza con un Birkin — salté, a la defensiva.

—¿El vestido significa que tengo un tío en alguna parte? — preguntó la niña, y señaló con la cabeza a la pila de encaje y enaguas que en otro momento me había hecho sentir como una princesa de cuento, pero que ahora solo me hacía sentir idiota.

—No —contesté, con firmeza.

Knox alzó levemente las cejas.

—¿Decidiste llevarte un vestido de novia de viaje?

—Lleva un recogido como si hubiese ido a algún sitio pijo — caviló Waylay mientras me observaba.

—Sí que lo parece —coincidió Knox, que se cruzó de brazos con aire

divertido.

No me hizo ninguna gracia que se compincharan en mi contra.

—No nos preocupemos tanto por mi pelo y mi vestido, sino por qué vamos a hacer ahora — sugerí —. Waylay, ¿te ha dicho algo tu madre sobre adónde iba?

La niña centró la vista en la pantalla y se encogió de hombros.

—Ni idea. Solo dijo que ahora yo era problema tuyo.

No supe qué decir. Por suerte, no tuve que responder, porque unos toques rápidos y enérgicos en la puerta nos hicieron mirar de golpe al umbral.

El hombre que había allí me dejó sin aliento. No sé qué tendría el agua de Knockemout, porque ¡menudos hombres! Iba vestido con un uniforme azul oscuro y llevaba una placa brillante. Una barba de tres días acentuaba su mandíbula afilada, y tenía la espalda y el pecho fornidos, pero las caderas y la cintura estrechas. Su pelo rozaba el rubio. Y sus ojos tenían algo que me resultaba familiar.

—Knox —dijo el hombre.

—Nash —repuso este, con un tono tan glacial como sus ojos.

—Hola, Way —la saludó el recién llegado.

Waylay respondió con un asentimiento.

—Jefe.

Entonces, este me miró.

—¿Has llamado a la policía? — le chillé a Knox. Mi hermana era una persona horrible, y se lo haría saber, pero llamar a la policía parecía tan… definitivo.

Capítulo 4: «No te vas a quedar aquí»

Naomi

—Tú debes de ser Naomi — dijo el policía.

Estaba empezando a sufrir un ataque de pánico, pero me gustó la forma en que dijo mi nombre, con un tono agradable. Al parecer, a Knox no le gustó nada, porque, de pronto, interpuso su cuerpo musculado entre él y yo, con las piernas separadas y firmes y los brazos cruzados.

—Exacto —dije, asomándome por detrás de Knox. El bruto no quiso moverse cuando le di un empujoncito en la espalda.

El hombre miró a Knox y, fuera lo que fuera lo que vio, le hizo sonreír.

—Soy el jefe de policía del pueblo, pero puedes llamarme Nash. Es un placer conocerte, Naomi. Siento que sea en estas circunstancias. ¿Te importaría responder a unas preguntas?

—Eh… De acuerdo —contesté. De pronto, deseé haber podido disponer de un momento para limpiarme la cara y arreglarme el pelo. Seguro que tenía la misma pinta que una dama de honor zombi y desquiciada.

—¿Por qué no charlamos en el aparcamiento? — propuso Nash con un gesto de cabeza en esa dirección.

Waylay había devuelto toda su atención a la pantalla y daba sorbos a su bebida azucarada de limón.

—Claro. —Lo seguí afuera y me sorprendió ver que Knox hacía lo propio. Se dirigió derecho al todoterreno ligero de Nash, con la inscripción «Knockemout Police» a un lado, y se apoyó con actitud agresiva en el capó.

—No se te necesita para esta parte — lo informó Nash.

Knox apretó los dientes.

—Si quieres que me vaya, tendrás que obligarme.

—Lo siento, lleva así toda la mañana — le expliqué a Nash.

—Cielo, ha sido así toda la vida — replicó el jefe de policía.

No me di cuenta hasta que se dirigieron una mirada idéntica.

—Sois hermanos, ¿verdad?

—Muy aguda —gruñó Knox.

—Efectivamente —dijo Nash, con una sonrisa brillante de oreja a oreja —. Yo soy el hermano bueno.

—Limítate a hacer tu puto trabajo — le espetó Knox.

—Vaya, ahora quieres que haga mi trabajo. Como entenderás, estoy confundido, porque…

—Señores —los interrumpí. Esto no llevaba a ningún sitio. No me quedaban energías para disipar la tensión que había entre los dos hermanos y teníamos cosas más importantes de las que preocuparnos —. No me gustaría extralimitarme, pero ¿podríamos volver a centrarnos en mi hermana? — sugerí.

—Gran idea, Naomi —dijo Nash, que me dedicó un guiño mientras sacaba una libreta.

Knox soltó un gruñido.

—Te tomaré declaración y luego decidiremos qué tiene que ocurrir después.

Un hombre con un plan y una sonrisa. Sin duda, era mucho más agradable que su hermano.



—¿Me estás diciendo que puedo tomar posesión de un ser humano? — quise aclarar unos minutos después. Necesitaba más café, y con urgencia. Mis habilidades cognitivas se debilitaban por momentos.

—Bueno, te recomendaría que no te refirieras a eso como «tomar posesión». Pero en el estado de Virginia, el cuidado a cargo de familiares es una vía para que los menores se queden con un miembro de su núcleo que actúa como tutor cuando no pueden estar con sus padres.

Tal vez me lo imaginara, pero me pareció detectar que los hermanos intercambiaban una mirada cautelosa.

—Entonces, ¿me convertiría en la tutora de Waylay?

Las cosas iban muy deprisa. Hacía nada, estaba a punto de dirigirme hacia el altar. Y ahora, de pronto, tenía la responsabilidad de decidir el futuro de una desconocida de once años.

Nash se pasó una mano por el pelo denso.

—Solo de forma temporal. Es evidente que eres una persona adulta, estable y sana.

—¿Qué ocurriría si dijera que no? — Probé.

—El departamento de relaciones familiares y protección de menores colocaría a Waylay en una casa de acogida. Si no te importa quedarte aquí durante unas semanas mientras resolvemos ciertas cosas, la ley no objetará que Waylay se quede contigo mientras tanto. Si las cosas salen bien, incluso podrías serlo de forma permanente.

—De acuerdo. —Nerviosa, me sequé las manos en la parte trasera de los pantalones cortos —. ¿Qué cosas hay que resolver? — pregunté.

—Sobre todo, qué quiere hacer tu hermana y qué comporta eso a nivel de custodia.

«Tengo problemas graves. Necesito dinero, Naomi». Me mordí el labio.

—Me llamó anoche. Me dijo que necesitaba ayuda y que quería que le trajera dinero en efectivo. ¿Crees que podría estar en peligro de verdad?

—¿Y si hacemos lo siguiente? Tú céntrate en Waylay y deja que yo me ocupe de tu hermana — sugirió Nash.

Le agradecía el gesto, pero la experiencia me había enseñado que la única forma de asegurarme de que un problema quedara solucionado a mi agrado era que lo solucionara yo misma.

—¿Trajiste dinero? —preguntó Knox, mirándome.

Bajé la vista a mis pies. Me sentía estúpida y avergonzada; sabía que no tendría que haberlo hecho.

—Sí.

—¿Se lo ha llevado?

Miré la expresión de Nash, ya que era la más amable de las dos.

—Creía que había sido lista: metí la mitad en el coche y dejé la otra mitad en la maleta — confesé.

Nash parecía entenderlo. Knox, en cambio, farfulló algo entre dientes.

—Bueno, creo que lo mejor será que vuelva adentro y me presente como es debido a mi sobrina — observé —. Por favor, mantenme informada.

—No te vas a quedar aquí.

Había sido Knox. Levanté las manos.

—Si mi presencia te molesta tantísimo, ¿por qué no te coges unas buenas vacaciones?

Si las miradas mataran, yo ya estaría muerta.

—He dicho que no te vas a quedar aquí — repitió. Esta vez, lo acompañó con un gesto hacia la puerta endeble y la cerradura reventada.

«Ah. Aquí».

—Encontraré una solución —dije, con alegría —. Jefe…

—Llámame Nash —insistió.

Knox parecía morirse de ganas de arrojar la cabeza de su hermano por la puerta que ya estaba rota.

—Nash —empecé, siendo lo más encantadora posible —. ¿Sabes dónde podríamos quedarnos Waylay y yo unas cuantas noches?

Knox sacó el teléfono y miró la pantalla con el ceño fruncido mientras tecleaba con furia.

—Podría llevaros donde vivía Tina. No es muy acogedor, que digamos, pero es menos probable que entre y destroce sus cosas — me ofreció.

Knox se metió el teléfono en el bolsillo. Sus ojos se clavaron en mí y su expresión adoptó un aire petulante que me irritó de forma irracional.

—Qué detalle por tu parte, no sabes lo mucho que aprecio tu ayuda — le respondí a Nash —. Seguro que Knox tiene cosas mucho mejores que hacer que pasar un minuto más cerca de mí.

—Es un placer —reiteró Nash.

—Recojo las pocas cosas que me quedan y le digo a Waylay que nos vamos. — Decidí mientras me encaminaba hacia la habitación.

El alivio que me invadió al saber que por fin me libraría del malhumorado y tatuado Knox se vio interrumpido por un gruñido atronador. Una moto con un hombre con la corpulencia de un oso antes de hibernar pasó por la calle tan rápido que, sin duda, superaba el límite de velocidad.

—Maldito Harvey —musitó Nash.

—Será mejor que vayas —sugirió Knox, que conservaba la misma actitud petulante.

Nash blandió el dedo hacia su hermano.

—Tú y yo tendremos una charla luego. — Le prometió. No parecía muy contento.

—Será mejor que te espabiles y hagas cumplir la ley — reiteró Knox.

Nash se volvió hacia mí.

—Naomi, siento tener que dejarte en la estacada. Estamos en contacto.

Knox meneó los dedos con hostilidad mientras su hermano se subía al todoterreno ligero e iniciaba la persecución tras encender las luces.

De nuevo, volvía a quedarme sola con Knox.

—No habrás tenido nada que ver con el hecho de que la persona simpática y educada que iba a llevarme en coche haya tenido que irse, ¿verdad?

—¿Por qué haría algo así?

—Bueno, desde luego que no será para pasar más tiempo de calidad conmigo.

—Venga, Flor —me dijo—. Vamos a recoger tus cosas. Os llevaré donde vivía Tina.

—Preferiría que no tocaras mis cosas — dije con altivez. Un bostezo impropio de una dama echó por tierra el efecto. Estaba que echaba chispas y solo me quedaba esperar que aguantara lo bastante como para deshacerme del vikingo antes de venirme abajo.

Capítulo 5: Un poco de líquido inflamable y una siesta

Naomi

Hillside Acres se parecía más a una zona de acampada festiva que a un aparcamiento para caravanas. Los niños jugaban en un patio pequeño pero bien mantenido en una zona de césped que todavía no se había rendido al verano de Virginia. Las caravanas fijas tenían cercas y huertos de hortalizas. Los jardines acogedores y los esquemas de colores creativos mejoraban la impresión.

Y luego estaba el lugar donde vivía Tina.

Era una caravana que se erigía en un rincón trasero del parque. La vivienda *beige* se inclinaba hacia la derecha, lo que daba la sensación de que le faltaba parte de la base en ese lado. Las malas hierbas que habían crecido entre la grava me llegaban a las rodillas.

La caravana que había enfrente tenía un porche cerrado muy bonito, con tiras de luces y plantas colgantes. La de Tina tenía unas escaleras provisionales hechas con bloques de hormigón que conducían a una puerta principal oxidada que colgaba de sus goznes, entreabierta.

Knox volvió a asestar una mirada fulminante, pero para variar, no a mí, sino al aviso que colgaba en la puerta: «DESAHUCIO».

—Quedaos aquí —ordenó, sin mirarnos ni a mí ni a Waylay.

Estaba demasiado cansada como para enfadarme cuando el machito se metió dentro.

Waylay puso los ojos en blanco.

—Ya estará muy lejos; vino aquí antes de ir al motel.

Instintivamente, me acerqué y le coloqué las manos sobre los hombros. Dio un respingo y me miró como si le acabara de tirar de las bragas por detrás. «Nota

mental: no fuerces el contacto físico».

—¿Dónde habéis dormido?

Waylay se encogió de hombros.

—Yo me he quedado en casa de una amiga las dos últimas noches. A sus padres no les importa si hay una boca más para cenar. Ella, no lo sé.

La única situación en que se podía calificar a Tina de «responsable» era cuando se había hecho pasar por mí a lo largo de los años. Con todo, me horrorizaba la forma que mi hermana hacía de madre.

—Todo despejado —anunció Knox desde el interior.

—Os lo he dicho.

Waylay subió los escalones y yo la seguí. La caravana estaba peor por dentro que por fuera. La moqueta tenía agujeros en la zona que daba a la puerta, y se formaban hilos largos y retorcidos que se alargaban en todas direcciones. Un sillón reclinable miraba hacia una consola de madera barata que tenía la huella del pie de un televisor en el polvo. Había un puf pequeño de color rosa delante.

—Se llevó el televisor. Pero le quité el mando cuando no se dio cuenta — confesó Waylay con orgullo.

—Bien hecho, chica —dijo Knox, y le alborotó el pelo.

Tragué saliva y los dejé en el salón para asomarme a la cocina lúgubre.

El contenido de los armarios se había vertido en un cubo de la basura que desbordaba en medio del linóleo verde. Cajas de cereales, latas de sopa, *pizza* que se había descongelado hacía tiempo. Ni rastro de ninguna hortaliza.

Había un dormitorio en cada extremo. El que tenía la cama de matrimonio contaba con un cenicero a ambos lados. En vez de cortinas, había sábanas finas clavadas con tachuelas en la pared para tapar el sol. El armario y la cómoda estaban prácticamente vacíos; todo había acabado en el suelo o lo habían lanzado por la puerta. Por instinto, miré debajo de la cama y descubrí dos botellas vacías de *whisky*.

Algunas cosas nunca cambiaban.

—Volverá, que lo sepas —dijo Waylay mientras se asomaba a la habitación.

—Lo sé —coincidí. Lo que la niña no sabía es que, a veces, pasaban años entre una visita y otra.

—Mi habitación es la del otro lado, por si quieres verla — anunció.

—Me gustaría, si tú quieres.

Cerré la puerta del deprimente dormitorio de Tina y seguí a mi sobrina hacia el salón. Me notaba las cuencas de los ojos ardiendo y secas por culpa del

agotamiento y de la sensación de sentirme superada.

—¿Dónde está Knox? —pregunté.

—Afuera, hablando con el señor Gibbons; es el propietario. Mamá debe mogollón de alquiler. Una mierda — dijo, y me condujo hacia la endeble puerta falsa que había en un rincón del salón. Un cartel escrito a mano rezaba «NO ENTRAR» con purpurina y cuatro tonos distintos de rotulador rosa.

Decidí guardarme el sermón sobre ser malhablada para más tarde, cuando no me quedara dormida de pie.

La habitación de Waylay era pequeña, pero estaba ordenada. Había una cama individual cubierta por un bonito edredón rosa. Una estantería combada aguantaba algunos libros, pero estaba llena, sobre todo, de accesorios para el pelo organizados en contenedores de colores. ¿Era posible que Waylay Witt fuera una niña a quien le gustaban las cosas de niñas?

Se dejó caer en la cama.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Bueno —dije, animada—, me gusta tu habitación. En lo que respecta al resto, creo que ya nos espabilaremos. Limpiaremos un poco, organizaremos algunas cosas… — «Con un poco de líquido inflamable y una caja de cerillas…».

Knox entró despacio a la habitación como si fuera un león cabreado del zoo. Se apoderaba del espacio y de gran parte del oxígeno.

—Recoge tus cosas, Way.

—Eh… ¿Todas? —preguntó esta.

Asintió con brusquedad.

—Todas. Naomi.

Se volvió y salió como una exhalación del dormitorio. Notaba cómo la caravana temblaba bajo sus pasos.

—Creo que quiere que lo sigas — observó Waylay.

—Claro. Sí. Tú quédate aquí, enseguida vuelvo.

Me encontré a Knox fuera, con los brazos en jarras y la vista clavada en la gravilla.

—¿Ocurre algo?

—Ni de coña os vais a quedar aquí.

Demasiado cansada como para pensar, me dejé caer sobre el revestimiento exterior de la caravana.

—Mira, Knox, estoy cansada hasta las pestañas. Llevo mil horas despierta, estoy en un sitio que no conozco, en una situación inverosímil, y hay una niña ahí dentro que necesita a alguien. Por desgracia para ella, ese alguien soy yo. Has compensado el haber sido un imbécil con haberte convertido en chófer, así que ya puedes dejar de hacerte el macho contrariado. No te he pedido ayuda, puedes irte; tengo que ponerme a arreglar todo esto.

Literal y figuradamente.

—¿Has terminado? —preguntó.

Estaba demasiado cansada como para ponerme furiosa.

—Sí.

—Bien. Pues métete en la camioneta, porque no os vais a quedar aquí, hostia.

—¿Lo dices en serio?

—No os vais a quedar en un motel con puertas de cartulina ni en una caravana que infringe todas las normas de sanidad y que encima ha sido ocupada. Además… — Hizo una pausa en su diatriba para arrancar el aviso de desahucio de la puerta —. Esto ya no es de Tina. Legalmente, no puedes quedarte aquí, y moralmente, no puedo dejar que lo intentes. ¿Ha quedado claro?

Era el discurso más largo que había hecho conmigo presente y, la verdad, no me quedaban energías para contestar. Aunque tampoco es que él lo esperara.

—Por eso te vas a meter en la camioneta.

—¿Y luego qué, Knox? —Me alejé de la caravana y alcé las manos —. ¿Qué va a pasar luego? ¿Lo sabes tú? Porque yo no tengo ni idea, y me da pánico.

—Sé de un sitio en el que podríais quedaros. Es más seguro que el motel y más limpio que este puto desastre.

—Knox, no tengo ni cartera ni talonario. Tampoco tengo móvil ni portátil y, desde ayer, no tengo un trabajo que me esté esperando. Así que ¿cómo voy a pagar…? — No pude terminar la pregunta. El agotamiento y la desesperación me abrumaban.

Soltó una maldición y se pasó una mano por el pelo.

—Te estás quedando dormida de pie.

—¿Y? —le dije, de mal humor.

Me sostuvo la mirada unos segundos.

—Flor, sube a la camioneta.

—Tengo que ayudar a recoger a Waylay — argüí —. Y tengo que repasar toda la mierda que hay ahí dentro, no fuera el caso que hubiera documentación

importante: seguros, el certificado de nacimiento, expedientes de la escuela…

Dio un paso adelante y yo retrocedí. Siguió avanzando hacia mí hasta que mi espalda se topó con la camioneta. Knox abrió la puerta del copiloto.

—Gibbons te avisará si encuentra algo importante.

—Pero ¿no debería hablar con él?

—Ya lo he hecho yo. No es la primera vez que le pasa algo así, y no es mala persona. Guarda la mierda que los inquilinos se dejan y sabe qué cosas tiene que buscar. Me llamará si encuentra algo importante. Y ahora… Métete. En. La. Puta. Camioneta.

Me subí al asiento del copiloto y traté de pensar en las demás cosas que debía hacer.

—Way —ladró Knox.

—¡Oye! Tranquilo, ¿eh? —Waylay apareció en el umbral de la puerta con una mochila en la espalda y una bolsa de basura en cada mano.

Se me encogió el corazón. Su vida, todas sus posesiones más preciadas, cabían en dos bolsas de basura. Y ni siquiera eran de las buenas, con cierre fácil.

Knox las cogió y las colocó en la plataforma de la *pick-up*.

—Vámonos.



Fue un viaje en silencio y, al parecer, si no charlaba o me peleaba con Knox, no tenía fuerzas para mantenerme consciente. Me desperté de golpe cuando la camioneta rebotó. Recorríamos un camino de tierra que serpenteaba por el bosque. Los árboles creaban una cúpula verde sobre nuestras cabezas. No sabía si me acababa de dormir o si llevábamos una hora de trayecto.

Al recordar el aprieto en el que me encontraba, me di la vuelta y me relajé cuando vi a Waylay en el asiento de atrás, sentada junto a la montaña blanca y sedosa que era mi vestido de novia.

Me volví hacia Knox y bostecé.

—Perfecto. Nos traes aquí en medio de la nada para asesinarnos, ¿no?

Waylay soltó una risilla.

Knox no quiso abrir la boca, y seguimos avanzando por el camino dando botes.

—¡Hala! —La exclamación de Waylay me llevó a concentrarme en la vista que se apreciaba a través del parabrisas.

Un arroyo grande serpenteaba junto al camino antes de perderse entre los árboles. Delante de nosotros, los árboles se reducían y divisé el «hala». Era una casa de madera grande, con un porche enorme en la parte delantera que daba la vuelta hasta un lado de la primera planta.

Knox continuó hacia delante y dejamos atrás la casa.

—Aguafiestas —musitó Waylay entre dientes cuando pasamos por delante.

Tras la siguiente curva, vi una cabaña con un revestimiento exterior oscuro que se erigía en un bosquecillo.

—Ahí vivo yo —anunció Knox—. Y ahí os quedaréis vosotras.

Justo detrás había una casita que parecía sacada de un cuento. Los pinos descollaban sobre la fachada y ofrecían sombra bajo el sol de verano. El exterior, de tablas y listones blancos, era precioso. Y el pequeño porche delantero, de tablones de un azul alegre, era muy tentador.

Me encantaba.

Knox enfiló por el corto camino de grava y apagó el motor.

—Vamos —dijo y bajó de la camioneta.

—Bueno, pues ya hemos llegado — le susurré a Waylay.

Ambas bajamos de la camioneta.

Aquí se estaba más fresco que en el pueblo, y era mucho más tranquilo. El zumbido de las abejas y el lejano ruido de un avión reemplazaban el estruendo de las motos y el tráfico. Un perro ladraba cerca. Se oía el río que barboteaba mientras se deslizaba entre el susurro de los árboles, por detrás de la casita. La brisa cálida traía consigo el perfume de las flores, de la tierra y del verano.

Era perfecta. Demasiado perfecta para una novia a la fuga sin cartera.

—Eh… ¿Knox?

Me ignoró y llevó las bolsas de Waylay y mi maleta hasta el porche delantero.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó Waylay con la cara apretada contra el cristal para escudriñar el interior.

—Está llena de polvo y seguro que echa una peste a rancio brutal — dijo Knox mientras abría la puerta mosquitera y sacaba las llaves —. Hace tiempo que no se usa. Tendréis que abrir las ventanas y airearla.

Me pregunté por qué tendría él la llave de una casita que parecía haber salido de mis cuentos infantiles preferidos. Pero en la lista de preguntas que tenía, el

alquiler y la fianza eran más apremiantes.

—¿Knox? —insistí.

Sin embargo, este ya había abierto la puerta y, sin darme cuenta, me encontré en un salón acogedor, con el suelo de madera y una chimenea pequeña de piedra. Había un viejo escritorio de tapa corrediza encajonado en el hueco de la escalera que conducía al piso de arriba, y un armario para los abrigos. Las ventanas hacían que la naturaleza de fuera pareciese parte de la decoración.

—En serio. ¿Podemos quedarnos aquí? — preguntó Waylay. Su escepticismo era un reflejo del mío.

Knox dejó las bolsas al pie de la escalera.

—Sí.

Ella lo miró unos segundos y luego se encogió de hombros.

—Vale, iré a mirar qué hay arriba.

—¡Espera! Quítate los zapatos — le dije. No quería llenar la casita de tierra.

Waylay bajó la vista a su calzado sucio. Tenía un agujero en los dedos de la zapatilla izquierda y un corazón colgando de los cordones de la derecha. Poniendo los ojos en blanco con una afectación exagerada, se las quitó con los pies y se las llevó arriba.

La comisura de los labios de Knox se torció hacia arriba mientras contemplábamos cómo fingía que no estaba para nada emocionada ni muerta de curiosidad.

—¡Maldita sea, vikingo! —La idea de pasarme unas cuantas semanas en una casita de postal, bien lejos del desastre que había provocado, era tentadora. Podía reorganizar de cabo a rabo el caos que era ahora mi vida sentada en el porche de atrás mientras contemplaba cómo corría el arroyo. Siempre y cuando me lo pudiera permitir.

—¿Y ahora qué te pasa? —me preguntó. Entró en la minúscula cocina y miró por la ventana que había sobre el fregadero.

—Querrás decir: «¿qué te ocurre, Naomi?». Bueno, pues te lo voy a decir, Knox. Ahora Waylay está entusiasmada con quedarse, pero no sé ni si me lo puedo permitir. Así que no solo la han abandonado, sino que, encima, va a llevarse una decepción enorme. ¿Y si esta noche acabamos en el motel otra vez?

—No vais a volver al motel.

—¿Cuánto cuesta el alquiler? — pregunté y me mordí el labio.

Dio la espalda a las vistas y se apoyó en la encimera. Parecía enfadado.

—Ni idea.

—¿Tienes la llave de esta casa y no lo sabes?

—El alquiler depende —apuntó Knox mientras alargaba una mano para quitar la capa de polvo que había encima de la vieja nevera, blanca como el malvavisco.

—¿De qué depende?

Sacudió la cabeza.

—De quién.

—Vale. ¿De quién?

—De Liza J. Es la dueña de tu nueva casa.

«¿La dueña de mi nueva casa?».

—¿Y la tal Liza J. sabe que estamos aquí? — No fui consciente de que me había ido acercando a él hasta que los dedos de mis pies rozaron las puntas de sus botas. Sus iris azules grisáceos me estudiaban y me hacían sentir como si estuviera bajo una lupa.

—Si no lo sabe ya, lo sabrá pronto. Es un poco brusca, pero tiene buen corazón — dijo, sin apartar los ojos de mí. Estaba tan cansada que lo único que podía hacer era devolverle la misma mirada intensa.

—He elegido las habitaciones — gritó Waylay desde arriba, y con eso rompió nuestro concurso de aguantar la mirada.

—¿Estamos bien? —preguntó, con un hilo de voz.

—¡No! No estamos bien. Ni siquiera sé dónde estamos ni cómo se vuelve al pueblo. ¿Hay Uber aquí? ¿Hay osos?

Sus labios se curvaron y noté que me sonrojaba. Me observaba de una forma como nadie entre gente educada haría.

—La cena —dijo.

—¿Eh? —respondí yo, erudita. Sabía que no me estaba invitando a cenar. Menos después de pasarnos toda la mañana detestándonos el uno al otro.

—A las siete, en la casa grande que había al principio del camino. Es la casa de Liza J. Querrá conocerte.

—Si no sabe que soy su inquilina, menos nos va a esperar para cenar — señalé.

—La cena. A las siete. Para entonces, te estará esperando.

No me sentía cómoda con este tipo de invitación.

—¿Y qué se supone que voy a llevar? ¿Dónde hay una tienda por aquí cerca? ¿Le gusta el vino? — Llevar un regalo para la anfitriona no solo era una muestra de respeto: en este caso, ayudaba a crear una buena primera impresión.

Sus labios se volvieron a curvar como si mi angustia lo divirtiera.

—Ve a echarte una siesta, Naomi. Y, luego, ve a cenar a casa de Liza J. — Giró sobre los talones y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera!

Corrí tras él y lo alcancé en el porche.

—¿Qué le digo a Waylay?

No sabía de dónde salía esta pregunta, ni el tono de pánico que revelaba mi voz. Era una tía bastante templada, manejaba muy bien la presión.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué digo de su madre, qué le cuento sobre mí y sobre todo esto?

—La verdad.

—No estoy muy segura de cuál es la verdad.

Al alejarse de nuevo, la angustia volvió a cerrarme la garganta. El único hombre que conocía en este pueblo me estaba abandonando con una niña que no conocía, sin método de transporte y con la única mierda que mi hermana no había querido robarme.

—¡Knox!

Volvió a detenerse y soltó un insulto.

—Joder, Naomi. Dile que su madre la ha dejado contigo y que tienes ganas de conocerla mejor. No lo hagas más complicado de lo que tiene que ser.

—¿Y si me pregunta cuándo va a volver Tina? ¿Y si no quiere quedarse conmigo? Ay, madre. ¿Cómo consigo que me haga caso?

Volvió al porche e invadió mi espacio personal, y, entonces, hizo algo que no me habría esperado en absoluto: sonrió. Una sonrisa de oreja a oreja, brillante como una bombilla halógena, de las que te mojaban las bragas.

Me sentía atontada y acalorada, y tenía la sensación de que, de pronto, no sabía cómo hacer funcionar mi cuerpo.

—Uau —susurré.

—Uau, ¿qué? —preguntó.

—Eh… Has sonreído. Y ha sido, en plan, «Uau», de verdad. No tenía ni idea de que podías llegar a… A ver, si es que ya pareces un… — Hice un gesto ambiguo que lo abarcaba —. Bueno, ya sabes. Pero si le añades la sonrisa, casi que pareces humano.

Su sonrisa había desaparecido, sustituida por la habitual expresión malhumorada.

—Por Dios, Flor, vete a dormir. Balbuceas como una idiota.

No esperé a ver cómo se alejaba con la camioneta. Entré dentro directamente y cerré la puerta.

—Y ahora, ¿qué narices voy a hacer?



El sueño me abandonó de repente y me desperté sumida en una confusión alarmante y aturdida.

Estaba bocabajo sobre el colchón desnudo, con el cepillo de fregar aún en la mano. Poco a poco, empecé a enfocar la habitación cuando los ojos y el cerebro volvieron a la realidad.

«Warner… Grrrrr».

«Tina. Puaj».

«El coche. Mierda».

«Waylay. Joder».

«La casita. Preciosa».

«Knox. *Sexy*, horrible, gruñón, pero nos ha ayudado».

Tras repasar la cronología de las últimas veinticuatro horas, me incorporé en el colchón. La habitación era pequeña pero acogedora, como el resto de la casa. Las paredes estaban revestidas con paneles pintados de un blanco brillante, y la cama era antigua y de latón. Había un tocador alto enfrente de esta y una mesa delgada pintada de un tono azul pavo real debajo de la ventana que daba al arroyo serpenteante.

Oí que alguien tarareaba en la planta de abajo y lo recordé: «Waylay».

—Mierda —musité, y salí de la cama de un salto. Mi primer día como tutora y había dejado a mi nueva responsabilidad sin atención durante quién sabía cuánto tiempo. Podría haberla secuestrado su madre o podría haberla atacado un oso mientras yo disfrutaba de una siesta a media tarde.

Se me daba fatal, decidí, mientras bajaba corriendo las escaleras.

—Madre mía, no hace falta que te rompas el cuello ni nada.

Waylay estaba sentada ante la mesa de la cocina, balanceaba los pies descalzos mientras comía lo que parecía un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada hecho con pan blanco grueso y tanta mermelada como para desarrollar caries al instante.

—Café —dije con voz ronca.

—Ostras, pareces un zombi.

—Un zombi que necesita café.

—Hay refrescos en la nevera.

Pues tendría que conformarme con eso. Fui a trompicones hasta la nevera y la abrí. Me había tomado la mitad de la lata de Pepsi cuando me di cuenta de que en la nevera había comida.

—¿Comida de dónde? —solté, con aspereza. No tenía un buen despertar después de la siesta. Por la mañana, era capaz de salir de la cama con la energía de un niño de guardería que se ha pegado un atracón de azúcar, pero después de una siesta, era un desastre y perdía toda la coherencia.

Waylay me miró unos segundos sin decir nada.

—¿Estás tratando de preguntar de dónde ha salido toda la comida?

Alcé un dedo y me acabé lo que quedaba de refresco.

—Sí —dije, casi sin aliento, mientras la cafeína fría y el azúcar me hacían arder la garganta —. Eso. — Me interrumpí para eructar con delicadeza —. Perdona.

Waylay sonrió.

—El jefe Nash ha pedido que una repartidora nos trajera una bolsa de comida mientras tú babeabas en la cama.

Me notaba los ojos secos al pestañear. El jefe de policía se había encargado de que llegara una comida que yo había estado demasiado dormida para conseguírsela a mi sobrina. Hoy no me iba a ganar una medalla en esto de ser tutora.

—Mierda —musité.

—No es mierda —razonó Waylay tras dar un buen mordisco a su sándwich —. Hay chuches y patatas.

Tenía que volver a subir en la escalera de la Responsabilidad Adulta, y debía hacerlo ya.

—Tenemos que hacer una lista. — Decidí, mientras me frotaba los ojos con las manos —. Necesitamos descubrir si estamos lejos de la civilización, cómo llegar, y qué cosas necesitamos para los próximos días.

Café. Sin duda, necesitaba café.

—Hay menos de un kilómetro de distancia hasta el pueblo — anunció Waylay. Tenía una mancha de mermelada en la barbilla y, más allá de su

expresión de «tengo una tía que está loca», parecía una niña dulce y adorable —. ¿Por qué tienes los brazos y las rodillas llenos de heridas?

Bajé la vista a los arañazos que adornaban mi piel.

—Salí de una iglesia por la ventana que había en el sótano.

—Guay. Entonces, ¿iremos al pueblo?

—Sí, pero antes tengo que hacer un inventario de la cocina — dije, tras encontrar mi fiel libreta y un boli.

«Café».

«Comida».

«¿Transporte?».

«¿Trabajo?».

«¿Nueva meta en la vida?».

—Podemos ir en bici —saltó Waylay.

—¿En bici? —repetí.

—Sí, Liza J. nos ha traído dos. Me ha dicho que también tenemos que ir a cenar hoy.

—¿Has conocido a la propietaria? — chillé —. ¿Quién más ha venido? ¿El alcalde? ¿Cuánto tiempo he estado dormida?

Su expresión se volvió seria.

—Tía Naomi, has dormido dos días enteros.

«¿Que qué?».

Esbozó una sonrisita.

—Es broma. Solo has dormido una hora.

—Qué graciosa. Pues ahora compraré coles de Bruselas y zanahorias.

Arrugó la nariz.

—Qué asco.

—Eso te pasa por ir de listilla. Anda, prepárame un sándwich mientras yo hago el inventario.

—Vale. Pero solo si te peinas y te lavas la cara antes de salir a la calle. No quiero que me vean con la tía zombi.

Capítulo 6: Espárragos y una escena

Naomi

Se suponía que, en esos momentos, debería estar sufriendo los efectos del *jet lag* mientras recorría las calles de París en mi luna de miel. Y, en cambio, me encontraba aferrándome al manillar de una vieja bicicleta de diez marchas en un intento por no caerme.

Hacía años desde la última vez que me había sentado en el sillín de una bici. Con cada bache y surco que había en la carretera de grava, apretaba los dientes y mis partes íntimas. La única vez que había convencido a Warner de probar una de esas bicicletas dobles por la playa habíamos terminado chocando contra un arbusto que había delante de una tienda de cometas. No le hizo ninguna gracia.

Había muchas cosas que no le hacían ninguna gracia a Warner Dennison III. Cosas a las que debería haber prestado más atención.

El bosque se desdibujaba en un zumbido veloz mientras pedaleábamos entre nubes de mosquitos y la pegajosa humedad del sur. Gotas de sudor me bajaban por la columna vertebral.

—¿Vienes o qué? —me gritó Waylay desde lo que me pareció un kilómetro más adelante. Ella llevaba una bicicleta de niño oxidada e iba con los brazos colgando a ambos lados.

—¿Cuál es tu segundo nombre? — le grité.

—Regina.

—¡Waylay Regina Witt, coge el manillar con las dos manos ahora mismo!

—Anda, venga ya. No serás una de esas tías que no deja que nadie se divierta, ¿no?

Pedaleé con más fuerza hasta alcanzarla.

—Perdona, pero conmigo todo el mundo se divierte — rebufé, en parte porque me había ofendido, pero sobre todo, porque me había quedado sin aliento.

Tal vez conmigo uno no se divertía en plan «vamos a ir en bici sin manos» o «me escapo de casa de mi amiga para encontrarme con un chico» ni «digo que estoy enferma en el trabajo para irme a un concierto», pero me gustaba divertirme. Solo que, a veces, había muchas cosas que hacer antes de poder llegar a la parte de la diversión.

—El pueblo es por aquí —anunció Waylay con un gesto de barbilla hacia la izquierda. Era un ademán tan propio de Tina que me dejó sin el poco aliento que me quedaba.

Dejamos atrás la grava y nos adentramos en el asfalto liso y, en cuestión de pocos minutos, divisé las afueras de Knockemout. Durante unos segundos, me dejé llevar por la agradable familiaridad de la sensación de ir en bici. El sol en la cara y los brazos, la cálida brisa que me acariciaba la piel, la llamada y la respuesta de millones de insectos en pleno verano. Yo también había sido una niña de once años que iba en bici. Que salía por la mañana sofocante en busca de aventuras y no volvía a casa hasta que tenía hambre o salían las luciérnagas.

Había haciendas con caballos desperdigadas por los alrededores del pueblo, con vallas brillantes y campos de pastura verde esmeralda. Casi que se podía oler la riqueza y el privilegio desde aquí. Me recordó al club de campo de los padres de Warner.

Cuatro motoristas con vaqueros desgastados y chupas de cuero nos adelantaron, y el rugido del motor me hizo vibrar hasta los huesos mientras ellos huían de los confines del pueblo.

Gente con caballos y moteros. Era una combinación única.

Las haciendas desaparecieron y las sustituyeron casas bonitas con terrenos arreglados, cada vez más y más juntas, hasta que llegamos a la calle principal. Había poco tráfico, así que pude fijarme más en la zona que esta mañana. Había una tienda de productos para granjas y otra de regalos junto al taller mecánico. Al otro lado, estaban la ferretería y la tienda de mascotas ante la que mi hermana me había robado el coche.

—El supermercado es por aquí — gritó Waylay, que iba delante, y giró a la izquierda mucho más rápido de lo que me parecía prudente.

—¡Ve más despacio! —Perfecto. Llevaba medio día bajo mi responsabilidad y mi sobrina iba a terminar sin dientes por darse de bruces con una señal de *stop*.

Waylay no me hizo ni caso. Pasó a toda velocidad frente a la manzana y se metió en el aparcamiento. Añadí «cascos de bicicleta» en mi lista mental de la compra y la seguí.

Después de dejar las bicis en el aparcabicis que había junto a la puerta principal, saqué el sobre que (gracias a Dios) había escondido en una caja de tampones. Minutos antes del momento en el que iba a dirigirme hacia el altar, mi madre me había dado un sobre lleno de dinero en efectivo.

Se suponía que era nuestro regalo de bodas. Dinero que nos íbamos a gastar durante la luna de miel. Y, ahora, era el único al que tenía acceso hasta que pidiera tarjetas nuevas para sustituir las que me había robado mi hermana.

Me estremecí al pensar en la cantidad de ahorros que había apoquinado para pagar una boda que no se había celebrado.

—Supongo que no podrás comprar demasiadas coles de Bruselas, porque vamos en bici — señaló Waylay con petulancia.

—Supones mal, listilla —le dije mientras señalaba el cartel que había en el escaparate.

«Se realizan entregas a domicilio».

—Ay, no… —gruñó.

—Ahora podemos pedir un camión entero de hortalizas — exclamé, animada.



—No.

—¿Cómo que no? —le pedí mientras zarandeaba un manojo de espárragos ante Waylay.

—No quiero espárragos —dijo Waylay —. Son verdes.

—¿Y no comes nada verde?

—No, a menos que sea una chuche.

Arrugué la nariz.

—Tienes que comer verdura. ¿Y comes fruta?

—Me gustan los pasteles de fruta — respondió mientras toqueteaba una bandeja de mangos como si nunca hubiese visto uno.

—¿Qué sueles comer cuando cenas con… con tu madre? — No tenía ni idea de si Tina era un tema espinoso o si esta tenía por costumbre que Waylay se las apañara sola. Me sentía como si llevara una venda en los ojos y me obligaran a caminar por un lago helado. El hielo podía romperse bajo mis pies en cualquier momento, solo que no sabía ni dónde, ni cuándo.

La joven alzó tanto los hombros que casi le rozaron las orejas.

—No sé. Cualquier cosa que haya en la nevera.

—¿Sobras? —pregunté, esperanzada.

—Hago macarrones con queso preparados y *pizzas* congeladas. A veces, incluso *nuggets* — dijo Waylay, quien, tras aburrirse de los mangos había pasado ahora a observar con mala cara la exposición de lechugas verdes —. ¿Podemos comprar Pop-Tarts?

Me estaba entrando dolor de cabeza. Necesitaba dormir más, y más café. No tenía por qué ser en ese orden.

—Tal vez. Pero primero tenemos que ponernos de acuerdo en qué comida sana compraremos.

Un hombre ataviado con un delantal que rezaba «Supermercado Grover» estaba colocando productos en una esquina. Su sonrisa educada se esfumó cuando nos vio. Con los ojos entrecerrados y los labios transformados en una mueca, parecía que acabara de ver cómo dábamos patadas al bebé de plástico iluminado que representaba a Jesús en un pesebre exterior.

—Hola —lo saludé, con un grado extra de calidez en la sonrisa.

Nos dedicó un gruñido y se fue con aire ofendido. Eché un vistazo a Waylay, pero o bien no se había dado cuenta de la mirada asesina, o era inmune a estas actitudes.

Suerte que en el sur tenían fama de hospitalarios. Claro que estábamos en el norte de Virginia; tal vez, aquí no llegaba la hospitalidad del sur. O, tal vez, el hombre acabara de enterarse de que a su gato solo le quedaba un mes de vida. Uno nunca sabía qué le ocurría a la gente entre bambalinas.

Waylay y yo fuimos recorriendo la tienda, y me fijé en que se producían reacciones similares entre otros trabajadores y clientes. Cuando la mujer que atendía el mostrador de la charcutería me tiró el medio kilo de pechuga de pavo que le había pedido, decidí que había tenido suficiente. Busqué con la mirada a Waylay para comprobar que estuviera distraída; esta se inclinaba sobre un congelador abierto en busca de *nuggets* de pollo.

—Perdone, acabo de llegar aquí. ¿He incurrido en algún tipo de falta de

educación que tiene como consecuencia que se me tiren los productos de charcutería?

—Ja. A mí no me engañas, Tina Witt. ¿Vas a pagar el pavo o te lo vas a meter en el sujetador, como la última vez?

Ahí tenía la respuesta.

—Me llamo Naomi Witt. Soy la hermana de Tina y la tía de Waylay, y le aseguro que nunca me he metido carne en el sujetador.

—Y una mierda. —Lo dijo haciendo bocina con una mano, como si estuviera usando un megáfono —. Tú y esa niña que tienes sois de lo peorcito, unas ladronas que no dejáis de molestar.

Mis habilidades de resolución de conflictos se limitaban a contentar a la gente. Solía chillar una disculpa, aterrorizada, y luego me sentía obligada a comprarle a la parte ofendida algún obsequio muy detallista. Pero hoy estaba exhausta.

—Muy bien. ¿Pues sabe qué? Que no debería hablar así a los clientes — le dije. Trataba de parecer firme y segura, pero me salió con un matiz de histeria —. Y ¿sabe qué más? Hoy me han gritado, me han robado dos veces y me he convertido de golpe en una instamadre sin experiencia. Y todo esto antes de la hora de comer. Habré dormido como una hora en los últimos dos días. Y no voy por ahí tirando la carne de la charcutería a la gente. Lo único que le pido es que me trate a mí y a mi sobrina con un mínimo de respeto, como clientas que somos y que vamos a pagar lo que compremos. No la conozco, nunca había puesto un pie aquí, y siento lo que fuera que os hiciera mi hermana con el sujetador y la carne, pero ¡quiero que corte el pavo más fino!

Empujé el paquete de pavo hacia ella por encima del refrigerador.

Abrió los ojos de par en par con una expresión de «no estoy segura de cómo tratar a esta clienta desquiciada».

—¿No estás de coña? ¿No eres Tina?

—No estoy de coña. —Joder. Debería haber ido a buscar el café primero.

—Tía Naomi, he encontrado las Pop-Tarts — dijo Waylay, que apareció con los brazos llenos de productos azucarados para desayunar.

—Perfecto —le dije.



—Bueno —empecé, mientras deslizaba un batido de fresa y kiwi hacia Waylay y me sentaba enfrente de ella. Justice, el hombre de mis sueños, me había preparado un café con leche en una taza que era tan grande como un plato sopero.

—Bueno, ¿qué? —preguntó Waylay con brusquedad. Daba golpecitos con la zapatilla al pie central de la mesa.

Ojalá no hubiera atropellado mi propio móvil en el área de descanso para ahora poder buscar «formas de romper el hielo con niños».

—Eh… ¿Qué has hecho este verano?

Me miró a los ojos unos segundos y luego respondió:

—¿Por qué quieres saberlo?

La gente que tenía criaturas hacían que pareciera fácil hablar con ellas. Me concentré en mi tazón de café con leche y sorbí mientras rezaba para que la inspiración hiciera acto de presencia.

—He pensado que os iría bien algo para acompañar — ofreció Justice mientras nos colocaba un plato de galletas en la mesa —. Acaban de salir del horno.

Los ojos azules de Waylay se abrieron de par en par al ver el plato y luego miró a Justice con recelo.

—Gracias, Justice, es todo un detalle — le agradecí. Le di un toquecito a mi sobrina.

—Sí. Gracias —añadió Waylay. No agarró ninguna galleta, pero se quedó sentada contemplando el plato.

Me sentía capaz de servirle de ejemplo en este sentido. Agarré una galleta de mantequilla de cacahuete y, entre trago y trago de café, le di un mordisco.

—Oh, madre mía —logré decir—. Justice, sé que nos acabamos de conocer, pero nada me haría más feliz que te casaras conmigo.

—Ya tiene el vestido de novia y todo — terció Waylay.

Este se rio y me enseñó la alianza de oro que llevaba en la mano izquierda.

—Me duele en el alma decirte que ya estoy pillado.

—Todos los buenos lo están — suspiré.

Waylay acercó los dedos al plato con disimulo.

—Mi favorita es la galleta de chocolate con pintas de chocolate — dijo Justice, y señaló la galleta más grande que había en el plato. Tras guiñarle un ojo, se fue.

Esperó hasta que Justice se metió tras el mostrador para agarrar la galleta del plato a toda velocidad.

—Mmmm… Qué buena —farfullé, con la boca llena de esa delicia.

Waylay puso los ojos en blanco.

—Eres muy rara.

—Cállate y cómete la galleta. — Entrecerró los ojos y le sonreí —. Es broma. Bueno, ¿y cuál es tu color favorito?

Íbamos por la pregunta diez de mi lista chapucera de preguntas para romper el hielo y conocerla cuando la puerta de la cafetería se abrió de golpe y entró una mujer que vestía con medias agujereadas, una falda vaquera corta y una camiseta de Lenny Kravitz. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta alta, varios pendientes y una flor de loto tatuada en el antebrazo. No sabía si tendría treinta y tantos o cuarenta y tantos.

—¡Aquí estás! —exclamó, sonriendo con una piruleta en la boca tras habernos visto.

Este saludo amable me hizo recelar de inmediato. Todo el mundo creía que era Tina, lo que significaba que, si alguien se alegraba de verme, seguramente debía de ser una persona horrible.

La mujer agarró una silla, le dio la vuelta y se sentó ante nuestra mesa.

—¡Oye! Qué buena pinta tienen. — Agarró una galleta que llevaba un glaseado rojo y cambió la piruleta por el producto casero —. Bueno, Naomi — empezó.

—Eh… ¿te conozco?

Nuestra invitada inesperada se dio una palmada en la frente.

—¡Ups! Qué maleducada. Yo ya me imagino que tenemos una relación mucho más estrecha. Tendrás que imaginártelo tú también. Me llamo Sherry Fiasco.

—¿Sherry Fiasco?

Se encogió de hombros.

—Ya, ya lo sé. Parece un nombre inventado. Pero no lo es. Justice, prepárame un café expreso doble para llevar — alzó la voz.

Mi futuro marido levantó la mano sin girarse y continuó preparando el pedido que tenía entre manos.

—Enseguida, Fi.

—Bueno, lo que te decía. Que en mi cabeza ya somos amigas y, por eso, tengo un trabajo para ti — anunció, y se comió media galleta de un mordisco —.

Hola, Way.

Waylay la estudió por encima del batido.

—Hola.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Sherry, moviendo los hombros como si estuviera bailando.

—¿Eh?

—Es que a la tía Naomi le gusta planear bien las cosas — le explicó Waylay —. De momento, hoy ya ha escrito tres listas.

—Ah, de las que se lo piensan antes de saltar — dijo Sherry mientras asentía con aire meditabundo —. Muy bien. Soy gerente comercial, lo que significa que llevo varios negocios de esta zona. A uno de ellos le falta un trabajador y necesitamos urgentemente a alguien que pueda servir cerveza y sea mínimamente simpático.

—¿De camarera? —Me había pasado los últimos cinco años de mi vida encerrada en un despacho contestando correos electrónicos, preparando documentación y solucionando problemas de recursos humanos con *e-mails* muy elaborados. Pasarme la jornada laboral de pie y rodeada de gente me parecía que podía ser divertido.

—Es un trabajo honrado, las propinas están muy bien y los uniformes son monos. Y con el resto de los trabajadores te lo vas a pasar genial. Con casi todos — comentó Sherry.

—No tengo a nadie que pueda ocuparse de una niña — tercié para escapar por la tangente.

—¿Qué niña? —exigió saber Waylay, con el ceño fruncido.

—Tú —dije mientras le alborotaba el pelo.

Parecía horrorizada, y me apartó la mano.

—No necesito una niñera.

—Solo porque estés acostumbrada a hacer algo de una determinada manera no significa que sea la manera correcta de hacerlo — le expliqué —. Has pasado mucho tiempo apañándotelas sola, pero ahora yo me ocupo de ti. No voy a dejarte a tu aire mientras me voy a trabajar.

—Qué tontería. No soy pequeña.

—No, no lo eres. —Le concedí—. Pero la supervisión de un adulto es necesaria.

Waylay musitó algo que se parecía sospechosamente a «y una mierda». Decidí librar mis batallas una por una e hice ver que no la había oído.

—Si es lo único que te impide aceptar el trabajo, puedo encontrar a alguien que se quede con Way en un santiamén mientras tú te ganas las propinas.

Me mordí el labio inferior. No me gustaba decidir en el momento. Había que sopesar pros y contras, investigar, calcular qué ruta era mejor, organizar los horarios…

—No me siento cómoda dejando a Waylay con un desconocido — manifesté.

—Claro que no —dijo Sherry con alegría —. Primero organizaría una reunión y luego podrías decidirte.

—Eh…

Justice silbó desde el mostrador.

—Ya lo tienes, Sherry.

—Gracias, guapetón —le dijo ella y se levantó de un salto de la silla —. Bueno, nos vemos, chicas. El primer turno es mañana por la noche. Ven a las cinco.

—¡Espera!

Ladeó la cabeza.

—¿Dónde es el trabajo?

—En el Honky Tonk —respondió, como si fuera lo más evidente del mundo —. ¡Adiós!

Contemplé cómo Sherry Fiasco salía de la cafetería a paso ligero, con la confianza de una mujer que sabe exactamente adónde se dirige y lo que hace.

Ni cuando mi plan a cinco años vista se cumplía punto por punto tenía yo esa confianza.

—¿Qué acaba de ocurrir? —susurré.

—Que has conseguido trabajo y me has convertido en una niña pequeña. — Waylay tenía una expresión glacial.

—En ningún momento he dicho que seas una niña pequeña, y tampoco he aceptado oficialmente el trabajo — señalé.

No obstante, necesitaba ingresos, y cuanto antes, mejor. Mi cuenta corriente no nos iba a mantener de forma indefinida, y menos cuando tenía que preocuparme del alquiler, la fianza y los gastos habituales. Eso sin contar que no tenía coche, ni móvil, ni portátil.

Agarré otra galleta y le di un mordisco.

—No será para tanto. —Le prometí a Waylay.

—Ya, claro —rebufó y volvió a darle golpecitos al pie de la mesa.

Capítulo 7: Un puñetazo en la cara

Knox

—¿Dónde crees que vas? — pregunté, perezoso, desde la silla plegable que había colocado en medio del camino.

El parachoques del todoterreno ligero se había detenido a unos treinta centímetros de mis rodillas y había levantado una nube de polvo en la parte de atrás. Mi hermano descendió del asiento del conductor y rodeó el vehículo.

—Debería haber sabido que te encontraría aquí — dijo Nash. Apretó la mandíbula mientras sacaba un papelito del bolsillo del uniforme. Lo arrugó y me lo tiró; me dio de lleno en el pecho —. Harvey me ha dicho que te lo diera, puesto que ha sido culpa tuya que haya sobrepasado el límite de velocidad esta mañana.

Era una multa por exceso de velocidad escrita con los garabatos de mi hermano.

—No sé de qué habla Harvey — mentí y me guardé la multa en el bolsillo.

—Veo que sigues siendo un imbécil irresponsable — comentó Nash, como si hubiera sido posible que en los últimos años yo hubiese cambiado mucho.

—Veo que sigues siendo un imbécil obediente y estirado.

Waylon, el perezoso de mi *basset hound*, decidió activar su cuerpo achaparrado para salir del porche a saludar a su tío.

«Traidor».

Si Waylon creía que iba a conseguir más caricias o más comida humana por otros lares, la lealtad no lo frenaba y no dudaba en ponerse a husmear.

Señalé la cabaña con el botellín de cerveza.

—Vivo aquí, ¿recuerdas? No me ha parecido que redujeras la marcha para hacerme una visita.

Nash no había puesto un pie en mi casa desde hacía más de tres años. Yo le había hecho las mismas visitas.

Se agachó para dar un poco de amor a Waylon.

—Tengo novedades para Naomi — dijo.

—¿Y…?

—¿Y a ti qué cojones te pasa? No tiene nada que ver contigo, no tienes que hacer de vigilante como si fueras una gárgola horrenda.

Waylon, que presintió que ya no era el protagonista, se me acercó y me dio un empujoncito en la mano con el hocico. Le di un golpecito en un costado y una galleta que tenía guardada en el portabebidas de la silla. La agarró entre los dientes y se fue hacia el porche meneando la cola con la punta blanca en una nube de felicidad.

Me llevé el botellín a los labios.

—Yo la vi primero —le recordé a Nash.

El destello de ira que advertí en su mirada fue gratificante.

—Que te jodan, macho. Tú la cabreaste primero, también.

Me encogí de hombros, despreocupado.

—Da igual. ¿Sabes qué puedes hacer? Coger tus mierdas e irte a casa de Liza J. Ya te traeré yo a Naomi y a Waylay.

—No puedes impedirme que haga mi trabajo, Knox, joder.

Me levanté de la silla.

Nash entrecerró los ojos.

—Mira, te dejo dar un golpe — le ofrecí, y me terminé la cerveza que quedaba.

—¿Uno y uno? —quiso aclarar mi hermano. Siempre estaba demasiado atento a las normas.

—Sí.

Dejó el reloj sobre el capó del todoterreno ligero y se arremangó. Yo dejé el botellín en el portabebidas de la silla y estiré los brazos por encima de mi cabeza.

—Nunca habías tenido que calentar antes — observó Nash mientras adoptaba una postura de lucha.

Me desentumecí el cuello y los hombros.

—Vete a la mierda. Tenemos más de cuarenta años, las cosas empiezan a

doler.

Hacía tiempo que deberíamos haber hecho esto. Durante décadas, habíamos resuelto incontables discusiones con los puños. Una pelea y a seguir adelante. Hasta que, un día, aquello por lo que nos peleábamos no pudo resolverse.

—¿Qué pasa? —Lo provoqué—. ¿Te estás haciendo…?

El puño de Nash se estrelló en mi cara y me impidió seguir hablando. Fue un golpe de descalificación: directo a la nariz.

«Joder, cómo duele».

—Me cago en… —gruñí, y me toqueteé la cara en busca de bultos.

Mi hermano inclinó la cabeza y se movió de un lado a otro. Estaba muy orgulloso de sí mismo, el cabrón.

Noté el sabor de la sangre en el labio superior.

—Tengo cosas que hacer. No puedo estar perdiendo el tiempo charlando y dándote una buena tun…

Dejé que mi puño cortara el aire y aterrizara de lleno en la boca que nunca cerraba. La misma boca que había usado para camelarse a Naomi. Su cabeza cayó hacia atrás, de golpe.

—¡Au! ¡Joder! —Se limpió la boca con el brazo y se manchó la manga de sangre. Otra gota le cayó en la camisa del uniforme. Me provocó una perversa sensación de logro: zurrar a Nash siempre era gratificante.

—¿De verdad vamos a seguir con esto? — preguntó, y alzó la vista mientras sacaba la lengua y probaba la sangre que se le acumulaba en la comisura.

—No tenemos por qué. Ya sabes qué hacer para que pare.

—Te odia a muerte, y a ti ella ni siquiera te cae bien — señaló.

Usé el dobladillo de la camiseta para detener la hemorragia de la nariz.

—Eso no importa.

Nash entrecerró los ojos.

—Lo que importa es que tú siempre quieres salirte con la tuya. Menudo hermano.

—Eres tú el idiota que no sabe cómo agradecer las cosas — le espeté.

Negó con la cabeza; parecía que fuera a retirarse, pero yo era más listo y lo conocía bien. Los dos queríamos seguir.

—Retírate, Knox.

—Hoy no conseguirás pasar.

—También puedo atropellarte. Diré que estabas borracho e inconsciente en medio del camino y que no te vi.

—Te meterían de cabeza en la cárcel antes de que yo llegara a la morgue — anticipé —. Si nos pasa algo a uno de los dos, todo el mundo sabe que el primer sospechoso es el otro.

—Dice mucho de nuestra familia feliz, ¿no te parece? — me escupió Nash.

Dábamos vueltas en círculos, con las manos alzadas y sin apartar los ojos del otro. Pelearte con un hombre con el que has crecido zurrándote es como pelear contigo mismo. Sabes de antemano todos los gestos que va a hacer.

—Te lo volveré a preguntar, Knox. ¿Por qué no te apartas?

Me encogí de hombros, sobre todo para cabrearlo. Pero en parte, también lo hice porque no tenía muy claro por qué me había plantado entre mi hermano y la Floricienta de Naomi Witt. No era mi tipo, y él no era mi problema. Y, aun así, aquí estaba yo. Hacer introspección era una de esas pérdidas de tiempo con las que ni me molestaba. Cuando quería hacer algo, lo hacía. Simple y llanamente.

—Tú solo quieres coger algo que es perfecto y destrozarlo, ¿verdad? — preguntó Nash —. No eres capaz de cuidar de una mujer como ella. Es una mujer con clase. Es lista.

—Es muy demandante. Justo lo que a ti te encanta — le espeté.

—Pues hazte a un lado.

Cansado de esta conversación, le asesté un puñetazo en la mandíbula. Me lo devolvió con un gancho directo a las costillas.

No sé cuánto tiempo estuvimos dándonos golpes en medio del camino de tierra, levantando polvo y escupiéndonos insultos. Solo sé que, en algún momento entre que me llamara «puto gilipollas» y que yo le hiciera una llave de cabeza para darle un puñetazo en la frente, reconocí a mi hermano por primera vez desde hacía muchísimo tiempo.

—¿Qué demonios haces? ¡No puedes agredir a un agente de la ley!

Naomi apareció en mi campo de visión, justo con el aspecto de la mujer de clase alta que a mí no me atraía; justo con el aspecto de la mujer que a mi hermano le encantaba. Llevaba el pelo suelto y sin margaritas por encima de un hombro, liso y brillante. Sus ojos habían perdido parte del halo del agotamiento. Llevaba uno de esos vestidos largos de tirantes que le acariciaban los pies y hacían que los hombres se preguntaran qué tesoros aguardarían ahí debajo.

Llevaba un ramo de flores y, durante una milésima de segundo, quise descubrir quién diantres se lo había regalado para darle una buena tunda. La acompañaba Waylay, vestida con pantalones cortos y una camiseta rosa; llevaba un plato tapado con plástico. Nos miraba sonriendo.

Nash usó la distracción para propinarme un codazo en el vientre. Me quedé sin aliento y me doblé tratando de respirar.

—Tienes sangre en la cara, jefe — observó Waylay, divertida —. Y también en esa camisa tan limpia que llevas.

Sonreí. La niña era de Tina, pero era graciosa a más no poder, y estaba de mi parte. Waylon abandonó su asiento privilegiado en el porche y se dirigió tranquilamente hacia las recién llegadas para saludarlas.

—Gracias, Waylay —dijo Nash, y se volvió a limpiar la boca ensangrentada —. Justo venía a veros a las dos.

Mientras Waylay le apretujaba los carrillos colgantes al perro, Naomi se dio la vuelta para mirarnos de frente.

—Pero ¿qué te pasa? —bufó—. ¡No puedes pelearte con un policía!

Me incorporé lentamente y me masajeé el esternón con una mano.

—Como policía, no cuenta. Es mi hermano.

Waylon metió el hocico por debajo del dobladillo del vestido de Naomi y la pisoteó. Era un cabrón muy demandante.

—Ay, hola —lo saludó con suavidad y se agachó para acariciarlo.

—Se llama Waylon —la informó Nash.

—Waylon y Waylay —musitó—. Para nada me voy a confundir.

Me ardía la nariz, y la cara me dolía que daba gusto. Tenía los nudillos en carne viva. Pero cuando vi cómo acariciaba al pesado de mi perro con un ramo de flores en una mano, todo aquello empezó a difuminarse.

«Mierda».

Sabía qué era sentirse atraído por alguien y cómo gestionarlo. Pero no por una mujer como ella. Una mujer que no sabía que lo más inteligente era tenerme miedo; una mujer que tenía un vestido de novia, pero que no llevaba alianza; que tenía una niña de once años. Este era el tipo de situación que me hacía poner pies en polvorosa. Pero no podía dejar de mirarla.

—Eres idiota.

Nash esbozó una sonrisilla que se transformó en una mueca.

—Y tú. —Naomi se centró ahora en él —. Diría que no te tomas la placa muy en serio si te lías a puñetazos en medio de la calle con tu hermano.

—Ha empezado él —saltamos los dos al unísono.

—Pues dejaremos que sigáis — dijo, con delicadeza, mientras colocaba una mano sobre el hombro de Waylay —. Vámonos.

—¿Vais a casa de Liza J.? — preguntó Nash.

—Sí, nos ha invitado a cenar — respondió Naomi.

Waylay alzó el plato que llevaba:

—Llevamos galletas.

—Os acompaño —se ofreció Nash—. Podemos hablar de camino.

—Por mí, bien.

—Tú no estás invitado —me espetó él.

—Pues claro que sí. A las siete en punto.

Mi hermano exhibía una expresión que parecía que estuviera dispuesto a armarse de valor una vez más y asestarme otro puñetazo, y me parecía bien. Manchar su imagen de héroe quejándose de mi presencia («oh, venga ya») solo me favorecía. Pero justo cuando estaba a punto de meterme con él, Naomi se interpuso entre nosotros. Waylon la imitó y se sentó a sus pies.

Esta mujer no sabía interpretar las señales, era un peligro para sí misma. ¿A quién se le ocurría interponerse entre dos hombres que buscaban pelea?

—¿Habéis encontrado mi coche? — le preguntó a Nash.

—¿Habéis encontrado a mi madre? — preguntó Waylay.

—Tal vez deberíamos hablar en privado — sugirió Nash —. Knox, sé buen vecino y llévate a Waylay hacia la casa mientras yo charlo un momento con Naomi.

—Ni hablar —dijo Waylay, que se cruzó de brazos.

—Ni de coña —coincidí.

Nos sostuvimos la mirada hasta que Naomi puso los ojos en blanco.

—Muy bien, terminemos de una vez con esto. Por favor, dime qué habéis descubierto.

Mi hermano, de pronto, pareció muy incómodo, y me picó la curiosidad.

—Bueno, pues iré al grano — empezó Nash —. No he encontrado tu coche todavía, pero sí que he encontrado una cosa interesante cuando busqué la matrícula: tiene una denuncia por robo.

—No me digas, Sherlock. La ha hecho Naomi esta mañana — le recordé.

Nash me ignoró y continuó:

—Ayer denunció su robo Warner Dennison III, de Long Island, Nueva York.

Naomi tenía pinta de querer que se la tragara la tierra.

—¿Robaste un coche? —le preguntó Waylay a su tía. Parecía impresionada. Yo mismo tenía que admitir que no me lo esperaba para nada.

—El coche es mío, pero lo compró mi exprometido. Oficialmente, los propietarios somos los dos.

Sí que parecía ser el tipo de mujer a quien un hombre le compraría un coche, decidí.

—¿No querrás decir exmarido? — saltó Waylay.

—Exprometido —la corrigió Naomi —. Ya no estamos juntos. Y no llegamos a casarnos.

—Porque lo plantó en el altar — añadió la niña, dándoselas de enterada —. Ayer.

—Waylay, te lo conté en secreto — dijo Naomi entre dientes. Sus mejillas estaban teñidas de rojo carmesí.

—Pero si te están interrogando por haber robado un coche.

—Nadie está siendo interrogado — insistió Nash —. Hablaré con la comisaría que lo lleva y solucionaré el malentendido.

—Gracias —repuso Naomi. Los ojos se le llenaron de algo que se asemejaba sospechosamente a las lágrimas.

«Mierda».

—No sé vosotros, pero a mí me iría bien tomar algo. Vayamos hacia la casa y solucionemos esto acompañado de alcohol — sugerí. No me esperaba el alivio que se le reflejó en esa cara tan bonita que tenía.



Me pasé la corta caminata que nos separaba de casa de Liza J. preguntándome cuándo demonios me había convertido en un tío al que le gustaban los vestidos de tirantes. Las mujeres con las que yo salía vestían con vaqueros, cuero y camisetas de roqueros. No tenían el vocabulario de quien ha hecho la secundaria en un centro privado ni llevaban vestidos que les ondeaban en los tobillos como si fueran una aparición veraniega. Me gustaban las mujeres que eran como las relaciones que solía tener: rápidas, guarras y sin compromiso.

Naomi Witt no encajaba en ninguna de esas tres, y más me valía tenerlo presente.

—¿De verdad vas a ir a cenar así? — me preguntó Naomi mientras Waylon se alejaba del camino para levantar una pata ante un cornejo.

A nuestra espalda, Waylay acribillaba a Nash a preguntas sobre los delitos en Knockemout.

—Liza J. ha visto cosas peores — le dije, y di un mordisco a una galleta.

—¿De dónde has sacado esa galleta? — me reclamó.

—Me la ha dado Waylay —repuse.

Naomi esbozó una expresión con la que parecía que fuera a quitármela de un manotazo, así que me metí el resto de la galleta en la boca.

—Son para la misteriosa Liza J., a quien se supone que debo causar una buena impresión — protestó —. No es la mejor manera de conocer a la propietaria de la que podría ser mi nueva casa. «Hola, me llamo Naomi. He ocupado tu cabaña y estos dos se estaban peleando en la entrada de tu casa. Por favor, cóbrame un alquiler barato».

Me reí entre dientes, pero luego hice una mueca cuando la nariz me empezó a palpitar.

—Relájate. Liza J. se preocuparía si Nash y yo no apareciéramos ensangrentados y cabreados el uno con el otro — le aseguré.

—¿Por qué estáis cabreados el uno con el otro?

—Cielo, no tienes tanto tiempo — dije, arrastrando las palabras.

Llegamos a las escaleras que conducían a la casa y Naomi titubeó; alzó la vista para observar la madera labrada toscamente y los listones de cedro. Detrás de las azaleas exuberantes y la madera de boj, el porche se extendía casi quince metros por la fachada.

Traté de verlo con sus ojos. Acababa de llegar al pueblo tras huir de una boda, sin lugar en el que quedarse y encima se había encontrado con que era tutora de una niña que ni conocía. Para ella, todo dependía de cómo fuera esta cena.

—No te rajes ahora —le advertí—. Liza J. detesta a los cobardes.

Sus preciosos ojos avellana se entrecerraron.

—Gracias por el consejo —dijo ella, mordaz.

—Qué chula —observó Waylay cuando llegó junto a nosotros, al pie de las escaleras.

Recordé la caravana. El desastre que había fuera del dormitorio que tenía el cartel de «No entrar» en la puerta. Había hecho todo lo que había podido para evitar que el caos y la inestabilidad entraran en su pequeño universo, y se había ganado mi respeto por eso.

—En su día era un hotel. Vamos. Necesito tomar algo, ya os lo he dicho — solté, subí los tres escalones y agarré el pomo.

—¿No tendríamos que llamar a la puerta o al timbre? — dijo Naomi entre

dientes mientras me agarraba del brazo.

Ahí estaba de nuevo: la electricidad que me chisporroteaba en la sangre y me la inflamaba como si me hubiese expuesto a algún tipo de amenaza, a algún peligro.

Ambos clavamos los ojos en su mano y la apartó enseguida.

—Por aquí no hace falta. —La tranquilizó Nash, sin darse cuenta de que yo tenía la sangre hirviendo y de que Naomi había vuelto a sonrojarse.

—¡Liza J.! —bramé.

Como respuesta recibí un arranque de ladridos excitados.

—Ay, madre —susurró Naomi, y se interpuso entre Waylay y el alboroto animal.

Waylon se metió entre mi pierna y el marco de la puerta justo cuando dos perros aparecieron a toda velocidad en el vestíbulo. Cachondo, el *beagle*, se había ganado su sobrenombre por tirarse todo lo que se moviera durante su primer año de vida. Minina era una *pitbull* de veintidós kilos con un solo ojo que creía que era un perrito faldero. Ambos hacían compañía a Liza J. en su soledad.

Dentro se estaba más fresco. También estaba más oscuro; ahora las persianas no se levantaban. Liza J. decía que era para que nadie pudiera meter las narices en sus cosas. Pero yo sabía la verdad, y tampoco se lo reprochaba.

—Dejad de chillar —dijo una voz que procedía de la cocina —. ¿Qué os pasa? ¿Vuestra madre os crio en un establo?

—No, pero nuestra abuela sí — le gritó Nash como respuesta.

Elizabeth Jane Persimmon, metro y medio de mujer, salió con brío a recibirnos. Llevaba el pelo corto y le enmarcaba el rostro. No la recordaba de otra forma. Nunca faltaba a su cita en la peluquería. Los zuecos de goma que calzaba para ocuparse del jardín chirriaban sobre el suelo. Llevaba su uniforme habitual: pantalones cargo y una camiseta azul. Vestía igual prácticamente cada día; si hacía calor, llevaba los pantalones con las cremalleras de las perneras abiertas; si hacía frío, añadía una sudadera del mismo color que la camiseta.

—Debería haberos ahogado en el arroyo cuando tuve la oportunidad — soltó, y se detuvo ante nosotros. Se cruzó de brazos, expectante.

—Liza J. —Nash le dio un beso en la mejilla, obediente.

Yo hice lo propio.

Esta asintió con satisfacción. Se habían terminado los arrumacos.

—Bueno, ¿y qué líos me habéis traído a casa? — Su mirada se posó en Naomi y Waylay, a quienes los perros olisqueaban con escepticismo.

Minina fue la primera en ceder, y le dio un cabezazo a Naomi en las piernas para reclamarle atención. Waylon, para que no lo dejaran de lado, se abrió paso a la fuerza y le hizo perder el equilibrio. Alargué el brazo, pero Nash se acercó antes y la ayudó a recuperarlo.

—Echad a este desastre de perros, dejad que corran como locos un rato — ordenó Liza J.

Nash soltó a Naomi y abrió la puerta principal. Tres manchas de pelo salieron disparadas.

—Liza J., te presento a Naomi y a su sobrina, Waylay — le dije —. Se van a quedar en la cabaña.

—Vaya, conque se van a quedar, ¿no?

Detestaba que le dijeran lo que tenía que hacer tanto como yo. Ni ella ni yo entendíamos por qué Nash se había vuelto tan «viva el orden y la ley».

—A menos que quieras echarlas a la calle — añadí.

—Ahora recuerdo de qué te conozco — anunció mi abuela, que observaba a Waylay a través de las gafas bifocales —. Lo llevaba pensando desde que te he dejado las bicicletas: me arreglaste el iPad en la biblioteca.

—¿Ah, sí? —le preguntó Naomi a la niña.

Waylay se encogió de hombros; parecía avergonzada.

—A veces voy. Y, a veces, la gente mayor me pide que le arregle cosas.

—Y tú eres igualita que la problemática de su madre. — Liza J. señaló a Naomi.

—Es mi hermana —apuntó esta, con una leve sonrisa.

—Son gemelas —tercié yo.

Naomi le ofreció el ramo.

—Te hemos traído flores y galletas para agradecerte que nos hayas invitado a cenar.

—Flores, galletas y dos hombres ensangrentados — observó Liza J. —. Será mejor que entréis ahí detrás. La cena ya casi está.

«Ya casi está» en casa de Liza J. significaba que aún no había ni empezado.

Entramos en tropel en la cocina, donde nos esperaban los ingredientes para preparar ensalada y *sloppy joes*.

—Yo, la carne —me pedí.

—Yo, la ensalada. —Se resignó Nash.

—No si antes no os limpiáis bien — dijo Liza J. mientras señalaba el fregadero de la cocina.

Nash hizo lo que se le ordenaba y abrió el grifo. Yo me dirigí a la nevera y me abrí una cerveza.

—He traído unas delicias de la panadería — anunció Liza J. Miró a Waylay, que observaba con recelo los ingredientes para la ensalada —. ¿Por qué no las pones en un plato con las galletas que mis nietos no se han comido todavía y, ya que estás, pruebas un par para comprobar que se pueden comer?

—Guay —respondió Waylay, que se fue derechita hacia la caja de la panadería que había en la encimera.

Miré por encima del hombro de la niña y cogí una galleta de limón. Mis favoritas.

—Voy a buscar el vino —dijo Liza J. —. Tengo la sensación de que eres de las que sabe usar un sacacorchos.

Se dirigía a Naomi, quien parecía no saber si era un cumplido o una crítica.

—Ve. —La animé cuando Liza J. salió de la estancia.

Naomi se acercó a mí y detecté el olor a lavanda.

—Pobre de ti como empecéis a pelearos delante de mi sobrina bajo cualquier pretexto — siseó.

—No puedo prometerte nada.

Si los ojos pudieran echar fuego de verdad, habría necesitado que me volvieran a crecer las cejas.

—Jefe, espero que puedas mantener el orden unos minutos — le dijo.

Nash le ofreció una de sus puñeteras sonrisas encantadoras.

—Conmigo, dalo por sentado.

—Lameculos —solté, tosiendo.

Waylay se rio por lo bajo.

—Enseguida vuelvo. —Le prometió Naomi a Waylay —. El jefe Morgan está al mando.

La niña parecía desconcertada. Supuse que nadie se había molestado nunca en informarla de que se iban, y menos aún de que volverían.

Naomi irguió la espalda y siguió los pasos de mi abuela mientras el maldito vestido flotaba a su alrededor como si fuera una princesa de cuento de hadas que iba a enfrentarse al dragón.

Capítulo 8: La misteriosa Liza J.

Naomi

A pesar de la inseguridad que me provocaba dejar a Waylay en una cocina con dos hombres adultos que hacía tan solo unos minutos se habían pegado en medio del camino, seguí a Liza a regañadientes hacia el comedor oscuro. El papel de la pared era verde oscuro con un estampado que no alcanzaba a distinguir. El mobiliario era robusto y rústico. La mesa, de un madero ancho, se alargaba casi tres metros y medio y estaba enterrada bajo cajas y pilas de papeles. En vez de calientaplatos o fotos familiares, el aparador de nogal estaba lleno de botellas de vino y de licor. Había vasos de cristal apiñados en otra vitrina adyacente y que estaba tan llena que no se le cerraban las puertas.

Me moría por ponerme a arreglar todo ese desorden.

La única luz que había en la estancia procedía de la pared más alejada, donde una abertura en forma de arco conducía a lo que parecía una terraza acristalada cuyas paredes de vidrio necesitaban una buena limpieza.

—Tienes una casa preciosa — me atreví a decir, mientras recolocaba con cuidado media docena de platos de porcelana amontonados en la esquina de la mesa. Por lo que había visto hasta ahora, la casa tenía un montón de potencial. Solo que estaba cubierta de sábanas polvorientas y montañas de cosas.

Liza se incorporó ante el aparador con una botella de vino en cada mano. Era menuda y dulce por fuera, como cualquier abuela. Pero Liza había recibido a sus nietos con aspereza y asignándoles tareas.

Sentía curiosidad por lo que se decía de los Morgan, que las mujeres que salían con ellos no llegaban a conocer a la familia. Si en este pueblo había alguien con derecho a renegar de su familia, esa era yo.

—Antes era un hotel que gestionaba yo — empezó, y dejó las botellas sobre el aparador —. Ahora, ya no. Supongo que querrás quedarte una temporada.

Vaya, no le gustaba hablar de cosas triviales. Me había quedado claro.

Asentí.

—Es una casita maravillosa. Pero entiendo que pueda suponer una molestia; seguro que puedo encontrar una alternativa dentro de nada. — No era tanto una verdad como una mera esperanza. La mujer que tenía delante era la mejor oportunidad para encontrar un poco de estabilidad a corto plazo para mi sobrina.

Liza pasó una servilleta de tela sobre la etiqueta del vino.

—No te preocupes. Si estaba ahí vacía, muriéndose del asco.

Tenía rasgos de acento del sur, más que el típico de Virginia del Norte. Recé para que ella sí tuviera algo de la legendaria hospitalidad meridional.

—Es muy amable por tu parte. Si no te importa, me gustaría hablar del alquiler y de la fianza.

Me dio la primera botella con brusquedad.

—El abridor está en el cajón.

Abrí el primer cajón del aparador y encontré una maraña de servilleteros, posavasos, candeleros, cerillas y, al fin, un sacacorchos. Me puse a clavarlo en el tapón de corcho.

—Como decía, ahora mismo, mi situación económica es delicada.

—Es lo que ocurre cuando tienes una hermana que te roba y acabas con una boca más que alimentar — comentó Liza, de brazos cruzados.

Alguien era un bocazas, o Knox o Nash. No respondí, y destapé la botella.

—Supongo que también necesitarás un trabajo — alegó —. A menos que trabajes desde casa, o algo.

—Hace poco que dejé el trabajo — anuncié, con cuidado.

«Y mi casa. Y mi prometido. Y todo lo que formaba parte de esa vida».

—¿Cuánto es poco?

Aquí, en Knockemout, metían las narices en la vida de los demás sin ningún tipo de reparo.

—Ayer.

—Me han dicho que mi nieto te trajo aquí con el vestido de novia volando por la ventana como si fuera una bandera. ¿Novia a la fuga? — Colocó dos copas junto a la botella abierta y asintió.

Serví el vino.

—Se podría decir que sí. —Tras un año entero de preparativos. De escogerlo

todo, desde los aperitivos del cóctel hasta el color del mantel de las mesas. Se había acabado. Qué pérdida de tiempo y esfuerzo, de hacer planes, de dinero.

Agarró una copa y la sostuvo en alto.

—Bien. Ahora escúchame con atención: nunca dejes que un hombre que no te gusta tome decisiones por ti.

Era un consejo extraño de parte una conocida a quien trataba de causar una buena impresión. Pero tras el día que había tenido, opté por entrechocar mi copa con la suya.

—Te irá bien por aquí. Knockemout cuidará de ti y de la niña — pronosticó.

—Bueno… Volvamos a la cabaña — insistí —. Tengo unos pequeños ahorros a los que puedo acceder. — Técnicamente, era la cuenta de mi jubilación, y no sería más que un préstamo.

—Podéis quedaros sin pagar nada — decidió Liza J.

Abrí la boca más que el pescado que había colgado en la pared encima de nuestras cabezas.

—Pagarás las facturas de la cabaña — continuó —. El resto lo puedes pagar ayudándome con la casa. No soy la ama de llaves más limpia que hay, y necesito ayuda para limpiar.

Por dentro estaba chillando. Liza era mi hada madrina vestida con ropa de jardinería.

—Es muy generoso por tu parte — empecé, en un intento de procesar lo que estaba ocurriendo. Pero tras las últimas veinticuatro horas que había tenido, mi cerebro estaba en pausa.

—Aun así, necesitarás un sueldo — prosiguió, sin ser consciente de mis aprietos mentales.

Aun así, necesitaba muchas cosas: cascos de bicicleta, un coche, unas cuantas citas con una psicóloga…

—Bueno, hoy me han ofrecido un trabajo. Una tal Sherry Fiasco me ha propuesto trabajar de camarera en un sitio llamado Honky Tonk. Empezaría mañana por la noche, pero tengo que encontrar a alguien que cuide de Waylay.

Oímos los pasos acelerados de unas patas y, en cuestión de segundos, Waylon entró al trote en el comedor y nos miró con expresión expectante.

—Ha dicho Waylay, no Waylon — le dijo Liza al perro.

Este se puso a olisquear, se aseguró de que no se nos había caído nada de comida al suelo y, luego, regresó a la cocina.

—Por casualidad, ¿no le habrás comentado a Knox esta oferta de trabajo,

verdad? — me preguntó Liza.

—No tenemos ese tipo de relación. Nos acabamos de conocer — dije, con educación. No quería ir y soltarle a la propietaria de mi nueva casa que su nieto me parecía un bruto testarudo con la misma educación que un saqueador escandinavo.

Me observó a través de las gafas y las comisuras de la boca se le curvaron.

—Ya veo. Te daré un consejo: será mejor que no se lo cuentes, esto del trabajo. Puede que tenga una opinión al respecto, y, si la tiene, no dudará en hacértelo saber.

Si Knox Morgan se creía que me importaba su opinión sobre mi vida, podía añadir «tendencia al narcisismo» a su larga lista de defectos.

—Mi vida es mía —dije, con delicadeza —. Además, no creo que vaya a encontrar a nadie con quien quiera dejar a Waylay con tan poco margen de tiempo.

—Ya la has encontrado. Aunque, tal vez, la niña no lo necesite: seguro que se prepara la cena desde que tenía seis años. Pero puede quedarse conmigo. Qué demonios, tal vez pueda prepararme la cena a mí, incluso. Tráela cuando te vayas al trabajo mañana.

«Mantener a un ser humano a salvo y con vida» se añadió a la columna de Obligaciones Clave en mi hoja interna de «Cosas que evitar a toda costa». Pedirle a mi hada madrina y propietaria de mi casa que, por favor, cuidara de mi sobrina hasta quién supiera cuándo mientras yo trabajaba hasta la madrugada en un bar ascendió al primer puesto de la lista y desbancó «ayudarme con la mudanza», o «llevarme en coche a una operación», o «llevarme a casa tras una». Las Obligaciones Clave solo se asignaban a miembros de la familia que fueran responsables, o a amigos íntimos. Liza no era ni lo primero, ni lo segundo.

—Ay, pero no sé cuándo saldré del trabajo — objeté —. Podría ser muy tarde.

Se encogió de hombros.

—A mí me da lo mismo. La tendré aquí conmigo y los perros, y luego la llevaré de vuelta a la cabaña, después de cenar. No me importa esperar allí. Siempre me ha gustado la cabaña.

Se dirigió hacia la puerta y me dejó allí plantada, sobre la alfombra, con la boca abierta de par en par.

—Te pagaré —le dije, alzando la voz. Había recuperado mi capacidad de moverme y hablar.

—Ya lo hablaremos —repuso Liza sin volverse —. Sé que te crees que sales ganando, pero no tienes ni idea del lío en el que te estás metiendo.

Encontramos a todo el mundo, incluso a los perros, vivos e ilesos en la cocina en una curiosa estampa hogareña. Waylay estaba sentada en la isla y evaluaba cualquier ingrediente que Nash añadía a la ensalada mientras ella mezclaba los condimentos y aliños en un bol. Knox tomaba una cerveza mientras pinchaba la carne que tenía en la sartén y leía ingredientes en voz alta para Waylay.

Al parecer, no se había derramado más sangre. Los dos hombres se habían limpiado las heridas y solo les quedaban las manchas y los moretones. Nash parecía un héroe que había encajado unos cuantos golpes para salvar a una damisela en apuros. Knox, en cambio, parecía un villano que había librado unos cuantos asaltos con el bueno de la película y había salido victorioso.

Sin duda, había sido mi error reciente con el bueno de la película (o, al menos, eso era de cara a la galería) lo que ahora me hacía compensar mi percepción de manera que, de pronto, la actitud de villano de Knox me parecía atractiva. Al menos, es lo que me dije cuando los ojos de Knox se posaron en mí y tuve la sensación de que me ardía la columna vertebral.

Hice caso omiso de él y de su sensualidad ante los fogones y opté por concentrarme en el resto del espacio. La cocina de Liza ofrecía una cantidad astronómica de superficie de encimera que me revolucionaba la imaginación y me puse a pensar en todo el potencial para preparar galletas de Navidad. La nevera era prehistórica, los fogones eran prácticamente una antigüedad, las encimeras eran de una madera maciza muy maltratada, los armarios estaban pintados de un precioso tono verde loden. Y, a juzgar por el contenido que se veía en los que eran acristalados, todos estaban a rebosar.

Empezaría a limpiar la cocina, decidí. Al fin y al cabo, era la estancia que constituía el corazón de un hogar. Aunque Liza no parecía ser una sentimental. Más bien, parecía atrapada en el tiempo. Solía pasar. La vida le daba un golpe inesperado a alguien y cosas como el mantenimiento de una casa saltaban por los aires. A veces, para siempre.

Cuando estuvo lista, llevamos la comida y el vino a la terraza acristalada, donde una mesa más pequeña daba al patio trasero. Desde aquí había unas vistas privilegiadas al bosque y al arroyo, moteado de dorado mientras el sol decaía en el cielo veraniego.

Cuando fui a sentarme al lado de Waylay, Liza negó con la cabeza.

—Uh-uh. Si estos dos se sientan uno al lado del otro, acabarán en el suelo dándose puñetazos antes de que lleguemos a las galletas.

—Seguro que sabrán comportarse durante una cena — insistí.

Bufó.

—Te digo yo que no.

—No —dijo Knox, a la vez.

—Pues claro que sí —insistió Nash.

Liza negó con la cabeza mirando a Waylay, que se fue correteando hacia el lado opuesto de la mesa con el plato. Los perros entraron en fila, alegres, y adoptaron su posición en guardia alrededor de la mesa. Dos de ellos habían decidido que Waylay era la más propensa a tirar comida al suelo, y se colocaron cerca de ella. Waylon se dejó caer al suelo junto a Liza, que estaba sentada presidiendo la mesa.

Los dos hombres fueron a sentarse en la silla que había a mi lado. Knox se ganó el puesto de un codazo que por poco no hizo que a Nash se le cayera su plato al suelo.

—¿Lo ves? —dijo la abuela mientras clavaba el tenedor con expresión triunfante.

Me senté en mi silla y traté de ignorar la clara presencia de Knox al hacer lo propio. Se convirtió en una tarea imposible cuando su vaquero me rozó el brazo mientras se sentaba. Lo retiré de golpe y a punto estuve de tirarme el plato en el regazo.

—¿Por qué estás tan alterada? — preguntó Waylay.

—No estoy alterada —me empeciné. La copa de vino temblaba cuando la cogí.

—Bueno, ¿y por qué os habéis peleado esta vez? — preguntó Liza a sus nietos, magnánima, cambiando de tema.

—Por nada —saltaron Knox y Nash al unísono. La mirada fulminante que intercambiaron me indujo a creer que no les gustaba estar de acuerdo ni en una coma.

—La tía Naomi los ha separado — informó Waylay mientras inspeccionaba una rodaja de tomate con recelo.

—Cómete la ensalada —le dije.

—¿Quién iba ganando? —se interesó Liza.

—Yo —anunciaron los hermanos, otra vez al unísono.

Tras esta declaración, se produjo otro silencio gélido.

—Son brutos y violentos como el que más, estos dos — recordó Liza —. Claro que solían hacer las paces después de pelearse y enseguida volvían a ser uña y carne. Supongo que esa última parte la habéis dejado atrás.

—Ha empezado él —protestó Nash.

Knox soltó un bufido.

—Solo porque seas el bueno no significa que nunca hagas nada malo.

Entendía demasiado bien las dinámicas del hermano bueno contra el hermano malo.

—¿Y vosotros dos junto con Lucy? — Liza negó con la cabeza —. Todo el pueblo sabía que habría problemas cuando os juntabais los tres.

—¿Lucy? —pregunté, antes de poder contenerme.

—Lucian Rollins —dijo Nash mientras usaba el panecillo para recoger la ternera picada que se le había caído en el plato —. Un viejo amigo.

Knox gruñó. Su codo rozó el mío y noté que la piel me ardía de nuevo. Me aparté tanto como fui capaz sin acabar sobre Liza.

—¿Qué es de Lucy ahora? —preguntó esta —. Lo último que sé es que era un pez gordo de los que van con traje.

—Pues es verdad —confirmó Nash.

—De niño era muy espabilado — me explicó Liza —. Siempre supe que le esperaban cosas mejores y más importantes que una caravana y ropa heredada.

Waylay centró sus ojos en Liza.

—Hay muchas personas que tienen un origen humilde — observé.

Knox me miró y sacudió la cabeza con una expresión que bien podía ser de diversión.

—¿Qué?

—Nada. Cómete la cena.

—¿Qué? —insistí.

Se encogió de hombros.

—Que si «caballerosidad», que si «un origen humilde»… Hablas como si te leyeras el diccionario por placer.

—Me alegro de que mi vocabulario te parezca divertido. Es lo que me faltaba para tener un día redondo.

—No le hagas caso —terció Nash—. Las mujeres con cerebro lo intimidan.

—¿Quieres que te vuelva a dar un puñetazo en la nariz? — se ofreció Knox, audaz.

Le di una patada por debajo de la mesa. Fue un acto reflejo.

—¡Au! ¡Joder! —musitó y se inclinó hacia delante para frotarse la espinilla.

Todos los ojos se posaron en mí y, entonces, me di cuenta de lo que acababa de hacer.

—Perfecto. —Solté y dejé el tenedor de un golpe, avergonzada —. Una pasa unos minutos contigo por aquí, otros minutos por allá, y resulta que se le pega. Lo próximo será ponerme a dar puñetazos con el primero que pase por la calle.

—Pagaría por verlo —murmuró Waylay.

—Yo también —dijeron Knox y Nash al unísono.

Liza curvó la comisura de los labios.

—Creo que encajarás a la perfección. — Meditó —. Aunque hables como un diccionario.

—Supongo que eso significa que dejas que se queden — se aventuró Knox.

—Sí —confirmó Liza.

No me pasó por alto el alivio que se reflejó en la expresión de Waylay antes de volver a colocarse la máscara. Una preocupación menos: un sitio agradable y bonito en el que vivir.

—Chicos, ¿sabíais que Naomi es una novia a la fuga?

—¡Dejó a un tío en la iglesia y le robó el coche! — anunció Waylay con tono orgulloso.

Agarré la botella de vino y llené la copa de Liza hasta el borde y luego la mía.

—¿Sabéis una cosa? En mi ciudad, no nos metemos en la vida de los demás.

—Pues será mejor que no lo esperes en un pueblo como Knockemout — me advirtió Liza.

—¿Qué había hecho él? —preguntó Nash. Pero no me lo preguntaba a mí, sino a Waylay.

Esta se encogió de hombros.

—No lo sé, no me lo quiso decir. Pero seguro que fue algo malo, porque el vestido que llevaba cuando se dio a la fuga era muy muy bonito. Tendría que pasar algo muy malo para que yo saliera corriendo en vez de enseñárselo a todo el mundo.

Noté el ardor de la mirada de Knox y me achiqué como una pasa. Waylon debió de notar mi desesperación, porque se estiró sobre mis pies bajo la mesa.

—¿Por qué no hablamos de otro tema? Cualquier cosa. ¿Religión? ¿Política? ¿Rivalidades deportivas feroces?

—Qué bien teneros a los dos en la mesa a la vez — comentó Liza —.

¿Significa esto que no tendré que celebrar Acción de Gracias en dos turnos este año?

—Ya veremos —dijo Nash mientras echaba una mirada a su hermano.

Noté la tensión que había entre los dos. Como no quería que la cena terminara en un combate de lucha libre, cambié de tema enseguida:

—En realidad, no robé el coche.

—Eso mismo dijo Knox cuando el señor Wheelan de la tienda Pop N Stop lo pilló con el bolsillo lleno de chuches — observó Nash.

—No todos nacimos siendo un puto santito.

—Por el amor de Dios, Knox. Habla bien. — Le di un codazo y señalé a Waylay.

Ella le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—No me importa.

—Pues a mí, sí.



Las luciérnagas titilaban al anochecer mientras Knox y Waylay lanzaban piedras al arroyo. Los tres perros se metían en el agua por turnos y luego salían para sacudirse y secarse en la orilla.

Las risitas de Waylay y el murmullo grave de Knox resonaban en la superficie, y me hicieron sentir que, tal vez, hoy no había sido el peor día de mi vida. Tenía la barriga llena tras haber cenado *sloppy joes*, y una casita acogedora me esperaba.

—¿Estás bien? —Nash se acercó a mí entre la hierba. Transmitía tranquilidad y seguridad. Con él, no me asaltaba la exasperación que siempre sentía con Knox.

—Creo que sí. —Me volví para mirarlo —. Gracias por todo. Ha sido un día muy estresante. Tú y Liza, y supongo que también tu hermano, nos habéis ayudado mucho.

—Way es una buena niña —observó —. Es lista e independiente. Gran parte del pueblo lo sabe.

Recordé el número que nos habían montado en el supermercado.

—Espero que tengas razón. Y espero poder hacer lo correcto para ella hasta que solucionemos las cosas.

—Lo que me recuerda… Te he traído esto — me dijo mientras me daba un folleto, pero estaba demasiado oscuro para leerlo —. Es sobre las disposiciones de custodia en familiares.

—Vaya, gracias.

—Básicamente, te espera un proceso de solicitud con unos cuantos baches legales que tendrás que superar. Si todo va bien, tendrás seis meses para decidir si quieres que sea permanente.

«¿Permanente?». La palabra me desestabilizó. Me quedé quieta, con la mirada perdida, mientras Waylay y Knox se turnaban para lanzar una pelota de tenis empapada a los perros.

—He preguntado por Tina —continuó Nash —. Dicen que, desde hace unas semanas, tiene un nuevo novio y hay rumores de que pretendían dar un gran golpe.

Un nuevo novio y un gran golpe eran justo el estilo de mi hermana.

—¿De verdad crees que podría no volver?

Nash se colocó enfrente y se agachó hasta que lo miré a los ojos.

—Ese es el problema, Naomi: que si vuelve, tendrá muchas dificultades. No habrá juez al que le entusiasme la perspectiva de dejar que conserve la custodia.

—Y si no se queda conmigo, los servicios sociales la darán en acogida — dije, añadiendo lo que no se había dicho.

—En resumidas cuentas, sí — respondió —. Sé que es una decisión muy importante, y no te estoy pidiendo que la tomes ahora mismo. Conoce a tu sobrina. Conoce el pueblo, piénsatelo. Tengo una amiga que se dedica a los servicios sociales y puede ayudarte a empezar el proceso de solicitud.

Me estaba pidiendo que pusiera en pausa los siguientes seis meses de mi vida por una niñita que acababa de conocer. Efectivamente, ya podía afirmar que mi maltrecho plan de vida acababa de saltar por los aires. Dejé escapar un suspiro y decidí que mañana era tan buen día como cualquier otro para entrar en pánico por el futuro.

—¡Waylay! Tenemos que irnos — la llamé.

Waylon vino corriendo con las orejas ondeando. Escupió la pelota de tenis a mis pies.

—Tú no, guapo —le dije y me incliné para acariciarlo.

—¿En serio? —protestó Waylay, arrastrando los pies como si los tuviera

revestidos de cemento.

Compartía su sensación.

Knox le posó una mano en la cabeza y la condujo hacia mí.

—Tendrás que acostumbrarte, chica. A veces, todos tenemos que hacer cosas que no queremos hacer.

Capítulo 9: Micción en el patio y el sistema de clasificación decimal de Dewey

Naomi

Descubrí que el porche trasero era un sitio maravilloso para organizar mi lista de «Tareas diarias según su prioridad» mientras esperaba que la cafetera hirviera. Había dormido como una paciente en coma, y cuando se me abrieron los ojos a las 6:15 en punto, crucé el pasillo de puntillas hasta la habitación de Waylay y le eché un vistazo para asegurarme de que mi sobrina seguía ahí. En efecto, ahí estaba, arropada con sábanas limpias en una cama blanca con dosel.

Bajé los ojos a la lista que tenía delante y di unos golpecitos en la página con la punta de un subrayador azul. Tenía que ponerme en contacto con mis padres para que supieran que estaba viva y que no me había dado ninguna crisis ni ningún ataque. Pero tampoco estaba segura de cuánto debía contarles.

Hola, ¿os acordáis de vuestra otra hija? ¿La que os provocó migrañas durante veinte años antes de desaparecer de la faz de la Tierra? ¿Sí? Bueno, pues resulta que tiene una hija que no tenía ni idea de que existíais.

Desembarcarían del crucero al instante y se subirían al primer avión que los trajera hasta aquí. Su propia madre acababa de abandonarla y ahora Waylay se encontraba con que tenía que vivir con una tía que hasta ahora no había conocido. Añadir a los abuelos a esta situación tal vez no fuera la mejor idea, así de entrada. Además, era la primera vez en diez años que mis padres se iban de vacaciones solos. Se merecían tres semanas de paz y tranquilidad.

La elección se vio determinada solo en parte por el hecho de que así no tendría que encontrar una forma diplomática de explicar por qué se habían perdido los primeros once años de la vida de su única nieta. Por ahora.

No me gustaba hacer nada hasta saber la forma correcta de hacerlo. Así que esperaría hasta conocer un poco mejor a Waylay y a que mis padres hubieran vuelto del crucero y estuvieran bien descansados y listos para oír semejante bombazo.

Satisfecha, recogí la libreta y los subrayadores, y estaba a punto de ponerme en pie cuando oí el lejano chirrido de una puerta mosquitera. En la cabaña vecina, Waylon descendió con brío las escaleras de atrás hasta llegar al patio y alzó una pata ante una zona sin vegetación que era evidente que le gustaba usar como lavabo. Sonreí, pero se me congeló toda la musculatura de la cara cuando otro movimiento me llamó la atención.

Knox *el Vikingo* Morgan salió tranquilamente a la terraza ataviado con nada más que un bóxer negro. Era todo un hombre: musculado, pelo en el pecho, tatuajes. Estiró un brazo con pereza por encima de su cabeza y se rascó la nuca; la viva imagen de testosterona adormilada. Necesité diez segundos enteros para comérmelo con los ojos con la boca bien abierta y darme cuenta de que, igual que su perro, el tipo se había puesto a mear.

Mis subrayadores salieron volando y provocaron un estrépito al caer sobre los tablones de madera que había en el suelo. El tiempo se detuvo cuando Knox se volvió hacia mí. Me estaba mirando con una mano en la… No.

«No. No, no, no».

Abandoné los subrayadores donde estaban y salí corriendo a refugiarme en el interior de la cabaña mientras me felicitaba por no haber tratado de ver mejor lo que tenía entre las piernas.

—¿Por qué tienes la cara tan roja? ¿Te has quemado?

Solté un chillido y me choqué de espaldas con la puerta mosquitera. Por poco me caigo en el porche.

Waylay estaba de pie en una silla, tratando de alcanzar los Pop-Tarts que había escondido encima de la nevera.

—Estás muy alterada —me acusó.

Con cuidado, cerré la puerta y dejé todos los pensamientos relacionados con hombres que miccionaban en el mundo exterior.

—Olvídate de los Pop-Tarts. Vamos a desayunar huevos.

—Jope, tío.

Ignoré sus quejas y coloqué en los fogones la única sartén que había en la casa.

—¿Qué te parece si hoy vamos a la biblioteca?



La biblioteca pública de Knockemout era un santuario de frescor y tranquilidad en el sofocante calor del verano en Virginia. Era un edificio claro y luminoso con estantes de roble blanco, mesas de trabajo de estilo rural y butacas mullidas apiñadas junto a los ventanales.

En la parte interior de la puerta había un enorme tablón de anuncios de la comunidad. Se ofrecía de todo: desde clases de piano hasta venta de terrenos, pasando por rutas en bici con fines benéficos. Los carteles salpicaban el corcho del tablón con espacios grandes entre sí. Debajo, había una mesa gris claro en la que se exponían libros de distintos géneros que iban de la novela romántica y erótica o la poesía hasta las autobiografías.

Plantas verdes y exuberantes en tiestos azules y amarillos daban vida a los estantes y a las superficies bañadas por el sol. Había una sección infantil colorida con un papel de pared brillante y todos los colores del arcoíris en los cojines del suelo. Un hilo de música tranquila e instrumental brotaba de unos altavoces escondidos. Parecía más un balneario de lujo que una biblioteca pública. Me encantaba.

Tras el mostrador largo y vacío había una mujer que atraía todas las miradas. Piel morena, pintalabios carmesí, pelo rubio, largo y liso con reflejos de un rosa violáceo. La montura de las gafas que llevaba era azul, y lucía un aro en la nariz. Lo único que delataba que era la bibliotecaria era la pila de libros de tapa dura que cargaba.

—Hola, Way —la saludó—. Tienes cola arriba.

—Gracias, Sloane.

—¿Tienes cola para qué? —pregunté.

—Nada —masculló mi sobrina.

—Soporte técnico —anunció la bibliotecaria atractiva y chillona —. Vienen personas mayores que no tienen ningún genio de once años que les arregle el teléfono, o el Kindle, o la tableta.

Recordé lo que había dicho Liza ayer por la noche durante la cena. Y eso me hizo recordar a Knox y a su pene esta mañana.

«Ups».

—Los ordenadores están allí, junto a la zona de la cafetería y los baños, tía Naomi. Yo me voy a la segunda planta, por si necesitas algo.

—¿Cafetería? —repetí, como un loro, esforzándome por no pensar en mi vecino medio desnudo. Pero mi responsabilidad ya había empezado a encaminarse hacia la escalera abierta que había detrás de las pilas de libros.

La bibliotecaria me lanzó una mirada cargada de curiosidad mientras colocaba una novela de Stephen King en la estantería.

—Tú no eres Tina —observó.

—¿Cómo lo sabes?

—Nunca he visto que Tina traiga aquí a Waylay, y menos aún que entre por esa puerta por voluntad propia.

—Es mi hermana —le expliqué.

—Lo he supuesto, más que nada porque sois como dos gotas de agua. ¿Cuánto hace que estás en el pueblo? Me sorprende que todavía no me haya llegado ningún cotilleo.

—Desde ayer.

—Ah, mi día de fiesta. Sabía que no tendría que haberme puesto a mirar *Ted Lasso* por cuarta vez — se quejó, para sí —. En fin, me llamo Sloane. — Hizo malabarismos con los libros para ofrecerme una mano.

Se la estreché vacilante, sin querer desestabilizar los casi diez kilos de literatura que sostenía.

—Naomi.

—Bienvenida a Knockemout, Naomi. Tu sobrina es un regalo del cielo.

Era agradable oír alabanzas referidas a un miembro de la familia Witt en este pueblo, para variar.

—Gracias. Eh… Justo nos estamos empezando a conocer, pero me parece que es lista e independiente.

«Y espero que no esté demasiado traumatizada».

—¿Quieres verla en acción? — me ofreció Sloane.

—Más incluso que pasarme por la cafetería.

Los labios rojos de Sloane esbozaron una sonrisita.

—Ven.

Seguí a Sloane por las escaleras hasta la segunda planta, donde había todavía más pilas de libros, más sillones, más plantas y unas cuantas salas privadas a un lado. En la parte de atrás había otro mostrador largo y bajo coronado por un cartel que rezaba «Comunidad». Waylay estaba sentada en un taburete que había

detrás del mostrador, con el ceño fruncido mirando un dispositivo electrónico. El propietario del aparato, un anciano negro que llevaba una camisa y unos pantalones recién planchados, se inclinaba sobre el mostrador.

—Ese es Hinkel McCord. Tiene ciento un años y se lee dos libros cada semana, y siempre se hace un lío con la configuración del libro electrónico — explicó Sloane.

—Te juro que son mis malditos nietos. Esos gamberretes metomentodo ven algo electrónico y se lanzan a por ello como los niños corrían a por golosinas en mi época — se quejó Hinkel.

—Empezó a venir un par de veces a la semana después de que ella y tu hermana se mudaran aquí. Una tarde, se actualizaron los programas con un virus que destrozó todo el sistema y Waylay se hartó de oírme gritarle al ordenador. Se metió detrás del mostrador y *voilà*. — Sloane meneó los dedos en el aire —. Lo arregló todo en menos de cinco minutos. Así que le pedí si no le importaba ayudar a algunas personas mayores. Le pagaría con *snacks* y le dejaría sacar el doble de libros de los permitidos. Es muy buena chica.

De pronto, me entraron unas ganas irrefrenables de sentarme y echarme a llorar. Al parecer, mi rostro también lo reflejó.

—Ay, ay. ¿Estás bien? —preguntó Sloane, que parecía preocupada.

Asentí y me tragué las lágrimas.

—Es que estoy tan contenta… — conseguí decir con un hilo de voz.

—Ay, madre. ¿Qué me dices de una caja de pañuelos y un café? — me propuso mientras me alejaba de un grupo de ancianos que estaban acomodados alrededor de una mesa —. Belinda, tengo la última novela publicada de Kennedy Ryan que me pediste.

Una mujer con el pelo blanco y un crucifijo enorme casi enterrado en su impresionante escote aplaudió.

—Sloane, eres mi persona favorita.

—Todos decís lo mismo —repuso con un guiño.

—¿Has dicho café? —gimoteé.

Sloane asintió.

—Tenemos un café muy bueno. — Me prometió.

—¿Te quieres casar conmigo?

Esbozó una sonrisa y el aro de la nariz refulgió.

—Ahora me gustan más los hombres. Aunque hubo una vez en la universidad…

Me condujo hasta un anexo en el que había cuatro ordenadores y una encimera en forma de U. Había un fregadero, un lavaplatos y una pequeña nevera con un cartel que ponía «AGUA GRATIS». Las tazas de café colgaban de unos ganchos muy monos.

Sloane se dirigió a la cafetera y se puso manos a la obra.

—Creo que necesitarás un café doble, al menos — observó.

—Tampoco te diría que no si fuera triple.

—Sabía que me caerías bien. Siéntate.

Me planté delante de uno de los ordenadores y traté de recobrar la compostura.

—Nunca he visto una biblioteca como esta — dije, desesperada por hablar de tonterías que no fueran a convertirme en un río de emociones.

Sloane me regaló una sonrisa.

—Lo que quería escuchar. Cuando era pequeña, la biblioteca era mi refugio. Hasta que fui mayor, no me di cuenta de que todavía no era accesible a todo el mundo. Así que fui a la universidad a estudiar Biblioteconomía y Administración Pública, y aquí estamos.

Me colocó una taza delante y volvió hacia la cafetera.

—La clave está en apostar por la comunidad. Ofrecemos clases gratuitas de cualquier cosa, desde educación sexual hasta meditación, clases para administrar el dinero u organizar y preparar las comidas… No tenemos muchos sintecho por aquí, pero tenemos vestuarios y una pequeña lavandería en el sótano. Ahora estoy trabajando en programas de actividades extraescolares gratuitas para ayudar a las familias que no pueden costearse un servicio de guardería. Y, claro, también tenemos libros.

Su expresión se volvió dulce y soñadora.

—¡Guau! —Agarré el café, di un sorbo y volví a soltar otro «guau».

Se oyó un leve repicar por encima de la música.

—Uy, la *batseñal*. Tengo que irme — me dijo —. Disfruta del café, y buena suerte con tus cosas.



SALDO DE LA CUENTA BANCARIA DE NAOMI WITT:

En descubierto. Posible fraude.



Queridos papá y mamá:

Estoy viva, a salvo y no he perdido la cabeza. Os lo prometo. Siento mucho haberme ido así. Sé que no fue propio de mí; las cosas no iban bien con Warner, y… Bueno, mejor os lo explico en otro momento, cuando no estéis de camino al paraíso.

Mientras tanto, pasadlo muy bien, y os prohíbo que os preocupéis por mí. Me he quedado en un pueblecito de Virginia y disfruto mucho del volumen que la humedad le aporta a mi pelo.

Tomad el sol y mandadme fotos para que vea que seguís vivos cada día.

Os quiero,

Naomi.

P. D.: Por poco se me olvida: mi móvil sufrió un accidente sin importancia y, por desgracia, no sobrevivió. Por ahora, la mejor forma de comunicarnos es vía correo electrónico. ¡Os quiero mucho! ¡No os preocupéis por mí!



Querido Stef:

Ya lo sé. Lo siento mucho mucho mucho. Por favor, ¡no me odies! Tenemos que hablar, pronto. Pero no por teléfono, porque en un área de descanso de Pensilvania pasé por encima de mi móvil con el coche.

Te reirás, porque seguro que crees que salir corriendo de mi boda era el bombazo (estabas guapísimo, por cierto). Pero el bombazo real es que mi hermana me llamó sin venir a cuento, me robó y me dejó con una sobrina que ni sabía que existía.

Se llama Waylay. Es un genio tecnológico de once años y creo que, bajo esa fachada aburrida, se esconde una niña muy niña. Necesito que alguien me asegure que no voy a empeorar su trauma.

Estoy tratando de ser la tía guay pero responsable en un pueblo que se llama Knockemout, donde hay hombres espectaculares y el café es delicioso.

Me pondré en contacto contigo en cuanto se aclaren un poco más las cosas. Tuve un problemilla con el coche y la cuenta bancaria. Ay, y con el ordenador también.

Lo siento mucho. Por favor, no me odies.

Besos,

N.



Tina:

Es el último correo que te mando. ¿Dónde demonios estás? ¿Cómo has sido capaz de abandonar a Waylay? ¿Dónde leches está mi coche? Ya estás volviendo. ¿Te has metido en problemas?

Naomi.



COSAS QUE HACER PARA LA TUTELA:

- Solicitud completa de tutela + lista de antecedentes penales.
- Tres entrevistas cara a cara con la solicitante.
- Aportar tres cartas de referencia (experiencia con niños y con su cuidado).
- Evaluación del domicilio.
- Vista dispositiva en el tribunal de familia.

Capítulo 10: Quebraderos de cabeza

Knox

Tenía un humor de perros después de no haber dormido una mierda. Y de ambas cosas tenía la culpa doña Naomi *Floricienta* Witt. Después de pasarme la mitad de la noche dando vueltas de un lado para otro, me había levantado para sacar a Waylon de madrugada, empalmado gracias al sueño que estaba teniendo protagonizado por la boca de la listilla de mi vecina bajándome por la polla con el tipo de ruidos con los que los hombres fantasean.

Era la segunda noche de descanso que me arruinaba, y si no conseguía sacármela de la cabeza, no sería la última. A mi lado, sentado en el asiento del copiloto, Waylon manifestó su propio agotamiento con un sonoro bostezo.

—Yo también, chico —le dije mientras aparcaba el coche y me quedaba mirando el escaparate.

La paleta de colores (azul marino y un ribete granate) no debería haber quedado bien. Me había parecido una estupidez cuando Jeremiah me lo había sugerido, pero de alguna forma, hizo que el ladrillo quedara más elegante y que el Whiskey Clipper destacara entre el resto.

Estaba apretujado entre una tienda de tatuajes que cambiaba de manos más rápido que las fichas de póker y el toldo naranja fosforescente delDino’s Pizza. No abrían hasta las once, pero ya se olía el ajo y la salsa de tomate.

Hasta hacía unos años, la peluquería había sido una institución en ruinas en Knockemout. Con un poco de la visión de mi socio, Jeremiah, y mucho capital (mío), habíamos conseguido devolver al Whiskey Clipper al siglo veintiuno y lo habíamos transformado en una mina de oro en el pueblo. Ahora, reconvertido en una peluquería moderna, no solo era la barbería de los viejos que se habían

criado aquí. Atraía clientela que estaba dispuesta a sortear el tráfico de Virginia del Norte desde el centro de Washington D. C. por el servicio y el rollo que tenía nuestro establecimiento.

Tras dar un bostezo, ayudé al perro a salir de la camioneta y nos dirigimos hacia la puerta. El interior era tan llamativo como la fachada. La estructura del espacio era de ladrillo a la vista, plafones de metal y hormigón tintado. Le habíamos añadido cuero, madera y vaquero. Junto al mostrador de aspecto industrial había una barra con estantes de cristal con casi una docena de botellas de *whisky*. También servíamos café y vino. Las paredes estaban decoradas con fotografías en blanco y negro enmarcadas que subrayaban la ilustre historia de Knockemout.

Detrás de los sofás de cuero en la zona de recepción, había cuatro sillas para cortar el pelo ante grandes espejos redondos. En la pared trasera estaban el baño, las picas para lavar y los secadores.

—Buenos días, jefe. Has llegado pronto. — Stasia, diminutivo de Anastasia, tenía la cabeza de Browder Klein en una de las picas.

Gruñí y me fui directo a la cafetera que había junto al *whisky*. Waylon se subió al sofá junto a una mujer que estaba disfrutando de un café conBailey's.

El hijo adolescente de Stasia, Ricky, hacía girar la silla de recepción a un ritmo constante hacia un lado y hacia el otro. Entre apuntar las citas y cobrar a los clientes, se dedicaba a jugar a una chorrada de juego de su teléfono.

Jeremiah, mi socio y amigo desde hacía años, alzó los ojos de la sien que estaba afeitando de un cliente que llevaba un traje y unos zapatos de cuatrocientos dólares.

—Estás hecho mierda —observó.

Jeremiah lucía un pelo denso, oscuro y rebelde largo, pero llevaba la cara bien rasurada. Tenía un tatuaje que le cubría medio brazo y un Rolex. Se hacía la manicura cada dos semanas y se pasaba los días de fiesta trasteando las motos de *motocross* con las que a veces hacía carreras. Salía tanto con hombres como con mujeres, un hecho que a sus padres les parecía bien pero por lo que su abuela libanesa aún rezaba cada domingo en misa.

—Gracias, imbécil. Yo también me alegro de verte.

—Siéntate —me dijo y con la maquinilla señaló la silla vacía que había a su lado.

—No tengo tiempo para que me repases con tus comentarios. — Tenía cosas que hacer, papeleo que me causaba molestias y mujeres en las que no pensar.

—Y yo no tengo tiempo para que eches por tierra el rollo de nuestro establecimiento con esa pinta de no haberte molestado ni en pasarte un cepillo ni en ponerte un poco de bálsamo en esa barba que llevas.

A la defensiva, me pasé la mano por el mentón.

—A nadie le importa qué pintas lleve.

—A nosotras nos importa —terció la mujer con el café con Bailey's.

—Di que sí, Louise —soltó Stasia, y me dirigió una de sus miradas de madre.

Browder se puso en pie y me dio unas palmadas en la espalda.

—Tienes cara de cansado y bolsas bajo los ojos. ¿Problemas con alguna mujer?

—He oído que tuviste varios encontronazos con la que no es Tina — dijo Stasia con aire inocente mientras hacía gestos a Browder para que se sentara en su silla. Había una cosa que a Stasia y Jeremiah les gustaba mucho más que un buen pelo: un buen cotilleo.

«La que no es Tina. Fantástico».

—Se llama Naomi.

—Ahhh… —entonaron todos a coro.

—No os soporto.

—Eso no es verdad. —Me contradijo Jeremiah con una sonrisa mientras terminaba el afeitado.

—Vete a la mierda.

—No te olvides de que tienes un corte a las dos y una reunión de personal a las tres — me dijo Stasia mientras me iba.

Solté una maldición de camino a mi guarida. Yo me ocupaba de la parte comercial, de forma que mi lista de clientes era más corta que la de Jeremiah o la de Anastasia. Creía que, a estas alturas, habría ahuyentado a la mayor parte de mis clientes por culpa de mis caras de pocos amigos y mi poca predisposición a hablar. Pero resultaba que había gente a quien les gustaba que un cretino les cortara el pelo.

—Me voy al despacho —solté, y oí el golpe sordo que hizo Waylon al descender del sofá y el repiqueteo de sus uñas sobre el suelo al seguirme.

Ya era el propietario del Honky Tonk cuando este edificio salió al mercado. Se lo compré a un promotor inmobiliario de Baltimore que calzaba mocasines lustrosos y que quería convertirlo en una franquicia de bares deportivos y en un puñetero estudio de pilates.

Ahora el edificio albergaba mi bar, la peluquería y tres pisos para morirse en la planta superior. Y uno de ellos se lo alquilaba al imbécil de mi hermano.

Pasé por delante del baño y la minicocina del personal en dirección a la puerta que tenía el cartel de «Solo personal». Dentro había un almacén con estanterías y todas las chorradas necesarias para llevar una buena peluquería. En la pared de un lado había una puerta desnuda.

Waylon me alcanzó mientras rebuscaba las llaves. Era el único que tenía permitido entrar en mi sanctasanctórum. Yo no era de esos jefes que decían «la puerta siempre está abierta». Si tenía que reunirme con alguien de la plantilla, usaba la oficina del gerente o la sala de descansos.

Me metí en el estrecho pasillo que unía la peluquería con el bar y pulsé el código de entrada en el teclado numérico de la puerta de mi despacho. Waylon se metió corriendo en cuanto la abrí.

Era un sitio pequeño y práctico, con paredes de ladrillo y las cañerías a la vista en el techo. Había un sofá, una nevera pequeña y un escritorio sobre el que descansaba un ordenador de última tecnología con dos monitores del tamaño de dos marcadores.

Una docena de fotos enmarcadas y colgadas en las paredes creaban un *collage* irregular de lo que había sido mi vida. Salía Waylon siendo un cachorro, cuando se tropezaba con sus propias orejas. Salíamos Nash y yo de niños, sin camiseta, desdentados y con bicicletas de montaña en una. De adultos en otra, montados en moto, en busca de la aventura que nos deparara la carretera.

Los dos nos convertimos en tres con la suma de Lucian Rollins. Ahí, en una pared que nadie más veía, había una progresión temporal fotográfica de cómo habíamos crecido como hermanos: con la nariz sangrando, tras pasar el día en el arroyo, y luego más interesados en los coches, las chicas y el fútbol americano; hogueras y partidos los viernes por la noche; las graduaciones, las vacaciones, las inauguraciones.

Madre mía, nos hacíamos mayores. El tiempo seguía adelante. Y, por primera vez, me atenazó la culpabilidad de que Nash y yo ya no nos cubríamos las espaldas. Tan solo era un ejemplo más de que las relaciones no duraban para siempre.

Mi vista se detuvo en uno de los marcos más pequeños. La foto estaba más apagada que el resto. Salían mis padres, abrigados en una tienda de campaña. Mamá sonreía a la cámara, embarazada de uno de los dos. Papá la miraba como

si la hubiera estado esperando toda su vida. Parecían emocionados ante la aventura de pasar la vida juntos.

No la tenía ahí por nostalgia. Era un recordatorio de que no importaba lo bien que fueran las cosas en un momento determinado: tarde o temprano, iban a empeorar hasta que lo que otrora había parecido un futuro brillante y precioso, quedara irreconocible.

Waylon se desinfló con un suspiro, estirado sobre su cama.

—Yo también —le dije.

Me dejé caer en la silla del escritorio y encendí el ordenador, listo para gobernar mi imperio.

Hacer campañas de publicidad en las redes sociales para el Whiskey Clipper y el Honky Tonk encabezaban la lista de tareas que tenía pendientes para hoy. Llevaba tiempo escaqueándome porque me fastidiaba. El crecimiento disfrazado de cambio era, por desgracia, un mal necesario.

Sin ninguna lógica, arrastré los anuncios a la parte de debajo de la pila y me enfrenté al horario del Honky Tonk de las próximas dos semanas. Había un hueco. Me rasqué la nuca y llamé a Fi.

—¿Qué hay, jefe? —me preguntó. Alguien a su lado soltó un gruñido escandaloso.

—¿Dónde estás?

—En una sesión de *jiu-jitsu* familiar. Acabo de hacerle una llave a Roger y aún se está buscando los riñones.

La familia de Fi era un cóctel de rarezas, pero a todos parecía gustarles más la vida así.

—Mi más sentido pésame por los riñones de Roger. ¿Por qué hay un hueco en el horario de las camareras?

—Chrissie lo dejó la semana pasada, ¿te acuerdas?

Me sonaba vagamente una camarera que se iba pitando cada vez que yo salía de la oficina.

—¿Por qué lo dejó?

—Porque la cagaste de miedo. Le dijiste que era una cazafortunas patosa y que renunciara a casarse con un rico porque incluso a los ricos les gusta que la cerveza les llegue fría.

Me sonaba. Vagamente.

Gruñí.

—¿Y quién la va a sustituir?

—Ya he contratado a una chica nueva. Empieza hoy.

—¿Tiene experiencia o es otra Crystal?

—Chrissie —me corrigió Fi—. Y, a menos que quieras empezar tú a ocuparte de contratar a las nuevas, te sugiero que te relajes y me digas que soy una *crack* en mi trabajo y que confías en mi criterio.

Me aparté el teléfono de la oreja cuando Fi soltó un «¡Hi-ya!» ensordecedor.

—Eres una *crack* en tu trabajo y confío en tu criterio — farfullé.

—Así me gusta. Y ahora, si me disculpas, tengo que darle una buena tunda a mi hijo delante de su amorcito.

—Trata de no hacerle mucha sangre. Limpiarla es una putada.

Waylon soltó un ronquido desde el suelo. Con un lápiz escribí «chica nueva» en los turnos vacíos y pasé a los pagos de proveedores y otras chorradas de papeleo.

Tanto el Whiskey Clipper como el Honky Tonk tenían un crecimiento sostenido, y dos de los tres pisos que alquilaba me suponían unos ingresos adicionales. Estaba satisfecho con los números: significaban que había conseguido hacer lo imposible y había convertido un golpe de suerte en un futuro sólido. Entre los negocios y las inversiones, había cogido un dinero caído del cielo y lo había convertido en un flujo de dinero consolidado.

Me hacía sentir bien, incluso a pesar de no haber descansado esa noche. Y ahora que ya no me quedaba nada más por hacer, abrí Facebook a regañadientes. La publicidad ya era mala de por sí, pero ¿una publicidad que te exigía tener presencia en las redes sociales, que te presentaba a millones de desconocidos que solo daban el coñazo? Era una mierda como una catedral.

Seguro que Naomi tenía Facebook. Seguro que le gustaba, y todo.

Sin pensar, mis dedos teclearon Naomi Witt en el buscador antes de que mi parte centrada y racional pudiera ponerle freno.

—Vaya.

Waylon alzó la cabeza, burlón.

—Solo estoy comprobando qué vida tiene nuestra vecina, no sea que se dedique a las ventas piramidales o esté estafando a alguien fingiendo ser la gemela — le dije.

Satisfecho al saber que lo salvaría de cualquier posible amenaza que aguardara en las redes sociales, Waylon se volvió a dormir con ronquidos atronadores.

La mujer, sin duda, nunca había oído hablar de los ajustes de privacidad. Se

podía saber mucho de ella a partir de las redes sociales. Tenía fotos del trabajo, de las vacaciones, escapadas con la familia. Y todas sin Tina, me di cuenta. Corría cinco kilómetros por causas benéficas y recaudaba fondos para pagar las facturas del veterinario de algunos vecinos. Vivía en una casa bonita que, al menos, era el doble de grande que la cabaña.

Había ido a reencuentros del instituto y de la universidad, y estaba espectacular en todos ellos.

Las fotografías confirmaron mi teoría de que había sido animadora. Y alguien del comité que se ocupaba del anuario debió de ser fan suyo, porque parecía que su último año entero del instituto se lo habían dedicado a ella. Pestañeé ante las cuatro fotos de Naomi y Tina. Era innegable que eran gemelas. Igual que era innegable que, bajo la piel, eran mujeres muy distintas.

Ahora ya estaba enganchado. No había forma de dejar de espiarla en redes, sobre todo cuando lo único que me quedaba por hacer era un aburrimiento, así que seguí investigando.

Tina Witt se había esfumado del reino digital tras la graduación del instituto. No salía sonriendo con la toga y el birrete. Y menos junto a una joven Naomi que lucía los cordeles de honor.

Por aquel entonces, ya debía de tener antecedentes penales. Y, aun así, Naomi rodeaba a su hermana por la cintura con una sonrisa tan ancha que valía para las dos. Me habría apostado lo que fuera a que había hecho todo lo posible por ser la buena, la que no causaba ningún problema, la que no provocaba noches en vela a sus padres. Me pregunté cuántas cosas de la vida se habría perdido malgastando tanto tiempo en portarse bien.

Seguí tirando del hilo de Tina y descubrí un rastro de juicios por delitos menores en el distrito de Pensilvania y después en Nueva Jersey y en Maryland. Conducir bajo los efectos del alcohol, posesión de drogas, no pagar el alquiler. Había estado en prisión hacía unos doce años. No mucho tiempo, pero el suficiente como para haberle enseñado algo. El suficiente como para que fuera madre al cabo de menos de un año y se mantuviera lejos de la policía.

Volví al Facebook de Naomi y me detuve en una fotografía de su época adolescente. Tina ponía mala cara, de brazos cruzados, junto a su hermana, mientras sus padres sonreían de oreja a oreja detrás de las dos. No sabía qué ocurrió de puertas adentro. Pero sí que sabía que, a veces, una semilla podrida no era más que una semilla podrida. Daba igual el campo en el que se la plantara y lo mucho que se la cuidara: algunas salían podridas.

Tras echar un vistazo al reloj, me di cuenta de que me quedaba poco tiempo antes del cliente de las dos, lo que significaba que debería volver a ocuparme de las campañas publicitarias.

Sin embargo, a diferencia de Naomi, no me gustaba preocuparme por lo que «debía» hacer. Tecleé su nombre en el buscador y me arrepentí al instante.

«Warner Dennison III y Naomi Witt se han prometido».

El tal Dennison parecía el típico gilipollas que quedaba para jugar al golf y que siempre tenía una anécdota que superaba la del resto. Que sí, que sería el vicepresidente de vete a saber tú qué. Pero en una empresa que tenía el mismo nombre que su apellido. Dudaba que se hubiera ganado su cargo rimbombante. A juzgar por la expresión de Naomi de esta mañana, el estirado de Warner nunca había echado una meada en plena naturaleza.

Naomi estaba de infarto, además de feliz en la foto formal del anuncio. Por no sabía qué razón, eso me irritó. ¿Qué me importaba a mí si le gustaban los hombres que llevaban pantalones de traje? Mi vecina no era asunto mío. Les había encontrado un techo a ella y a Way; lo que ocurriera a partir de ahora era cosa suya.

Cerré la ventana que tenía abierta en la pantalla. Naomi Witt ya no existía para mí. Eso me hizo sentir bien.

El móvil, que tenía sobre la mesa, se puso a vibrar y Waylon alzó la cabeza de golpe.

—¿Sí? —respondí.

—Vernon ha llegado. ¿Quieres que lo empiece a preparar? — se ofreció Jeremiah.

—Ofrécele un *whisky*. Ahora salgo.

—De acuerdo.

—¡Aquí está! —exclamó Vernon Quigg cuando volví al establecimiento. Este marine jubilado medía metro ochenta y dos, tenía setenta años y lucía orgulloso un bigote de morsa impecable.

Yo era la única persona que tenía permitido acercarse a ese bigote con unas tijeras. Era tanto un honor como un fastidio, porque al hombre no había cosa que le gustara más que un cotilleo recién salido del horno.

—Buenas tardes, Vernon —le dije mientras le ataba la capa alrededor del cuello.

—He oído que ayer te peleaste con la que no es Tina en el Café Rev — comentó en tono alegre —. Se ve que son calcadas.

—A mí me han dicho que es completamente distinta de su hermana — comentó Stasia, que se dejó caer en la silla vacía de al lado.

Agarré el peine y apreté los dientes.

—Pues yo he oído que Tina tiene una orden de detención y que la que no es Tina la ha ayudado a escapar — metió baza Doris Bacon, la propietaria del Cuadras Bacon, una granja que tenía fama de criar una carne de caballo espectacular.

«No me jodas».

Capítulo 11: Un demonio de jefe

Naomi

Acepté el delantal de cuero y vaquero que Sherry «Fi» Fiasco me ofreció y me lo até alrededor de la cintura.

—Te queda bien la camiseta — observó Sherry mientras asentía con aprobación mirando la camiseta con el cuello de pico de Honky Tonk.

—Gracias —le dije, y tiré del dobladillo, nerviosa. La camiseta era ceñida y enseñaba más escote del que estaba acostumbrada a resaltar. Pero según la investigación que había llevado a cabo en la biblioteca, las mujeres que enseñaban sus «dotes» solían recibir mejores propinas.

El Honky Tonk parecía un bar de *country* que hubiera tenido una breve pero fructífera aventura con un bar clandestino glamuroso. Me gustaba el rollo «*cowboy* pijo» que desprendía.

—Te presento a Maxine. Será quien te enseñe cómo funcionan los TPV — anunció Fi, y se sacó la piruleta de la boca —. También sirve para fichar cuando entras y sales y para pedir tus comidas. Aquí tienes tu número. — Me pasó una nota pegajosa con el número 6969 garabateado en rotulador.

«Maravilloso».

—Hola —saludé a Maxine. Tenía una piel oscura que refulgía por el iluminador en esos pómulos envidiables y el canalillo modesto. Llevaba el pelo corto, que se rizaba en bucles diminutos de color magenta.

—Llámame Max —insistió—. ¿Has servido bebidas alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Trabajaba en Recursos Humanos hasta hace dos días.

Le di puntos por no ponerme los ojos en blanco. Yo tampoco querría enseñarme a mí misma.

—Pero aprendo rápido —le aseguré.

—Bueno, tendrás que hacerlo, porque hoy nos faltan manos. Así que, a menos que seas un desastre, te lanzaré pronto a los leones.

—Me esforzaré por no serlo. — Le prometí.

—Así me gusta. Empezaremos con las bebidas de la mesa ocho.

—Tenemos las dos cañas de Bud — empezó Maxine mientras sus dedos volaban sobre la pantalla. Me hipnotizaron sus uñas brillantes y su velocidad.

Estaba nerviosa, pero muy motivada. El banco me había comunicado que tardaría una semana en recibir las nuevas tarjetas de crédito y de débito, y Waylay ya se había liquidado una caja entera de Pop-Tarts. Si quería seguir alimentando a mi sobrina, tendría que convertirme en la mejor camarera que este pueblo hubiera visto en la vida.

—Entonces le das a «Enviar» y la impresora del bar saca el pedido. Funciona igual para la comida, solo que ese va directo a la cocina — me explicó Max.

—Lo he pillado.

—Perfecto. Aquí hay otro. Hazlo tú.

Solo me equivoqué dos veces y me gané un gesto de «bastante bien» por parte de mi instructora.

—Venga, que no paren esas propinas. Espero que tengas los pies duros — me dijo Maxine con una sonrisa cómplice.

Solté un suspiro y la seguí hacia el gentío.



Me dolían los pies, hacía horas que no tomaba el agua que debía y estaba muy, pero que muy cansada de explicar que yo no era Tina. Y más cuando, al parecer, todo el mundo me llamaba «la que no es Tina».

Silver, la barman, me dijo algo que no entendí mientras yo, cansada, dejaba los vasos sucios en la barra.

—¿Qué? —le grité, por encima de la música.

—¿Vas bien? —me repitió, más alto.

—Creo que sí. —Max me había dado dos mesas de «habituales comprensivos» para que me ocupara yo sola, y por ahora nadie más aparte de mí se había bañado en cerveza ni se quejaba de lo mucho que tardaban en llegar los nachos con carne, así que me parecía que estaba haciendo un trabajo aceptable. Me sentía como si hubiera recorrido dieciséis kilómetros a pie solo yendo de la barra a las mesas y viceversa.

La mayor parte de los clientes parecían habituales. Sabían cómo se llamaban y las bebidas que solían pedir, y se tomaban el pelo por tal o cual equipo que era rival del otro.

Los trabajadores de la cocina eran agradables. Y, aunque Silver no era la más simpática del mundo, era una máquina sirviendo pintas con ambas manos mientras recibía encargos para llevar por teléfono. Admiraba su eficiencia.

Acababa de servir una nueva ronda de bebidas cuando me di cuenta de que en las últimas horas no había pensado en… Bueno, en nada. No había tenido tiempo de preocuparme por Waylay, que estaba en casa de Liza, ni por los cuatro correos electrónicos que me había mandado Warner y que aún no había abierto. Y el fajito de billetes que llevaba en el delantal hacía que me olvidara de la ladrona de mi hermana y de mis cuentas al descubierto.

Ni siquiera le había dedicado un solo pensamiento a mi vecino, el *sexy*, gruñón y meón. Claro que entonces perdí la concentración y me choqué de frente con una pared sólida de pectorales cubiertos con una camiseta negra.

—¡Ay, disculpe! —dije, mientras apoyaba una mano en mi musculado obstáculo para recuperar el equilibrio.

—¿Qué cojones haces?

«Ay, no, otra vez no».

—¿Me estás vacilando? —chillé, tras alzar la vista y descubrir que Knox me observaba con mala cara.

—¿Qué haces aquí, Naomi?

—He venido a consultar la lista de a quién va a traer carbón Santa Claus. ¿A ti qué te parece que hago? Trabajar. Así que quita de en medio si no quieres que te dé con la bandeja. Y hoy me he tomado muchos cafés: te tiraría al suelo en tres porrazos.

No me respondió verbalmente. Puede que fuera porque estaba demasiado ocupado agarrándome del brazo para llevarme hasta el pasillo. Pasó por delante de los baños y la puerta de la cocina, y abrió la puerta que había al lado con una patada certera.

—Buenas noches, Knox —dijo Fi, sin alzar la mirada de los monitores.

—¿Qué cojones significa esto? — le espetó él.

Sherry le dedicó una miradita.

—¿Esto? —preguntó, sin emoción.

Knox me hizo dar unos cuantos pasos hacia el centro.

—Esto —repitió él.

—Esto, o más bien, esta, es Naomi. Un ser humano que ha cumplido la mitad de su primer turno — dijo Sherry, y volvió a centrarse en los monitores.

—No la quiero trabajando aquí, Fi.

Estaba harta de esa rutina de cabreo hacia el mundo, en general, y hacia mí, en particular. Me zafé y le di un golpe en el pecho con la bandeja. Sherry volvió a alzar los ojos y abrió la boca de par en par.

—Me da absolutamente igual que no quieras que trabaje aquí, vikingo. A mí me ha contratado Fi, y aquí estoy. Y, a menos que tengas una buena razón para retenerme cuando tengo que seguir con un trabajo que necesito con urgencia, Gruñón, te sugiero que discutas tus objeciones con la dirección de este establecimiento.

—Yo soy la dirección de este establecimiento — bufó él.

Fantástico. Cómo no. Tenía que ser él. Y acababa de pegar a mi nuevo jefe con una bandeja.

—No habría aceptado el trabajo de haber sabido que tú lo dirigías — le escupí.

—Pues ahora ya lo sabes. Lárgate.

—Knox —suspiró Sherry, cansada—. Necesitaba una camarera que sustituyera a la que tú ahuyentaste con tus malas caras y siendo Gruñón.

Este le blandió un dedo amenazador.

—No voy a permitir que lo conviertas en habitual. Llama a la como se llame y que vuelva.

Sherry se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—Si eres capaz de decirme su nombre, la llamo ahora mismo.

Knox musitó una maldición.

—Ya me lo suponía —dijo ella, con aire de petulancia —. Bien, dime: ¿quién decide a quién se contrata aquí?

—Me importa una mierda, como si es el mismísimo papa — gruñó él —. No va a trabajar aquí. No la quiero aquí.

Tras decidir que no tenía nada que perder, volví a darle un golpe con la

bandeja.

—Escúchame bien, vikingo. No sé qué problema tienes conmigo, ni tampoco sé qué alucinógeno narcisista te habrás tomado, pero no he venido a arruinarte la vida. Estoy tratando de recuperar parte del dinero que mi hermana me ha robado, y hasta que el banco no me desbloquee la cuenta, no voy a dejar que ni tú ni nadie impida que Waylay tenga sus Pop-Tarts.

—A menos que quieras ocuparte tú de sus mesas, jefe, me pongo de parte de Naomi — dijo Sherry.

Los ojos de Knox refulgieron de furia gélida.

—Joder, vale. Un turno. Como cometas un solo error o recibas una sola queja, te vas de patitas a la calle.

—Nunca olvidaré tu generosidad. Hay mesas que me esperan.

—Un solo error —gritó, mientras me iba.

Le dediqué una peineta sin girarme y me fui furiosa hacia el pasillo.

—Deshazte de ella, Fi. No voy a trabajar con un coñazo de tía dependiente y engreída. — Sus palabras me acompañaron hasta la puerta y se me encendieron las mejillas.

«Un coñazo de tía dependiente y engreída». Vaya, conque eso es lo que el espectacular y malhumorado Knox Morgan veía cuando me miraba.



Mantuve la compostura, ahogué cualquier pensamiento relacionado con el detestable de mi jefe y puse toda mi atención en servir las bebidas correctas a las personas correctas, en limpiar mesas para que llegaran más clientes y en ser de ayuda allí donde podía.

Hice la pausa más corta de la historia de las pausas para cenar: una paradita en el baño y cuatro mordiscos de una ensalada espectacular de pollo a la parrilla que me había preparado Milford, de la cocina. Luego, me fui derechita hacia la barra, donde Silver estaba echando alcohol en una coctelera con una mano mientras con la otra abría una botella de cerveza.

Tenía un aspecto moderno, con el pelo muy corto, de forma que no toda tu atención recaía en los llamativos ojos ahumados y el *piercing* que llevaba en una ceja. Vestía una *blazer* negra arremangada y una corbata de rayas por encima del

top del Honky Tonk. Era una belleza andrógina y me hacía sentir como una niña de trece años enamorada de la chica guay de la clase.

—Silver, ¿te importaría que hiciera una llamada para saber cómo va la niñera? — le pregunté por encima del estruendo de la música.

Con un golpe de cabeza me señaló el teléfono, situado entre los dos sistemas de grifería, y me lo tomé como una autorización. Miré el reloj y llamé al número de la cabaña. Liza respondió al tercer tono.

—Hemos pedido *pizza* en vez de comer el montón de verduras que nos has dejado — dijo, alzando la voz para que la oyera por encima de la estridencia del televisor.

—¿He oído disparos? —pregunté, tras taparme la otra oreja con un dedo para oírla mejor debido al hilo de música *country* de Mickey Guyton.

—¿Puedes creer que nunca había visto *Sospechosos habituales*? — se mofó Liza.

—¡Liza!

—Tranquila. Estamos disparando pistolas reales, no mirando películas no aptas para menores.

—¡Liza!

—Tenías razón… Tu tía es más rígida que un palo de madera — comentó Liza, supuse que a la bocazas de mi sobrina —. No pasa nada. Way me ha ayudado con el jardín, hemos comido *pizza* y ahora estamos viendo una película de acción, editada para la televisión y recomendada a partir de trece años. Sylvester Stallone le acaba de decir a uno que es un caraculo.

Suspiré.

—Muchas gracias por hacerme este favor. Te lo agradezco mucho.

—Está bien tener compañía por una vez. ¿Cuándo vuelves a tener turno?

Me mordí el labio.

—No estoy segura. Puede que no repita. Al parecer, no le gusto al jefe.

Soltó una carcajada suave.

—Dale tiempo.

Me di cuenta de que mi hada madrina y ahora niñera lo había pronosticado, y me pregunté qué sabría ella que yo no supiera.

—Que yo sepa, aquí no hemos venido a estar de cháchara. Cuelga el teléfono, Flor.

Apreté los dientes ante la interrupción de Knox.

—Tu nieto te manda saludos.

Liza se rio.

—Dile que se vaya al diablo y que mañana me traiga un pollo del asador. Te veo cuando vuelvas — me dijo.

—Gracias, de verdad. Te debo una. Adiós.

Me volví y descubrí que Knox se cernía sobre mí como un aura gallipava, pero *sexy*.

—Tu abuela quiere que te diga que te vayas al diablo y que le lleves un pollo del asador mañana.

—¿Por qué estás hablando por teléfono con mi abuela durante tu primer y último turno en el bar?

—Porque está cuidando de mi sobrina de once años para que yo pueda ganar dinero para comer y para pagarle la ropa para volver a la escuela, ¡que no eres más que un cateto insensible!

—Cómo no —musitó.

—Basta, Knox —le dijo Silver mientras agitaba dos cocteleras a la vez —. Sabes que cuando te comportas como un imbécil perdemos ventas.

—Quiero que sea esta la que se pierda — insistió —. ¿Por qué no te has escondido en la cocina y le has mandado un mensaje, como hacen el resto?

—Porque no tengo móvil —le recordé.

—¿Quién cojones no tiene móvil?

—Pues quien pierde el suyo en un trágico accidente en un área de descanso — le espeté —. Me encantaría proseguir con esta conversación tan estimulante, pero tengo que ayudar a Max a hacer ventas.

—Cántale las cuarenta, tú que no eres Tina — cacareó Hinkel McCord desde uno de los taburetes de la barra.

Knox parecía a punto de agarrarlo y lanzarlo por la puerta. Inspiré hondo e hice lo que mejor sabía hacer: tragarme lo que sentía y guardarlo en una cajita cerrada a cal y canto.

—¿Necesitas algo antes de que vuelva al trabajo?

Entrecerró los ojos al oír mi tono educado, y nos sostuvimos la mirada hasta que nos interrumpieron:

—Aquí está —saltó una voz conocida por encima del barullo.

—¡Justice! —Mi futuro marido y propietario de una cafetería estaba abrazado a una bonita mujer.

—He traído a la parienta, para que pudiera conocer a mi prometida — bromeó Justice.

—Verás cuando Muriel se entere. — Se carcajeó Hinkel y sacó el móvil.

—Me llamo Tallulah —se presentó y se inclinó por encima de la barra para estrecharme la mano —. Mi marido me lo ha contado todo sobre tu primer día en el pueblo.

Era alta y llevaba una cascada de largas trenzas que le caían por la espalda. Vestía con una camiseta que rezaba «St. John Garage» y unas botas de *cowboy*.

—Siento haberme perdido tu primera visita a la cafetería. Me han dicho que ha sido todo un espectáculo.

—Aquí tampoco ha estado nada mal — metió baza Hinkel.

—Es un placer conocerte, Tallulah — le dije —. Siento haberme declarado a tu marido, pero es que prepara un café sobre el que cantan los ángeles.

—Y que lo digas —coincidió.

—¿De qué zona te ocupas tú? Hemos venido para ser tus clientes — anunció Justice.

Knox puso los ojos en blanco.

—No le hagáis caso —dijo Silver, que echó al jefe a codazos —. Solo está cabreado porque Nay todavía no la ha cagado.

Quise darle un beso por no haberse referido a mí como «la que no es Tina».

—Solo me ha dado un turno y no puedo cometer ningún error — expliqué, sin importarme que estuviera a mi lado.

—Knox Morgan —lo reprendió Tallulah —. Así no es como damos la bienvenida a los recién llegados en Knockemout. ¿Y tu espíritu comunitario?

—Déjame en paz, Tally —refunfuñó Knox, pero sin mala baba.

—Naomi, a mí ponme la cerveza más negra y fuerte que tengas — me pidió Tallulah —. Y a mi marido, una piña colada con nata montada.

Justice se frotó las manos, expectante.

—Y compartiremos una torta de cerdo deshilachado. Con ración extra de jalapeños.

—Y sin crema agria —añadió Tallulah.

—Marchando —les dije, y les guiñé un ojo —. Sentaos y ahora mismo os traigo las bebidas.

—¿No te lo vas a apuntar? — preguntó Knox mientras la pareja se abría camino entre la gente.

Me eché el pelo hacia atrás.

—No.

Echó un vistazo a su reloj y sonrió con suficiencia.

—A este paso, no vas a llegar ni al final del turno.

—Me encantará demostrar que te equivocas.

—En tal caso, también te ocuparás de esa mesa.

Señaló una mesa escandalosa de un rincón en la que un hombre mayor con barriga y un sombrero de *cowboy* parecía estar rodeado de admiradores.

—No le hagas eso su primera noche, Knoxy — lo censuró Max.

—Si está tan segura de que puede con todo, no tiene sentido que la dejemos en la piscinita de los niños. Hay que lanzarla a la parte honda.

—Es diferente ver si flota o se hunde que meterla con los tiburones — arguyó Silver.

Capítulo 12: De vuelta a casa

Knox

Tenía papeleo pendiente, pero me parecía mucho más interesante ver cómo se estrellaba estrepitosamente mi trabajadora más nueva.

Naomi se paseó meneando ese culo de clase alta como una profesora de guardería idealista en su primer día. Y aunque era cierto que detestaba a Wylie Odgen, y no me faltaban razones, no me importaba usarlo para que me diera la razón.

Este no era un lugar adecuado para Naomi. Y si tenía que demostrarlo ofreciéndosela a un loco, no me quedaba otra.

Los ojos bizcos de Wylie se centraron en ella y asomó la lengua entre los labios. Sabía que había unas normas y que no me lo iba a pensar dos veces para echarlo a patadas de aquí si se atrevía a poner un dedo encima de una de mis trabajadoras, pero eso no impedía que fuera un viejo asqueroso.

—¿Qué te pasa con la que no es Tina? — me preguntó Silver mientras apretaba el botón de la batidora y servía vodka en tres vasos de *whisky*.

No respondí. Contestar preguntas no hacía más que animar a continuar una conversación. Observé cómo Wylie prodigaba a Naomi su particular atención pervertida sin sentir ni un solo remordimiento.

Esta mujer no era mi tipo en ninguna dimensión. Qué leches, si incluso con vaqueros y la camiseta del Honky Tonk seguía teniendo pinta de ser de clase alta, caprichosa y exigente. No estaría satisfecha solo con un revolcón. Era el tipo de mujer que tenía expectativas y planes a largo plazo, que hacía listas y decía «perdona, ¿te importaría…?» y «por favor, ¿podrías…?». Normalmente, era capaz de ignorar la atracción que me producía una mujer que no era mi tipo.

¿Tal vez necesitaba un descanso? Hacía un tiempecillo de la última vez que me había tomado unos días de fiesta, que me había divertido, que había echado un polvo. Hice los cálculos y esbocé una mueca: hacía más que un tiempecillo. Eso era lo que necesitaba. Pasar unos días fuera. Quizá me iría a la playa, leería un poco, me tomaría unas cervezas que no fueran de mi inventario. Echaría un buen polvo con una tía que no quisiera compromisos ni tuviera expectativas.

Hice caso omiso de mi propia reacción reflejo ante el plan: «bah».

Después de cumplir los cuarenta, me había dado cuenta de que ir de caza me producía una ambivalencia alarmante. Pereza, sobre todo. La búsqueda, la selección de la presa, el flirteo. Lo que en otra época me había resultado divertido, ahora parecía mucho trabajo solo para una noche o un par. Pero encontraría las ganas y me desahogaría de mi frustración sexual. Entonces, podría volver aquí y no sentir la necesidad de hacerme una paja cada vez que veía a Naomi Witt.

Resuelto este tema, me serví un vaso de agua del sifón y observé cómo Naomi trataba de irse de la mesa, pero Wylie se lo impedía. El cabrón había tenido los huevos de agarrarla de la muñeca.

—Ay, joder —soltó Silver entre dientes cuando yo me bajé del taburete.

—Hostia —musité, mientras cruzaba el bar.

—Pero no te entretengas, Naomi — le decía Wylie —. A los chicos y a mí nos encanta mirar esa cara que tienes.

—Entre otras cosas —añadió uno de los idiotas de sus amigos, lo que provocó una carcajada generalizada en toda la mesa.

Me esperaba encontrármela peleando con uñas y dientes para zafarse, pero Naomi estaba sonriendo.

—Ay, chicos, sabía que erais unos liantes — bromeó ella.

—¿Hay algún problema? —espeté.

Wylie soltó la muñeca de Naomi y no me pasó por alto que esta dio un paso atrás de inmediato para alejarse.

—¿Problema? —dijo Wylie—. Yo no veo ningún problema.

—Wylie y sus amigos se estaban presentando — intervino Naomi —. Enseguida vuelvo con las bebidas.

Tras fulminarme con la mirada, se fue tan tranquila hacia la barra.

Me metí en el campo de visión de Wylie para impedir que le mirara el culo.

—Ya conoces las reglas, Odgen.

—Chico, yo ya controlaba esta ciudad cuando tú no eras más que un brillo en

los ojos de tu padre.

—Y ahora no controlas una mierda, ¿verdad? — le dije —. Porque ¿esto de aquí? Esto es mío. Y si quieres seguir viniendo aquí a beber, las puñeteras manos quietecitas.

—No me gustan estas insinuaciones, chico.

—Y a mí no me gusta tener que servirte, sinvergüenza, así que estamos en paz.

Lo dejé con sus amigotes y fui a buscar a Naomi. Me la encontré en los TPV junto a la barra. Se mordía el labio inferior y no se molestó en alzar los ojos de la pantalla cuando introdujo un pedido. Teniendo en cuenta que había un *Sex on the Beach* y un Orgasmo Ardiente, deduje que era el de la mesa de Wylie y el resto de imbéciles.

—¿Me pegas con la puta bandeja por lo que digo pero dejas que ese capullo te toque?

—No tengo tiempo para recordarte que me has dicho que si una mesa no quedaba satisfecha me echabas a la calle, así que tendrás que conformarte — me dijo mientras me hacía una peineta ante las narices.

Hinkel McCord y Tallulah se echaron a reír.

—Esto no es una cena con espectáculo — les advertí antes de volverme hacia Naomi.

—Mierda. ¿Dónde está el botón de reemplazar? — musitó.

Alargué el brazo alrededor de ella y busqué entre las opciones hasta encontrar el botón que quería. Tenerla enjaulada entre mi cuerpo y la pantalla estaba haciendo que la libido me fallara.

Para llevar la contraria, no me aparté mientras ella introducía el resto del pedido. Cuando hubo terminado, Naomi se dio la vuelta para mirarme.

—Me has mandado allí a propósito, sabías que pasaría esto. Pero no he reaccionado como te esperabas, así que ahora, te aguantas.

—Te he mandado allí para que Wylie te intimidara, no para que te pusiera las putas manos encima. Si vuelve a hacerlo, quiero que me lo digas.

Se rio. En mi cara.

—Ya, claro, vikingo. Vendré corriendo.

—Aquí tienes las bebidas, Nay — dijo Silver.

—Tengo que irme, jefe —soltó Naomi con el mismo tono de falsa cordialidad que había usado con Wylie. Me entraron ganas de asestarle un puñetazo a la pared.

Diez minutos después, seguía teniendo ganas de pegarle un puñetazo a algo cuando mi hermano entró por la puerta. Posó los ojos directamente en Naomi, que estaba sirviendo una segunda ronda de bebidas en la mesa de los St. John. Al cabo de un segundo, se fijó en Wylie. Los dos intercambiaron una larga mirada antes de que Nash se dirigiera hacia mí.

—¡Hombre, mira quién viene por aquí! — se alegró Sherry. Mi gerente, que a este paso pronto se iba a quedar sin trabajo, había salido del despacho para contemplar el espectáculo.

Nash dejó de mirarle el culo a Naomi y le dedicó una ancha sonrisa.

—¿Cómo va, Fi? —le preguntó.

—Aquí nunca nos aburrimos. ¿Has venido a ver a la nueva? — preguntó con picardía, y me miró de reojo.

—Se me ha ocurrido que podía pasarme a ver cómo le va a Naomi en su primer día — respondió.

—Tú y medio pueblo —terció Max al pasar con una bandeja llena de bebidas.

—Le va de maravilla —informó Sherry —. A pesar de haber tenido un encontronazo con dirección.

Nash me echó una mirada.

—No me sorprende.

—¡Hola, Nash! —dijo con alegría Naomi al pasar de camino a la barra.

Este hizo un gesto de cabeza.

—Naomi.

Sherry me pegó un codazo en la barriga.

—Hay alguien que se está pillando… — canturreó.

Gruñí. Había dos que se estaban pillando, y si de mí dependía, ni el uno ni el otro conquistaríamos a la chica.

—Súbete a un taburete, jefe — le sugirió Silver.

Nash aceptó el ofrecimiento y se sentó en el rincón que estaba más cerca de la zona de servir.

—¿Estás de servicio o por hoy ya has terminado? — le preguntó Silver.

—He terminado por hoy.

—Pues marchando una cerveza — le dijo, haciéndole un saludo.

—¿No tienes que aprobar las nóminas? — preguntó Sherry como quien no quiere la cosa mientras yo me cernía detrás de mi hermano.

—Quizá ya lo he hecho. —Me defendí sin dejar de observar cómo Naomi se

volvía a acercar a la mesa de Wylie.

—Recibo una alerta cuando las presentas, listillo.

Maldita tecnología chivata.

—Ahora lo hago. ¿Y tú? ¿No tienes un negocio que gestionar?

—Ahora mismo tengo que gestionar a cierto hombre. Deja de comportarte como un imbécil con Naomi. Es buena, a los clientes les gusta, al resto de trabajadores les gusta. A tu hermano le gusta. Eres tú el único que tiene un problema.

—Esto es mío, y puedo tener un problema si quiero tener un problema. — Parecía un niño malcriado al que no le dejaban comerse una galleta.

Sherry me pegó un cachete en la mejilla y me pellizcó. Con fuerza.

—Jefe, siempre has sido un imbécil, pero ahora ya no te reconozco. Nunca le habías prestado ninguna atención a las nuevas. ¿Por qué ibas a empezar ahora?

Naomi volvió a pasar; me cabreaba fijarme en cada paso que daba.

—¿Vienes a menudo? —le preguntó Naomi a mi hermano con una sonrisa desbordante mientras se llevaba otra ronda de bebidas.

—He pensado que podía pasarme y darte una buena noticia.

—¿Qué buena noticia? —preguntó, esperanzada.

—He solucionado el malentendido que tenías con el robo del coche.

Cualquiera pensaría que mi hermano acababa de sacar una polla de veinticinco centímetros de oro puro por la forma en que Naomi se lanzó a sus brazos.

—¡Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias! — gritó.

—No se maltrata a los clientes — gruñí.

Naomi puso los ojos en blanco y le plantó un beso en la mejilla a Nash que me despertó unas ganas irrefrenables de quemar a mi hermano en la hoguera.

—Y a ver si querías que te acercara a casa cuando termines el turno — le ofreció.

«No me jodas».

Naomi no tenía coche. Seguro que había venido con la maldita bici y tenía pensado volver de la misma forma después de cerrar. De noche.

«Por encima de mi cadáver».

—Qué amable por tu parte —le dijo Naomi.

—Pero no será necesario —metí baza yo —. Ya tiene cómo volver. La llevará Sherry.

—Lo siento, Knox, me voy en diez minutos — anunció mi gerente con aire

de suficiencia.

—Entonces, ella también.

—No puedo liquidar mis mesas y hacer el trabajo que queda en diez minutos — protestó Naomi —. Max me va a enseñar a cerrar por si no me echas después del turno de hoy.

—Vale. Pues entonces te llevaré yo.

—Seguro que tienes mejores cosas que hacer que llevar a su casa a un coñazo de tía dependiente.

—¡Pum! —susurró Fi, regodeándose.

—Te voy a llevar a casa. Don Legal vive justo aquí encima, no le pilla de camino. Para él, sería una molestia llevarte a casa.

Supe que había dado en el clavo cuando la sonrisa de Naomi flaqueó.

—No me importa —insistió Nash.

Pero Naomi negó con la cabeza.

—Por mucho que me duela admitirlo, tu hermano tiene razón. Será tarde y no te viene de camino.

Nash abrió la boca pero lo corté.

—La llevo yo.

Supuse que sería capaz de tener la boca cerrada y las manos quietas durante los cinco minutos de trayecto.

—En tal caso, ¿tienes un minuto? — le preguntó a Naomi.

—Solo diez minutos —le dijo Max, y empujó a Naomi hacia mi hermano.

Esta se rio y alzó una mano.

—De hecho, tengo mesas que atender. ¿Qué necesitas, Nash?

Este me miró de reojo.

—Los policías de Washington D. C. han encontrado tu coche hoy — anunció.

El rostro de Naomi se iluminó.

—¡Qué buena noticia!

Nash hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Lo siento, cielo, no es una buena noticia. Lo han encontrado en un desguace hecho trizas.

Naomi quedó abatida.

—¿Y Tina?

—Ni rastro.

Parecía incluso más desalentada, y estaba a punto de ordenarle que dejara de

preocuparse cuando Nash alargó el brazo y le alzó la barbilla.

—No dejes que esto te deprima, cielo. Ahora estás en Knockemout, y aquí cuidamos de los nuestros.



Una vez se hubieron ido el manos-largas de mi hermano y Wylie Odgen, me encerré en mi despacho y me concentré en el papeleo para no seguir siendo testigo de cómo Flor se ganaba el amor de todos los habitantes de Knockemout con una sonrisa. El negocio iba bien, y sabía lo mucho que influían los trabajadores en las cuentas, pero por favor. ¿Trabajar con Naomi día sí y día también? ¿Cuánto iba a tardar ella en soltarme una ocurrencia y yo en inmovilizarla contra la pared y besarla solo para que se callara?

Iba echando vistazos a la cámara de seguridad mientras hacía todas las cosas que Fi me había dejado pendientes. Ya había aprobado las nóminas, había hecho el pedido del alcohol, había respondido a los correos electrónicos y, por fin, me había vuelto a poner con los anuncios. Era medianoche, la hora de cerrar, y estaba más que dispuesto a dar la jornada por terminada.

—Vamos, Waylon —le dije.

El perro bajó de un salto de la cama. Al salir, descubrimos que no quedaban clientes en el bar.

—Hoy ha sido una noche bastante buena — anunció Silver desde la caja registradora, donde analizaba el informe del día.

—¿Cómo de buena? —pregunté y me esforcé por ignorar a Naomi y a Max mientras enrollaban cubiertos con servilletas y se reían de algo. Waylon se lanzó derecho hacia ellas a pedirles arrumacos.

—Como para hacer unos chupitos — dijo Silver.

—¿Alguien ha dicho que hacemos chupitos? — alzó la voz Max.

Tenía un pacto con mi personal: cada vez que superábamos las ventas de la semana anterior, todo el mundo se había ganado un chupito. Silver me entregó el informe por encima de la barra y fui directo a la última línea. Madre mía. Sí que había sido una buena noche.

—Quizá la nueva es nuestro amuleto de la suerte — dijo.

—De suerte ninguna, con ella — insistí.

—Pero nos los debes igual.

Suspiré.

—Vale. Prepáralos de Teremana. — Eché un vistazo por encima del hombro —. Venga, chicas.

Naomi ladeó la cabeza, pero Max bajó de un salto del asiento.

—Sabía que había sido una buena noche. También nos han dado buenas propinas. Venga — le dijo a Naomi, y la hizo ponerse de pie.

No me pasó desapercibida la mueca que hizo Naomi al levantarse. Era evidente que no estaba acostumbrada a estar de pie tantas horas seguidas, pero se había ganado mi respeto por tratar de disimular su malestar cuando se acercó a la barra. Waylon la seguía de cerca como un idiota enamorado.

—El jefe ha dicho que con tequila — recalcó Silver, y sacó la botella.

Max silbó y dio unas palmadas sobre la barra.

—¿Tequila? —repitió Naomi con un bostezo.

—Es tradición —le explicó Silver —. Hay que celebrar las ganancias.

—Uno más —dije antes de que Silver empezara a verter el tequila.

Alzó las cejas y sacó otro vasito.

—El jefe también. Esto es nuevo.

Max también parecía sorprendida.

—Un momento. ¿No habría que sacar también sal, limones, salsa picante o algo? — preguntó Naomi.

Silver negó con la cabeza.

—Eso lo haces cuando el tequila es una mierda.

Servidos los vasos, los alzamos para hacer un brindis.

—Tienes que hacerlo tú —me dijo Max cuando se hizo evidente que nadie más iba a hacerlo.

—Mierda. Vale: por una buena noche — dije.

—Lamentable —terció Silver.

Puse los ojos en blanco.

—Calla y bebe.

—Salud. —Entrechocamos los vasos y luego dimos un golpecito en la madera de la barra. Naomi nos imitó y la observé mientras se lo tomaba.

Creía que se iba a poner a dar boqueadas y a resollar como una universitaria de fiesta, pero sus ojos del color de la avellana se abrieron mientras contemplaba el vaso vacío.

—Vaya, pues, al parecer, nunca había probado un buen tequila.

—Bienvenida al Honky Tonk — dijo Max.

—Gracias. Y ahora que por fin ha terminado mi primer turno… — Naomi dejó el vaso y el delantal en la barra y se volvió hacia mí —. Dejo el trabajo.

Se dirigió a la puerta.

—¡Noooo! —gritaron Silver y Max.

—Será mejor que hagas algo — dijo Silver mientras me fulminaba con la mirada —. Es buena.

—Y está intentando mantener a una niña, Knoxy. Ten un poco de corazón — subrayó Max.

Maldije entre dientes.

—Salid juntas —les ordené, y fui detrás de Naomi.

Me la encontré en el aparcamiento junto a una bicicleta de diez marchas prehistórica.

—No vas a irte a casa con eso — anuncié y le agarré el manillar.

Naomi soltó un largo suspiro.

—Tienes suerte de que esté tan cansada que no pueda ni pelear ni pedalear. Pero no volveré al trabajo.

—Y tanto que lo vas a hacer. — Le devolví el delantal, agarré la bicicleta y la coloqué en la plataforma de la camioneta. Me siguió renqueando, abatida —. Por favor, pero si parece que te haya pasado por encima una manada de caballos.

—No estoy acostumbrada a pasarme tantas horas de pie, ¿vale, don Yo-hago-el-papeleo-sentado?

Abrí la puerta del copiloto y, con un gesto, le indiqué que subiera. Ella, con una mueca de dolor, me hizo caso. Esperé a que se acomodara antes de cerrar la puerta, di la vuelta por delante y me senté al volante.

—No vas a dejar el trabajo — le dije, por si no le había quedado claro la primera vez.

—Ya lo creo que lo voy a dejar. Si he sobrevivido a este turno ha sido por eso. Lo he estado tramando toda la noche: sería la mejor camarera que habrías tenido nunca y, cuando hubieses cambiado de opinión, te diría que lo dejaba.

—Pues ahora lo des-dejas.

Bostezó.

—Solo lo dices para poder echarme tú.

—No —respondí, en tono grave.

—No querías que trabajara aquí — me recordó —. Pues lo dejo. Tú ganas, ¡bien por ti!

—Ya, bueno, pues resulta que no se te da tan mal, y necesitas un sueldo.

—Tu benevolencia no tiene límites.

Sacudí la cabeza. Incluso agotada, su vocabulario seguía siendo de nota en la prueba de acceso a la universidad.

Apoyó la cabeza en el asiento.

—¿A qué estamos esperando?

—A que salgan las chicas y se metan en sus coches.

—Qué detalle —comentó con otro bostezo.

—No siempre soy un imbécil.

—Entonces, ¿es solo conmigo? — preguntó Naomi —. Qué suerte la mía.

—¿Ponemos las cartas sobre la mesa? — No tenía ganas de edulcorarlo —: No eres mi tipo.

—¿Me estás vacilando? —dijo.

—No.

—Como no te atraigo, ¿no puedes ni tratarme con educación?

Se abrió la puerta trasera y vimos cómo Max y Silver salían con la última bolsa de basura que quedaba. La llevaron hasta el contenedor y chocaron las manos después de meterla dentro. Max nos saludó con un gesto y Silver me dedicó otro saludo militar cuando cada una se dirigía hacia sus respectivos coches.

—No he dicho que no me atraigas. He dicho que no eres mi tipo.

Gruñó.

—Seguro que me voy a arrepentir, pero creo que tendrás que ser más explícito para que te entienda.

—Bueno, Flor. Resulta que a mi polla le da igual que no seas mi tipo; sigue levantándose para llamar tu atención.

Se quedó inmóvil unos segundos.

—Pero das mucho trabajo, eres demasiado complicada y no te quedarías satisfecha con un revolcón.

—Me ha parecido oír que Knox Morgan no puede satisfacerme. Ojalá tuviera un móvil para inmortalizar tal afirmación en las redes sociales.

—Punto número uno: necesitas tener un móvil ya. Es una irresponsabilidad que vayas por ahí sin teléfono cuando tienes que ocuparte de una niña.

—Ay, calla. Si solo ha sido por un par de días, no meses. Y tampoco sabía que tendría que ocuparme de una niña — dijo.

—Punto número dos: te satisfaría que ni te lo imaginas — proseguí, y saqué

la *pick-up* del aparcamiento —. Solo que querrías más, y no quiero.

—Porque soy un coñazo de tía dependiente y engreída — musitó, con los ojos fijos en la oscuridad que se extendía al otro lado de la ventanilla.

No podía defenderme. Era un capullo, simple y llanamente, y cuanto antes se diera cuenta, más lejos se mantendría. Metafóricamente.

Naomi soltó un suspiro de cansancio.

—Tienes suerte de que esté tan cansada que no pueda pegarte una bofetada, saltar de la camioneta y arrastrarme hasta casa — dijo, al final.

Enfilé por el camino de tierra que conducía a la cabaña.

—Puedes pegármela mañana.

—Seguro que solo conseguiría atraerte todavía más.

—Qué coñazo de tía.

—A ti lo que te pasa es que ahora te molesta tener que encontrar un nuevo sitio en el que mear en el patio.

Capítulo 13: Clases de historia

Naomi

Waylay y yo habíamos sobrevivido casi una semana juntas. Me parecía un logro impresionante mientras nuestras vidas seguían en pausa. Todavía no nos habían dicho nada de parte del sistema judicial ni de los servicios de protección de menores. Sin embargo, había molido calabacín y judías verdes y los había incluido en el pastel de carne que había preparado ayer por la noche para pasar desapercibidas al agudo olfato de Waylay Witt, por si acaso alguien nos observaba.

Había hecho dos turnos más en el bar, y las propinas empezaban a ser considerables. Otra ayuda económica importante había sido la llegada de mis tarjetas de crédito y de débito por correo postal. No había conseguido cancelar todos los cobros que había hecho Tina con mi tarjeta de crédito, pero tener acceso a mis escasos ahorros había sido de gran ayuda.

Había sido previsora y había pagado el recibo de la hipoteca a principios de mes, por si durante la luna de miel estaba demasiado loca de felicidad como para tener que preocuparme de pagar recibos. Y, además, el hecho de no tener que pagar un coche ni un seguro comportaba que podía estirar el dinero mucho más. Y, para ganarme el alquiler gratuito, reservé unas cuantas horas para pasarlas en casa de Liza.

—¿Quiénes son? —preguntó Waylay, que señalaba una fotografía enmarcada que había encontrado metida en la parte de atrás de uno de los muebles del comedor.

Aparté los ojos del trapo de polvo y la cera para muebles y la miré. Era la fotografía de un hombre mayor que parecía henchido de orgullo con el brazo

alrededor de una pelirroja sonriente ataviada con un birrete y una toga.

Liza, que había dicho varias veces que no le gustaba limpiar, pero aun así insistía en seguirnos de una estancia a la siguiente, miró la foto como si la viera por primera vez. Inspiró lentamente y de forma entrecortada.

—Son… Eh… Mi marido, Billy, y nuestra hija, Jayla.

Waylay abrió la boca para seguir preguntando, pero la interrumpí: presentía que Liza no quería seguir hablando de miembros de su familia que hasta ahora no había ni mencionado. Había una razón por la que esta casa tan grande se cerrara y se aislara del resto del mundo. Y algo me decía que la razón aparecía en esa fotografía.

—¿Tienes planes para este fin de semana, Liza? — pregunté mientras le indicaba que no con la cabeza a Waylay.

Liza dejó el marco bocabajo sobre la mesa.

—¿Planes? ¡Ja! —rebufó—. Si hago lo mismo cada puñetero día. Salgo de la cama y me pongo a trastear. Todo el día, uno tras otro, tanto dentro como fuera.

—¿Y qué vas a trastear este fin de semana? — preguntó Waylay.

Con disimulo, le hice un gesto con los pulgares hacia arriba a Waylay para que Liza no lo viera.

—El jardín necesita un poco de atención. No os deben de gustar los tomates, ¿no? Porque me salen por las orejas.

—A Waylay y a mí nos encantan los tomates — respondí mientras mi sobrina simulaba que vomitaba.

—Pues hoy volveréis a casa con las manos llenas — decidió Liza.



—Que me parta un rayo. Has sacado la costra quemada de los fogones — observó Liza dos horas más tarde. Estaba inclinada sobre la cocina mientras yo estaba sentada en el suelo, con las piernas estiradas.

Estaba sudando y me daban calambres en los dedos de frotar con energía. Pero los progresos eran innegables. Los platos que antes se amontonaban, ahora estaban limpios y guardados, y la cocina refulgía en negro por los cuatro costados. Había recogido todos los papeles, cajas y bolsas que había en la isla y le había encomendado a Liza la tarea de separarlo según si era para conservar o

para tirar. La pila de conservar era cuatro veces mayor que la de tirar, pero seguía contando como progreso.

Waylay contribuía al progreso de la casa según sus capacidades, también. En cuanto hubo arreglado el errático libro electrónico que se había comido todas las descargas de Liza y una impresora que había perdido la conexión wifi, Liza le había dado una vieja Blackberry que yo había encontrado en el cajón que había junto al fregadero. Si Waylay era capaz de devolverla a la vida, Liza dijo que me la podía quedar. ¿Un teléfono gratis con un número que ninguno de mis antiguos contactos tenía? Era perfecto.

—Me muero de hambre —anunció Waylay, y se echó dramáticamente sobre la encimera, ahora limpia y visible. Cachondo, el *beagle*, se puso a ladrar para enfatizar la gravedad del hambre de mi sobrina. Minina, la *pitbull*, estaba profundamente dormida en medio del suelo, con la lengua colgando.

—Pues a comer —dijo Liza, con una palmada.

Al oír «comer», ambos perros y mi sobrina le dedicaron toda su atención.

—Claro que no me voy a poner a cocinar aquí. No ahora, que parece como nueva — añadió Liza —. Nos vamos alDino's. Invito yo.

—Me encanta la *pizza* de peperoni que hacen — exclamó Waylay, que se irguió enseguida.

—Sí, me comería una entera. — Coincidió Liza, y se remangó los pantalones.

Me gustaba ver a mi sobrina a gusto con una adulta, pero me habría gustado ser yo la persona con la que compartía su gusto por el peperoni. No conseguía librarme de la sensación de que estaba suspendiendo el examen de una asignatura a la que me había olvidado de asistir durante todo el semestre.



Me quité la ropa que había llevado puesta para limpiar y me puse un vestido de tirantes, y, entonces, Liza nos llevó hasta el pueblo en su viejo Buick, que se arrastraba como una carroza del desfile de Acción de Gracias deMacy's. Lo metió en un espacio para aparcar que quedaba libre delante de una fachada que tenía un toldo naranja. El cartel del escaparate rezaba«Dino's Pizza».

Unas puertas más allá había algún tipo de peluquería o barbería, con una fachada de ladrillo pintado de color azul oscuro. Había un surtido de botellas de *whisky* y cactus en tiestos de arcilla que creaban un escaparate muy llamativo.

Cuando salimos del coche, un par de moteros salieron de la pizzería y se dirigieron hacia dos Harleys. Uno de ellos me guiñó un ojo y me sonrió.

—No es Tina —le gritó Liza.

—Ya lo sé —le contestó el otro—. ¿Cómo te va, la que no es Tina?

Bueno, al menos el hecho de que yo no era mi hermana empezaba a calar entre la gente. Pero no me gustaba que me llamaran «la que no es Tina». Hice adiós con la mano, incómoda, y di un empujoncito a Waylay para que avanzara por delante de mí hasta la puerta del restaurante con la esperanza de que eso de llamarme así no cuajara.

Liza hizo caso omiso del cartel «Esperen a que los acompañemos hasta la mesa» y se metió en una mesa de banco corrido. Waylay la siguió mientras yo vacilaba, esperando que alguien nos autorizara.

—Enseguida estoy con vosotras — dijo el chico que había detrás del mostrador.

Aliviada, me metí en el banco junto a Waylay.

—Bueno, ¿qué te ha parecido Knockemout por ahora? — me preguntó Liza.

—Ah, eh… Es muy acogedor —dije mientras leía detenidamente la lista de ensaladas que había en el menú —. ¿De dónde viene el nombre del pueblo?

—No sé si hay una historia oficial. Pero Knockemout debe de venir de *knock*, en el sentido de dar de puñetazos, y sí que dicen que en este pueblo siempre se han solucionado las diferencias con una buena pelea. Nada de que los conflictos se alarguen en los tribunales ni de meter de por medio a ningún abogado estirado. Aquí, si alguien te hace algo malo, le das una buena tunda, y en paz. Así de rápido y sencillo.

—No es así como todo el mundo soluciona un problema. — Le inculqué a Waylay.

—No sé… Es muy placentero darle un puñetazo en la cara a alguien — musitó mi sobrina —. ¿Lo has hecho alguna vez?

—La violencia física nunca es la respuesta — insistí.

—Tal vez tu tía tenga razón — intervino Liza —. Mira mis nietos. Hay cosas que no se solucionan con un par de puñetazos.

—Knox le hizo una llave a Nash — dijo Waylay.

—¿Dónde está el camarero? — pregunté, sin dirigirme a nadie en concreto.

—Me lo creo —le dijo Liza a Waylay.

—¿Por qué se pelean? —preguntó mi sobrina.

—Esos chicos son más tercos que una mula y siempre se están peleando.

—Yo he oído que era por una mujer.

Di un salto cuando la camarera se inclinó sobre la mesa para dejarnos servilletas y pajitas.

—¿Y qué mujer será, Neecey? — le preguntó Liza.

—Yo solo digo lo que he oído.

—Visto que todo el mundo sabe que Knox no ha salido con ninguna chica de este pueblo desde el instituto… ¿Te acuerdas de que Jilly Aucker se mudó a Canton solo para ver si al cambiar de código postal él reaccionaba?

—Sí. Y entonces conoció a ese leñador y tuvo cuatro niños con él — respondió Neecey.

No quería que me interesara esta información tan concreta, pero no pude evitarlo.

—Yo solo repito lo que he oído. Es una pena que ninguno de esos dos haya sentado nunca la cabeza. — Neecey se colocó bien las gafas e hizo reventar el chicle —. Si tuviera veinte años menos, terminaría su enemistad ofreciéndome yo misma para que me compartieran.

—Estoy segura de que tu marido tendría algo que decir al respecto.

—Vin se queda dormido en el sofá cinco noches de siete cada semana desde hace diez años. Y en mi casa, oveja que bala, pierde bocado. Tú debes de ser la que no es Tina — dijo la camarera —. Me han dicho que Knox y tú os peleasteis a gritos en la cafetería y el Honky Tonk, y que entonces él se disculpó, pero tú le partiste una silla en la cabeza y le tuvieron que poner seis puntos.

Me quedé sin habla. Waylay, en cambio, se echó a reír a carcajadas.

Desde luego, en este pueblo les encantaba chismorrear. Con rumores como estos, no me sorprendía que no hubiera sabido nada todavía de la asistente social. A este paso, seguro que ya estaban preparando la orden para arrestarme.

—Te presento a Naomi y a su sobrina, Waylay — anunció Liza.

—Y no partí ninguna silla en la cabeza de nadie, por mucho que se lo mereciera. Soy una adulta muy responsable — le dije a Neecey, con la esperanza de que difundiera este rumor.

—Ah, lástima —repuso.

—¿Me dais un dólar para poner algo de música? — preguntó Waylay, que señaló la gramola que había en un rincón, después de haber hecho el pedido.

Antes de poderle responder, Liza le dio un billete de cinco dólares arrugado.

—Pon algo de *country*. Lo echo de menos.

—¡Gracias! —Waylay le arrancó el billete de la mano y se dirigió hacia la gramola.

—¿Por qué ya no escuchas música *country*? — le pregunté.

Reapareció la misma expresión que había puesto cuando Waylay le había preguntado por la fotografía. Una mezcla de nostalgia y tristeza.

—Mi hija era la que siempre la ponía. La ponía en la radio por la mañana, por la tarde y por la noche. Enseñó a los chicos a bailar *country* antes de que aprendieran a caminar.

Había mucho pasado en esas oraciones. En un arrebato, le agarré la mano y se la estreché. Volvió al presente, me miró y, a su vez, me estrechó la mano antes de zafarse.

—Hablando de la familia, mi nieto ha demostrado que le interesas.

—Nash ha sido muy servicial desde que llegué al pueblo — respondí.

—No hablo de Nash, tontaina. Hablo de Knox.

—¿De Knox? —repetí, segura de no haberla oído bien.

—Sí, ¿ese alto, con tatuajes, que vive cabreado con el mundo?

—No ha demostrado que le interese, Liza. Ha demostrado que me desprecia, le doy asco y no me soporta. — También me había revelado de una forma un tanto agresiva que a su cuerpo le resultaba atractivo mi cuerpo, pero que al resto de él le daba asco.

Estalló en carcajadas.

—Me juego lo que sea a que eres la definitiva.

—¿La definitiva para qué?

—La definitiva que hará que se replantee su vida de soltero. Me apuesto lo que sea a que eres la primera mujer de este pueblo con la que va a salir en más de veinte años. Y con «salir» me refiero a…

Alcé el menú para cubrirme el rostro.

—Sé a lo que te refieres, pero estás muy pero que muy equivocada.

—Es un buen partido —insistió—. Y no solo por la lotería.

Estaba segura al cien por cien de que me estaba tomando el pelo.

—¿Knox ha ganado la lotería? — pregunté con sequedad.

—Once millones. Hará un par de años.

Pestañeé.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Tan en serio como en un juicio. Y Knox no se comportó como uno de esos que después de ganarla se compran una mansión enrome y tropecientos mil coches. Es más rico ahora que cuando cobró el dinero — dijo, orgullosa.

Pero si el tío llevaba unas botas más viejas que Waylay y vivía en una cabaña que era propiedad de su abuela. Pensé en Warner y en su familia, que bien sabía que no tenían once millones de dólares, pero se comportaban como si fueran *la crème de la crème*.

—Pero si siempre está tan… de mal humor.

Liza sonrió.

—Supongo que no es más que un ejemplo de que el dinero no compra la felicidad.



Estábamos hincándole el diente a una *pizza* de peperoni grande y a una ensalada (técnicamente, yo era la única que tenía ensalada en el plato) cuando la puerta del restaurante se abrió y entró Sloane, la bibliotecaria, acompañada de una niña.

Ese día, Sloane llevaba una falda larga teñida que le acariciaba las rodillas y una camiseta ceñida con puños. Llevaba el pelo suelto; parecía una cortina larga y dorada que se movía con la misma fluidez que la falda. La niña que la seguía era un angelito mofletudo de piel oscura, ojos marrones y analíticos y el pelo recogido en un moñito alto.

—¡Eh, Sloane! —La saludé con la mano.

Los labios rojos de la bibliotecaria se curvaron en una sonrisa y giró la cabeza hacia la niña que la seguía.

—Bueno, pero si son Liza, Naomi y Waylay. Chloe, ¿conoces a Way? — preguntó Sloane.

La niña se dio unos golpecitos en la barbilla con un dedo que lucía una uña pintada de rosa y purpurina.

—El almuerzo del segundo turno lo hacíamos juntas el año pasado, ¿verdad? Te sentabas con Nina, la bajita de pelo corto, no la alta con mal aliento. Es maja, pero no se cepilla bien. Este año me ha tocado en la clase de la señora Felch, y estoy enfadada porque todo el mundo dice que es una señora mala y me han dicho que ahora es incluso más mala porque ella y su marido se van a divorciar.

Me di cuenta de que Waylay observaba a Chloe con un interés comedido.

—¡Chloe! —Sloane parecía tan divertida como avergonzada.

—¿Qué? Yo solo repito lo que me han dicho de buena fuente. ¿En qué clase te ha tocado a ti? — le preguntó a Waylay.

—En la de la señora Felch — respondió esta.

—Sexto va a ser muy guay aunque tengamos a la mala de la señora Felch, porque cambiaremos de clase y de profesores para ciencia, arte, educación física y matemáticas. Y, además, Nina, Beau y Willow van a la misma clase que nosotras — prosiguió Chloe —. ¿Sabes ya que te vas a poner el primer día? Yo no sé si vestirme toda de rosa o de rosa y blanco.

Qué torrente de palabras de una persona tan pequeñita.

—Si alguna vez queréis saber algo sobre alguien, preguntádselo a mi sobrina Chloe — comentó Sloane con expresión divertida.

Chloe sonrió y se le formó un hoyuelo en una mejilla.

—No me dejan ir a ver a la tía Sloane a la biblioteca porque dice que hablo demasiado. Yo no creo que hable demasiado, lo que pasa es que tengo mucha información que debe darse a conocer al público general.

Waylay observaba a Chloe con el trozo de *pizza* colgando de la boca. Había pasado mucho tiempo de la época en la que iba al instituto y me había relacionado con la chica guay. Pero Chloe tenía pinta de ser la chica guay, sin ninguna duda.

—Deberíamos decirle a nuestras madres, o bueno, a tu tía y a mi madre o a mi tía, de quedar un día. ¿Te gusta pintar o salir a caminar? ¿O hacer pasteles?

—Eh… —dijo Waylay.

—Bueno, ya me lo dirás en el colegio — intervino Chloe.

—¿Gracias? —pronunció Waylay con voz ronca.

Se me ocurrió entonces que si los del supermercado trataban a Waylay con tanta hostilidad, no debía de tener muchos amigos en la escuela. Al fin y al cabo, no costaba mucho imaginar que las madres no debían de querer que sus hijas trajeran a casa a la hija de Tina Witt.

Me vino una ráfaga de inspiración.

—Oye, vamos a organizar una cenita el domingo. ¿Queréis venir las dos?

—¿Mi día de fiesta y encima no tendré que cocinar? Me apunto — dijo Sloane —. ¿Y tú, Chloe?

—Necesito comprobar mi agenda y os diré algo. Tengo una fiesta de cumpleaños y clase de tenis el sábado, pero creo que el domingo lo tengo libre.

—¡Perfecto! —exclamé. Waylay me echó una mirada que me hizo pensar que tal vez había parecido un poco desesperada.

—Muy bien. Vamos a recoger el pedido para llevar antes de que se nos enfríe — sugirió Sloane, y dirigió a Chloe hacia el mostrador.

—Madre mía, qué piquito tiene esa niña — observó Liza. Me miró —. Bueno, ¿y cuándo ibas a invitarme a esa cena?

—Eh… ¿qué tal ahora?

Nos terminamos la *pizza* y yo, además, la ensalada, y Liza se encargó de pagar la cuenta como si fuera la santa patrona de las inquilinas temporalmente en bancarrota. Salimos a la calle y nos recibió el bochorno de Virginia. Pero Liza se encaminó en dirección opuesta a la del coche, al edificio que había en la esquina, y dio unos golpes en el escaparate de cristal del Whiskey Clipper.

Waylay hizo lo propio y ambas se pusieron a saludar con la mano.

—¿Qué hacéis? —pregunté mientras me acercaba corriendo.

—Knox es el propietario de esto también, y hace de barbero — anunció Liza con un deje de orgullo.

Ataviado en su uniforme habitual de vaqueros desgastados, camiseta ceñida y las viejas botas de motorista, Knox Morgan estaba de pie detrás de una de las sillas de la peluquería pasando una navaja de afeitar por la mejilla de un cliente. Llevaba un organizador de cuero a modo de delantal colgado de las caderas, con tijeras y otras herramientas en los múltiples bolsillos.

Nunca un barbero había sido mi fetiche. Ni siquiera sabía si era un fetiche al uso. Pero mientras contemplaba cómo trabajaban esas manos hábiles, noté el molesto palpitar del deseo que se avivaba bajo el vientre lleno de *pizza*.

Sus ojos se encontraron con los míos y, durante unos segundos, tuve la sensación de que el escaparate se había diluido. Su campo gravitatorio me atraía en contra de mi voluntad. Era como si compartiéramos un secreto que solo conocíamos los dos. Sabía en qué estaría pensando y por qué me iba a odiar a mí misma esa noche, cuando me estirara en la cama.

Capítulo 14: La cena

Knox

—¿Tomamos una cerveza mientras miramos un partido? ¿O una cerveza y nos desahogamos en el porche? — le propuse a Jeremiah mientras él y Waylon me seguían por los escalones que conducían a mi cabaña. Una vez cada dos semanas, más o menos, salía antes de trabajar y quedábamos fuera de la peluquería.

—Quiero saber qué te tiene tan mustio. Estabas bien hacía un par de días. Gruñón, como siempre, pero ahora vas haciendo pucheros.

—No hago pucheros. Estoy pensativo de una forma muy masculina.

Jeremiah se rio entre dientes. Abrí la puerta y, a pesar de mis esfuerzos, eché un vistazo en dirección a la casita. Había coches aparcados delante y se oía música. Fantástico. La mujer encima tenía mucha vida social. Otra razón para mantenerme bien lejos de ella.

Tampoco es que tuviera que esmerarme, ya que me había estado evitando como si yo fuera el problema. Esta última semana había sido complicada, irritante. Había descubierto que Naomi Witt era una persona afectuosa y agradable, y cuando no era afectuosa y agradable contigo, notabas esa falta de cariño. Se negaba a mirarme a los ojos, y sus sonrisas y sus respuestas de «Claro, jefe» eran por cumplir. Incluso cuando la llevaba a casa y estábamos solos en la camioneta, su frialdad no bajaba ni un grado.

Cada vez que creía que había conseguido controlarlo, aparecía. Ya fuera en el patio trasero de la cabaña o en casa de mi abuela. En mi bar. Qué cojones, si incluso hacía unos días había aparecido tras el escaparate del Whiskey Clipper como si fuera una visión celestial.

Esta mujer me estaba volviendo loco.

—¿Lo ves? Lo acabas de hacer — dijo Jer mientras me señalaba la cara —. Pucheros. ¿Qué te pasa, tío?

—Nada. —Me di cuenta de que el coche de policía de mi hermano estaba aparcado delante de la casita —. Mierda.

—¿Hay alguna razón por la que no te guste ver el coche de tu hermano en casa de la que no es Tina?

—¿Lo de querer hablar de qué siente la gente todo el rato te viene porque eres bisexual? — pregunté —. ¿O te viene porque provienes de una gran familia libanesa que lo sabe todo de todo el mundo?

—¿Y por qué no de ambas partes? — respondió con una sonrisilla.

Una carcajada especialmente sonora acaparó nuestra atención, así como el olor de la carne asada. Waylon removió el hocico y la punta blanca de su cola se agitó en el aire.

—No —le dije, con firmeza. Pero bien podría haberle dicho «Claro, chico, ve a buscarte una salchicha», porque el perro salió disparado como un relámpago.

—Pues parece que nos vamos a unir a la fiesta — observó Jeremiah.

—Joder. Voy a pillar una cerveza antes.

Un minuto después, cerveza fría en mano, nos dirigimos hacia la parte trasera de la casa y nos encontramos a medio Knockemout en el porche de Naomi. Sloane, la bibliotecaria guapa, estaba ahí con su sobrina, Chloe, que chapoteaba con el agua hasta las rodillas en el arroyo con Waylay y los perros de mi abuela. Liza J. estaba sentada junto a Tallulah mientras Justice controlaba la parrilla y el pesado de mi hermano flirteaba con Naomi.

Era una aparición de verano.

Teniendo en cuenta que solo le había dado dos tragos a la cerveza, no podía culpar al alcohol de mi prosa mental. Se me secó la boca en cuanto mis ojos se posaron en sus pies desnudos y luego fueron subiendo por las piernas largas y bronceadas hasta que desaparecían debajo de un vestido de tirantes sensual de color amarillo limón.

—Conque ese es el problema — dijo Jeremiah, con aires de suficiencia. Miraba a Naomi fijamente, y lo cierto es que no me importó.

—No sé de qué hablas —le solté.

Waylon se lanzó al porche, directo a la parrilla.

—¡Waylon! —Naomi parecía encantada de ver a mi perro. Se agachó para

saludarlo e incluso desde donde yo estaba, entrever su escote fue suficiente para que se me pusieran los huevos duros.

—Waylon —ladré.

El imbécil de mi perro estaba demasiado ocupado disfrutando de las caricias de una mujer preciosa como para molestarse a prestarme atención.

—¡Knox! ¡Jer! —exclamó Tallulah cuando nos vio en el patio —. Venid.

Naomi alzó el rostro y vi que la alegría se esfumaba en cuanto me vio. Se parapetó tras un muro de hielo.

—No queremos molestar —dijo Jeremiah, contemplando con cautela el banquete. Había huevos rellenos, verdura a la parrilla, algún tipo de crema para untar en un plato elegante y cuatro tipos distintos de postre. En la parrilla, Justice daba la vuelta a pechugas de pollo y salchichas.

—Podéis quedaros —dijo Naomi con una sonrisa que parecía, más bien, una mueca de dientes apretados y no una invitación. Su mensaje había quedado claro: no me quería en esa cena íntima y agradable.

Bueno, yo tampoco quería que apareciera en mi cabeza cada vez que cerraba los putos ojos. Así que consideré que estábamos en paz.

—Si insistís… —dijo Jeremiah, echándome una mirada triunfante.

—Son bonitas, las flores —comenté. En el centro de la mesa, había un jarrón azul rebosante de flores silvestres.

—Las ha traído Nash —anunció Naomi.

Me entraron ganas de arrancarle la expresión petulante a mi hermano de una bofetada. Vaya, conque él le había traído un ramo a Naomi y yo apenas conseguía que me dirigiera dos palabras. No debía desafiarme de esa manera.

Yo jugaba sucio. Incluso cuando no quería ganar, quería que Nash perdiera.



Entre comidas y charlas con el ecléctico grupo de invitados de Naomi, la observé. Estaba sentada entre Waylay y Nash, quien me había echado del grupo como si hubiésemos estado jugando a las sillas. La conversación era animada y el ambiente, distendido. Naomi se reía, hablaba y escuchaba, siempre pendiente de los platos y los vasos de los demás y ofreciendo nuevas porciones y segundas

raciones con la pericia de alguien que se ha pasado la vida cuidando de los demás. Era cariñosa, atenta, divertida. Con todo el mundo menos conmigo.

Bueno, quizá me había comportado un poco como un gilipollas. Personalmente, no creía que fuera tan grave como para que me hubiera relegado al vacío.

Me di cuenta de que cada vez que Sloane o Chloe hacían referencia a la vuelta al cole, Naomi palidecía y, algunas veces, incluso se disculpó para ir dentro.

Estuvo hablando con Jeremiah sobre pelo y el Whiskey Clipper. Estuvo hablando de café y de tener un negocio con Justice y Tallulah. Y no tuvo ningún problema en sonreír ante cualquier tontería que salía de la boca de mi hermano. Pero no importaba lo mucho que la observara, en ningún momento sus ojos se dirigieron hacia mí. Yo era el invitado invisible, y me empezaba a irritar.

—Liza J. nos ha contado historias de cuando Nash y tú erais pequeños — me dijo Justice.

Me imaginaba qué historias había optado por contar mi abuela:

—¿Ha contado la de la lucha con piedras en el arroyo o la de la tirolina desde la chimenea? — le pregunté a mi hermano.

—Ambas —respondió Nash, con los labios curvados.

—Menuda infancia tuvimos —le dije a Justice.

—¿Vuestros padres vivían con vosotros? — preguntó Waylay. Era una pregunta inocente formulada por una niña que sabía lo que era no vivir con sus padres.

Tragué saliva y busqué una escapatoria.

—Vivíamos con nuestros padres hasta que nuestra madre murió — le explicó Nash.

—Lo siento mucho —intervino Naomi, y esta puta vez me estaba mirando directamente.

Asentí con rigidez.

—Naomi, ¿has ido a buscar el portátil escolar de Waylay? — preguntó Sloane —. Mi hermana me dijo que el de Chloe no funciona del todo bien.

—Sí, cada vez que abro internet, se reinicia. ¿Cómo se supone que tengo que ver vídeos adecuados para mi edad en YouTube sin internet? — terció Chloe.

—¿O… no sé, hacer los deberes, tal vez? — Le tomó el pelo Sloane.

—Si quieres, le echo un vistazo — se ofreció Waylay.

Chloe abrió los ojos marrones de par en par.

—¿Eres de CTIM?

—¿De qué? —preguntó Waylay con recelo.

—De ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas — intervino Sloane.

—Sí: cerebrito —añadió Chloe.

Sloane le dio un codazo a su sobrina.

—¡Au! No lo decía como algo malo. Los cerebritos están bien, los cerebritos son guais. Son los que, cuando crecen, fundan empresas que facturan trillones de dólares — dijo Chloe. A continuación, miró a Waylay —: Los cerebritos molan.

A Waylay se le sonrojaron las orejas.

—Mi madre siempre decía que los cerebritos son unos fracasados — explicó, con un hilo de voz. Echó un vistazo a Naomi —. Decía que las chicas que llevan vestidos y el pelo largo eran… eh… malas.

Me entraron ganas de salir a buscar a Tina y mandarla al arroyo de una patada por no ser el modelo de madre que su hija necesitaba.

—Tu madre ha confundido muchas cosas, cielo — le dijo Naomi mientras le pasaba una mano por el pelo —. No entendía que las personas podían ser más de una cosa o que podían gustarles más de una cosa. Puedes llevar vestidos y maquillaje y diseñar cohetes, puedes llevar traje y jugar al béisbol, puedes ser millonaria y trabajar en pijama.

—¿A tu madre no le gustan los vestidos ni el pelo largo? — preguntó Chloe con tono burlón —. Pues no sabe lo que se pierde. El año pasado, para mi cumpleaños, me regalaron dos armarios de ropa y además un arco con flechas. Tú sé como tú eres, no dejes que alguien a quien no le gusta la ropa te diga qué tienes que hacer.

—Hazle caso a Chloe, que está a punto de perder la salchicha que tiene en el plato. Baja, Waylon — le dijo Liza.

Mi perro se quedó inmóvil, pillado in fraganti.

—Te vemos aunque no te estés moviendo, tonto — le recordé.

Waylay se echó a reír.

Con una mueca, Waylon se refugió debajo de la mesa. Al cabo de unos segundos, me fijé en que Waylay partía un trozo de salchicha y, por casualidad, se le caía por debajo del mantel de cuadros. Naomi también se dio cuenta, pero no le dijo nada.

—Si has traído el portátil, puedo mirarlo — se ofreció Waylay.

—Bueno, si hay servicio técnico después de cenar… — empezó Tallulah, mientras sacaba un iPad enorme de la bolsa del trabajo —. Acabo de comprarme

esto para la tienda, pero no puedo pasar todo lo que tenía en el antiguo a este.

—Diez dólares por cada encargo — dije, dando un golpe en la mesa.

Todo el mundo me miró. A Waylay se le curvaron los labios.

—Waylay Witt no trabaja gratis. ¿Queréis a la mejor? Pues tendréis que pagarla — les solté.

Los labios de Waylay esbozaron una sonrisa que le llegó de oreja a oreja cuando Tallulah sacó un billete de diez dólares del bolso y se lo dio.

—Primera clienta que te paga — anunció Tallulah, con orgullo.

—¡Tía Sloane! —siseó Chloe.

Sloane sonrió y fue a buscar su bolso.

—Aquí tienes veinte dólares por las molestias. A la señorita Moderna también se le cayó la miel sobre la barra espaciadora cuando se preparaba un té.

Waylay se guardó los billetes y se sentó para ponerse manos a la obra.

Esta vez, Naomi me miró a los ojos. No sonrió, ni me dijo «gracias» o «esta noche soy tuya», pero vi algo. Algo que me moría por desentrañar centelleaba en esos ojos de color chocolate. Entonces, desapareció.

—Disculpadme —dijo, y se separó de la mesa —. Enseguida vuelvo.

Nash contempló cómo se alejaba mientras la tela amarilla le acariciaba los muslos bronceados. No me extrañaba. Pero tampoco podía permitir que la conquistara. Cuando Jeremiah desplazó su atención con una pregunta sobre fútbol americano, aproveché para seguir los pasos de Naomi. Me la encontré inclinada sobre el escritorio de tapa corrediza que había en el salón junto a las escaleras.

—¿Qué haces?

Se sobresaltó. Entonces, giró sobre sus talones con las manos detrás de la espalda. Cuando descubrió que era yo, puso los ojos en blanco.

—¿Necesitas algo? ¿Una bofetada? ¿Una excusa para irte?

Despacio, cubrí el espacio que nos separaba. No sabía por qué lo hacía, solo sabía que ver cómo le sonreía a mi hermano hacía que me doliera el pecho y que me hiciera el vacío me estaba desquiciando. Y cuanto más me acercaba, más lleno me sentía.

—Creía que no ibais sobradas de dinero — le dije cuando tuvo que alzar la barbilla para mirarme.

—Mira, que te den, vikingo.

—Yo solo digo, Flor, que durante tu primer turno en el bar me explicaste aquella tragedia de haber perdido tus ahorros y que tenías que cuidar de tu

sobrina. Y, en cambio, ahora parece que estés alimentando a medio condado.

—Es una cena «de traje», Knox. Que por cierto, tú has sido el único que no has traído nada para compartir. Además, tampoco lo he hecho para socializar.

Me gustaba cómo pronunciaba mi nombre cuando estaba exasperada. Qué narices, me gustaba cómo esos labios decían mi nombre, punto.

—Muy bien. ¿Y por qué has hecho una cena «de traje» con medio Knockemout?

—Si te lo digo, ¿me prometes que nos harás un favor y te irás?

—Por supuesto —mentí.

Se mordió el labio y miró por encima de mi hombro.

—De acuerdo. Lo he hecho por Chloe.

—¿Has organizado una cena para una niña de once años?

Puso los ojos en blanco.

—¡No! Esa parlanchina tan mona es la chica más popular del curso de Waylay, y este año irán a la misma clase. Solo quería brindarles la oportunidad de que pasen más tiempo juntas.

—¿Estás haciendo de celestina con niñas de once años?

Naomi echó la mandíbula hacia delante y se cruzó de brazos. No me disgustó, porque los brazos le apretaban los pechos hacia el escote del vestido.

—No sabes lo que es caminar por el pueblo y que la gente te juzgue solo porque eres familiar de según quién — bufó.

Me acerqué un paso más.

—Estás muy equivocada.

—Vale, muy bien, lo que tú digas. Quiero que Waylay vaya a la escuela y tenga amigas de verdad, no que la conozcan solo por el rumor de que es la hija que abandonó Tina Witt.

Era una buena estrategia. Cuando nos mudamos aquí, yo contaba con mi hermano y con Lucian. No hubo nadie en la escuela que tuviera las agallas de decir ni pío sobre ninguno de nosotros, porque la manada nos protegía.

—Entonces, ¿qué tienes aquí? — le pregunté y agarré la libreta que tenía aferrada en una mano.

—¡Knox! ¡Para!

—«Vuelta al cole: lista de emergencia». — Leí —. «Recoger el portátil. Pedir una reunión con la profesora. Comprar ropa y papelería. Dinero». — Solté un silbido —. Hay muchos interrogantes después de este último.

Se lanzó a por la libreta, pero la sostuve fuera de su alcance y pasé una

página. Me encontré con otra lista de pendientes, y luego otra.

—Te encanta hacer listas —observé.

Tenía una letra bonita y pulcra, pero cuanto más descendía en la lista, más percibía el pánico que transmitía su caligrafía. Esta mujer tenía muchos problemas. Y no solo a juzgar por el saldo que tenía en la cuenta, garabateado al final de una lista de la compra.

Esta vez le permití que me arrebatara la libreta. La lanzó al escritorio que tenía detrás y agarró la copa de vino.

—No metas las narices en mis cosas, Knox — me soltó. Tenía las mejillas sonrosadas y no quedaba rastro de frialdad en esos ojos preciosos y marrones. Cada vez que inspiraba hondo, sus pechos acariciaban el mío y me desquiciaba un poco más.

—No tienes por qué hacerlo sola, ¿sabes? — le dije.

Se llevó la mano libre a la frente con entusiasmo fingido.

—¡Claro! Puedo pedir limosna al primero que pase. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Seguro que así no parecerá que soy incapaz de cuidar de una niña a ojos de la ley. Problema solucionado.

—No pasa nada por aceptar un poco de ayuda de vez en cuando.

—No necesito ayuda, lo que necesito es tiempo — insistió. Se le tensaron los hombros y cerró la mano en un puño —. Sloane me ha comentado que tal vez salga un trabajo a media jornada en la biblioteca una vez haya empezado el colegio. Podré ahorrar y comprarme un coche. Podré hacer que esto funcione. Solo necesito tiempo.

—Si quieres tener más turnos en el Honky Tonk, solo tienes que decirlo. — Al parecer, no podía dejar de querer que la órbita de esta mujer coincidiera con la mía. Estaba jugando a un juego muy peligroso.

—Y me lo dice el tío que me llamó «coñazo de tía dependiente y engreída» y trató de echarme al instante. Perdona si no quiero pedirte nada.

—Venga ya, Naomi. Estaba cabreado.

Me miró como si quisiera prenderme fuego.

—¿Y? —preguntó, de forma significativa.

—¿Qué? Dije una tontería porque estaba de mala leche. Se suponía que no me oías, no es culpa mía que estuvieras escuchando una conversación privada.

—¡Te pusiste a gritar dos segundos después de que yo saliera por la puerta! ¡No puedes ir así por la vida! Las palabras tienen poder y hacen que la gente sienta cosas.

—Pues deja de sentir cosas y sigamos adelante — sugerí.

—Puede que sea la mayor absurdez que he oído en la vida.

—Lo dudo. Te has criado con Tina.

La frialdad se había derretido y se volvió lava líquida.

—Sí, me crie con Tina. Solo tenía nueve años cuando oí cómo le decía a mi mejor amiga que sería mejor que jugaran sin mí porque era tan estirada que no dejaba que se divirtieran. Tenía catorce cuando besó al chico que sabía que me gustaba y me dijo que era demasiado dependiente para estar con él o para que cualquiera me quisiera.

«Me cago en la hostia». Por eso detestaba hablar con la gente. Tarde o temprano, siempre acababas metiendo el dedo en la llaga. Me pasé una mano por el pelo.

—Y entonces apareció Knox Morgan, que no me quería cerca porque, a pesar de tener una personalidad defectuosa que me hacía ser engreída y dependiente, aun así, decidió sentirse atraído por mi cuerpo.

—Mira, Flor, no es personal.

—Ah, pero sí que lo es. Es absolutamente personal.

—Le has dado muchas vueltas para que te cabree tanto, ¿no? — Quizá yo no era el único que pasaba noches en vela.

—¡Anda y vete a la mierda, Knox!

Unos golpes rápidos y enérgicos en la puerta hicieron que Naomi se sobresaltara. El vino se derramó por el borde de la copa.

—Perdonad, ¿interrumpo? —La mujer que había al otro lado de la puerta mosquitera estaba a unos centímetros de Naomi y vestía con un traje gris arrugado. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño apretado.

—Em… —soltó Naomi mientras trataba de secarse con las manos el vino que le había caído en el pecho —. Eh…

—Me llamo Yolanda Suarez. Soy del servicio de protección de menores.

«Ah. No me jodas».

Naomi se quedó tan rígida que parecía haber entrado en *rigor mortis*. Agarré la caja de pañuelos que había encima del escritorio y se la di a Naomi.

—Toma —le dije.

Cuando se quedó mirando a la recién llegada sin moverse, arranqué unos cuantos pañuelos y empecé a limpiar el desastre. Le había dado un par de toquecitos en el escote cuando volvió en sí y me apartó las manos de un manotazo.

—Em… Bienvenida. Este vino no es mío — explicó Naomi con los ojos como platos. La mirada de la recién llegada se posó sobre la copa de vino, ahora vacía, que Naomi tenía en la mano —. Bueno, sí. No sé por qué lo he dicho. Pero no bebo mucho. Soy una persona responsable. Y casi nunca me pongo a gritar a los hombres en el salón.

—Muy bien… ¿Está el jefe Morgan? Me ha pedido que me pasara — preguntó Yolanda con serenidad.

Capítulo 15: Knox se va de compras

Naomi

Dos días después, aún tenía minitaquicardias cada vez que alguien se presentaba en la puerta. Nash había invitado a Yolanda, la asistenta social de Waylay, a que se pasara para que me la pudiera presentar. Solo que no sabía que la mujer aparecería justo cuando estaba confesando una vida entera de traumas a Knox Morgan.

La presentación había sido breve e incómoda. Yolanda me entregó una copia en papel de la solicitud de la tutela y noté cómo me catalogaba como una fiera chillona con una inclinación malsana por el vino. La parte buena era que Waylay había sido muy educada y no había mencionado que la estaba torturando añadiendo verduras a todas sus comidas.

Había analizado al milímetro la reunión informal, hasta el punto en que acabé convencida de que no había sobrevivido al interrogatorio y que Yolanda Suarez me detestaba. Así que mi nueva misión no consistiría en lograr que me considerara una tutora «aceptable», sino convertirme en la mejor de Virginia del Norte.

Al día siguiente, le pedí el Buick a Liza y me dirigí a la tienda de segunda mano de Knockemout. Me pagaron cuatrocientos dólares por mi vestido de novia hecho a medida y casi nuevo. Luego, me fui a buscar un café a la cafetería de Justice y volví a casa para terminar la lista de compras que había que hacer para la vuelta al cole.

—Adivina qué vamos a hacer hoy — le dije a Waylay mientras almorzábamos sándwiches y palitos de zanahorias en el porche trasero.

El sol brillaba y el arroyo corría, perezoso, entre las hierbas.

—Seguro que algo aburrido. — Predijo Waylay mientras lanzaba otro palito de zanahoria por encima del hombro hacia el patio.

—Iremos a comprar para la vuelta al cole.

Me miró con recelo.

—¿Eso se hace?

—Pues claro que se hace. Eres una niña, y los niños crecen; las cosas se les quedan pequeñas y tienen que comprar nuevas.

—Me llevas a comprar… ¿ropa? — preguntó Waylay despacio.

—Y zapatos. Y material para la escuela. Tu profesora todavía no me ha respondido los correos, pero la madre de Chloe me ha mandado una copia del material que necesitamos. — Parloteaba porque estaba nerviosa. Waylay y yo aún teníamos que terminar de sintonizar, y estaba dispuesta a tratar de comprar su cariño.

—¿Podré elegir yo la ropa?

—Eres tú quien la va a llevar. Puede que yo tenga cierto derecho a veto en caso de que optes por un abrigo de piel o un chándal de terciopelo, pero sí. Podrás elegir tú la ropa.

—Ah, vale —dijo.

Tampoco se había puesto a saltar de alegría ni se había lanzado a mis brazos, como me había imaginado, pero advertí el atisbo de una sonrisa que le bailaba en las comisuras mientras se terminaba el sándwich de pavo y queso.

Después de comer, mandé a Waylay a su habitación para que se preparara mientras yo repasaba mis investigaciones sobre el centro comercial que me había impreso en la biblioteca. Solo me había leído la mitad de las descripciones de las tiendas cuando oí unos golpes en la puerta principal. Temerosa de que fuera otra «visita imprevista» de Yolanda, me tomé unos segundos para pasarme los dedos por el pelo y comprobar que no tenía pintalabios en la mejilla, y cerré el escritorio de tapa corrediza para que no pudiera juzgar mi obsesión por las libretas y la planificación.

Sin embargo, en vez de Yolanda, en el porche me encontré con el hombre más irritante del mundo vestido con vaqueros, camiseta gris y gafas de aviador. Su pelo parecía un poco más corto por la parte de arriba. Supuse que cuando uno tenía una peluquería, podía cortarse el pelo siempre que quisiera. Me molestaba lo atractivo que era, con esa barba, esos tatuajes y esa actitud distante.

—¿Qué tal, vecina? —me dijo.

—¿Quién eres y qué has hecho con Oscar el Rubio? — le pregunté.

—Vámonos —repuso, y señaló la camioneta con el pulgar.

—¿Qué? ¿Adónde, a qué has venido?

—Liza J. me dijo que necesitabais que alguien os llevara en coche. Yo os llevo.

Negué con la cabeza.

—Ni hablar. Hoy no voy a hacer esto.

—No estoy de broma, Flor. Métete en la camioneta.

—Aunque ha sido una invitación encantadora, vikingo, quiero llevar a Waylay de compras antes de la vuelta al cole. No tienes pinta de ser el vecino que se va de compras con las chicas.

—Tienes razón. Pero quizá sí que soy el vecino que lleva a las chicas hasta el centro comercial y las va a recoger cuando hayan terminado.

—No te lo tomes mal, pero no, tampoco eres ese tipo de vecino.

—Podemos estarnos aquí todo el día discutiendo o puedes meterte en la camioneta. — Casi parecía animado, lo que me hizo recelar de inmediato.

—¿Por qué no puedo cogerle prestado el coche a Liza? — Ese era el plan. No me gustaba cuando las cosas no iban según el plan.

—Ahora no puede ser. Lo necesita. — Se inclinó a mi lado y pegó un grito dentro de la casa —. ¡Waylay, espabila, que el taxi se va!

Oí el estruendo de un correteo arriba cuando mi sobrina se olvidó de fingir que no le hacía ilusión. Coloqué una mano sobre el pecho de Knox y lo empujé hasta que ambos estuvimos en el porche:

—Escúchame bien: ir de compras es importante. Estoy tratando de ganarme a Waylay y nunca la han llevado de compras para la vuelta al cole, así que si pretendes hacer algo que lo estropee todo, prefiero pedir un Uber que nos lleve al centro comercial. De hecho, eso es justo lo que voy a hacer.

Puso una expresión divertida.

—¿Y cómo lo vas a hacer con esa mierda de teléfono tan viejo que no tiene ni para bajarse aplicaciones?

«Joder».

Waylay bajó de un salto al salón antes de cambiar la expresión y adoptar una de aburrimiento.

—Hola —saludó a Knox.

—Knox nos va a llevar —le expliqué sin una pizca de entusiasmo.

—Guay. ¿Cuántas cosas quieres comprar como para necesitar una camioneta? — se preguntó Waylay.

—Tu tía dice que quiere comprar medio centro comercial. Me ha parecido que lo mejor era venir preparado — comentó Knox.

Alcancé a ver la media sonrisa que se le dibujó en la cara cuando Waylay bajó los escalones del porche y dijo:

—Pues vamos allá.



Mi recelo se incrementó cuando nos subimos a la camioneta y me encontré con un café para mí y un batido de frutas para Waylay.

—¿Qué pretendes? —le pregunté a Knox cuando se sentó en el asiento del conductor.

Me ignoró mientras miraba un mensaje con mala cara. Hubo algo en la forma en que titubeó que me dio un mal presentimiento.

—¿Liza está bien? ¿Ha ocurrido algo en el Honky Tonk?

—Tranquila, Flor. Todo el mundo está bien y todo va bien.

Tecleó una respuesta a toda velocidad y arrancó la camioneta.

Nos dirigimos hacia el este y nos incorporamos a la lentitud del tráfico de Virginia del Norte. Volví a comprobar el sucio fajo de billetes que tenía mientras Knox y Waylay charlaban de trivialidades. No les hice caso y me concentré en reprimir la ansiedad. Ayer, en la biblioteca, había consultado mis cuentas para confirmar el presupuesto: iba escasa de dinero. El trabajo en el bar y el alquiler gratuito eran de mucha ayuda, pero mis ingresos no eran suficientes para impresionar a ningún juez, y más si pretendía sumarle el pago de un coche.

Tenía tres opciones:

1. Encontrar un trabajo durante el día mientras Waylay estaba en la escuela.
2. Pedir prestado dinero del plan de jubilación.
3. Vender la casa que tenía en Long Island.

Me horroricé por dentro. Esa casa representaba mucho más que tres habitaciones y dos baños. Había sido un paso gratificante que formaba parte de un plan mayor. Había conseguido un buen trabajo en la empresa de servicios de

inversión de la familia de Warner, me había enamorado de él y me había comprado un buen hogar en el que crear una familia.

Si la vendía, estaba renunciando oficialmente a ese sueño. Y, entonces, ¿adónde me iría cuando terminaran los seis meses de tutela temporal de Waylay?

Para cuando llegamos al centro comercial, estaba sumida en mi miseria, mis lamentos y mis fracasos.

—Gracias por traernos —le dije a Knox, que estaba absorto con el móvil teniendo una conversación que parecía consistir en una serie de preguntas y respuestas monosilábicas. Bajé de un salto con el café en la mano.

Waylay salió del asiento trasero y cerró la puerta de golpe. Esperaba que Knox saliera disparado y nos dejara atrás entre una nube de gases, pero se bajó de la *pick-up* y se metió el teléfono en el bolsillo trasero.

—¿Qué haces?

—¿Te vienes de compras con nosotras? — preguntó Waylay. No parecía horrorizada, sino emocionada.

«Te odio, Knox Morgan».

—Tengo que comprar algunas cosas. He pensado que podíais enseñarme cómo va todo esto.

Entramos en el centro comercial climatizado y, tras mirarme de reojo, Waylay se dirigió derecha hacia una tienda de accesorios. En cuanto desapareció en el interior, agarré a Knox de su brazo tatuado.

—Qué. Leches. Haces.

—Comprar.

—Tú no vas de compras. Tú no vas al centro comercial.

Dio un paso atrás, con expresión divertida.

—¿Cómo estás tan segura?

—Eres de esos tíos que lleva la misma ropa hasta que se le desintegra, y luego, o te pones algo que una chica de tu familia te regaló en Navidad o pides por internet las mismas prendas que llevabas. No pisas un centro comercial. No te vas de compras con mujeres.

Knox se introdujo en mi espacio personal. Sus ojos, más grises que azules hoy, se tornaron serios.

—¿Te molesta que os acompañe?

—¡Sí! ¿Qué haces aquí, Knox? Estoy tratando de conectar con Waylay. Todo lo que he probado hasta ahora no ha traspasado sus defensas. Domina la cara de

póker a la perfección con tan solo once años por todas las decepciones que se ha llevado. Quiero verla sonreír, sonreír de verdad.

—Dios, Naomi, no he venido a joderte el plan.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Waylay dio unos golpecitos al escaparate al otro lado y se llevó unos pendientes al lóbulo sin agujeros. Le levanté el pulgar y mentalmente añadí a la lista: «Hacerle agujeros en las orejas a Waylay».

—Tengo mis razones. Igual que también tengo razones para no contártelas.

—No me parece una respuesta aceptable.

A estas alturas, casi nos estábamos tocando y mi cuerpo se confundía con el aire acondicionado del centro y el calor que desprendía su cuerpo escultórico.

—Pues es la única que recibirás por ahora.

—Por eso estás soltero —señalé—. No hay mujer en su sano juicio que esté dispuesta a aguantar esto.

—Estoy soltero porque quiero — me rebatió.

Estaba poniendo los ojos en blanco cuando decidió cambiar de tema:

—Entonces, ¿estás intentando ganarte a Waylay a base de comprarla?

—Pues sí. A las chicas les gustan los regalos.

—¿A ti te gustan? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, Knox, no me gustan. Me encantan, me apasionan los regalos.

Era cierto. Me encantaban.

Warner no se había esforzado demasiado durante estos últimos años en las Navidades y los cumpleaños, y me había hecho sentir materialista cada vez que había demostrado cierta decepción ante los insensatos regalos que me hacía de tamaños equivocados.

Knox esbozó media sonrisa.

—Bueno, ¿y quién pagará todas las compras de hoy? Ya sabes que sé lo que cobras en el Honky Tonk.

Estiré el cuello para asegurarme de que Waylay seguía dentro de la tienda. Estaba probándose una diadema trenzada de color rosa y lila. Estaba monísima, y me entraron unas ganas irrefrenables de entrar y llevármela directa a la caja.

—No es que sea cosa tuya, pero he vendido mi vestido de novia.

—¿Tan mal están las cosas? — preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Acabas de vender un vestido de novia solo para pagar las mierdas que tu

sobrina necesita para la vuelta al cole. Y eso que no tienes móvil, ni coche.

—Sí que tengo móvil —repliqué y saqué la vieja Blackberry de Liza para enseñársela.

—Se te acaba de caer la letra A.

«Mierda. La A está en muchas palabras».

—No quiero tu opinión, ¿de acuerdo? Hoy, la prioridad es el material escolar para Waylay. Ya me las apañaré con el resto. Así que tú haz lo tuyo mientras yo le regalo a mi sobrina todo lo que quiera.

Reapareció la media sonrisa; me estaba destrozando el sistema nervioso.

—De acuerdo.

Me encaminé hacia la tienda, pero me detuve para contemplar el escaparate. Una pared firme y cálida de pectorales se topó conmigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Knox. La barba me hizo cosquillas en la oreja.

Me volví para mirarlo y apreté los dientes.

—Hoy no nos vas a dejar en paz, ¿verdad?

—No —confirmó y me hizo caminar de espaldas hasta la tienda empujándome con una mano sobre el vientre.



Creía que nos dejaría solas, por fin, cuando entrásemos en la primera tienda de ropa adolescente, pero nos siguió a cada una de ellas. Incluso a las zapaterías. Incluso manifestó su opinión un par de veces cuando Waylay se la pidió, y le estuvo haciendo muecas para distraerla cuando se hizo los agujeros de los pendientes.

Estaba radiante de alegría. Su fría actitud de indiferencia había empezado a difuminarse cuando compramos el segundo par de zapatos, y se desvaneció del todo cuando le insistí en que cogiera el vestido de tirantes con el estampado de flores rosas y amarillas. Y antes de que Knox sacara la tarjeta de crédito, soltó un gritito ahogado ante un par de zapatillas fucsia con flores brillantes.

—¿Por qué no dejas de tocarte la frente, tía Naomi? — preguntó Waylay.

—Estoy comprobando a ver si tengo fiebre, porque debo de estar alucinando. — La única explicación posible era que había entrado por accidente en otra

dimensión espaciotemporal en la que Knox Morgan era un hombre simpático al que le gustaba ir de compras.

Nos encontramos con la amiga de la escuela de Waylay, Nina (la del pelo negro y buen aliento). Me encantó conocer a sus padres, Isaac y Gael, que parecieron aceptar el hecho de que Knox se presentara simplemente como «el que nos llevaba». Nina preguntó si Waylay podía ir a los recreativos con ellos. Con mucho gusto le dije que sí, y me estaba intercambiando el número de teléfono con Isaac cuando Knox sacó un billete de veinte dólares de la cartera.

—Haz lo que quieras —le dijo.

—Uau. ¡Gracias!

—No te pases con las chuches — le dije, cuando ya se iba —. ¡Que aún no hemos cenado!

Waylay hizo un gesto sin volverse que asumí que significaba que no tenía intenciones de hacerme caso. Me giré hacia Knox.

—¿Qué haces aquí todavía? Nos has seguido por cada tienda, no dejas de mirar el móvil como si fueras un adolescente y no te has comprado nada. Eres desconcertante e irritante.

Su expresión siguió impertérrita y no respondió.

—De acuerdo. Pues seguiré comprando mis cosas.

Como ahora vivía de lo que había metido en la maleta, necesitaba urgentemente ropa interior nueva. Meterme en la tienda deVictoria’s Secret no fue una estrategia para librarme de él, pero suponía que de ninguna manera Knox Morgan me seguiría hasta ahí.

Estaba rebuscando entre las prendas rebajadas cuando noté una presencia imponente y malhumorada. Lo tenía detrás, de brazos cruzados. Puse los ojos en blanco y decidí ignorarlo.

Lo que no podía ignorar era el hecho de que, cada vez que entraba una mujer en la tienda, se detenía en seco y se quedaba mirándolo. Las entendía. Era un hombre precioso y arrebatador. Qué pena que tuviera una personalidad tan horrorosa.

Había reducido la selección a un par de bragas, pero no dejaba de suspirar mirando otro par de seda, con aberturas de encaje en los lados y en la parte de atrás, cuando se me acercó una vendedora.

—¿Te preparo un vestidor? — me ofreció.

Me lo pensé. Al menos, Knox no podría seguirme ahí.

—Se queda estas —intervino él, que me arrebató las bragas de la mano y se

las tiró a la vendedora.

Abrí la boca de par en par cuando vi que rebuscaba entre las ofertas y sacaba tres braguitas más, muy poco prácticas y *sexys* a más no poder. Rosas, violetas y rojas. Luego, agarró otras monísimas de estilo calzoncillo con un estampado de corazones rojos.

—Y estas.

Se las lanzó todas a la mujer, que me dedicó una sonrisa pícara antes de dirigirse hacia la caja.

—Knox, no me las voy a comprar — siseé.

—Calla —me dijo, y sacó la tarjeta de crédito.

—Si te has creído que voy a dejar que me compres ropa interior…

Interrumpió mi diatriba rodeándome con un brazo y tapándome la boca con la mano.

—Aquí tiene —dijo, y deslizó la tarjeta por el mostrador.

Me retorcía para zafarme cuando se inclinó hacia mí.

—Si no me queda otra para salir de esta puñetera tienda antes de desmayarme de lo dura que la tengo, te compro las malditas bragas.

Según mis cálculos, ya era la segunda vez que hacía referencia a cómo sus partes íntimas reaccionaban ante mí. No era tan embustera como para fingir que no me alegraba que se viera en el mismo aprieto que yo: cachondos por el físico, repelidos por el resto.

Dejé de retorcerme cuando me colocó enfrente de él. De espaldas a su cuerpo, noté la confirmación irrefutable de lo que me había dicho. Mi cuerpo reaccionó sin que mi cerebro le diera permiso y llegó a un nivel de excitación extremo. Me preocupó que tuvieran que sacarme de la tienda.

—Eso ha sido muy, pero que muy inapropiado — le dije, y me crucé de brazos mientras salíamos, todavía con su brazo rodeándome.

—Querías que comprara algo, ¿no? Pues he comprado algo.

—Ropa interior. Para mí. —Me reí.

—Te veo cansada —me dijo con aire de suficiencia.

—¿Cansada? Hemos caminado ochenta kilómetros dentro del centro comercial y me he gastado hasta el último dólar. Estoy agotada y tengo hambre, pero sobre todo, ¡estoy muy desconcertada, Knox! Eres muy desagradable, siempre, pero ¿hoy vienes y me compras ropa interior?

—Quizá es para que pienses en mí cuando te la pongas — me soltó, escudriñando nuestro alrededor.

—Eres lo peor.

—De nada. Nos queda una última tienda — anunció, y me agarró de la mano.

Estaba cansada, demasiado como para oponer resistencia. Demasiado como para fijarme hacia qué tienda me arrastraba.

—Señor Morgan. —Un joven alto y delgado con una perilla negra nos saludó con la mano —. Justo acabamos de terminar — le dijo.

Estábamos en una tienda de teléfonos. Clavé talones para frenarlo, pero Knox siguió tirando de mí hasta quedar delante del mostrador.

—Justo a tiempo, Ben.

—Aquí lo tienes —informó el chico, y colocó un móvil nuevo delante de mí —. Ya está configurado y con la funda puesta. Si necesitas ayuda para descargarte los antiguos contactos de la nube, estaremos encantados de ayudarte. Tienes el nuevo número de teléfono escrito dentro de la caja.

Perpleja, exhausta, hambrienta, un poco furiosa y muy confundida, bajé la vista hacia el teléfono y luego la alcé hacia Knox.

—Gracias —le dijo Knox a Ben, y me ofreció el móvil.

La funda era de margaritas con purpurina.

—¿Me has comprado un móvil?

—Vamos —dijo—. Tengo hambre.

Dejé que me arrastrara hacia la puerta y ahí me acordé de despedirme de Ben y de darle las gracias. Nos dirigíamos hacia los recreativos cuando mi cerebro empezó a sumar dos más dos.

—Te has recorrido todo el centro comercial sin quejarte solo para cansarme y que estuviera tan agotada que no pudiera pelearme contigo por el móvil, ¿verdad?

—¿Hamburguesas, *sushi* o *pizza*? — me preguntó.

—Hamburguesas. ¿Knox?

Siguió caminando.

—¡Knox! —Le clavé el dedo en el hombro para que me hiciera caso. Cuando me miró, no sonreía, pero tampoco tenía ese aire petulante.

—Necesitabas un móvil y te lo he comprado. Tampoco le des más importancia de la que tiene.

—Dijiste que era una tía dependiente. Me gritaste por estar trabajando en tu bar y me dijiste que lo único que tengo que merece la pena es mi cuerpo. Y hoy

vas y te añades a la excursión al centro comercial sin que nadie te hubiera invitado, me compras ropa interior y un móvil muy caro.

—Has hecho un muy buen resumen, menos en la parte sobre lo que tienes que merece la pena.

—¿Siempre eres así de… contradictorio? ¿De desconcertante?

Se detuvo de golpe y bajó la vista para mirarme.

—No, Naomi, no suelo ser así de contradictorio, y la culpa es tuya, hostia. No quiero que me gustes. No quiero pasarme un día entero paseándome por el puñetero centro comercial y peleándome con el tráfico por ti. Y te aseguro que no quiero ver cómo te pruebas ropa interior. Pero tampoco quiero que estés sola cuando hay un tío en Knockemout preguntando por ti.

«Ay, no».

—¿Un tío? ¿Quién?

—No lo sé. Justice y Wraith se están ocupando del tema; llamarán a Nash si es necesario — respondió en tono grave.

—¿Qué quieres decir con que «se están ocupando del tema»? — Me imaginé cadáveres, lonas impermeables y cinta adhesiva plateada.

—No te preocupes por eso.

Me eché a reír sin parar. No podía evitarlo. Me había pasado los últimos cuatro años sumida en una relación en la que yo me ocupaba de todo; de reservar las cenas, de organizar las vacaciones, de poner las lavadoras, de las compras del supermercado.

Y ahora hacía menos de un par de semanas que estaba en este pueblo y el tipo malhumorado que, en gran medida, había manifestado su rechazo hacia mí, acababa de ocuparse de mis cosas.

Tal vez un día encontraría un hombre a quien le gustara, y no solo eso, sino que además estuviera dispuesto a compartir la responsabilidad de ocuparse de todas nuestras cosas. O tal vez acabaría sola, como Tina siempre había pronosticado.

—¿Te está dando un ataque, o algo? Porque te aseguro que tengo mejores cosas que hacer que ver cómo tienes una crisis nerviosa.

—Ah, perfecto —dije, reprimiendo mi histeria —. Ha vuelto Gruñón. ¿Qué aspecto tiene el tipo que decías?

—Por lo que dice Justice, se parece a un tío que se llama Henry Golding.

—¿Al actor ese tan *sexy*, o al motorista local? — Era una diferencia importante.

—No sé quién es el motorista local, pero el tío se ha presentado en la cafetería preguntando por ti. Justice me ha dicho que por poco no le da algo cuando ha visto la fotografía de tu hermana detrás de la caja.

«Nunca podría dejarlo atrás».

—¿Lo conoces?

Ahora me tocaba a mí contestar con evasivas:

—¿Podemos ir a buscar a Waylay y luego a por las hamburguesas?

Capítulo 16: El famoso Stef

Naomi

En el trayecto de vuelta a casa, guardé los números de los padres de Nina en mi flamante nuevo teléfono. No eran los primeros contactos que había. Knox ya se había ocupado de que estuvieran los teléfonos de Liza, del Honky Tonk, de Sherry, del colegio de Waylay y del Café Rev.

Incluso había añadido el suyo.

No estaba segura de qué podía significar o implicar eso. Y, la verdad, estaba tan agotada que ya no me quedaban fuerzas ni para preocuparme. Y más cuando tenía un problema más grave.

Un problema que estaba sentado en los escalones de entrada de la cabaña con una copa de vino en la mano.

—No salgas de la camioneta — gruñó Knox.

Pero ya estaba a medio salir.

—No pasa nada. Lo conozco.

Waylay, embutida en el asiento trasero con todo lo que habíamos comprado, bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—¿Quién es?

—Es Stef —dije.

Este dejó la copa en el suelo y abrió los brazos.

Me lancé corriendo hacia él. Stefan Liao era el hombre más perfecto del mundo. Era inteligente, divertido, atento y generoso hasta el extremo, y tan guapo que dolía mirarlo. Hijo único de un padre que se dedicaba al desarrollo inmobiliario y una madre que se dedicaba al desarrollo de aplicaciones, había nacido con un espíritu emprendedor natural y un gusto exquisito para todo.

Y, no sabía cómo, había tenido la suerte de que fuera mi mejor amigo.

Me levantó en brazos y me dio una vuelta.

—Sigo muy cabreado contigo. — Me recibió, con una sonrisa.

—Gracias por quererme incluso cuando estás cabreado — le dije, rodeándole el cuello con los brazos e inhalando su colonia cara.

Solo de verlo y abrazarlo me sentí más centrada.

—¿Me vas a presentar a la Rubia y la Bestia? — preguntó Stef.

—No he terminado de abrazarte — insistí.

—Pues espabila, porque la Bestia tiene pinta de querer pegarme un tiro.

—Es más vikingo que Bestia.

Stef me agarró la cabeza con las manos y me dio un beso en la frente.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Las lágrimas me anegaron los ojos. Le creí. Y el alivio que me embargó fue suficiente para que brotaran las cataratas del Niágara.

—¿Dónde quieres todas tus mierdas? — gruñó Knox.

Fue suficiente para secar el Niágara entero. Giré sobre los talones y me lo encontré a escasos metros.

—¿En serio?

—Tengo cosas que hacer, Flor. No tengo toda la noche para quedarme aquí viendo cómo te lías con Henry Golding.

—¿Con Henry Golding? Me gusta — intervino Stef.

—Ven, Waylay, que te presento a mi amigo — alcé la voz.

Extasiada tras las compras, los recreativos y la hamburguesa, Waylay se olvidó de poner su expresión de fastidio.

—Waylay Witt, Knox Morgan. Os presento a Stefan Liao, Stef para los amigos. Way para los amigos. Y Leif Erikson cuando está de mal humor.

Stef sonrió, Knox gruñó. Waylay se puso a admirar el reloj inteligente de Stef.

—El placer es mío. Te pareces a tu tía — le dijo Stef a Waylay.

—¿De verdad? —Waylay no parecía demasiado horrorizada por tal afirmación, y me pregunté si mi soborno mercantil habría obrado su magia. «Toma ya».

Knox, en cambio, parecía que quisiera desmembrar a Stef.

«¿Qué te pasa?», articulé sin emitir sonido alguno. Me fulminó con una mirada que parecía indicar que el cambio de humor repentino era culpa mía.

—Knox —dijo Stef, que le ofreció la mano —. No sé cómo agradecerte que

hayas cuidado de mi chica.

Knox gruñó y observó la mano tendida un par de segundos antes de estrechársela. Sostuvieron el apretón más tiempo del necesario.

—¿Por qué se les están poniendo los dedos blancos? — me preguntó Waylay.

—Son cosas de hombres —le expliqué.

Parecía escéptica.

—¿Como cagar durante cuarenta y cinco minutos?

—Sí, algo así —repuse.

Por fin terminaron de darse la mano y ambos parecieron, entonces, ponerse a librar un duelo de miradas. Si no me andaba con cuidado, los penes y las reglas serían lo siguiente.

—Knox ha tenido la deferencia de llevarnos de compras hoy — le expliqué a Stef.

—Me ha comprado unas zapatillas rosas y a la tía Naomi le ha comprado ropa interior y un móvil.

—Gracias por proporcionar esa información, Way. ¿Por qué no vas adentro y cierras un poquito el pico? — sugerí, dándole un empujoncito hacia la casa.

—Pues depende. ¿Puedo comerme el último helado?

—Puedes siempre y cuando te lo metas en la boca y dejes de hablar.

—Un placer hacer negocios contigo. ¡Adiós, Knox!

Este ya estaba de camino a la camioneta.

—No te vayas por mí —le gritó Stef.

Knox no respondió nada, pero me pareció oír un gruñido que provenía de su dirección.

—Espera un segundo —le dije a Stef —. Tiene medio centro comercial en el asiento de atrás y no quiero que se vaya y se lo lleve.

Lo alcancé justo cuando estaba abriendo la puerta del conductor.

—Knox, ¡espera!

—¿Qué? Tengo mierdas que hacer. No puedo quedarme aquí de brazos cruzados.

—¿Puedes esperarte un momentito para sacar todas las cosas que tienes de Waylay detrás?

Musitó unos cuantos improperios muy groseros y abrió la puerta de atrás. Me puse tantas bolsas como pude por las muñecas antes de que su frustración se

manifestara. Agarró todas las cosas, las llevó hasta el porche y las colocó en un montón junto a Stef.

—Vaya con la nueva ropa interior — dijo Stef mientras le echaba un ojo al interior de la bolsa deVictoria's Secret.

Otro gruñido emanó del pecho de Knox y se fue dando grandes zancadas hacia la camioneta. Puse los ojos en blanco y salí corriendo tras él.

—¿Knox?

—Por Dios, chica —saltó y se volvió —. ¿Y ahora qué?

—Nada. Solo que… Gracias por todo lo que has hecho hoy. Ha sido muy importante para Waylay. Y para mí.

Cuando me volví para irme, su mano salió disparada y me agarró de la muñeca.

—Por si vuelve a pasar, Flor, lo que me ocurre siempre eres tú.

No sé por qué hice lo que hice entonces, pero lo hice de todas formas. Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Knox se quedó plantado, y ahí seguía cuando Stef y yo entramos en casa cargados con un montón de bolsas.



Mientras Waylay dormía, sumida en un coma inducido por tantas compras, me puse el pijama y me pregunté por qué demonios habría dejado las puertas del armario abiertas de par en par. Entonces, concluí que debía de haber sido Waylay. Me sorprendió el efecto que tenía un ser humano añadido en una casa. El tubo de pasta de dientes estaba apretado por el medio, la comida desaparecía y el mando del televisor nunca estaba donde yo lo había dejado.

Cerré las puertas del armario y volví abajo.

La puerta trasera estaba abierta y, a través de la mosquitera, vi que Stefan estaba en el porche. Había convertido el porche trasero en un mundo de fantasía lleno de velas de citronela.

—No les puedes decir a mis padres nada de esto — le ordené sin preámbulos mientras salía.

Stef alzó los ojos de la tabla de embutidos y quesos que estaba organizando sobre la mesa de pícnic.

—¿Por qué me lo aclaras? Estoy en tu equipo — protestó.

—Pero sé que hablas con ellos.

—Que tu madre y yo nos veamos una vez al mes para ir al *spa* no significa que vaya a delatarte, Witty. Además, tampoco les he dicho que venía.

—Todavía no sé cómo contarles lo de Waylay. Estuve una hora al teléfono después de darme a la fuga para que mamá accediera a irse al viaje que tenían. Sé que si les digo lo que ha pasado, desembarcarán y se subirán a un avión de inmediato.

—Sí, es lo que harían tus padres. — Coincidió Stef, y me ofreció una copa de vino. Se había traído una caja entera de botellas —. Esa Bestia quiere devorarte como si fueras un bol de alitas de pollo.

Me dejé caer en la silla plegable que había a su lado.

—¿Eso es lo primero que vas a decirme?

—Es lo más urgente.

—¿Y no lo es «Por qué plantaste a Warner en el altar», o «En qué demonios estabas pensando cuando decidiste ayudar a tu hermana»?

Apoyó las largas piernas en la barandilla.

—Sabes que Warner nunca me ha gustado. Me encantó ver que habías desaparecido; ojalá me lo hubieras dicho, para ayudarte.

—Lo siento —dije, con un hilo de voz.

—Deja de disculparte por todo.

—Lo s… ¿sé?

—Eres tú quien tiene que vivir tu vida. No te disculpes por las decisiones que has tomado.

Mi mejor amigo y la voz de la razón. No me juzgaba, no me cuestionaba. Solo me brindaba un amor y un apoyo incondicionales… Y, de vez en cuando, me ofrecía un golpe de realidad. Era uno entre un trillón.

—Tienes razón, como siempre. Pero de todas formas, debería haberte dicho que me iba a dar a la fuga.

—Sí, sin duda. Aunque me lo pasé de maravilla viendo cómo la madre de Warner se lo explicaba delante de todos los invitados. Fue cómico ver cómo trataban de mantener la calma para que su reputación de cristal quedara intacta. Además, me fui a casa con uno de sus amigos.

—¿Con cuál?

—Paul.

—Muy bien. Estaba muy guapo con el esmoquin — recordé.

—Más guapo estaba sin él.

—¡Eh…!

—Hablando de buen sexo… Volvamos a la Bestia.

Me atraganté con el vino.

—No hay nada de sexo con la Bestia. Dijo que era «un coñazo de tía dependiente y engreída». Es un maleducado, siempre me está gritando y quejándose de lo que hago. Y me dice que no soy su tipo. Como si quisiera serlo — me mofé.

—¿Por qué susurras?

—Porque vive justo ahí delante — dije y señalé con la copa hacia la cabaña en la que vivía Knox.

—Oh… El vecino gruñón. Es uno de mis personajes favoritos.

—Cuando nos conocimos, me llamó «basura».

—Qué cabrón.

—Bueno, en realidad creía que era Tina cuando se puso a gritarme en medio de una cafetería llena de desconocidos.

—Cabrón y ciego.

—Ay, cómo te quiero —suspiré.

—Y yo a ti, Witty. Así que, bueno, para aclarar las cosas: ¿no te estás acostando con el vecino gruñón, *sexy* y tatuado que te ha comprado ropa interior y un móvil?

—Seguro al cinco mil por cien que no me estoy acostando con Knox. Y solo vino de compras porque resulta que lo habían avisado de que había un hombre en el pueblo que me estaba buscando.

—¿Me estás diciendo que es el vecino gruñón, *sexy* y, además, sobreprotector, y que no te vas a acostar con él? Qué desperdicio.

—¿Y si en vez de hablar de Knox te explico por qué salí pitando del aparcamiento de la iglesia y terminé sin techo en Knockemout?

—Y sin coche, además —añadió.

Puse los ojos en blanco.

—Y sin coche.

—Voy a buscar las trufas que he dejado en tu habitación — se ofreció Stef.

—Ojalá fueras hetero —le dije.

—Si pudiera volverme hetero por alguien, lo haría por ti — repuso, y chocó su copa con la mía.

—¿De dónde han salido estas copas? — pregunté tras mirar confusa los utensilios.

—Son las que llevo en el coche. Siempre llevo un par.
—Claro, cómo no.



Querida Naomi:

Tu padre y yo nos lo estamos pasando muy bien, aunque no nos has ido explicando cómo te va. Visitar Barcelona ha sido una gozada, pero lo habría sido aún más si hubiésemos sabido que nuestra hija no estaba cayendo en depresión o sufriendo algún tipo de crisis.

Pero basta de hacerte sentir culpable. Tendrías que haber visto a nuestro guía turístico, Paolo. *Mamma mia*, que dirían los italianos. Te mando una foto para que lo veas. Está soltero, si quieres que te traiga un recuerdo del viaje.

Te quiero,

Mamá.

Capítulo 17: De hombre a hombre

Knox

Era demasiado temprano para que se pusieran a aporrearme la puerta de esa forma. Se merecían lo que se iban a encontrar. Me puse unos pantalones cortos de gimnasio y bajé las escaleras mientras me frotaba los ojos somnolientos.

—Más vale que se haya muerto alguien — musité.

Por poco no me doy de bruces por culpa de Waylon, que puso el acelerador en los últimos tres escalones.

—¿Qué? —solté mientras abría la puerta.

El atractivo y detestable Stef (qué nombre tan estúpido y confuso) me miró por encima del borde de unas gafas de sol muy caras.

—Buenos días para ti también — me saludó. Llevaba unas bermudas de golf y una de esas camisas estampadas que solo les quedaban bien a los tíos delgados que se pasaban horas cada semana en el gimnasio.

Mi perro metió la mitad del cuerpo en el porche y lanzó una mirada cariñosa al intruso.

—¡Qué buen chico, qué guapo! — le dijo Stef mientras se agachaba para acariciarlo. Waylon se regodeó en las atenciones que recibió.

Me pasé una mano por la cara.

—¿Qué quieres?

Don Pico de Oro levantó dos vasos de café para llevar.

—Charlar con café.

Le arranqué uno de la mano y me fui hacia la cocina a grandes zancadas. Waylon me siguió trotando, esperando su desayuno. Abrí la tapa del café y me puse a tragar mientras agarraba una ración de pienso.

Una vez alimentado el perro, metí la cabeza bajo el grifo y abrí el agua fría para que la impresión me despertara. Salí del fregadero en busca de aire y me encontré con un paño colgando delante de mi cara. Lo agarré sin dar las gracias y me sequé.

—¿Por qué me traes café a estas horas intempestivas?

—Para hablar de Naomi, ¿para qué, si no? Creía que eras más avispado.

—Lo soy cuando no me interrumpen mis horas de paz.

Bueno, quizá no estaba cabreado por la falta de descanso. Quizá había sido por el sueño que estaba teniendo, en el que salían los labios de Naomi, pintados de color cereza y dispuestos a obrar su magia cuando este idiota había decidido que era hora de charlar.

—Lo siento. Me parecía que no podía esperar — dijo, y apartó un taburete de la encimera.

Hice una bola con el paño y lo lancé al fregadero.

—¿Y ahora es cuando me dices que me aleje de tu chica?

Stef se echó a reír.

—¿He dicho algo gracioso?

—Eres uno de esos hombres heterosexuales con traumas que lo complican todo — observó mientras se apoyaba en la encimera.

—Tienes hasta que me acabe el café; después, te voy a echar.

—Muy bien. Mira, te agradezco que cuides de Naomi. Que te enteraras de que un desconocido estaba preguntando por ella en el pueblo y que la cogieras, junto a Waylay, y te las llevaras para asegurarte de que estaban a salvo. No está acostumbrada a que alguien se preocupe así por ella.

—No lo he hecho porque quiera acostarme con ella.

—No, pero sí que quieres, porque no eres imbécil. Lo hiciste porque querías protegerla. Así que, aunque seas el Gruñón *sexy*, eres mil veces mejor que Warner, a mi parecer.

Mantuve una expresión impertérrita; no quería manifestar ningún interés en este nuevo tema.

—Warner la usaba. Traté de avisarla… Qué narices, si incluso lo avisé a él. Pero Naomi hizo lo que siempre hace.

—Ocuparse de solucionar los problemas de todo el mundo — repuse.

Stef alzó una ceja.

—Vaya, vaya. Mira quién ha estado fijándose en todo.

Waylon soltó un sonoro eructo desde el suelo. Estaba sentado, contemplando

la comedera ya vacía como si esperara que se rellenara por arte de magia.

—¿Adónde quieres llegar?

—Se ha pasado toda la vida tratando de compensar el comportamiento de su hermana, que es horrible, por cierto. Y no deja de volverse en su contra. Ha sido la alumna perfecta, ha buscado el trabajo perfecto, ha querido casarse con el hombre perfecto. Y ahora está dispuesta a ocuparse de una niña de once años en un pueblo que no conoce con la esperanza de que, si lo hace todo bien, evitará que a sus padres se les vuelva a partir el corazón.

Me pasé una mano por el pelo.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo esto?

Stef alzó las manos y sonrió.

—Mira, entiendo que puedas estar en la fase de «No estoy interesado». La última cosa que ahora necesita Naomi es una relación pasional y complicada en exceso por tus traumas. Pero si la sigues cuidando como hiciste ayer, tú y yo no tendremos ningún problema.

—¿Y si no lo hago?

—Si te aprovechas de su naturaleza complaciente en su contra, entonces sí que vamos a tener un problemón. Y puedo ser muy creativo a la hora de idear formas para que te arrepientas de haber sido un capullo.

El tío los tenía bien puestos, debía reconocérselo. Mira que presentarse en casa de un desconocido con café para luego amenazarlo. Me parecía algo que podría hacer yo; sin el café, claro.

—¿Y qué tipo de problema creativo tiene ahora el gilipollas ese de Warner?

Stef dio un largo trago al café.

—Por ahora, estoy dejando que la humillación de que te haya plantado en el altar la mujer que él mismo dijo a sus amigos que «no estaba a su altura ni clase» cumpla su función. Pero como se le vuelva a acercar, lo destrozo.

—¿Qué le hizo? —pregunté.

Stef soltó un suspiro y dio otro trago al café.

—No me enteré de los detalles hasta ayer por la noche, y he jurado no contarlo.

—¿Algo malo?

Stef apretó la mandíbula.

—Algo malo —confirmó.

No me gustaba que este tipo gozara de la confianza de Naomi y tuviera acceso a sus secretos mientras yo estaba condenado a conjeturar. Pero se me

ocurrían unas cuantas cosas que podían clasificarse como «algo malo». Y cualquiera se merecía que le partieran la mandíbula a un gilipollas.

—Más le vale no ser tan tonto como para poner el pie en este pueblo — dije, y dejé el vaso vacío en la encimera.

—Siento decírtelo —intervino Stef, alzando la mirada desde el suelo, donde estaba rascando a Waylon —, pero sí que es ese tipo de tonto. Además, ¿adónde irá, si no, cuando se dé cuenta de que Naomi era quien resolvía todos los problemas que tenía? Si le envía correos cada día. Es solo cuestión de tiempo que descubra dónde está.

—Estaré preparado cuando se presente por aquí — afirmé, en tono grave.

—Muy bien. Yo también me voy a quedar aquí una temporada. Al menos, hasta asegurarme de que Naomi está bien. Pero no puedo acompañarla a todas horas; ayuda saber que hay alguien más que mire por ella.

—No volvería con él, ¿no? — Me sorprendí de haber planteado esta cuestión.

Stef parecía disfrutar del hecho de que lo hubiera preguntado.

—No. Pero es tan buena que podría tratar de ayudarlo a enderezarse.

—Joder.

—No hay nada que le guste más a esta chica que encontrarse con un desastre y arreglarlo y pulirlo hasta que brille. — Me dirigió una mirada larga y significativa, pero no quise dar importancia a lo que insinuaba.

Yo no era ningún desastre. No me pasaba nada malo. Qué coño, si tenía toda la vida organizada.

—Bien. ¿Y qué hacemos mientras tanto?

—No va sobrada de dinero. Se gastó la mayor parte de sus ahorros en la boda.

«Puñeteras románticas». Ni siquiera se planteaban que las cosas podían salir mal.

—No aceptará préstamos ni donaciones, aunque puede que no le quede otra opción cuando sus padres se enteren de lo que pasa.

—Aparecerían en el pueblo cabreados con la Gemela Mala y luego tratarían de cuidar de la desgraciada Gemela Buena — supuse.

Hizo un saludo militar.

—Has hecho un buen resumen.

Suspiré.

—No tiene coche ni ordenador, y ha cogido algunos turnos más en el bar.

Pero no era suficiente para que una familia de dos personas se alimentara durante mucho tiempo. Y los turnos mejor pagados eran los de la noche, lo que implicaba que alguien tendría que cuidar de Waylay.

Joder, las madres solteras eran las heroínas olvidadas de este mundo.

Stef se sacó el móvil del bolsillo trasero y se puso a teclear con los pulgares.

—Voy a insistir de buenas maneras para convencerla de que ponga la casa a la venta. Solo hace dos años que la tiene, pero pagó una entrada aceptable y el valor de la propiedad está en alza en esa zona. De ahí tendría que sacar suficiente capital como para solucionar su problema de liquidez.

Me esforcé por recordar algo que me carcomía.

—La bibliotecaria mencionó un posible trabajo a media jornada si les conceden una subvención. Puedo asegurarme de que les llegue esa subvención.

Apartó los ojos de la pantalla para mirarme.

—¿Vas a darle un buen uso al premio de la lotería?

Vaya, Don Pico de Oro había estado investigando. Tampoco es que fuera un secreto. Yo habría hecho lo mismo, en su lugar.

—¿A qué te dedicas, exactamente? — le pregunté.

Se encogió de hombros sin dejar de teclear.

—Un poco de esto, un poco de aquello. Conozco a un tipo que puede ocuparse de la casa. En cuanto ella me dé el visto bueno, tendremos una oferta de compra en una semana; dos, como mucho — pronosticó.

Me terminé el poco café que quedaba.

—Entonces, ¿Naomi no vivía con ese gilipollas?

—No de forma oficial. Se iba a mudar con ella después de la boda. Al hijo de puta le gustaba tener su propio piso. Y más cuando Naomi se lo limpiaba, le preparaba las comidas y le lavaba la ropa. Espero que esté llorando con los calzoncillos sucios y comiendo sopa Campbell.

Lo miré de hito en hito.

—¿Quién coño eres?

—¿Yo? —se rio Stef mientras se volvía a meter el móvil en el bolsillo trasero —. Su mejor amigo. Naomi es de la familia.

—Y nunca habéis…

Se quedó esperando, con aire de suficiencia, a que terminara de decirlo.

—¿Nunca hemos qué?

—Nunca habéis… ¿salido?

—No, a menos que cuente ir con ella al baile de graduación porque Tina le

metió la lengua hasta la garganta a la pareja de Naomi en los vestuarios del instituto.

«Puta Tina».

—Estamos en las buenas y en las malas, siempre. Nunca me ha fallado, y me ha perdonado las pocas veces que lo he hecho yo. Es la mujer más impresionante que he conocido, incluida su madre, que también es la leche. No me gusta cuando alguien me toca a la familia.

Eso lo respetaba.

—Entiendo ese gruñido como que estamos de acuerdo. Mirarás por ella y no la joderás, y juntos conseguiremos que el puto Warner III nunca se le acerque ni a veinte metros.

Asentí de nuevo.

—Bien.

—Dame tu móvil —me ordenó, con la mano tendida.

—¿Para qué?

—Ah, ¿prefieres que le mande un mensaje a Naomi cuando Warner se presente aquí buscándola?

Se lo di. Stef lo sostuvo en alto, ante mi expresión hosca, para desbloquearlo.

—Vaya. Me pregunto si se desbloquearía si estuvieras sonriendo.

—No lo sé. Nunca lo he intentado.

Esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Me caes bien, Knox. ¿Seguro que no te interesa ni un poco Naomi?

—Te aseguro que no —mentí.

Stef me analizó.

—Mmm… O eres más tonto de lo que parece o mientes mejor de lo que me esperaba.

—¿Has acabado ya? Porque me gustaría volver a tener la casa para mí.

Capítulo 18: Cambio de *look* para todo el mundo

Naomi

—¡Sorpresa! —exclamó Stef mientras aparcaba en un espacio libre que había justo delante del Whiskey Clipper.

«Ay, no».

—¿Qué estamos haciendo aquí? — pregunté.

—Preparar el pelo para la vuelta al cole — anunció Stef.

—¿En serio? —preguntó Waylay, y se mordió el labio. Le costaba mantener esa fachada de preadolescente aburrida con el mundo y la vida, y supe que había sido una buena idea, a pesar de que eso pudiera implicar un encontronazo con Knox.

—Muy en serio —dijo Stef mientras bajaba de su elegante Porsche, un todoterreno ligero y compacto, y le abría la puerta de atrás a mi sobrina —. El primer día de cole es la oportunidad de todo el mundo para empezar de cero. Y por lo que he leído, este es el mejor sitio al que podríamos haber ido.

Salí del vehículo y me uní a ellos en la acera. Stef nos rodeó con los brazos.

—Primero, el pelo; luego, comeremos; luego, las uñas. Y, después, montaremos un desfile para elegir qué os pondréis el primer día.

Sonreí.

—¿Nos pondremos?

—Vas a acompañar a Way a la parada del bus. Tienes que llevar algo que diga «tía responsable pero buenorra».

Waylay soltó una risita.

—La mayoría de las madres van en pijama o en chándal sudado.

—Precisamente. Tenemos que dejar claro que las mujeres Witt son temibles y modernas.

Puse los ojos en blanco. Stef me pilló y se cruzó de brazos con impaciencia.

—¿Qué te he dicho siempre, Naomi? Y será mejor que tú también prestes atención, Way.

—Cuando te ves bien, te sientes bien — entoné.

—Así me gusta. Y ahora, venga, adentro.

El interior del Whiskey Clipper molaba más que cualquier otra peluquería en la que hubiera entrado. En vez de los típicos colores pastel apagados y el hilo musical relajante de la gran mayoría de peluquerías, aquí había paredes de ladrillo visto y sonaba *rock* de los setenta. Había fotos en blanco y negro de Knockemout de principios del siglo XX que colgaban enmarcadas con elegancia y, en una pared entera, una barra de licoreras y botellas de *whisky* dominaba el espacio. Ramos de flores exóticas ocupaban el mostrador bajo y curvado y la barra de *whisky*.

La zona de espera parecía más bien una sala VIP con los sofás de piel, las mesitas de cristal y una alfombra de piel de vaca falsa que cubría el suelo de hormigón. Tenía un aire guay que recordaba un poco al estilo *steampunk*, y una pinta muy cara. Me volví hacia mi amigo y bajé la voz:

—Stef, sé que quieres tener un detalle con nosotras, pero no vamos sobradas preci…

—Cierra esa boquita, Witty. Os invito.

Alzó la mano cuando abrí la boca para oponerme.

—No te llegué a hacer ningún regalo de bodas.

—¿Por qué no?

Me miró impertérrito unos segundos.

—Claro. Porque lo veías venir.

—Mira, vas a olvidarte de esa tontería del «a mi prometido le gusta el pelo largo» y te harás algo que te guste a ti. Y a la sobrina tan listilla y mona que tienes le haremos algo que la hará parecer mucho más interesante para los niñatos de sexto.

—Es imposible discutir contigo, ¿lo sabes, verdad?

—Por eso es mejor que te ahorres el esfuerzo y dejes de intentarlo.

—Hola, damas y caballero —nos saludó Jeremiah desde una de las sillas que había delante de un espejo ornamentado, con una capa rojo escarlata tendida

sobre la misma —. ¿Quién está lista para cambiar su vida?

Waylay se me acercó con sigilo.

—¿Habla en serio?

Stef la agarró de los hombros.

—Escúchame bien, peque. Nunca has experimentado el milagro que es que te corten el pelo con un estilo que te queda tan bien que se abren las nubes y cantan los ángeles. Hoy vas a alucinar.

—¿Y si no me gusta? —susurró.

—Si no te gusta, vamos a ir directos a Target y te voy a comprar todos los accesorios del pelo que haya hasta que encontremos la mejor forma de peinarte el nuevo corte.

—Tu pelo es tuyo. Tú decides qué hacer con él — le aseguré.

—Eres tú quien decide con qué aspecto quieres presentarte al mundo. Nadie tiene derecho a decirte quién debes ser — le dijo Stef.

Sabía que lo decía por el bien de Waylay, pero la verdad que escondían esas palabras también me afectó a mí. Me había perdido a mí misma tratando de convencer a otro de que yo era lo que él quería. Me había olvidado de quién era porque había permitido que otra persona me lo dictara.

—Vale —repuso Waylay—. Pero si no me gusta nada, la culpa será vuestra.

—Vamos —dije, convencida.

—Así me gusta —terció Stef, y dio un toquecito en mi nariz y luego en la de Waylay —. Y ahora, manos a la obra. — Se dirigió hacia Jeremiah.

—Tu amigo es rarito —me susurró Waylay.

—Ya lo sé.

—Pero me cae bien.

—Ya. A mí también.



Tal vez fue por la segunda copa de champán que Jeremiah me sirvió. O quizá fue porque que un hombre me estuviera masajeando el cuero cabelludo y jugara con mi pelo era un placer que hacía tiempo que había olvidado. Fuera cual fuera la razón, me relajé por primera vez en… No podía contar hasta tan atrás.

No es que no tuviera preocupaciones. Había muchas que me acechaban, como el tema de la tutela, o el del dinero. Y el hecho de que aún no les había revelado a mis padres la existencia de su nieta.

Sin embargo, ahora mismo, las manos de un hombre espectacular me estaban trazando círculos en la cabeza, tenía una copa de champán en la mano y una sobrina que no dejaba de reírse por lo que fuera que Stasia le estaba contando mientras le hacía unas mechas oscuras temporales.

Stef y Jeremiah estaban enfrascados en una conversación sobre texturas de cabello y productos capilares. Me pregunté si la chispa que veía entre los dos solo era fruto de mi imaginación: las sonrisas cálidas, las miradas sostenidas e insinuantes…

Hacía tiempo de la última vez que Stef había tenido algo que se pareciera mínimamente a una relación, y el guapísimo y hábil Jeremiah era, sin duda, el tipo de partidazo que a él le gustaba.

Oí el rugido de una moto en la calle. El motor bramó antes de morir de golpe y, al cabo de unos segundos, se abrió la puerta.

—Hola, jefe —saludó Stasia.

«Acaba de petar mi burbuja de felicidad».

El gruñido que obtuvo por respuesta me provocó unas palpitaciones aceleradas en el corazón, como si fuera una mariposa asustada y atrapada en una jaula, en mi pecho, que quisiera escapar.

—Quieta —me dijo Jeremiah con firmeza, agarrándome del hombro con una mano.

No veía a Knox, pero sentía su presencia.

—Knox —dijo Stef, con voz cansina.

—Stef.

Abrí los ojos y me pregunté en qué momento habían llegado a tenerse tanta confianza como para tratarse así.

—Hola, Way —la saludó Knox, con un poco más de calidez en la voz.

—Hola —canturreó esta.

Al oír que se acercaban sus botas, se me tensaron todos los músculos. No había mujer que estuviera guapa con el pelo mojado en una silla de peluquería. Tampoco es que quisiera seducirlo, ni nada. Aunque llevaba puesta la ropa interior que él me había comprado.

—Naomi —dijo, con tono áspero.

¿Por qué cada vez que esa boca pronunciaba mi nombre tenía la sensación de

que me electrocutaba en las partes bajas? De una forma placentera, *sexy* y divertida.

—Knox —conseguí pronunciar con la voz ahogada.

—Estás roja —observó Jeremiah—. ¿El agua está demasiado caliente?

Stef soltó una risita.

Juro por Dios que noté la petulancia en las fuertes pisadas de las botas que se alejaban lentamente hacia la trastienda.

«Suerte que quería estar impasible».

Stef soltó un silbido desde la silla en la que estaba sentado.

—Chispas… —canturreó en voz baja.

Alcé la cabeza del lavacabezas y provoqué una cascada de agua por el borde de la pila.

—¿A ti qué te pasa? —le bufé—. Cállate.

Levantó las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, perdona.

Jeremiah me volvió a meter la cabeza en la pila, pero yo estaba que echaba humo. No quería ni necesitaba que hubiera chispas, y menos quería o necesitaba que alguien me lo remarcara.

Jeremiah me envolvió el pelo empapado con una toalla y me condujo hasta la silla. Waylay estaba en la silla que quedaba a mis espaldas y discutía las opciones de corte y peinado que tenía con Stasia y Stef.

—Bueno, ¿qué te parece si nos quitamos un peso de encima? — me preguntó Jeremiah mirándome a los ojos a través del espejo. Levantó la mata de pelo húmeda con una mano y me la sostuvo por encima de los hombros.

—Me encantaría —decidí.



Sufría un ataque de pánico y arrepentimiento mientras Jeremiah me cortaba la larga melena con brío cuando Knox volvió con un café y una especie de delantal corto de cuero encima de los vaqueros desgastados. Con los tatuajes de los brazos, la barba recortada y las botas de motero raídas, parecía la personificación del sustantivo «hombre».

Nuestros ojos se encontraron en el espejo y me atraganté con mi propia saliva. Tras unos segundos eternos, Knox silbó y le hizo una seña con el pulgar al cliente que había en la zona de espera. El hombre se alzó cuan alto era y avanzó hacia la zona en la que estaba Waylay.

—¿Cómo va, tía Naomi? —preguntó Waylay a mis espaldas —. ¿Todavía pareces una fregona mojada?

Todos los niños eran unos cabroncetes.

—Cuando termine, parecerá otra. — Le prometió Jeremiah, que pasaba los dedos por mi cabello, mucho más corto ahora. Reprimí un ronroneo.

—¿Cómo va tu pelo? —pregunté a mi sobrina.

—Está azul. Me gusta —dijo con una mezcla de respeto y emoción que me provocó una sonrisa. Dejé de preocuparme por si estaba tratando de compensar en exceso la vida que había tenido hasta entonces y estaba convirtiendo a Waylay en una niña malcriada, y decidí que estaba haciéndolo bien.

—¿Azul cómo? ¿Como Pitufina?

—¿Quién es Pitufina? —preguntó Waylay.

—¿Que quién es Pitufina? —la reprobó Stasia. Oí cómo hurgaba en los bolsillos y luego la familiar melodía de la sintonía de *Los Pitufos* que procedía de un móvil —. Esta es Pitufina.

—Ojalá tuviera el pelo tan largo como el suyo — comentó Waylay en tono soñador.

—Te lo cortaste mucho antes de venir aquí, pero ya crecerá — le dijo Stasia con confianza.

Waylay se quedó en silencio unos segundos y yo estiré el cuello para alcanzar a verla a través del reflejo del espejo.

—No me lo corté —explicó al encontrarse con mis ojos.

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó Stasia.

—Que no me lo corté —repitió Waylay —. Me lo cortó mi madre. Para castigarme. No podía castigarme de otra forma porque nunca estaba en casa, así que me cortó el pelo.

—Me cago en esa zo… ¡ay!

Le di una patada a Stef y luego me di la vuelta en la silla. Waylay se encogió ante el silencio repentino que se impuso entre los adultos que la rodeaban.

—Tampoco fue para tanto.

Es lo que debía de haberse dicho a sí misma. Recordé los contenedores de colores llenos de accesorios para el pelo que tenía en su antigua habitación. Tina

le había arrebatado algo de lo que Waylay se enorgullecía.

Stef y Stasia me miraron y busqué las palabras que pudieran arreglar esto. Pero hubo alguien que se me adelantó. Knox dejó la máquina de afeitar en una bandeja de metal con un tintineo y se acercó a la silla de Waylay.

—Te das cuenta de que eso fue una cabronada, ¿verdad?

—Knox, esa lengua —rebufé.

Me hizo caso omiso.

—Lo que hizo tu madre venía motivado por la infelicidad y la maldad que tiene en su interior, no tuvo nada que ver contigo. Tú no lo provocaste y tampoco te lo merecías. Se comportó como una gilipollas y punto, ¿de acuerdo?

Waylay entrecerró los ojos como si estuviera esperando el «pero».

—¿Vale? —dijo, con vacilación.

Knox asintió con energía.

—Bien. No sé por qué tu madre hace las cosas que hace, ni quiero saberlo. Tiene algo roto por dentro y eso hace que trate a los demás como si fueran una mierda. ¿Queda claro?

Waylay volvió a asentir.

—Tu tía Naomi, en cambio, no es así. No está rota. De vez en cuando meterá la pata, seguramente, pero eso es porque es humana, no porque tenga nada roto. Y por eso cuando la cagues tú, y lo harás, porque también eres humana, tiene que haber alguna consecuencia. No será cortarte el pelo o dejarte sin cenar, sino algo aburridísimo, como limpiar o castigarte sin ver la tele. ¿Queda claro?

—Me ha quedado claro —respondió, con un hilo de voz.

—De ahora en adelante, si alguien te dice que tiene derecho a decidir qué hacer con tu cuerpo, peque, le das una buena patada en el culo y luego me vienes a buscar — le indicó Knox.

«Madre mía». El atractivo de este hombre acababa de alcanzar cotas electrizantes.

—Y a mí —añadió Stef.

Jeremiah la miró, serio.

—A mí también.

Las comisuras de Waylay se curvaron y se hizo evidente que le costaba reprimir la sonrisa. Yo, en cambio, de pronto noté que se me humedecían los ojos y las partes íntimas.

—Y cuando hayáis terminado de darle una buena tunda, me vienes a buscar a mí — terció Stasia.

—Y a mí. Pero a mí mejor antes de que nadie vaya a la cárcel — añadí.

—Aguafiestas. —Me pinchó Jeremiah.

—¿Te ha quedado claro, Way? — insistió Knox.

Una leve sonrisa le aleteaba en los labios.

—Sí, me ha quedado claro —confirmó.

—En tal caso, sigamos con el mejor corte de pelo del mundo — entonó Stasia con alegría.

Me vibró el móvil, que tenía en el regazo, y eché un vistazo a la pantalla.

Stef: Ya te dije que tu hermana era un increíble desperdicio de ADN.

Suspiré y lo fulminé con la mirada. Luego, le escribí:

Yo: Soy la primera que le va a dar un puñetazo cuando aparezca.

Stef: Así me gusta. Por cierto, te he añadido la depilación brasileña a la manicura y la pedicura.

Yo: ¡Oye! ¿Por qué?

Stef: Don Gruñón Tatuado se merece un revolcón después de ese discursito. Por cierto, Jer es es-pec-ta-cu-lar.

—Estoy de acuerdo con lo primero y con lo segundo — comentó Jeremiah por encima de mi hombro, desde donde lo leía todo.

Stef soltó una carcajada mientras yo me sonrojaba hasta las orejas.

—¿En qué estás de acuerdo? — exigió saber Knox.

Me llevé el móvil al pecho y di la vuelta para mirar al espejo.

—En nada. Nadie está de acuerdo en nada — solté con brusquedad.

—Estás roja como un tomate, Flor — observó Knox.

Me planteé esconderme debajo de la capa como una tortuga y quedarme ahí el resto de mi vida. Pero entonces, Jeremiah volvió a colocar sus hábiles manos entre mi pelo y obró magia en mi cuero cabelludo. Empecé a relajarme en contra de mi voluntad.

Todo el mundo empezó a hablar de otras cosas mientras yo lanzaba miraditas de extranjis a Knox. Este hombre no solo se había convertido en un héroe para una niña, sino que parecía ser un barbero diestro. Los cortes de pelo nunca me habían parecido algo que pudiera ser *sexy* hasta ahora, mientras veía cómo sus músculos se ondulaban al tiempo que Knox recortaba y daba forma al pelo negro y denso de su cliente. Había muchas cosas triviales que se volvían atractivas cuando era Knox Morgan quien las hacía.

—¿Listo para la navaja? —preguntó con aspereza.

—Sabes que sí —musitó el hombre por debajo de la toalla caliente que le cubría el rostro.

Contemplé fascinada cómo Knox se ponía manos a la obra con una navaja y una crema de afeitar de olor dulzón. Me parecía más relajante que los vídeos de limpieza a presión que miraba durante horas mientras organizaba la boda. Qué placer las líneas rectas e inmaculadas que dejaban una estela de superficies brillantes.

—Deberías planteártelo en serio — susurró Jeremiah mientras liberaba unas tenacillas de un organizador.

—¿Plantearme qué?

Se encontró con mis ojos en el espejo e inclinó la cabeza hacia Knox.

—Paso.

—Es autocuidado —observó.

—¿Cómo dices?

—Hay mujeres que van a hacerse la manicura. Otras prefieren los masajes o van a terapia. Otras van al gimnasio o se toman una botella de su *syrah* favorito. Pero la mejor forma de autocuidado, a mi entender, son los orgasmos constantes y alucinantes.

Esta vez noté que se me sonrojaban hasta las puntas de las orejas.

—Acabo de huir de un novio y una boda. Creo que tengo el cupo lleno, al menos durante un tiempo — susurré.

Jeremiah peinó mi pelo con destreza con la ayuda de los cilindros de hierro.

—Tú misma. Pero pobre de ti si no aprovechas lo guapa que te he dejado.

Con una floritura, me arrancó la capa y señaló el reflejo.

—Host… tras. —Me incliné hacia el espejo y me acaricié la melena corta hasta la barbilla. Mi pelo castaño oscuro ahora tenía reflejos cobrizos y estaba rizado en lo que a mí me gustaba llamar «ondas *sexys*».

Stef soltó un silbido depredador.

—Qué *sexy*, Naomi.

Me había pasado los últimos dos años dejándome crecer el pelo para hacerme el recogido perfecto para la boda, porque a Warner le gustaba el pelo largo. Dos años en los que había organizado una boda que no se había celebrado. Dos años desperdiciados en los que podría haber tenido este aspecto: segura de mí misma, con clase, *sexy* a más no poder. Incluso me vi los ojos más brillantes y la sonrisa más ancha.

Oficialmente, Warner Dennison III había dejado de arrebatarme cosas.

—¿Qué te parece, tía Naomi? — preguntó Waylay. Se colocó enfrente de mí. Llevaba el pelo rubio corto con un flequillo de lado, lacio, por encima de un ojo. Un tono azul sutil se entreveía en las capas de abajo.

—Parece que tengas dieciséis años — protesté.

Waylay se toqueteó el pelo, dubitativa.

—Me gusta.

—A mí me encanta —le aseguré.

—Y con este corte tan llamativo y atrevido, podremos hacer que el pelo vuelva a crecer si quieres volver a llevarlo largo — le explicó Stasia.

Se recogió un mechón detrás de una oreja y me miró.

—Quizá el pelo corto tampoco está tan mal.

—Stasia, Jeremiah, hacéis milagros — les dijo Stef mientras sacaba dinero de la cartera y se lo ponía en las manos.

—Gracias —añadí, y les di un abrazo, primero a Stasia y luego a Jeremiah. Knox me miró a los ojos a través del espejo por encima del hombro de Jeremiah. Lo solté y desvié la mirada —. De verdad. Es alucinante.

—¿Ahora qué toca? —inquirió Waylay, sin dejar de contemplarse en el espejo con una leve sonrisa en los labios.

—Las uñas —anunció Stef—. Tu tía tiene las manos que parecen garras.

Noté el peso de unos ojos fríos y azul grisáceos, y alcé la vista. Knox me observaba con una expresión impenetrable. No sabía si ardía de deseo o estaba cabreado.

—Nos vemos, jefe.

Cargué con el peso de su mirada hasta la puerta.

Queridos papá y mamá:

¡Espero que os lo estéis pasando en grande en el crucero! No puedo creer que estén a punto de cumplirse las tres semanas.

Por aquí todo va bien, pero tengo que contaros una cosa. De hecho, es una cosa de Tina. Bueno, os lo digo: Tina tiene una hija, lo que significa que tenéis una nieta. Se llama Waylay. Tiene once años y la estoy cuidando en nombre de Tina durante una temporada.

Es muy buena chica.

Llamadme cuando lleguéis a casa y os explico mejor toda la historia. Tal vez Waylay y yo podamos subir un fin de semana para que la conozcáis.

Os quiero,

Naomi.

Capítulo 19: Mucho en juego

Naomi

—Vaya, pero mira qué preciosidad acaba de entrar por la puerta — saltó Fi desde un rincón de la barra del Honky Tonk, donde estaba introduciendo en el sistema los platos especiales de esa noche.

Abrí los brazos y di una vuelta despacio.

¿Quién me iba a decir que un corte de pelo me haría sentir diez años más joven y mil veces más atrevida? Eso sin contar la falda corta vaquera que Stef me había convencido de comprarme.

Stef era la personificación de lo que debía ser un mejor amigo. Mientras esperaba a que yo saliera del probador con la nueva falda, había estado sumido en una teleconferencia con su «gente» y lo había dispuesto todo para que empaquetaran mis cosas y mi casa en Long Island saliera al mercado.

Esta noche se había quedado cuidando de Waylay y no estaba segura de quién de los dos estaba más emocionado con el plan de ver episodio tras episodio de *Brooklyn Nine-Nine*.

—¿Te gusta cómo me queda el pelo, Fi? — pregunté y sacudí la cabeza para que los rizos botaran.

—Me encanta; mi hermano es un genio con el pelo. Hablando de Jer, ¿tu querido Stef está soltero y, en caso afirmativo, podemos hacer de celestinas?

—¿Por qué lo dices? ¿Jeremiah te ha dicho algo de él? — le exigí saber.

—Bueno, comentó de pasada que tu amigo es el gay más *sexy* que ha pisado Knockemout en diez años.

Me puse a chillar.

—¡Stef me preguntó si Jeremiah salía con alguien!

—¡Ay, que los vamos a emparejar! — exclamó Fi, y se sacó la piruleta de la boca —. Ah, por cierto, tengo que decirte una cosa.

Sonreí y metí el bolso tras la barra.

—¿Idris Elba por fin ha entrado en razón y te ha ofrecido que te fugues con él a una isla privada?

Esbozó una sonrisa pícara.

—No es algo tan bueno. Tienes un grupo en la sala privada que empieza a las nueve. Apuestan fuerte.

Me erguí.

—¿Apuestan fuerte?

Fi inclinó la cabeza hacia el pasillo.

—Juegan al póker. Pero es supersecreto: son unos cuantos ricachones a los que les gusta jugarse cinco ceros a las cartas.

—¿Cinco ceros? —Pestañeé—. Pero ¿eso es legal? — Susurré la pregunta a pesar de que estábamos solas en el bar.

Se volvió a meter la piruleta en la boca.

—Bueeeno… Digamos que si hoy viene el guaperas del jefe Morgan, no puede entrar en la sala.

No estaba segura de qué me parecía todo esto. Como persona que se suponía que tenía que proyectar una buena imagen a los ojos de la justicia, no tendría que mentir a un agente de la ley en ningún caso. Pero ya lo resolvería cuando llegara el momento esta noche. Animada como estaba, me metí en la cocina para prepararme para la ajetreada jornada que nos esperaba.



El alcance de mi conocimiento del póker profesional se basaba únicamente en fragmentos de partidas que había visto por televisión cuando cambiaba de canal. Estaba casi segura de que los jugadores de la televisión no se parecían en nada a los que estaban sentados alrededor de la mesa redonda de la trastienda secreta del Honky Tonk.

Por debajo del polo turquesa, el británico Ian tenía unos músculos que hacían pensar que se pasaba el día levantando coches. Tenía la piel oscura, el pelo muy

corto y una sonrisa que hacía que le flaquearan las rodillas a cualquier mujer. Llevaba una alianza de bodas con un montón de diamantes.

A la derecha de Ian se sentaba Tanner. Tenía el pelo de un tono entre rubio y rojizo, y parecía que acabara de toqueteárselo una mujer. Llevaba el típico uniforme caro de los que trabajaban en Washington D. C.: pantalones entallados, camisa remangada y corbata aflojada. No llevaba alianza y se aseguraba de que me diera cuenta con cada *whisky* escocés de primera categoría que le servía. Estaba inquieto y se sobresaltaba cada vez que se abría la puerta.

A la derecha de Tanner había un hombre a quien los demás llamaban Grim, aunque dudaba que fuera el nombre que le habían puesto sus padres. Parecía haber salido de las páginas de una novela romántica de un club de motoristas sénior. Los tatuajes revestían cada centímetro de piel visible. No se quitó las gafas ni cambió la expresión de pocos amigos, repantigado en la silla, mientras solo bebía agua con gas.

Al lado de Grim se sentaba Winona, la única mujer que había. Era alta, corpulenta, negra y llevaba una sombra de ojos de un tono rosa metálico a juego con los detalles del mono vaquero que le realzaba la silueta. Tenía un pelo voluminoso y atrevido, como su risa, que compartía con el hombre que había a su lado.

—Lucy, Lucy, Lucy —dijo—. ¿Cuándo vas a aprender a no marcarte un farol conmigo?

Lucian poseía el tipo de belleza que hacía que las mujeres se preguntaran si había hecho algún pacto con el diablo: pelo negro, ojos oscuros y seductores, traje oscuro. Olía a poder, riqueza y secretos como si esa fuera su colonia.

Había llegado más tarde que el resto, se había quitado la americana y se había remangado la camisa como si tuviera todo el tiempo del mundo. Tomaba *bourbon* solo y no trató de mirarme el escote cuando se lo serví.

—Tal vez cuando dejes de distraerme con tu ingenio y belleza — bromeó.

—Por favor —se mofó Winona y recogió, elegantemente, lo que había ganado con unas uñas largas y rojas.

Yo trataba de descubrir a cuánto dinero equivalía una ficha mientras rellenaba la jarra de agua helada en un rincón, cuando la puerta se abrió de golpe.

Nos sobresaltamos tanto Tanner como yo.

Knox entró en la sala a grandes zancadas, tan arrebatador como siempre.

—Tú, hijo de puta —dijo.

Todo el mundo contuvo el aliento. Todos menos Lucian, que continuó repartiendo la siguiente mano sin inmutarse con la interrupción.

—Me preguntaba cuándo tardaría en correrse la voz — comentó, sin afectación. Dejó las cartas sobre la mesa y se puso en pie.

Durante unos segundos, estaba convencida de que se iban a embestir como ciervos que luchan por la supremacía en un documental sobre la vida natural… o, bueno, en la vida real.

En cambio, la mala cara de Knox se desvaneció y la sustituyó una sonrisa que me llenó de calidez y me ablandó por dentro como una galleta con pepitas de chocolate recién salida del horno.

«Nota mental: hacer galletas con pepitas de chocolate».

Los dos hombres se dieron la mano e intercambiaron unas palmaditas en la espalda que si me las hubieran dado a mí, me habrían mandado directa a la consulta de un quiropráctico.

—¿Qué cojones haces aquí? — preguntó Knox, con mucha menos agresividad esta vez.

—Ahora mismo, perder ante Winona y plantearme pedir otra copa.

—Enseguida. ¿Alguien más quiere otra ronda? — tercié.

Los ojos de Knox se posaron en mí. Su sonrisa se esfumó tan deprisa que me pregunté si se le había distendido algún músculo facial. Me echó una mirada sugerente y hostil, de pies a cabeza, mientras rezumaba desaprobación por todos los poros.

—Naomi. Afuera. Ahora mismo — gruñó.

—¿En serio? ¿Qué te pasa ahora, vikingo?

—¿Hay algún problema? —preguntó Grim en tono grave y amenazador.

—Nada que sea de tu incumbencia. — La voz de Knox era gélida nivel bajo cero.

—Ve y tráenos a todos otra ronda, Naomi — sugirió Ian sin apartar los ojos de Knox.

Asentí y me dirigí hacia la puerta, y Knox me siguió de cerca. Cerró al salir y me agarró del brazo para alejarme del bar por el pasillo en dirección a su despacho privado y secreto. No se detuvo hasta que abrió la puerta del otro extremo del corredor, que daba al almacén del Whiskey Clipper.

—Pero ¿se puede saber qué haces, Knox?

—¿Qué cojones hacías en esa sala vestida así?

Señalé la bandeja vacía.

—¿A ti qué te parece? Servirles las bebidas.

—Esto no es la hora de la merienda en un puñetero club de campo, cielo. No encontrarás a toda esa gente en ninguna asociación de padres del colegio.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Voy a necesitar un gráfico circular, o un diagrama de Venn, o una base de datos para enumerar los múltiples motivos por los que te cabreo. ¿Por qué te molesta que esté haciendo mi trabajo?

—No deberías estar sirviendo a ese grupo.

—Mira, si no me lo vas a explicar, entonces, no creo que tenga que estar aquí escuchando. Tengo bebidas que servir.

—No puedes meterte en situaciones tan peligrosas como si nada.

Alcé las manos.

—¡Por el amor de Dios! No me he metido en ningún sitio. He venido a trabajar y Fi me ha asignado la mesa porque sabía que me darían buenas propinas.

Se acercó tanto a mí que sus botas me rozaron la punta de los zapatos.

—Te quiero fuera de esa sala.

—¿Perdona? ¡Si eres tú quien les deja jugar aquí y eres tú quien me tiene contratada para servir bebidas! Así que quien tiene el problema eres tú.

Se inclinó hacia adelante hasta que casi nos tocamos.

—Naomi, estos no son moteros de fin de semana o el típico indeseable de carretera. Pueden ser muy peligrosos si quieren.

—¿Ah, sí? Pues yo también. Y si tratas de apartarme de esa mesa, vas a descubrir hasta qué punto.

—No me jodas —masculló entre dientes.

—No, ten por seguro que no lo voy a hacer — le espeté.

Cerró los ojos y supe que el muy bobo estaba contando hasta diez. Dejé que llegara hasta el seis antes de rodearlo. Había puesto la mano en el pomo cuando me agarró y me encerró entre la puerta y su cuerpo. Su aliento cálido me acariciaba la nuca. Noté que el corazón me palpitaba en el cuello.

—Flor —me dijo.

Se me puso la carne de gallina en los brazos. Warner nunca había pasado del típico y tópico «cariño». Y, durante unos segundos, me paralizó un deseo tan ardiente que no lo reconocí como propio.

—¿Qué? —susurré.

—Esa gente no es para ti. Si el imbécil de Tanner se pasa con el *whisky*, se

pone a tirarle los tejos a todo lo que se mueva y se le van las manos. Y esa faldita que llevas ya es una distracción. Si pierde demasiado, se pone a decir gilipolleces y a provocar peleas. ¿Y Grim? Tiene un club de motoristas en D. C. Ahora se dedica a la protección personal, pero de vez en cuando todavía se mete en asuntos menos legales. Con él, siempre acaban surgiendo problemas.

Knox estaba tan cerca de mí que su pecho me rozaba la espalda.

—Ian ha hecho y perdido más millones que nadie de los que están en esa mesa. Tiene tantos enemigos por el mundo que no quieres estar junto a él cuando uno de esos aparezca. Y Winona es de las que guardan rencor. Como le parezca que la has ultrajado, destruirá todo lo que tienes con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y Lucian?

Durante unos segundos, el sonido de nuestras respiraciones fue lo único que rompió el silencio.

—Luce supone un tipo de peligro muy diferente — dijo, al final.

Con cuidado, me volví para mirarlo. No conseguí disimular mi estremecimiento cuando mis pechos rozaron el suyo. Se le inflaron las narinas y se me aceleró el pulso.

—No he tenido ningún problema con esa mesa. Y me apuesto lo que quieras a que si fuesen Fi o Silver o Max quien atendiera a ese grupo, ahora mismo no estarías teniendo esta conversación.

—Ellas saben arreglárselas si hay problemas.

—¿Y yo no?

—Cielo, te presentaste aquí en un puto vestido de novia con margaritas en la cabeza. Te pones a chillar con un cojín en la boca cuando estás agobiada.

—¿Y eso significa que no sé cuidar de mí misma?

Apoyó una mano en la puerta y recortó el poco espacio que quedaba.

—Necesitas a alguien que lo haga.

—No soy una princesita indefensa en apuros, Knox.

—¿De verdad? ¿Dónde estarías si no te hubiera encontrado en la cafetería? ¿Te habrías quedado con Way en la mierda de caravana de Tina? No tendrías trabajo, ni coche, ni teléfono.

Estaba a punto de darle un porrazo en la cabeza con la bandeja.

—Me pillaste en un mal día.

—¿Un mal día? No me jodas, Naomi. Si no te hubiera llevado yo al puñetero centro comercial, seguirías sin móvil. Te guste o no, necesitas que alguien se

ocupe de ti porque eres demasiado terca como para hacerlo tú sola. Estás demasiado ocupada tratando de cuidar de los demás para cuidar de ti misma.

Sus pectorales me presionaban los pechos y me costaba centrarme en la furia que me bullía en la garganta. Músculos cálidos y duros sobre piel blanda. Tenerlo tan cerca me embriagaba.

—No me vas a besar —enfaticé. Ahora que lo pienso, tal vez fue una advertencia un tanto presuntuosa, puesto que nunca me había besado. Pero para ser justos, de verdad parecía que quisiera hacerlo.

—Preferiría retorcerte ese cuello tan bonito que tienes ahora mismo — dijo, clavando los ojos en mi boca.

Me humedecí los labios, preparándome para no besarlo de ninguna manera.

El retumbar sordo que salía de su tórax hacía vibrar mi cuerpo mientras bajaba su cabeza hacia la mía. Pero una vibración distinta nos interrumpió.

—Mierda —siseó, y se sacó el móvil del bolsillo —. ¿Qué? — Escuchó y luego soltó una retahíla de expletivos malsonantes —. No dejes que se vaya de la barra. Salgo ahora mismo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Lo ves? Ese es tu problema — me dijo, señalándome la cara mientras abría la puerta.

—¿Qué?

—Ahora te acabas de preocupar por mí en vez de preocuparte por tu propio pellejo mientras sirves una mesa llena de delincuentes.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un dramático? — le pregunté mientras me arrastraba afuera. Con la otra mano, iba escribiendo mensajes en el móvil.

—No, si no tenían ganas de morir. Vamos, Flor. Y, esta vez, dejaré que te ocupes del problema que tengo.

Capítulo 20: Una mano ganadora

Knox

El problema que tenía (además del largo de la falda que llevaba Naomi) estaba apoyado en la barra vestido de uniforme mientras charlaba con un puñado de clientes habituales. Arrastré a Naomi conmigo hasta el hueco de las puertas de la cocina.

—Mi hermano no puede acercarse a esa puerta. ¿Ha quedado claro?

Naomi abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué me lo dices a mí?

—Porque vas a distraerlo hasta hacer que se largue.

Se plantó y se cruzó de brazos.

—No recuerdo en qué parte de mis tareas como camarera pone que tenga que mentir a un agente de policía.

—No te pido que le mientas. Te digo que uses esos ojitos y ese escote que tienes y coquetees con él hasta que se olvide de trincar la partida.

—Eso es casi peor que mentir, porque se parece sospechosamente a prostituirse, y ¡estoy segura de que a cualquier juez le parecerá fantástico en una vista para darme la custodia!

Solté el aire por la nariz y saqué la cartera.

—De acuerdo. Te daré cien pavos.

—Trato hecho.

Aún parpadeaba cuando me arrancó el billete de la mano y se encaminó hacia mi hermano. Era una cabronada por mi parte, aprovechar lo mucho que ella necesitaba dinero para ponerla en una posición tan delicada. Pero conocía bien a mi hermano, y Nash no haría nada que pudiera perjudicar las

posibilidades que Naomi tenía de convertirse en la tutora de Waylay. Qué narices, si hasta cualquier imbécil con un poco de vista sabía que esta mujer era muy superior a su hermana.

—Joder —musité.

—Vaya, vaya, qué interesante.

Descubrí a Fi apoyada en la pared, paladeando con aire de suficiencia su piruleta, que no era más que un sucedáneo del tabaco.

—¿Qué?

Meneó las cejas.

—Que nunca te has puesto así cuando Max o yo hemos servido a ese grupo.

—Vosotras sabéis apañároslas — rebatí.

—Pues parece que Naomi se las estaba apañando de maravilla. Tal vez no sea ella la que tenga el problema…

—¿Quieres tener tú un problema, Fiasco? — le espeté.

No se achicó ni lo más mínimo. Y esa era la razón por la que un superior no debía ser amigo de sus trabajadores.

—A mí me parece que Knox Morgan es el mayor problema que tiene Knox Morgan. Pero eh, ¿qué sabré yo? — comentó, encogiéndose de hombros.

—¿No tienes nada que hacer?

—¿Y perderme el espectáculo? — Fi señaló con la cabeza detrás de mí.

Me volví y vi cómo Naomi colocaba una mano coqueta en el brazo de mi hermano. Cuando se rio y se atusó el pelo, mi maravilloso plan dejó de parecerme tan genial.

—Me cago en la leche.

Dejé a Fi ahí, me abrí paso entre la clientela para acercarme y oí a Nash que decía:

—Deja que lo adivine. Hoy hay una partida ilegal de póker en la trastienda y te han mandado aquí para que me distraigas.

«No me jodas».

Naomi abrió los ojos de par en par y me di cuenta de que esta chica no sabía disimular en absoluto.

—Eh… ¿Siempre has sido tan guapo e inteligente? — le preguntó.

—Sí —respondió Nash, el payaso, guiñándole un ojo. Me entraron ganas de asestarle un puñetazo en la cara —. Pero ayuda el hecho de que en este pueblo nadie sabe mantener la boca cerrada. No he venido por la partida.

—Bueno, tampoco has venido por las camareras. Así que, ¿qué cojones

haces aquí? — espeté, metiéndome en su conversación como un imbécil celoso.

Nash me lanzó una mirada petulante, como si supiera hasta qué punto me irritaba.

—Me han dicho que ha venido un viejo amigo.

—Te han dicho bien.

Nos volvimos y descubrimos a Lucian de pie, ahí delante. Mi hermano sonrió y me apartó de un empujón. Dio la bienvenida a Lucian con un fuerte abrazo y una palmada en la espalda.

—Qué bien que hayas vuelto, hermano.

—Qué bien haber vuelto —coincidió Lucian, que le devolvió el abrazo —. Y más cuando el servicio se ha vuelto incluso más interesante. — Le guiñó un ojo a Naomi.

Por qué cojones todo el pueblo había decidido que guiñarle el ojo a Naomi era una magnífica idea escapaba a mi entendimiento, pero le iba a poner fin lo más rápido posible.

—Que sí, que sí, que todo va de maravilla — tercié —. ¿No tienes mesas que atender?

Naomi puso los ojos en blanco.

—Todavía no he conseguido que tu hermano se largue.

—Te puedes quedar el billete si te vas ahora mismo — le dije. Necesitaba alejarla de mi hermano y mi mejor amigo.

—Trato hecho. Lucian, nos vemos ahí dentro con otra copa. — Le prometió —. Nash, me lo he pasado muy bien coqueteando contigo.

—El placer ha sido mío, cariño — canturreó mi hermano, y le dedicó un breve saludo militar.

Nos quedamos observando cómo se pavoneaba en dirección a la barra.

Me dolía la cabeza de aguantarme cuatro gritos; tenía la mandíbula tan tensa que me preocupó romperme un diente. No sabía qué tenía esa mujer, pero Naomi Witt me tenía comiendo de su mano. Y eso no me gustaba ni una pizca.

—¿Qué estás haciendo en el pueblo? — le preguntó Nash a Lucian.

—Pareces un policía —se quejó Lucian.

—Es que lo soy.

Me indignaba la faceta de jefe de policía de Nash. Los tres habíamos crecido armando bulla y eludiendo la ley hasta violarla, y el hecho de que hubiera elegido convertirse en policía al ser mayor era como una traición. La ley y el orden eran demasiado oprimentes para mí. Ahora tampoco es que me apartara

mucho del buen camino, pero sí que pisaba los márgenes de vez en cuando, por los viejos tiempos.

Lucian era harina de otro costal. No es que los problemas surgieran allá adonde fuera, es que era propenso a crearlos. Si había vuelto a Knockemout, seguro que no era para abrir el baúl de los recuerdos.

—¿No puede añorar un hombre su infancia? — farfulló, eludiendo la pregunta con habilidad.

—Tu infancia fue una mierda — señaló Nash —. Hace años que no pones un pie aquí. Algo te ha hecho volver, y más te vale que no sean problemas.

—Tal vez es que me he cansado de oír que los hermanos Morgan son tan tercos que no hay forma de que bajen del burro. Tal vez he vuelto para ayudaros a hacer las paces.

Naomi pasó por nuestro lado con una bandeja llena de bebidas y una sonrisa cálida dedicada a Lucian y a Nash. La sonrisa dio paso a una mala cara cuando me miró.

—Nadie necesita ayuda con ningunas paces — insistí, y me moví para taparle el campo visual y que no pudiera admirar el trasero curvilíneo de Naomi cuando se alejaba.

—La pelea en la que lleváis dos años enzarzados es una tontería. Zanjadla y olvidadlo — dijo Lucian.

—A mí no me vengas con ese tonito de matón — le dijo Nash.

Lucian había fundado una firma consultora política que proyectaba demasiadas sombras para el gusto de Nash. Nuestro amigo tenía el don de meter miedo a sus clientes o a la gente que se interponía en el camino de sus clientes.

—Esa mierda en Knockemout no funciona — le recordé.

—No hay nada de lo que tengáis que preocuparos. Tomemos algo por los viejos tiempos — propuso.

—Esta noche no puedo —respondió Nash —. Estoy de servicio.

—Entonces, será mejor que vuelvas a trabajar — le sugerí a mi hermano.

—Sí, será mejor. Trata de evitar que cualquier jugador de póker cabreado arme follón. No tengo ganas de tener que hacer el papeleo.

—Cenemos. Mañana por la noche, en tu casa — propuso Lucian, señalando hacia arriba.

—A mí me va bien —contesté.

—De acuerdo —accedió Nash—. Me alegro de verte, Lucy.

Lucian lo obsequió con media sonrisa.

—Me gusta que me vean. —Se volvió hacia mí —. Ya charlaré contigo cuando acoses a Naomi.

Le hice una peineta por toda respuesta.

Cuando se fue, Nash se dirigió a mí:

—¿Tienes un segundo?

—Depende.

—Es sobre Tina.

«Mierda».

—Te acompaño fuera.

En esa noche de agosto seguía habiendo una humedad sofocante cuando, después de cruzar por la cocina, salimos al aparcamiento.

—¿Qué pasa? —pregunté al llegar al todoterreno ligero de Nash.

—Tengo más información. Ella y su nuevo novio movían material robado. Nada importante: televisores y móviles, tabletas. Pero se rumorea que el novio está relacionado con una organización criminal mucho más peligrosa.

—¿Quién es el novio?

Negó con la cabeza.

—O nadie sabe cómo se llama, o no han querido decírmelo.

—No has averiguado mucho, ¿no?

—Tengo el presentimiento de que Tina no decidió abandonar a su hija porque sí. Creo que está metida en algo muy grave. — Alzó los ojos al cielo nocturno impenetrable —. Me ha llegado que un par de personas afirman haberla visto en Lawlerville.

Lawlerville estaba a menos de media hora en coche. Lo que significaba que probablemente tenía intenciones de volver.

—Mierda —musité.

—Exacto.

Sabía lo que Nash esperaba de mí. En cualquier otra circunstancia, lo habría obligado a pedírmelo. Pero como en este caso estaba relacionado con Naomi y Waylay, no tenía ganas de hacer gilipolleces.

—Voy a preguntar. A ver si los que no hablan con la policía tienen ganas de hablar conmigo — le dije.

—Gracias.



En vez de dirigirme a casa, como tenía previsto, fingí tener cosas pendientes que hacer. Ayudé a Silver en la barra mientras Max se tomaba el descanso para cenar; luego, respondí a la veintena de correos electrónicos que había estado evitando, e incluso me metí en el almacén del bar y corté cajas de cartón para reciclarlas.

La cuarta vez que me di cuenta de que estaba mirando hacia la sala privada, decidí alejarme de la tentación y me dirigí al almacén de los barriles. Esperaba que el frío y el esfuerzo físico de ponerme a mover barriles llenos me calmara la irritación.

Tenía un montón de razones para estar cabreado con el mundo, y la inmensa mayoría estaban relacionadas con Naomi Witt. Todas las conversaciones que tenía con ella me acababan provocando dolor de cabeza y erecciones. Y presenciar cómo a los hombres se les trababa la lengua cuando ella estaba cerca solo empeoraba las cosas. No la deseaba, pero quería hacerla mía para mantenerla bien lejos de todos los imbéciles.

Tenía que emborracharme y echar un buen polvo. Tenía que olvidar que Naomi Witt existía.

Tenía las manos congeladas y los ánimos más serenos para cuando terminé de reordenar los barriles. Ya casi eran las once. Se me ocurrió pasar a ver cómo iba todo por el bar antes de largarme a casa.

Cuando llegué a la barra, Silver alzó la vista del aguardiente casero que estaba sirviendo.

—¿Te importaría echarle un ojo a la zona privada? — preguntó.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Hace mucho rato que no veo a Naomi.

Mi irritación se reavivó como si alguien le hubiese echado un bidón de gasolina y una cerilla.

Técnicamente, no abrí la puerta de una patada, pero fue una entrada más dramática de las que acostumbraba a hacer. Tanner, el delgaducho a quien le gustaba demasiado la juerga como para conservar el dinero, se cayó de la silla. Naomi, en cambio, no se molestó ni en levantar la mirada. Estaba embutida entre Winona y Grim, con la lengua asomando entre los labios mientras estudiaba las cartas que tenía en la mano.

—Muy bien. Repetidme qué gana a un par — dijo.

Ian se puso a dar una clase de Introducción al PokerStars mientras Grim se inclinaba hacia delante para observar sus cartas.

—Sube la apuesta —le aconsejó.

Vacilante, agarró una ficha azul y lo miró. Él negó con la cabeza. Naomi añadió dos fichas más y, tras el asentimiento del otro, las lanzó al montón que había en el centro de la mesa.

—La subo —anunció, y se removió en la silla.

Di la vuelta a la mesa y me incliné hacia ella.

—¿Qué cojones estás haciendo, Naomi?

Por fin me miró, desconcertada.

—Aprendiendo a jugar al póker.

—Me retiro —suspiró Winona—. No me fío de la suerte del principiante.

—Veo tu apuesta y la subo — decidió Lucian, y dejó caer un puñado de fichas en la mesa.

—Déjala, Morgan —me dijo Ian—. Estamos servidos y la chica no ha jugado nunca.

Le enseñé los dientes.

—Relájate, Morgan —intervino Winona —. Le hemos cedido nuestras fichas. Es una partida amistosa.

Lucian y Naomi estaban ocupados mirándose fijamente. Me incliné hacia ella y le susurré al oído.

—¿Sabes cuánto cuesta cada ficha?

Negó con la cabeza sin perder de vista la partida. Le tocó el turno a Ian, que decidió retirarse.

—Me han dicho que no me preocupe por eso.

—El bote son veinte mil, Naomi.

Había dado en el clavo. Dejó de observar a Lucian y me miró y se empezó a levantar. Grim le puso una mano en el hombro para que no se moviera y yo lo fulminé con una mirada gélida.

—Joder, relájate, Knox —dijo—. Winona tiene razón. Es una partida amistosa. Sin préstamos ni intereses. Y la chica aprende rápido.

—¿Veinte mil dólares? —chilló Naomi.

—Igualo la apuesta —decidió Tanner, y lanzó sus fichas.

—Enseña las cartas —le gruñó Grim mientras tiraba otro montón de fichas al centro de la mesa.

Tanner reveló una pareja de cartas de mierda. Lucian se tomó su tiempo reordenando las cartas antes de mostrar una escalera.

—Oh, oh —musitó Winona.

—Te toca, cielo —dijo Grim con expresión impertérrita.

Naomi colocó las cartas bocarriba sobre la mesa.

—Creo que esta escalera tiene más valor que la tuya, Lucian — comentó.

La mesa prorrumpió en vítores.

—Acabas de ganar veintidós mil dólares — le dijo Winona.

—¡Hostia! ¡Hostia! —Naomi me miró, y la alegría que teñía su expresión fue un puñetazo directo a mi tráquea.

—Felicidades. Y ahora, levanta el culo — le solté. Aún conservaba la capacidad de comportarme como un auténtico capullo.

Lucian soltó un gemido.

—Engatusado por esos ojitos inocentes. Siempre me pasa.

No quería que la mirara a los ojos ni a ninguna otra parte de su cuerpo. Retiré la silla en la que Naomi estaba sentada.

—¡Espera! ¿Puedo celebrarlo con un baile? ¿Cómo os devuelvo el dinero?

—Pues claro que puedes celebrarlo con un baile. Adelante — dijo Tanner, lascivo, dándose unas palmaditas en el regazo. Ian me ahorró las molestias y le dio una colleja.

—Naomi, ya —le espeté y señalé la puerta con el pulgar.

—Un momentito, vikingo. —Con cuidado, dividió las fichas de forma igualitaria y empezó a devolvérselas a sus propietarios iniciales.

Grim negó con la cabeza y le cubrió la mano con la suya, tatuada.

—Has ganado con todas las de la ley. Quédate con lo que has ganado y con mi parte.

—Ay, pero no puedo —empezó ella.

—Insisto. Y cuando insisto, la gente hace lo que le digo.

Naomi no veía un motero siniestro medio delincuente haciendo esa afirmación. Cuando lo rodeó con los brazos y le dio un sonoro beso en la mejilla, me fijé que el hombre sonreía con sinceridad. Una hazaña que nunca habría creído posible.

—Si reaccionas así, también puedes quedarte la mía — terció Lucian. Naomi soltó un chillido, dio la vuelta a la mesa y le plantó un beso en la mejilla.

Ian y Winona hicieron lo mismo, y se rieron cuando Naomi los sometió a sus fuertes abrazos.

—Cómprale algo bonito a tu sobrina — le propuso Winona.

Por el amor de Dios, ¿cuántos detalles de su biografía había compartido esta mujer con ellos?

—Yo me quedaré con las mías — anunció Tanner, y recuperó las fichas que le había cedido. El resto de la mesa lo fulminó con la mirada.

—Rata —le espetó Winona.

—Anda ya. Ha sido una semana muy dura — se quejó.

—En tal caso, toma, una propina de mi parte — le dijo Naomi y le dio una ficha que equivalía a cien dólares.

Esta mujer era una blanda. Y, al parecer, Tanner se acababa de enamorar.

—Señoras y señores, ¿qué os parece si damos la velada por terminada? Me han dicho que afuera toca un grupo. Podríamos robar un par de botellas de la reserva personal de Knox y recordar los buenos tiempos.

—Solo si Lucy me promete que bailará conmigo — repuso Winona.

Esperé hasta que todos hubieran cobrado y salido de la estancia, y Naomi y yo nos quedamos solos. Esta alzó la mirada del montón de billetes que le habían dejado delante. Menuda propina la de hoy.

—¿Puedes dejar el sermón para mañana y así hoy solo disfruto?

—De acuerdo —accedí, entre dientes —. Pero esta noche te llevo a casa.

—Vale. Pero no me vas a gritar de camino.

—No puedo prometerte nada.

Capítulo 21: Una urgencia familiar

Naomi

Los pies me pedían un descanso a gritos, pero los veinte mil dólares que llevaba en el delantal me daban energía de sobra para afrontar la última hora de mi turno.

—¡Naomi!

Descubrí a Sloane en una mesa del rincón con moteras de mediana edad, las integrantes de la junta de la biblioteca Blaze y Agatha. Sloane llevaba el pelo recogido en una cola alta y vestía unos vaqueros cortados y unas chanclas. Blaze y Agatha iban con sus prendas habituales: vaqueros y cuero vegano.

—¡Hola! —las saludé y me acerqué enseguida —. ¿Habéis salido por el pueblo?

—Estamos de celebración —me explicó Sloane —. ¡La biblioteca acaba de recibir una subvención gigantesca que ni siquiera recuerdo haber solicitado! Y eso no solo significa que podemos empezar a ofrecer desayuno gratuito al público y actualizar los ordenadores de la segunda planta, sino que, además, ya puedo ofrecerte de forma oficial ese puesto a media jornada.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, eufórica de alegría.

—Tan en serio como una monja interrogada — añadió Blaze, que dio una palmada a la mesa.

Sloane sonrió.

—Es para ti, si lo quieres.

—¡Sí que lo quiero!

La bibliotecaria me ofreció una mano.

—Bienvenida a la biblioteca pública de Knockemout, coordinadora de promoción sociocultural. Empiezas la semana que viene. Pásate este fin de semana y te explicaremos tus nuevas funciones.

Le agarré la mano y se la estreché, y, luego, le di un abrazo. Después abracé también a Blaze y a Agatha.

—Preciosas y maravillosas que sois… ¿Me dejáis invitaros a una ronda? — pregunté, tras soltar a una Agatha que parecía aturdida.

—Una bibliotecaria pública no puede negarse a una bebida gratis. Lo pone en las ordenanzas del pueblo — respondió Sloane.

—Y nosotras, como lesbianas aficionadas a la literatura, tampoco podemos — terció Agatha.

—Mi mujer tiene razón —coincidió Blaze.

Atravesé la pista de baile serpenteando entre la gente e introduje el pedido de mis nuevas jefas en el sistema. Estaba imaginando el coche que ahora podría permitirme y el escritorio que quería comprarle a Waylay para su nueva habitación cuando apareció Lucian.

—Me parece que me debes un baile — anunció y me ofreció una mano.

Me reí.

—Supongo que es lo menos que puedo hacer, puesto que me has dejado ganar.

—Nunca he dejado ganar a nadie — me aseguró. Me quitó la bandeja de las manos y la dejó en una mesa de mujeres que se dedicaban a la cría de caballos y a quienes no pareció importarles.

—Qué materialista por tu parte — observé. El grupo de música entonó una melodía lenta y vibrante que versaba sobre la pérdida de un amor.

Lucian me atrajo entre sus brazos y, de nuevo, volví a preguntarme por qué Knockemout tenía tantos hombres tremendamente *sexys*. También me pregunté qué razones tenía Lucian para invitarme a bailar. Me parecía que era un hombre que nunca hacía nada sin una intención oculta.

—Knox y Nash —empezó.

Me felicité en silencio por ser tan perspicaz.

—¿Qué pasa con ellos?

—Son mis mejores amigos. Ha llegado el momento de que pongan fin a su disputa y quiero asegurarme de que no hay nada que la vuelve a avivar.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—Todo.

Solté una carcajada en su cara.

—¿Crees que voy a avivar una disputa en la que no he tenido absolutamente nada que ver?

—Eres una mujer espectacular, Naomi. Y además eres interesante, divertida y amable. Vale la pena luchar por ti.

—Bueno, gracias por un comentario tan amable y, a la vez, tan extraño. Pero puedes estar tranquilo, Knox y yo ni aguantamos estar en la misma habitación.

—Eso no siempre implica lo que tú crees que implica — observó.

—Es maleducado, voluble y me echa la culpa de todo.

—Tal vez sea porque le haces sentir cosas que no quiere sentir — señaló Lucian.

—¿Como qué? ¿El instinto asesino?

—¿Y qué me dices de Nash? — preguntó.

—Nash es la antítesis de su hermano. Pero justo acabo de salir de una relación larga. Ahora vivo en un pueblo que no conozco y trato de hacer lo mejor para mi sobrina, cuya vida no ha sido un camino de rosas. No tengo tiempo para probar a ver cómo me iría con ningún hombre.

—Bien. Porque sé que no te gustaría añadir leña al fuego sin querer.

—¿Qué fue lo que empezó el fuego? — pregunté.

—La tozudez, la imbecilidad, el ego — contestó con vaguedad.

Sabía que no podía esperar una respuesta directa de un hombre que era como un hermano para los Morgan.

—¡Oye, Naomi! ¿Podemos añadir al pedido un…? — Sloane se interrumpió.

La rubia menuda miraba boquiabierta a Lucian como si acabaran de asestarle un golpe a traición. Noté que todo el cuerpo de Lucian se tensaba. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que había traicionado a mi nueva amiga de alguna forma.

—Hola —intervine, con un hilo de voz —. ¿Conoces a…? — Pero mi incómoda presentación era innecesaria.

—Sloane —dijo Lucian.

La frialdad que rezumaba su tono me provocó un escalofrío, pero Sloane tuvo la reacción opuesta. Su expresión demudó y le llamearon los ojos con fuego esmeralda.

—¿Se celebra un congreso de gilipollas en el pueblo y no me he enterado?

—Tan simpática como siempre — le espetó Lucian.

—Vete a la mierda, Rollins. — Con esa despedida, Sloane giró sobre sus

talones y se encaminó hacia la puerta.

Lucian todavía no había movido un dedo, pero sus ojos no se apartaron de Sloane mientras se alejaba. Sus manos, que seguían en mis caderas, me agarraban con fuerza.

—¿Listo para soltar a mis camareras, Luce? — gruñó Knox a mis espaldas.

Sobresaltada, di un grito. Había demasiada gente cabreada a mi alrededor. Lucian me soltó sin apartar los ojos de la puerta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Está bien —terció Knox.

—Estoy bien.

Era evidente que era mentira. Parecía que el hombre quisiera cometer un asesinato a sangre fría. No estaba segura de a quién tenía que intentar ayudar primero.

—Mañana. Para cenar —le dijo a Knox.

—Sí, para cenar.

Después, se encaminó hacia la puerta.

—¿Está bien? —le pregunté a Knox.

—¿Y yo qué coño voy a saber? — me espetó, irritado.

La puerta se abrió justo cuando Lucian la alcanzaba, y entró Wylie Odgen, el asqueroso antiguo jefe de policía. El hombre se estremeció y luego trató de disimularlo (sin demasiado éxito) con una sonrisa de suficiencia cuando vio a Lucian delante de él. Se sostuvieron la mirada un rato y, después, Wylie se hizo a un lado para evitarlo.

—¿Qué narices ha sido eso? — pregunté.

—Nada —mintió Knox.

Silver silbó desde la barra y le pidió que se acercara con un gesto. Knox se encaminó hacia allí musitando palabrotas. Este hombre estaba más tenso que un perro con fuegos artificiales.

—¿Sloane se ha ido? —preguntó Blaze, que llegó a mi lado seguida de cerca por Agatha.

—Sí. Estaba bailando con Lucian Rollins, ella lo ha visto y se ha ido al instante. ¿He hecho algo malo?

Blaze suspiró.

—Ay, qué mal.

Agatha negó con la cabeza.

—Muy mal. Se odian.

—Pero ¿quién va a odiar a Sloane? ¿No es la persona más dulce que hay en Virginia del Norte?

Agatha se encogió de hombros.

—Esos dos tienen una historia tormentosa. Crecieron siendo vecinos. No se juntaban con la misma gente ni nada, nadie sabe qué pasó, pero no pueden ni verse.

Vamos, que mi nueva amiga y jefa me había pillado bailando con su enemigo mortal. Mierda. Tenía que arreglarlo. Al menos, la ignorancia era una defensa verosímil. Estaba buscando el móvil cuando me empezó a sonar: era Stef.

—Ostras, tengo que contestar — les dije a las moteras —. Hola, ¿va todo bien?

—Witty, tengo malas noticias.

El corazón se me detuvo y volvió a palpitar a trompicones. Conocía ese tono de voz: no era el de «nos hemos quedado sin champán y sin helado», era el de «urgencia familiar».

—¿Qué pasa? ¿Waylay está bien? — Me tapé el otro oído con el dedo para escuchar pese a la música que tocaban.

—Way está bien —me dijo—. Pero han disparado a Nash. No saben si saldrá de esta. Ahora mismo está en el quirófano.

—Virgen santa —susurré.

—Un tal sargento Grave ha informado a Liza y se la ha llevado al hospital. Ha mandado a alguien para que avise a Knox.

«Knox». Lo vi entre la gente, tras la barra, con media sonrisa en los labios por algo que había dicho algún cliente. Levantó la vista y me miró. Mi expresión debió de delatar algo, porque saltó por encima de la barra y empezó a abrirse camino entre la gente hacia mí.

—Lo siento, reina —me dijo Stef —. Estoy en casa de Liza con Way y los perros. Estamos bien. Tú haz lo que tengas que hacer.

Knox me alcanzó y me agarró de los brazos.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Tengo que colgar —le dije a Stef, y finalicé la llamada.

La puerta del bar se abrió y vi a dos agentes uniformados con expresión adusta. Se me entrecortó la respiración.

—Knox —susurré.

—Estoy aquí, cielo. ¿Qué ha pasado?

Bajo esta luz, sus ojos eran más azules, penetrantes y profundos mientras me

observaba.

Negué con la cabeza.

—No es conmigo. Es contigo.

—¿Conmigo, qué?

Con un dedo tembloroso, señalé a los agentes que se dirigían hacia nosotros.

—Knox, tenemos que hablar — dijo el más alto.



Di marcha atrás por tercera vez y tiré hacia adelante antes de decidir que estaba satisfecha con cómo había aparcado la camioneta. El hospital se erigía delante de mí como un faro incandescente. Una ambulancia descargó un paciente en una camilla con ruedas ante la entrada a Urgencias; sus luces teñían el aparcamiento de rojo y blanco. Solté un suspiro con la esperanza de que aplacara la ansiedad que me atenazaba el estómago con un peso de hierro.

Tendría que haberme ido a casa. Debería haberme ido. Pero nada más terminar mi turno, había conducido para encontrarme con el hombre que me había lanzado las llaves de su camioneta y me había dicho que me fuera yo sola a casa. Me había obligado a prometerle que lo haría, antes de seguir a los agentes a la calle.

Sin embargo, aquí estaba yo, a las dos de la madrugada, desobedeciendo una orden directa y metiendo las narices donde no me llamaban. Debería irme a casa. «Sí, sin duda», decidí, mientras salía de la camioneta y me dirigía hacia la puerta principal del hospital.

Debido a la hora que era, no había nadie en el mostrador de información. Me guie por los carteles hasta los ascensores y la Unidad de Cuidados Intensivos Quirúrgicos en el tercer piso. Cuando llegué, la planta estaba sumida en un silencio extraño e inquietante. Las únicas señales de vida procedían de la enfermería.

Me dirigía hacia allí cuando descubrí a Knox al otro lado del cristal de la sala de espera; reconocí al instante su espalda ancha y la postura impaciente. Caminaba de un lado a otro como un tigre enjaulado.

Debió de notar mi presencia en el umbral de la puerta, porque se volvió al instante como si fuera a encararse al enemigo. Apretó la mandíbula y solo

entonces vi el torbellino de emociones que lo embargaban: ira, frustración, miedo.

—Te he traído café —anuncié, y levanté sin convicción el termo que le había preparado en la cocina del Honky Tonk.

—Creo recordar que te dije que te fueras a casa — gruñó.

—Y no te he hecho caso. Podemos saltarnos la parte en la que fingimos sorprendernos.

—No quiero que estés aquí.

Me estremecí. No por sus palabras, sino por el dolor que destilaban.

Dejé el café en la mesita de un rincón, llena de revistas que pretendían distraer a las visitas de la espiral infinita del miedo.

—Knox —empecé y me acerqué un paso hacia él.

—Para —me ordenó.

Le hice caso omiso y, despacio, fui recortando la distancia que nos separaba.

—Lo siento mucho —susurré.

—Lárgate, Naomi. Vete. No puedes estar aquí. — Tenía la voz entrecortada, cargada de frustración.

—Ya me voy. —Le prometí—. Solo quería saber si estabas bien.

—Estoy bien —afirmó, en tono amargo.

Alcé la mano para posarla en su brazo. Se apartó de golpe.

—No —me dijo con aspereza.

No dije nada, pero tampoco me amilané. Tuve la sensación de que podía aspirar su ira como si de oxígeno se tratara.

—No —repitió.

—No lo haré.

—Si me tocas ahora mismo… — Negó con la cabeza —. Estoy fuera de mí, Naomi.

—Dime qué necesitas.

Soltó una risotada seca y amarga.

—Lo que necesito es encontrar al hijo de puta que le ha hecho esto a mi hermano. Lo que necesito es retroceder en el tiempo para no desperdiciar estos últimos años peleados por una estupidez. Lo que necesito, lo que de verdad necesito, es que mi hermano se despierte, joder.

Se le entrecortó la respiración y dejé de controlar mi propio cuerpo. En cuestión de segundos, me había colocado frente a él y lo abrazaba de la cintura,

con firmeza, tratando de paliar su dolor. Estaba tenso y temblaba como si estuviera a punto de desmoronarse.

—Para —me dijo, con un susurro trémulo —. Por favor.

No obstante, no lo hice. Lo abracé con más fuerza y apoyé la cara en su pecho. Soltó una maldición entre dientes y, entonces, me rodeó con los brazos y me aplastó contra él. Enterró el rostro en mi pelo y se aferró a mí.

Tenía un cuerpo tan cálido, tan sólido, tan vivo. Me agarré a él como si me fuera la vida en ello e imploré en silencio que se liberara de algo de lo que tenía guardado dentro.

—¿Por qué no me escuchas nunca, hostia? — refunfuñó mientras me acariciaba el pelo con los labios.

—Porque, a veces, hay gente que no sabe cómo pedir lo que realmente necesita. Y tú necesitabas un abrazo.

—No es verdad —objetó con aspereza. Se quedó inmóvil unos segundos en los que escuché los latidos de su corazón —. Te necesitaba a ti.

Se me cortó la respiración. Traté de separarme para mirarlo, pero me retuvo donde estaba.

—No digas nada, Flor —me advirtió.

—Muy bien.

Me acarició la espalda con una mano. De arriba abajo, una y otra vez, hasta que me fundí con él. Hasta que dejé de saber quién consolaba a quién.

—Ha salido del quirófano —dijo Knox al final, y se fue retirando lentamente. Me acarició el labio inferior con el pulgar —. No me dejarán verlo hasta que despierte.

—¿Y él querrá verte? —pregunté.

—Me importa un pimiento lo que él quiera. Me va a ver.

—¿Por qué os peleasteis?

Suspiró. Cuando alargó la mano para colocarme un mechón detrás de la oreja, me derretí por dentro.

—No tengo ganas de hablar de eso, Flor.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Sí. Chillarte que te largues de una vez a tu casa y descanses. Waylay empieza la escuela mañana, no necesita que su tía medio zombi le eche lavavajillas en el bol de los cereales.

—Para empezar, desayunaremos huevos, fruta y yogurt — dije, y luego me di cuenta de que estaba tratando de despistarme —. ¿Fue por una mujer?

Alzó los ojos al techo.

—Si te pones a contar hasta diez, te daré una patada en la espinilla — le advertí.

Suspiró.

—No, no fue por una mujer.

—Si no es por amor, ¿qué otra cosa vale tanto la pena como para perder a un hermano?

—Puñeteras románticas —soltó.

—Tal vez, si lo cuentas en vez de guardártelo, te sentirás mejor.

Me estudió durante uno de esos largos segundos meditabundos suyos, y habría jurado que estaba a punto de mandarme derechita a casa.

—De acuerdo.

Parpadeé, sorprendida.

—Eh… Vale. Ostras, lo dices de verdad. ¿Nos sentamos, mejor? — sugerí, mirando las sillas de vinilo vacías.

—¿Por qué hablar tiene que ser un faenón con las mujeres? — protestó mientras yo nos conducía hasta dos asientos.

—Porque aquello que vale la pena, vale la pena hacerlo bien.

Me senté y di unas palmaditas en la silla contigua a la mía. Knox tomó asiento, estiró las largas piernas y se quedó con la mirada perdida y clavada en la ventana.

—Gané la lotería —empezó.

—Lo sé, Liza me lo contó.

—Me llevé a casa once millones y me pareció que eran la solución para todo. Compré el bar, un par de edificios más, invertí en la idea de Jeremiah para crear una peluquería refinada y terminé de pagar la hipoteca de Liza J, que pasaba apuros desde que murió el abuelo. — Se miró las manos mientras se frotaba las palmas con los muslos —. Me hizo sentir tan bien poder solucionar esos problemas…

Esperé.

—De niños, no teníamos mucho. Y después de perder a mamá, nos quedamos sin nada. Liza J. y el abuelo nos acogieron y nos dieron una casa, una familia. Pero íbamos escasos de dinero, y en este pueblo hay niños que van a la escuela en un BMW que les regalan cuando cumplen los dieciséis o que se pasan el fin de semana compitiendo montados en caballos que cuestan cuarenta mil dólares.

»Después estábamos Lucy, Nash y yo. Ninguno de los tres nos criamos en la abundancia, así que, bueno, puede que cogiéramos algunas cosas que no eran nuestras. No siempre fuimos por el buen camino, pero aprendimos a ser autosuficientes. Aprendimos que, a veces, tienes que hacerte con lo que quieres en vez de esperar a que alguien te lo dé.

Le ofrecí el café y bebió un sorbo.

—Pero entonces a Nash se le fue la pinza y decidió convertirse en Don Viva el Orden y la Ley.

En ese momento, me di cuenta de que Knox debió de haberse sentido rechazado.

—Le di dinero —explicó—. O, al menos, lo intenté. El cabrón testarudo me dijo que no lo quería. ¿Quién no quiere dinero?

—Al parecer, tu hermano.

—Sí, al parecer. —Inquieto, se pasó los dedos por el pelo —. Discutimos una y otra vez por este tema durante dos años. Yo se lo ofrecía, él lo rechazaba. Incluso llegamos a las manos. Al final, Liza J. lo obligó a aceptarlo. ¿Y sabes qué hizo el imbécil de mi hermanito?

Me mordí el labio, porque lo sabía.

—El muy cabrón lo donó al departamento de policía de Knockemout para construir una puñetera comisaría. El puto Edificio Municipal Knox Morgan.

Me esperé unos segundos con la esperanza de que la historia no terminara ahí. Pero al ver que no seguía, me dejé caer sobre el respaldo.

—¿Me estás diciendo que hace años que tú y tu hermano apenas os habláis porque bautizó un edificio con tu nombre?

—Te estoy diciendo que rechazó un dinero que podría haberle solucionado la vida y prefirió donarlo a la policía. La misma policía que se ponía cachonda persiguiendo a tres adolescentes que solo armaban un poco de follón. Joder, si hasta Lucian se pasó una semana en la cárcel por una gilipollez cuando teníamos diecisiete años. Tuvimos que aprender a ocuparnos de las cosas nosotros mismos en vez de acudir a un jefe corrupto y a los cabrones de sus compinches. Y Nash va y les regala dos putos millones de pavos.

Empezaba a entender la situación. Me aclaré la garganta.

—Eh… ¿aún siguen esos mismos policías en el departamento?

Knox se encogió de hombros.

—No.

—¿Y Nash permite que los agentes que tiene bajo su mando abusen de su

autoridad? — insistí.

Knox se tocó el interior de la mejilla con la lengua.

—No.

—Entonces, ¿podríamos decir que Nash hizo limpieza del departamento y sustituyó a los corruptos por agentes decentes?

—No sé si Grave es muy decente, teniendo en cuenta lo mucho que le gusta hacer carreras con coches trucados los fines de semana. — Se mantuvo en sus trece Knox.

Le coloqué una mano en el brazo y le di un apretón.

—Knox.

—¿Qué? —preguntó con la vista clavada en la moqueta.

—Mírame.

Cuando lo hizo, vi la frustración cincelada en esa cara tan bonita que tenía. Le sostuve las mejillas con las manos ahuecadas. Su barba me rascaba en las palmas.

—Voy a decirte algo que tanto tú como tu hermano debéis saber, y quiero que esto te llegue al alma — le dije.

Me miró a los ojos. Bueno, más a la boca que a los ojos. Pero me bastaba.

—Los dos sois unos idiotas.

Su mirada se apartó de mis labios y entrecerró los ojos. Le aplasté las mejillas antes de que me empezara a gruñir.

—Y si uno de los dos desperdicia un solo día más sin darse cuenta de que os habéis esforzado mucho y le habéis dado tantísimo a este pueblo, cada uno a su manera, la idiotez es terminal y no tiene cura.

Lo solté y me recosté en la silla.

—Si esta es tu forma de animarme después de que hayan disparado a mi hermano, se te da de pena.

Esbocé una sonrisa lentamente.

—Hazme caso, vikingo: tú y tu hermano tenéis la oportunidad de arreglar las cosas y tener una buena relación. Otros no tenemos tanta suerte. Otros queman las naves sin remedio. No las queméis vosotros por algo tan ridículo como es el dinero.

—Eso solo me sirve si se despierta — me recordó.

Solté un suspiro.

—Sí, ya lo sé.

Nos quedamos sentados en silencio. Su rodilla y su brazo, duros y cálidos,

rozaban los míos.

—¿Señor Morgan? —Una enfermera ataviada con ropa quirúrgica azul entró en la sala. Knox y yo nos pusimos en pie de golpe. Me pregunté si se había dado cuenta de que me había agarrado de la mano —. Su hermano está despierto y pregunta por usted — informó.

Suspiré de alivio.

—¿Cómo está? —preguntó Knox.

—Grogui, y le espera una larga recuperación, pero los cirujanos están satisfechos.

La tensión que le atenazaba la espalda y los hombros disminuyó. Le di un apretón en la mano.

—Con estas noticias, creo que me iré a casa para empezar a prepararle los cereales y el lavavajillas a Waylay.

Knox me estrechó la mano todavía con más fuerza.

—¿Nos deja un minuto? —le pidió a la enfermera.

—Claro, lo espero fuera. Lo acompañaré cuando esté listo.

Knox esperó a que esta saliera de la sala antes de atraerme hacia él.

—Gracias, Naomi —susurró antes de posar los labios sobre los míos, cálidos, duros, implacables. Su mano me recorrió hasta el cuello y la mandíbula, y me retuvo mientras me besaba y me hacía olvidarlo todo excepto el remolino de emociones que me provocaba.

Se apartó con la mirada ardiente. Luego, me dio un beso en la frente y salió de la sala.

Capítulo 22: Una disputa y dos balas

Knox

—Estás hecho una mierda — observó Nash, con voz profunda y ronca.

En la habitación, las luces estaban encendidas pero emitían una iluminación tenue. Mi hermano estaba incorporado en la cama, con el pecho desnudo que dejaba al descubierto las vendas y las gasas que le cubrían el hombro izquierdo. Las máquinas pitaban y las pantallas centelleaban. Estaba pálido. Vulnerable.

Cerré los puños de forma involuntaria.

—Podría decirte lo mismo —le solté, mientras rodeaba la cama despacio y me dejaba caer en la silla que había junto a la ventana oscura.

—Parece peor de lo que es. — Apenas susurraba.

Apoyé los codos en las rodillas y traté de parecer relajado. Pero por dentro, bullía de rabia. Alguien había intentado poner fin a la vida de Nash. Nadie se metía con un Morgan y se iba de rositas.

—Un cabrón ha tratado de matarte.

—¿Te molesta que alguien se te haya adelantado?

—¿Saben quién ha sido? —pregunté.

Se le curvaron las comisuras de la boca como si sonreír supusiera un esfuerzo demasiado grande.

—¿Por qué? ¿Quieres traerlo de vuelta?

—Casi te mueres, Nash. Grave dijo que estuviste a esto de desangrarte antes de que llegara la ambulancia. — La gravedad de la situación hizo que la sangre me hirviera.

—Harán falta más que un par de balas y una pelea para terminar conmigo — me aseguró.

Me pasé las palmas por las rodillas, una y otra vez, en un esfuerzo por aplacar la rabia. Me moría por romper algo.

—Naomi ha estado aquí. —Mientras lo decía, no tenía ni idea de por qué lo hacía. Tal vez pronunciar su nombre ayudaba a que todo pareciera más soportable.

—Pues claro. Si le gusto.

—Me da igual la de balas que te hayan disparado: voy a dar el paso.

El suspiro que soltó Nash pareció más bien que tenía problemas para respirar.

—Ya era hora. Cuanto antes la cagues, antes podré intervenir yo y ser el bueno de la película.

—Vete a la mierda, capullo.

—Oye, ¿quién está en una cama en el hospital, imbécil? Soy un puto héroe. No hay mujer que pueda resistirse a un héroe con agujeros de bala.

El héroe en cuestión hizo una mueca cuando se removió en la cama y alargó el brazo hacia la bandeja, pero tuvo que dejarse caer otra vez sobre el colchón.

Me levanté y vertí el agua de la botella en un vaso.

—Sí, bueno, pues tal vez deberías mantenerte al margen un par de días. Así me das la oportunidad de cagarla hasta el fondo.

Empujé el vaso con la pajita hasta la punta de la bandeja y contemplé cómo se estiraba para alcanzarlo con el brazo bueno. Se le perló la frente de sudor y le tembló la mano cuando sus dedos se cerraron alrededor del plástico.

Nunca había visto a mi hermano así. Lo había visto de mil formas distintas: resacoso, sin fuerzas después de la epidemia de gripe de 1996, agotado después de darlo todo en el partido de fútbol del último curso del instituto. Pero nunca había tenido este aspecto débil.

Apareció otro enfermero que corrió la cortina con una sonrisa de disculpa.

—He venido a comprobar el suero y demás — anunció con amabilidad.

Nash le alzó un pulgar y nos sumimos en un silencio que se alargó mientras el enfermero se centraba en las vías intravenosas. Mi hermano estaba enchufado a media docena de máquinas de la UCI, y yo me había pasado años casi sin hablarle.

—¿Cómo vas de dolor? —le preguntó el enfermero.

—Bien. Apenas lo noto.

Había respondido demasiado rápido, con la boca demasiado tensa. Mi hermano había jugado la segunda parte de aquel partido de fútbol americano con

la muñeca rota. Porque tal vez era el hermano bueno, pero le gustaba mostrar debilidad tan poco como a mí.

—Sí que lo nota, y mucho —le chivé al enfermero.

—No le hagas caso —insistió Nash, pero no pudo disimular la mueca cuando se recolocó sobre el colchón.

—Una bala te ha atravesado el torso, jefe. No tienes que sufrir para curarte — le dijo.

—Sí que hay que hacerlo —objetó él —. El dolor es lo que te dice que estás vivo. Si lo anestesias, ¿cómo sabes que sigues aquí?

—Está convencida de que somos idiotas — comenté cuando se fue el enfermero.

Nash soltó un suspiro que se encadenó con una tos convulsa que parecía que iba a desgarrarlo, y se dejó caer de nuevo en la cama. Contemplé cómo los picos verdes del monitor de frecuencia cardíaca se tranquilizaban.

—¿Quién? —dijo, al final.

—Naomi.

—¿Por qué iba a pensar Naomi que soy idiota? — preguntó, cansado.

—Le he explicado por qué las cosas están cómo están.

—¿No le ha impresionado tu numerito de Robin Hood ni mi independencia varonil?

—Ni un poquito. Incluso ha hecho un par de comentarios.

—¿Sobre qué?

—Sobre que creía que era por una mujer, no por dinero.

Poco a poco, la cabeza de Nash se iba inclinando hacia un lado y los párpados le pesaban.

—Entonces, ¿el amor sí que se merece una disputa familiar pero unos cuantos millones no?

—En esencia, eso, sí.

—No diré que no tenga razón.

—¿Y por qué cojones no te tragaste el orgullo y lo arreglaste? — le espeté.

La sonrisa de Nash era un espectro de lo que había sido. Tenía los ojos cerrados.

—Eres mi hermano mayor. Y eras tú el que quería obligarme a estar en deuda contigo dándome todo ese dinero.

—La única razón por la que no te doy una buena tunda ahora mismo es porque estás unido a demasiadas máquinas.

Me hizo un corte de mangas muy endeble.

—Por favor —refunfuñé—. No quería que estuvieras en deuda conmigo ni nada. Somos familia, hermanos; si uno gana, el otro también. — Lo que significaba que si uno perdía, el otro también. Y así habían sido los últimos años: una pérdida de tiempo y esfuerzo.

Joder. Detestaba perder.

—No quería el dinero —me dijo, arrastrando las palabras —. Quería hacer las cosas por mí mismo.

—Pues haberte hecho un plan de pensiones, o algo — protesté. El mismo cóctel de emociones de siempre se estaba avivando: rechazo, fracaso, una furia justificada —. Te merecías algo bueno después de toda la mierda que tuvimos que vivir y de que Liza J. perdiera al abuelo… Te merecías más que el sueldo de un policía de un pueblucho de mierda.

—Pero es nuestro pueblucho — me corrigió —. Lo hicimos nuestro. Tú a tu manera y yo a la mía.

Quizá mi hermano tenía razón. Pero eso no importaba. Lo que importaba era que si hubiera aceptado el dinero, ahora no estaría en esta habitación de hospital. Mi hermano pequeño estaría contribuyendo de alguna otra forma. Sin acatar la ley, sin tener que pagar ningún precio.

—Deberías haberte quedado el dinero. Si lo hubieras hecho, ahora no estarías aquí como un bicho atropellado.

Nash negó con la cabeza despacio sobre la almohada.

—Yo siempre iba a ser el bueno de la película.

—Cállate y duérmete —le dije.

—Vivimos cosas muy chungas, pero siempre pude contar con mi hermano mayor. Siempre he sabido eso, no necesitaba tu dinero.

Se le cayeron los hombros. El sueño lo dominó y me dejó velándolo en silencio.



Se abrieron las puertas automáticas y salí acompañado de una vaharada de aire acondicionado a la calle, donde me recibió la humedad del amanecer. Me había

quedado junto a la cama de Nash alimentando mi ira, sabiendo cuál tenía que ser el siguiente paso.

Tenía ganas de abrir un boquete a puñetazos en la fachada del edificio y hacer que la persona responsable de esto recibiera su merecido. Sin ser muy consciente de lo que hacía, agarré uno de los guijarros que había en un parterre y lo acaricié con ganas de arrancarlo, de romper algo en el mundo para no sentir todas las grietas que se abrían en mi interior.

—Yo que tú, no lo haría.

Cerré los dedos alrededor del guijarro y lo apreté.

—¿Qué haces aquí, Lucy?

Lucian se apoyó en la columna de piedra caliza que había justo al lado de la entrada del hospital mientras daba una calada que hacía refulgir la punta del cigarrillo. Solo se permitía fumar un cigarrillo al día. Supuse que este era el de hoy.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

—No sé, ¿aguantando el edificio? ¿Ligando con cirujanas guapas?

Lanzó la ceniza al suelo sin apartar los ojos de mí.

—¿Cómo está?

Pensé en el dolor y el agotamiento, una situación en la que nunca había visto a mi hermano.

—Bien. O, al menos, lo estará.

—¿Quién ha sido? —Su tono impasible y desapasionado no me engañó.

Ahora íbamos directos al grano. Lucian tal vez no tenía nuestra sangre, pero era un Morgan de pies a cabeza en aquello importante. Y quería que se hiciera justicia tanto como yo.

—La poli no lo sabe. Grave dijo que el coche era robado, y Nash todavía no les ha dado ninguna descripción del sospechoso.

—¿Recuerda lo que pasó?

Me encogí de hombros y, con los ojos entrecerrados, miré al cielo, que se teñía de rosa y violeta mientras el sol despuntaba por el horizonte.

—No lo sé, tío. Estaba bastante jodido con la anestesia y lo que fuera que le meten en vena.

—Empezaré a investigar —me aseguró Lucian.

—Ya me dirás qué descubres. Pobre del que me deje al margen.

—Claro. —Me observó unos segundos —. Estás hecho una mierda, deberías dormir un poco.

—Ya me lo han dicho.

Lucian, en cambio, parecía recién salido de una sala de juntas con un traje impecable sin corbata.

—Pues deberías hacernos caso — comentó.

—Por poco no se muere, Luce. Después de lo capullo que he sido con él, casi se desangra en una puta cuneta.

Lucian apagó el cigarrillo en el cenicero de hormigón.

—Lo arreglaremos.

Asentí. Sabía que lo haríamos. Esto no se quedaría así: el hombre que le había disparado a mi hermano iba a pagar por ello.

—Y el resto también lo arreglarás — dijo, con tensión —. Suficiente tiempo habéis desperdiciado, joder. Ya está. Terminado. — Solo Lucian Rollins era capaz de hacer tal afirmación y conseguir que se hiciera realidad.

Recordé la frase de Naomi. Quizá habíamos sido unos idiotas malgastando un tiempo que creíamos que teníamos.

—Ya está —coincidí.

—Bien. Me estaba cansando de que mis mejores amigos de la infancia se portaran como si aún fueran unos críos.

—¿Por eso has vuelto?

Su expresión se ensombreció.

—Uno de los motivos.

—¿Y alguno de los otros motivos está relacionado con una bibliotecaria guapa y menuda que te odia a muerte?

Suspiró y se palpó los bolsillos sin pensar.

—Ya te has fumado el de hoy — le recordé.

—Mierda —musitó. Eso era el máximo de nervioso que iba a permitirse estar. Yo tenía el genio, Nash, la bondad, y Lucian, el autocontrol de un puto monje.

—¿Qué pasó con vosotros dos, por cierto? — le pregunté, disfrutando de la distracción que suponía su incomodidad.

—Tu hermano está en la UCI — señaló Lucian —. Es la única razón por la que no te estoy partiendo los dientes ahora mismo.

Por muy uña y carne que hubiéramos sido los tres, lo único que Lucian nunca nos había contado era el motivo por el que Sloane lo odiaba. Hasta ayer por la noche, yo creía que era mutuo. Pero había visto cómo la miraba cuando se

la encontró y esta se alejó. No era un experto en sentimientos, pero esa expresión no parecía de odio.

—Si seguro que ni te acuerdas de cómo se da un puñetazo — me burlé —. Tantas reuniones y negociaciones… Mandas a tus abogados en vez de darle un buen derechazo a la gente. Me juego lo que quieras a que es menos gratificante.

—Podrás sacar al niño de Knockemout, pero nunca sacarás el espíritu de Knockemout del chico — dijo.

Esperaba que fuera verdad.

—Me alegro de que estés aquí.

Asintió.

—Me quedaré con él hasta que vuelva Liza.

—Eso estaría bien —repuse.

Permanecimos en silencio, de brazos cruzados, mientras el sol se alzaba en el cielo y se añadía el dorado al rosa y al violeta. Había empezado un nuevo día. Muchas cosas iban a cambiar, y yo estaba nervioso porque ocurriera.

—Descansa lo que puedas. —Lucian se metió la mano en el bolsillo y me tiró las llaves de su coche —. Llévate el mío.

Las atrapé en el aire y apreté el botón de abrir. Las luces de un Jaguar brillante parpadearon desde un aparcamiento de primera.

—Siempre has tenido muy buen gusto.

—Hay cosas que nunca cambian.

Pero otras tendrían que hacerlo.

—Nos vemos luego.

Asintió. Y luego lo sorprendí rodeándolo con un brazo.

—Te he echado de menos, hermano.

Capítulo 23: Knox, Knox, ¿quién es?

Naomi

Unos golpes en la puerta principal me arrancaron de un sueño intranquilo en el sofá. Desorientada, rodeé la mesita de centro a trompicones y traté de recordar dónde estaba.

«Los veinte mil dólares en efectivo que guardé en el delantal».

«Nash».

«Knox».

«Es el primer día de colegio de Waylay».

No me extrañaba que hubiese caído rendida en una siesta traicionera.

Abrí la puerta y me encontré con un Knox recién duchado, de pie sobre el felpudo. Waylon desfiló hacia dentro meneando el trasero.

—Hola —dije con voz ronca.

Hombre de pocas palabras, Knox no respondió y cruzó el umbral. Me froté los ojos para despertarme. Parecía tenso, como si fuera buscando pelea. Bien, pues si había venido aquí a pelearse, se iba a llevar una desilusión. Estaba demasiado agotada para plantarle cara.

—¿Cómo está tu hermano? —Probé.

Se pasó una mano por el pelo.

—Le espera una larga recuperación, pero se pondrá bien. ¿Has llevado a Way al colegio esta mañana?

Habían disparado a su hermano y el hombre todavía se acordaba de que era el primer día de escuela de Waylay. No sabía cómo hacerlo encajar con el capullo que se me había puesto a chillar delante de sus propios clientes. Si era

capaz de quedarse solo con la faceta de gruñón atento y renunciaba a la de malote con mal genio, algún día haría muy feliz a una mujer.

—Sí. —Bostecé—. Ha dormido en casa de Liza, ya que no he vuelto hasta muy tarde. Liza, Stef y yo le hemos preparado el desayuno allí. Stef le ha hecho *pancakes* con pepitas de chocolate, aunque le he dicho que los picos de azúcar en la sangre hacen que los niños estén cansados y no se concentren en el colegio.

Yo también estaba cansada y no podía concentrarme, y no por los *pancakes*, sino porque la tensión de Knox me ponía nerviosa.

—Eh… Hablando de Stef, creo que él y Jeremiah se gustan — comenté, buscando un tema que me garantizara algún tipo de reacción verbal.

Sin embargo, Knox se quedó en silencio mientras caminaba de un lado al otro del saloncito. Era demasiado corpulento, parecía fuera de lugar. Era un hombre con muchos sentimientos guardados y reprimidos, y una parte de mí quería hacer que se abriera. La otra parte solo quería volver a la cama y olvidarse de todo durante unas horas.

—¿Quieres un café? ¿Un poco de alcohol? — le ofrecí, siguiéndolo cuando se trasladó a la cocina, abriendo y cerrando los puños con fuerza, una y otra vez.

No tenía cerveza, y el alcohol más fuerte que había en casa era un rosado barato que tenía previsto abrir con Sloane. Pero podía sacrificarlo por un hombre a cuyo hermano habían disparado.

Levantó la bonita hoja amarilla que había en la encimera. Me la había encontrado esta mañana en la calle después de acompañar a Waylay hasta la parada del bus. Las temperaturas todavía eran propias de verano, pero la llegada del otoño era inevitable.

Waylon se subió de un salto al sofá del salón.

—Como si estuvieras en tu casa — le dije al perro. Cuando me volví para mirar a Knox, este estaba cubriendo la distancia que nos separaba.

—Naomi.

Su voz áspera acarició las sílabas de mi nombre y, entonces, sus manos me agarraron y me atrajeron hacia él. Su boca encontró la mía y me entregué al cúmulo de sensaciones; me ahogaba en deseo. Ni él ni yo queríamos ansiarlo, y tal vez por eso me parecía tan placentero. Metió una mano entre mi pelo mientras con la otra me agarraba de la parte baja de la espalda hasta que estuve pegada a él.

—Knox —suspiré—. Esto no es lo que quieres — le recordé.

—Es lo que necesito —me dijo antes de retomar el beso.

Este no era como el que habíamos compartido en la sala de espera. Era distinto, desesperado. Me entregué por completo. Se esfumaron todos los pensamientos de mi cabeza hasta que no fui más que un conjunto de emociones. Su boca era dura y exigente, como el mismo hombre, y me ablandé en sus brazos al abrazarlo.

Reaccionó tirándome del pelo para ladearme la cabeza justo en la posición que él quería mientras inclinaba la boca sobre la mía. Su lengua no se enroscaba ni bailaba con la mía: presentó batalla hasta someterla.

Me arrebató el aliento, la razón y cualquier motivo que justificaba por qué esto era una idea espantosa. Me lo arrebató todo y lo hizo desaparecer.

—Esto es lo que necesito, cariño. Quiero sentir cómo te derrites y me recibes. Quiero que me dejes tenerte.

No sabía si para él esto era decirme guarradas o prosa romántica. Fueran lo que fueran esas palabras, me encantaron.

Sus dedos dieron con el tirante de mi vestido. El corazón se me aceleró de golpe cuando hizo deslizar la tela por mi hombro y me dejó la piel ardiendo. Me necesitaba. A mí. Y mi razón de vivir había sido siempre esa.

Le agarré la camiseta, metí las manos por debajo del dobladillo y descubrí el músculo terso y duro que se contraía bajo la piel cálida. Por una vez en la vida, Knox parecía dispuesto a ser solícito y se sacó la camiseta por la cabeza con una mano. Madre mía, tanta piel, músculo y tinta. Le recorrí el pecho con las uñas y gruñó sin separarse de mis labios.

«Ay, sí, por favor».

Con un gesto hábil, me bajó el tirante del vestido y luego hizo lo propio con el otro.

—Ya era hora de que descubriera qué escondes bajo estos vestidos — murmuró.

Le mordí el labio inferior y tiré con fuerza del cinturón. Me insulté por haber escogido la ropa interior menos *sexy* que tenía. Pero al menos, no me había molestado en ponerme un sujetador esta mañana. Por un lado, bragas muy poco *sexys*; por el otro, las tetas al aire: me pareció que una cosa compensaba la otra.

Se quedó sin pantalones en el mismo instante en que el vestido me resbaló por el cuerpo y se apiló alrededor de mis tobillos.

—Joder, cielo. Lo sabía.

Posó los labios en mi cuello y empezó a mordisquearme y a besarme descendiendo por mi cuerpo. Me estremecí.

—¿Sabías qué?

—Que serías así. Que tendrías este cuerpazo. — Me agarró un pecho con avidez.

Me empotró contra la nevera y el metal frío me hizo soltar un grito:

—¡Knox!

—Podría disculparme, pero sabes que no lo siento lo más mínimo — dijo, y sacó la lengua para darme un lametazo en el pezón dolorido.

Ya no era capaz de seguir articulando palabras ni de aspirar aire. Lo único que podía hacer era rodearle la erección con ambas manos y aferrarme como si me fuera la vida en ello. Cuando sus labios se cerraron alrededor de mi pezón y se puso a succionar, apoyé la cabeza en la nevera. Los tirones profundos y placenteros reverberaban por todo mi cuerpo, y algo me decía que él lo sabía.

No dejó de succionar mientras metía la mano que tenía libre por dentro de mis bragas tan poco *sexys*. Ambos gemimos cuando sus dedos encontraron la abertura.

—Lo sabía —musitó de nuevo, y su boca se trasladó a mi otro pecho —. Sabía que estarías así de mojada por mí.

Mi gemido se volvió un chillido cuando se abrió camino entre mis pliegues con dos dedos. Este hombre sabía lo que se hacía, no titubeaba ni perdía el tiempo con movimientos torpes e indecisos. Incluso espoleado por el deseo, cada gesto era pura magia.

—Quiero sentirte desde dentro — me dijo, acariciándome el pezón sensible con la barba. Cuando me metió los dedos, me cedieron las rodillas.

Era demasiado. Demasiado hábil, nivel experto. Un destructor profesional de vaginas. No sabía si estaría a la altura, pero cuando empezó a mover esos dedos ágiles, decidí que no me importaba.

Su pene se agitó bajo mi palma. Con torpeza, le bajé los calzoncillos, liberé su erección y la cogí con fuerza. Knox se enderezó con un gruñido y apoyó la frente en la mía mientras nos excitábamos el uno al otro con movimientos impacientes.

—Quiero tirarte a una cama — dijo, con voz ronca.

Noté que se me humedecían las manos con una gota de su erección. Se la agarré con más ímpetu y la acaricié más deprisa.

—Pues espero que puedas llevarnos a los dos, porque no puedo ni caminar.

—Joder, cielo, frena un poco — me pidió con los dientes apretados.

Pero no lo escuchaba; estaba demasiado ocupada tratando de igualar el ritmo

de sus dedos en mi interior. Solté un grito ahogado cuando los retiró.

—¡Qué malo eres! —rebufé sobre la piel de su cuello.

Pero justo cuando mi cuerpo comenzaba a desconsolarse por la pérdida, me cargó sobre un hombro.

—¡Knox!

Su única respuesta fue una sonora cachetada en mi trasero.

—¿En qué habitación? —exigió saber mientras subía las escaleras de dos en dos.

Me sentía mareada por el deseo y el vértigo.

—En esta —conseguí articular.

En cuestión de segundos, mi espalda tocó la cama y Knox, desnudo, se puso encima de mí.

—Madre mía. ¿De verdad vamos a hacerlo?

«Ups». No pretendía decirlo en voz alta.

—No recuperes la cordura todavía — me ordenó.

—Nada de cordura, te lo prometo.

Knox parecía estar sufriendo demasiado como para que le hiciera gracia. No podía culparlo, después de haber contemplado su erección. Era excitante pero intimidante. Una vara gruesa con la punta violácea, puntera en el mundo de penes erectos. Me aturdió ver cómo Knox se la tocaba.

Recé a Dios para que supiera usarla bien. Había pocas cosas en esta vida que decepcionaran más que un hombre bien dotado que no tenía ni idea de cómo usar sus dones. Al parecer, no había llegado el momento de descubrirlo, porque Knox fue bajando por mi cuerpo, me separó las piernas y se las colocó por encima de los hombros.

Cuando metió la cara entre mis muslos, los músculos del vientre se me contrajeron tanto que temí haberme desgarrado alguno. «Madre. Mía». Su barba me rascaba las ingles y, por Dios, me encantaba. Y su lengua. Para ser un hombre de pocas palabras, con la lengua sabía hacer magia. Combinaba lametones largos y ávidos con estocadas cortas y superficiales. En cuestión de segundos, estaba a punto de correrme.

—Un momento, espera, espera — gimoteé mientras lo agarraba del pelo.

Se detuvo de inmediato, y ganó muchos puntos.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —La preocupación batallaba con la necesidad en esos ojos azul grisáceos como el acero.

—Esto no se volverá a repetir. — Necesitaba decirlo en voz alta. Para

recordarme que esta era la única vez que iba a permitir que Knox Morgan me provocara un orgasmo.

—No se volverá a repetir —coincidió, todavía mirándome atentamente —. Última oferta.

—No hables como si fueras el presentador de un concurso televisivo cuando tienes la cara entre mis piernas.

—No me pidas tener una conversación cuando estabas a punto de correrte en mi lengua, hostia.

—Entendido —repuse. El vientre me palpitaba con un deseo incontrolable —. No se volverá a repetir. Haz que valga la pena.

—Entonces, prepárate.

Menos mal que le hice caso, porque un par de segundos después de haberme agarrado a la cabecera de latón, hizo magia con la lengua a la vez que movía los dedos dentro, y mi cuerpo implosionó.

Me cerré con tanta fuerza alrededor de sus dedos que temí tener que llevarlo a que le hicieran una radiografía. Pero la preocupación no era tal como para detenerme y comprobarlo, claro, porque estaba experimentando el mejor orgasmo que había tenido nunca, y una tiene prioridades. Si le había roto los dedos, tampoco pareció importarle, porque siguió lamiéndome mientras me estremecía de placer absoluto.

—Sigues corriéndote. Lo noto — observó, con un gruñido.

Al menos, eso me pareció oír. Tenía un pitido en los oídos como si estuviera en el campanario de una iglesia un domingo por la mañana.

—Voy a necesitar unos minutos — dije, jadeando, mientras trataba de que me llegara algo de oxígeno a los pulmones.

—Ah, no. Estoy haciendo que valga la pena — repuso desde lo que me pareció muy lejos —. Además, quiero meterte la polla mientras todavía te estás corriendo.

—Vale.

Oí el inconfundible crujir del envoltorio de lo que podía ser un Pop-Tart o un condón. Al parecer, se trataba de lo segundo, porque la amplia punta de su erección se abrió paso hacia mis entrañas.

Se detuvo lo suficiente como para pasar la lengua por cada uno de mis pechos antes de alzarse sobre las rodillas. Parecía un guerrero vengativo: tatuado y musculado, con los párpados pesados y el pecho jadeando. Me di cuenta de que yo no era la única que se lo estaba pasando en grande. Este fue mi último

pensamiento coherente antes de que empujara las caderas y me atravesara con esa larga y gruesa arma de destrucción masiva.

Nos miramos a los ojos y su expresión de placer y triunfo agónico se congeló mientras llegaba hasta lo que mi cuerpo le permitía. No me di cuenta de que me había contraído en una bola abdominal hasta que colocó una de esas manazas sobre mi pecho y me empujó con suavidad para que apoyara la espalda en el colchón.

—Tranquila, cielo. Tranquila — me susurró.

Solté la respiración que había contenido en los pulmones e inspiré de nuevo. La tenía tan, pero que tan grande. Y él llevaba razón: notaba los temblorcitos de mis músculos que se cerraban a su alrededor.

—Como sigas exprimiéndome el rabo así, cariño, esto tendrá que repetirse una segunda vez.

—Mmm… Sí. Vale.

Me miró sonriendo.

—Vaya, conque esto es lo que necesitas para dejar de hablar de forma tan refinada.

—Puf. ¿Vas a pasarte el día charlando o vas a moverte? — refunfuñé. La necesidad volvía a atenazarme. Me pregunté si la polla de Knox sería algún tipo de varita mágica que ofrecía hechizos orgásmicos y hacía desaparecer cosas como el tiempo de recuperación y las necesidades biológicas.

—Mírame, Naomi —me dijo.

Hice lo que se me ordenaba.

—Joder, eres preciosa. Y estás tan mojada… Solo para mí.

Y él la tenía dura como una piedra solo para mí.

Y, por fin, empezó a moverse. Despacio, sosegado. El sudor le perlaba la piel. Apretaba la mandíbula. Pero sus caderas se bamboleaban como un metrónomo mientras se deslizaba hacia dentro y hacia fuera. Era como estar en el cielo. Pero intuía que se estaba refrenando, y quería entregarle todo lo que quisiera. Quería que él mismo lo tomara.

—No vayas con tanto cuidado — gruñí.

—Me estoy tomando mi tiempo, espérate.

—Knox, si dejas que te baje más sangre ahí, te va a explotar.

—Tienes una opinión sobre todo, incluso sobre cómo te follo.

—Especialmente sobre cómo me follas.

Me besó seguramente para callarme, pero no me importó, porque cuando

alcé las caderas, sus embestidas se volvieron más rápidas y profundas. Rozaba el límite de mi zona de confort y me obligaba a aceptar un poco más de lo que estaba segura de que podía tomar. Y madre mía si lo estaba disfrutando.

Me estaba dando justo lo que quería sin tener que explicárselo con detalles y por pasos. Sin que se lo tuviera que pedir, sin tener que oír «quizá sea más fácil que te lo hagas tú».

—Vuelve aquí conmigo, Flor. — Pestañeé y volví a visualizar el rostro de Knox sobre mí, con una expresión seria —. Mientras me tengas dentro, estarás presente, no te dejarás llevar a ningún otro sitio. ¿De acuerdo?

Asentí, avergonzada porque por poco no me pierdo en mis pensamientos. Tenía razón. ¿Cuántas veces me había dejado absorber tanto por mis planes y mis listas que no me daba cuenta de lo que tenía delante de los ojos? O, en este caso, dentro de la vagina.

Para demostrarle que estaba ahí con él, le clavé las uñas en los hombros y apreté los músculos alrededor de su polla mientras él embestía hasta el fondo.

—Así me gusta —gimió.

Lo que estábamos haciendo era muy agradable. Me daba la sensación de que era justo lo que había que hacer.

El vello de su pecho me acariciaba los pezones erectos mientras yo le clavaba los talones en esas nalgas tan perfectas que tenía. Empezaba a gestarse otro orgasmo. Era tan placentero que parecía de otro mundo.

Y tenía las mismas sensaciones que yo. Sus embestidas eran más duras, menos controladas, y yo solo quería más.

—No sé cómo quiero hacértelo — confesó con los dientes apretados —. Me lo he imaginado de demasiadas maneras diferentes.

—¿En serio? —suspiré, tratando de sonar sorprendida, como si yo no tuviera una fantasía recurrente en la que me follaba inclinada sobre la mesa de billar del Honky Tonk.

Me mordisqueó el labio inferior.

—Contra la pared de mi despacho. Te tapo la boca con una mano para que nadie oiga cómo hago que te corras; a horcajadas encima de mí en la camioneta, con estas tetas tan perfectas que tienes en la cara para poder chupártelas mientras te follo; a cuatro patas y mirando hacia atrás para ver cómo te la meto.

«Ostras, pues no están nada mal».

Me notaba los pechos pesados, hinchados. Tenía hasta el último nervio del cuerpo despierto, y los abdominales que creía haberme rasgado con el primer

orgasmo volvían a tensarse.

—Joder, cielo. Es que no paras de apretarme.

Notaba hasta la última vena, turgencia y centímetro de su erección mientras arremetía en mi interior. Me embistió con ganas, una y otra vez. La euforia me nublaba el pensamiento.

Bajo las yemas de los dedos, notaba sus músculos tersos. Los dos temblábamos. Estaba a punto de correrme con él dentro, y nunca volvería a ser lo mismo. Metió una mano entre los dos cuerpos y me rodeó un pecho con ella; el pezón, hambriento, palpitaba bajo su palma.

—Dalo todo, cielo.

Y eso hice. Me arqueé tanto como pude y me aguanté hasta que no pude más. No me provocó un orgasmo suave: me hizo estallar. Me atravesó como un rayo, una descarga eléctrica que me hizo temblar de pies a cabeza. Hundí la cara en su cuello y chillé:

—¡Ah! ¡Joder! ¡Joder!

Abrí los ojos y lo descubrí embistiéndome con los ojos entrecerrados; cualquier vestigio de autocontrol había desaparecido. Noté cómo se hinchaba su erección dentro de mí mientras gruñía con la siguiente arremetida y la que llegó después. Todavía me estaba corriendo cuando dio una última sacudida y soltó un grito triunfal. Se hundió hasta el fondo y se quedó inmóvil, con nuestros cuerpos en sincronía mientras nuestros orgasmos se acompasaban. Con cada tirón de su erección, mis músculos lo apretaban con más fuerza.

—Naomi —gruñó, sobre la piel de mi cuello, mientras nos bamboleábamos juntos hasta acabar con el corazón latiéndonos al unísono.

Capítulo 24: Una visita inesperada

Naomi

Un leve ronquido me despertó, de un sobresalto, de un sueño erótico increíble en el que aparecía Knox Morgan. Cuando volví a oír el ronquido, noté un cuerpo cálido y terso contra el mío y abrí los párpados de sopetón, como un dibujo animado.

No había sido un sueño. Sin querer, me había acostado con el gruñón de mi jefe, el vecino exasperante y meón descarado del jardín trasero.

Aguardé a que el torrente de arrepentimiento me inundara el cerebro como un tsunami del océano Índico. Pero al parecer, mi cuerpo estaba demasiado saciado como para permitírselo. Knox me había follado hasta someter tanto mi cuerpo como mis pensamientos.

Con cuidado de no despertar a mi compañero de cama, que seguía roncando, me di la vuelta para mirarlo. Estaba desnudo, con la sábana enredada entre las piernas, de forma que su espectacular cuerpo quedaba al descubierto. Era la primera vez que gozaba de la oportunidad de observarlo de cerca sin que él lo supiera.

Tenía el pelo rubio oscuro y denso alborotado por culpa de mis manos. Tenía una pequeña cicatriz entre las cejas, y otra, más larga e irregular, justo en el nacimiento del pelo. Y unas pestañas tan largas que me daban envidia. Sus labios, que siempre estaban apretados en una expresión dura de desaprobación, ahora estaban entreabiertos. Dormía boca arriba, con uno de los brazos tatuados bajo la cabeza mientras con el otro me rodeaba. Nunca habría creído que era cariñoso; nadie con dos dedos de frente lo habría dicho, pero la forma en que me abrazaba indicaba lo contrario. Su pecho se alzaba y descendía con cada

respiración profunda. Fascinada, contemplé los músculos de su vientre. Notaba los míos doloridos del ejercicio inesperado provocado por los orgasmos. Los suyos parecían poder resistirlo todo, y se estrechaban hasta formar una V tersa que desaparecía bajo las sábanas. Se lo veía tan en paz que incluso la permanente arruga de irritación que le salía entre las cejas se había suavizado.

No podía creer que Knox Morgan estuviera desnudo en mi cama.

«Madre mía».

«Knox Morgan está desnudo».

«En mi cama».

Y el hábil cabroncete me había provocado dos de los orgasmos más intensos que una persona podía experimentar nunca. ¿Cómo leches iba a mirarlo ahora a los ojos y lograr que la vagina no se me contrajera de forma involuntaria?

«Ah, ya ha llegado. Mi viejo amigo, el vil pánico».

¿Qué hacía en la cama con un hombre con el que sabía que no debía acostarme, pocas semanas después de haberme fugado de mi boda? Tenía que salir de la cama, porque si Knox se despertaba y me miraba con esos ojitos soñolientos, echaría la precaución por la borda y me montaría de nuevo en esa polla que tenía sin pensármelo dos veces.

Tuve que intentarlo en varias ocasiones, pero por fin logré zafarme de su abrazo cálido. Como no quería despertarlo poniéndome a rebuscar por los cajones, agarré el camisón que me había preparado para la noche, me lo puse entre contoneos y salí del dormitorio de puntillas.

—No se volverá a repetir —me dije mientras bajaba las escaleras.

Había ocurrido, y había terminado. Ahora había que seguir adelante.

Me tropecé con una bota tirada cuando me dirigía a la cocina y me caí.

—¡Au! Mierda —bufé.

Waylon alzó la cabeza desde el sofá, dio un bostezo y se estiró con deleite.

—Hola —le dije, cohibida porque el perro me juzgara por haberme acostado con su humano. Pero si el *basset hound* tenía ganas de censurarme, no le duraron demasiado, porque cambió de postura y enseguida volvió a dormirse.

Aparté las botas de Knox de los pies de la escalera. Habíamos dejado un reguero de ropa en la planta baja, algo que nunca había hecho. Lo recogería todo y doblaría la ropa en cuanto hubiera tomado mi ración de cafeína. Haber dormido poco, preocuparme por Nash y que hubiese sido el primer día de colegio de Waylay, eso sin mencionar los orgasmos alucinantes, me habían dejado prácticamente en estado comatoso.

Puse en marcha la cafetera y apoyé la frente en la encimera mientras esperaba a que hirviera el agua. Recordé cómo Waylay marchaba penosamente hacia el autobús escolar amarillo ataviada con el vestido violeta y las zapatillas rosas, con la mochila llena de material escolar y tentempiés. No estaba emocionada por empezar el primer día de sexto curso. Solo podía imaginarme qué horrible habría sido el curso pasado, el primero que había pasado en Knockemout. Con suerte, entre Nina, Chloe y una nueva profesora, Waylay tendría la segunda oportunidad que tanto merecía. Y si con eso no bastaba, yo encontraría otra solución. Waylay era una niña dulce, lista y divertida, y no iba a permitir que el mundo lo desconociera.

La cafetera entonó su canto de sirena que avisaba del café recién hecho. Justo acababa de cerrar los dedos alrededor del asa del recipiente cuando oí que llamaban a la puerta principal con brío.

Waylon levantó la cabeza de pronto, desde el sofá.

A toda prisa, me serví una taza y di un sorbo que me escaldó la lengua antes de abrir la puerta. Me atraganté con la cafeína cuando descubrí que mis padres se encontraban en el porche.

—¡Ahí está mi niña! —Mi madre, morena y feliz, abrió los brazos.

Con sesenta y un años, Amanda Witt seguía vistiéndose de una forma que acentuaba las curvas que habían hecho a mi padre fijarse en ella en la universidad. Se enorgullecía de teñirse el pelo del mismo color castaño rojizo que lo había tenido el día que se había casado, aunque ahora lo llevaba muy corto y atrevido. Jugaba al golf, trabajaba a media jornada como orientadora escolar e infundía vida en cada habitación en la que entraba.

—¿Mamá? —dije, con voz ronca, antes de inclinarme automáticamente para que me abrazara.

—Lou, ¿no te parece esta la casita más mona que has visto nunca? — comentó.

Mi padre gruñó. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de los pantalones cortos y daba empujoncitos a la barandilla del porche con la punta de las zapatillas de deporte.

—Parece sólida —observó.

A mamá le impresionaban las cosas bonitas. Papá, en cambio, valoraba más la durabilidad.

—¿Cómo vas, reina? —me preguntó.

Pasé a abrazarlo y me reí cuando noté que mis pies abandonaban el suelo.

Mientras que mamá era unos centímetros más bajita que Tina y yo, papá medía metro ochenta y dos. Un hombretón que siempre me había hecho sentir que todo saldría bien.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, después de que me volviera a dejar en el suelo con cuidado.

—Cariño, no puedes decirnos que tenemos una nieta y no esperar que cojamos el coche y vengamos derechitos. ¿Te hemos despertado? Llevas un camisón precioso — observó mamá.

«Despertar».

«El camisón».

«Sexo».

«Knox».

«Ay, madre».

—Eh…

—Te dije que teníamos que haber acortado el crucero, Lou — dijo mamá, dándole una palmada a papá en el hombro —. Es evidente que está deprimida. Todavía no se ha quitado el pijama.

—No está deprimida, Mandy — insistió papá, dando unos golpes con los nudillos en el marco de la puerta antes de terminar de entrar —. ¿De qué es? ¿Roble?

—No lo sé, papá. Y, mamá, no estoy deprimida — dije, tratando de que se me ocurriera una forma de sacarlos de casa antes de que mi invitado desnudo se levantara —. Es que… Eh… Anoche trabajé hasta tarde, y luego hubo una emergencia familiar…

Mamá ahogó un grito.

—¿Le ha ocurrido algo a Waylay?

—No, mamá. Perdona, no me refería a nuestra familia. Me refería a la familia propietaria de esto y del bar en el que trabajo.

—Me muero de ganas de ir. ¿Cómo se llamaba? ¿El Hanky Pank?

—El Honky Tonk —la corregí, y, entonces, divisé mi vestido en el suelo —. ¿Habéis visto el salón? — Lo solté casi gritando, y mis padres intercambiaron una mirada antes de fingir estar embelesados con el espacio que les señalaba.

—Mira qué chimenea, Lou.

—Sí, mira qué chimenea —dije con tono estridente.

Papá soltó un gruñido.

Mientras mis padres admiraban la chimenea, agarré el vestido con los dedos

de los pies y lo metí debajo de la mesa de la cocina.

—¡Y hasta tienes un perro! Madre mía, no has parado quieta desde la boda.

Waylon levantó la cabeza, con la mandíbula aún descansando sobre el cojín. Daba coletazos sobre el sofá y mi madre se deshizo en carantoñas.

—Qué perro más guapo. Sí, tú, pero qué perro más guapo eres. Sí, tú, guapo.

—¿Lo ves, Mandy? No está deprimida, solo está muy ocupada — insistió papá.

—¿Y no es bonita la vista del bosque? — salté, con voz estrangulada mientras señalaba desesperada hacia las ventanas.

Cuando se volvieron para admirar el bosque a través del cristal, agarré los vaqueros de Knox del suelo y los metí de golpe en el armario que había debajo del fregadero.

—Busca, ¡ven a conocer a tu sobrina o a tu sobrino canino! — Mi madre estaba usando su tono «ha sacado 10 en todo y he colgado las notas en la nevera» en un volumen lo bastante alto como para despertar al hombre que había arriba en mi cama.

—¿Habéis traído a Busca?

Busca era la última perra que habían adoptado mis padres. Era una mezcla de razas (para las últimas Navidades, les había regalado una prueba de ADN de la perra) que habían dado como resultado un estropajo metálico marrón y grande con patas. Dicho estropajo apareció en el umbral y entró meneando la cola.

Waylon se sentó erguido y le dedicó un ladrido de admiración.

—Te presento a Waylon. No es mío. Es de mi… eh… ¿Vecino? Oye, ¿queréis salir de aquí e ir a desayunar, o a comer, o salir por la razón que sea?

Waylon bajó de un salto del sofá y entrechocó el hocico con Busca. Busca soltó un ladrido agudo y los dos empezaron a dar vueltas por la minúscula planta baja.

—Flor, cielo, ¿qué cojones haces abajo?

Contemplé, horrorizada, cómo unos pies descalzos unidos a unas piernas desnudas y musculadas descendían por las escaleras. Mamá y yo nos quedamos petrificadas en el sitio cuando aparecieron unos bóxers (gracias a Dios por los milagros que tapan penes).

Papá, a una velocidad rápida para un hombre grandullón como era él, se interpuso entre nosotras y los calzoncillos que se nos acercaban.

—Cuáles son tus intenciones — gritó papá al torso desnudo de Knox.

—Ay, ay, ay —susurró mamá.

No le faltaba razón. El hombre tenía un cuerpo realmente espectacular.

Waylon y Busca escogieron ese preciso instante para seguir merodeando por arriba.

—Flor, ¿puedes explicarme qué pasa? — dijo Knox, arrastrando las palabras, mientras esquivaba el torbellino canino.

Me metí por debajo del brazo de papá y me interpuse entre mis padres y mi jefe… ¿o vecino? ¿O rollo de una noche?

—Eh… Vale. Bueno, me gustaría haber podido tomar más café.

—¿Los tatuajes son de verdad? ¿Cuántas veces a la semana vas al gimnasio? — preguntó mamá, asomándose por debajo de la axila de papá.

—¿Qué demonios pasa aquí? — murmuró papá.

—Ay, Lou, estás chapado a la antigua — comentó mamá, que le dio una palmadita cariñosa en la espalda antes de acercarse a Knox y abrazarlo.

—¡Mamá!

Knox se quedó rígido; era evidente que estaba consternado.

—Bienvenido a la familia —prosiguió mi madre, y le dio un beso en la mejilla.

—Madre mía. Me muero de la vergüenza — sentencié.

Knox le dio unas palmaditas incómodas en la espalda a mi madre.

—Eh… ¿Gracias?

Lo soltó y luego me agarró de los hombros.

—Estábamos muy preocupados por ti, cariño. No es propio de ti coger e irte de tu boda como te fuiste. Tampoco es que Warner me gustara demasiado, pero…

—Siempre pensé que era un gilipollas presumido — terció papá.

—Creía que tal vez tenías depresión — continuó mamá —. ¡Pero ahora todo cobra sentido! Te enamoraste de otra persona y no podías casarte cuando todo era una farsa. ¿No es maravilloso, Lou?

—Necesito café —musitó Knox, y se dirigió hacia la cocina.

—¿No nos vas a presentar? — exigió papá, todavía con expresión de pocos amigos.

—Naomi —dijo Knox junto a la cafetera —. ¿Mis pantalones?

Hice una mueca.

—Debajo del fregadero.

Me dedicó una larga mirada indescifrable antes de inclinarse para recuperar sus vaqueros.

Mi madre me ofreció un gesto soberanamente fuera de lugar y me levantó los dos pulgares cuando Knox nos dio la espalda para abrocharse la bragueta de los vaqueros.

«¡Mamá!» articulé.

Pero ella siguió blandiendo los pulgares y añadió una sonrisa espeluznante de aprobación. Me recordó a aquella vez que me la había llevado a ver la producción de *The Full Monty* del grupo teatral de Andersontown. Mi madre sabía apreciar el cuerpo masculino.

—Vale, creo que nos estamos precipitando. Mamá, papá, os presento a Knox. Es mi vecino y mi jefe. Y no estamos enamorados.

La expresión de mi madre se agrió y mi padre clavó la vista en el suelo, con las manos en las caderas y la espalda encorvada. Los había visto tener esa reacción otras veces: inquietud, decepción, preocupación. Pero nunca había sido por algo que hubiera hecho yo, siempre había sido Tina la que les causaba problemas. Y no soportaba que esta vez fuera por mi culpa.

—¿Ha sido cosa de una noche? ¿Estás atravesando algún tipo de crisis de casi los cuarenta y este tipo se ha aprovechado de ti? — Mi padre, que había ganado el título de «Mejor abrazo» durante tres años seguidos en la reunión familiar de los Witt, parecía a punto de ponerse a dar puñetazos.

—¡Papá! Nadie se ha aprovechado de nadie.

Me callé cuando Knox apareció a mi lado y me ofreció una taza de café.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar? — les preguntó a mis padres.

Papá lo fulminó con la mirada.

—Todavía no lo hemos decidido — le explicó mamá mirándole los tatuajes —. Nos hace mucha ilusión conocer a nuestra nieta, y estamos un poco preocupados por ya sabes quién. — Me señaló como si no hubiese oído ese apunte.

Knox me miró y suspiró. Posó la mano que tenía libre en mi nuca y me acercó a él.

—Bueno, así está la cosa: vuestra hija llegó al pueblo para tratar de ayudar a la impresentable de su hermana, sin ánimo de ofender.

—Faltaría más. —Le aseguró mamá.

—Y fue ver a Naomi y quedarme prendado.

—Knox —siseé.

Pero él me apretó la nuca y continuó:

—Y ahora estamos viendo adónde va la cosa. Podría acabar en nada, pero

por ahora, lo estamos disfrutando. Tenéis una hija preciosa, lista y muy terca.

Mamá se atusó el pelo.

—Lo ha sacado de mí.

—¿A qué te dedicas, Knock? — preguntó papá.

—Knox —lo corregí—. Es dueño de varios negocios y otras propiedades, papá.

Papá rebufó.

—¿Un hombre hecho a sí mismo? Supongo que es mejor que Don Nepotismo. — Asumí que se refería a Warner, que había conseguido su trabajo en la empresa de su familia justo después de graduarse en la universidad.

—Tuve suerte hará unos años y gané la lotería. Invertí la mayor parte del dinero aquí, en el pueblo que me vio crecer — explicó Knox —. Y creía que había agotado toda mi suerte hasta que Naomi apareció.

Knox el Romántico Farsante me iba a arruinar todo el romanticismo de verdad si no me andaba con cuidado.

—La comisaría lleva su nombre — comenté con alegría forzada.

Volvió a apretarme la nuca. Le pasé una mano por la espalda y le pellizqué la piel que tenía justo encima de la cinturilla de los vaqueros. Él me apretó con más fuerza. Yo lo pellizqué con más ganas.

—Necesito un ibuprofeno, o algo — musitó papá mientras se frotaba la frente.

—No debería dolerte la cabeza, Lou. Nuestra hija está bien. Era yo la que estaba preocupada antes de venir, ¿te acuerdas? — dijo mamá como si Knox y yo no estuviéramos presentes.

—¿Sí? Bueno, pues ahora soy yo el que piensa que hay algo que no va bien.

—Deja que te busque algo para la cabeza — me ofrecí, tratando de zafarme de la mano de Knox. Pero este se limitó a apretar un poco más y a dar sorbos al café.

—No digas tonterías, si llevo todos los antiinflamatorios favoritos de tu padre en el bolso — anunció mamá. Se dirigió a la puerta principal, donde había dejado el bolso, y papá se metió las manos en los bolsillos y se fue a la cocina. Vi cómo fruncía el ceño al fijarse en la camiseta de Knox, arrugada sobre los fogones.

—A Waylay le encantará conoceros. ¿Dónde os quedaréis mientras estáis aquí? — pregunté, desesperada por charlar de cualquier cosa.

—Hay un motel. Preguntaremos a ver si les quedan habitaciones — dijo

papá, mientras abría los armarios de la cocina y daba golpecitos a los estantes.

Después de un crucero de lujo de tres semanas por el Mediterráneo, dudaba mucho que mis padres disfrutaran de ese motel destartalado y mohoso. Ya estaba negando con la cabeza cuando Knox intervino:

—Creo que podemos encontrar algo mejor. Buscaremos una habitación para vosotros en casa de Liza J.

—Knox —musité. ¿Cómo iba a fingir que tenía una relación con Knox? Y con mis padres quedándose prácticamente al lado.

Se inclinó hacia mí como si fuera a apoyarse en un lado de mi rostro, y me susurró:

—Cállate. —Entonces, me acarició la sien con los labios y se me endurecieron los pezones.

Mamá pasó junto a nosotros con una botella de pastillas y me sonrió. Me crucé de brazos para cubrirme el pecho.

—Seguro que querréis estar tan cerca como sea posible de vuestra hija y vuestra nieta — observó Knox.

—Knox, ¿podemos salir afuera un momento? — pregunté, con los dientes apretados.

—¿Ves como no pueden tener las manos quietas? — dijo mamá, emocionada.

—Sí. ¿Tienes algún antiácido por ahí? — preguntó papá, que parecía indispuesto.

Cerré la puerta y arrastré a Knox hasta el porche.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? ¿Fingir que tenemos una relación hasta que mis padres se vayan?

—De nada. Me debes una de las gordas, Flor. ¿Sabes lo que esto le hará a mi reputación de soltero?

—¡Me importa un comino tu reputación! ¡Yo soy la que tiene que superar una evaluación del hogar! Además, estoy cansada de deberte cosas. ¿Por qué no dejas de intentar rescatarme de todo?

Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Quizá me gusta hacer de héroe por una vez.

Mis rodillas amenazaron con ceder cuando el deseo me atenazó. Su sonrisa era pecaminosa cuando me atrajo hacia sí. El contacto con su cuerpo, poco después del mejor sexo que había tenido en la vida, me estaba haciendo cortocircuitar. Ya no quería chillarle, quería besarlo.

—O es que quizá —susurró sobre mis labios — solo quiero saber qué se siente si ese piquito de oro que tienes me come la polla.

Ahí había sido sincero, al menos. Y guarro. Y me había gustado.

Knox me rodeaba una nalga con una mano. La otra se entremezclaba con mi pelo en la nuca.

—Perdonad la interrupción.

Instintivamente, me aparté de un salto de Knox. Bueno, lo intenté. Todavía me agarraba con fuerza. Y resultó ser positivo, porque, de otro modo, me habría precipitado por la barandilla cuando vi a la asistenta social, Yolanda Suarez, mirándonos a los pies de la escalera.

—Señora Suarez, qué placer volver a verla — dije, con la voz ahogada.

Capítulo 25: Lío familiar

Knox

Incluso con las inoportunas intromisiones de los padres de Naomi y luego de la desaprobatoria asistenta social a quien resulta que le faltaba una firma en una página, estaba de un humor maravilloso cuando volví al hospital.

Que sí, que el rollo de fingir que estábamos en una relación puede que fuera (o sería, sin duda) un coñazo. Pero así Naomi saldría de su aprieto y, además, cabrearía a mi hermano.

Esa mañana me desperté sabiendo que, con una sola vez, no tendría suficiente de ella. Ahora podríamos enrollarnos unas cuantas semanas, hartarnos el uno del otro y, cuando sus padres se hubieran ido a casa, podríamos volver a nuestras respectivas vidas con las necesidades satisfechas. En definitiva, no era una mala opción.

Entré a la habitación de Nash y me encontré con gran parte del departamento de policía de Knockemout hacinado dentro.

—Infórmame de lo que encontráis en el despacho y el almacén — dijo Nash desde la cama. Tenía mejor color.

—Me alegro de que no estiraras la pata, hijo — dijo Grave.

Los demás asintieron para demostrar su concordancia.

—Sí, sí. Y ahora largaos de aquí y tratad de evitar que Knockemout se venga abajo.

Dediqué un asentimiento a cada agente a medida que se fueron mientras pensaba en lo que Naomi me había dicho sobre que Nash había hecho limpieza en el departamento para servir mejor al pueblo. Tenía razón. Supongo que los dos queríamos hacer lo mejor para el sitio que nos había ofrecido un hogar.

—Bueno… ¿Cómo está Naomi? — preguntó Nash, que parecía solo un poco irritado, después de que el último agente hubiese cruzado el umbral.

—Bien —respondí.

Los Morgan no éramos de los que andábamos contando a quién nos tirábamos. Pero sí que me permití una sonrisilla de suficiencia.

—¿Ya la has cagado?

—Eres gracioso hasta cuando estás sondado y de medicinas hasta el culo.

Suspiró y supe que estaba harto de estar encerrado en el hospital.

—¿De qué iba esta reunión? — le pregunté.

—Ayer por la noche hubo un par de robos. Un despacho y un almacén, los dos propiedad de Rodney Gibbons. En el despacho no ha sido mucho, alguien robó la calderilla que había y abrió la caja fuerte; tenían la combinación en un *post-it* junto al ordenador. En cambio, el almacén está destrozado. Nadie ha visto nada en ninguno de los dos sitios — me explicó.

—¿Hasta cuándo te tendrán aquí? — pregunté.

Nash usó el pulgar para rascarse el entrecejo, señal de que estaba frustrado.

—Hasta vete a saber cuándo, joder. Me dijeron que, como muy pronto, podría salir dentro de un par de días. Pero luego me tocará fisioterapia para ver cuánta movilidad recupero.

Si Nash no recuperaba el cien por cien de movilidad, lo encadenarían a un escritorio hasta el día de su jubilación. Incluso yo sabía que detestaba esa posibilidad.

—Entonces, no hagas el tonto — le aconsejé —. Haz lo que te diga el médico. Haz fisioterapia y arregla las cosas. Nadie te quiere detrás de una mesa.

—Ya. Luce está investigándolo — comentó, para cambiar de tema. No sonaba muy entusiasmado.

—¿Ah, sí? —pregunté, como quien no quiere la cosa.

—Sabes de sobra que lo está haciendo. Y son asuntos policiales, no necesito que ninguno de vosotros, que no sois más que unos *amateurs*, os paseéis por todos lados removiendo la mierda.

Me ofendió el comentario sobre ser *amateur*. Hubo una época en la que habíamos sido liantes profesionales. Y, aunque ahora quizá estaba muy oxidado, algo me decía que nuestro amigo era más peligroso ahora de lo que lo había sido cuando teníamos diecisiete años.

—¿Tus chicos han descubierto algo sobre ese tipo? — pregunté.

Nash negó con la cabeza.

—El coche era robado. Lo han encontrado hará una hora en las afueras de Lawlerville, los agentes de allí, bien limpio.

—¿Cómo de limpio?

Se encogió de hombros y luego hizo una mueca.

—Todavía no lo sé. Pero no había huellas en el volante ni en los tiradores de la puerta.

—Si el tío es tan imbécil como para disparar a un policía, es tan imbécil como para dejar huellas en algún lado — pronostiqué.

—Ya —coincidió. Movía las piernas, impaciente, bajo la fina sábana blanca —. Me han dicho que Liza tiene nuevos huéspedes.

Asentí.

—Los padres de Naomi. Han aparecido esta mañana. Supongo que se mueren de ganas de conocer a su nieta.

—Eso también me lo han dicho, igual que, al parecer, has hecho una entrada triunfal bajando por las escaleras tal como llegaste al mundo.

—Tus pajaritos no cantan bien. Iba en calzoncillos.

—Me juego lo que quieras a que a su padre le ha encantado.

—Lo ha sobrellevado.

—Me pregunto a qué nivel estás comparado con el exprometido… — musitó.

—Sus padres no eran muy fans del ex — dije. Aunque no estaba muy seguro de a qué nivel quedaba en opinión de Naomi.

Observé la bandeja intacta de comida. Había caldo y un refresco de jengibre.

—¿Cómo se supone que vas a sobrevivir si solo te dan líquidos transparentes?

Mi hermano hizo una mueca.

—No sé qué de no exigirle demasiado al cuerpo. Mataría por una hamburguesa con patatas, pero los chicos les tienen demasiado miedo a las enfermeras como para pasarme algo de contrabando.

—Veré qué puedo hacer —le prometí —. Tengo que irme. Necesito ocuparme de cosas antes de la gran cena familiar para celebrar el primer día de colegio de Way y la llegada de los padres de Naomi al pueblo.

—Te odio —dijo Nash. Pero no había inquina en sus palabras.

—Que te sirva de lección, hermanito. O actúas rápido, o se te cuelan.

Me dirigí a la puerta.

—Dile a Way que si alguien en la escuela se mete con ella, me lo haga saber

— dijo Nash, alzando la voz.

—Lo haré.

—Y dile a Naomi que es más que bienvenida si quiere acercarse a visitarme.

—Ni hablar.



La casa de Liza J. había dejado de oler a museo de bolas de naftalina. Quizá estaba relacionado con el hecho de que alguien abría la puerta cada cinco minutos para dejar que cuatro perros entraran o salieran. Claro que, seguramente, se explicaba mejor porque las habitaciones que no se habían tocado en quince años estaban recibiendo el régimen de limpieza de Naomi, desde el suelo hasta el techo. Las cortinas polvorientas y las ventanas que escondían estaban abiertas de par en par.

Las luces estaban encendidas en el cuarto de estar, una habitación que no se había usado desde que la casa había dejado de recibir a huéspedes de pago. Divisé a Stef detrás de la mesa, al teléfono, mientras miraba la pantalla del portátil que tenía delante.

Se oía una música que procedía de la cocina y ruido de gente que charlaba en el patio de atrás. Tal vez, no todos los cambios eran negativos. Me arrodillé para acariciar a la manada de perros. La de los padres de Naomi, Busca, se apoyaba en una de las orejas de Waylon.

—¡Toma ya!

La exclamación procedía del cuarto de estar. Stef cerró el portátil con aire triunfal y se puso en pie detrás de la mesa con los brazos alzados en forma de V. Los perros, nerviosos por su emoción, se abalanzaron hacia el umbral y entraron en tropel al cuarto.

—Vale, no, todo el mundo fuera — ordenó Stef —. Llevo unos mocasines Gucci muy caros que me estáis destrozando con las uñas.

—¿Buenas noticias? —pregunté cuando salió del cuarto. Los perros se dirigieron entonces hacia la cocina, moviéndose como un solo organismo patoso compuesto de babas y ladridos.

—A mí no me vengas de amigo, que todavía estoy enfadado contigo — me dijo.

Cuando Naomi y yo habíamos traído a sus padres a conocer a mi abuela, Stef había tratado de ocultar el hecho de que llevaba días en el pueblo. Nadie se habría creído su «¡Qué casualidad, justo acabo de llegar esta mañana!» durante mucho tiempo, de todos modos. Yo solo había ayudado a que Mandy y Lou lo pillaran diciéndoles el alivio que había sido tener a Stef en casa de Liza durante tanto tiempo.

—Se te pasará. —Predije.

—Tú espérate a decepcionar a Mandy — me dijo —. Es como darle una patada a una camada de gatitos.

La verdad es que no tenía a nadie en mi vida a quien pudiera decepcionar.

Lo seguí hasta el comedor, donde el aparador de mi abuela se había convertido en una barra lujosa llena de rodajas de limón y lima, un cubo de hielo y varias botellas de alcohol decente.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó.

—*Bourbon* o cerveza.

—Hace demasiado calor para que tomes *bourbon* seco a temperatura ambiente, y la cerveza no es suficiente para celebrar. Vamos a tomar *gin-tonics*.

No me molestaba la idea.

—¿Qué celebramos?

—La casa de Naomi —dijo—. Salió a la venta hace dos días y ya ha recibido tres ofertas. Esperemos que le parezca una buena noticia.

—¿Por qué no iba a parecérselo?

Stef me dedicó una mirada desabrida y se puso a meter hielo en dos vasos altos.

—¿Sabes que hay personas que tienen una casa ideal? Bueno, pues Naomi tenía la casa para lo que vendría después. Le encantaba. Era el sitio perfecto para crear una familia: en el barrio perfecto, de la medida perfecta, con la cantidad perfecta de cuartos de baño. Vender esa casa significa renunciar a todos sus sueños.

—Los planes cambian —comenté mientras él abría una botella de tónica.

—Eso digo yo, porque la señora no tenía ninguna intención de acostarse contigo.

—Ya empezamos —musité—. Si ahora viene la parte en que me dices que no soy suficiente para ella, avísame para mandarte a la mierda.

Sirvió un buen chorro de ginebra en cada vaso.

—Pasemos directamente a la parte importante: está renunciando a todo para

solucionar los problemas de Tina. Por enésima vez. Así que, siempre y cuando seas una distracción placentera y no otro problema que tenga que solucionar, no voy a destrozarte la vida.

—Por Dios, gracias. Y, por cierto, lo mismo digo si te enrollas con Jer.

En su favor, había que decir que no se le cayeron las rodajas de lima ni la ramita de romero que estaba añadiendo a cada vaso cuando mencioné a mi mejor amigo.

—Vaya, así es como uno se siente cuando hay un celestino repelente que mete las narices en todos lados — dijo, impertérrito.

—Sí. No es agradable, ¿verdad?

—Lo he captado. Tal vez necesita un desatascador para sacarse al puto Warner III de la cabeza y empezar a planificar una vida para ella y Way.

—Brindo por ello —dije, haciendo caso omiso de la mala sensación que me había dejado el «desatascador».

—Chinchín. Vamos a decirle a nuestra chica que en quince días sus problemas monetarios se habrán resuelto si está dispuesta a despedirse de todos sus sueños.

Nos dirigimos a la terraza acristalada y salimos al porche; la humedad se había reducido lo suficiente como para que casi se estuviera a gusto fuera. De un altavoz que había en la mesa emanaba música antigua.

Lou se ocupaba de la parrilla, y el crepitar de las brasas y el olor de la carne roja me hizo salivar; Amanda y mi abuela estaban sentadas en unas sillas grandes de madera y se protegían los ojos del sol poniente; los perros, ahora mojados, se sacudían y tomaban el sol sobre la hierba.

Sin embargo, lo que llamó toda mi atención fue Naomi. Estaba metida en el arroyo, que le llegaba hasta las rodillas, con gafas de sol. Llevaba el pelo corto y negro recogido con una pinza e iba ataviada con un bikini de color coral que realzaba todas las curvas de las que había disfrutado esa misma mañana.

Waylay, con un bañador rosa a topos, estaba inclinada y le lanzaba a su tía la fría agua del arroyo con las manos ahuecadas. El chillido de Naomi y la posterior carcajada mientras trataba de vengarse de la niña me afectó, y no en la polla. Me produjo una sensación cálida en el pecho que no tenía nada que ver con el buenísimo *gin-tonic* que tenía en la mano.

Amanda se recolocó el sombrero de paja y suspiró.

—Esto es el paraíso —le dijo a mi abuela.

—Debes de haberte leído una Biblia distinta de la que a mí me enseñaron de

pequeña — bromeó Liza.

—Siempre soñé con tener una familia grande en una casa grande. Todas estas generaciones y estos perros implicados en la vida de cada uno. Supongo que, a veces, no estamos destinados a tener ciertas cosas — dijo, con nostalgia.

Stef carraspeó.

—Señoras, ¿puedo rellenarles esos vasos de cóctel *long island*?

Liza alzó el vaso vacío.

—Me va bien otra ronda.

—Yo todavía tengo, tesoro — le dijo Amanda.

—¿Has decidido perdonarme? — le preguntó Stef.

—Bueno, sí que viniste aquí sin decirme nada — contestó mientras se bajaba las gafas de sol para dedicarle lo que percibí como una mirada de madre —. Pero solo porque querías cuidar de mi niña. Y cualquiera que haga algo así está perdonado.

Stef le dio un beso en la cabeza.

—Gracias, Mandy.

Naomi y Waylay se habían declarado una guerra abierta de salpicaduras voladoras. Arcos de agua surcaban el aire y refulgían con el sol del atardecer.

—¿Cuánto les queda a esas hamburguesas, Lou? — preguntó Liza a voz en cuello.

—Cinco minutos —respondió.

—Knox —me llamó Amanda, y atrajo mi atención.

—¿Sí, señora?

—Ven a pasear conmigo —sugirió.

«Ay, ay».

Stef me dedicó una expresión petulante y desapareció dentro de la casa con el vaso de Liza.

Seguí a Amanda hasta el extremo del porche, bajé las escaleras y nos adentramos en el patio. Me daba la sensación de que no hacía mucho que Nash y yo éramos los que jugábamos en el arroyo asustando a los peces y el abuelo se ocupaba de la parrilla.

Entrelazó su brazo con el mío cuando nos pusimos a pasear.

—Hace muy poco tiempo que conoces a Naomi — empezó.

No me gustaba la dirección que estaba tomando esto.

—A veces no necesitas un pasado para ver el futuro — dije, aunque parecía más bien una puñetera galleta de la fortuna.

Me apretó el brazo.

—Me refería a que, en toda su vida, mi hija nunca se ha precipitado a hacer algo, y menos a acostarse con alguien.

No supe qué contestar a eso, así que mantuve la boca cerrada.

—Por naturaleza, se preocupa de todo el mundo, siempre cuida de los demás. No me sorprende que se ofreciera para encargarse de Waylay, por mucho que su vida estuviera fuera de control. Da, da y da hasta que ya no le queda nada más por ofrecer.

No era ninguna novedad. Si Naomi no estaba sirviendo bebidas a los clientes, estaba ayudando a cualquiera de sus compañeros en la cocina o limpiando el mausoleo en el que vivía Liza.

—Le has traído un café preparado justo como a ella le gusta — continuó —. También me ha contado que vive aquí gracias a ti y que le ofreciste trabajo. Que la traes a casa. Stef me ha comentado que le compraste un teléfono móvil cuando no tenía uno.

Me estaba poniendo nervioso. No era conocido por mi paciencia con las conversaciones cuando desconocía qué rumbo iban a tomar.

—Se preocupa por todo el mundo, pero no quiere que nadie se preocupe por ella — continuó Amanda.

—La entiendo.

—Que te preocupes por ella, que la cuides cuando justo os acabáis de conocer, dice mucho de cómo eres. Igual que el hecho de que Naomi te haya dejado acostarte con ella sin su habitual inspección de noventa y nueve cuestiones.

Me sentía incómodo y satisfecho a partes iguales.

—Con todo el respeto, Amanda, no me gusta hablar de la vida sexual de tu hija contigo.

—Eso es porque eres hombre, cielo — dijo, dándome palmaditas en el brazo —. Solo quiero que sepas que veo cómo cuidas de mi niña. En todo el tiempo que estuvieron juntos, nunca vi que Warner le trajera una taza de café. Nunca vi que hiciera nada por ella a menos que él también saliera beneficiado. Así que, gracias. Gracias por cuidar de mi niña y querer ayudarla.

—De nada. —Me pareció la respuesta adecuada.

—Solo por curiosidad, ¿por qué la llamas Flor? — preguntó.

—Llevaba flores en el pelo cuando la conocí.

La sonrisa de Amanda se ensanchó.

—Dejó a Warner y vino directa hacia ti sin siquiera saberlo. ¿No es impresionante?

No sabía si era impresionante o una nimiedad.

—Sí. Impresionante.

—Bueno, me caes bien, Knox. Lou entrará en razón en algún momento, pero a mí ya me caes bien.

—La cena está lista —gritó Liza desde el porche —. El trasero en las sillas, venga.

—Me muero de hambre —anunció Amanda —. ¿Por qué no sacas a las chicas del arroyo?

—Eh… Claro.

Me quedé ahí de pie mientras la madre de Naomi se dirigía hacia los escalones que conducían a la casa. La risa de Naomi y otra salpicadura me llamaron la atención. Me acerqué a la orilla del arroyo y silbé, y las chicas detuvieron la guerra de agua, riendo y chorreando.

—La cena está lista. Fuera del agua — les dije.

—Qué mandón —susurró Naomi por lo bajini. Waylay soltó una risita de niña.

Coloqué una toalla con una estrella de mar sobre la cabeza mojada de Waylay.

—¿Cómo te ha ido el primer día, peque?

—Bien —respondió esta, mirando desconcertada por debajo de la toalla.

Esa niña era dura como una piedra. Abandonada por una madre inútil, acogida por una tía cuya existencia ignoraba, y ahora conociendo a sus abuelos por primera vez el primer día de vuelta a la escuela. Y le había ido bien.

Se volvió y corrió hacia las escaleras y la comida prometida.

—Ve a lavarte las manos, Way — le dijo Naomi mientras se alejaba.

—¿Por qué? ¡Si acabo de salir del agua! — le gritó Waylay.

—¡Al menos no acaricies a los perros hasta que no hayas comido! «Bien». Es lo único que me ha dicho a mí también — me comentó Naomi mientras la ayudaba a salir a la ribera.

—¿Estás preocupada? —le pregunté, incapaz de apartar la mirada de sus pechos.

—¡Claro! ¿Cómo voy a solucionar cualquier problema si no sé que existe?

—Pues habla con la profesora — sugerí, contemplando cómo el contorno de sus pezones se afilaba bajo los dos triángulos de tela que se interponían entre mí

y lo que quería.

—Creo que eso haré —respondió—. ¿Cómo está Nash?

En vez de contestar, le agarré la muñeca y tiré de ella hacia el patio sombreado que había bajo el porche. Tenía la piel fría del arroyo. Ver sus curvas tan mojadas me estaba volviendo loco.

Agarré la toalla de playa suave que había junto a su ropa, muy bien doblada, en una de las tumbonas que hacía años que no veía la luz del sol, y se la ofrecí.

—Gracias —me dijo, y se inclinó ante mí para pasarse la toalla por el pelo.

El autocontrol de un hombre tenía un límite, y yo acababa de llegar a ese punto. Le arranqué la toalla de las manos y la hice caminar hacia atrás hasta que su espalda se encontró con la columna de soporte.

—Knox… —Le coloqué un dedo en los labios y señalé arriba.

—¿Quién lo quiere en su punto? — preguntó Lou.

—Stef, el vaso no se rellena solo — comentó Liza J.

—¿Qué haces? —susurró Naomi.

Al inmovilizarla con las caderas, entendió el mensaje enseguida. Cuando abrió la boca en una O, tiré abajo de los triángulos del bikini. Hinchadas, exquisitas, mojadas. Se me hizo la boca agua y no tenía nada que ver con la comida que se servía en el porche sobre nosotros.

—Por Dios, Flor. Te veo así y no puedo esperar hasta volver a acostarme contigo.

Hundí la cabeza y cerré la boca alrededor de un pezón erecto. El gritito ahogado y *sexy* que soltó, el modo en que sus manos me agarraban de los hombros y la forma en que se inclinaba en busca de mi boca me revelaron que lo ansiaba tanto como yo. Y todo ese deseo se me acumuló en la polla.

—Te follaría aquí mismo si por un segundo creyera que puedo salirme con la mía.

Apartó una mano de mi hombro y la metió entre nosotros para acariciarme la erección a través de los vaqueros. Le cubrí la mano con la mía y apreté con fuerza. Arremetí contra nuestras manos, ávido de la fricción.

—¡Chicos, a cenar! —gritó Amanda sobre nuestras cabezas.

—Tía Naomi, ¿cuántas judías verdes me tengo que comer?

La mirada vítrea de Naomi se esfumó de golpe. «Madre mía», articuló.

Di un pellizco no demasiado suave a ambos pezones antes de recolocarle el bikini. Quería follármela con ese bikini, deshacerle uno o un par de cordones para garantizar el acceso a todas partes. Y luego quería follar con ella en todas

las posturas posibles hasta que ninguno de los dos pudiésemos caminar. Sin embargo, tendría que cenar empalmado y con público.

Joder, a veces la vida no era nada justa.

Me dio un porrazo en el hombro.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —siseó —. ¡Nuestras familias están aquí mismo!

—Muchas cosas me pasan —le respondí con una sonrisa.

—Eres lo peor. ¡Vamos corriendo! — gritó.

—Lo de correrno mejor lo dejamos para después. — Prometí en voz baja.

Capítulo 26: Síndrome premenstrual y una abusona

Naomi

Llegué al Honky Tonk antes de que empezara mi turno en el inmaculado Ford Explorer de mi padre. Una ventaja de tener a mis padres en el pueblo. Otra ventaja era el hecho de que estaban todos viendo una película con Waylay en casa de Liza. Se me había ordenado que me comprara un coche «cuanto antes».

Entre lo que había ganado en el póker y lo que había sacado de la venta de mi casa, ahora disfrutaba de una situación económica muy sólida incluso con la inminente compra de un coche decente. Y luego estaba el detalle del polvo que habíamos echado Knox y yo esa tarde, cuando había venido a ayudarme a montar el nuevo escritorio de Waylay.

Sentía que la vida me iba bastante bien cuando entré en el Honky Tonk.

—Hola, chicas —les dije a Fi y a Silver —. Hoy estáis preciosas.

—Has llegado antes y estás de muy buen humor — observó Fi, mientras metía el cajón de la caja registradora —. No me gusta que seas así.

Silver me observó mientras colocaba los taburetes de la barra. Se detuvo.

—Tiene cara de orgasmo. No es una de las nuestras.

«Mierda». Lo último que necesitábamos Knox o yo era que nuestros compañeros se pusieran a chismorrear sobre nuestra increíble y satisfactoria vida sexual.

—Anda, venga ya —me burlé y escondí el rostro tras una cortina de pelo mientras me ataba el delantal —. Una puede estar de buen humor sin haber tenido ningún orgasmo. ¿Por qué hay chocolate y parches de calor?

Junto a la caja registradora había un plato de *brownies* envueltos con celofán rosa, una caja de parches de calor adhesivos y una caja de analgésicos.

—El kit de cuidados mensual de Knox — anunció Silver —. ¿Quién te ha provocado esa cara de orgasmo?

—¿Kit de cuidados para qué? — pregunté, haciendo caso omiso de la pregunta.

—Nuestros ciclos están sincronizados. El de Stasia también — me explicó Fi —. Cada mes, el jefe nos monta una cesta de supervivencia menstrual y nos trata bien un par de días.

—Qué detalle tan bonito por su parte — observé.

Fi dio una palmada en la barra.

—¡Madre-mía-del-amor-hermoso-te-has-acostado-con-Knox!

—¿Qué? ¿Yo? ¿Con Knox? —Noté que me sonrojaba —. ¿Por qué dices eso? ¿Puedo comerme un *brownie*?

—Está tratando de desviar el tema — sentenció Silver.

—Sí, Naomi. No sabes poner cara de póker, tendrías que practicar. ¡Qué emoción, joder! ¿Sabes que nunca se había tirado a ninguna empleada? ¡Ya decía yo que saltaban chispas! ¿No te dije que saltaban chispas? — Fi le dio una palmada en el hombro a Silver.

—Sí. Chispas —coincidió Silver—. Entonces, ¿tenéis algo? ¿O fue más cosa de la excitación del momento, «a mi hermano le acaban de disparar» y eso?

—En una escala de «Bah» hasta «Me ha destrozado la vagina para siempre», ¿cómo de bien lo hace? — preguntó Fi.

Esto no estaba saliendo como tenía previsto. Mis ojos se posaron en las puertas de la cocina y volvieron a las expresiones expectantes que tenía delante. En este pueblo, las noticias corrían como la pólvora, y no quería alimentar habladurías.

—Chicas, no quiero hablar de esto, la verdad.

Se quedaron inmóviles, observándome, y luego intercambiaron una mirada y asintieron.

—Vale, voy a contarte lo que vamos a hacer — empezó Fi —. Nos lo vas a explicar todo y, a cambio, nosotras no le contaremos nada a nadie.

—¿O si no, qué? —repliqué.

La sonrisa que esbozó Silver era infame.

—O si no, nos podemos pasar todo el turno preguntándonos en voz alta quién te ha hecho sonreír así, delante de los clientes.

—Eres malvada.

—Somos malvadas. Pero se nos puede comprar — me recordó Fi.



—Tus padres te pillaron con tu rollo de una noche. Un clásico — dijo Silver diez minutos después, cuando hube terminado de desembucharlo todo.

—Y tienes la vagina destrozada — añadió Fi.

—No tenemos nada. A menos que seáis mis padres o la trabajadora social que tiene que evaluar mi estabilidad como tutora; en tal caso, nos ha embargado un amor inesperado.

—Pero sí que os acostáis juntos — quiso confirmar Silver.

—Solo durante un tiempo —recalqué.

Silver levantó la ceja con el *piercing*. Fi dejó de engullirse el *brownie*.

—Decirlo en voz alta hace que parezca una tontería. ¿Tal vez deberíamos dejarlo y prepararnos para abrir?

—Bah. Tengo síndrome premenstrual. Prefiero comerme otro *brownie* y hablar sobre la longitud de los penes y la intensidad de los orgasmos — dijo Fi.

Me salvé de responder cuando mi teléfono me indicó que había recibido un mensaje:

Sloane: La bocazas de mi sobrina me ha informado de algo que creo que deberías saber.

Yo: ¿Qué? ¿Peinarme con la raya al lado está pasado de moda?

Sloane: Sí. Pero también me ha dicho que la profesora ha sido muy dura con Way estos dos días.

Yo: ¿A qué te refieres?

Sloane: Me ha contado que la señora Felch trata mal a Waylay. Que le chilla delante del resto de la clase y hace comentarios «raros» sobre su madre. Chloe y Nina tuvieron problemas por defenderla.

Yo: Gracias por decírmelo.

Sloane: Vas a ponerte como una mamá leona con la profesora de primaria, ¿verdad?

Me guardé el móvil en el bolsillo.

—Siento haceros esto, pero tengo que irme al colegio de Waylay.

—¿Se ha metido en líos? —preguntó Fi.

—No, pero la señora Felch sí. ¿Os importa cubrirme hasta que vuelva?

Silver alzó la mirada del parche de calor que se estaba colocando en el vientre.

—Te cubro si al volver me traes uno de esos *pretzels* recubiertos de caramelo que venden ahí al lado del colegio.

Los ojos de Fi se iluminaron.

—¡Oh! ¡Trae dos!

—Que sean tres, mejor —corrigió Silver —. Max llega a las cuatro y media y está en el segundo día del tomate.

—Tres *pretzels* recubiertos de caramelo. Apuntado — dije mientras me desataba el delantal y agarraba el bolso —. ¿Seguro que no os importa?

Fi hizo un gesto para tranquilizarme.

—Las primeras dos horas siempre son muy tranquilas. Y Knox no vendrá en plena semana de la llegada de Andrés.

—¿Andrés?

Señaló los analgésicos y los *brownies*.

—Ah, vale, el que viene cada mes. ¡Gracias por cubrirme! — Les di besos al aire y me dirigí hacia la puerta.

La escuela se erigía a menos de dos manzanas, así que fui a pie. Me brindó el tiempo necesario para ir alimentando un buen enfado. Estaba muy harta de que la gente creyera que podía juzgar a alguien solo por el comportamiento de otro miembro de su familia. Había pasado toda mi vida en la sombra de las fechorías de Tina, y detestaba que ahora Waylay se enfrentara al mismo problema.

No era más que una niña. Tendría que haber estado yendo a dormir a casa de amigas, jugando, comiendo comida basura a escondidas, y no teniendo que afrontar las secuelas de la reputación de su madre. Y lo que era peor: no había confiado en mí lo suficiente como para contarme que tenía problemas con la profesora. ¿Cómo iba a solucionar un problema si no sabía que existía?

La escuela primaria de Knockemout era un edifico achaparrado de ladrillos en medio del pueblo. Tenía el típico patio de recreo de madera a la derecha y una larga entrada asfaltada en la que los autobuses descargaban y cargaban alumnos cada día. La jornada escolar ya había terminado, pero esperaba encontrar a la señora Felch dentro.

Las puertas principales seguían abiertas tras el éxodo masivo de alumnos, así que entré. Olía a abrillantador de suelo y a desinfectante. Solo estábamos en la primera semana de curso, pero los tablones de anuncios que había ante las clases de sexto ya estaban llenos de dibujos y pinturas. Menos el del aula 303, que estaba prácticamente vacío: solo había un calendario con una cuenta atrás y un trozo de papel con el nombre de la señora Felch.

No la había conocido en la reunión de la vuelta al cole. Estaba enferma, por eso no había asistido, y me había pasado la mayor parte de la hora recordando a padres y profesores que yo no era mi hermana. Me reprendí por no haber hecho un esfuerzo mayor para conocerla antes de dejarla a cargo de mi sobrina.

Divisé a una mujer sentada tras una mesa en la parte delantera de la clase. Calculaba que tendría unos cincuenta y pocos. Su pelo canoso estaba recogido en un moño tan apretado que seguro que le daba dolores de cabeza, e iba vestida, de pies a cabeza, de distintos tonos de *beige,* con los labios apretados en una fina línea mientras miraba algo en su móvil. Daba la imagen de ser alguien decepcionado con todo lo que la vida podía ofrecerle.

Llamé a la puerta someramente y entré en la clase.

—Señora Felch, no me conoce, pero…

La mujer alzó la vista y se le cayó el móvil. Entrecerró los ojos.

—No me engañes. Sé quién eres.

Por favor. ¿Acaso el rumor aún no había llegado a la escuela?

—No soy Tina, me llamo Naomi Witt. Mi sobrina, Waylay, forma parte de su clase y me gustaría hablar con usted sobre cómo la ha estado tratando.

Nunca se me habían dado bien los enfrentamientos. Qué demonios, si había salido a rastras por la ventana del sótano de una iglesia para huir de una boda en vez de decirle al novio que no iba a casarme con él.

Pero en ese momento, sentía una rabia que me hacía hervir la sangre. Relajarme ahora no era una opción, y retirarme, tampoco.

—¿Cómo la he estado tratando? La he estado tratando como se merece — gruñó la señora Felch. Las arrugas de su rostro se profundizaron —. La trato como la hija de una puta se merece que la traten.

—¿Perdone?

—Ya me has oído.

Detecté un movimiento por el rabillo del ojo que me llamó la atención, y me di cuenta de que tenía un problema mucho más grave que el que suponía una profesora de sexto espantosa.

Capítulo 27: Venganza con ratones de campo

Knox

Entré en el Honky Tonk por la cocina, dando vueltas a las llaves en el dedo y silbando.

—Alguien está de buen humor — observó Milford, el ayudante de cocina.

Me pregunté hasta qué punto solía comportarme como un capullo para que mi buen humor se hubiese convertido en noticia de última hora, y luego decidí que en realidad me importaba un comino.

Tras asegurarme de transformar mi expresión en mi habitual cara de pocos amigos, me dirigí hacia el bar. Había media docena de clientes repartidos por el local. Max y Silver estaban comiendo *brownies* detrás de la barra con la mano colocada sobre el vientre.

Fi salió del baño con las manos en las lumbares.

—Por Dios, ¿por qué tengo que mear ciento cuarenta y siete veces al día cuando viene Caperucita Roja? — gruñó, y luego me vio —. ¿Qué leches haces aquí? Si es día de regla.

—Soy el propietario del bar — le recordé mientras lo inspeccionaba.

—Ya. Y también eres lo bastante listo como para no aparecer por aquí cuando tienes a tres mujeres menstruando en un mismo turno.

—¿Dónde está Naomi? —pregunté.

—No uses ese tono conmigo hoy, Knoxy, o te parto la cara.

No había usado ningún tono, pero sabía que no debía señalarlo.

—Os he traído *brownies*.

—Nos has traído *brownies* para que no nos encerremos en la cocina a llorar.

Razón no le faltaba. Fi conocía mi secreto: las lágrimas eran mi criptonita. No soportaba a una mujer llorando; me hacía sentir impotente, desesperado, y me cabreaba.

—¿Dónde está Naomi? —repetí, tratando de modular el tono.

—Estoy bien, Knox, gracias por preguntar. Y, aunque siento que tengo el útero estrujado dentro del cuerpo para poder expulsarlo por mi canal femenino, me encanta tener que trabajar esta noche.

Abrí la boca para replicar, pero alzó un dedo.

—No, no. Yo de ti no lo haría — me aconsejó.

Cerré la boca y me dirigí a Silver, que estaba en la barra.

—¿Dónde está Naomi?

Su expresión se mantuvo impertérrita, pero sus ojos se desviaron hacia Fi, quien estaba haciendo un movimiento exagerado de cortarse el cuello.

—¿Va en serio? —pregunté.

Mi gerente puso los ojos en blanco.

—Muy bien. Naomi ha venido, pero ha habido algún problema con la profesora de Waylay. Se ha ido para ocuparse de eso y nos ha pedido que la cubriéramos.

—Cuando vuelva, nos traerá *pretzels* — terció Max con un trozo de *brownie* entre los dientes mientras pasaba arrastrando los pies con dos cervezas. Estaba casi seguro de que eso era un atentado contra las normas de higiene, pero era lo bastante listo como para no mencionarlo.

Observé a las mujeres que me rodeaban.

—¿Pensabais que me cabrearía porque se hubiese ido a la escuela a atender un asunto?

Fi esbozó una sonrisita.

—No. Pero es un día muy tranquilo. Me ha parecido que así sería más divertido.

Cerré los ojos y empecé a contar hasta diez.

—¿Por qué no te he echado todavía?

—¡Porque soy maravillosa! — canturreó, abriendo los brazos de par en par. Se estremeció y se agarró el vientre —. Puta regla.

—Ni que lo digas —coincidió Silver.

—Poneos uno de esos parches de calor y sentaos de vez en cuando por turnos — les aconsejé.

—Mira, el experto en menstruación ha llegado — dijo Fi.

—Trabajar con el equipo de sincronizadas me ha enseñado cosas que nunca querría haber sabido. ¿Quién es la profesora?

—¿Qué profesora? —preguntó Max cuando pasó junto a nosotros con un par de vasos vacíos. El *brownie* había desaparecido. Deseé que no se le hubiera caído en una de las cervezas.

—La profesora de Waylay —dije, exasperado —. ¿Ha dicho cuál era el problema?

—¿Hay alguna razón que explique por qué estás tan interesado? — preguntó Fi, con demasiado aire de suficiencia para mi gusto.

—Sí. Le pago para que esté aquí, y no está aquí.

—Estás usando un tono agresivo y no reacciono bien a la agresividad cuando estoy con el tomate — me advirtió Silver.

Por esta razón nunca me acercaba al Honky Tonk cuando el calendario me avisaba de que había Código Rojo.

—La señora Felch —soltó Max desde el rincón que se había agenciado. Estaba sentada en una silla con los pies apoyados en una segunda y un paño húmedo sobre la frente y los ojos.

—Personalmente, no soy muy fan de la señora Felch. Uno de mis hijos la tuvo, y les mandó deberes para hacer durante las Navidades — recordó Fi.

—Joder.

Fi y Silver se volvieron para mirarme. Max se asomó por debajo de la compresa fría.

—La señora Felch está casada — dije.

—Sí, señora suele usarse en ese sentido — comentó Silver, con condescendencia.

—La señora Felch está casada con el señor Felch. Nolan Felch.

Fi fue la primera en pillarlo.

—Ay… Mierda. Qué mal.

—Espera, ¿no fue con el que Tina…?

—Sí, exacto. Tengo que irme. Tratad de no ahuyentar a todos los clientes.

Fi se burló:

—Han venido por los chupitos de *bloody mary* que repartiremos a la hora del aperitivo.

—Lo que tú digas. Hasta luego.

Mientras me dirigía al aparcamiento, me juré no volver al Honky Tonk durante un Código Rojo. Casi había llegado a la camioneta cuando apareció el

Buick de Liza. Pero era el padre de Naomi, con arrugas de preocupación cinceladas en la frente, quien conducía, y no mi abuela. El asiento del copiloto lo ocupaba Amanda, que parecía nerviosa.

—¿Va todo bien? —pregunté tras fijarme en sus expresiones.

—Waylay ha desaparecido —anunció Amanda, con la mano sobre el corazón —. Se ha ido andando a la cabaña a buscar los deberes y se suponía que volvería directa a casa de Liza. Íbamos a cenar y a ver una película.

—Pero no ha vuelto, y su bicicleta no está — añadió Lou con aspereza —. Esperamos que Naomi la haya visto.

Solté una maldición en voz baja.

—Naomi no está, ha habido algún problema en la escuela con la profesora de Way y ha ido a ocuparse del asunto.

—Tal vez Waylay haya ido al mismo sitio — dijo Amanda, que agarró a su marido del brazo.

—Ahí me dirigía —añadí, en tono grave.

—¿Formas parte de la asociación de familias? — se mofó Lou.

—No, pero te aseguro que ayudaré a tu hija cuando se meta de lleno en esa emboscada.



Hice caso omiso del límite de velocidad y de las señales de *stop* en el corto trayecto hasta la escuela primaria, y me di cuenta de que Lou hacía lo mismo detrás de mí. Aparcamos en dos plazas colindantes y atravesamos las puertas decididos, como un frente unido.

No había puesto un pie en la escuela desde que había sido alumno. Parecía que no habían cambiado muchas cosas.

—¿Cómo sabemos adónde tenemos que ir? — se preguntó Amanda cuando accedimos al interior del edificio.

Oí gritos que procedían de uno de los pasillos.

—Me juego lo que quieras a que en esa dirección — respondí.

—¡Tu hermana me arruinó la vida!

Me puse a correr como un loco hacia los gritos, sin esperar a los Witt. Llegué a la puerta abierta justo a tiempo para ver cómo una señora Felch furibunda

cerraba los puños mientras invadía el espacio personal de Naomi. Entré en la clase a grandes zancadas, pero ni la una ni la otra me prestaron un ápice de atención.

—Por lo que me has contado, yo diría que fue tu marido quien arruinó tu matrimonio. Una niña inocente de once años seguro que no tiene la culpa — dijo Naomi, con los brazos en jarras, sin ceder un centímetro ante la mujer.

Llevaba otra falda vaquera *sexy*. Esta tenía el dobladillo desgastado con hilillos colgando que le acariciaban los muslos. Me encantó cómo le quedaba y, a la vez, detesté que se la hubiese puesto para servir cerveza a otros hombres.

—Es hija de su madre, ¿no? Ninguna de vosotras tenéis nada de inocente — le espetó entre dientes la señora Felch, que señalaba acusadoramente a Naomi en la cara.

Mis planes para Naomi y su corta falda tendrían que esperar.

—Y una mierda.

Mi intervención hizo que ambas mujeres se volvieran de golpe. Los ojos de la señora Felch se abrieron tras el cristal de sus gafas. Podía dar mucho miedo si me lo proponía y, ahora mismo, quería causar puto terror. Di dos pasos adelante y la señora retrocedió hasta su mesa como una rata acorralada con bifocales.

—Knox —dijo Naomi con los dientes apretados —. Me alegro tanto de que hayas venido. — Inclinaba la cabeza para señalar sutilmente hacia la pared flotante que creaba un guardarropa justo por dentro de la entrada.

Miré en esa dirección y entreví un pelo rubio y azul. Waylay, con un tarro lleno de dios sabe qué, me saludó moviendo los dedos, avergonzada, tendida bocabajo en el suelo.

—Joder —musité.

—Las palabrotas sobran —ladró la señora Felch.

—Y una mierda —repetí, y me recoloqué para ocultar parte de la abertura que daba al guardarropa —. Y creo que los abuelos de Waylay también estarán de acuerdo.

Di un golpe de cabeza hacia Lou, que, hasta ese momento, había estado agarrando a Amanda del jersey fino de verano que llevaba.

—Parece que tenemos una reunión familiar — dije, cruzándome de brazos.

—Viendo cómo salió vuestra hija, no os penséis que me voy a tragar esta supuesta muestra de apoyo familiar — dijo la señora Felch con desdén —. Waylay es una delincuente juvenil, y su madre es una puta *quitamaridos* adicta a las pastillas que pertenece a la estofa más baja de la sociedad.

—Tenía entendido que sobraban las palabrotas.

—Virgen santa —susurró Amanda, y supuse que acababa de descubrir a su nieta.

—¿Eh? —Lou tardó más en entender las cosas, y solo lo hizo cuando su mujer le señaló el quid de la cuestión —. Ay, caray — musitó entre dientes.

Avanzó para situarse a mi lado, hombro con hombro, y Amanda se colocó a su derecha. Juntos, creamos una barrera entre Waylay y la mierda de profesora que tenía. Naomi pareció aliviada, y, entonces, se volvió para enfrentarse al *kraken*.

—Señora Felch —le espetó, y atrajo toda la atención de la mujer.

Chasqueé los dedos hacia Waylay y señalé la puerta. Esta empezó a arrastrarse sobre la barriga hacia la puerta. Naomi hizo aspavientos y caminó en la dirección opuesta de la clase como si le estuviera dando un ataque.

—De verdad que entiendo su situación. Empatizo con usted; no se merecía lo que le hicieron su marido y mi hermana. Sin embargo, usted es la responsable no solo de enseñar a todos estos alumnos, sino de hacerlos sentir seguros en clase. Y sé de buena tinta que está incumpliendo de forma manifiesta ese deber.

Las zapatillas de Waylay desaparecieron por el pasillo.

—Tina se llevó a mi marido a la cama y…

—Ya basta —espeté, y a la mujer le tembló el labio.

—Sí, eso —coincidió Amanda, que retrocedió hacia la puerta —. ¡Ay! Me acabo de acordar: me he dejado el bolso en el pasillo. — Salió corriendo hacia el pasillo… agarrando bien el bolso.

Naomi se acercó y se detuvo delante de mí.

—Le daré el fin de semana para que decida si va a cambiar su conducta para que todos sus estudiantes, incluida mi sobrina, se sientan a salvo en su aula. Si se niega, no solo haré que saquen a Waylay de su tutoría, sino que hablaré con el consejo escolar y montaré un escándalo.

La rodeé con un brazo y la acerqué hacia mí. Naomi la Escupefuego podía ser un poco aterradora cuando no desahogaba su frustración con un cojín.

—Y lo hará —terció Lou con orgullo —. No va a parar hasta que se quede sin la tutoría, y los demás la respaldaremos en todo lo que haga falta.

—Esto no tenía que pasar —susurró la señora Felch. Se dejó caer, cansada, en su silla —. Se suponía que íbamos a jubilarnos juntos y a recorrer el país con la autocaravana. Y ahora no puedo ni mirarlo a la cara. La única razón por la que se ha quedado es porque la otra lo dejó tan rápido como lo sedujo.

Supuse que para Lou no era fácil oír hablar de una de sus hijas en esos términos, pero el hombre lo disimuló muy bien. Noté cómo la rabia abandonaba a Naomi.

—No se merecía lo que le pasó — reiteró Naomi, con tono más agradable —. Pero Waylay tampoco. Y no voy a permitir que nadie la haga sentir responsable por decisiones que han tomado adultos. Tanto usted como Waylay se merecen algo mejor que lo que les ha tocado.

La señora Felch se estremeció y se hundió todavía más en el asiento. Di un apretón a Naomi para transmitirle mi aprobación.

—Le dejaremos un fin de semana — le dijo —. Mándeme por correo electrónico su decisión. Si no, la veré el lunes por la mañana.



—¡Waylay Regina Witt!

Al parecer, Naomi no había terminado de chillar cuando volvimos al aparcamiento, donde Amanda y Waylay esperaban junto al coche de mi abuela.

—A ver, Naomi —empezó Amanda.

—No me digas «A ver, Naomi», mamá. ¡Hay alguien que mide menos de metro y medio que lleva mechas azules que me tiene que explicar por qué cuando he venido a discutir cierta situación con su profesora me la he encontrado escondida en el guardarropa con un tarro con ratones! Tendrías que estar en casa de Liza, con tus abuelos.

Waylay clavó la vista en sus zapatillas. Eran las rosas que le había comprado yo. Había añadido un corazón a los cordones. Había dos ratones acurrucados sobre una capa de hierba seca en el tarro que tenía junto a los pies.

—La señora Felch estaba siendo un auténtico coñ…

—Pobre de ti como termines esa frase — la cortó Naomi —. Suficientes problemas tienes ya.

La expresión de Waylay se tiñó de rebeldía.

—No he hecho nada malo. Vine a la escuela el primer día y ya me trató mal, pero que muy mal. Me gritó delante de todo el mundo en la cafetería porque se me había derramado la leche con chocolate. Castigó a todo el mundo sin recreo y dijo que era por mi culpa, por no respetar las cosas que son de los demás. Y

luego, cuando repartía un papel sobre no sé qué tontería de venta de pasteles que teníamos que dar a los padres, me dijo que yo no necesitaba ninguno porque mi madre estaba demasiado ocupada en la cama como para encontrar la cocina.

Naomi parecía estar a punto de sufrir un aneurisma.

—Tranquilízate —le aconsejé, y la aparté detrás de mí.

Posé una mano sobre un hombro de Waylay y le di un apretón.

—Mira, peque. Creo que todos entendemos que no estás acostumbrada a contar con una persona adulta que te defienda, pero tendrás que habituarte. Naomi no se va a ir a ningún lado, y ahora también tienes a tus abuelos, y a mí, a Liza J. y a Nash. Pero nos has matado de miedo al desaparecer así.

Rascó el asfalto con la zapatilla.

—Lo siento —dijo, malhumorada.

—Lo que quiero decir es que ahora puedes contar con mucha más gente. No tienes que hacerlo sola. Y tu tía Naomi puede hacer muchísimo más que dejar unos ratoncitos en el cajón de la mesa de la profesora.

—También le iba a meter un virus en el ordenador. Uno de esos tan molestos, que añade números y letras de más cuando escribes — dijo, con las mejillas rojas de la indignación.

Reprimí la sonrisa mordiéndome la mejilla por dentro.

—Vale, eso no está nada mal — reconocí —. Pero no es una solución a largo plazo. Tu profesora supone un problema que no puedes resolver tú sola. Estas mierdas tienes que contárselas a tu tía para que pueda arreglarlas justo como acaba de hacer ahí dentro.

—La señora Felch parecía asustada — observó Waylay, echando un vistazo a Naomi a mis espaldas.

—Tu tía puede dar mucho miedo cuando en vez de gritar a los cojines grita a las personas.

—¿Me he metido en un lío? — preguntó Waylay.

—Sí —respondió Naomi con firmeza.

Justo cuando Amanda insistía:

—Claro que no, cariño.

—¡Mamá!

—¿Qué? —preguntó Amanda con los ojos como platos —. Ha pasado unos días muy traumáticos en la escuela, Naomi.

—Tu madre tiene razón —dijo Lou —. Deberíamos pedir una reunión de urgencia con el director y el superintendente escolar. Tal vez puedan convocar

una reunión extraordinaria del consejo escolar esta misma noche.

—Qué vergüenza —se quejó Waylay.

No sabía qué demonios hacía entrometiéndome en una discusión familiar, pero lo hice de todos modos.

—¿Por qué no dejamos que la señora Felch sufra un poco durante el fin de semana? Naomi le ha dejado las cosas muy claras. Ya solucionaremos lo que se tenga que solucionar el lunes por la mañana — sugerí.

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? — exigió Lou, que descargó su ira conmigo.

—¡Papá!

Parecía que ahora le tocaba a Naomi morirse de la vergüenza. Se colocó a mi lado.

—Waylay, ve a dejar a los ratones libres allí donde empiezan los árboles — le ordené.

Esta me dirigió una mirada recelosa antes de irse correteando hacia la delgada franja de árboles que había entre la escuela y Knockemout Pretzels. Esperé hasta que se hubo alejado lo suficiente antes de dirigirme a Lou:

—Estoy aquí porque Naomi se iba a encontrar con una situación de la que no sabía nada. Felch se la tenía jurada a Tina desde que su marido se la tiró este verano. Todo el pueblo lo sabía. Y ahora, de nuevo, Naomi está arreglando el desastre que Tina ha dejado. Y me da la sensación de que lleva toda la vida haciéndolo. Así que, quizá, podríais dejar de ser tan duros con ella, o, mejor, ayudarla a arreglar las cosas por una vez.

Lou parecía querer pegarme un puñetazo, pero vi el efecto que mis palabras tenían en Amanda. Esta colocó una mano en el brazo de su marido.

—Knox tiene razón, Lou. Que cuestionemos a Naomi no sirve de nada.

Naomi inspiró hondo y expulsó el aire lentamente. Le acaricié la espalda con una mano.

—Tengo que ir a trabajar —dijo—. Ya me he saltado una hora de mi turno. Por favor, ¿podéis llevaros a Waylay a casa y evitar que vuelva a desaparecer?

—Claro, cariño. Y ahora que sabemos que es muy lista, la vigilaremos con más cuidado.

—Le quitaré la rueda de delante de la bicicleta — decidió Lou.

—Tengo que saltar al capítulo sobre disciplina del libro que saqué de la biblioteca — observó Naomi —. ¡Mierda! No me gusta no leer un libro por orden.

—La hija de Judith cambia la contraseña del wifi y no la vuelve a poner bien hasta que sus hijos dejan de estar castigados — sugirió Amanda, con aire solícito.

Waylay regresó con el tarro vacío y noté que Naomi volvía a inspirar hondo.

—La señora Felch está metida en un lío más grande que tú, Waylay. Pero Knox lleva razón. Tienes que contarme estas cosas; no me digas que todo va bien cuando no va bien. Estoy aquí para ayudarte, no puedes huir y desaparecer para vengarte de todo el mundo que te trate mal. Y menos con ratoncitos inocentes.

—Les he dado comida y les iba a dejar agua en el cajón — explicó Waylay.

—Hablaremos de todo esto mañana por la mañana — dijo Naomi —. Tus abuelos te llevarán a casa y serán ellos los que decidan si esta noche te toca limpiar el suelo o si aún puedes ver películas.

—Películas, ya te lo digo yo — susurró Lou.

—Pero tendrás que limpiar todos los platos de la cena — añadió Amanda.

—Siento haberos preocupado tanto — dijo Waylay con un hilo de voz. Levantó los ojos para mirar a Naomi —. Y siento no habértelo contado.

—Disculpas aceptadas —repuso Naomi. Se agachó y le dio un abrazo a la niña —. Y ahora, tengo que irme a trabajar.

—Yo te llevo —me ofrecí.

—Gracias. Os veo mañana por la mañana — dijo, cansada.

Se sucedió un coro de despedidas y Naomi se encaminó hacia la camioneta. Me esperé hasta que hubo abierto la puerta del copiloto y, entonces, interrumpí a Amanda, que ya estaba planeando hacer una parada para comer helado de camino a casa.

—¿Podéis hacerme un favor y pasaros por el Honky Tonk para recoger el Explorer? Esta noche me encargaré de llevar a Naomi a casa.

Tenía algo planeado.

Capítulo 28: El huerto

Knox

—Se ha escapado de casa — dijo Naomi, mirando por la ventanilla y agarrando la bolsa de *pretzels* calientes que llevaba en el regazo.

—No se ha escapado, se ha ido de extranjis — rebatí.

—Sea como sea, ¿cómo me hace quedar como tutora? He dejado que una niña de once años se pasee por el pueblo con un tarro de ratones y un virus informático.

—Flor, tienes que dejar de ponerte tan nerviosa por esto de la custodia. ¿De verdad crees que cualquier juez con dos dedos de frente va a decidir que Way está mejor con su madre?

Me fulminó con la mirada.

—Cuando sean tus decisiones vitales las que estén siendo inspeccionadas con lupa por el sistema legal, decides si ponerte nervioso o no.

Negué con la cabeza y doblé por un sendero por el que la camioneta apenas pasaba.

—Por aquí no se va a trabajar — observó.

—No volvemos al bar todavía — le dije mientras dábamos botes por el camino lleno de baches.

—Tengo que volver, hace rato que ha empezado mi turno — insistió.

—Cielo, tienes que dejar de obsesionarte por las cosas que deberías estar haciendo y sacar tiempo para lo que tú quieras hacer.

—Quiero volver al trabajo. Hoy no tengo tiempo para que me mates en el bosque.

Los árboles se separaron y un prado de hierba alta se extendió delante de nosotros.

—Knox, ¿qué haces?

—Acabo de ver cómo le plantabas cara a esa dictadora que quería desahogarse con una niña — empecé.

—Hay personas que no saben gestionar su dolor — dijo Naomi, con la vista fija al otro lado de la ventanilla, otra vez —. Y por eso se desahogan con quien tengan cerca.

—Ya, bueno, pues me ha gustado ver cómo te enfrentabas a una abusona con esa minifalda que llevas.

—¿Y por eso me has secuestrado? — preguntó —. ¿Dónde estamos?

Detuve la camioneta junto a los árboles y paré el motor.

—El huerto. Al menos, así es como se llamaba cuando iba al instituto. Solíamos traer cerveza a escondidas y hacíamos hogueras. La mitad de mi clase perdió la virginidad en este campo.

La sombra de una sonrisa le aleteó en los labios.

—¿Y tú?

Rodeé el respaldo de su asiento con el brazo.

—No. Yo la perdí en el establo de Laura Beyler.

—Knox Morgan, ¿me has traído aquí para darnos el lote cuando debería estar trabajando?

Parecía consternada.

—Ah, pretendo hacer mucho más que darnos el lote — dije, mientras me inclinaba hacia ella para desabrocharle el cinturón. Una vez conseguido, le quité los *pretzels* del regazo y los tiré al asiento de atrás.

—No puede ser que lo digas en serio. Tengo que trabajar.

—Cielo, yo no hago bromas cuando se trata de sexo. Además, trabajas para mí.

—Sí, en tu bar, que está lleno de mujeres con síndrome premenstrual esperando esos *pretzels*.

Negué con la cabeza.

—Todo el pueblo sabe que es Código Rojo. Será una noche tranquila.

—Me incomoda que un pueblo entero conozca el ciclo menstrual de unas mujeres.

—Oye, estamos normalizando la regla y tal — protesté —. Y ahora, ven, trae ese culo *sexy* hacia aquí.

Naomi la Buena estaba librando una batalla interna con Naomi la Mala, pero sabía cuál de las dos iba a ganar por la forma en que se mordía el labio.

—Entre esa falda y la forma en que has defendido a Way, me ha costado mucho no tocarte delante de la niña y de tus padres. Por poco no me muero del esfuerzo. Tenemos suerte de haber llegado hasta aquí; la tengo tan dura que no me queda sangre en el cerebro.

—¿Me estás diciendo que te pone cachondo verme chillarle a alguien?

—Flor, cuanto antes dejes de hablar, antes podré arrastrarte por el asiento y hacer que te olvides del trabajo y de las profesoras de mierda.

Me observó con los párpados pesados unos segundos.

—De acuerdo.

No le di la oportunidad de replanteárselo. La agarré por debajo de los brazos y me la coloqué sobre el regazo de forma que quedó sentada a horcajadas sobre mis muslos, con la falda arremangada por la cintura.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me encantan estas faldas? — le pregunté antes de devorarle la boca.

Se separó.

—De hecho, me dijiste que las detestabas, ¿no te acuerdas?

Apreté los dientes mientras ella sonreía con maldad y se frotaba contra mi polla a través de los vaqueros.

—Pues mentí.

—Estamos siendo muy irresponsables — dijo.

Estiré hacia abajo el escote de su camiseta de tirantes del Honky Tonk, llevándome por delante también el sujetador, y sus tetas desnudas aparecieron ante mi cara. Tenía los pezones erectos, me suplicaban que los lamiera. Si me hubiese quedado un solo mililitro de sangre en el cerebro, se habría ido hacia abajo con esas vistas.

—Más irresponsable eres cuando me haces ser testigo de cómo trabajas todo el turno con esa puta falda sin haber hecho que te corrieras antes.

—Sé que debería ofenderme que hables así, pero…

Me incliné hacia adelante y atrapé un pezón duro y rosado entre los labios. No necesitaba que terminara la frase. A través de los pantalones ya notaba lo mojada que estaba. Sabía el efecto que mis palabras tenían en ella, y no era nada comparado con lo que era capaz de hacer el resto de mí.

Se estremeció cuando empecé a chupar y, en un abrir y cerrar de ojos, noté sus dedos en la hebilla de mi cinturón. Moví las caderas para que pudiera llegar

mejor y sonó la bocina.

Ahogó un grito.

—¡Uy! Lo siento, ha sido el culo. Quiero decir, que he dado un golpe con el culo en la bocina, no que lo ha hecho mi culo.

Sonreí con el rostro hundido entre sus pechos. Esta mujer me lo hacía pasar bien en más sentidos que el evidente. Entre los dos, conseguimos bajarme los vaqueros hasta la mitad de los muslos y liberarme el pene palpitante, y solo hicimos sonar la bocina una vez más. No quería esperar. Necesitaba metérsela ya y, a juzgar por los gemidos entrecortados que profería su garganta, Naomi estaba igual que yo. La levanté rodeándola por las caderas con un brazo y usé la otra mano para orientar la punta de la polla justo donde la quería: en esa cueva de las maravillas apretada y húmeda.

Mi particular cueva de las maravillas apretada y húmeda. Naomi estaba conmigo. Por ahora, al menos, y con eso me bastaba.

Mientras la agarraba de la cadera con ambas manos, la hice descender al mismo tiempo que yo empujaba hacia arriba, y la penetré. Gritó mi nombre y tuve que ponerme a hacer ejercicios mentales urgentemente para evitar correrme en ese preciso instante. Su coño tembloroso me la estaba estrangulando entera.

La mantuve ahí, empalada, mientras con la boca redescubría sus pechos perfectos. Habría jurado que notaba el eco de cada lametón fuerte en las paredes que me apretaban por todos lados.

Era como estar en el paraíso. Era como estar…

—Joder, cariño —dije, tras soltarle el pecho —. Mierda. El condón.

Soltó un gemido bajito.

—Knox, si mueves un músculo, me voy a correr. Y si me corro…

—Harás que me corra yo también — supuse.

Cerró los ojos y entreabrió la boca. Era la viva imagen del éxtasis bañada por el sol del atardecer. Pero yo no era un adolescente, no me había olvidado de traer protección. Qué cojones, si no solo tenía un condón en la cartera, como haría cualquier hombre responsable, sino que también tenía un puñado en la guantera.

—¿Alguna vez has…?

Negó con la cabeza antes de que pudiera terminar de formular la pregunta.

—Nunca.

—Yo tampoco.

Le acaricié una y otra vez los pechos. Abrió los ojos y se mordió el labio.

—Esto me gusta tanto…

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer — le advertí.

Pero yo sí que quería hacerlo. Quería terminar sin protección, liberarme en su interior y notar cómo se mezclaban nuestros fluidos. Quería ser el primer hombre en hacerlo así y plantar mi bandera en sus recuerdos como el primero que había hecho algo memorable.

—Tomo anticonceptivos —dijo, con timidez.

Saqué la lengua para jugar con el otro pezón.

—Yo estoy limpio —murmuré—. Te lo puedo demostrar.

Naomi era una mujer a quien le gustaba la información y los números. Si quería ver mi historial médico, no me importaba. Y más si significaba que podría moverme y notar cómo me montaba hasta que se corriera sin nada entre ella y yo.

—Vale —dijo.

La sensación que me atenazó el pecho fue mejor que ganar la puta lotería: saber que ella confiaba en mí tanto como para hacer esto, para cuidar de su salud.

—¿Estás segura? —insistí.

Tenía los ojos abiertos, fijos en los míos.

—Knox, esto me gusta demasiado. No quiero ir con cuidado; esta vez, no. Tengo ganas de ser imprudente y… No sé. ¡Muévete, por favor!

Haría que fuera el mejor sexo que había tenido. Deslicé las manos hacia su espalda y hacia abajo hasta rodearle las nalgas. Para ponernos a prueba a los dos, la levanté y la saqué solo un centímetro. Los dos gemimos y Naomi apoyó la frente en la mía. Moverme dentro de ella sin nada que se interpusiera entre nosotros era espectacular. Era lo correcto.

Cuando noté que temblaba, supe que había llegado el momento de dejar de ser poético. Había llegado el momento de moverse.

—Más te vale aguantar, cielo — le advertí.

El corazón me iba a cien, como si hubiera subido corriendo muchos tramos de escaleras. Esperé a que se hubiera agarrado a mi asiento.

—Mira, esto es lo que va a pasar, Naomi: voy a empezar a moverme y te vas a correr muy rápido y con la máxima intensidad. Luego, tranquilamente, volveré a ponerte cachonda, y cuando te vuelvas a correr, yo lo haré contigo.

—Es un buen plan. Muy organizado, con objetivos cuantificables — observó, y luego me arrebató el aliento con un beso.

La saqué un par de centímetros más y atrapé el gemido que profirió entre mis

labios.

—Aguanta —le recordé, y tiré de ella hacia abajo al mismo tiempo que la embestía con la cadera.

Tuve que esforzarme al máximo para resistir y no penetrarla una y otra vez.

—Joder, Naomi —suspiré mientras su coño palpitaba alrededor de mi polla.

—Te he dicho que me faltaba muy poco — dijo; parecía avergonzada y molesta a la vez.

—Todo lo que haces me lleva a querer más — gruñí.

Antes de que Naomi pudiera reaccionar a esta confesión estúpida, hundí el rostro en su otro pecho y empecé a moverme. Despacio, pero con una intención clara, por mucho que me costara. En la tercera embestida, se corrió como si la hubiera alcanzado un rayo e hizo sonar la bocina cual grito de victoria. Mientras el resto de su cuerpo se tensaba, su vagina vibró en torno a mí; era una forma de tortura muy placentera. Por poco no me puse bizco tratando de aguantarlo todo en las pelotas, donde ya estaba listo para salir.

Nunca lo había hecho con una mujer como ella, nunca había sentido algo así. Y si me detenía a pensar en eso, lo vería como una señal de alarma. Pero en ese momento, me importaba una mierda. Podía ignorarlo mientras Naomi Witt me montaba.

—Así me gusta —gruñí mientras me agarraba y me soltaba a un ritmo más agradable que el de la música.

—Joder, joder —entonó hasta que al final su cuerpo se relajó encima de mí.

Me quedé quieto en su interior y la abracé. Notaba cómo le latía el corazón sobre el mío, y, entonces, me dio unos golpecitos en el hombro.

—Me has prometido que habría un segundo — me dijo, con la voz amortiguada sobre mi cuello.

—Cielo, estoy tratando de aguantar para cumplir mi palabra.

Alzó la cabeza para mirarme a través de mechones de color castaño y caramelo. Se los coloqué detrás de la oreja, y ese gesto me pareció extrañamente íntimo, como otro lazo que se estrechaba y me ataba a ella.

—¿Para ti también es tan placentero? Quiero decir, ¿no es solo un «bueno, no está mal»? — Para demostrar lo que quería decir, lo acompañó de un empujón tímido de las caderas y no fui capaz de reprimir el gemido.

—Joder, Naomi, «no está mal» se queda muy corto para definir cómo me siento cuando te corres conmigo dentro. ¿Por qué leches te crees que quise fingir toda esa mierda de ser tu novio?

Sonrió.

—Porque viste lo mucho que había decepcionado a mis padres y te salió la vena de héroe gruñón.

—Listilla. Lo hice porque me desperté y no te encontré a mi lado, y quería que estuvieras.

—¿De verdad?

—Quería que estuvieras para poder ponerte a cuatro patas y follarte tan duro que no habrías sido capaz de sentarte en cuarenta y ocho horas sin acordarte de mí.

Abrió la boca y emitió un ruidito a medio camino entre un gemido y un gimoteo.

—Todavía no he terminado contigo, Flor — le dije. Me estremecí ante la verdad de mis palabras. En plena faena no solía ser tan hablador, joder, pero Naomi dudaba de lo que le hacía sentir, y no podía permitirlo. Ni siquiera por un momento.

—¿Puedo volver a moverme? — me preguntó.

—Joder, sí.

Y se puso a montarme, sacudiéndomela como si fuera un semental que necesitara estallar. Cada vez que se deslizaba, húmeda, cada vez que gemía, cada vez que me clavaba una uña en la piel, sentía que el mundo se desvanecía un poco más hasta que solo quedamos Naomi y yo.

El sudor nos perlaba la piel. Nuestras respiraciones se entrelazaron hasta que jadeamos al unísono. No había nada comparable con la sensación de penetrarla, nada como tenerla para mí y que ella me tuviera para sí.

—Naomi —pronuncié su nombre entre dientes cuando noté que volvía a temblar conmigo dentro. Esas palpitaciones me volvían loco.

—Knox, sí, por favor —gimoteó.

Le atrapé un pezón y tiré. Era demasiado, tanto para ella como para mí. Cuando la primera oleada del orgasmo se apoderó de ella, perdí el control y la embestí como si me fuera la vida en ello.

Quizá era así.

Porque cuando salió el primer chorro caliente, cuando gritó mi nombre a pleno pulmón, cuando me apretó la polla y me sacó un segundo y un tercer chorro, sentí que volvía a renacer. Me sentí vivo. Me había vaciado y me había rellenado con algo que no reconocía. Algo que me cagaba de miedo.

Sin embargo, seguí corriéndome, igual que ella, en un orgasmo infinito.

Por esto. Por esto no bastaba con una sola vez. Por esto ahora no estaba seguro de cuándo bastaría.

Capítulo 29: La casa de Knox

Knox

—Bonita casa —comentó Naomi mientras yo cerraba con llave la puerta principal y encendía las luces.

—Gracias. La construyó mi abuelo — dije, bostezando. Había sido un largo día seguido de una larga noche en el Honky Tonk y necesitaba dormir.

—¿De verdad? —preguntó, y alzó la vista a la buhardilla que había encima del salón, el techo de madera y la lámpara de araña hecha con astas de ciervo.

La cabaña era pequeña y se podía calificar de rústica. Tenía dos dormitorios y un baño, el suelo era de madera de pino y la chimenea de piedra necesitaba una buena limpieza, pero causaba su efecto. El sofá de piel por fin se había desgastado justo como yo quería.

Era mi hogar.

—¿Son tus padres? —preguntó, y agarró una foto enmarcada de una de las mesitas que había en un rincón. No sabía por qué la conservaba todavía. Salían mis padres bailando *country* en un pícnic en el patio trasero de Liza J. y del abuelo. Sonriendo, sincronizados. Era una época más feliz y, en ese momento, había parecido que duraría para siempre.

Claro que eso no es más que una mentira.

Las épocas felices siempre llegaban a su fin.

—Oye, Flor. Estoy reventado.

Entre que habían disparado a mi hermano, la repentina avalancha de orgasmos y el trabajo, necesitaba unas buenas ocho horas de descanso para volver a ser persona.

—Ah, sí, claro —dijo ella, y dejó la foto en la mesita con cuidado. Aunque me di cuenta de que la colocó orientada hacia el sofá, no alejada como la tenía yo —. Me iré a casa. Gracias por ayudarme hoy con la profesora de Waylay… y con mis padres. Y por todos los orgasmos, y tal.

—Cielo, no te vas a ir a casa. Solo te lo estoy diciendo para que entiendas por qué no voy a hacer nada cuando subamos.

—Debería irme, Knox. Tengo que levantarme temprano para llevar a Way a casa de Liza. — Tenía pinta de estar tan agotada como yo.

Nunca le había dado muchas vueltas hasta ahora, pero mis chicas del Honky Tonk se iban a casa a las dos o las tres de la madrugada entre semana y tenían que volver a estar en pie a las seis o las siete de la mañana, dependiendo de lo capaces que fueran sus parejas.

Recordé una temporada que duró un año, por lo menos, en la que Fi se quedaba dormida cada día sobre la mesa porque sus hijos dormían fatal. Llegó un punto en que tuve que hacer lo que más detestaba: me involucré. Había llevado a Liza J. a su casa y, en menos de una semana, mi abuela tenía a los dos niños a rajatabla, durmiendo diez horas seguidas cada noche.

—Mañana tienes el día libre, ¿verdad? — pregunté.

Asintió y luego bostezó.

—Entonces, nos levantaremos en… — Eché un vistazo al reloj y solté una maldición —. Tres horas e iremos a desayunar a casa de Liza J.

Era lo que haría todo caballero. Un comportamiento que yo no solía tener. Pero sentía una esquirla de culpabilidad al pensar en quedarme durmiendo mientras Naomi se iba a desayunar con la familia y luego se pasaba el resto del día tratando de evitar que Waylay infringiera ninguna ley. Además, siempre podía volver después del desayuno y dormir hasta que me diera la real gana.

Me gustó ver cómo se le suavizaba la mirada y adoptaba una expresión soñadora durante un segundo. Luego, volvió a imponerse la Naomi práctica y complaciente.

—No tienes que levantarte conmigo. Tienes que dormir. Me iré a casa esta noche y tal vez podamos… — Sus ojos me recorrieron el cuerpo y las mejillas se le tiñeron de un delicado tono rosado —. Seguir en otro momento.

—Ya. Buen intento. ¿Quieres agua? — pregunté, y la llevé hasta la cocina.

Era más grande que la de su casita, pero no mucho más. Me imaginaba que habría a quien le parecería «encantadora», con los armarios de nogal, la

encimera de un tono verde bosque oscuro y la pequeña isla con ruedas que usaba para apilar las cartas que no abría.

—¿Agua? —repitió.

—Sí, cielo. ¿Quieres beber agua antes de que nos vayamos a la cama?

—Knox, me tienes confundida. Lo nuestro es solo sexo; es lo que acordamos. A menos que mis padres estén cerca, que entonces es una relación. Pero mis padres no están aquí, y estoy tan cansada que no creo que ni un orgasmo pueda mantenerme despierta. Así que, ¿qué demonios estamos haciendo?

Llené un vaso de agua en el fregadero y luego la agarré de la mano y la conduje hacia las escaleras.

—Si te vas, tendré que acompañarte hasta casa en la oscuridad y luego volver. Lo que hará que no pueda meterme en la cama hasta dentro de quince minutos, como mínimo y, Flor, estoy agotado, joder.

—Tengo todas las cosas en casa — dijo, y se mordió el labio, dubitativa.

—¿Qué cosas vas a necesitar en las próximas tres horas, Flor?

—Un cepillo de dientes.

—Arriba tengo uno extra.

—La crema y el limpiador para la cara.

—Tengo agua y jabón —respondí, tirando de ella hacia arriba.

—Pero es que no…

Me detuve y la miré.

—Cielo, no quiero ponerme a pensar en eso ni preguntarme qué puede significar. Solo quiero poner la cabeza en la almohada y saber que estás durmiendo sana y salva. Te prometo que podemos analizar todo este lío hasta la saciedad mañana. Pero ahora mismo, solo quiero cerrar los ojos y no pensar una mierda.

Puso los ojos en blanco.

—Vale. Pero mañana vamos a analizar todo este lío hasta la saciedad y repasaremos las normas.

—Perfecto, me muero de ganas. — Antes de que Naomi cambiara de opinión, la terminé de guiar por las escaleras hacia mi dormitorio.

—Ostras —dijo, bostezando y mirando mi cama con expresión de sorpresa.

La cama y el sofá de un hombre eran los muebles más importantes que había en una casa. Y yo había optado por una cama de góndola extragrande con tinte oscuro. Estaba sin hacer, como siempre. Nunca le había visto el sentido a hacer

la cama si la tenías que deshacer para usarla. Suerte que Naomi estaba casi muerta, porque si las sábanas arrugadas no la hacían poner pies en polvorosa, el montoncito de ropa interior y camisetas que había junto a mi mesita de noche lo habría hecho.

Le di un empujoncito hacia el baño y rebusqué bajo el lavabo hasta que encontré un cepillo de dientes extra en su embalaje original polvoriento.

—Deduzco que no se queda mucha gente a pasar la noche — inquirió antes de soplar el polvo del plástico.

Me encogí de hombros. Nunca había pasado la noche con una mujer en esta casa. Ya estaba cruzando los límites invisibles de nuestro acuerdo al invitarla a quedarse, pero ni de coña iba a analizar qué significaba. Naomi era una persona habituada a compartir una vida, un lavamanos, una cama con alguien. Era ella la que acababa de salir de una relación.

«Perfecto. Ahora, además de agotado, también estoy molesto».

Nos quedamos de pie, hombro con hombro, cepillándonos los dientes. No sé por qué, esta rutina social me recordó a mi infancia. Cada noche, cuando éramos pequeños, Nash y yo nos tirábamos a la cama de nuestros padres mientras ellos terminaban de lavarse los dientes para que nos leyeran el siguiente capítulo del libro que tuviéramos a medias en ese momento.

Rehuí el recuerdo y eché un vistazo a Naomi. Tenía la mirada perdida.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Todo el mundo habla de nosotros — dijo, y alzó el cepillo.

—¿A quién te refieres con todo el mundo?

—El pueblo entero. Todo el mundo dice que estamos saliendo.

—Lo dudo mucho. La mayoría solo dicen que estamos follando.

Me lanzó la toalla y la agarré al vuelo con una mano.

—Muy bien. Mis padres y la trabajadora social del caso de Waylay creen que tenemos una relación, y el resto del pueblo cree que solo nos acostamos.

—¿Y…?

Parecía exasperada.

—¿Cómo que «y…»? Me hace parecer… Bueno, mi hermana. Solo hace tres semanas que te conozco. ¿No te importa lo que piensen de ti? ¿Lo que digan de ti?

—¿Por qué me iba a importar? Pueden cuchichear lo que quieran a mis espaldas. Siempre y cuando ninguno de ellos sea tan tonto como para decírmelo a la cara, me importa una mierda lo que digan.

Naomi negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera ser más como tú.

—¿Qué, un capullo egoísta?

—No. Lo contrario de preocuparse constantemente por los demás.

—¿Despreocuparse constantemente por los demás? — sugerí.

—No sabes lo agotador que es preocuparse todo el tiempo por todo el mundo; sentir que eres responsable de cómo estén, querer que estén contentos y desear gustarles siempre.

Tenía razón, no tenía ni idea de qué era eso.

—Pues que no te importe.

—Claro, típico de ti decirme eso — observó; sonaba contrariada. Agarró la toalla de mano, la pasó por el cepillo y luego por la encimera —. Haces que parezca tan fácil…

—Es que es fácil —sostuve—. ¿No te gusta algo? Pues deja de hacerlo.

—La filosofía de vida de Knox Morgan, señoras y señores — comentó, poniendo los ojos en blanco.

—A dormir —ordené—. Es demasiado tarde para filosofar.

Se miró la ropa que llevaba. Tenía los pies descalzos, pero aún vestía la falda vaquera y la camiseta del local.

—No tengo pijama.

—¿Deduzco entonces que no duermes desnuda? — Como lo de no hacer la cama, llevar pijama era un desperdicio, a mi entender.

Me miró de hito en hito.

—Por supuesto que no duermes desnuda.

—Podría declararse un incendio en plena noche — insistió, y se cruzó de brazos.

—No tengo ningún atuendo adecuado para que duermas.

—Qué risa.

—Vale. —La dejé en el baño y me dirigí a la cómoda, de donde saqué una camiseta limpia —. Toma — le dije al volver junto a ella.

La miró y alzó los ojos para observarme. Me gustaba el aspecto que tenía. Adormilada y un poco menos perfecta, como si el turno de trabajo y trasnochar le hubieran resquebrajado la armadura.

—Gracias —me dijo. Volvió a mirar la camiseta y luego a mí, hasta que lo pillé.

—Te das cuenta de que ya te he visto desnuda, ¿verdad?

—Esto es distinto. Vete.

Negando con la cabeza, salí del baño y cerré la puerta. Al cabo de dos minutos, Naomi apareció en el umbral vestida con mi camiseta. Era alta, pero la prenda la cubría hasta medio muslo. Tenía la cara limpia y se había recogido parte del pelo en un moñito alto. La vecina estaba a punto de meterse en mi cama. Sabía que esto era un error, pero era un error que quería cometer. Aunque solo fuera por esta vez.

Nos intercambiamos el sitio, Naomi entró en la habitación y yo me dirigí al baño para quitarme las lentillas de los ojos soñolientos.

A duras penas, apagué la luz del baño y fui hacia mi lado de la cama. Naomi estaba estirada bocarriba, con los brazos debajo de la cabeza y la vista clavada en el techo. Apagué la luz de la mesita de noche y me desnudé en la oscuridad; luego, lancé las prendas que llevaba hacia el montón de ropa sucia.

Aparté las sábanas y por fin me metí en la cama con un suspiro. Esperé unos segundos, observando la negrura. Esto no tenía por qué significar nada. Esto no tenía que ser otro lazo, otra atadura.

—¿Estás bien? —pregunté.

—La almohada huele raro —dijo; parecía contrariada.

—Es que estás durmiendo en el lado de Waylon.

Le arranqué la almohada de debajo de la cabeza y le tiré la mía.

—¡Oye!

—¿Mejor?

Oí que olisqueaba la almohada.

—Mejor —reconoció.

—Buenas noches, Naomi.

—Buenas noches, Knox.



Me despertó un ruido sordo, un aullido y una palabrota.

—¿Naomi? —dije, con voz ronca, despegando los párpados. La vi desdibujada a los pies de la cama, donde estaba realizando algún tipo de rutina de gimnasia para volver a ponerse la falda.

—Lo siento —susurró—. Tengo que ducharme antes de ir a casa de Liza a desayunar.

—Aquí hay ducha —señalé y me apoyé en un codo para observar mejor cómo le daba la vuelta a la falda.

—Pero tengo que cambiarme y ponerme rímel. Y necesito un secador. Vuelve a dormir, Knox, no hay necesidad de que los dos vayamos zombis.

Adormilado, miré qué hora era en el móvil: las 7.05. Cuatro horas no contaban como dormir en la misma cama con una mujer, decidí. El atractivo que tenía la vida de soltero era el hecho de que mi vida la dictaba yo. No tenía que adaptarme a los planes de nadie o dejar de hacer lo que quería solo para que la otra persona pudiera hacer lo que quisiera. Pero me parecía injusto incluso a mí que Naomi tuviera que pasarse el día exhausta mientras yo seguía durmiendo. Además, me apetecía desayunar.

Mis pies encontraron el suelo con un ruido sordo.

—¿Qué haces? —preguntó, tratando de colocarse bien la camiseta. Ahora sí que la tenía del derecho, pero con la parte delantera atrás.

—No tienes que irte a tu casa, ducharte y luego volver para ir a casa de Liza, no cuando aquí hay una buena ducha.

—No puedo ir a desayunar vestida de uniforme — dijo, exasperada —. No voy a aparecer con la misma ropa que llevaba ayer para desayunar con mi familia.

—Vale. Hazme una lista.

Me miró como si le acabara de hablar en suajili.

—¿Una lista de qué?

—De lo que necesites para ir a desayunar. Tú te duchas y, mientras, yo iré a buscarte las cosas.

Me miró de hito en hito.

—Te lo estás currando mucho para ser solo sexo.

No supe por qué, pero esas palabras me cabrearon. Me puse en pie y agarré unos vaqueros del suelo.

—Que me hagas una lista.

Y me subí los pantalones.

Puso los brazos en jarras y me fulminó con la mirada.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes muy mal humor al despertar?

—Sí. Toda persona que ha tenido la desgracia de verme antes de las diez de la mañana. Dime qué quieres que te traiga de tu casa y luego métete en la ducha.

Al cabo de cuatro minutos, salía por la puerta con una lista escandalosamente larga para ir a desayunar un sábado en casa de mi abuela, quien se presentaría en su pijama de camuflaje.

Fui trotando desde mi patio trasero hasta el suyo y subí al porche de atrás de su casa. La llave escondida seguía en el mismo sitio desde donde me alcanzaba la memoria: bajo una piedra falsa en una de las macetas de flores que había en la barandilla. La agarré, la metí en la cerradura y descubrí que la puerta ya estaba abierta.

Perfecto. Ahora, además, tendría que soltarle un sermón sobre seguridad.

La casita olía a aire fresco, a comida horneada y a limón, y la cocina estaba como los chorros del oro, excepto por las cartas sin abrir que había en la encimera. Naomi las dejaba en un organizador vertical, seguro que por orden alfabético, pero ahora, todos los sobres estaban esparcidos en forma de abanico en un montoncito.

El escritorio de tapa corrediza que había en un rincón antes de llegar al salón estaba abierto y dejaba al descubierto un espacio de trabajo bastante ordenado en el que estaba el portátil de Naomi, un portalápices con bolis de colores y una pila de libretas. El cajón inferior estaba abierto unos centímetros.

Aunque no había ninguna montaña de ropa interior ni camisetas, me gustó ver un poco de desorden. Me había dado cuenta de que cuanto más estresada estaba Naomi, más limpia se volvía. Un poco de desorden era una buena señal.

Enfilé las escaleras de dos en dos y primero me pasé por el baño para recoger los artículos que quería y el secador. Luego, me fui a su dormitorio y le cogí unos pantalones cortos y (porque uno era un hombre) una blusa femenina con encaje y botones.

Una vez recogido todo, cerré la puerta trasera y volví a mi casa. Cuando entré en el dormitorio, me encontré a Naomi en el baño lleno de vapor, con el pelo mojado y cubierta solo por una toalla. El panorama me hizo detenerme de golpe. Me gustó verla así. Me gustó tenerla desnuda, recién duchada, en mi casa. Me gustó tanto que decidí atacar:

—Tienes que cerrar las puertas con llave, Flor. Ya sé que no estamos en una gran ciudad, pero aquí también pasan cosas, como que dispararan a mi hermano.

Me miró y pestañeó. Luego, me arrancó la bolsa con sus cosas de las manos.

—Siempre cierro las puertas con llave, no soy una adulta incompetente.

—La puerta de atrás estaba abierta — la informé.

Rebuscó en la bolsa y dejó todos sus productos en una fila ordenada sobre el

lavabo. Había traído cosas de más porque no tenía ni idea de qué diferenciaba un delineador de ojos de un lápiz de cejas.

—Cierro las puertas cada vez que me voy y cada noche — me rebatió.

Agarró el cepillo y se peinó el pelo húmedo. Me apoyé en el marco de la puerta y disfruté del espectáculo de verla aplicarse, sistemáticamente, todos los productos cosméticos.

—¿Qué son todas estas mierdas, por cierto?

—¿Nunca has visto cómo se prepara una mujer? — preguntó, echándome una mirada recelosa mientras se perfilaba los labios con un lápiz.

—Solo vamos a desayunar —señalé.

—Pero no quiero que parezca que acabo de salir de tu cama.

Me dedicó un vistazo elocuente. Me miré en el espejo y me di cuenta de que tenía el pelo alborotado en todas direcciones. Tenía la barba chafada por un lado, y una arruga de la almohada debajo del ojo izquierdo.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque es de mala educación.

Me crucé de brazos y sonreí.

—Cielo, ahí me he perdido.

Devolvió su atención a una paleta de sombras y empezó a aplicarse algunas en los párpados.

—Vamos a ir a desayunar —dijo, como si con eso lo explicara todo.

—Con la familia —añadí.

—Y no quiero presentarme con un aspecto que pueda interpretarse como que me he pasado las últimas veinticuatro horas teniendo relaciones sexuales contigo. Waylay necesita un ejemplo a seguir. Además, mis padres ya tienen suficientes preocupaciones como para añadirles la de otra hija promiscua.

—Naomi, tener relaciones sexuales no te convierte en una mujer promiscua — observé, debatiéndome entre si me hacía gracia o me fastidiaba el comentario.

—Ya lo sé. Pero cada vez que tomo una decisión que se parece mínimamente a algo que haría Tina, me siento obligada a demostrar que no soy como ella.

Dejó el pincel de las sombras y agarró una de esas cosas que rizan las pestañas. Empezaba a entender mejor a la mujer que no podía dejar de imaginarme desnuda.

—Eres de lo que no hay, ¿lo sabías?

Consiguió mirarme con cara de pocos amigos a pesar de que estaba usando

un artilugio en uno de los ojos.

—No todo el mundo puede pavonearse por el pueblo sin que le importe una mierda lo que piensen los demás.

—Que quede clara una cosa, Flor: yo no me pavoneo.

Me miró a los ojos a través del espejo.

—Vale. Pues digamos que caminas dándote aires.

—¿Por qué te sientes obligada a seguir demostrándole a tus padres que no eres Tina? Cualquiera con ojos y orejas que pase treinta segundos contigo lo sabe.

—Todos los padres tienen expectativas con sus hijos, esto siempre es así. Hay quien quiere que sus hijos sean médicos de mayores, hay quien quiere que sean atletas profesionales y hay quien solo quiere que acaben siendo adultos felices y sanos que colaboran en la sociedad.

—Vale —dije, esperando a que terminara.

—Mis padres eran de estos últimos. Pero Tina no cumplió las expectativas, nunca. Mientras yo traía excelentes y notables a casa, ella solo traía suspensos. En el instituto, yo entré en el equipo de *hockey* sobre hierba y organicé un programa de tutorías, mientras que Tina se dedicaba a hacer novillos y la pillaron con maría en la caseta del campo de béisbol después de las clases.

—Lo eligió ella —señalé.

—Pero imagina cómo fue para mí ver a tus padres, a quienes quieres tanto, sufriendo cada dos por tres. Yo tenía que ser la buena, no me quedaba otra opción. No pude permitirme ser una adolescente rebelde o cambiar de carrera hasta que encontrara lo que quería en la universidad. No cuando habían fracasado con la otra hija.

—¿Por eso quisiste casarte con el tal Warner? — pregunté.

Su expresión se volvió impertérrita.

—Puede que en parte —respondió, con cautela —. Era una buena elección, en teoría.

—No puedes pasarte la vida tratando de hacer felices a los demás, Naomi — le advertí.

—¿Por qué no?

Parecía desconcertada de verdad.

—Porque llegará un momento en que darás demasiado y no te quedará nada para ti.

—Pareces Stef —comentó.

—Oye, ¿quién trata mal a quién ahora? — bromeé —. Tus padres no quieren que seas perfecta, quieren que seas feliz. Pero sigues interviniendo y arreglando los líos de tu hermana. Te has convertido en madre sin que nadie te dijera nada y sin prepararte.

—No me quedaba otra opción.

—Solo porque la opción que había fuera una mierda, no significa que no hubiera otra opción. ¿Querías ser madre? — pregunté.

Me miró a los ojos a través del espejo.

—Sí, sí que quería. Mucho. Aunque creía que sería de una forma bastante más tradicional y que, al menos, podría disfrutar de la parte de hacer el bebé. Pero siempre he querido tener una familia. Sin embargo, ahora lo estropeo todo y ni siquiera soy capaz de rellenar un formulario correctamente. ¿Y si no quiero que la tutela sea temporal? ¿Y si quiero que Waylay se quede conmigo de forma permanente? ¿Y si ella no quiere quedarse conmigo? ¿O y si un juez decide que no soy lo bastante buena para cuidarla?

Blandió el brillo de labios en mi dirección.

—Así es como funciona mi cerebro.

—Joder, qué agotador.

—Pues sí. Y la única vez que he hecho algo sumamente egoísta y solo para mí, va y me explota en la cara.

—¿Qué has hecho para ti? —pregunté.

—Acostarme una noche con un peluquero tatuado y gruñón.

Capítulo 30: El desayuno familiar

Naomi

—No tienes por qué venir, ¿sabes? — insistí —. No has dormido demasiado en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Tú tampoco —repuso Knox, exagerando cómo cerraba con llave la puerta de la cabaña antes de irnos. Sabía que me estaba mandando una indirecta.

Y no me gustaban las personas que te mandaban indirectas. O, al menos, no las que lo hacían antes de haber tomado café.

Realizamos el corto paseo hasta la casa de Liza en silencio. Los pájaros cantaban, el sol brillaba y la cabeza me iba a mil revoluciones, como una secadora con la carga torcida. Nos habíamos acostado juntos, pero en el sentido de dormir en la misma cama sin tener relaciones sexuales. Y no solo eso, sino que me había despertado con Knox Morgan, el Vikingo, haciéndome la cucharita. No era una experta en relaciones sin compromiso. Qué narices, si era la reina de los compromisos y las ataduras; tanto, que la mayor parte de mi vida adulta la había pasado cumpliendo dichos compromisos y ataduras. Pero incluso yo sabía que compartir la cama y hacer la cucharita era mucho más íntimo que aquello que habíamos acordado.

A ver, que no se me malinterprete. Despertarme con el duro (cuando digo duro, quiero decir bien duro) cuerpo de Knox contra mi espalda, con uno de sus brazos rodeándome la cintura, era una de las mejores formas de despertar que había en este mundo. Pero no formaba parte del acuerdo. Las normas estaban por algo. Las normas evitarían que me enamorara del Vikingo gruñón y cariñoso.

Me mordí el labio inferior.

Los hombres cansados no querían acompañar a las mujeres a su casa o dejaban que se fueran solas y que se las comiera la fauna salvaje. Y Knox había pasado unas últimas veinticuatro horas traumáticas. Tal vez no estaba tomando decisiones muy racionales, decidí. Tal vez Knox solo tenía el sueño ligero. Tal vez le hacía la cucharita a su perro todas las noches.

Claro que eso no explicaba por qué se había ofrecido a ir a mi casa a buscar un montón de cosas mientras yo me duchaba, ni por qué se había esmerado en elegirme la ropa. Me miré los pantalones cortos de talle alto verdes y blancos y la bonita blusa de encaje. Incluso me había cogido ropa interior. Que sí, que era un tanga que no iba a conjunto con el sujetador, pero aun así…

—¿Has terminado ya de darle mil vueltas a las cosas?

Salí de mi ensimismamiento y descubrí que Knox me dedicaba una de sus medias sonrisas.

—Estaba repasando la lista de cosas que tengo pendientes — mentí, con altivez.

—Ya, claro. ¿Podemos entrar ya?

Me di cuenta de que estábamos ante la puerta de la casa de Liza. El olor del famoso beicon al sirope de arce que preparaba Stef llegaba hasta la mosquitera.

Se oyó un «guau» que desató un coro de ladridos cuando los cuatro perros salieron en tropel por la puerta hacia el porche. Waylon fue el último, con las orejas aleteando y la lengua colgándole de la boca.

—Hola, chico —lo saludó Knox, que se arrodilló para saludarlos a todos mientras la manada saltaba y ladraba para manifestar su entusiasmo.

Me incliné hacia delante e intercambié saludos más dignos con los perros antes de erguirme.

—Bien, entonces, ¿cuál es el plan? — le pregunté.

Knox le revolvió las orejas a Waylon por última vez.

—¿Qué plan?

—¿El del desayuno? ¿Con mi familia? — Perseveré.

—Bueno, Flor, tú no sé, pero yo tengo pensado tragarme media cafetera, comer un poco de beicon y luego volver a meterme en la cama cuatro o cinco horas más.

—Me refiero a que si aún estamos… ya sabes, ¿fingiendo?

Su expresión le mudó en algo que no supe identificar.

—Sí, aún estamos fingiendo — dijo, al final.

No supe si lo que sentí era alivio o no.

Dentro, encontramos a Liza y a mi padre de pie y haciendo guardia detrás de Stef mientras este escrutaba el horno, donde había dos bandejas con beicon que olía a gloria; mamá ponía la mesa en la terraza acristalada; Waylay iba rodeando la mesa, todavía con su nuevo pijama rosa, mientras, con cuidado, llenaba los vasos de zumo de naranja.

Me invadió una oleada de cariño hacia ella, y luego me acordé de que hoy tenía que encontrarle un castigo adecuado. Necesitaba leerme el capítulo sobre disciplina del libro que había sacado de la biblioteca.

—Buenos días, tortolitos. No esperaba verte por aquí, Knox — dijo Liza al vernos cuando se dirigía a la cafetera. Iba ataviada con una bata velluda azul sobre un pijama de camuflaje fino.

Knox me rodeó los hombros con un brazo.

—Buenos días —respondió—. No podía perderme ese beicon.

—Nadie puede —terció Stef mientras sacaba las bandejas del horno y las colocaba sobre dos rejillas que yo había encontrado escondidas detrás del aparador que había en el comedor de Liza.

Waylay entró descalza y olisqueó con recelo.

—¿Por qué huele raro?

—Primero de todo, preciosa, tú eres la que huele raro — dijo Stef y le guiñó un ojo —. Y segundo, es por el sirope de arce caramelizado.

Waylay se animó.

—Me gusta el sirope. —Sus ojos se clavaron en mí —. Buenos días, tía Naomi.

Le pasé la mano por el pelo rubio despeinado.

—Buenos días, bonita. ¿Te lo pasaste bien anoche con tus abuelos, o te hicieron limpiar el suelo?

—La abuela, el tío Stef y yo nos pusimos *La princesa prometida*. El abuelo se quedó dormido antes de las anguilas — dijo —. ¿Todavía estoy castigada?

Mamá abrió la boca, me miró, y la cerró.

—Sí —decidí—. Durante el fin de semana.

—Pero ¿podremos ir a la biblioteca?

Todo esto de la disciplina me cogía de nuevas, pero supuse que la biblioteca estaba bien.

—Sí —dije, con un bostezo.

—Hay alguien que necesita café — canturreó mamá —. ¿Te fuiste a dormir muy tarde? — Miró de forma elocuente a Knox y me guiñó un ojo.

—¿Sabes adónde más deberíais ir las dos hoy? — dijo papá.

Ahora que el beicon había salido sano y salvo del horno, estaba mirando por encima del hombro de Liza mientras esta daba la vuelta a una tortilla.

—¿Adónde? —pregunté, con recelo.

Se volvió para mirarme.

—A comprar un coche. Necesitas uno — dijo, con autoridad, como si comprarme un coche no se me hubiera ocurrido hasta ahora.

—Ya lo sé, papá, lo tengo pendiente.

Literalmente, lo tenía apuntado en la lista de pendientes. De hecho, estaba en una hoja de cálculo en la que comparaba marcas y modelos clasificados según la fiabilidad, el consumo de gasolina y el precio.

—Tú y Waylay necesitáis un coche fiable — continuó —. No podéis seguir yendo en bicicleta siempre. Antes de que te des cuenta, habrá llegado el invierno.

—Ya lo sé, papá.

—Si necesitas dinero, tu madre y yo podemos ayudarte.

—Tu padre tiene razón, cariño — terció mamá mientras le ofrecía una taza de café a Knox y luego otra a mí. Llevaba un pijama de cuadros escoceses con el pantalón corto y la parte de arriba con botones.

—No necesito dinero, ya tengo — insistí.

—Iremos esta tarde —decidió papá.

Negué con la cabeza.

—No hace falta.

Aún no había terminado de rellenar la hoja de cálculo, y no iba a comprarme un coche sin saber exactamente qué era lo que quería y cuánto valía.

—Ya teníamos planes para ir a mirar coches hoy — anunció Knox.

«¿Que el vikingo refunfuñón ha dicho qué?». Primera noticia sobre los planes de ir a mirar coches. Y, a diferencia de tener novio o no, comprarse un coche no era tan fácil de fingir ante mis padres. Me atrajo hacia sí. Era un gesto posesivo que me confundió y me puso cachonda a la vez.

—Tenía pensado llevar a Naomi y a Waylay a buscar uno — continuó.

Papá se aclaró la garganta.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Waylay, que subió al taburete y se sentó sobre las rodillas.

—Bueno, como será nuestro coche, tienes que ayudarme a decidir — le dije.

—¡Compremos una moto!

—No —respondimos mi madre y yo al unísono.

—Pues yo me voy a comprar una en cuanto tenga la edad.

Cerré los ojos tratando de no imaginarme todas las catástrofes que me pasaban por la cabeza como una proyección de la autoescuela dirigida a adolescentes.

—Me lo he pensado mejor: estás castigada hasta los treinta y cinco.

—Creo que, legalmente, no puedes hacerlo — objetó Waylay.

—Lo siento, Witty, esta vez pienso como la niña — intervino Stef, acodado en la isla, a su lado. Rompió una tira de beicon por la mitad y le dio un trozo a mi sobrina.

—Yo también estoy con Way — dijo Knox, y me dio un apretón en el hombro con una de sus medias sonrisas aleteando en los labios —. Solo puedes castigarla hasta que cumpla los dieciocho.

Waylay alzó el brazo, victoriosa, y dio un mordisco al beicon.

—Muy bien, pues estarás castigada hasta los dieciocho. Y no es justo que os pongáis todos en mi contra — protesté.

—Tío Stef —dijo Waylay, con los ojos bien abiertos y tono solemne —. Es el mejor beicon que he probado en la vida.

—Te lo he dicho —repuso Stef con tono triunfante. Dio una palmada sobre la encimera y los perros, que confundieron el golpe con un toque en la puerta, salieron disparados hacia la entrada entre un estruendo de ladridos.

—Tengo una noticia —anunció Liza —: Nash vuelve a casa.

—Es demasiado pronto, ¿no? — pregunté. El hombre había recibido dos balas, me parecía que se merecía más que pasar unos pocos días en el hospital.

—Está perdiendo la chaveta ahí encerrado; estará mejor en casa — pronosticó Liza.

Knox asintió.

—Bueno, eso significa que habrá que limpiar bien su apartamento. No podemos dejar que los gérmenes le entren en las heridas de bala, ¿verdad? — dijo mamá como si conociera a personas a quienes disparaban cada día.

—Y seguro que necesitará comida — intervino papá —. Me juego lo que quieras a que todo lo que tiene en la nevera está podrido. Voy a hacer una lista.

Liza y Knox intercambiaron una mirada confundida. Sonreí.

—Es la forma de actuar de los Witt — les expliqué —. Lo mejor es aceptarlo y ya está.



—Me he acostado con Knox dos veces en las últimas cuarenta y ocho horas, y luego he dormido con él, solo dormir, esta noche. Y no sé hasta qué punto es un error. Se suponía que solo tenía que pasar una vez, y sin quedarse a dormir nadie en casa de nadie, pero no deja de cambiarme las normas — le solté a Stef.

Estábamos en el porche delantero de Liza, esperando a que Waylay recogiera sus cosas para volver a casa a prepararnos para ir a comprar un coche de forma prematura. Era la primera vez que estaba a solas con él desde la Noche del Sexo… y la consiguiente llegada de mis padres.

Llevábamos dos días hablando por mensajes.

—¿Lo volvisteis a hacer? ¡Lo sabía! Jod… Jolines, lo sabía — dijo, bailando y pasando el peso de un pie al otro.

—Perfecto. Felicidades, don Sabiondo. Ahora, dime, ¿qué significa todo esto?

—¿Cómo cojones voy a saber lo que significa? Si yo soy el que se rajó y no le pidió al Adonis peluquero su teléfono móvil.

Abrí la boca de par en par.

—Perdona, pero Stefan Liao no se ha rajado nunca con un chico guapo.

—No hablemos de mí y de mi crisis mental transitoria. Volvamos a lo del sexo: ¿estuvo bien?

—Fenomenal, el mejor que he tenido en mi vida. Y ahora lo tengo atrapado en algo que se parece a una relación, y no tengo ni idea de qué contarle a Way. No quiero que piense que no pasa nada por ir de flor en flor, o que no está bien estar sola, o que no pasa nada por tener un rollo de una noche con un tío bueno.

—Siento decírtelo, doña Estirada, pero no pasa nada por hacer todo lo que has dicho.

—La adulta de treinta y seis años que soy lo sabe — le espeté —. Pero todas esas cosas no dan una buena imagen ante el juzgado de familia, y ¿es este el ejemplo que quiero darle a una niña de once años?

—Veo que has llegado al punto de nerviosismo en el que le das mil vueltas a todo.

—¡Deja de soltar estupideces y empieza a decirme qué tengo que hacer!

Alargó los brazos y me estrujó las mejillas con ambas manos.

—Naomi. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que, quizá, esta sea tu oportunidad para empezar a vivir la vida que tú quieras? ¿Para empezar a hacer lo que de verdad te apetezca hacer?

—No —respondí.

La puerta mosquitera se abrió de golpe y Waylay salió de un salto con Waylon pisándole los talones.

—No encuentro el libro de mates.

—¿Dónde lo viste por última vez? — le pregunté.

—Si lo supiera, sabría dónde está.

Los tres nos dirigimos a casa. Waylon salió disparado delante, pero se detenía cada pocos metros para olisquear las cosas y mear encima.

—¿Sabe Knox que tienes a su perro? — le pregunté.

—No lo sé. —Waylay se encogió de hombros —. ¿Estáis juntos, Knox y tú?

Me tropecé con mis propios pies y Stef soltó una risita a mi lado. Suspiré.

—Si te soy sincera, Way, no tengo ni idea. No sé qué somos, ni qué quiero con él, ni qué quiere él conmigo. Así que no sé si estamos juntos. Pero puede que pasemos más tiempo con él a partir de ahora; al menos, durante un tiempo, si te parece bien.

Frunció el ceño con expresión pensativa, mirando el suelo, y dio una patada a una piedra.

—¿Quieres decir que no saldrías con él, y tal, si yo no quisiera?

—Claro. Eres importante para mí, por eso me importa lo que pienses.

—Ah. Entonces, puede venir a cenar hoy, si quiere — dijo.



Nash estaba descansando en su apartamento recién limpiado y reabastecido. Mis padres celebraban su cita semanal con una cena en un restaurante libanés de cinco estrellas que había en Canton. Liza había invitado a Stef para que fuera «su atractivo acompañante» en una cena que se organizaba en «un rancho de caballos pijo».

En cuanto a mí, tenía un nuevo todoterreno ligero aparcado delante de casa y mi especie de novio y mi sobrina estaban en el patio de atrás, tratando de hacer fuego en un hueco mientras yo guardaba lo que había sobrado.

Waylon me acompañaba en la cocina por si se me caía algo de dichas sobras.

—De acuerdo, pero no te creas que me puedes mirar con esa carita y conseguir una chuche cada vez — le advertí mientras metía la mano en el tarro de cristal lleno de chucherías para perros que no había sido capaz de no comprar en la tienda de animales del padre de Nina.

Waylon se zampó la galleta meneando la cola, agradecido.

—¡Au! ¡Mierda!

—¡Waylay, esa lengua! —le grité.

—¡Lo siento! —me respondió a voz en grito.

—Te han pillado —canturreó Knox, pero no lo suficientemente bajo.

—¡Knox!

—¡Lo siento!

Negué con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer con estos dos? — le pregunté a Waylon.

El perro eructó y meneó la cola de nuevo.

Fuera, Waylay soltó un grito triunfal y Knox alzó los dos puños cuando las chispas se convirtieron en llamas. Se chocaron la mano. Hice una foto de esa celebración y se la mandé a Stef:

Yo: Estoy pasando la noche con dos pirómanos. ¿A ti cómo te va?

Respondió en menos de un minuto con un primer plano de un caballo majestuoso.

Stef: Creo que me he enamorado. ¿Verdad que estaría muy *sexy* como criador de caballos?

Yo: El más *sexy* del pueblo.

—¡Tía Naomi! —soltó Waylay a través de la puerta mosquitera mientras yo le pasaba un trapo a la encimera —. Hemos encendido el fuego, ¡ya estamos listos para los malvaviscos!

Tenía el rostro sucio y manchas de hierba en la camiseta, pero parecía una niña de once años feliz.

—En tal caso, será mejor que empecemos a prepararlos. — Con una floritura, quité la toalla de manos que tapaba un plato de malvaviscos y galletas

con chocolate que había preparado.

—Hala.

—Vamos, chicas —dijo Knox desde el patio.

—Ya lo has oído —repuse, y le di un empujoncito hacia la puerta.

—Te hace sonreír.

—¿Qué?

—Knox. Te hace sonreír mucho. Y te mira como si le gustaras mogollón.

Noté que me sonrojaba.

—Ah, ¿sí?

Waylay asintió.

—Sí. Mola.

Comimos demasiados malvaviscos y galletas y nos sentamos alrededor de la fogata hasta que se hizo oscuro. Esperaba que Knox se inventara una excusa y se fuera a su casa, pero nos siguió dentro y me ayudó a limpiar mientras Waylay (y Waylon) subía a limpiarse los dientes.

—Creo que mi perro está enamorado de tu sobrina — observó Knox.

Sacó una botella de vino abierta y una cerveza de la nevera.

—Sin duda, está coladito por ella — coincidí.

Agarró una copa de vino, la llenó y me la ofreció.

Bueno, quizá el perro no era el único que estaba coladito por alguien.

—Gracias por la cena —dijo mientras abría la cerveza y se apoyaba en la encimera.

—Gracias por sermonear al vendedor hasta conseguir lo que queríamos — añadí yo.

—Es un buen vehículo —comentó, y enganchó los dedos en la cintura de mis pantalones cortos para atraerme hacia sí.

Habíamos pasado la mayor parte del día juntos, pero sin tocarnos. Había sido un tipo de tortura particular, estar tan cerca de un hombre que me hacía sentir tantas cosas que me olvidaba de pensar, y no poder alargar la mano y tocarlo.

Olía a humo y a chocolate. Mi nuevo perfume favorito. No podía evitarlo, quería saborearlo. Y eso hice. Acerqué mi boca a la suya y degusté su sabor, sin prisas, con parsimonia. Me rodeó con la mano que tenía libre, y la abrió en la parte baja de mi espalda, acercándome más hacia él.

Inspiré su fragancia y dejé que su calidez me calentara la piel. De pronto, se produjo un estruendo cuando tanto Waylay como el perro bajaron corriendo.

—Joder —musitó Knox.

Me aparté de un salto y agarré mi copa.

—¿Podemos ver la tele antes de ir a dormir? — preguntó Waylay.

—Claro. Voy a despedirme de Knox primero. — Le estaba dando la oportunidad de irse. El hombre debía de estar agotado, y seguro que tenía cosas mejores que hacer que mirar vídeos de YouTube de adolescentes que se maquillaban con nosotras.

—Me apetece un poco de televisión — dijo él, y se dirigió hacia el salón con tranquilidad.

Waylay se lanzó sobre el sofá y se acurrucó en su rincón favorito; el perro subió de un salto junto a ella; Knox se acomodó en el otro extremo y dio unas palmaditas en el cojín. Y así acabé sentada con mi sobrina, mi especie de novio y su perro en el sofá, mirando cómo una quinceañera con dos millones de seguidores nos enseñaba a escoger el *eyeliner* adecuado para nuestro color de ojos.

Notaba el brazo de Knox cálido y reconfortante a mi espalda.

Cuando llevábamos cinco minutos de vídeo, oí un ronquido suave. Knox tenía los pies apoyados en la mesita de centro y la cabeza recostada hacia atrás sobre el cojín, con los ojos cerrados y la boca abierta.

Miré a Waylay y esta me sonrió, y cuando Knox volvió a roncar, las dos nos echamos a reír sin hacer mucho ruido.

Capítulo 31: Recelo en la biblioteca

Naomi

La primera semana de septiembre llegó al pueblo acompañada de la humedad veraniega y el primer atisbo de hojas que caían. Tras unos días de atenciones sofocantes, Nash insistió en que estaba lo bastante bien como para realizar tareas administrativas, y volvió al trabajo unas cuantas horas al día.

La espantosa señora Felch había anunciado que se jubilaba, de repente, y se había mudado a Carolina del Sur a vivir con su hermana. Waylay estaba coladita por su nuevo profesor, el señor Michaels, y se había incorporado al equipo de fútbol. Habíamos sobrevivido a nuestra primera entrevista oficial con la trabajadora social, y mientras mi sobrina dejaba claro que no era fan de las hortalizas que la obligaba a comer, la señora Suarez había concertado el estudio del entorno, lo cual interpreté como una buena señal.

Cuando no estaba animando al equipo desde la línea de banda, o acostándome con Knox, o impregnándome de libros para padres, estaba trabajando. Había empezado mi nuevo trabajo en la biblioteca, y me encantaba. Entre el Honky Tonk y la promoción sociocultural en la biblioteca, sentía que por fin empezaba a tener una rutina que solo era mía. Y más cuando la mayor parte del pueblo por fin había dejado de referirse a mí como «la que no es Tina».



Naomi:

Por Dios, lo siento mucho. Te echo de menos, las cosas no son lo mismo sin ti. No tenía ningún derecho a descargar todo mi estrés contigo, solo trataba de ofrecerte la mejor vida que podía. Si hubiésemos esperado, como yo quería, nada de esto habría pasado.

Muchos besos,

Warner.



Salí de la bandeja de entrada del correo electrónico con un clic eficiente y solté un gruñido bajito.

—¿Warner otra vez? —Stef levantó los ojos del portátil.

Hoy la biblioteca estaba casi vacía, y mi mejor amigo se había apropiado de la mesa que había junto a mi mostrador.

—Sí, Warner otra vez —confirmé.

—Ya te dije que dejaras de abrirlos — soltó Stef.

—Ya lo sé. Abro alguno solo de vez en cuando. Voy progresando, ¿no?

—Te metes en la cama con el Vikingo. No tienes por qué abrir los correos pasivo-agresivos y quejumbrosos de otro hombre que se pregunta por qué no estás con él para hacerle la colada.

Hice una mueca y eché un vistazo en derredor para asegurarme de que no había ningún usuario que pudiera oírnos.

—A una parte de mí le gusta ver cómo se humilla, aunque solo sea de forma pasivo-agresiva.

—Te lo acepto —dijo, con aire reflexivo.

—Y otra parte de mí, mucho más racional, se da cuenta de que nada de esto importa. La relación que tenía con Warner no era más real que la que ahora finjo tener con Knox.

—Hablando del rey de Roma, hacéis muchas cosas «fingiendo».

—Sé lo que hago —le aseguré—. Y es más de lo que podía decir cuando estaba con Warner. No entendía que Warner no quisiera estar conmigo de verdad y, en cambio, Knox haya sido claro con sus intenciones.

Stef se recostó en la silla para escrutarme.

—¿Qué? —le pregunté, y comprobé que no tenía migas del desayuno en el jersey.

—Una mujer tan preciosa, lista y divertida como tú no debería tener tantas relaciones con imbéciles que no quieren una relación de verdad. Empiezo a pensar que el denominador común eres tú, Witty.

Le saqué la lengua.

—Ten un mejor amigo para esto.

—Te lo digo en serio. Calé a Knox y sus traumas cuando solo hacía treinta segundos que lo conocía. Pero tú te guardas los tuyos mucho mejor, como si los llevaras en una riñonera emocional.

—Nunca dejarías que me pusiera una riñonera, ya fuera emocional o no — bromeé —. ¿Cuándo vamos a hablar del hecho de que todavía no le hayas pedido el número a Jeremiah?

—Nunca. Además, él tampoco ha pedido el mío.

Se abrieron las puertas del ascensor y Sloane apareció empujando un carrito de libros.

—¿Cómo va por aquí arriba?

Hoy llevaba un modelo de «no bibliotecaria» que consistía en vaqueros ajustados que terminaban justo por encima de los tobillos, botines de ante con la puntera abierta y un jersey negro con coderas con forma de corazón. Llevaba la montura de las gafas rojas, a conjunto con los corazones.

—Sin más. Stef me acaba de acusar de guardar mis traumas en una riñonera emocional, y he concertado una cita a Agatha y a Blaze con el abogado de oficio especializado en la tercera edad para que puedan hablar de las opciones de cuidado a largo plazo que tiene el padre de Agatha — le dije.

Sloane se inclinó sobre el carrito y apoyó la barbilla sobre las manos.

—En primer lugar, muy buen trabajo con nuestras moteras preferidas. Y, en segundo lugar, Stef, tú que no paras de criticar a Witt, dime que tienes un hermano, primo o sobrino mayor que sea hetero, por favor. No tengo manías.

Stef sonrió.

—Ay, pero sí que las tienes.

Sloane frunció la nariz.

—No he dicho nada. Solo tiene gracia cuando te metes con Naomi.

—Ya sabes lo que dicen —intervino Stef.

—Ya. Quien teme el peligro, que no suba a la segunda planta de la biblioteca. — Tras decir eso, desapareció entre las estanterías con el carrito.

Unos minutos después, Stef se fue para hacer una reunión telefónica en relación con uno de sus negocios mientras yo ayudaba a Wraith, el motero

corpulento, a conseguir una cita con la oficina de la Seguridad Social más cercana y mandaba un correo a los usuarios de la biblioteca para informar sobre las actividades del mes de octubre.

Justo estaba acabando de tomar notas sobre el capítulo acerca de la pubertad del último libro para padres que me estaba leyendo, cuando alguien carraspeó.

—Perdona, me preguntaba si podrías ayudarme.

El hombre tenía la mirada acerada y verde y el pelo corto, puntiagudo y bermejo. Los tatuajes asomaban por debajo de las mangas de la camisa blanca hacia el dorso de la mano. Esbozaba una sonrisa avergonzada, y llevaba un reloj que parecía muy caro y una cadena de oro alrededor del cuello.

Me miraba de una forma que me pareció rara. Pero no es que fuera poco corriente: cualquiera que hubiese tenido la desgracia de conocer a Tina necesitaba un poco de tiempo para habituarse a eso de que tuviera una gemela.

—¿Cómo puedo ayudarle? —pregunté, con una sonrisa.

Dio unos golpecitos en el portátil cerrado que llevaba debajo del brazo.

—Estoy buscando a alguien que pueda ofrecerme un poco de soporte técnico. El maldito ordenador me ha dejado de reconocer el ratón inalámbrico, y tampoco me lee las memorias USB. ¿Sabes de alguien que pueda ayudarme?

Me miraba con fijeza e intención, y me hizo sentir un tanto incómoda.

—Bueno, seguro que yo no —bromeé con una carcajada forzada.

—Yo tampoco. Mi mujer suele ser la que me ayuda con cosas así, pero está de viaje por negocios y no puedo esperar a que vuelva — me explicó —. Solo necesito a alguien que me ayude. Tampoco tiene que ser un profesional… incluso estaría dispuesto a pagar a un niño.

Había algo que no cuadraba. Tal vez era que tenía hambre. O tal vez me iba a llegar mi Código Rojo, o tal vez este hombre pisoteaba crías de gatito como pasatiempo y mi intuición de tutora legal se había activado. La única persona que conocía que encajaba con la descripción era Waylay, y no iba a permitir que alguien que me ponía los pelos de punta se le acercara.

Le dediqué una sonrisa bastante superficial.

—¡Vaya! ¿Es que, sabe qué? Hace muy poco que he llegado al pueblo, y aún estoy habituándome a todo. No se me ocurre nadie que pueda ayudarle ahora, pero si me deja un teléfono o un correo, me pondré en contacto con usted en cuanto encuentre a alguien.

El dedo índice y corazón de su mano izquierda repiquetearon en la tapa del portátil. «Uno, dos», «uno, dos», «uno, dos».

No sé por qué, descubrí que estaba aguantando la respiración.

—¿Sabes qué? Sería fantástico — dijo, con una mueca que pretendía ser una sonrisa —. ¿Tienes un bolígrafo?

Aliviada, empujé la libreta de la Biblioteca Pública de Knockemout por el mostrador, hacia él, y le ofrecí un bolígrafo.

—Aquí tiene.

Nuestros dedos se rozaron cuando lo agarró, y me sostuvo la mirada unos segundos más de los necesarios. Entonces, volvió a sonreír y se inclinó para garabatear un número en la libreta.

—Me llamo Flint —dijo, dando unos golpecitos con el bolígrafo en el nombre para enfatizarlo. Sus ojos se posaron en mi chapa identificativa —. Naomi.

No me gustó cómo pronunció mi nombre; como si me conociera, como si ya tuviera un trato íntimo y familiar conmigo.

—Estoy segura de que encontraré a alguien que pueda ayudarlo — dije con voz ronca.

Asintió.

—Perfecto. Cuanto antes, mejor. — Flint agarró el portátil y, tras echarme un vistazo, me saludó al estilo militar —. Hasta luego, Naomi.

—Adiós.

Observé cómo se dirigía hacia las escaleras. Tardé un minuto entero en encontrar qué me inquietaba: sus manos. En concreto, su mano izquierda, en la que no llevaba anillo de bodas.

Estaba siendo paranoica. Tal vez era señal de que esto de ser tutora se me daba cada vez mejor. Resté importancia a este suceso y me metí en el despachito que tenía para añadir «Soporte tecnológico local» a la lista de preguntas pendientes que quería plantearle a Sloane. La mujer tal vez sería pequeñita, pero tenía grandes ideas sobre cómo ampliar los servicios de la biblioteca para la comunidad. Era emocionante e interesante, a la vez, formar parte de algo que estaba tan centrado en ayudar a la gente.

Una sombra en el umbral me llamó la atención. Con un sobresalto, me llevé la mano al pecho.

—¡Por Dios, Knox! ¡Me has dado un susto de muerte!

Este se apoyó en la jamba de la puerta y alzó una ceja.

—Cielo, no quiero decirte cómo tienes que hacer tu trabajo ni nada, pero ¿no se supone que en una biblioteca no debes gritar?

Capítulo 32: El almuerzo y una advertencia

Knox

Tenía cosas que hacer, negocios que dirigir, trabajadores a quien gritar. Pero ahora no pensaba en nada de eso. Estaba pensando en Naomi. Así que aquí estaba, en la biblioteca, haciendo caso omiso de todo lo demás porque me había despertado con ella en la cabeza y quería verla.

Me había pasado mucho tiempo pensando en Naomi Witt desde que se había presentado en el pueblo. Me sorprendía que no hubiese hecho más que ir a peor cuanto más tiempo pasábamos juntos.

Hoy estaba demasiado guapa, ahí, detrás de su mostrador, absorta en alguna lista de cosas pendientes y ataviada con un jersey, que le resaltaba las curvas, de un color tan rosa que era ridículo lo femenino que era.

—¿Qué estás haciendo aquí? — me preguntó, y la sorpresa se volvió alegría. Cubrió la distancia que nos separaba y se detuvo a solo unos centímetros de rozarme. Me gustaba el modo que tenía de inclinarse siempre hacia mí, cómo su cuerpo quería estar tan cerca del mío como fuera posible, a todas horas. No me parecía dependiente ni pegajoso, como siempre había creído que me resultaría. Me parecía… que no era tan terrible.

—Se me ha ocurrido llevarte a comer.

—¿De verdad? —Parecía entusiasmada ante la invitación, y decidí que tampoco me importaba. Que una mujer como Naomi me mirara como si fuera quien acababa de salvarle la jornada era magnífico.

—No, Flor, me he presentado aquí solo para tomarte el pelo. Pues claro que de verdad.

—Lo cierto es que tengo hambre. — Sus labios carnosos, pintados de color rosa oscuro, se curvaron en una invitación que no iba a desperdiciar.

Yo tenía hambre de otras cosas.

—Perfecto. Vámonos. ¿Cuánto dura tu descanso?

—Una hora.

«Gracias a Dios, joder».

Un minuto después, salimos de la biblioteca y nos bañó el sol de septiembre. La conduje hacia la camioneta acompañándola con una mano en la parte baja de su espalda.

—Bueno, ¿y a qué magnífico establecimiento acudiremos hoy? — preguntó cuando me subí al asiento del conductor.

Estiré el brazo hasta el asiento trasero y dejé caer una bolsa de papel sobre su regazo. La abrió e inspeccionó el contenido.

—Son sándwiches de mermelada y mantequilla de cacahuete — le expliqué.

—Me has preparado un sándwich.

—También hay patatas chips — dije, a la defensiva —. Y el té que te gusta.

—Vale. Estoy tratando de no dejarme cautivar por el hecho de que me hayas preparado un pícnic.

—No es un pícnic —dije, y giré la llave.

—¿Adónde vamos a hacer el pícnic?

—Al Huerto, si te apetece.

Juntó las rodillas y se removió en el asiento. Se mordió el labio inferior.

—¿Y la bocina? —preguntó.

—He traído una manta.

—Una manta y el almuerzo preparado. Tienes razón, claro que no es un pícnic — bromeó.

No sería tan arrogante cuando le metiera la mano por esos pantalones apretados que llevaba.

—Podemos volver y comer en la sala de descanso de la biblioteca — amenacé.

Alargó la mano y me agarró el muslo.

—¿Knox?

La seriedad de su tono me hizo alzar la guardia.

—¿Qué?

—No me parece que esto sea fingir.

Me di un golpe contra el reposacabezas. Sabía que tarde o temprano llegaría

el momento de tener esta conversación y, aun así, todavía no quería tenerla. En lo que a mí respectaba, los dos habíamos dejado de fingir casi desde el principio. Cuando la tocaba era porque quería, no porque quisiera que otra persona me viera tocarla.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora, Flor, cuando tienes el cronómetro midiendo la pausa para comer?

Clavó los ojos en el regazo.

—No, claro que no.

Apreté los dientes.

—Claro que sí. Si es algo de lo que quieras hablar, pues hablémoslo. Deja de preocuparte por si me voy a cabrear, porque los dos sabemos que tarde o temprano pasará.

Alzó la vista y me miró.

—Solo me preguntaba… qué estamos haciendo.

—No sé qué estamos haciendo. Por mi parte, yo disfruto de pasar tiempo contigo sin preocuparme por qué pasará después, o dentro de un mes, o dentro de un año. ¿Qué haces tú?

—¿Aparte de disfrutar de pasar tiempo contigo?

—Sí.

Sus preciosos ojos castaños se volvieron a fijar en su regazo.

—Me preocupo por lo que pasará después — reconoció.

Le levanté la barbilla para que me mirara.

—¿Por qué tiene que pasar algo después? ¿Por qué no podemos disfrutar de esto tal y como es ahora, sin tener que darle mil vueltas a algo que todavía no ha ocurrido?

—Es que así es como funciono — dijo.

—¿Y si probamos a hacerlo a mi manera durante un tiempo? Si lo hacemos a mi manera, tendrás un almuerzo, que no un pícnic, y, al menos, un orgasmo antes de la una del mediodía.

Se le sonrojaron las mejillas y, aunque la sonrisa que esbozó no era tan ancha como la que me había ofrecido antes por haberle preparado una sorpresa, no estaba nada mal.

—Vámonos —dijo.

Se me puso dura al instante. Todo lo que había imaginado se me agolpó en la mente: tenderla sobre la manta, desnuda, mientras gimoteaba mi nombre;

saborearla bajo el sol, mecidos por la cálida brisa. Quería sentir cómo se movía debajo de mí mientras el resto del mundo se detenía.

Puse la marcha atrás y pisé el acelerador.

Solo habíamos recorrido una manzana cuando el móvil de Naomi sonó en las profundidades de su bolso. Rebuscó para sacarlo y miró la pantalla con el ceño fruncido.

—Es Nash.

Le arranqué el teléfono de las manos y respondí.

—¡Knox! —protestó Naomi.

—¿Qué? —espeté al aparato.

—Tengo que hablar con Naomi — dijo Nash. Sonaba lúgubre.

—Está ocupada, dímelo a mí.

—Ya lo he intentado, imbécil; te he llamado a ti primero y no me lo has cogido. Tengo noticias sobre Tina.

A la mierda mi pícnic.



Mientras admiraba el curvilíneo culo de Naomi delante de mí, me pregunté cómo lo hacía mi hermano para subir el largo tramo de escaleras con sus lesiones. El apartamento de Nash estaba en la segunda planta, encima del Whiskey Clipper, y cuando lo había traído a casa el fin de semana anterior, solo había conseguido subir después de que lo amenazara con agarrarlo y subirlo a cuestas.

Abrió la puerta justo cuando levantaba el puño para llamar. Parecía pálido, cansado, y el cabrón se había quitado la camiseta, de forma que se le veían las gasas de las heridas. En las manos llevaba gasas nuevas y un rollo de esparadrapo.

—Ay, pobrecito —entonó Naomi con suavidad; luego agarró los utensilios para curarlo —. Deja que te ayude.

Nash me dedicó una sonrisa petulante cuando la reencarnación de Florence Nightingale entró en el piso. Si seguía haciendo de héroe herido con Naomi, le subiría el puñetero alquiler y lo empujaría por las escaleras.

—Más te vale que sea importante — le advertí, y la seguí adentro.

El apartamento tenía techos altos, paredes de ladrillo visto y ventanales arqueados que daban a la calle principal, y contaba con dos dormitorios, un baño que había reformado yo mismo y un espacio abierto con una cocina pequeña pero chulísima.

Tenía la mesa del comedor llena de papeleo y lo que parecían expedientes. Era evidente que le costaba seguir las prescripciones del médico. A los hombres Morgan no nos gustaba que nos dijeran lo que teníamos que hacer.

—Siéntate —le dijo Naomi tras sacar un taburete de la isla de la cocina.

Nash se sentó apretando la mandíbula, como si cualquier movimiento le doliera.

—¿Te tomas la medicación para el dolor? — pregunté. Me había puesto duro con él para que fuera a comprarla, pero el tarro seguía junto al fregadero, donde lo había dejado.

Mi hermano me miró a los ojos.

—No.

Sabía por qué. Porque una generación tenía el potencial de corromper a la siguiente. Era algo con lo que los dos teníamos que vivir.

—No va a estar bonita, Naomi — le advirtió Nash cuando esta se acercó al fregadero para lavarse las manos.

—Las heridas nunca lo son. Para eso son las curas.

Se secó las manos y me dedicó una sonrisa resplandeciente mientras volvía junto a mi hermano.

—No te vas a desmayar, ¿verdad? — le pregunté.

Me sacó la lengua.

—Para que lo sepas, tengo una amplia formación en primeros auxilios.

Nash me miró a los ojos mientras Naomi retiraba con cuidado el esparadrapo de su hombro.

—Hace unos años, me topé con un accidente de coche. Era tarde, de noche, y llovía. Un ciervo había salido delante del conductor y este había dado un volantazo para esquivarlo y había chocado de frente con un árbol. Había sangre por todos lados. Se moría de dolor, y lo único que pude hacer fue llamar a emergencias y agarrarle la mano. Nunca me había sentido tan impotente en toda mi vida — nos explicó.

Supe que tuvo que haberlo detestado. Era una mujer que había dedicado toda su vida a hacer felices a los demás y a asegurarse de que estuvieran bien, así que debió de odiar haberse sentido inútil cuando otra persona estaba sufriendo.

—Entonces, ¿fuiste a una clase? — dedujo Nash mientras ella retiraba la gasa de la herida.

Vi cómo apretaba la mandíbula y detecté la tensión en su tono. Naomi siseó y yo alcé los ojos. Nash tenía el hombro al descubierto. No era un agujero limpio, era un abismo de tejido inflamado, puntos negros y el tono oxidado de la sangre seca.

—Hice un curso de tres clases — dijo Naomi.

Me asaltó un recuerdo: Nash tendido de espaldas en el patio del recreo, sangrando por la nariz mientras Chris Turkowski, sentado en su pecho, cosía su cara a puñetazos.

Chris había salido peor parado que mi hermano ese día. Me habían expulsado durante dos días, una consecuencia que, tanto para mí como para mi padre, había merecido la pena. «La familia cuida de la familia», me dijo. Y en esa época, aún lo cumplía.

No podía apartar los ojos de las heridas de Nash; el corazón me palpitaba en la sien.

—¿Knox? —La voz de Naomi sonaba más cercana.

Noté unas manos sobre los hombros y me di cuenta de que tenía a Naomi delante.

—¿Quieres sentarte un momentito, Vikingo? No creo que pueda ocuparme de dos pacientes a la vez.

Al darme cuenta de que debía de pensar que estaba a punto de desmayarme, abrí la boca para aclarar el error y explicarle que lo que me pasaba era que tenía rabia, no que me fallaban las rodillas. Pero cambié de parecer y le seguí la corriente cuando percibí que su preocupación por mí era mayor que por las heridas de bala de Nash.

Dejé que me hiciera sentar en uno de los sillones de piel del salón.

—¿Estás bien? —preguntó, y se inclinó para mirarme a los ojos.

—Ahora, mejor —respondí.

Por encima de su hombro, vi que mi hermano me hacía una peineta. Naomi me dio un beso en la frente.

—Quédate aquí. Te traeré un vaso de agua en un momentito, ¿vale?

Nash tosió y emitió un ruido que se parecía demasiado a «farsante», pero la tos terminó convirtiéndose en un gruñido de dolor. Le estaba bien empleado. Le devolví la peineta cuando Naomi se acercó corriendo a él.

—Nunca he visto que te fallaran las rodillas al ver sangre — observó Nash.

—¿Quieres decir lo que tienes en mente, o es así como retienes a tus visitas porque nadie quiere estar contigo?

Naomi me dirigió una mirada de «compórtate» mientras abría un sobre nuevo de gasas, y mi hermano apretó la mandíbula cuando la presionó sobre la herida. Aparté la vista hasta que Nash carraspeó.

—Tengo noticias sobre Tina — anunció.

Naomi se quedó petrificada con una tira de esparadrapo en la mano.

—¿Está bien?

Su gemela le había robado y había abandonado a su hija, y la primera pregunta que hacía Naomi era si Tina estaba bien. Esta mujer tenía que aprender que, a veces, había lazos que había que cortar.

—No sabemos dónde está, pero parece probable que haya algo en el pueblo que no ha querido dejarse. Hemos encontrado sus huellas en el robo del almacén.

Me tensé al recordar la conversación que tuvimos en su habitación del hospital.

—¿Qué robo de qué almacén? — preguntó Naomi mientras se centraba en la herida que tenía en el torso, más abajo.

—El propietario del parque de caravanas informó de dos robos independientes. Uno en su despacho y otro en el almacén, donde guarda cualquier cosa de valor que los inquilinos se dejan. Lo del almacén fue un destrozo, y se llevaron lo que buscaban. Forzaron la cerradura, rompieron cosas, faltaban muchas otras… Y encontramos las huellas de Tina por todos lados.

Me olvidé de la farsa del desmayo y me levanté del sillón.

—Vivimos en un pueblucho de mierda — señalé, dirigiéndome hacia la cocina —. ¿Cómo cojones ha estado aquí sin que nadie la haya visto?

—Tengo una teoría al respecto. Tenemos la grabación de la cámara de seguridad que hay en la entrada — dijo Nash, que usó el brazo sano para sacar un expediente que tenía cerca. Lo inclinó para abrirlo y apareció una foto granulada en la que se veía a una mujer con el pelo negro y largo que llevaba un vestido hasta los pies.

Naomi se asomó por encima de mi hermano para ver la imagen. No estaba seguro, pero me pareció que Nash le olía el pelo. La atraje hacia mí para alejarla de mi hermano y le di la foto.

«¿Qué coño haces?», articulé, dirigiéndome a él. Se encogió de hombros y esbozó una mueca.

—Eres un idiota testarudo — musité.

Conduje a Naomi hacia un taburete lejos del alcance de Nash y me acerqué al fregadero. Aún tenía toda su mierda habitual en la encimera y guardaba su desmesurada colección de suplementos en el armario. Agarré un bote de analgésicos y llené un vaso de agua del grifo, y, luego, lo coloqué todo sobre la encimera, ante el tonto de mi hermano.

Divisé una fuente para el horno con algún tipo de postre; alcé el envoltorio de plástico y olisqueé. Era tarta de melocotón. Qué buena.

Como me estaba perdiendo el almuerzo y era culpa de Nash, agarré un tenedor.

—Ese vestido es mío —dijo Naomi, y le devolvió la foto a Nash. Estaba pálida. Se la arranqué de la mano y observé la imagen.

«Mierda. El vestido era suyo».

—Me imaginé que iría vestida como tú por si se encontraba con alguien por el pueblo — explicó Nash —. Debió de cogértelo cuando te saqueó la habitación del motel.

Naomi volvió a morderse el labio.

—¿Qué pasa? —le exigí saber.

Negó con la cabeza.

—Nada.

Mi detector de mentiras se había activado.

—Flor.

—Es que Tina solía hacerlo cuando éramos pequeñas. Una vez estaba yo en casa, enferma, durante el segundo curso en el instituto. Fue a clase vestida como yo y le dijo a mi profesor de historia, por el que estaba coladita, que se fuera a la mierda. Me castigaron después de clase. Y todo porque mis padres me habían dejado el coche el fin de semana anterior mientras ella estaba castigada.

«Madre mía».

—Espero que no te quedaras callada y cumplieras con el castigo — le espeté, y lancé el tenedor en la fuente del horno, indignado.

—¿Se hizo con lo que fuera que buscaba? — le preguntó Naomi a Nash.

—No lo sabemos. Me dijeron que Tina había empezado a salir con un tío nuevo hará unas semanas. Lucian ha estado investigando un poco. Me dijo que el tipo en cuestión era un macarra de Washington D. C. y que Tina fanfarroneó con un par de amigos sobre que estaban a punto de dar un gran golpe.

—¿Eso es la tarta de melocotón de mi madre? — preguntó Naomi, señalando con la cabeza el plato que yo tenía en la mano.

—Ha pasado esta mañana para dejármela. También me ha robado la ropa sucia y me ha regado las plantas.

Naomi le dedicó una sonrisa vacilante.

—Bienvenido a la familia. Prepárate para que te mimen a más no poder.

Había algo que no iba bien, y estaba tratando de esconderlo. Dejé la tarta y volví a agarrar la foto.

—Mierda.

—¿Qué? —preguntó Nash.

—Te vi con este vestido delante de la peluquería — dije tras recordarla delante del escaparate del Whiskey Clipper con Liza y Waylay. Me había parecido una aparición veraniega con ese vestido.

Ahora ya no tenía las mejillas pálidas, sino sonrosadas.

—Lo que significa que Tina no te lo robó en el motel; ha entrado en la cabaña.

Naomi se puso a organizar las cajas del botiquín. Nash soltó una palabrota y se pasó la mano buena por la cara.

—Tengo que llamar a Grave.

Se levantó y agarró el móvil de la mesa del comedor.

—Hola, Grave —dijo—. Tenemos un nuevo problema.

Esperé a que se fuera al dormitorio para centrar mi atención en Naomi.

—Entró en tu casa y no ibas a decir nada.

Alzó los ojos mientras yo daba la vuelta a la isla. Levantó las manos, pero yo seguí avanzando hasta que sus palmas acabaron sobre mi pecho.

—No tienes que guardarte estas cosas, Naomi. No le debes nada a tu hermana. No puedes pasarte la vida protegiendo a personas que no se merecen una mierda, y menos cuando ponen en riesgo tu seguridad.

Hizo una mueca y me di cuenta de que estaba chillándole.

—¿En qué pensaste? Estás con Way. Si Tina y su follamigo criminal entran en tu puta casa, no los encubres. No proteges a los malos, proteges a la niña.

Naomi me empujó, pero no cedí.

—Ya viste la habitación del motel y has oído lo que ha dicho Nash: el almacén está destrozado. Eso es lo que hace mi hermana, destruir — me espetó Naomi —. Si Tina hubiese entrado en la casita, habría arrasado con todo. Nunca pudo soportar la idea de que yo tuviera algo más bonito que ella. Así que, sí. Tal vez me di cuenta un par de veces de que había cosas que no estaban en su sitio, pero supuse que había sido Waylay, tú o Liza. Pero Tina no entró.

—¿Qué quieres decir?

Se humedeció los labios.

—¿Y si alguien la dejó entrar?

—¿Con «alguien» te refieres a Waylay?

Naomi echó un vistazo nervioso hacia donde estaba Nash.

—¿Y si Tina consiguió hacerle saber que necesitaba entrar y Waylay le dejó la puerta abierta? Fuiste tú quien me gritó por no haber cerrado con llave la puerta de atrás. O, ¿y si Tina le dijo lo que necesitaba y Waylay se lo dio?

—¿Tú crees que la niña le diría siquiera la hora a Tina después de pasar unas semanas contigo y con tus padres? Qué coño, incluso con Stef y con Liza. Le has dado una familia feliz. ¿Por qué iba a arriesgarse a perderlo?

—Tina es su madre —insistió Naomi —. La familia no deja de ser familia solo porque uno haga cosas horribles.

—Precisamente eso es lo que les pasa a las familias, y tienes que dejar de tenerle esta puñetera lealtad a tu hermana. No se la merece.

—No es lealtad a Tina, idiota — me gritó Naomi. Volvió a empujarme, pero yo era como una roca.

—Ilústrame —insistí.

—Si Waylay tuvo algo que ver con el hecho de que entrara Tina, ¿cómo va a percibirse en el juicio por la tutela? ¿Cómo voy a demostrar que soy capaz de ejercer de tutora cuando no puedo ni evitar que los delincuentes entren en mi casa? Me la quitarán. Le habré fallado a Waylay y a mis padres, y Waylay acabará con desconocidos… — le falló la voz.

La agarré y la atraje hacia mí.

—Cariño, para.

—Lo he intentado —dijo, aferrándose a mi camiseta.

—¿Qué has intentado?

—No odiar a Tina. Lo he intentado toda la vida, con todas mis fuerzas.

Le rodeé la cabeza con la mano y se la hundí en mi cuello.

—No llores, joder, Flor. Por ella no. Suficiente le has dado ya.

Naomi inspiró hondo y espiró despacio.

—Puedes usarme como cojín, si quieres ponerte a gritar — me ofrecí.

—No te pongas cariñoso y gracioso ahora.

—Cielo, de esas dos cosas nadie me ha acusado nunca.

Se apartó y volvió a inspirar para calmarse.

—Esto no era lo que me esperaba cuando me has dicho que me llevabas a

almorzar.

—Yo me esperaba los gritos, pero creía que los daríamos desnudos. ¿Estamos bien?

Trazaba circulitos con los dedos sobre mi pecho.

—Estamos bien, por ahora. Voy al baño a serenarme.

—Yo voy a seguir comiéndome la tarta de tu madre.

Me dedicó otra de esas sonrisas inseguras que me hacía sentir cosas que no quería sentir. Alargué el brazo y le coloqué un mechón detrás de la oreja.

—No pasará nada. Nadie se va a llevar a Way. Nash y yo nos ocuparemos.

Me acarició la mano con la mejilla.

—No puedes solucionar mis problemas.

—Ah, pero ¿tú sí que puedes solucionar los de todos? — señalé —. Tienes que dejar de preocuparte por que todo esté bien para todo el mundo y empezar a ocuparte de que todo esté bien para ti.

No respondió, pero tuve la sensación de que mis palabras no caían en saco roto. Le di un cachete travieso en el culo.

—Venga, ve a gritarle a las toallas.

Al cabo de un minuto, Nash salió del dormitorio.

—Grave va a mandar unos chicos para ver si encuentran huellas. ¿Dónde está Naomi?

—En el baño. ¿Encontrasteis huellas en el despacho del dueño? — le pregunté a Nash.

Negó con la cabeza.

—Fue un robo limpio.

—¿Cuántas probabilidades hay de que se dividieran? Tina se encargó del almacén, y el novio, del despacho.

Nash se lo pensó.

—Tendría sentido.

—Naomi no cree que Tina entrara a la fuerza, está preocupada por si Way la dejó entrar. Está preocupada por cómo quedaría eso con lo de la tutela.

Nash bufó.

—Cualquier juez que vea a las dos hermanas y decida que Naomi no está capacitada, no tiene las gafas bien graduadas.

—Se angustia por todo. Por eso no quiero que esté preocupándose también por si un desconocido se ha metido en su casa y ha rebuscado entre sus cosas.

—Mejor malo conocido… —dijo mi hermano.

Asentí.

—Hablando de malos, ¿lo vas a ver este fin de semana? — preguntó Nash.

Con parsimonia, opté por agarrar otro bocado de tarta, a pesar de que se me había ido todo el apetito.

—Si está ahí, sí.

—Dale esto de mi parte. —Nash se acercó a la mesa cojeando y agarró una mochila —. Y, tal vez, plantéate no ir dando dinero.

—Tienes suerte de que esté cansado de luchar sobre este tema — le dije, y acepté la mochila.

—La gente no deja de decirme la suerte que he tenido — comentó.

—Sigues aquí, ¿no?

—Te acuerdas de la ropa que llevaba cuando pasó por delante del escaparate — comentó, señalando la puerta del baño con la cabeza.

—Sí, ¿y?

—Es importante para ti.

—¿La pérdida de sangre te ha vuelto tonto? — pregunté.

—Yo solo digo que te importa. Con cualquier otra mujer no te habrías ni molestado en detectar que estaba mintiendo. De hecho, no la habrías conocido lo suficiente como para saber que estaba mintiendo, y menos aún te habría importado.

—¿Vas a decir de una vez lo que pretendes decirme?

—Sí: no la cagues, como siempre.

Capítulo 33: Una patada certera

Naomi

—¿Por qué los partidos infantiles empiezan a horas tan intempestivas? ¿Y por qué el césped está tan húmedo? Mira mis zapatos. Nunca se van a recuperar — se quejó Stef mientras colocábamos las sillas plegables en la línea de banda del campo de fútbol.

—Son las nueve de la mañana, no las cuatro de la madrugada — le dije, con sequedad —. Tal vez, si ayer por la noche Liza y tú no hubieseis preparado una jarra de margaritas y os la hubieseis bebido entera, ahora no estarías estremeciéndote como un vampiro con la luz del sol.

Se dejó caer en la silla. Se lo veía un hombre con extremada clase, con las Raybans y el jersey grueso de punto.

—Ayer era la última noche que pasaba aquí antes de irme a París, no podía rechazar los margaritas. Además, es muy fácil ser la alegría mañanera cuando follas de forma regular.

—Cállate, bocazas —le espeté mientras echaba un vistazo al resto de la sección que animaba a Waylay. Mis padres estaban sentados con Liza, a quien no se le notaban los efectos de la media jarra de margaritas que se tomó. Mamá hacía lo de siempre y se presentaba a cualquiera que estuviera en un radio de diez metros, les preguntaba cómo se llamaban sus jugadoras y señalaba orgullosa a Waylay, que llevaba el número seis.

Wraith, un motero rudo y maduro pero atractivo, se paseó por el borde del campo a grandes zancadas. Llevaba una camiseta de Metallica, vaqueros negros y lucía una expresión de pocos amigos enmarcada a la perfección por un bigote al estilo Fu Manchú.

—Estás encantadora, Liza, como siempre — dijo con una sonrisa voraz.

—Vete con el cuento a otra parte, motero — le espetó ella. Pero me di cuenta de que se le dibujaban dos círculos sonrosados en sus mejillas.

—¡Venga, chicas! —gritó Wraith. Quince jóvenes de todas las alturas, medidas y colores se acercaron corriendo y saltando hacia su insólito entrenador.

—Ese tío parece que esté en libertad provisional, no que sea un entrenador de fútbol femenino — observó Stef.

—Es Wraith. Su nieta, Delilah, es la niña de las trenzas. Juega de delantera y corre con una rapidez increíble — le expliqué.

Waylay alzó la mirada del corrillo en el que estaban todas y me saludó. Sonreí y le devolví el gesto. El árbitro silbó dos pitidos cortos y una niña de cada equipo se acercó corriendo al círculo central.

—¿Qué pasa ahora, ha empezado el partido? — preguntó Stef.

—Ahora van a lanzar la moneda. Tienes suerte de ser tan guapo, ¿qué pasará si a tu futuro marido le gustan los deportes?

Stef se estremeció.

—Dios me libre.

—Se lanza la moneda para decidir qué equipo hace el saque inicial y en qué dirección van a marcar.

—Pero mírate, si eres toda una madre futbolera — bromeó.

Deliberadamente, me estiré la sudadera. Gracias a un acto escolar para recaudar fondos, ahora disponía de ropa para animar al equipo. La mascota era un guante de boxeo extragrande que se llamaba Puñito y que me parecía tan encantador como inapropiado.

—Puede que haya leído un poco sobre el tema — reconocí. Había investigado a fondo. Me había releído *Rock Bottom Girl* y había visto *Ted Lasso, Quiero ser como Beckham y Ella es el chico*, por si acaso.

El pitido que resonó en el campo marcó el inicio del partido, y animé como el resto del público cuando el balón empezó a rodar.

Tras dos minutos, sostuve el aliento y agarré a Stef de la mano con fuerza cuando Waylay se hizo con el balón y empezó a driblar hacia la portería.

—¡Vamos, Waylay! ¡Va! —gritó papá, levantándose de la silla.

Cuando teníamos diez años, Tina había jugado a *softball* durante una temporada. Papá había sido su fan número uno. Me gustaba ver que no había perdido el entusiasmo. Waylay fingió dirigirse a la derecha antes de ir en

dirección contraria para eludir al defensa, y le pasó la pelota a Chloe, la sobrina de Sloane.

—Lo ha hecho muy bien, ¿verdad? — preguntó Stef —. Lo ha parecido. Hábil y engañosa.

—El entrenador dice que tiene un talento innato — comenté, orgullosa, antes de gritar —: ¡Vamos, Chloe!

Chloe mandó la pelota a saque de banda y el partido se pausó para que tres jugadoras pudieran abrocharse los cordones de las zapatillas.

—Un talento innato. Impresionante.

—Es rápida, hábil y trabaja muy bien en equipo. Solo tiene un par de manías en las que hay que trabajar.

—¿Qué tipo de manías? —preguntó Stef.

—¿Qué me he perdido?

Sloane apareció a mi lado vestida con vaqueros y una camiseta de Nirvana debajo de una chaqueta de punto gris claro. Llevaba el pelo rubio y rosa anudado en un moño alto, unas gafas de sol elegantes y los labios pintados de color rojo rubí. Saludó a Chloe y se dejó caer sobre su propia silla plegable.

—Solo los primeros dos minutos. Nadie ha marcado y Wraith todavía no ha soltado su «venga, señoritas».

—Entonces, el mundo sigue girando — dijo Sloane con una sonrisa de satisfacción —. ¿Le han enseñado alguna amarilla a Way?

Negué con la cabeza.

—Todavía no. —Aunque si los últimos dos partidos servían de ejemplo, solo era cuestión de tiempo.

—¿Es como un premio? —preguntó Stef.

—No exactamente —le respondió ella y me guiñó el ojo antes de volver a dirigirse a mi mejor amigo —: Hoy estás es-pec-ta-cu-lar.

Él se acicaló, elevándose el cuello del jersey.

—Ay, gracias, bibliotecaria cañón. Me encantan tus botas.

Esta levantó los pies para admirar sus botas impermeables hasta las rodillas.

—Gracias. En los inicios de la carrera futbolística de Chloe, ya descubrí que no me apasionaban los zapatos mojados y los calcetines húmedos.

—Y me lo dice ahora —se quejó él.

—Por cierto, me encanta este rollo rizado que llevas — me dijo Sloane, sacudiendo la mano delante de mi cara.

Me aparté el pelo con exageración.

—Gracias, Waylay me enseñó un tutorial.

—Somos la nueva generación de mamás futboleras y *sexys* — sentenció Stef.

—Brindo por ello —celebró Sloane, que levantó un vaso en el que rezaba «Prometo que no contengo vino».

—Bueno, y ¿dónde está el papá futbolero *sexy*? — me preguntó Stef.

—Gracias a Dios que lo ha preguntado alguien — saltó Sloane, que se removía en la silla —. Yo tengo más preguntas: ¿cómo de bueno es en la cama? ¿Se vuelve gruñón al instante, después de llegar al orgasmo, o hay grietas en esa fachada impasible que dejan ver un corazón de osito tierno y dulce?

—¿Te ha arrancado alguna prenda del cuerpo? — preguntó Stef —. En caso afirmativo, conozco a un tipo que te llena el vestidor de ropa con cierres de velcro.

—Cómo no —dije con sequedad.

Sloane se inclinó hacia adelante.

—¿Es de los que te trae flores y te prepara la cena, o es más de los que le ladra a cualquiera que ose mirarte las tetas?

—De los que ladra, seguro — decidió Stef.

—¡Oye! Que mis padres y su abuela están aquí detrás — siseé —. Además, que estamos en un partido de fútbol infantil.

—Nos va a decir lo inapropiados que estamos siendo, pero de lo que no se da cuenta es de que todas las conversaciones que ahora hay aquí son sobre sexo — se quejó.

—Qué va —insistí.

—Te digo yo a ti que sí, créeme. Chloe juega desde los seis años. Puede que parezca que esos padres de ahí hablen de herramientas y el cortacésped, pero en realidad están hablando de hacerse la vasectomía — terció Sloane, que señaló a un grupo junto a las gradas.

—Lo he olvidado. ¿Nos has dicho por qué Knox no ha venido? — preguntó Stef, haciéndose el inocente.

Suspiré.

—No ha venido porque no lo he invitado. — Lo que no les dije fue que no lo había invitado porque no creía que fuera a venir. Knox Morgan no me parecía el tipo de hombre que voluntariamente se presentaría en un partido infantil del deporte que fuera y se pusiera a charlar con cualquiera durante una hora.

Era el tipo de hombre que te inmovilizaba y hacía que te corrieras en mil y

una posiciones que no deberían haber sido posibles. La noche anterior, sin ir más lejos, me había tumbado boca abajo y me había penetrado por detrás.

La vagina se me contrajo de forma involuntaria al recordarlo.

—¿Por qué no lo has invitado? — insistió Sloane, haciendo caso omiso del partido en favor del interrogatorio que se producía en la línea de banda.

Puse los ojos en blanco.

—No lo sé. Porque no habría venido, tal vez, y no quiero que Waylay se acostumbre demasiado a que él esté siempre con nosotros.

—Naomi, te lo digo con cariño: es la primera vez que Knox sale con alguien del pueblo desde el instituto. Es fortísimo. Significa que ve algo especial en ti que no ha encontrado en nadie más.

Me sentí una farsante.

Yo no era especial. No había conquistado a un soltero que no se había enamorado nunca, solo me había dejado llevar por un rollo de una noche que estaba buenísimo y a él le habían gustado las consecuencias de follarse a una buena chica.

—¿Ese de ahí es Nash? —preguntó Stef, cambiando de tema.

Alcé la mirada y lo divisé caminando despacio hacia mí. Sloane soltó un silbido.

—A los hermanos Morgan los hicieron para que disfrutáramos de las vistas.

Razón no le faltaba.

Nash Morgan encarnaba al héroe herido. Me di cuenta de que unas cuantas madres, e incluso un par de padres, pensaban lo mismo. Vestía vaqueros desgastados, una camiseta ceñida de manga larga y una gorra de béisbol baja, y me di cuenta de que no llevaba el brazo en cabestrillo. Caminaba lentamente, con cuidado. Parecía despreocupado, pero supuse que el ritmo se debía más bien al dolor y al agotamiento que a las ganas de parecer guay.

—Buenos días —dijo, cuando llegó.

—Hola —repuse—. ¿Quieres sentarte?

Negó con la cabeza, con los ojos clavados en el campo mientras nuestro equipo defendía. Waylay levantó la vista, lo vio y lo saludó. Él le devolvió el saludo con el brazo bueno, pero vi la mueca que trató de disimular con una sonrisa.

Debería estar en casa, descansado y curándose, no paseándose por el pueblo sin llevar el brazo protegido. Me di cuenta de que la irritación que me provocaba su hermano se estaba extendiendo a él.

—Siéntate —insistí, tras levantarme. Lo obligué a acomodarse en mi silla.

—No necesito sentarme, Naomi, ni necesito estar en casa descansando. Necesito estar por ahí haciendo lo que se me da bien.

—¿Y eso es…? —pregunté—. ¿Parecer que te ha arrollado toda la flota de autobuses escolares?

—Uh… —intervino Stef—. Será mejor que le hagas caso, jefe. Es muy mala cuando se mosquea.

—No me mosqueo —bufé.

—No deberías, y menos tras ese bombazo — dijo Nash.

«Ay, ay».

—He cambiado de opinión. Puedes levantarte e irte — decidí.

Entonces, adoptó un aire petulante.

—¿No les has dicho nada?

—¿Qué nos tenías que decir? — preguntaron Sloane y Stef al unísono.

—No he tenido la oportunidad — mentí.

—¿Y has tenido la oportunidad de decírselo a tus padres? ¿O a Liza J., teniendo en cuenta que ella es la propietaria del inmueble en cuestión?

—¿Qué está pasando? —preguntó Sloane.

Stef entrecerró los ojos.

—Creo que nuestra amiguita reservada no solo no nos cuenta sus aventuras en la cama, sino que se está guardando más cosas.

—Ay, por el amor de Dios —bufé.

—¿Naomi no os ha comentado que Tina está relacionada con un robo que ha habido en el pueblo? — preguntó Nash, plenamente consciente de que no lo había hecho.

—Te aseguro que no nos ha comentado nada.

—¿Y que para llevarlo a cabo, entró a la fuerza en casa de Naomi y le robó uno de sus vestidos?

Sloane se bajó las gafas de sol por el puente de la nariz y me miró.

—Eso no mola, cielo. No mola nada.

—Ha vuelto a hacer lo de la gemela mala, ¿verdad? — preguntó Stef sin mirarme. No era buena señal.

—Mirad, justo acabo de enterarme…

—Te lo dije hace tres días, Naomi — me recordó Nash.

—No tengo muy claro cómo son las leyes en Virginia. ¿Pasa algo si tapo con cinta adhesiva la boca de un agente de policía?

—Sí, si está de servicio —dijo Nash con una sonrisa maliciosa.

—¿Por qué no nos lo habías contado? ¿Por qué no has dicho nada? Si tenemos que estar alerta por si tu hermana vuelve a aparecer, es mejor que lo sepamos — señaló Sloane.

—Deja que te explique algo sobre la Witty aquí presente — le dijo Stef a Sloane.

—Ya empezamos —musité.

—Verás, a Naomi no le gusta molestar a nadie haciendo algo que pudiera incomodarle, como hablar de cosas malas que han pasado, pedir ayuda o hacer valer lo que quiere y necesita. Prefiere corretear como un ratoncito, asegurándose de que las necesidades de los demás están satisfechas.

—Pues qué mierda —decidió Sloane.

Hice una mueca.

—Escuchadme. Entiendo que estéis preocupados, de verdad que sí, yo también lo estoy. Pero ahora mismo, mi prioridad es que me den la custodia de mi sobrina. No tengo ni tiempo ni energía para preocuparme por cualquier otra cosa.

—Tu gemela diabólica ha entrado en la casa en la que vives con su hija — terció Sloane.

—Te ha robado, ha cometido un delito haciéndose pasar por ti y, otra vez, serás tú quien tenga que pagar las consecuencias. ¿No te ha parecido que valía la pena comentarlo?

—Muchas gracias, Nash —le dije.

Sloane se cruzó de brazos.

—No culpes a un hombre al que acaban de disparar — dijo.

—Oye, ¿no os parece que estáis exagerando?

—No, es la reacción que deberíamos tener. Eres tú la que le ha quitado importancia cuando está en riesgo tu seguridad y la de Waylay. No hay exageración que valga — dijo Stef.

Clavé los ojos en mis manos.

—Y estaríais todos más contentos de saber que estoy aterrada y que me paraliza el miedo por dentro. Que temo que pase algo, me quiten a Waylay y un desconocido acabe criando a mi sobrina; o, peor, que mi hermana, la persona con la que se supone que debería estar más unida en el mundo, vuelva como si nada y me la quite sin que me dé cuenta. Queréis que, además de tratar de demostrar a una trabajadora social que soy la opción más responsable que tiene mientras no

deja de pillarme en mis peores momentos, llevar dos trabajos y recordar a una niña que no todo tiene que ser como lo ha sido durante los once años de su vida, os cuente cómo tengo que agotarme por las noches para poder dormir y no quedarme mirando el techo pensando en todo lo que podría salir mal.

—Pues sí. Me haría sentir mejor que saber que se me deja de lado a propósito — dijo Sloane.

—Gracias —intervino Stef—. Nash, ¿quieres ser tú el que se lo diga?

—Naomi, hay muchas personas que se preocupan por ti. Tal vez ya sea hora de dejar que se ocupen de ti en vez de hacerlo todo tú sola.

Saqué la barbilla.

—Lo tendré en cuenta —dije.

—Este es su tono de *snob* — advirtió Stef —. No vais a conseguir nada hasta que no se tranquilice.

—Voy a dar un paseo —anuncié, de mal humor.

No había llegado muy lejos cuando oí:

—Naomi, espera.

Quise seguir caminando y hacerle una peineta, pero como soy como soy, me detuve y esperé a que Nash me alcanzara.

—No lo he hecho para cabrearte — me dijo. Tenía los ojos más azules que los de Knox, pero ardían con la misma intensidad característica de los Morgan que provocaba que el estómago se me contrajera y se me llenara de mariposas —. Tienes que estar alerta, y tu familia, también. No contarles cosas así es una irresponsabilidad, y justo eso es lo que no da muy buena imagen en los casos de tutela.

—¡Me dijiste que no tenía nada de lo que preocuparme!

—Te estoy hablando de una forma que entiendas. Ser tutora o madre no se trata de recibir medallas por parte de una figura de autoridad. Se trata de hacer lo correcto incluso cuando cuesta. Sobre todo cuando cuesta.

Qué fácil era para él decirlo; la trabajadora social no lo había pillado medio desnudo después de un rollo de una noche. Alargó la mano y me agarró del hombro.

—¿Me entiendes? —preguntó.

—Yo me lo pensaría muy bien y quitaría la mano, si fuera tú.

Volví la cabeza y, entonces, lo vi. Knox se acercaba hacia nosotros con paso despreocupado, pero en sus ojos no había ni pizca de despreocupación. Parecía cabreado.

Nash no movió la mano ni siquiera cuando Knox llegó a nosotros. Al cabo de un segundo, Knox me atrajo a su lado y me rodeó los hombros con un brazo. El público presente tenía la atención dividida entre el partido y el espectáculo que se desarrollaba a escasos metros. Sonreí como si estuviéramos charlando del tiempo y las mariposas.

Los hermanos se fulminaron con la mirada.

—Solo le recordaba a tu chica aquí presente que la familia cuida de la familia — dijo Nash.

—Pues ya se lo has recordado. ¿Por qué no te largas a casa y descansas de una puta vez para estar bien y poder cuidar de la familia?

—Estoy disfrutando del partido. Creo que me quedaré — dijo Nash —. Me alegro de verte, Naomi.

No dije nada, pero observé cómo se acercaba a Liza y mis padres. Ninguno de los dos hermanos Morgan parecía tener muy buen humor por la mañana.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar a Knox.

Tenía los ojos clavados en el campo, donde Nina asestó una patada a las espinillas de la jugadora rival en vez de al balón.

—Me he enterado de que había partido y se me ha ocurrido pasarme.

Su pulgar describía lentos círculos en la parte superior de mi brazo. Noté un hormigueo que nacía de sus caricias y me recorría el cuerpo entero. Mi especie de novio, gruñón y tatuado, había salido de la cama un sábado por la mañana después de haber cerrado ayer de madrugada solo por mí y por Waylay. No estaba segura de qué debía hacer con esa información.

—Es pronto —señalé.

—Sí.

—Nash solo está preocupado — dije, tratando de hacer avanzar la conversación.

—Suele preocuparse.

El ruido que hacía el público aumentó y el partido atrajo toda mi atención. Noté que Knox se ponía tenso a mi lado cuando Waylay interceptaba un pase y avanzaba por el campo.

—¡Sigue hasta el final, Way! — gritó Wraith.

—¡Tú sigue, Waylay! —chilló papá.

—Vamos, peque —dijo Knox entre dientes, con los ojos clavados en el dorsal número seis.

Me agarré a la camiseta de Knox a medida que ella se acercaba a la portería. Justo cuando echaba atrás la pierna para chutar la pelota, otra jugadora chocó con ella y las dos rodaron en el suelo. Los seguidores emitieron un gruñido colectivo.

Nina y Chloe ayudaron a Waylay a ponerse de pie y vi lo roja que tenía la cara.

—Ay, madre.

—Ay, madre, ¿qué? —preguntó Knox.

—¿Qué cojones, árbitro? —chilló Waylay.

—Mierda —susurré.

—¿Le acaba de decir «cojones» al árbitro? — preguntó Knox.

El árbitro silbó y se dirigió hacia Waylay a grandes zancadas, con la mano metida en el bolsillo del pecho. Gruñí cuando vi la tarjeta amarilla delante del rostro rebelde de mi sobrina.

—Lo hace en cada partido. Es como si no pudiera controlar la lengua — me quejé.

—Venga ya, árbitro —gritó Wraith —. Ha sido falta.

—Lo siento, entrenador. No se puede usar ese tipo de lenguaje en el campo — repuso el árbitro.

Waylay volvió a abrir la boca. Por suerte, Chloe tuvo la precaución de ahogar con la mano el grito y la palabra de cinco letras. Waylay forcejeó con ella.

—Es la tercera tarjeta amarilla que le sacan en tres partidos. No consigo que pare.

Knox se metió los dedos en la boca y silbó. Todo el mundo miró hacia nosotros, incluso Waylay.

—Way —dijo, haciéndole señas con el dedo —. Ven aquí.

Chloe la soltó y Waylay, con los dedos clavados en los pies y las mejillas rojas, se dirigió hacia la línea de banda. Knox me soltó y rodeó a Waylay por la nuca.

—Lo entiendo, peque. Pero no puedes decir estas cosas en el campo ni en el colegio.

—¿Por qué no? Tú las dices, mi madre las dice.

—Nosotros somos adultos y no tenemos a otros adultos detrás de nosotros todo el día diciéndonos qué tenemos que hacer y qué no.

—Entonces, ¿qué hago? ¡Me ha hecho la zancadilla! Podría haber marcado.

—Lo puedes gritar tanto como quieras, pero en tu cabeza. Que se te vea en

los ojos, que te salga por los poros, con cada respiración, pero no lo vuelvas a decir en el campo nunca más. Eres mucho mejor que eso, Way, joder. Tienes carácter, pero es mucho más poderoso si lo sabes controlar que si dejas que te salga como te viene. Úsalo, o las palabras te usarán a ti. ¿Lo pillas?

Ella asintió con aire solemne.

—Creo que sí. ¿Cuándo podré decirlo?

—Cuando tú y yo veamos partidos.

Los ojos de Waylay se trasladaron a mi rostro, en busca de mi reacción.

—No te preocupes por tu tía, está muy orgullosa de ti. Pero si explotas de esa forma, no haces más que ponerte trabas. Así que dale algo más de lo que estar orgullosa, ¿vale?

Suspiró y volvió a asentir.

—Vale. Sí, pero ¿podré decir palabrotas cuando veamos partidos por la tele?

—Por supuesto que sí —le dijo Knox, y la despeinó.

—¿Y cuándo ya no vaya al colegio?

—Podrás decir tantas palabrotas como quieras cuando ya no vayas al colegio. Ni a la universidad, si quieres sacarte un doctorado o algo.

Se le curvó la comisura de la boca.

—Así me gusta —comentó Knox—. Y ahora, sal ahí y mete la pelota en la portería para poder ir a buscar un helado después.

—Pero si es por la mañana — objetó ella, mirándome como si yo fuera un monstruo antipalabrotas y antihelado.

—No hay mejor momento para ir a tomar helado que después de una buena victoria — le aseguró él.

Waylay le sonrió.

—Vale. Gracias, Knox. Lo siento, tía Naomi.

—Estás perdonada —le aseguré—. Ya estoy orgullosa de ti. Y ahora, ve y hazlo fantásticamente.

Vale, tal vez no era el mejor consejo que habría podido darle, pero es que me estaba derritiendo por dentro mientras Knox se iba a hablar con Wraith. Mi padre, y luego Nash, se les unieron. Juntos, crearon un muro de testosterona, preparado para proteger y guiar a sus niñas.

—Justo cuando una piensa que no puede ser más *sexy*… — comentó mi madre mientras se acercaba a mí.

—¿Hablas de Knox o de papá? — pregunté.

—De los dos. De todos ellos, en realidad. El entrenador Wraith también tiene

su encanto, y Nash es tan *sexy* como su hermano.

—¡Mamá!

—Solo es una observación. Las mujeres Witt tenemos un gusto excelente cuando se trata de hombres. Bueno, casi todas.

Me tapé la mano con la boca y traté de reprimir la carcajada.



El tiempo se agotaba y el marcador aún señalaba empate a uno.

—¡Venga, señoritas! —gritó Wraith.

Waylay miró hacia nosotros y, al ver un atisbo de sonrisa aleteándole en los labios, volví a sentir ese hormigueo. Tenía todo un grupo de animadores esperando a celebrar un gol con ella, y para ella era importante.

—Lo estás haciendo de maravilla — me dijo mamá.

—¿De verdad?

—Mira esa sonrisilla. Mira cómo no deja de mirarnos para comprobar que seguimos aquí. Di lo que quieras de Tina, pero haberte entregado a su hija es lo mejor que ha hecho nunca.

Se me anegaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, mamá —susurré.

Entrelazó su brazo con el mío, pero luego se puso tensa.

—¡Vuelve a tener la pelota!

La nieta de Wraith se había visto acorralada por dos defensas y le había pasado el balón a Waylay.

—¡Vamos! —gritamos al unísono, y el público se puso de pie.

Mamá y yo nos aferramos la una a la otra mientras Waylay le hacía una finta a la última defensa que se interponía entre ella y la portería.

—Ay, madre, me estoy poniendo mala.

—¡Dale duro, Waylay! —gritó mamá.

Y eso hizo. Contuve el aliento mientras la pelota salía disparada a cámara lenta hacia la portería. El público chillaba y oí que Stef gritaba:

—¡Métela ahí, en eso!

La portera se lanzó a por ella, pero la pelota giró sobre sí misma y le acarició los dedos, sin detenerse hasta el fondo de la red. Mamá y yo soltamos un alarido

mientras dábamos saltitos.

—¡Esa es mi nieta! —aulló mamá.

—¡Sí, joder! —bramó Wraith.

—Claro que sí —gritó Liza.

Sloane y Stef se estaban abrazando. El árbitro marcó el final del partido.

—¡Se acabó!

Waylay se quedó inmóvil, con la vista fija en la pelota que había en el fondo de la red, como si no pudiera creer lo que acababa de hacer. Y, entonces, se volvió. Sus compañeras se le acercaron corriendo, gritando y riendo, pero ella no las miraba: me miraba a mí. Y salió disparada.

Igual que yo. La alcancé cuando se lanzó a mis brazos y le di vueltas.

—¡Lo has conseguido!

—¿Lo has visto? ¿Has visto lo que he hecho, tía Naomi?

—Lo he visto, cariño. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

—¿Podemos ir a tomar helado y puedo decir palabrotas cuando mire partidos con Knox?

—Sí, y supongo que sí.

Me abrazó con fuerza y me susurró:

—Es el mejor día de mi vida.

Estaba tratando de reprimir las lágrimas cuando alguien me la quitó de los brazos. Era Knox, que se puso a Waylay sobre los hombros mientras el resto de las jugadoras y de los padres los rodeaban para felicitarla. Knox me dedicó una de sus escasas sonrisas amplias que me hacía flaquear las rodillas.

—Sloane y yo hemos hablado, y estás perdonada — anunció Stef, que me rodeó con un brazo.

—Siempre y cuando nos invitéis a tomar helado — terció Sloane.

—Y nos incluyas en lo que pasa en tu vida — insistió Stef.

Los atraje hacia mí para darles un fuerte abrazo y, por encima de sus hombros, vi cómo papá le daba unas palmadas en la espalda a Knox.

Capítulo 34: El novio

Naomi

Metí el pasador del pendiente por el lóbulo y me eché hacia atrás para admirar el efecto.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Waylay, que estaba despatarrada bocabajo, sobre mi cama, con la barbilla apoyada en las manos.

Contempló los pendientes.

—Mejor —sentenció—. Brillan como el Honky Tonk de la camiseta y resaltan más cuando te mueves el pelo.

—Yo no me muevo el pelo —dije, y la despeiné. Mi sobrina estaba cada vez más dispuesta a tolerar muestras de afecto por mi parte.

—Y tanto que sí. Cuando ves que Knox te está mirando te pones como… — Hizo una pausa y se sacudió el pelo rubio y pestañeó de forma exagerada.

—¡No es verdad!

—Y tanto.

—Yo soy la adulta que manda y te digo que no — insistí, y me dejé caer sobre la cama a su lado.

—También pones esa cara de enamorada siempre que aparece o que te manda un mensaje.

—Ah, ¿la misma cara que pones tú cuando alguien menciona al señor Michael? — bromeé.

La expresión de Waylay se transformó en lo que acertadamente podía calificarse como «cara de enamorada».

—¡Ajá! ¿Lo ves? Eso es una cara de enamorada — le dije, señalándola con dedo acusador.

—Más te gustaría —se burló, sin dejar de sonreír —. ¿Puedo usar un poco de tu laca, puesto que me has despeinado entera?

—Claro —le dije.

Se bajó de la cama y agarró el bote que había dejado en la cómoda.

—¿Estás segura de que has cogido todo lo que necesitas? — pregunté, mirando la bolsa de lona rosa que había en el umbral. Habían invitado a Waylay a la fiesta de cumpleaños de Nina, que incluía pasar la noche en su casa. Era la primera vez que iba a dormir con alguien que no era de la familia, y me estaba poniendo nerviosa.

—Estoy segura —contestó.

Su lengua se asomó entre sus dientes mientras se cepillaba el pelo con cuidado encima de la frente y luego le daba un toque de laca.

—Hoy me quedo a cerrar en el Honky Tonk, así que si decides que no quieres pasar la noche, puedes llamar a la abuela y al abuelo, o a Liza, o a Knox, y cualquiera de ellos irá a recogerte.

Me miró a los ojos a través del espejo.

—¿Por qué no iba a querer pasar la noche? Si nos han invitado a dormir. — Ya llevaba el pijama puesto, una petición que formaba parte de la invitación. Pero llevaba las zapatillas rosas que Knox le había comprado con el omnipresente corazoncito en los cordones.

—Solo quiero que sepas que da igual lo que sea, siempre puedes llamarnos y alguien irá a por ti — le dije —. Incluso cuando seas mayor.

Carraspeé y Waylay dejó el bote de laca.

—¿Qué? —preguntó, y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué de qué? —La eludí.

—Siempre toses antes de decir algo que crees que no le va a gustar a la otra persona.

Qué niña tan astuta.

—¿Has sabido algo de tu madre?

Clavó los ojos a las zapatillas.

—No, ¿por qué?

—Alguien dijo que ha pasado por aquí no hace mucho — le dije.

—¿Ah, sí? —Waylay frunció el ceño como si la noticia fuera alarmante.

Asentí.

—No he hablado con ella.

—¿Eso significa que se me va a llevar? — preguntó.

Empecé a carraspear, pero me detuve. No sabía cómo contestarle.

—¿Te gustaría que lo hiciera? — le pregunté.

Waylay no apartaba los ojos de las zapatillas.

—Estoy bien aquí, contigo — dijo, al final.

Noté que la tensión que tenía en los hombros se relajaba.

—Y a mí me gusta que estés aquí conmigo.

—¿De verdad?

—De verdad. Aunque no me imitas nada bien sacudiendo el pelo.

Sonrió, pero se detuvo.

—Siempre vuelve.

Me pareció diferente cuando lo dijo esta vez. Parecía más bien una advertencia.

—Ya veremos qué hacemos cuando se presente la ocasión — le dije —. Voy a llevarte a la fiesta. ¿Estás segura de que has cogido el cepillo de dientes?

—¡Jopé, tía Naomi! ¡Que no es la primera vez que me quedo a dormir en casa de alguien!

—Vale, ¡vale! ¿Y ropa interior?



Yo: ¿Cómo va por París?

Stef: He bebido muchísimo *champagne* y he bailado con un hombre que se llama Gaston. Así que de puta madre. Pero te echo de menos, a ti y a la familia.

Yo: Nosotros también te echamos de menos.

Stef: ¿Ha habido algún otro problema que te hayas «olvidado» de contarme?

Yo: Me gusta tanto que no seas rencoroso… No. No ha habido ningún problema, más allá de que han invitado a Waylay a dormir en casa de una amiga.

Stef: ¿Significa eso que tú vas a dormir en casa de otro, también? ¡Ponte el camisón que te mandé! Knox se va a volver loco. Uy, tengo que irme. ¡Gaston me llama!



Los viernes por la noche en el Honky Tonk siempre había jaleo. Venía mucha gente, la música sonaba fuerte y a nadie le importaba si al día siguiente tenía resaca, así que se pedía bebida en abundancia. Me aparté el pelo de la nuca mientras esperaba a que Max terminara de introducir un pedido.

—¿Dónde está Knox esta noche? — preguntó Silver desde la barra.

—Fuera, con Lucian —le contesté a gritos por encima del ritmo de «*Sweet Home Alabama*». El grupo que tocaba hoy no estaba nada mal, pero los ahogaba la multitud que cantaba a pleno pulmón —. Me ha dicho que vendría más tarde.

Max se apartó de los TPV y empezó a colocar bebidas en las bandejas.

—Hoy hay buenas propinas —comentó.

—Podría ser noche de chupitos — dije, moviendo las cejas.

—Hay un chico nuevo en tu sección — observó Max, señalando la pared que había en el extremo opuesto a la pista de baile —. ¿Cómo le va a Way?

—Me ha mandado un mensaje diciéndome que deje de mandarle mensajes, y Gael me ha mandado una fotografía de todas las niñas pintándose las uñas con mascarillas faciales puestas — le expliqué —. Yo diría que se lo está pasando en grande.

Coloqué dos cervezas recién servidas en una mesa de jinetes y saludé de pasada a Hinkel McCord y a Bud Nickelbee de camino hacia la barra. De reojo, vi al nuevo cliente. Había colocado la silla contra la pared y estaba medio oculto entre las sombras, pero distinguí su pelo bermejo: era el tipo de la biblioteca. El que me había pedido soporte técnico. Noté un cosquilleo de nerviosismo en la nuca. Tal vez sí que vivía en Knockemout. Tal vez le estaba dando demasiadas vueltas y solo era una persona normal a quien se le había averiado el portátil y le gustaba tomar cerveza fría un viernes por la noche.

«O tal vez no».

—Aquí tenéis, chicos —dije mientras repartía las bebidas en una mesa de cuatro que había terminado siendo una mesa de seis.

—Gracias, Naomi. Y gracias por remitir a mi tía a esa organización de médicos a domicilio — dijo Neecey, la camarera chismosa delDino's Pizza.

—De nada. Oye, ¿alguno de vosotros conoce a ese chico que hay en la pared del fondo? — pregunté.

Cuatro cabezas se giraron a la vez. En Knockemout no sabían lo que era ser sutil.

—No puedo decir que me suene — comentó Neecey —. Y con ese pelo rojo, llama la atención. Creo que me acordaría si lo conociera.

—¿Te está dando problemas, Nay? — preguntó Wraith, muy serio.

Forcé una carcajada.

—No, es que lo he reconocido de la biblioteca y no sabía si era de aquí o no.

De pronto, deseé que Knox estuviera conmigo. Dos segundos después, me alegré de que no estuviera, porque esta vez, cuando se abrió la puerta del local, recé para que la tierra se me tragara.

—¿Quién demonios es ese lechuguino? — se preguntó Wraith en voz alta.

—Ay, no. No, no, no, no, no — susurré.

Warner Dennison III estaba inspeccionando el bar con una expresión desdeñosa cincelada en su cara bonita. Me planteé dar media vuelta y dirigirme hacia la cocina, pero ya era demasiado tarde. Sus ojos encontraron los míos y no se molestó en disimular la sorpresa.

—Naomi —me llamó, justo cuando la banda terminó la canción.

Hubo gente que se giró para mirarme y luego volvieron a mirar a Warner. Yo me quedé petrificada en el sitio, pero él se me acercó, serpenteando entre las mesas para alcanzarme.

—¿Qué estás haciendo aquí? — le espeté.

—¿Yo? ¿Qué demonios haces tú en un sitio como este? ¿Y qué llevas puesto? — dijo, alargando el brazo. Me agarró del bíceps como si fuera a abrazarme, pero me resistí.

—Trabajo aquí —dije, y planté una mano firme sobre su pecho.

Una moto aceleró fuera y él se estremeció.

—Ya no —anunció Warner—. Esto es absurdo. Ya has tenido tu pataleta, pero ahora, vas a volver a casa.

—¿A casa? —Conseguí soltar una carcajada seca —. Warner, he vendido la casa. Ahora vivo aquí.

—No digas bobadas —replicó—. Vas a volver a casa conmigo.

Como no quería montar una escena, dejé de intentar zafarme de sus manos.

—Pero ¿qué dices? Si ya no estamos juntos.

—Te diste a la fuga el día de la boda y luego has ignorado todas mis llamadas y mis correos durante semanas. Ya te has rebelado, lo he pillado.

—¿Qué crees que has pillado?

Se le hincharon las narinas, y me di cuenta de que apretaba los dientes. Se estaba enfadando, y se me encogió el estómago.

—Querías que viera cómo era la vida sin ti. Ya lo he pillado.

Todo el bar nos escuchaba con atención.

—Warner, vayamos a hablar a otra parte — sugerí. Lo llevé por delante de la barra hacia el pasillo, junto a los baños.

—Te echo de menos, Naomi. Echo de menos que cenemos juntos, volver a casa y ver que me has hecho la colada, salir contigo y presumir de ti.

Negué con la cabeza para tratar de darle sentido a todo esto. No podía creer que estuviera aquí.

—Mira —me dijo—, te pido perdón por lo que pasó. Estaba estresado, había bebido demasiado. No volverá a pasar.

—¿Cómo me has encontrado? — le pregunté, zafándome por fin de sus garras.

—Mi madre tiene a la tuya en Facebook y vio una de las fotos que colgó tu madre.

Por una vez, me arrepentí de no haberle contado a mi madre la razón exacta por la que me di a la fuga de mi propia boda. Si hubiese sabido por qué dejé a Warner, no me cabía la menor duda de que no lo habría guiado hasta aquí.

Warner me agarró de las muñecas.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó Max, asomándose al pasillo.

—Todo bien —mentí.

—No te metas donde no te llaman — musitó Warner sin apartar los ojos de mí.

—¡Warner! —Recordé entonces todos los insultos sin importancia que decía entre dientes y que iban dirigidos a mí y a tantos otros.

—Vayamos a un sitio en el que podamos hablar — dijo, y me agarró aún con más fuerza de las muñecas.

—No, escúchame bien. No pienso irme contigo a ningún lado, y no voy a volver contigo, que quede claro. Se acabó, lo nuestro ha terminado, no hay más que hablar. Y ahora, vete a casa, Warner.

Dio un paso hacia adelante con el que invadió mi espacio personal.

—No voy a irme a ninguna parte a menos que me acompañes — insistió.

Me llegó una vaharada de alcohol y me estremecí.

—¿Cuánto has bebido?

—Joder, Naomi. Deja de echarle la culpa a haber bebido una copa o dos. Oye, te dejé tener tu espacio y mira lo que has hecho. — Soltó un brazo para señalarme —. Tú no eres así. Este no es tu lugar, y menos con esa gente.

—Suéltame, Warner —dije, tranquila.

En vez de soltarme, me hizo retroceder hasta la pared contraria y me inmovilizó agarrándome de los bíceps. Esto no me gustaba. No era como cuando Knox me acorralaba y me embargaba su olor, su tacto, su todo, cuando hacía cualquier cosa para que estuviera aún más cerca de él. Esto era distinto.

—Tienes que soltarme, Warner — le dije.

—Si quieres que me vaya, te vienes conmigo.

Negué con la cabeza.

—No puedo irme, estoy trabajando.

—A la mierda este sitio, Naomi, y a la mierda tus rabietas. Estoy dispuesto a perdonarte.

—Quítale las putas manos de encima ahora mismo.

Me fallaron las rodillas al oír la voz de Knox.

—Lárgate, gilipollas, esto es entre mi prometida y yo — dijo Warner.

—No ha sido una respuesta inteligente por tu parte — comentó Lucian.

Knox y Lucian estaban de pie en el otro extremo del pasillo. Lucian tenía una mano sobre el hombro de Knox, no sabía si porque lo estaba refrenando o para hacerle saber que lo apoyaba. De pronto, Knox desapareció de la boca del pasillo y Warner dejó de agarrarme.

—Deja que él dé el primer puñetazo — gritó Lucian.

Warner tomó impulso y contemplé horrorizada cómo asestaba un puñetazo a Knox que le echó la cabeza hacia atrás.

—No está nada mal —observó Lucian con las manos en los bolsillos de los pantalones; la viva imagen del relax.

Knox dejó que los puños hablaran por él. El primer golpe impactó en la nariz de Warner, y oí el chasquido. A tientas, Warner dio otro puñetazo que rebotó en el hombro de Knox. Mientras la sangre no dejaba de manar de su nariz, Knox le pegó otro, y luego otro hasta que Warner cayó hecho un ovillo al suelo. Antes de que Knox siguiera, Lucian lo hizo retroceder.

—Basta —dijo, tranquilo, mientras Knox se revolvía para zafarse —.

Ocúpate de Naomi.

Cuando Lucian pronunció mi nombre, los ojos de Knox se apartaron de mi exprometido ensangrentado y se centraron en mí.

—¿Qué cojones…? —gruñó Warner mientras Lucian lo ayudaba a ponerse en pie —. ¡Voy a llamar a mi abogado! ¡Te habrán metido entre rejas por la mañana!

—Buena suerte. Su hermano es el jefe de policía y mi abogado vale diez veces más que el tuyo. Cuidado con la puerta — le advirtió Lucian. Y entonces, usó la cara de Warner para abrir la puerta de la cocina. Se oyeron aplausos en el bar cuando los dos hombres desaparecieron.

De pronto, dejé de pensar en quién iba a limpiar la mancha de sangre que habían dejado en el cristal, porque Knox se puso delante de mí y parecía soberanamente cabreado.

Capítulo 35: Toda la verdad y un final feliz

Knox

—Tengo que ir al baño — anunció Naomi, y desapareció en el cuarto de baño de mujeres.

—Me cago en la leche —musité, y cerré los puños por la frustración.

La adrenalina y el enfado me recorrían las venas y me hacían hervir la sangre. Me planteé seguirla a Tierra de Solo Mujeres, pero Max, Silver y Fi se me adelantaron.

—No podéis dejar el bar vacío, joder — les dije, a través de la puerta.

—Pírate, Knox, nos ocupamos nosotras — me gritó Fi.

—Y nosotros nos ocupamos de esto — dijo Wraith, que se echó un paño del bar sobre el hombro y colocándose detrás de la barra —. O bebéis cerveza, o chupitos, porque no sé cómo cojones preparar otra cosa.

Una ovación estridente recorrió el bar.

La puerta de la cocina se abrió y Milford, el cocinero, salió con dos cestos de nachos con carne en una mano y un paquete de hielo envuelto en un paño en la otra. Me lanzó el hielo y luego soltó un silbido penetrante.

Sloane dio un brinco y agarró los cestos.

—¡Eh! ¿Quién ha pedido los nachos con carne?

Se levantaron manos por todo el bar.

—Como os pille mintiendo, yo misma me ocuparé de arruinaros la vida durante un año entero.

Sloane no era una bibliotecaria afable. Tenía un temperamento legendario que, cuando se la provocaba, era como despertar a un dragón mortífero.

Todas las manos, excepto dos, fueron descendiendo.

—Así me gusta —dijo ella.

—Nosotros nos ocupamos, jefe, tú ve con tu chica — insistió Milford.

—¿Lucian ha…?

—El señor Rollins ha ido a sacar la basura — dijo con una sonrisa antes de volver a meterse en la cocina.

Quería, pero temía que el grupito no me dejara acercarme a ella. Podía darle una paliza a un gilipollas sin pensármelo dos veces, pero también tenía dos dedos de frente y sabía que debía temer, al menos un poco, a las mujeres del Honky Tonk.

—Naomi —dije, y di unos golpes en la puerta del baño —. Si no sales ahora mismo, o entro yo o voy a darle de hostias a ese hijo de puta.

La puerta se abrió y Naomi, con el maquillaje de ojos corrido, me fulminó con la mirada:

—Pobre de ti.

El alivio me embargó.

Entonces, me incliné hacia ella.

—Voy a tocarte porque lo necesito. Y te aviso antes porque si te toco y te apartas, voy a salir al aparcamiento y empezaré a darle puñetazos hasta dejarlo tan hecho polvo que no volverá a tocar a otra mujer.

Abrió los ojos de par en par, pero asintió. Traté de ser tan delicado como pude y le agarré la mano.

—¿Estamos bien? —pregunté.

Volvió a asentir. Para mí era suficiente. La arrastré por delante de los baños y el despacho de Fi hasta el siguiente pasillo, el que conducía a mi despacho.

—No puedo creer que haya pasado esto — se quejó —. Qué vergüenza.

No la había visto avergonzada. La había visto muerta de miedo. Su mirada, cuando yo había enfilado el pasillo, no la olvidaría en la vida.

—La cara que tiene de haberse presentado aquí a decirme que quiere volver conmigo porque echa de menos que le limpie la casa.

Le apreté la mano.

—Fíjate bien, Flor.

—¿En qué? ¿En cómo le has hecho la cara picadillo? ¿Crees que le habrás roto la nariz?

Sabía que se la había roto. Era la intención.

—Fíjate bien en esto —le dije, y señalé el teclado numérico que había junto a la puerta —: 0522.

Miró de hito en hito el teclado y luego a mí.

—¿Por qué me estás dando el código?

—Si ese tío o cualquier otra persona que no quieras ver aparece por aquí, vienes y tecleas 0522.

—Me está dando un ataque de nervios y tú quieres que me aprenda unos números.

—Teclea el código, Naomi.

Hizo lo que le pedía mientras murmuraba lo pesados que éramos todos los hombres. Razón no le faltaba.

—Buena chica. ¿Has visto la luz verde?

Asintió.

—Abre la puerta.

—Knox, debería volver al bar. La gente va a empezar a hablar y tengo seis mesas — dijo, con la mano sobre el pomo.

—Deberías abrir la puñetera puerta y tomarte un respiro.

Abrió esos preciosos ojos de color avellana y tuve la sensación de que el mundo se detenía. Cuando hizo eso, mirarme con esperanza, confianza y un poco de deseo, sentí cosas. Cosas que no quise analizar, porque me parecían buenas y no quería perder el tiempo preguntándome cómo podía acabar saliendo mal.

—De acuerdo. —Accedió, finalmente.

La animé a cruzar el umbral y cerré la puerta.

—Guau. La Fortaleza de la Soledad — dijo, con respeto reverencial.

—Es mi despacho —repuse, con sequedad.

—Es tu guarida, tu espacio seguro. No se le permite la entrada a nadie, solo a Waylon, y me acabas de dar el código.

—No hagas que me arrepienta — le dije, y la hice retroceder hasta la puerta, resistiéndome a las ganas de agarrarla y estrecharla entre mis brazos.

—Lo intentaré —prometió, con un suspiro.

—Lo que ha pasado hoy ha sido un puto espectáculo — empecé, y apoyé ambas manos a los lados de su cabeza.

Hizo una mueca.

—Ya lo sé. Lo siento mucho, no tenía ni idea de que iba a venir. No he hablado con él desde el ensayo de la boda. He tratado de alejarlo de la gente para hablarlo en privado, pero…

—Cariño, si otro hombre vuelve a ponerte en esa posición, quiero que le

claves un rodillazo en las pelotas tan fuerte como puedas y que cuando se incline hacia adelante, le des otro en la puta cara. Y luego, echas a correr como una loca. Me importa una mierda que se haya montado una escena. Lo que me importa es que he entrado en mi bar y me he encontrado a un hombre con las manos encima de mi chica.

Su labio inferior tembló y me entraron ganas de perseguir al maldito Warner Noséquécoño y clavarle la cabeza en un escaparate.

—Lo siento —susurró.

—Cariño, no quiero que lo sientas, ni quiero que tengas miedo. Quiero que estés tan cabreada como yo de que un imbécil se haya creído que puede ponerte las manos encima. Quiero que sepas lo mucho que vales para que nadie se atreva a tratarte así otra vez. ¿Lo pillas?

Asintió con vacilación.

—Perfecto. Creo que ha llegado el momento de que me cuentes toda la verdad, Flor.

—No tenemos que hablar…

—No vas a salir de aquí hasta que no me lo hayas contado todo. Y con todo, quiero decirTO-DO.

—Pero si en realidad no estamos junto…

Le cerré los labios haciendo una pinza con el índice y el pulgar.

—No, no, Naomi. No importa lo que diga la puta etiqueta: me importas, y hasta que no empieces a hablar, no podré hacer lo que tengo que hacer para asegurarme de que no se vuelva a repetir.

Se quedó inmóvil unos cuantos segundos.

—Si te lo cuento, ¿me dejarás volver al trabajo? — preguntó, a pesar de mis dedos.

—Sí, dejaré que vuelvas al trabajo.

—Si te lo cuento, ¿me prometes que no irás a por Warner?

No me iba a gustar ni una pizca, y lo sabía.

—Sí —mentí.

—Vale.

Aparté la mano y se metió por debajo de mi brazo para quedar en medio de la sala, entre mi escritorio y el sofá.

—Es culpa mía —empezó.

—Y una mierda.

Giró sobre los talones y me fulminó con la mirada.

—No voy a contarte nada si vas a hacer un comentario cada dos por tres. Nos moriremos aquí de inanición y algún día alguien olerá nuestros cuerpos en descomposición y echarán la puerta abajo.

Me apoyé en la parte frontal de mi escritorio y estiré las piernas.

—Vale. Continúa con tu valoración devaluada.

—Muy buena antítesis —comentó.

—Que hables, Flor.

Soltó un suspiro.

—Vale, muy bien. Estuvimos juntos un tiempo.

—Tenéis un pasado, sí; tú lo has superado y él, claramente, no.

Asintió.

—Estuvimos juntos lo bastante como para que yo empezara a pensar en el siguiente paso. — Me echó un vistazo —. No sé si lo sabes, pero me gusta mucho ir tachando cosas de la lista.

—No me digas.

—Bueno, en teoría éramos compatibles, así que tenía sentido. Tenía sentido que estuviéramos juntos. Y no es que él no hiciera planes para las vacaciones del año siguiente, pero no iba tan deprisa como yo creía que debía ir.

—Y le dijiste que o se subía al tren, o bien lo perdía — supuse.

—De una forma mucho más elocuente, claro. Le dije que imaginaba un futuro en común. Trabajaba para la empresa de su familia, hacía tres años que salíamos juntos… Tenía sentido. Le dije que si no quería estar conmigo, tenía que dejarme ir. Cuando colocó la cajita de una joyería sobre la mesa de su restaurante italiano favorito unas semanas después, una parte de mí se sintió aliviada.

—¿Y la otra?

—En ese mismo instante supe que era un error.

Negué con la cabeza y me crucé de brazos.

—Cariño, sabías que era un error mucho antes.

—Bueno, ya sabes lo que dicen de *a posteriori*.

—¿Que te hace sentir como un idiota?

Se le curvaron los labios.

—Algo así. No quieres oír todo esto en realidad.

—Acaba la historia —gruñí—. Yo te lo vomité todo la noche que dispararon a Nash. Ahora estaremos en paz.

Ella suspiró y supe que había ganado.

—Bueno, pues empezamos a planificar la boda. Y cuando digo empezamos, me refiero a su madre y yo, porque él estaba muy ocupado trabajando y no quería ocuparse de los detalles. Estaban pasando muchas cosas en la empresa. Tenía mucha presión y estrés encima, empezó a beber más, se enfadaba conmigo por tonterías. Traté de ser mejor, de hacer más y esperar menos.

Me moría por cerrar las manos alrededor del cuello de ese imbécil.

—Un mes antes de la boda, habíamos salido a cenar con otra pareja y bebió demasiado. Conduje yo de vuelta a casa y me acusó de haber flirteado con el otro chico. Me reí. Era tan absurdo… A él no le hizo ninguna gracia. Me…

Se detuvo e hizo una mueca.

—Dilo. —La presioné, con brusquedad.

—Me… Me cogió del pelo y tiró hacia atrás. Me pilló tan por sorpresa que di un volantazo y por poco no nos estrellamos con un coche que estaba aparcado.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no levantarme de un salto y salir al aparcamiento a darle otra paliza al puto imbécil.

—Me dijo que no lo había hecho con mala intención — continuó, como si sus palabras no hubiesen activado una bomba de relojería en mi interior —. Se deshizo en disculpas. Estuvo una semana mandándome flores cada día. Había sido por el estrés, me dijo. Estaba tratando de lograr un ascenso para poder ofrecernos un futuro mejor.

Me ahogaba en la rabia reprimida, tanto, que no estaba seguro de hasta cuándo podría fingir que estaba tranquilo.

—Estábamos tan cerca del día de la boda… Y de verdad parecía muy arrepentido. Fui tan estúpida, tenía tantas ganas de dar ese paso, que le creí. Las cosas iban bien, mejor que bien. Hasta la noche del ensayo de la cena.

Me clavé los dedos en los bíceps. Naomi se puso a caminar de un lado para otro.

—Se presentó oliendo a destilería, y durante la cena tomó bastantes copas más. Oí que su madre hacía comentarios maliciosos sobre que le habría gustado invitar a más personas, pero que no había podido porque mis padres no podían permitírselo.

Parecía que la madre del imbécil necesitaba otra buena tunda.

—Estaba tan enfadada que se lo dije cuando salimos del restaurante. — Se estremeció, y tuve miedo de llegar a hacerme polvo los músculos —. Gracias a Dios que estábamos solos en el aparcamiento. Mis padres ya se habían ido a casa, y Stef y el resto de los invitados todavía estaban dentro. Estaba tan

enfadado… Como si le hubiese dado a un interruptor… No me lo esperaba para nada.

Cerró los ojos y supe que estaba reviviendo ese momento.

—Me dio una bofetada que me cruzó la cara. Con fuerza. No como para tirarme al suelo, pero lo bastante como para hacerme sentir humillada. Me quedé ahí conmocionada, agarrándome la mejilla. No podía creer que me hubiese hecho algo así.

Dudé que Naomi fuera consciente de que se había llevado una mano a la mejilla como sí aún notara el golpe. No pude reprimirme más. Me giré hacia la puerta y estaba a punto de arrancar el pomo cuando noté sus manos en la espalda.

—Knox, ¿adónde vas?

Giré la cerradura y abrí la puerta.

—A cavar una tumba poco profunda para tener donde lanzarlo cuando me canse de darle puñetazos.

Sus uñas se hundieron en mi piel por debajo de la camiseta y me provocó otras sensaciones más allá de la furia.

—No me dejes sola —dijo, y se apretó contra mi espalda.

«Mierda».

—Empezó a gritar y a caminar de un lado a otro. Había sido por mi culpa, me dijo. No estaba listo para casarse, tenía objetivos que quería alcanzar antes de centrarse en su vida personal. Había sido culpa mía por haberlo presionado. Lo único que estaba haciendo era darme todo lo que yo quería y, en cambio, yo me ponía a quejarme la noche antes de una boda que él no quería celebrar.

—Y una mierda como una catedral. Naomi, es mentira, y lo sabes.

—Ya —dijo con voz aguda, y apoyó la frente entre mis omoplatos. Noté que se me humedecía la camiseta.

«Joder».

Me volví para abrazarla y sostuve su rostro contra el pecho. La respiración se le entrecortó.

—Cariño, me matas.

—Me da tanta vergüenza… —susurró —. Solo fue una bofetada, tampoco me mandó al hospital. No puso mi vida en peligro.

—Eso tampoco hace que esté bien, ni por asomo. Un hombre no toca a una mujer así. Nunca.

—Pero yo tampoco estoy exenta de culpa. Traté de obligarlo a que se casara

conmigo. Por poco digo «Sí, quiero» incluso después de que me pegara. ¿Se puede ser más patética? Estaba en el sótano de la iglesia, vestida y todo, preocupada por qué pensaría la gente si no me casaba, por si los defraudaba.

Con el pulgar, le sequé las lágrimas que le mojaban las mejillas. Cada una era como una puñalada al corazón.

—Todavía no sé si habría tomado la decisión correcta si Tina no me hubiese llamado y me hubiese dicho que tenía problemas. Fue entonces cuando supe que no iba a casarme.

Después de todo lo que Tina había hecho, al menos le había brindado la excusa que Naomi necesitaba justo cuando la necesitaba.

—Flor, le diste a elegir. No importa lo mierda que fueran las opciones, eligió él. Podía pasar el resto de su vida contigo o sin ti. A ti no te dio a elegir cuando te pegó.

—Pero debería haber prestado atención a lo que trataba de decirme. No quería comprometerse, y yo lo obligué.

—Podía elegir —insistí—. Mira, un hombre que no se compromete cien por cien con una mujer, lo hace por una razón. Quizá esté buscando algo mejor, o tal vez está muy cómodo con su posición en tu mundo y no quiere hacerte un sitio en el suyo. Sea como sea, no va más allá a menos que se vea obligado.

»Y después, incluso aunque él proponga el matrimonio y se presente en el altar, seguirá defendiendo que no fue idea suya. Se lava las manos de la responsabilidad que implica la relación, pero en realidad, ha podido elegir en todo momento. Tú no lo obligaste a nada.

Clavó los ojos en el suelo.

—Nunca creyó que fuera lo bastante buena para él.

—Cariño, la verdad es que ni en su mejor día iba a ser digno de ti, y lo sabía.

Y, por eso, la había manipulado y había tratado de demostrar que era mejor porque era más fuerte, más poderoso, usando la fuerza. Y solo habría ido a peor.

—Joder, Knox. ¡No puedes decirme estas cosas bonitas ahora!

—No llores. No viertas ni una lágrima más por un imbécil que nunca te ha merecido, o saldré a romperle las piernas y los brazos.

Bajó los ojos y volvió a levantarlos.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por… Cuidarme y ocuparte de mis problemas. De verdad que significa mucho para mí.

Sequé otra lágrima descarriada.

—¿Qué te he dicho de llorar?

—Esa ha sido por ti, no por él.

En vez de ir a por Warner y darle una paliza hasta que me salieran agujeros en las botas, hice algo mucho más importante: bajé la boca para encontrarme con la suya. Se relajó al instante y se colocó mejor. Se entregó. Nos di la vuelta para que su espalda quedara contra la puerta.

—¿Knox? —susurró.

Entonces, apreté la rodilla entre sus muslos y la inmovilicé contra la puerta con las caderas mientras le devoraba la boca. Se derritió en mis brazos, ansiosa y necesitada.

Se me puso dura al instante.

El gemidito *sexy* que soltó cuando restregué la erección contra ella me volvió loco. La lamí, la besé y la saboreé hasta que el aire que nos rodeaba estuvo cargado de electricidad, hasta que el pulso de mi sangre se equiparó a los latidos de su corazón. Arremetí con la polla una, dos, tres veces antes de meter la mano por debajo de esa falda que me encantaba detestar. Cuando noté la sedosidad de su ropa interior, gruñí. Por el tacto, supe que era uno de los conjuntos que le había comprado. Y me encantaba saber que llevaba tan cerca de la piel algo que le había dado yo, y en un lugar donde el único que lo vería sería yo.

—No se merece ni un solo segundo de tu energía. Nunca se lo ha merecido — le dije, y aparté de un tirón la ropa interior con más prisas que tacto.

—¿Qué haces? —preguntó, con los ojos vidriosos del deseo.

—Recordarte todo lo que te mereces.

Le metí dos dedos por la entrada cálida y húmeda y absorbí su gemido con la boca. Se empezaba a estremecer, deseosa por correrse.

—¿Quieres que pare? —El tono era más duro de lo que pretendía, pero no podía ser dulce y delicado cuando me la ponía más dura que el hormigón.

—Como pares, te mato —gimió.

—Así me gusta —dije, mordisqueándole la sensible piel del cuello.

Le metí los dedos una y otra vez, despacio al principio y acelerando poco a poco. Le sostuve la mirada con un deseo obsesivo de ver el orgasmo que le iba a provocar. Pero necesitaba algo más: tenía que probarla.

Gimoteó cuando me puse de rodillas. Y el gimoteo se convirtió en un gemido de placer cuando metí la boca entre sus piernas.

—Muévete sobre mi mano, Naomi, muévete hasta que te corras. Recuerda

quién eres y qué te mereces.

Fue la última orden que le di, porque dediqué mi lengua y mis esfuerzos a trazar círculos sobre el clítoris sensible. Sabía a gloria mientras se sacudía sobre mi boca.

La polla me palpitaba tras la bragueta con un ansia tan intensa que ni la reconocí. «Para mí». Quería hacerla mía para que los imbéciles supieran que no tenían la más mínima oportunidad.

—Knox —gimió, y noté el estremecimiento de su vagina alrededor de mis dedos. Qué puta preciosidad.

—Así me gusta, cariño —murmuré—. Nótame bien adentro.

Chupé con delicadeza mientras no dejaba de estimular el clítoris hinchado con la lengua. Soltó un gemido desgarrador y noté que se corría encima de mí. Esta mujer era un milagro, una obra de arte, y no había hombre que se la mereciera. Ni Warner. Ni siquiera yo.

Pero no merecerme algo no iba a evitar que lo disfrutara.

Llegó la oleada. Las contracciones se convirtieron en estremecimientos lánguidos y me dolió la polla. Quería metérsela y notar el eco de su orgasmo a mi alrededor. Entonces, me hizo poner en pie y sus manos buscaron mi cinturón. Apoyé las palmas en la puerta mientras ella liberaba mi erección. Acto seguido, se arrodilló.

—No tienes que hacerlo, Naomi — susurré, con una brusquedad fruto del deseo.

—Quiero hacerlo.

Tenía los labios entreabiertos. Noté su aliento cálido en el muslo y el pene me tembló. Soltó un ruidito de aprobación y, antes de que pudiera decirle o hacer nada, esos labios perfectos y rosados se abrieron e hicieron desaparecer la punta de mi miembro.

Fue como si me alcanzara un rayo.

Mi último pensamiento coherente fue que lo único que iba a evitar que Warner el Imbécil se llevara la paliza de su vida era la perfecta boca de Naomi chupándome la polla.

Capítulo 36: Allanamiento de morada

Knox

Nash bostezó y se rascó la cara con una mano. Estaba sentado en la mesa del comedor, ataviado con pantalones de chándal, y en su acostumbrado careto afeitado empezaba a despuntar una barba.

—Mira, ya te lo he dicho. No recuerdo una mierda del tiroteo; ni siquiera recuerdo haber parado el coche.

Eran pasadas las dos de la madrugada, pero Lucian se había empecinado en que pusiéramos en común lo que cada uno de nosotros sabía de la situación. Di la vuelta al móvil para ver si Naomi me había escrito. Se suponía que me iba a mandar un mensaje en cuanto llegara a casa. Después de la noche que había pasado, me inquietaba dejar que condujera hasta allí sola. Pero Lucian había insistido mucho en que teníamos que hablar con Nash.

—¿Es normal que no lo recuerdes? — pregunté.

Nash se encogió de hombros con el brazo bueno.

—¿Qué cojones sabré yo? Es la primera vez que me disparan.

Se lo estaba tomando todo a la ligera, pero la oscuridad que asomaba bajo sus ojos no tenía nada que ver con las horas que eran.

Lucian, en cambio, parecía que acabara de cogerle el ritmo al día. Iba ataviado con lo que le quedaba de un traje muy caro; la corbata y la americana colgaban del respaldo del sofá de Nash. Incluso cuando éramos niños, dormía poco y ligero. Cada vez que nos veíamos y pasábamos la noche todos juntos, era el último en dormirse y el primero en levantarse. Nunca habíamos hablado de los fantasmas que no le dejaban dormir. No hacía falta.

—Necesitamos la grabación de la cámara del coche — dijo Lucian. Se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas y un vaso de *bourbon* en una mano.

Mi hermano negaba con la cabeza.

—Y una mierda, Luce. Sabes que no puedo hacerlo, son pruebas de una investigación abierta. Sé que la ley no significa mucho para vosotros dos, pero…

—Todos tenemos el mismo objetivo: descubrir quién coño te pegó dos tiros y te dejó por muerto — intervine —. Si yo fuera tú, no estaría cabreado porque hubiera más ojos y oídos. — Volví a dar la vuelta al teléfono. Ningún mensaje.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Nash, señalando el móvil con la cabeza —. ¿Te está pegando una paliza Liza J. en el Apalabrados?

—Naomi todavía no ha llegado a casa.

—Pero si es un trayecto de cinco minutos — señaló Nash.

Lucian me miró.

—¿No se lo has dicho?

—¿Qué tiene que decirme?

—El ex de Naomi se ha presentado en el Honky Tonk esta noche. No ha sido muy gentil con ella, la ha asustado.

—Madre mía. ¿Y dónde lo has enterrado?

Lucian sonrió con picardía.

—No quieres saberlo.

Nash se pellizcó el puente de la nariz.

—De verdad que no quiero tener que hacer todo ese papeleo.

—Tranquilo —le dije—. No está muerto. Pero como vuelva a aparecer por aquí, no prometo nada.

—Knox le ha dejado dar el primer puñetazo delante de testigos — explicó Lucian.

—¿Y qué más ha hecho delante de testigos? ¿Romperle el puto cuello?

—No, solo la nariz. Luego lo he acompañado al aparcamiento y le he ayudado a entender que como vuelva a acercarse a menos de ciento cincuenta kilómetros de Naomi, mi abogado hará que sea su cometido vital llevarlo a la quiebra a él, a su familia y a la empresa de su familia.

—También le ha aplastado la cara contra la puerta de la cocina — tercié con aire jovial, puesto que quería atribuir los méritos a quien se los merecía.

Mi hermano agarró el vaso de *bourbon* que aún no había tocado y que Lucian le había preparado y se lo bebió de un trago.

—Me cago en todo. No me gusta que las cosas pasen sin que yo esté.

—No te has perdido mucho, tampoco — le dije.

—¿Qué cojones haces aquí? — me espetó Nash.

—Mirarte la cara de guapo que tienes.

—¿Qué cojones haces aquí mirándome cuando deberías estar con ella en casa? Seguro que está destrozada por todo esto, asustada, avergonzada y preocupada por cómo podría afectar en el juicio por la tutela. Además de todo el rollo ese con Tina, esto es lo último que necesitaba.

No sabía que mi hermano conociera tan bien a Naomi.

—Está bien, ya lo hemos hablado. Iré a su casa en cuanto dejes de ser un cabezota y nos des la grabación de la cámara del coche.

—¿Qué rollo con Tina? —preguntó Lucian.

Nash le estaba detallando los robos que había cometido Tina cuando me empezó a sonar el teléfono. Salté del asiento para responder.

—Ya era hora, Flor.

—Knox. —La forma en que dijo mi nombre me puso los pelos de punta.

—¿Qué ha pasado? —dije, y agarré las llaves del coche.

Nash y Lucian también se habían puesto de pie.

—Ha entrado alguien, alguien ha estado aquí. Está todo hecho un desastre. Voy a tardar una eternidad en limpiarlo todo.

—Sal de ahí —gruñí.

Lucian se estaba poniendo la americana y Nash hacía lo que podía para ponerse una camiseta. Le tiré las zapatillas.

—No hay nadie ya, lo he comprobado — me dijo Naomi.

—Ya hablaremos luego de esto — le aseguré, en tono grave —. Y ahora, vuelve a meterte en el coche, cierra las puertas y ve a casa de Liza, joder. No salgas del puto coche hasta que tu padre venga a buscarte.

—Knox, es de madrugada…

—Me importa una mierda, como si le están haciendo una colonoscopia: métete en el coche ya. Quiero que llames a Nash de inmediato y no cuelgues; yo hablaré con tu padre.

—Knox…

—No me discutas, Naomi. Métete en el puto coche.

Oí cómo farfullaba algo y luego el ruido de un motor que se encendía.

—Así me gusta. Ahora, llama a Nash.

Colgué antes de que pudiera replicarme y busqué el teléfono de Lou entre

mis contactos.

—¿A la casita? —preguntó Nash. Se le iluminó la pantalla del teléfono. Salía el nombre de Naomi.

—Sí.

—Yo llevo a Nash —se ofreció Lucian, y agarró las llaves que colgaban junto a la puerta.

—No puedes conducir un coche de policía, Luce — protestó Nash.

—Uy, que no.

—Hola, ¿Lou? —dije, cuando el padre de Naomi descolgó —. Tenemos un problema.



Llegamos como una exhalación. Parecíamos los protagonistas de una persecución de coches; yo delante, seguido a toda velocidad por Lucian y Nash en el todoterreno ligero de la policía de Knockemout, con las luces destellando. Agarré fuerte el volante cuando vi a todo el mundo, perros incluidos, fuera, en el porche de casa de Liza. ¿Qué parte de «quedaos dentro» no habían entendido?

Di un pisotón al freno delante de la casita de Naomi, y Lucian se detuvo a mi lado.

Me volví hacia él:

—Hazme un favor y consigue que entre todo el mundo para que no estén dando vueltas por aquí, esperando a que alguien los ataque.

Sin mediar palabra, asintió y desapareció en la oscuridad.

—Enseguida llegan los refuerzos — dijo Nash mientras subíamos corriendo los escalones del porche.

La puerta mosquitera colgaba de una bisagra y la puerta que había detrás estaba abierta de par en par.

—Naomi me ha dicho que no hay nadie.

—¿Y eso cómo lo sabe? —protestó Nash, casi tan cabreado como yo.

—Porque, antes de llamarme, se ha paseado por la casa con un cuchillo panadero.

—Y vas a hablar con ella sobre esto, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

Tenía que admitirlo, me gustaba ver que mi hermano volvía a ser él.

—Joder —solté, cuando entramos.

«Un desastre» era quedarse corto. Los cojines del sofá estaban esparcidos por el suelo; los cajones del escritorio se habían sacado y se había tirado todo su contenido; el armario de los abrigos estaba abierto y lo que guardaba estaba desparramado por todo el salón; los armarios y cajones de la cocina se habían vaciado; la puerta de la nevera colgaba abierta con la mitad de la comida esparcida por el linóleo.

—Alguien estaba cabreado y tenía prisa — observó Nash.

Empecé a subir las escaleras tratando de mantener a raya la furia. Habían atacado a Naomi dos veces en una sola noche, y yo no había llegado a tiempo a ninguna. Me sentía impotente, inútil. ¿De qué servía si no era capaz de mantenerla sana y salva?

Oí que mi hermano enfilaba las escaleras a mis espaldas; su ascenso era más lento que el mío. Divisé el edredón rosa de Waylay en el pasillo y me dirigí a su habitación. Estaba mucho peor que la planta baja: habían sacado su ropa nueva del armario y la cómoda, habían arrancado la ropa de cama del colchón y este estaba de pie apoyado en la pared. Y los marcos de fotos que habían colgado de la pared durante gran parte de mi vida estaban esparcidos por el suelo; algunos, rotos.

—¿El ex o la hermana? —se preguntó Nash en voz alta.

Habían revuelto el dormitorio de Naomi a toda prisa. La cama estaba desmantelada; el armario, abierto y vacío. Igual que la cómoda. Había un batiburrillo de productos cosméticos encima del mueble que dudaba que hubiera hecho Naomi. En el espejo, ponía «PUTA» con pintalabios rojo.

Se me nubló la vista de un rojo que nada tenía que ver con el tono del labial.

—Tranquilo —me advirtió Nash—. Que petes ahora y te vuelvas loco en un berrinche no servirá de nada.

Miramos hasta en el último rincón de la planta de arriba y nos aseguramos de que no había nadie en la casa. Cuando volvimos a bajar, Nash estaba pálido y sudoroso, y había dos coches patrulla afuera. El bosque que rodeaba la casa estaba teñido de azul y rojo debido a las luces de emergencia.

Salí por el porche delantero para obligarme a inspirar aire frío y poder reprimir toda la rabia. Y la vi, de pie en el sendero, vestida aún con la ropa de

trabajo y una de las viejas camisas de franela de mi abuelo por encima. Waylon se apoyaba en sus espinillas con toda la actitud protectora de la que un *basset hound* era capaz.

No fui consciente de que bajaba los escalones del porche. Solo sabía que había una fuerza que me conducía hasta ella.

—¿Estás bien? —me preguntó. Parecía preocupada.

Negué con la cabeza y la estreché entre mis brazos. Ella me preguntaba a mí si estaba bien.

—Estoy bien —mentí.

Capítulo 37: Afeitado y corte de pelo

Naomi

—¿Adónde vamos? —pregunté a Knox mientras Knockemout se alejaba por el retrovisor.

—¿Vamos de compras? —preguntó Waylay, esperanzada, desde el asiento de atrás.

Se había tomado bien la noticia de que temporalmente nos íbamos a mudar a casa de Liza J. Claro que le había mentido descaradamente. Le había dicho que había un problema de plagas en la cabaña y que nos quedaríamos con todo el mundo en casa de Liza unos días. Y a Waylay le había entusiasmado la idea. Mis padres, en cambio, estaban sufriendo. No porque nos mudáramos con ellos, eso los tenía extasiados, sino porque Knox había insistido en que les contara la verdad. Toda la verdad, empezando por la razón por la que me había fugado de la boda.

Mientras mi madre mandaba un mensaje muy duro a la madre de Warner por Facebook a las cuatro de la madrugada, Knox había tenido que agarrar a mi padre para evitar que se fuera a perseguir a mi ex. Papá se había tranquilizado bastante después de que Lucian le asegurara que Knox no solo le había dado una paliza a Warner, sino que también le había roto la nariz. La verdad dolía, como sabía que haría, y por eso había optado por no contárselo al principio. Pero mis padres habían hecho de tripas corazón y habían resistido.

Acompañados de las tortitas que mamá preparaba para sobrellevar la ansiedad, habíamos estado hablando hasta casi las cinco de la madrugada antes meterme en la cama con Knox en la que había sido su habitación cuando era niño. Estaba convencida de que nunca más sería capaz de dormir, pero rodeada

por su firme brazo, que me sostenía junto a él, me había sumido en un vacío sin sueños que me había atrapado hasta las diez.

Al despertar, descubrí que estaba sola porque Knox se había ido al pueblo a recoger a Waylay de la fiesta, así que me tomé un cubo de café en el porche delantero y los esperé mientras pensaba en cómo este hombre se había empecinado en desdibujar los límites de nuestro acuerdo. Y cuando regresaron, Knox puso la mano sobre la cabeza rubia de Waylay para despeinarla y darle un empujoncito cariñoso, y me di cuenta de lo mucho que se habían desdibujado esos límites en mi corazón. Tenía un problemón. Y no tenía nada que ver con el robo, ni la criminal de mi hermana, ni mi exprometido. Me estaba enamorando de un hombre del que había jurado no enamorarme. Pero Knox lo había hecho imposible, inevitable.

Por desgracia, en ese momento, la asistenta social se había presentado para hacer un estudio del hogar del que yo me había olvidado por completo. No eran imaginaciones mías la cara de sorpresa que la señora Suarez había puesto cuando había tratado de meter a Waylay en casa de Liza mientras soltaba una excusa vaga que pretendía explicar por qué no estábamos preparadas para su visita.

Por suerte, Knox había intervenido, de nuevo, y le había ordenado a Waylay que fuera a la cocina y nos trajera cafés para el camino. Cuando ya no nos podía oír, había sido él quien le había explicado la situación a la señora Suarez. Y no había tenido buenas sensaciones sobre lo que esto comportaba de cara al juicio por la tutela.

—No vamos de compras —le dijo Knox a Waylay mientras enfilaba la vía de acceso a la autopista.

—¿Y para qué es todo lo que hay detrás? — preguntó Waylay.

A pesar de estar histérica por lo que la asistenta social pensaría de mí al haber permitido que entraran en casa a la fuerza varias veces, a mí también me picaba la curiosidad. Antes de que cerrara la puerta de la camioneta, habíamos visto más de una docena de bolsas de la compra.

—Provisiones —repuso, misterioso.

Le sonó el teléfono y vi que en la pantalla aparecía el nombre de Jeremiah.

—Sí —dijo Knox a modo de saludo.

A este hombre le gustaba ir al grano.

—Llegaremos en cuarenta y cinco minutos — anunció —. Sí, nos vemos ahí.

«Ahí» resultó ser Hannah’s Place, un refugio para personas sin hogar en las

afueras de Washington D. C. Era un edificio nuevo de ladrillos en un recinto vallado. Knox hizo entrar la camioneta por la verja y giró hacia la entrada, donde vi que Jeremiah nos esperaba debajo de un toldo.

—Han llegado los refuerzos — dijo Jeremiah con una sonrisa mientras nos bajábamos —. Qué recogido más chulo, Way.

Waylay se dio palmaditas con orgullo en la trenza que se había hecho alrededor de la cabeza como si fuera una corona.

—Gracias.

La mujer que había al lado de Jeremiah era menuda, fornida y muy muy valiente, porque se dirigió directa hacia Knox y le dio un fuerte abrazo.

—Ahí está mi segundo peluquero favorito — le dijo.

Knox le devolvió el abrazo.

—¿Cómo he perdido el primer puesto esta vez?

La mujer se apartó y sonrió con picardía.

—Jer me ha traído doscientos rollos de papel de váter.

—Veremos si opinas lo mismo cuando veas lo que te he traído yo — dijo.

—Veo que me has traído dos nuevas voluntarias — repuso ella.

—Shirley, te presento a Naomi y a Waylay — dijo Knox —. Shirley dejó su trabajo en una empresa con un sueldo millonario para dirigir el refugio.

—¿Quién necesita salas de juntas y despachos cuando puedes pasarte el día haciendo buenas obras? — comentó Shirley mientras nos daba la mano.

—Encantada de conocerte —dije.

—Lo mismo digo. Sobre todo si me traéis un par de manos dispuestas y no os importa llenar estanterías y preparar cajas.

—Preparada y lista —repuse, dándole un suave codazo a Waylay, que parecía un poco taciturna.

—Ponlas a hacer lo que quieras — sugirió Knox —. Yo montaré las cosas y podremos empezar.

Waylay y yo seguimos a Shirley al interior.

—Preferiría haber ido de compras — me susurró Waylay.

—Tal vez después podamos buscar un centro comercial — propuse, y le di un apretón en los hombros.

Sin embargo, de una cosa estaba segura: Knox Morgan era una caja de sorpresas.



—Pues está guay que hagan esto — dijo Waylay mientras contemplábamos cómo Knox y Jeremiah trabajaban en su peluquería improvisada a través de los ventanales.

Nos habíamos pasado dos horas clasificando comida y ropa donadas con otros voluntarios mientras Knox y Jeremiah se ocupaban de un torrente de refugiados que se sentaban en las sillas bajo el toldo que habían colocado en la acera. Hacía un día precioso que recordaba que el otoño se encontraba a la vuelta de la esquina, y todo el mundo estaba de buen humor.

Los trabajadores, los voluntarios y los refugiados habían creado una especie de familia grande y revoltosa que hacía que algo tan funesto como era no tener casa pareciera un desafío que podía superarse, no un estigma que se reforzara.

Juntos, Knox y Jeremiah transformaron cabellos rebeldes, despeinados e ignorados en peinados acicalados y modernos. Y, al hacerlo, me di cuenta de que también cambiaban la forma en la que cada persona se veía a sí misma.

En ese momento, Jeremiah estaba pasando la maquinilla por el pelo negro de un muchacho y este no dejaba de reír. El hombre que había en la silla de la que se ocupaba Knox tenía la barba larga y desaliñada; el pelo ralo y gris enmarcaba un rostro moreno lleno de arrugas profundas y caía sobre sus delgados hombros encorvados. Llevaba unos pantalones de chándal limpios y una camiseta de manga larga, todo unas tallas demasiado grandes.

Tenía los ojos cerrados y parecía estar disfrutando de un momento de felicidad absoluta mientras Knox le rodeaba la cara con una toalla caliente y preparaba las herramientas para afeitarlo.

—Sí. Está guay —coincidí, y le acaricié la cabeza a Waylay.

—Esos dos hace muchos años que vienen aquí una vez al mes y hacen esto — nos explicó Shirley, que se colocó a mi lado —. Nuestros residentes no pueden permitirse cortes de pelo de doscientos dólares, pero esto cambia la forma en la que los ve el resto de la gente. Nos sentimos muy afortunados de haber llamado la atención de Knox Morgan con el trabajo que estamos haciendo aquí.

Me pregunté si también tendría una placa con su nombre en este edificio. Y si la tenía, ¿le molestaría menos que la de la comisaría de policía? Contemplé

cómo retiraba la toalla con una floritura para arrancar una sonrisa al hombre que estaba en la silla.



—Te he traído un café.

Un enorme vaso de café para llevar se materializó ante mis ojos y me enderecé frente a la mesa en la que estaba doblando camisetas. Knox estaba ahí de pie, con otro vaso más pequeño en la otra mano y una mirada que hizo que el corazón me diera un salto mortal en el pecho. Este hombre se había convertido en el héroe de muchas personas hoy (sin contarme a mí) y luego se había ido a buscarme una olla de café. Cuando me di cuenta, una oleada cálida e intensa me hizo flaquear.

—Gracias —dije, con los ojos humedecidos.

—¿Qué cojones, Flor?

Como no podía ser de otra manera, se había dado cuenta de que estaba a punto de ponerme a llorar por un café. Este hombre se daba cuenta de todo.

—Cariño, ¿qué pasa? ¿Alguien te ha dicho algo? — Su mirada iracunda se posó al otro lado de la ventana, como si buscara alguien a quien culpar.

—¡No! —le aseguré—. Solo que… Es… Es increíble, esto, Knox. Lo sabes, ¿verdad?

—Son cortes de pelo, Naomi — dijo con sequedad.

Negué con la cabeza. Como mujer, entendía intrínsecamente que un corte de pelo raras veces era un mero corte de pelo.

—No, es mucho más que eso. Cambiáis la forma en que el resto del mundo ve a todas estas personas, y también cambiáis cómo se sienten consigo mismos.

—Cállate —gruñó. Pero se le curvaron las comisuras de los labios, me arrancó el café de las manos y lo dejó en la mesa junto al montón de camisetas para atraerme hacia sí.

—Cállate tú —dije, y coloqué las manos sobre sus hombros.

—¿Dónde está Way? —preguntó mientras la buscaba con la mirada.

«Mierda».

Esa cálida sensación se había avivado otra vez y amenazaba con estallarme en el pecho. Se había pasado el día cortando el pelo de mujeres y hombres sin

hogar, me había traído café y ahora quería comprobar que Waylay estuviera sana y salva. Era tan protector con ella como lo era conmigo.

Estaba perdida.

—Está ahí, con Shirley —dije, y señalé hacia el patio en el que Waylay empujaba a una niña en los columpios mientras Shirley organizaba lo que parecía un juego.

Waylay vio que la mirábamos y nos saludó. Le devolví el saludo sin que la calidez quisiera remitir. Tenía que salir de aquí, alejarme de estos brazos fuertes para recordarme las razones por las que lo nuestro no funcionaría, por las que no estábamos juntos de verdad: «Porque Knox no quiso. Porque cuando llega el momento decisivo, nadie me elige».

La vocecita mezquina de mi cabeza cumplió su cometido y reventó mi globo de esperanza con un dardo afilado. Knox se puso tenso y noté que sus brazos me agarraban con más fuerza.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¿Tienes chica, Knox? —preguntó una vocecita aflautada.

Me volví en sus brazos y descubrí el hombre que había visto antes en la silla de Knox. Ahora, en vez de parecer una oveja descarriada, parecía haber rejuvenecido unos cuantos años. Un hombre maduro con el pelo corto y peinado hacia atrás; la barba arreglada y gris le cubría la mandíbula.

Knox me abrazó con más fuerza todavía.

—Dos, de hecho —dije, con una sonrisa, y señalé a Waylay, que se reía de algo que le había dicho un niño de su edad.

—Qué guapa —dijo el hombre—. Como su madre.

Técnicamente, podría haberlo corregido. Pero como la madre de Waylay era mi gemela, decidí tomármelo como el halago que pretendía ser.

—Gracias —repuse.

—¿No nos vas a presentar? — le preguntó el hombre mientras se rascaba el antebrazo. Había cierta inseguridad en sus movimientos.

Se produjo un silencio incómodo que duró unos segundos y que me sentí obligada a cortar:

—Me llamo Naomi —anuncié, y le tendí la mano.

—Naomi —repitió—. Yo soy…

—Duke —interrumpió Knox.

Duke asintió y bajó la vista a los pies unos segundos.

—Un placer conocerte, Duke — dije con la mano aún tendida.

—El placer es mío —contestó, por fin, y me estrechó la mano con la suya, áspera y cálida. Tenía unos ojos espectaculares, del color de la plata.

—Cuídalas bien, Knox —añadió, al final.

Knox gruñó por toda respuesta y me obligó a retroceder un paso que me hizo dejar de estrecharle la mano. El hombre se dirigió entonces hacia la cocina industrial.

—Nos vamos —anunció Knox—. Ve a buscar a Way.

Alguna mosca lo había picado. Bien. Así dejaría de babear por él. Sin mediar palabra, agarré el café que me había traído y fui a buscar a Waylay afuera. La convencí para salir del patio y le dije que era hora de volver a casa. Mientras nos despedíamos, divisé a Knox junto a la camioneta con Duke. Le estaba dando una mochila que parecía estar llena a la vez que discutían acaloradamente por algo. Duke no dejaba de negar con la cabeza, con la vista clavada en los pies, mientras se rascaba los brazos.

No alzó la mirada hasta que Knox le ofreció un sobre blanco y le dijo algo.

—¿Quién es ese con el que habla Knox? — preguntó Waylay.

—Un hombre que se llama Duke. Le ha cortado el pelo antes.

—¿Y está bien?

No supe si se refería a Knox o a Duke.

—No lo sé, cielo.

Capítulo 38: ¡Que estoy bien!

Knox

La había cagado en tantos sentidos que ya no podía hacer otra cosa que empeorarlo todo. Incluso sabiendo lo que debía hacer ahora.

—Knox —gimió Naomi, con la voz amortiguada en la almohada.

Esta vez no gritaba de frustración. Estaba esforzándose por hacer el mínimo ruido posible mientras follábamos en casa de mi abuela, en el dormitorio en el que había crecido. Y estaba a cuatro patas delante de mí.

Creía que sería más fácil si no la miraba a los ojos, si no podía ver cómo se le vidriaban cuando la hacía correrse por última vez. Estaba completamente equivocado.

La agarré con más fuerza de la nuca y refrené las embestidas. Me costó, pero aguantar así, metido hasta el fondo dentro de ella, valía la pena. Se estremeció cuando le di un beso en un omoplato y saqué la lengua para saborear su piel. Quería inspirar su fragancia. Capturar cada segundo de todas estas sensaciones, para siempre, en la memoria.

Estaba demasiado implicado. Me ahogaba. Me había atraído como la miel a las moscas y yo había sido el idiota que se había dejado. Había olvidado todo lo que sabía y había roto todas las promesas que me había hecho, las razones por las que no podía hacer esto. Y cabía la amenazadora posibilidad de que ya fuera demasiado tarde.

—Knox. —Su gemido sonó entrecortado y noté que su vagina se estremecía alrededor de mi polla palpitante. La sangre se me acumuló ahí abajo.

Le acaricié la espalda y aprecié la sedosidad cálida bajo los dedos. Naomi sacó la cabeza de la almohada y la giró para mirarme por encima del hombro.

Tenía el pelo alborotado, los labios hinchados y los párpados pesados. Se me contrajeron los huevos y me mordí el labio.

Lo necesitaba. Necesitaba dárselo. Por última vez.

Hice que se incorporara para que los dos quedáramos de rodillas, y su espalda me acarició el pecho. Levantó los brazos y me agarró del cuello y los hombros.

—Por favor, Knox, por favor — me imploró.

No necesitaba que me lo pidiera más. Le agarré una teta con una mano y, con la otra, me deslicé con suavidad por su cuerpo, hacia su entrepierna, donde nuestros cuerpos aún seguían unidos. Di una embestida tentativa y apoyó la cabeza en mi hombro. La saqué casi por completo antes de volver a metérsela. Iba a correrse, sus músculos ondulaban alrededor de los míos, se contraían mientras le estimulaba el clítoris y la llevaba al borde del orgasmo.

Y la imité. Dejé que su éxtasis me hiciera llegar al mío y me corrí de una forma muy intensa. Entregarle ese chorro caliente me hizo sentir que hacíamos lo correcto. Se arqueó, aceptando todo lo que podía darle, disfrutándolo incluso.

Me encantaba, joder.

Me encantaba… ella. Estaba enamorado.

Y no fue hasta que me hube vaciado del todo, todavía moviéndome en su interior mientras el clímax se apagaba, cuando me acordé de lo equivocado que estaba, de lo mucho que la estaba cagando haciéndole esto cuando sabía lo que tenía que hacer después.

Pero no pude evitarlo. Igual que tampoco pude evitar caer al colchón y rodearla con los brazos, estrechándola contra mí. Aún no había salido de dentro de ella cuando me puse a pensar en cómo iba a ponerle fin a todo.



Una hora después, Naomi estaba profundamente dormida cuando salí con cuidado de la cama. Quería beber algo, algo que fuera lo bastante fuerte como para hacerme olvidar, que me dejara de importar. Y como ansiaba esa insensibilidad, hice caso omiso y me llené un vaso de agua.

—Vaya, alguien está deshidratado.

Estaba tan alterado que mi abuela me sobresaltó.

—Por el amor de Dios, Liza J. ¿Por qué vienes a escondidas?

Encendió el interruptor y me escudriñó a través de las gafas bifocales.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que metiste a una chica a hurtadillas en tu habitación — comentó. Llevaba un pijama a cuadros de pantalón corto y manga corta. Parecía un leñador de vacaciones.

—Nunca he metido a una chica a hurtadillas en esta casa — mentí.

—Mentiroso. Entonces, ¿dio la casualidad de que Callie Edwards tan solo contemplaba el techo del porche a la una de la madrugada un día de verano del último año de instituto?

Me había olvidado de Callie. Y de todas las demás. Era como si mi cerebro ahora solo tuviera espacio para una sola mujer. Y ese, precisamente, era el problema.

—Me gusta verte con ellas — dijo, echándome de un empujón para poder servirse un vaso de agua.

—¿Verme con quién?

Liza me dedicó una mirada que indicaba «deja de decir gilipolleces».

—Con Naomi y con Waylay. Pareces feliz.

No lo era. Era cualquier cosa menos feliz. Estaba a un paso de sumirme en un pozo del que nunca podría recuperarme, un pozo que destruiría todo lo que había conseguido.

—No vamos en serio —dije a la defensiva.

—Vi la cara que traías cuando viniste aquí ayer por la noche, cuando supiste lo cerca que había estado tu chica de tener problemas.

—No es mi chica —insistí, ignorando a propósito lo que me decía.

—Pues si no es tuya, acabará siendo la de otro. ¿Una chica tan guapa? Y atenta, agradable, divertida… Tarde o temprano, alguien con un coeficiente intelectual más alto que el tuyo aparecerá.

—Muy bien.

Naomi encontraría a otro porque se merecía a otro. A otro que viviera lejos de aquí, donde no tuviera que encontrármela en el supermercado o verla en el bar o por la calle. Naomi Witt desaparecería como la sombra de un recuerdo.

Claro que ya sabía que todo eso no era verdad. No desaparecería: ya me había atrapado, había mordido el anzuelo, y no habría día durante el resto de mi vida en el que no pensara en ella, en el que no pronunciara su nombre en mi cabeza un montón de veces para recordarme que una vez estuvimos juntos.

Me bebí el agua tratando de aliviar el nudo que tenía en la garganta.

—Tu hermano la mira como si fuera una buena comida casera de domingo — observó Liza, sagaz —. Quizá él sí que sea lo bastante listo como para apreciar lo afortunado que es.

Una parte del agua se me fue hacia los pulmones. Me atraganté y empecé a toser, y mientras boqueaba, me lo imaginé: Naomi y Waylay sentadas delante de mí en la mesa para Acción de Gracias; Nash rodeándola con el brazo, sonriéndole, sabiendo lo que le esperaba una vez volvieran a casa. Me la imaginé acercándose a él en la oscuridad, los labios carnosos entreabiertos, el pelo sobre los ojos mientras pronunciaba su nombre, «Nash».

Otro oiría cómo su nombre salía de entre esos labios. Otro llegaría a sentirse el hombre más afortunado del mundo, y le llevaría café por la tarde y vería cómo se le iluminaban esos preciosos ojos color avellana. Otro las llevaría a ella y a Waylay a comprar todo lo que necesitaran para la vuelta al cole, y ese otro bien podía ser mi propio hermano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Liza, haciéndome volver al presente.

—Estoy bien. —Otra mentira.

—Ya sabes lo que dicen de estar bien. Que en realidad estás jodido, te sientes inseguro, neurótico y sensible — musitó Liza —. Apaga la luz cuando hayas acabado, que la electricidad no sale de los árboles.

Apagué la luz y me quedé de pie en la cocina, sumido en la oscuridad y en lo mucho que me detestaba a mí mismo.



Notaba el estómago lleno de esquirlas de cristal. Así me sentía cuando abrí la puerta deDino’s Pizza para que entrara Naomi. Volvía a llevar un vestido, pero en vez de esos veraniegos largos y etéreos que solía ponerse, este tenía las mangas largas. También sabía que llevaba un conjunto de ropa interior de los que le había comprado porque me había cambiado con ella.

Darme cuenta de que esa era la última vez que gozaba del privilegio de verla vestirse por poco no me había hecho caer de rodillas esa misma mañana. Igual que desayunar con la familia al completo; una gran familia feliz alrededor de la mesa. Incluso Nash, tan entregado a su trabajo, se había unido a la fiesta. Qué

coño, si hasta habían hecho un FaceTime con Stef, desde París, solo para que pudiera valorar el *bacon* que Naomi había preparado.

Amanda estaba extasiada de tener a todo el mundo bajo el mismo techo, y había preparado un desayuno de lujo. Lou, que se había pasado la mayor parte del tiempo que llevaba en el pueblo odiándome a muerte, ahora me trataba como si fuera un nuevo miembro de la familia de la talla de Stef. Pronto cambiaría de opinión, supuse.

Todo este rollo de la familia feliz no era real, y cuanto antes dejara todo el mundo de fingir que lo era, mejor.

Había acompañado a Waylay a la parada del bus mientras Naomi se preparaba para ir a trabajar. No me sentía cómodo perdiendo de vista a cualquiera de las dos cuando existía la posibilidad de que quien fuera que había entrado en su casa todavía siguiera por el pueblo, con la intención de hacer más daño. Y, por eso, lo que estaba a punto de hacer se convertía en un problema aún más grave.

Cuando Naomi empezó a dirigirse hacia una mesa junto al ventanal, la reconduje hacia una más reservada en la parte trasera. Era un sitio público, pero no demasiado.

—Pues le he preparado una lista a Nash — empezó, y sacó un trozo de papel del bolso que alisó sobre la mesa, sin ser consciente en absoluto de lo que estaba a punto de hacerle.

El nombre de mi hermano me pilló desprevenido.

—¿Una lista de qué? —pregunté.

—De las fechas en las que creo que Tina podría haber entrado en casa, y de las personas que recuerdo que me han parecido sospechosas. No es mucho, y no sé si será de ayuda, pero me dijo que sería útil que pudiera, al menos, reducir las posibles fechas de la primera vez que entraron — explicó mientras agarraba la carta.

—Se la daré —dije. Necesitaba algo fuerte de beber.

—¿Va todo bien? —me preguntó, inclinando la cabeza para observarme —. Pareces cansado.

—Flor, tenemos que hablar. — Las palabras me asfixiaban; notaba la piel tirante; todo me parecía mal.

—¿Desde cuándo te apetece hablar a ti? — bromeó.

Confiaba en mí. Pensarlo me hizo sentir como una mierda de perro. Seguro que creía que su novio la estaba invitando a comer. Pero la había avisado,

¿verdad? Le había dicho que no se colgara demasiado.

—Las cosas se han vuelto… complicadas — empecé.

—Oye, ya sé que estás agobiado porque entraron en casa — intervino Naomi —. Pero creo que cuando instalen el nuevo sistema de seguridad, será un problema menos del que preocuparse. Warner ha vuelto a su casa, así que si fue él en un berrinche, ahora está demasiado lejos como para volver a hacerlo. Y si fue Tina, es muy probable que o encontrara lo que buscaba o se diera cuenta de que yo no lo tengo. No tienes que preocuparte por mí y por Way.

No respondí. Era incapaz. Pero tenía que pronunciar las palabras.

Naomi alargó el brazo por encima de la mesa y me dio un apretón en la muñeca.

—Por cierto, solo quiero que sepas lo mucho que te agradezco que estés aquí y que me estés ayudando. Me hace sentir que no estoy sola; que, por primera vez en la vida, no tengo que ser la única responsable de absolutamente todo. Muchas gracias, Knox.

Cerré los ojos y me esforcé por no vomitar.

—Oye. Como decía… —Tuve que apretar los dientes antes de poder seguir —. Las cosas están complicadas y, en parte, es por mí.

Alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Estás bien? De verdad que pareces cansado.

Estaba agotado y me despreciaba a mí mismo.

—Que estoy bien —insistí—. Pero creo que ha llegado el momento de cambiar.

«¿Tienes chica, Knox?». Las palabras aún me retumbaban en la cabeza.

Naomi no había apartado la mano de mi brazo.

—¿Cambiar?

—Me lo he pasado muy bien, y espero que tú también, pero tenemos que ponerle fin antes de que uno de los dos se implique demasiado.

Me miró con los ojos de color avellana abiertos de par en par, sin parpadear.

«Mierda».

—Te refieres a mí —dijo con un hilo de voz.

—Me refiero a que lo que estamos haciendo… — «Me tiene aterrorizado» —. Esto ha llegado a su fin. — «Porque no confío en mí cuando estoy contigo», pensé.

—¿Y me has traído a un sitio público para cortar conmigo? No me lo puedo creer.

Su mano se había retirado, y supe que nunca más la volvería a notar. No sabía qué me destrozaba más, saber eso o saber qué pasaría si no le ponía fin a esto ahora mismo.

—Oye, Naomi, los dos sabíamos lo que había cuando empezamos. Solo creo que, antes de que la cosa se complique, tenemos que pararlo.

—Soy una idiota —murmuró, y se llevó los dedos a las sienes.

—Sé que el mes que viene tienes la audiencia por la custodia, y estoy dispuesto a mantener las apariencias de que estamos juntos, si crees que eso te va a ayudar. Y seguiré pendiente de ti y de Waylay hasta que sepamos con certeza quién entró a la fuerza en tu casa.

—Qué generoso por tu parte — dijo con tono glacial.

Podía afrontar la rabia. Qué leches, si me alimentaba de rabia cada mañana. Eran las lágrimas, el dolor, el sufrimiento lo que no aguantaba.

—Desde el principio te dije que no era de los que tienen relaciones serias. — La había advertido, había tratado de hacer lo correcto. Sin embargo, me miraba como si le hubiese hecho daño a propósito. Y entonces, de pronto, esa expresión se esfumó. La suavidad le desapareció del rostro y la rabia, de los ojos.

—Lo entiendo —dijo—. Soy demasiado, Waylay es demasiado; todo esto es demasiado. Incluso en mis mejores días, soy demasiado y no soy lo suficiente a la vez. — Soltó una carcajada forzada.

—No vayas por ahí, Flor —le dije sin poder contenerme.

Naomi inspiró hondo, lentamente, y me ofreció una sonrisa forzada que fue como una puñalada directa al corazón.

—Me parece que esta es la última vez que puedes decirme lo que tengo que hacer y llamarme Flor.

Me embargó una sensación que nada tenía que ver con el alivio que me esperaba. No, esto parecía más bien el filo candente del pánico.

—No te pongas así.

Se apartó de la mesa y se puso en pie.

—No tenías por qué hacerlo así. Aquí, en público, para que no te montara ninguna escena. Soy mayorcita, Knox, y algún día encontraré un hombre que quiera a un coñazo de tía dependiente y engreída. Un hombre que querrá meterse en mis problemas y acompañarme para resolverlos. Y es evidente que tú no eres ese hombre. Pero al menos, me lo dejaste claro desde el principio.

Me puse en pie, también, con la sensación de que había perdido el control de

la situación.

—Yo no dije eso.

—Sí que lo dijiste, y tienes razón. Debería haber prestado más atención la primera vez.

Agarró el bolso y el papel que había puesto encima de la mesa.

—Gracias por ofrecerte a fingir que sigues interesado en mí, pero creo que voy a pasar. — No quería mirarme a los ojos.

—Nada tiene que cambiar, Naomi. Puedes seguir trabajando en el bar; tú y Liza tenéis vuestro acuerdo… Todo puede seguir igual.

—Tengo que irme —dijo, y se volvió hacia la puerta.

La agarré del brazo y la atraje hacia mí. Me pareció natural, y tenía el pro añadido de que la obligaba a mirarme. El nudo que tenía en el estómago se aflojó unos segundos cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Toma —le dije mientras sacaba el sobre del bolsillo trasero y se lo daba.

—¿Qué es esto? ¿Una lista de las razones por las que no soy suficiente?

—Dinero —respondí.

Retrocedió como si le acabara de decir que estaba lleno de arañas.

—Cógelo. Os ayudará a ti y a Way.

Me dio un golpe en el pecho con el sobre.

—No quiero tu dinero. Ahora ya no quiero nada de ti, pero todavía menos tu dinero.

Tras esto, quiso liberarse de un tirón. En un acto reflejo, la aferré con más fuerza incluso.

—Quítame. Las manos. De encima, Knox — dijo Naomi en voz baja.

Ya no había rabia en sus ojos: eran un glaciar.

—Naomi, no tiene que acabar así.

—Adiós, Knox.

Se zafó de mi mano y me dejó ahí de pie, plantado, observando como un idiota cómo se iba.

Capítulo 39: Romperse, desmoronarse y seguir adelante

Naomi

«Demasiado complicada, demasiado intensa, demasiado dependiente. No vale la pena». Daba vueltas y vueltas a estos pensamientos en un círculo vicioso mientras caminaba por la acera y Knockemout se desdibujaba por el rabillo del ojo entre las lágrimas que no había derramado.

Había construido una vida aquí. Había erigido una fantasía en mi imaginación, me había tomado cafés con gente por la tarde y había dicho guarradas a alguien para quien había significado otra cosa completamente distinta. No me quería. Nunca había querido estar conmigo y, lo que era peor, tampoco había querido estar con Waylay. Yo había permitido que mi joven e impresionable pupila formara parte de mi relación con un hombre que no iba a estar ahí para ella a largo plazo.

Se lo había visto en los ojos: la lástima, lo mal que se sentía por mí. «Pobre Naomi, qué estúpida, que se había enamorado del malote que nunca le había prometido nada».

Y el dinero. La desfachatez que había tenido al pensar que podía romperme el corazón y luego darme dinero, como si fuera una prostituta y eso fuera a hacer que todo estuviera bien. Añadía otra dimensión a lo humillada que me sentía.

Me iría a casa de Liza, fingiría que tenía migraña y me pasaría el resto del día en la cama. Y, luego, tendría una charla conmigo misma sobre elegir siempre al hombre incorrecto. Por enésima vez. Y cuando hubiera terminado de echarme la bronca, me aseguraría de que Waylay nunca acabara en situaciones como estas.

Madre mía. Pero si vivía en el pueblo más pueblerino de todos los pueblos. Me lo encontraría por todas partes, en cualquier sitio: en la cafetería, en el trabajo… Este pueblo era el suyo, no el mío.

¿Era este mi lugar, siquiera?

—¡Oye, Naomi! —gritó Bud Nickelbee mientras salía de la ferretería —. Solo quería que supieras que me he pasado esta mañana y te he arreglado la puerta de la entrada.

Me detuve en seco.

—¿Ah, sí?

Inclinó la cabeza.

—Me enteré de lo que pasó y no quería que tuvieras que preocuparte de pedir que hicieran las reparaciones.

Lo abracé con fuerza.

—No sabes lo mucho que significa para mí. Gracias, Bud.

Se encogió de hombros entre mis brazos y me dio unas palmaditas en la espalda, claramente incómodo.

—Imaginé que suficiente tenías ya con todo y pensé que te iría bien un descanso.

—Eres un buen hombre, Bud.

—Vaaaale… —dijo—. ¿Estás bien? ¿Necesitas que llame a alguien? Puedo pedirle a Knox que venga a buscarte.

Negué con la cabeza a toda prisa hasta que la ferretería y su propietario se desdibujaron.

—¡No! —grité—. Quiero decir… Gracias, pero no.

Se abrió la puerta del Dino’s Pizza y se me cayó el alma a los pies cuando Knox salió a la acera. Me volví en dirección contraria rezando para volverme invisible.

—Naomi —me llamó.

Me puse a caminar en dirección opuesta.

—Naomi, venga ya. Espera —dijo Knox.

Sin embargo, con solo unas frases, había perdido de forma permanente el privilegio de que le prestara atención cuando me dijera lo que tenía que hacer.

—Uy, Knox, a mí me parece que la señorita no quiere hablar contigo ahora mismo. — Oí que Bud observaba.

—Largo, Bud. —Oí que gruñía Knox.

Era una idiota. Pero al menos era una idiota que se movía rápido. Caminé

con paso ligero por la manzana, decidida a dejar atrás a Knox igual que había hecho con mi exprometido.

«Un hombre que no se compromete cien por cien con una mujer, lo hace por una razón. Quizá está buscando algo mejor».

Me dolió el pecho físicamente al evocar lo que Knox había dicho sobre Warner. ¿Habría alguien ahí fuera a quien yo le pareciera suficiente? Ni demasiado, ni demasiado poco, sino la persona a la que habían estado esperando toda su vida.

Las lágrimas me escocían en los ojos cuando doblé una esquina casi corriendo. Fueron las culpables de que no viera a la mujer que salía de una tienda.

—Lo siento mucho —dije, un segundo después de haberla arrollado.

—Señorita Witt.

«Ay, Señor, no, por favor».

Yolanda Suarez, la adusta asistenta social que nunca me había pillado en mi mejor momento, parecía desconcertada ante un contacto corporal tan arrollador.

Abrí la boca, pero no fui capaz de pronunciar palabra.

—¿Está bien? —me preguntó.

Tenía la mentira preparada en la punta de la lengua; era tan habitual que casi parecía verdad. Pero no lo era. A veces, la verdad era mayor que cualquiera de las intenciones.

—No, la verdad es que no.

Diez minutos después, contemplaba el corazón dibujado sobre la espuma del café con leche que me habían puesto delante.

—Y eso sería todo. Fingí tener una relación con un hombre que me advirtió de que no me enamorara de él, y yo voy y lo hago; mi exprometido se presentó en mi trabajo y montó una escena; alguien entró a la fuerza en casa y nadie sabe si fue él, Tina o un delincuente cualquiera. Ah, y Waylay trató de vengarse de una profesora que la trataba mal con ratones de campo.

Delante de mí, Yolanda agarró el té verde y dio un sorbo. Volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—Vaya.

—Te he traído unas cuantas galletas — anunció Justice con aspecto lastimero. Hizo deslizar el plato por la mesa hasta dejarlo junto a mi codo.

—¿Eran corazones? —pregunté, agarrando una que era evidente que tenía la mitad de un corazón glaseado de color rosa.

Hizo una mueca.

—Los he partido. Esperaba que no te dieras cuenta.

—Gracias, Justice, es todo un detalle por tu parte — le dije. Antes de irse, me dio un apretón en el hombro y tuve que morderme la mejilla por dentro para evitar echarme a llorar —. Básicamente, lo que quiero decir es que soy un desastre tan mayúsculo que no puedo disimularlo y mereces saber la verdad. Pero te prometo que, aunque mi vida ahora mismo no lo demuestre, soy muy organizada, hábil y haré todo lo que sea necesario para mantener a Waylay sana y salva.

—Naomi —me dijo—. Waylay tiene suerte de tenerte como tutora, y cualquier tribunal del estado llegará a la misma conclusión. Su asistencia al colegio ha mejorado, sus notas han mejorado, tiene amigas de verdad. Estás teniendo un efecto positivo en la vida de esa niña.

Pero por primera vez en la vida, no quería una medalla. Quise que alguien me viera y supiera el desastre que era.

—¿Y todo lo que estoy haciendo mal?

Me pareció ver un atisbo de lástima en la sonrisa de la señora Suarez.

—En eso consiste ser madre. Todos lo hacemos lo mejor que podemos, pero estamos agotados, confundidos y nos da la sensación de que los demás siempre nos están juzgando y ellos sí que saben cómo hacerlo todo. Pero no es verdad, nadie lo sabe. Vamos decidiendo sobre la marcha.

—¿De verdad? —susurré.

Se inclinó hacia adelante.

—Ayer por la noche castigué tres días a mi hijo de doce años porque ya me tenía hasta la coronilla antes siquiera de decirme que le gustaban más las albóndigas de la madre de su amigo Evan que las mías.

Dio otro sorbo de té.

—Y hoy me disculparé y le retiraré el castigo si ha limpiado su habitación. A pesar de que la madre de Evan saca las albóndigas de la sección de congelados del Supermercado Grover.

Conseguí esbozar una sonrisa vacilante.

—Es que la vida es mucho más complicada de lo que creía que sería — confesé —. Creía que si tenía un plan y acataba las normas, sería fácil.

—¿Quieres que te dé un consejo? — preguntó.

—Por favor.

—Llegará un momento en el que tendrás que dejar de preocuparte tanto por

lo que todo el mundo necesita y empezar a preocuparte por lo que tú necesitas.

Pestañeé.

—Y yo que pensaba que preocuparse tanto por los demás era una buena cualidad en una tutora — dije, a la defensiva, sorbiéndome la nariz.

—También lo es ser un ejemplo para tu sobrina de que no tiene que sacrificarlo todo para que la quieran, que no necesita prenderse fuego a sí misma para que otro no pase frío. Pedir que se satisfagan también tus necesidades no es un problema, es de admirar. Y los niños lo ven todo. Todo. Si te conviertes en un ejemplo que le diga que la única forma de que te quieran es que te sacrifiques por todo el mundo, internalizará ese mensaje.

Bajé la barbilla hasta la mesa con un gruñido.

—Es diferente cuidar de alguien porque le quieres que cuidar de alguien porque quieres que te quiera — continuó.

Era muy, pero que muy diferente. La primera era genuina y generosa, y la otra era manipuladora, controladora.

—Todo saldrá bien, Naomi —me aseguró Yolanda —. Tienes un corazón enorme y, tarde o temprano, una vez todo este lío haya terminado, conocerás a alguien que te aprecie por cómo eres. Y querrá cuidarte, para variar un poco.

«Ya, claro».

Me empezaba a dar cuenta de que la única persona con la que podía contar en esta vida era yo. Y con Stef, claro. Pero el hecho de que fuera gay impedía que se consumara nuestra gran historia de amor.

—Y sobre Knox… —continuó.

Alcé la cabeza de la mesa. Solo de oír su nombre se me partía el corazón.

—¿Qué pasa?

—No conozco a ninguna mujer de este pueblo que no se hubiera enamorado de Knox Morgan si le hubiera dedicado el mismo tiempo y atención que te dedicó a ti. Y te voy a decir otra cosa: nunca lo he visto mirar a nadie como te mira a ti. Si lo estaba fingiendo, ese hombre se merece un Oscar. Lo conozco desde hace mucho mucho tiempo. Y nunca lo he visto hacer nada que no quisiera hacer, y menos cuando se trataba de una mujer. Si accedió de buena gana a fingir que teníais una relación es porque quería.

—Fue idea suya —susurré. Una chispa de esperanza se prendió en mi pecho, pero la extinguí de inmediato.

«Un hombre que no se compromete cien por cien con una mujer, lo hace por una razón».

—Lo pasó muy mal con la muerte de su madre y todo lo que vino después — continuó —. No tuvo el ejemplo del «fueron felices para siempre» con el que te criaste tú. A veces, cuando no sabes qué es posible, no puedes aspirar a ello.

—Señora Suarez.

—Creo que, llegadas a este punto, puedes tutearme.

—Yolanda, prácticamente tenemos la misma edad. ¿Cómo es posible que seas tan sabia?

—Me he casado dos veces y tengo cuatro hijos. Mis padres llevan casados cincuenta años. Los padres de mi marido se han divorciado y vuelto a casar tantas veces que todos hemos perdido la cuenta. Si hay algo que entiendo, es el amor y lo complicado que puede llegar a ser.



—Hola, cielo, ¿cómo ha ido el almuerzo? — Mi madre iba vestida con una camiseta manchada y un gorro para el sol. En una mano sostenía un vaso de té helado, y en la otra, llevaba un guante de jardinería.

—Hola, mamá —dije, tratando de no mirarla a los ojos mientras me dirigía hacia el porche. Amanda Witt tenía un sexto sentido para detectar cuándo le pasaba algo malo a alguien, y no me apetecía tener esa conversación ahora —. ¿Dónde está Way?

—Tu padre se la ha llevado al centro comercial. ¿Qué ha pasado, se ha atragantado alguien con los colines durante el almuerzo?

Negué con la cabeza. No me fiaba de mi capacidad de hablar.

—¿Ha pasado algo con Knox? — preguntó, con más tacto esta vez.

Traté de tragar saliva a pesar del nudo que tenía en la garganta, pero me asfixiaban las lágrimas reprimidas.

—Ven, vamos a sentarnos —me dijo, y me condujo por el pasillo hasta el dormitorio que compartía con mi padre.

Era una habitación bonita, con mucha luz, pintada en tonos grises y crema. Había una cama con dosel y ventanas que daban al patio trasero y al arroyo. Un jarrón con flores frescas, sobre una mesa entre dos sillones, ocupaba el espacio frente a los cristales.

—Voy a tender esto —anunció, y colocó el albornoz raído de mi padre encima de uno de los asientos. Mamá detestaba ese albornoz y había tratado de deshacerse de él de mil maneras, pero papá siempre encontraba la forma de rescatarlo.

Se dejó caer en el mismo sillón y dio una palmadita al que estaba a su lado.

—Ven, siéntate, charlemos.

Negué con la cabeza incluso antes de sentarme.

—Mamá, no tengo ganas de charlar ahora mismo.

—Bueno, pues te jodes, cielo.

—¡Mamá!

Se encogió de hombros.

—Te he permitido esta costumbre que tienes de «no quiero molestar» durante demasiado tiempo. Ha sido más fácil para mí confiar en que siempre te ibas a comportar, que serías la hija que me ponía las cosas fáciles. Y no es justo para ti.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir, mi querida, dulce, bonita hija, es que dejes de tratar de ser tan perfecta.

Me sentía tan poco preparada para tener esta conversación como para tener la que versaba sobre Knox.

—Te has pasado toda la vida intentando compensar el comportamiento de tu hermana, siempre tratando de no molestar; nunca has pedido nada que necesitaras y siempre has tratado de no decepcionar a nadie.

—Me da la sensación de que eso es algo de lo que ningún padre se quejaría — dije, a la defensiva.

—Naomi, nunca he querido que fueras perfecta, solo he querido que fueras feliz.

—Lo soy —mentí.

—Tu padre y yo hemos hecho todo lo que hemos podido para ayudar a Tina a ser feliz y a estar sana, pero no era su destino. Y nos costó muchos años, pero al final entendimos que no era nuestro cometido convertirla en una persona que no es. Hicimos todo lo que pudimos por ella, pero las decisiones de Tina no determinan lo que valemos tu padre y yo. Es una lección dura, pero la aprendimos. Y ahora te toca a ti. No puedes pasarte la vida tratando de compensar los errores que comete tu hermana.

—Tampoco diría que me he pasado la vida entera así — protesté.

Mamá alargó la mano y me acarició la mejilla. Noté que la arenilla se me

quedaba en la piel.

—¡Uy! Lo siento. —Se lamió el pulgar y se inclinó para limpiarme como hacen todas las madres.

—Soy demasiado mayor para que me hagas esto — me quejé, apartándome.

—Oye, cielo. Puedes tener tus necesidades, cometer errores y tomar decisiones con las que tu padre o yo no estemos de acuerdo. Es tu vida. Eres una mujer inteligente, preciosa y con un gran corazón que necesita empezar a descubrir lo que quiere.

«¿Y qué quiero?».

Ahora mismo, meterme en la cama y cubrirme con las sábanas hasta la cabeza y tirarme una semana así. Pero no podía, tenía responsabilidades, y una de ellas había engatusado a mi padre para que la llevara al centro comercial.

—¿Quieres ser tutora, siquiera? — me preguntó mamá.

Me quedé petrificada ante esa pregunta.

—Dudo que hacerte cargo de una niña de casi doce años estuviera incluido en tu plan de vida.

—Mamá, no puedo permitir que acabe con desconocidos.

—¿Y qué pasa con tu padre y yo? ¿No crees que nos encantaría incluir a una nieta en nuestra vida?

—No deberíais tener que criar a la hija de vuestra hija, no es justo. Papá está jubilado, y a ti poco te falta. El crucero ha sido el primer gran viaje que habéis hecho juntos.

—Pero ¿quieres ser su tutora legal? — insistió mamá, haciendo caso omiso de mis argumentos de peso.

¿Quería serlo? ¿Quería ser la madre adoptiva de Waylay?

Sentí el eco de una sensación cálida en el pecho que hacía retroceder la frialdad que me embargaba.

—Sí —dije, y noté que mi boca hacía lo imposible y se curvaba en una leve sonrisa. Era la verdad. Quería serlo mucho más de lo que había querido cualquier otra cosa que hubiera escrito en mis listas de cosas pendientes. Más que cualquier otro objetivo que me hubiera propuesto conseguir —. Sí, de verdad. La quiero mucho. Me encanta estar con ella; me encanta cuando vuelve a casa de la escuela y no se aguanta las ganas de explicármelo todo; me encanta ver cómo crece y se convierte en la niña lista, fuerte y segura que, de vez en cuando, baja la guardia y me incluye en sus cosas.

—Ya sé lo que es eso —repuso mamá con dulzura —. Ojalá sucediera más a

menudo.

«Au. Ataque directo».

—Knox y yo hemos roto —dije atropelladamente —. Aunque nunca estuvimos juntos de verdad, solo teníamos una relación en la que el sexo era espectacular. Pero sin querer, me enamoré de él, y eso que me había advertido de que no lo hiciera. Y ahora piensa que soy demasiado complicada y que no vale la pena tanto esfuerzo.

Mamá miró el té helado y volvió a mirarme.

—Creo que voy a necesitar algo más fuerte.



Horas después, salí de puntillas al porche con el teléfono en la mano. El móvil que me había comprado él. Eso significaba que tenía que hacerlo añicos a la mayor brevedad posible. El resto de la familia recogía los platos de la cena, una cena en la que Knox había brillado por su ausencia. Mi madre había distraído a Waylay exigiendo un desfile después de la cena con el nuevo abrigo de invierno y los jerséis que el pusilánime de mi padre le había comprado.

Me dolía la cabeza de fingir tantas sonrisas.

Marqué el número antes de que me diera tiempo de rajarme.

—¡Witty! ¿Cómo va? ¿Han encontrado por fin al cabrón que te entró en casa?

Le había mandado un mensaje a él y a Sloane informándolos de lo que había pasado. Pero lo de ahora se merecía una llamada.

—Stef. —Se me rompió la voz al pronunciar su nombre.

—Mierda. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y Waylay?

Negué con la cabeza, tratando de deshacerme del nudo que tenía en la garganta. Y entonces recordé lo que Knox me había dicho: «No viertas ni una lágrima más por un imbécil que nunca te ha merecido».

Me aclaré la garganta.

—Knox ha roto conmigo.

—Maldito buenorro cabrón. ¿Ha fingido que rompía contigo o de verdad ha roto contigo?

—Ha roto de verdad. Soy demasiado «complicada».

—¿Qué demonios quiere? ¿Una simplona? Las simplonas no saben hacer nada en la cama, y menos aún una mamada.

Me salió una risita patética.

—Escúchame, Naomi. Si ese hombre no es lo bastante listo como para darse cuenta de lo espectacularmente inteligente, guapa, amable y cariñosa que eres y lo bien que se te dan los juegos de mesa, además, él se lo pierde. Así que el simplón es él. Te prohíbo que inviertas un segundo más de tu tiempo dándole vueltas y llegando a la conclusión equivocada de que eres tú la que tiene el problema.

«Vaya, me he quedado sin planes para esta noche».

—No puedo creer que me enamorara de él, Stef. ¿En qué estaría yo pensando?

—Estarías pensando: «Mira, un hombre espectacular que es increíble en la cama y acompaña a mi sobrina a la parada del autobús, le rompe la nariz a mi ex y me trae cafés a media tarde para que no me ponga de mal humor». Todas las señales estaban ahí porque él hizo que estuvieran. En mi opinión, que ya sé que no me la has pedido, me juego lo que quieras a que no estaba fingiendo. Lo sentía de verdad y se ha cagado de miedo. Es un cobarde; precioso y tatuado, pero un cobarde.

—Tengo que dejar de explicarte todo lo que me pasa por mensajes — le dije —. Crea codependencia.

—Lo comentaré en terapia de pareja — bromeó Stef —. Escucha, en pocos días vuelvo a Knockemout. ¿Qué vas a hacer hasta entonces? ¿Pirarte del pueblo? ¿Renovar el armario para que se caiga de culo cuando te vuelva a ver?

Lo decía en serio. Si le contaba que quería irme a Roma y gastarme una millonada en zapatos, me compraría los billetes de avión. Si le decía que quería vengarme de Knox llenándole la casa de bolitas de poliestireno y caca de gato, Stef se presentaría en mi casa con un camión lleno de todo el material necesario.

Tal vez no necesitaba un compañero de vida. Tal vez ya lo tenía.

—Creo que quiero fingir que no existe durante lo bastante como para olvidar que existe — decidí.

Quería que dejara de importarme. Quería no sentir nada cuando entrara en el mismo sitio en el que estuviera yo; olvidar que me había llegado a enamorar de él.

—Ay, qué madura eres —se quejó Stef.

—Pero quiero que sufra mientras yo lo olvido — añadí.

—Así me gusta —dijo—. Entonces, te convertirás en la Reina del Hielo con un toquecito de la Reina de los Cisnes.

Solté una risita llorosa a pesar del agujero negro que se me había abierto en el pecho.

—Exacto.

—Controla el correo, que te llegará un pedido de Sephora — me dijo Stef.

No había cosméticos caros en este mundo que pudieran hacerme sentir mejor. Pero también sabía que esta era la forma que tenía Stef de demostrarme lo mucho que me quería, y dejaría que lo hiciera.

—Gracias, Stef —susurré.

—Oye, la cabeza bien alta, Witty, tienes una niña a la que debes dar ejemplo. No estaría mal que le enseñaras lo que es ser resiliente. Sal y diviértete. Aunque no te diviertas de inmediato, finge, y un día, sin darte cuenta, te lo estarás pasando en grande.

Tuve la sensación de que fingiría mucho, pero que mucho tiempo.

Knox Morgan era un hombre de los que no se olvidan. Nunca.

Capítulo 40: Las consecuencias de ser un idiota

Knox

—Deja de mirarme así — le ordené.

Waylon rebufó y se le agitaron los carrillos. Parecía más triste de lo habitual, que bastante era para un *basset hound*. Estaba sentado en mi regazo con las patas apoyadas en mi pecho y me observaba fijamente.

Al parecer, a mi perro no le gustaba que hubiésemos vuelto a la cabaña de forma permanente. No entendía que lo hacía para ahorrarle a Naomi tener que verme a la hora de cenar, que era lo mejor que podía haber hecho.

«Era lo mejor que podía haber hecho», me recordé. Por muy herida que me hubiera parecido.

—Mierda —musité, y me pasé una mano por la barba.

Alargarlo más tiempo solo habría complicado las cosas y nos habría herido mucho más. La había visto tan relajada y feliz, sentada delante de mí, en el Dino's Pizza… Tan guapa que ni había podido mirarla directamente ni tampoco apartar la vista de ella. Y, entonces, toda su luz se había apagado en un instante.

Y se lo había provocado yo. Yo la había extinguido.

«Pero era lo mejor que podía haber hecho, joder».

Pronto me sentiría mejor; siempre me pasaba. Llegaría el alivio de haber acabado con las complicaciones y no me sentiría tan… afectado. Como no tenía nada mejor que hacer, abrí mi tercera cerveza del día.

Era lunes. Había estado toda la tarde trabajando en el Whiskey Clipper y me había trasladado al despacho cuando los clientes y mis trabajadores habían empezado a mirarme mal. Las noticias volaban en Knockemout. Tenía previsto trabajar por la noche en el bar, pero cuando crucé el umbral del Honky Tonk,

Max y Silver me abuchearon. Luego, Fli me hizo una peineta y me dijo que volviera cuando hubiese aprendido a no ser tan gilipollas.

Y por esto nunca tenía líos con mujeres de Knockemout: eran como una serpiente de cascabel cuando se las provocaba. Y por eso estaba en casa esta noche, disfrutando de mi soledad. Pronto, todo iba a caer en el olvido. Me dejaría de sentir como una mierda, Naomi lo superaría y todo el mundo seguiría adelante.

Waylon soltó otro gruñido y miró de forma intencionada su comedero vacío.

—Muy bien.

Bajó de un salto, lo alimenté y luego volví al salón, donde me dejé caer sobre el sofá y alargué el brazo para agarrar el mando a distancia. Sin embargo, mis dedos encontraron la fotografía. Mis padres habían sido felices. Habían forjado una vida para mí y para Nash, una buena vida. Hasta que todo se había desmoronado porque los cimientos no eran firmes.

Con un dedo, acaricié el rostro sonriente de mi madre en la foto, y, por un momento, me pregunté qué pensaría ella de Naomi y Waylay, y qué pensaría de mí.

Tras un largo trago, centré mi atención en la cara de mi padre. No miraba a la cámara, ni a quienquiera que hubiese tomado la foto. Dedicaba toda su atención a mi madre. Ella había sido el alma y el pegamento que nos mantenía unidos, aquello que hacía que nuestra familia fuera feliz y sólida. Y cuando nos dejó, nos desmoronamos.

Dejé la foto en la mesita, del revés, para no tener que ver más el pasado. Ni el pasado ni el futuro debían importarme; lo único que importaba era el ahora. Y ahora mismo… Bueno, pues me sentía como una mierda. Dispuesto a olvidarme de todo por una noche, volví a agarrar el mando cuando unos golpes en la puerta hicieron que Waylon saliera disparado hacia la entrada con las orejas golpeteando. Lo seguí a un paso más digno.

El aire frío y vigorizante de septiembre entró en casa cuando abrí la puerta. Nash estaba en el umbral, con la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños.

—Tienes suerte de que tenga que hacer esto con la derecha.

—¿Hacer q…?

No tuve la oportunidad de terminar la pregunta antes de que el puño de mi hermano me diera de lleno en la cara. Como cualquier derechazo, me hizo retroceder del impacto.

—¡Au! ¡Joder! ¿Qué cojones haces, Nash?

Me apartó y entró a grandes zancadas.

—¿Qué te dije? —gruñó. Abrió la nevera y se sirvió una cerveza.

—La hostia. ¿Qué me dijiste sobre qué? — pregunté, meneando la mandíbula.

—Naomi —dijo Lucian.

—Por Dios, Lucy, ¿de dónde has salido tú?

—He venido en coche. —Me dio unas palmaditas en el hombro y siguió a Nash a la cocina —. ¿Te sientes mejor? — le preguntó a mi hermano.

Nash le pasó una cerveza y se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Tiene una cara muy dura, además de ser duro de mollera.

—¿A qué habéis venido, vosotros dos? — les pedí, y le arrebaté la cerveza a Lucian para colocármela en la mandíbula.

Nash le dio otra.

—Por Naomi, ¿tú qué crees? — dijo Lucian, que aceptó la bebida y se agachó para acariciar a Waylon.

—Anda ya. Eso no es de vuestra incumbencia.

—Tal vez no, pero tú, sí —terció Lucian.

—Te dije que no la cagaras — intervino Nash.

—Pero ¿qué mierdas es esto? No podéis presentaros en mi casa, darme un puñetazo en la cara, acariciar a mi perro y beberos mi cerveza.

—Podemos si estás siendo un idiota testarudo y un capullo — me espetó mi hermano.

—No, no te sientes. No os pongáis cómodos; por fin tengo una noche para mí y no la voy a malgastar con vosotros dos.

Lucian se dirigió al salón. Se dejó caer en uno de los sillones con la cerveza en la mano y colocó los pies en la mesita. Parecía lo bastante cómodo como para quedarse aquí el resto de la noche.

—A veces os odio, cabrones — protesté.

—Lo mismo digo —gruñó Nash. Pero fue delicado cuando se inclinó para dar a Waylon las caricias que le reclamaba. La cola del perro se agitó, feliz.

—No nos odias —dijo Lucian—. A quien odias es a ti mismo.

—Vete a la mierda. ¿Por qué iba a odiarme a mí mismo? — Tenía que mudarme. Tenía que comprarme cuatrocientas hectáreas y construirme una cabaña en el puñetero centro y no decirle a absolutamente nadie dónde vivía.

—Porque le acabas de decir a lo mejor que te ha pasado en la vida que se vaya a freír espárragos — dijo Nash.

—Una mujer nunca va a ser lo mejor que me ha pasado en la vida — insistí, y las palabras me supieron a mentira.

—Eres el cabrón más estúpido de todo el estado — me espetó mi hermano, cansado.

—No le falta razón —coincidió Lucian.

—¿Por qué coño os importa tanto con quién salgo o dejo de salir? De todas formas, tampoco era real.

—Estás cometiendo un grave error, joder — insistió Nash.

—¿Y a ti qué más te da? Ahora puedes intentarlo tú. — Solo de pensarlo, la milésima de segundo en la que me lo imaginé con Naomi, por poco no me hace derrumbarme.

Mi hermano dejó la cerveza en la mesita.

—Sí, voy a darle otro puñetazo.

Lucian apoyó la cabeza en el cojín.

—Te he dicho que podías darle uno y ya lo has hecho; ahora tienes que encontrar una nueva forma de calar en esa cabezota.

—Vale. Probemos algo nuevo: la verdad.

—Menuda novedad —dijo Lucian.

No iba a sacármelos de encima hasta que me hubiesen dicho todo lo que habían venido a decirme.

—Decidme lo que queráis y luego largaos de aquí.

—Esto pasa cada vez que lo ve — se quejó Nash con Lucian.

Lucian asintió.

—Lo sé.

No me gustaba que mi hermano y mi mejor amigo parecieran tener la costumbre de quedar y hablar de mis problemas.

—¿Que veo a quién?

Nash me fulminó con la mirada. Puse los ojos en blanco.

—Vamos, no me jodas. He cortado con Naomi porque, si no, iba a sufrir mucho. Hice lo que debía hacer y no tuvo nada que ver con nadie. Así que dejad de psicoanalizarme, joder.

—Vaya, entonces, ¿es casualidad que lo hayas visto y justo al día siguiente hayas decidido que las cosas se están poniendo demasiado serias?

—Él no influye en nada de lo que hago — insistí.

—¿Cuánto le diste? —preguntó Nash.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Cuánto dinero le diste? Siempre lo haces. Tratas de solucionar los problemas con dinero, es tu forma de eludir el dolor. Pero no puedes. No puedes pagar a papá para que esté sobrio, como tampoco pudiste pagarme a mí para que tuviera una vida que a ti te gustara. Y te aseguro que no puedes sentirte mejor por haberle roto el corazón a Naomi dándole un fajo de billetes.

Lucian me aniquiló con los ojos.

—Dime que no lo hiciste.

Dejé el botellín en la encimera con un golpe y provoqué un géiser de cerveza.

—Se lo advertí, le dije que no se enamorara. Sabía que no teníamos ningún futuro. No es culpa mía que sea una romántica que creyera que podía cambiarme. No puedo cambiar, no quiero cambiar. ¿Y por qué cojones estoy hablando de esto con vosotros? No he hecho nada malo: le dije que no se enamorara.

—Un gesto vale más que mil palabras, imbécil. — Nash hizo un ademán con la mano buena —. Luce, te lo dejo a ti.

Lucian se inclinó hacia delante en la silla y apoyó los codos en las rodillas.

—Creo que lo que tu hermano intenta decirte es que, aunque le dijiste que no ibas a implicarte emocionalmente, tus acciones le dijeron otra cosa.

—Solo follábamos —dije con sequedad. «Y follábamos de maravilla. Era espectacular».

Lucian negó con la cabeza.

—La has ayudado una y otra vez. Le diste un techo y un trabajo, fuiste al colegio de su sobrina, le rompiste la cara a su ex.

—Le compraste un móvil, la ayudaste a comprarse un coche — añadió Nash.

—La mirabas como si fuera la única mujer que había en el mundo. Hiciste que creyera que era posible — continuó Lucian.

Waylon se le acercó alegre y se acomodó en su regazo.

—Y, luego, trataste de sobornarla — intervino Nash.

Cerré los ojos.

—No traté de sobornarla. Quería estar seguro de que no tuviera necesidades.

«Y me lo había reprochado».

—¿Y qué parte de esa intención le comunica «no me importas»? — preguntó Lucian.

—No puedes usar el dinero como sustituto de preocuparte de verdad por alguien.

Nash usó un tono tan abatido que me hizo abrir los ojos para mirarlo; para mirarlo con atención. ¿Era eso lo que le había parecido que hacía cuando le había ofrecido el dinero que me había tocado en la lotería? Cuando casi lo había obligado a que lo aceptara. Su trayectoria profesional como agente de la ley había sido la manzana de la discordia, pero en vez de sentarnos a hablar del tema, yo había tratado de influenciarlo prometiéndole un montón de dinero. Tanto que no tuviera que preocuparse por volver a trabajar. A mí me parecía que eso era preocuparme por él.

—Deberías haberte quedado el dinero. Quizá así no habrías terminado desangrándote en una puta cuneta — le dije, sin alterarme.

Nash negó con la cabeza.

—Sigues sin pillarlo, ¿eh, Knox?

—¿Pillar qué? ¿Que eres más terco que yo? ¿Que si me hubieras escuchado, el cobarde ese que por poco te mata no te habría disparado? Por cierto, Luce, ¿has descubierto algo?

—Estoy en ello —dijo Lucian.

Nash hizo caso omiso de ese inciso.

—Lo que no pillas es que me seguiría poniendo ese uniforme. Incluso sabiendo que mañana me volverían a disparar. Seguiría entrando en ese edificio que pagó tu dinero aunque supiera que es mi último día de vida. Porque eso es lo que haces cuando algo te encanta. Lo haces y punto, por mucho que te cagues en los calzoncillos. Y si vosotros dos no dejáis que la policía haga su puto trabajo sin entrometeros, o como os planteéis montar guardia, os voy a meter a los dos en la trena.

—No estoy de acuerdo —terció Lucian.

Waylon meneó la cola y dio golpetazos con ella en el brazo del sillón.

—¿Habéis terminado ya? —pregunté. Estaba demasiado cansado como para discutir.

—Casi. Si de verdad quieres hacer lo que deberías haber hecho, tienes que explicarle a Naomi la verdadera razón por la que has cortado con ella.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es esa verdadera razón? — pregunté, agotado.

—Que te acojona enamorarte perdidamente y acabar como papá o Liza J, porque no serás capaz de soportar las desgracias.

Sus palabras fueron como flechas certeras que dieron en una diana que no

sabía que llevaba.

—Qué irónico. Pensaba que mi hermano mayor era el tío más listo del mundo, y ahora me doy cuenta de que no es más que un idiota y un iluso. — Se encaminó hacia la puerta y se detuvo cuando llegó —. Podrías haber sido feliz, tío. Y no un poco, sino mucho. Como éramos antes.

Lucian colocó a Waylon sobre el suelo y siguió a Nash a la calle.



Cuando se hubieron ido, llevándose mis cervezas y todas mis frustraciones con ellos, me quedé sentado en la oscuridad mirando el televisor apagado mientras me esforzaba por no darle vueltas a todo lo que me habían dicho. Llegué incluso a ponerme a buscar amplias parcelas de terreno bien lejos de Knockemout.

La pantalla del móvil se iluminó para notificarme que tenía un mensaje.

> **Stef**: ¿En serio? Te lo advertí, tío. ¿No podrías no haberte comportado como un capullo egoísta?

Lancé el teléfono lejos y cerré los ojos. ¿Podía ser verdad eso de que mis esfuerzos por preocuparme y cuidar de las personas que quería solo consistían en darles montañas de dinero? El dinero les daba seguridad y a mí me ofrecía protección.

Los golpes de la puerta despertaron a Waylon de golpe. Soltó un ladrido agudo y, después, decidió que el sillón era más cómodo y se volvió a dormir de inmediato.

—Idos a freír espárragos —grité.

—Abre la puñetera puerta, Morgan.

No eran Nash ni Lucian volviendo a por un segundo asalto. Abrí la puerta para encontrarme con el padre de Naomi vestido con pantalones de pijama y una sudadera. Parecía cabreado. Pero el *bourbon* al que me había pasado después de que las visitas inesperadas se hubieran bebido toda mi cerveza me insensibilizaba.

—Si has venido a darme un puñetazo, ya lo han hecho otros.

—Bien. Espero que haya sido Naomi — dijo Lou, que entró a la fuerza.

Sí que necesitaba esas cuatrocientas hectáreas.

—Tiene demasiada clase para eso.

Lou se detuvo en el vestíbulo y se volvió para mirarme.

—Cierto. También está demasiado dolida como para ver la verdad.

—¿Por qué todo el mundo está tan obsesionado con «la verdad»? — pregunté, haciendo el gesto de las comillas —. ¿Por qué cada cual no se ocupa de lo suyo y se preocupa de su propia verdad?

—Porque es más fácil ver la de los demás, y es más divertido echarle la bronca a quien está empeñado en no aceptarla.

—Creía que tú, precisamente, te alegrarías tanto que darías una fiesta. Si nunca te gustó que estuviera con ella.

—Nunca confié en que estuvieras con ella. Es distinto.

—Y supongo que has venido a darme un sermón.

—Supongo que sí. Alguien tendrá que hacerlo.

Construiría un foso que rodeara mi búnker como última línea de defensa.

—Tengo cuarenta y tres años, Lou. No necesito que nadie me haga de padre.

—Pues te jodes, porque es lo que vas a tener que aguantar. Siento que hayas perdido a tantos seres queridos cuando eras pequeño, y siento que tu madre se muriera y que tu padre te abandonara. Liza nos ha ido contando algunas cosas. Siento que perdieras a tu abuelo al cabo de pocos años, también; no es justo, y no te culpo por querer esconder tanto dolor.

—No escondo nada, soy como un libro abierto. Le dije a tu hija lo que podía esperar de mí. No es culpa mía que se ilusionara.

—Sería verdad de no ser por una cosa.

Me pasé una mano por la cara.

—Si dejo que me digas cuál es esa cosa, ¿te irás?

—No cortaste porque no te importara. Lo hiciste porque te importaba demasiado y te entró miedo.

Solté una risotada con el vaso en la boca y traté de ignorar la tensión que me atenazó el pecho.

—Hijo, la has cagado de una forma monumental — continuó —. Puede que sea el padre de Naomi y eso haga que no sea imparcial, pero sé que mi hija es única e inigualable. Mujeres así solo las encontrarás una vez en la vida, igual que me pasó con su madre. Y no me gusta lo que implica sobre ti mismo que creas que no te la mereces.

Dejé el vaso en la mesita. No me había dicho que no me la mereciera, sino

que yo mismo creía que no me la merecía.

—¿Te mereces tú a Amanda? — pregunté.

—¡Qué va! Y nunca lo haré. Pero me he pasado cada día de mi vida, desde que la conocí, tratando de ser el hombre que se la merecería. Y me ha hecho ser mejor. Me ha dado una vida que ni soñé que tendría. Y, sí, hemos tenido épocas difíciles, la mayoría relacionadas con Tina, pero la verdad es que en ningún momento me he arrepentido.

Me mantuve en silencio, deseando estar en cualquier sitio menos en este.

—Tarde o temprano, tendrás que aceptar que no eres responsable de lo que deciden hacer los demás. O peor: que, a veces, no puedes arreglar lo que les pasa.

Me miró fijamente a los ojos cuando me lo dijo.

—Yo no soy responsable ni de las decisiones que toma mi hija ni de las consecuencias de dichas decisiones. Pero tú sí que eres responsable de las que tomas tú. Y eso incluye dejar escapar lo mejor que te llegará a pasar en la vida.

—Oye, Lou, muy buena charla, pero…

Me dio unas palmaditas en la espalda y me agarró con firmeza.

—No podías salvar a tu madre del accidente, igual que no podías evitar que tu padre se diera a la bebida. Y ahora te preocupa no poder salvar a nadie más; o no poder soportar perder a nadie más.

Tenía un nudo en la garganta que me ardía. Lou me agarró con más fuerza.

—Sé que, en el fondo, eres un hombre más fuerte de lo que nunca lo fue tu padre. Lo sé. Tu madre también lo sabe, y mi hija también lo sabe. Quizá haya llegado el momento de que tú también lo descubras.

Capítulo 41: La nueva Naomi

Naomi

Knox: Oye, sé que podría haberlo hecho diferente, pero hazme caso, es mejor así. Si tú o Waylay necesitáis cualquier cosa, quiero que me lo digáis.

Knox: Liza ya te lo habrá comentado, pero la compañía de seguridad instalará la alarma en la cabaña el sábado. ¿A qué hora juega Waylay?

Knox: ¿Estás bien?

Knox: Porque no estemos juntos no significa que no quiera que tú y Waylay estéis sanas y salvas.

Knox: No puedes evitarme para siempre.

Knox: Joder, ¿no podemos ser adultos con todo esto? Es un pueblo muy pequeño, tarde o temprano nos vamos a encontrar.



Abrí un ojo hinchado y miré la pantalla del móvil. Satisfecha porque no se trataba de cierto hermano Morgan que estaba muerto para mí, grazné:

—¿Qué?

—¡Buenos días, Witty! —me saludó la voz alegre de Stef a medio mundo de distancia.

Le dediqué un gruñido amortiguado y me di la vuelta. Había tirado de las sábanas para que me cubrieran la cabeza en un intento adolescente de aislarme del resto del mundo. Por desgracia, había tenido como consecuencia inesperada sumirme en la fragancia de él. Dormir en una cama que habíamos compartido mientras yo me tragaba toda la farsa no comportaba nada bueno, solo hundirme más en el pozo. Si quería sobrevivir a todo esto, tenía que quemar las sábanas y comprarle un nuevo juego a Liza.

—A juzgar por tu saludo tan efusivo, diría que todavía no has salido de la cama, y eso que hoy es el día en el que definitivamente lo olvidas — conjeturó Stef.

Bufé.

—Tienes suerte de que no esté en el mismo continente que tú ahora mismo, porque se te ha acabado el tiempo — dijo con alegría.

—¿Qué tiempo?

—El tiempo de «ay, pobrecita de mí, echo de menos a mi novio de mentira buenorro y estúpido». Han pasado cinco días. El período de duelo ha terminado. Hoy vas a renacer oficialmente como la nueva Naomi.

Renacer parecía mucho trabajo.

—¿Y no puedo hundirme en la miseria como la vieja Naomi? La vieja Naomi se ha tirado los últimos días fingiendo una sonrisa para Waylay y los usuarios de la biblioteca, y luego se ha pasado unas cuantas horas cada día limpiando como podía el desastre de la casa. Y todo eso mientras intentaba no pensar en Knox.

Estaba agotada.

—No es posible. Son las seis y media de la mañana allí, el día empieza ahora.

—¿Por qué eres tan malo? —gruñí.

—Soy tu hada madrina mala. Tienes que empezar tu transformación, oruguita.

—No quiero convertirme en mariposa, quiero quedarme encerrada en el capullo.

—Pues te jodes. Si no sales de la cama en los próximos diez segundos, voy a sacar la artillería pesada.

—Ya he salido —mentí.

Dijo algo en tono desdeñoso en francés.

—Por si necesitas traducción, significa «y una mierda» en francés. Venga, quiero que saques el culo de la cama y te vayas a la ducha, porque Liza me ha informado de que tienes el pelo más grasiento que la freidora de un bar la noche que dan partido. Y luego quiero que abras el pedido de Sephora que te hice y te dejes de tonterías.

—Me gustan las tonterías.

—Mentira. Te gusta hacer planes y listas, así que tendrás ambas cosas.

—Tener amigos que te conozcan tan bien está sobrevalorado — protesté contra el cojín.

—Muy bien, tú misma. Pero quiero que quede constancia de que me has obligado tú.

—¿A qué?

—Hay una niña de once años que te tiene como ejemplo a seguir. ¿De verdad quieres enseñarle que cuando un chico te hace sufrir dejas de tener ganas de vivir?

Me incorporé de golpe.

—Te odio.

—No, no es verdad.

—¿Por qué no puedo regodearme en esto?

No era solo que me hubiera hecho sufrir, y él lo sabía. Knox me había avisado. Me había advertido de que no me enamorara de él, que no confundiera sus actos con sentimientos de verdad. Y, aun así, había caído, lo cual me convertía en una idiota. Al menos Warner había intentado disimular su verdadero yo conmigo.

Era una excusa; no demasiado buena, pero una excusa, al fin y al cabo. Pero no había excusa que valiera con Knox. Lo quería. Lo quería de verdad. Lo quería lo bastante como para no estar segura de si podría sobrevivir a la agonía de que me hubiera abandonado.

—Porque todo ese discurso negativo de «he sido una idiota» y «cómo he podido enamorarme de él» es una pérdida de tiempo y energía. Y también porque le estás dando un ejemplo de mierda a Waylay, que ya ha tenido bastantes ejemplos de mierda para lo que le queda de vida. Saca el culo de la cama, date una ducha y prepárate para demostrarle a Waylay cómo se le destroza la vida a un gilipollas.

Mis pies dieron un golpe contra el suelo.

—Se te dan muy bien estas cosas.

—Te mereces algo mucho mejor, Witty. Sé que en el fondo no te lo crees, pero te mereces a un hombre que te priorice.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo. Tengo que irme, pero quiero que me mandes un *selfie* cuando te hayas duchado y maquillado. Te voy a mandar un correo con el plan de hoy.



Para: Naomi
De: STEF
Asunto: Nueva Naomi – Día Uno

1. Sacar el culo de la cama.
2. Ducha.
3. Maquillaje.
4. Peinado.
5. Ropa (sé lo mucho que te gusta tachar cosas de la lista).
6. Desayuno de campeones.
7. Ir al entrenamiento de fútbol de Waylay. Sonreír e iluminar todo el campo con tu belleza.
8. Organizar una fiestecilla espontánea con varias personas. Invita a amigos, familia y a Nash (esta parte es muy importante). Ve guapísima (muy importante también). Pásatelo bien (lo más importante de todo), o finge hasta que sea de verdad.
9. Irse a dormir contenta.
10. Y vuelta a empezar.



Con la satisfacción de haber tachado ya cuatro puntos de la lista, me dirigí abajo. El resto de la casa seguía sumido en el silencio. Stef me conocía demasiado bien. Y era cierto que resultaba mucho más fácil fingir una actitud positiva cuando por fuera me veía bien. Había una cafetera recién hecha esperándome; me serví generosamente en una taza roja y alegre, y contemplé la cocina mientras daba sorbos.

La estancia tenía una nueva vida ahora, comparada con la que tenía la primera vez que había entrado, y me daba la sensación de que ocurría lo mismo con gran parte de la casa. Las cortinas no solo se abrían, sino que estaban limpias, planchadas y colgadas de nuevo; el sol de la mañana se colaba a través de cristales limpios; años de polvo y mugre habían desaparecido, y los armarios y los cajones se habían purgado de trastos. Los dormitorios que habían permanecido cerrados casi dos décadas ahora estaban llenos de vida, y la cocina, el comedor y la terraza acristalada se habían convertido en el corazón de una casa llena de gente. Juntos, habíamos infundido vida a un espacio que llevaba mucho tiempo muerto.

Me llevé el café a la terraza y me quedé de pie junto al ventanal, contemplando cómo las hojas caían en el arroyo y este las conducía río abajo. La pérdida no había desaparecido, pues el vacío que habían dejado la hija y el marido de Liza no se había llenado mágicamente, pero me daba la sensación de que había algo que rodeaba ese vacío ahora. Los partidos de los sábados, las cenas familiares, las noches de peli en las que todo el mundo charlaba demasiado como para oír lo que ocurría en la pantalla, las tardes que pasábamos jugando en el arroyo y haciendo la cena en la parrilla. «Perros, niños, vino, postres y noches de juegos». Habíamos erigido algo especial aquí, junto a Liza y su soledad. Junto a mí y mis errores. Esto no era el fin. Los errores te instruían, no te destruían.

Todo se reducía a la resiliencia. Y, en mi opinión, Waylay era el epítome de ese concepto. Había tenido una infancia inestable e insegura, y estaba aprendiendo a confiar en los adultos que formaban parte de su vida. Tal vez era un poco más fácil para ella porque no se había fallado a sí misma, como yo. Pero la admiraba. Y supuse que podía aprender de su ejemplo en ese sentido.

Oí unos pies descalzos que se arrastraban acompañados por el repiqueteo emocionado de las uñas de un perro sobre las baldosas.

—Buenos días, tía Naomi. ¿Qué hay para desayunar? — Waylay bostezó desde la cocina.

Abandoné mi decaimiento matutino y volví a la cocina.

—Buenos días. ¿Qué te apetece?

Se encogió de hombros y se sentó en un taburete de la isla. Tenía el pelo rubio de punta en un lado y aplastado en el otro, y llevaba su pijama de camuflaje rosa y unas zapatillas suaves que Cachondo y Minina siempre trataban de robar y esconder en sus camas al menos una vez al día.

—Eh… ¿Unos huevos revueltos con queso? — dijo —. Hala, estás guapa.

—Gracias —dije mientras agarraba la sartén.

—¿Dónde está Knox?

La pregunta fue como una cuchillada en el corazón.

—Ha vuelto a su cabaña —respondí con cuidado.

Waylay puso los ojos en blanco.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué? Creía que las cosas os iban bien… Os besabais todo el rato y os reíais mucho.

Mi primer instinto fue mentirle, protegerla. Al fin y al cabo, no era más que una niña. Pero siempre tendía a proteger a todo el mundo y me acababa saliendo el tiro por la culata.

—Hay un par de cosas que quiero comentarte — le dije tras coger la mantequilla y los huevos de la nevera.

—Solo le dije a Donnie Pacer que era un pichafloja porque le dio un empujón a Chloe y le dijo que era una perdedora caraculo — soltó Waylay a la defensiva —. Y no usé otra palabra porque no me dejáis.

Me quedé parada con el paquete de huevos en la mano y pestañeé.

—¿Sabes? Volveremos a eso enseguida.

Pero mi sobrina no estaba dispuesta a dejar de defenderse:

—Knox me dijo que está bien defender a los demás. Que son los más fuertes los que tienen que cuidar de los que necesitan que los protejan, y me dijo que yo soy de las fuertes.

«Mierda».

Tragué a pesar del nudo en la garganta y parpadeé para reprimir las lágrimas que me anegaban los ojos y amenazaban con correrme el rímel. Esta vez, el dolor no solo era por mí, sino por la niña que había encumbrado a un héroe que no la quería ni a ella ni a mí.

—Es verdad —repuse—. Y está muy bien que seas de las fuertes, porque tengo que decirte unas cosas que son un poco duras.

—¿Va a volver mi madre? —susurró Waylay.

No supe cómo responder. Así que empecé por otra cosa:

—La cabaña no está llena de chinches — solté.

Cachondo, el *beagle*, se apoyó en mis piernas y me miró con esos ojos marrones y enternecedores. Me incliné para rascarle las orejas.

—¿Ah, no?

—No, cariño. Te lo dije porque no quería que te preocuparas, pero es mejor para ti que sepas lo que pasa. Alguien entró en casa. Lo destrozó todo y se llevó

algunas cosas. Nash cree que estaba buscando algo, pero no sabemos el qué, ni si lo encontró.

Waylay tenía la vista clavada en la encimera.

—Por eso nos mudamos aquí con Liza y con tus abuelos.

—¿Y Knox?

Tragué saliva con ímpetu.

—Hemos roto.

El dedo con el que estaba delineando las vetas de la encimera se paralizó.

—¿Por qué?

«Malditos niños y sus preguntas incontestables».

—No estoy segura, cariño. A veces, las personas quieren cosas distintas.

—Entonces, ¿qué quería él? ¿No éramos lo bastante buenas?

Le cubrí la mano con la mía y se la estreché.

—Creo que éramos demasiado buenas y eso lo asustó.

—Me lo tendrías que haber dicho.

—Tienes razón —admití.

—No soy una niña pequeña que se va a poner a llorar, ¿sabes? — dijo.

—Lo sé. Entre tú y yo, yo lloro mucho más.

Eso me granjeó una leve sonrisa.

—¿Fue mamá?

—¿El qué?

—Si fue mamá la que entró. A veces hace esas cosas.

Y esta era la razón por la que no tenía conversaciones sinceras con la gente: hacían preguntas que requerían de todavía más sinceridad. Solté un suspiro.

—No lo sé, la verdad. Podría ser. ¿Hay algo que se te ocurra que pudiera estar buscando?

Se encogió de hombros. Era una niña menuda que ya cargaba con más peso del que esos hombros deberían soportar.

—No sé, quizá algo que valga mucho dinero.

—Bueno, fuera tu madre o no, no tienes que preocuparte de nada. Liza ha hecho que instalen un sistema de seguridad hoy mismo.

Asintió y volvió a recorrer las vetas de la encimera.

—¿Quieres contarme cómo te hace sentir todo esto? — le pregunté.

Se inclinó para rascarle la cabeza a Minina.

—No lo sé. Mal, creo. Y me da rabia.

—A mí también —coincidí.

—Knox nos ha abandonado. Yo creía que le gustábamos, que le gustábamos de verdad.

Se me volvió a romper el corazón y me prometí que se las haría pagar a Knox Morgan. Me acerqué a Waylay y la rodeé con un brazo.

—Y le gustábamos, cariño. Pero a veces las personas se asustan cuando hay algo que les importa mucho mucho.

Gruñó.

—Ya, pero puedo tenerle rabia, ¿verdad?

Le aparté el pelo de los ojos.

—Sí, claro que puedes. Lo que tú sientes es real y es válido. No dejes que nadie te diga que no deberías sentirte como te sientes, ¿vale?

—Vale.

—Bueno, ¿y qué te parecería si hiciéramos una fiesta esta noche, si Liza nos deja? — le pregunté, estrechándola otra vez.

Waylay se animó.

—¿Qué tipo de fiesta?

—Estaba pensando en hacer una hoguera, con sidra y malvaviscos con chocolate y galletas — dije mientras rompía el huevo y lo echaba en un bol de cristal.

—Qué guay. ¿Puedo invitar a Chloe y a Nina?

Me encantaba que tuviera amigas y una casa a la que quisiera invitarlas.

—Pues claro, se lo comentaré a sus padres.

—Y quizá podemos pedirle a Liza que ponga esa música *country* que le gustaba a la madre de Knox y Nash — sugirió.

—Qué buena idea, Way. Hablando de fiestas…

Waylay soltó un suspiro cansado y alzó la mirada al techo.

—Se acerca tu cumpleaños —le recordé. Entre Liza, mis padres y yo ya teníamos un armario lleno de regalos envueltos. Llevábamos semanas dándole la lata sobre el gran día, pero ella no se había definido en ningún momento —. ¿Sabes ya cómo quieres celebrarlo?

Puso los ojos en blanco.

—¡Por favor, tía Naomi! Te he dicho trillones de veces que no me gustan los cumpleaños. Son una tontería, son aburridos y siempre decepcionan.

A pesar de todo, sonreí.

—No quiero hacerte sentir mal, pero tu abuela se va a poner histérica como no le dejes prepararte una tarta.

Me fijé en la expresión calculadora de su rostro.

—¿Qué tipo de tarta?

Le di un toquecito en la nariz con la espátula.

—Eso es lo mejor de los cumpleaños: que puedes elegir.

—Ah… Me lo pensaré.

—Es lo único que te pido.

Acababa de echar los huevos en la sartén cuando noté que unos brazos me abrazaban por la cintura y un rostro se apoyaba en mi espalda.

—Siento que Knox fuera un pichafloja, tía Naomi — dijo Waylay, con la voz amortiguada.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando le estreché las manos. Era algo frágil y nuevo este cariño que me mostraba en los momentos en que menos lo esperaba. Me daba miedo hacer o decir algo malo y asustarla.

—Yo también. Pero estaremos bien; estaremos mejor que bien. — Le prometí.

Me soltó.

—Oye. Fuera quien fuera, no me robó los vaquero nuevos con las flores rosas cuando entró, ¿verdad?



Fi: No sé cómo están las cosas entre vosotros dos, pero Knox me acaba de ofrecer mil dólares si te pongo un turno esta noche después de que lleves dos días diciendo que estás mala. Me los puedo repartir contigo o decirle que se vaya a la mierda, tú decides.

Yo: Lo siento, no puedo. Pero hoy doy una fiesta, y estás invitada.

Fi: ¡Toma ya! ¿Puedo traer a los pesados de mi familia?

Yo: Me defraudaría que no lo hicieras.

Capítulo 42: El viejo Knox

Knox

No iba a admitirlo, pero el rollo este que se traía de reina del hielo me estaba matando. Habían pasado cinco días desde que le había dicho la verdad a Naomi, desde que había puesto punto final a las cosas para evitar que sufriera. Y me sentía como una puta mierda. El alivio que me esperaba después de haber terminado las cosas nunca había llegado. Al contrario, me había encontrado mal y alterado, casi culpable. Me había sentido peor que con mi primera resaca después de haber cumplido los treinta. Quería que las cosas volvieran a ser como habían sido antes de que Naomi se presentara aquí con las puñeteras flores en la cabeza. Pero no podía ser. No si seguía en el pueblo evitándome.

Era toda una proeza, teniendo en cuenta que vivía con mi abuela. Había cancelado todos los turnos que tenía en el Honky Tonk, y esperaba sentirme aliviado por no tener que encontrármela, pero cuanto más tiempo pasaba sin que ella me respondiera los mensajes o las llamadas, más intranquilo me sentía.

A estas alturas, Naomi ya debería haberlo superado. Joder, yo debería haberlo superado.

—El cliente de las cinco en punto ha cancelado la cita — anunció Stasia cuando volví al Whiskey Clipper después de la pausa para comer. Había ido al Dino's Pizza y me habían recibido con malas miradas y una *pizza* fría que ni siquiera había tenido ganas de comerme.

Stasia y Jeremiah estaban recogiendo para cerrar.

—¿Va en serio? —Era el tercer cliente que me cancelaba una cita esta semana. Dos habían cambiado la cita para que los atendiera Jeremiah y, cuando se habían sentado en la silla, no habían parado de dirigirme miradas hostiles.

Ninguno había tenido huevos de decirme nada, no obstante. Pero tampoco hacía falta. Bastante paliza me daban las chicas del Honky Tonk.

—Supongo que los habrás cabreado, no sé cómo — musitó Stasia.

—A nadie debería importarle con quién me veo o me dejo de ver — espeté, mientras remojaba el peine en alcohol y guardaba las tijeras.

—Es lo que pasa en un pueblo pequeño — dijo Jeremiah —. A todo el mundo le importa lo de todo el mundo.

—¿Sí? Pues por mí pueden irse a tomar por saco.

—Es evidente que es mucho más feliz desde que salió de esa relación tan horrible — observó Stasia, y fingió que se rascaba la nariz con el dedo corazón.

—¿Quién te paga la nómina? — Le recordé.

—Hay cosas más importantes que el dinero.

No tenía por qué aguantar estos insultos. Tenía cosas que hacer, una vida; estos imbéciles ya podían ir olvidándose de mí y de Naomi.

—Me voy al Honky Tonk —anuncié.

—Que pases buena noche —me dijo Jeremiah cuando ya me iba. Sin girarme, le hice una peineta.

En vez de ir al bar, me metí en mi despacho. Ya no me parecía un refugio, sino una prisión. Me había pasado más tiempo encerrado aquí esta semana que en todo el mes pasado. Nunca había llevado el papeleo tan al día ni había estado tan desconectado de lo que ocurría con mis negocios.

—¿Por qué huevos a todo el mundo en este pueblo le importa con quién salgo o dejo de salir? — musité en voz alta.

Agarré el cheque del alquiler de uno de los pisos de arriba. El inquilino también había incluido una nota adhesiva que rezaba «La has cagado». Empezaba a preocuparme que todo el mundo tuviera razón y hubiese hecho lo que no debía hacer. Y eso me sentaba tan bien como la perspectiva de tener que llevar traje y corbata cada día durante el resto de mi vida.

Me gustaba la libertad. Por eso era propietario de locales. Y la lotería me había garantizado estabilidad y autonomía, aunque, a veces, llevar mis propios negocios se asemejaba a tener miles de bridas atadas a responsabilidades. Pero eran unas responsabilidades que había elegido yo. Podía gestionar mis negocios sin preocuparme por nadie más… Bueno, excepto por mis empleados. Y mis clientes.

«Joder».

Tenía que dejar de pensar. Me dirigí al pasillo y entré en el Honky Tonk. Era

pronto aún, aunque fuera viernes, pero la música ya sonaba fuerte y me llegó el olor de las alitas que se estaban preparando en la cocina. Era mi hogar, a pesar de que mis ojos recorrieran el bar en busca de Naomi. No estaba, y la decepción que me embargó era afilada como un cuchillo.

Silver y Max estaban detrás de la barra y Fi estaba dándole a la lengua con Wraith. Las tres me miraron.

—Buenas tardes —dije, tanteando el terreno.

—¡Fuera! —soltaron al unísono. Silver y Max me hicieron un gesto con el pulgar hacia abajo. Fi también, pero le añadió una peineta. El otro camarero, Brad, recién contratado para nivelar los estrógenos, evitó mirarme a los ojos.

—¿Va en serio?

Los pocos clientes que había se rieron.

—Os podría echar a todos a la calle — les recordé.

Se cruzaron de brazos.

—Me gustaría ver cómo lo intentas — dijo Max.

—Sí. Seguro que atiendes, sirves y diriges a las mil maravillas tú solo un sábado por la noche — comentó Silver. El *piercing* de la nariz se le movió cuando se le hincharon las narinas.

Joder. Entendía cuando no se me quería en un sitio. Muy bien, pues. Me iría a casa y disfrutaría de la paz y la tranquilidad de la vida de soltero. De nuevo. Quizá esta noche no me sentiría tan solo. Ya me acostumbraría.

—Muy bien, me voy —anunció.

—Bien —dijo Max.

—Adiós —terció Silver.

—A la mierda —intervino Fi—. Yo también me voy.

—Vale, como quieras.

Me iría a casa y confeccionaría unos nuevos horarios en los que estas tres no volvieran a coincidir solas, decidí. Incluso aunque eso significara tener que contratar a cinco personas más. Contrataría a hombres que no tuvieran la regla y no me vacilaran así.

Fantaseé con esa vida durante la vuelta que di con la bici por las calles de Knockemout y las afueras, antes de dirigirme a casa. Al fin y al cabo, no había nadie esperándome. No tenía que darle explicaciones a nadie, podía hacer lo que quisiera. Y eso era exactamente lo que quería de la vida.

Estaba tan absorto recordándome lo fantástica que era mi vida sin Naomi que apenas me di cuenta de los coches que había frente a la casa de Liza. Durante un

segundo, me entró el pánico y me pregunté si habría pasado algo grave, si habría habido otro robo, o algo peor. Y, entonces, oí la música y las risas.

Me acerqué despacio, esperando verla. No tuve suerte. Aparqué la bicicleta en el camino que llevaba a mi casa, y me dirigía hacia la puerta cuando detecté el acre olor de una fogata. Si Liza quería dar una fiesta sin decírmelo era cosa suya, decidí, y entré.

Waylon se abalanzó sobre mí y sus patas me rascaron los vaqueros mientras ladraba y gimoteaba por el hambre que tenía desde que había comido por última vez esta tarde.

—Sí, sí, venga, primero haces pipí y luego te doy de cenar.

Me dirigí hacia la cocina y abrí la puerta de atrás. El perro salió disparado entre mis piernas, pero no se detuvo en su lugar habitual. El retaco estaba demasiado contento dirigiéndose a toda prisa hacia casa de Liza.

Desde donde estaba, vi el fuego. Alguien había montado una hoguera junto al arroyo, y había mesas con comida, sillas de *camping* y más de una docena de personas alrededor. Parecía que se lo estuvieran pasando en grande.

Los perros de Liza, Cachondo y Minina, se alejaron de las mesas para dar la bienvenida a Waylon. Divisé a Waylay, con su pelo rubio cubierto por el gorro rosa vivo que le había tejido Amanda. Sus amigas, Nina y Chloe, armaban alboroto a su lado. El aguijón que sentí en el pecho me cogió por sorpresa. Waylay se puso de rodillas entre la hierba y rascó de buena gana a Waylon; este se giró panza arriba, extasiado.

Me pasé la mano por el tórax sin darme cuenta, preguntándome si me habría sentado mal la *pizza* fría.

Los faros de un coche iluminaron el patio. Era un monovolumen que reconocí: Fi, su marido y sus hijos bajaron del vehículo cargando con sillas de *camping*, platos tapados y un paquete de cervezas.

Fantástico. Mi familia y, ahora también, mis empleadas, se ponían de su parte. Por eso tenía que comprarme cuatrocientas hectáreas bien lejos de aquí. Y, entonces, la vi. Naomi, junto al fuego. Llevaba unas mallas apretadas que resaltaban sus largas piernas, unas botas con un ribete de pelo y un jersey grueso y corto bajo un chaleco aislante. Tenía el pelo rizado y brillaba en tonos ambarinos a la luz de las llamas. Llevaba un gorro como el de Waylay, pero el suyo era rojo oscuro. Sonreía, se reía; estaba radiante.

El aguijón que había sentido en el pecho se convirtió en un dolor físico, y me pregunté si debía llamar a un cardiólogo. Esto no era normal. Así no era como se

suponía que tenía que ir todo.

Había puesto punto final a otras relaciones antes de que se volvieran demasiado complicadas, y no había sentido otra cosa que alivio. Si volvía a encontrarme con alguna de mis conquistas, algo que no solía ocurrir, era fácil, agradable. Nunca les prometía nada y ellas nunca esperaban nada.

Pero esta vez, a pesar de mis esfuerzos, se habían generado expectativas. Aunque no parecía que ella estuviera sufriendo. Estaba junto al arroyo, bien cerca del capullo de mi hermano, y compartían lo que parecía una conversación íntima. Su mano enguantada se alargó y lo agarró del brazo. Cerré los puños. Veía chiribitas rojas.

Vaya, conque mi hermano no había malgastado ni un solo segundo, ¿eh?

No tomé la decisión consciente de ir hacia ella, fueron mis pies los que decidieron cruzar el prado hacia ese grupito con ganas de destruirlo todo. No quería que estuviera con él. No quería que estuviera con nadie. No soportaba verla junto a él, y menos aún haciendo lo que fuera que estuvieran haciendo, joder.

Liza J. me llamó y Amanda me dedicó una sonrisa apenada mientras cruzaba la fiesta.

—No habéis malgastado ni un solo segundo, vosotros dos, ¿eh? — les espeté cuando los alcancé al otro lado de la hoguera.

Nash tuvo el descaro de reírse en mi cara, pero con Naomi fue diferente. Su sonrisa desapareció, y, cuando me miró, no vi a la reina del hielo dispuesta a congelarme, sino a una mujer enfurecida, lista para quemarme vivo.

El alivio que me embargó fue abrumador. La opresión del pecho se relajó unos milímetros: tratarme con indiferencia habría sido señal de que no le importaba, pero el fuego que vi en sus preciosos ojos color avellana me reveló que me odiaba a muerte. Y eso era mucho mejor que el desinterés.

Nash dio un paso hacia adelante de forma que se colocó entre mí y Naomi, lo que solo sirvió para hacerme cabrear todavía más.

—¿Tienes algún problema? —me preguntó.

Pues sí; uno que medía metro noventa y tenía un par de agujeros de bala.

—¿Problema? ¿Porque te hayas quedado con mis sobras? Qué va. Sería una pena desperdiciarlas.

Era un capullo integral y me había pasado tres pueblos, me merecía la paliza que Nash estaba a punto de darme. Y una parte de mí lo ansiaba. Ansiaba un castigo físico que sustituyera el vendaval emocional que me estaba desgarrando

por dentro. No podía pensar con claridad si ella estaba tan cerca. Tan cerca, pero sin poder tocarla. Porque no podía alargar el brazo y reclamar lo que yo mismo había desechado.

Nash hizo retroceder el puño, pero antes de asestar el golpe, otro cuerpo se interpuso entre nosotros.

—Eres un niñato con un berrinche — me espetó Naomi, a escasos centímetros de mí —. No estás invitado, así que vete a casa.

—Flor —dije, y alargué la mano por instinto.

Y otro cuerpo se interpuso también.

—Si no quieres pasar a la historia como el capullo más imbécil del pueblo, te sugiero que te largues — dijo Sloane.

Me miraba con ira, como si hubiera apalizado a Papá Noel en el almuerzo de la biblioteca.

—Quítate de en medio, Sloane — le gruñí en la cara.

Y, entonces, una mano se posó en mi pecho y me dio un empujón.

—Te has equivocado de objetivo, amigo. — Lucian, con unos vaqueros y un polar que le daban un aire más informal del que le había visto en años, me agarró del abrigo.

La rabia que vi en sus ojos me indicaba que tanteaba un terreno pantanoso. Podía enfrentarme a mi hermano, y más si solo tenía un brazo bueno, pero no era tan estúpido como para creer que podía enfrentarme a Nash y a Lucian y vivir para contarlo.

—No necesito que me protejas, ricachón idiota — le espetó Sloane a Lucian.

Este la ignoró y me hizo alejarme del fuego, de mi familia y del tonto de mi perro, que había metido el hocico en lo que parecía un guiso de perritos calientes.

—Suéltame, Luce —le advertí.

—Lo haré cuando dejes de querer hundirte y llevarte a inocentes contigo.

Interesante. No estaba enfadado porque me hubiera encarado con Nash y con Naomi, sino porque me había metido con Sloane.

—Creía que no la podías ni ver — me burlé.

Lucian me dio otro empujón y retrocedí a trompicones.

—Hostia, Knox, no tienes que ser un cabrón a todas horas.

—Soy así —le espeté.

—Y una mierda. Cómo te comportas es tu elección y, ahora mismo, estás eligiendo como el culo.

—Hice lo que debía hacer, tío.

Lucian sacó un cigarrillo y un mechero.

—Tú sigue repitiéndotelo, si eso te ayuda a dormir por las noches.

—Le dije que no se implicara demasiado. La advertí. — Miré por encima del hombro de Lucian y vi a Naomi de pie junto al fuego, dándome la espalda. Nash la rodeaba con un brazo.

Volví a sentir una presión en el pecho; el aguijón ahora era una cuchillada. Quizá le dije que no se implicara demasiado, pero yo tampoco había seguido mi consejo. Nunca había pensado que fuera algo de lo que me tuviera que preocupar. Sin embargo, Naomi Witt, novia a la fuga y limpiadora compulsiva, me había atrapado.

—Hice lo que debía —insistí, como si repetirlo hiciera que fuera verdad.

Sin apartar los ojos de mí, Lucian encendió el cigarrillo.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que lo que debías hacer era ser el hombre que tu padre no fue capaz de ser?

Mierda. Ese golpe me dio de lleno en el estómago.

—Vete a la mierda, Lucy.

—Deja de intentar joderte, Knox. — Y con esas palabras, se despidió y volvió junto al fuego, dejándome solo en la oscuridad.

Vi un destello de rosa por el rabillo del ojo y descubrí a Waylay a pocos metros. Waylon estaba sentado a sus pies.

—Hola, Way —dije, y de pronto me sentí el capullo más integral e imbécil del planeta.

—Hola, Knox.

—¿Cómo te va?

Se encogió de hombros, con los ojos azules fijos en mí y la expresión impertérrita.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? Quería pasarme, pero…

—No te preocupes, ya no tienes que fingir. La tía Naomi y yo estamos acostumbradas a que la gente no nos quiera.

—Joder, Way, no seas injusta. No es por eso por lo que no funcionaron las cosas entre tu tía y yo.

—Ya, claro. No deberías decir palabrotas cuando hay niños delante, podrían aprenderlo de ti.

«Uf».

—Te lo digo en serio, peque. Sois demasiado buenas para mí. Tarde o

temprano, os habríais dado cuenta. Os merecéis algo mejor.

Clavó los ojos en las puntas de las botas. El corazoncito que llevaba en los cordones centelleó, y me di cuenta de que no llevaba las zapatillas que le había comprado. Eso también me dolió.

—Si de verdad lo pensaras, estarías esforzándote por ser digno. No nos abandonarías como si fuéramos basura.

—Nunca he dicho que fuerais basura.

—Nunca has dicho mucho, ¿no? — me soltó —. Bueno, deja en paz a la tía Naomi. Tienes razón, se merece algo mejor que un tío que no es lo bastante listo como para ver lo maravillosa que es.

—Ya sé lo maravillosa que es. Y sé lo maravillosa que eres tú también — protesté.

—No lo bastante como para que nos quisieras, se ve — dijo.

Me dedicó una mirada fulminante demasiado madura para una niña de once años, y me desprecié por haberle dado una razón más para pensar que no era la jefa lista y preciosa que era.

—¡Waylay, ven! —La llamó Nina, sosteniendo en alto una gran bolsa de malvaviscos.

—Deberías irte —me dijo Waylay—. Si estás, la tía Naomi se pone triste, y no me gusta.

—¿Me vas a meter ratones en casa? — le pregunté, intentando hacer una broma que compensara un poco el daño que le había hecho.

—¿Para qué? No vale la pena vengarse de alguien que es demasiado tonto como para que le importe algo.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia el fuego, pero entonces, se detuvo.

—Me quedo con tu perro —anunció —. Ven, Waylon.

Vi cómo una niña que no solo me gustaba, sino que se había ganado mi respeto, se alejaba hacia la fiesta con mi propio perro. Naomi dio la bienvenida a Waylay abrazándola con un solo brazo y las dos me dieron la espalda.

Para tocar los huevos, me llevé uno de los perritos calientes que había en la mesa y una cerveza. Saludé desganado a mi abuela y me dirigí, solo, hacia mi casa. Cuando llegué, tiré la comida y la cerveza a la basura.

Capítulo 43: Bebiendo de buena mañana

Naomi

Knox: Te debo una disculpa por lo que sucedió anoche en casa de Liza. Me pasé de la raya.



Respiré hondo, apagué el motor y miré la entrada lateral del Honky Tonk. Era la primera vez que volvía a trabajar desde que rompimos, y estaba hecha un manojo de nervios. Era un turno de mediodía en fin de semana. Las probabilidades de que Knox estuviera dentro eran nulas.

Pero aun así, necesitaba darme ánimos para salir del coche.

Esa semana me había ido bien en mi otro empleo. La biblioteca era un soplo de aire fresco y no me asaltaban recuerdos de Knox en cada rincón. Pero el Honky Tonk era harina de otro costal.

—Tú puedes. Sal del coche, llénate los bolsillos de propinas y sonríe hasta que te duelan las mejillas.

A Knox le había dado un arrebato durante la fiesta y Lucian había tenido que llevárselo. Yo había hecho un trabajo pésimo sonsacándole información a Sloane sobre el motivo de la caballerosidad de Lucian, pero por dentro, me moría por volver a estar tan cerca de Knox.

Parecía enfadado, casi herido. Como si lo hubiera traicionado por apoyar a su hermano. Para troncharse, vamos. El tío me había rechazado como a un *ticket* indeseado y tenía el valor de decirme que había pasado página muy rápido,

cuando lo único que había hecho era entregarle a Nash la lista que había elaborado y en la que figuraban las personas y los acontecimientos que me resultaban sospechosos.

Me miré en el espejo retrovisor y le dije a mi reflejo:

—Eres un cisne que reina en el hielo.

Entonces, salí del coche y entré en el local con determinación.

Me alivió comprobar que Knox no estaba allí. Milford y otro ayudante de cocina ya estaban encendiendo los fogones para empezar la jornada; los saludé y me dirigí a la barra. El local todavía estaba a oscuras. Los taburetes estaban apilados, así que encendí la música y las luces y lo dispuse todo.

Bajé los taburetes para colocarlos en su sitio, rellené la máquina de refrescos y, mientras encendía el hervidor de sopa, la puerta lateral se abrió.

Knox entró y sus ojos se clavaron en mí.

Me quedé sin aire; de pronto, se me había olvidado respirar.

Porras. ¿Cómo un hombre que me había tratado tan mal podía estar tan bien? No era justo. Llevaba unos vaqueros y una camiseta de manga larga de la marca Henley, esta vez de color verde bosque. El tenue moretón de su barbilla auguraba problemas. Problemas sensuales y placenteros.

Pero a la nueva Naomi era más lista que eso. No tropezaría dos veces con la misma piedra.

Me hizo un gesto con la cabeza, pero yo volví a concentrarme en la sopa y fingí que no existía. Al menos hasta que se acercó lo bastante como para que me fuera imposible ignorarlo.

—Hola —dijo.

—Hola —repetí mientras tapaba el hervidor con la tapa de metal y tiraba el envoltorio de plástico.

—Hoy me encargo yo de la barra — dijo tras un instante de duda.

—Vale. —Lo rocé al dirigirme al fregadero, donde me esperaban dos bandejas con vasos limpios. Levanté una y, al momento, había volado de mis manos —. Lo hago yo — insistí.

—Ya lo hago yo —dijo Knox mientras se la llevaba a la máquina de refrescos y la dejaba en el mostrador de acero inoxidable.

Puse los ojos en blanco y cogí la segunda bandeja, que no tardó nada en desaparecer de mis manos. Traté de ignorarlo, encendí las lámparas de calor para el mostrador y me dirigí a los TPV para revisar el rollo de papel de los recibos.

Notaba que me observaba, sentía el peso y el calor de su mirada. No

soportaba ser tan consciente de su presencia.

Casi me parecía que me rozaba de arriba abajo. Ese día me había puesto vaqueros en vez de la falda tejana de siempre, y es que presentía que cuantas más capas de protección usara, mejor.

—Naomi. —Pronunció mi nombre con una voz áspera y ronca que me estremeció.

Lo miré de soslayo y le sonreí con la mayor falsedad de la que fui capaz.

—¿Sí?

Se mesó el cabello con una mano y se cruzó de brazos.

—Te debo una disculpa. Anoche…

—No te preocupes, ya está olvidado — dije mientras simulaba que buscaba mi bloc de notas en el delantal.

—No tenemos por qué estar…, ya sabes, incómodos.

—Ah, para mí no es incómodo — mentí —. Lo que pasó es historia, agua pasada. Los dos hemos pasado página.

Me dio la impresión de que la plata de sus ojos se fundía mientras me miraba. El aire estaba cargado con lo que se me antojó un rayo inminente, pero me obligué a sostenerle la mirada.

—Vale —dijo con la mandíbula apretada —. Bien.



No supe con exactitud hasta qué punto Knox había pasado página hasta una hora después en el turno más lento de la historia. Era habitual que los sábados al mediodía hubiera ajetreo, pero los siete clientes exactos se conformaban con dar ligeros sorbos a sus cervezas y masticar la comida unas ciento treinta y siete veces. Incluso teniendo que enseñar a Brad, el nuevo camarero, tenía tiempo de sobra para pensar.

En vez de esperar de brazos cruzados y aguantar las miraditas de odio que me lanzaba Knox, me puse a limpiar.

Estaba frotando la pared que había junto a la barra, ensañándome con una mancha especialmente puñetera, cuando la puerta principal se abrió y entró una mujer. O desfiló, más bien. Llevaba unas botas de ante negras con tacones de aguja, unos vaqueros que parecían pintados y una chaqueta corta de cuero.

En la muñeca derecha bailaban tres pulseras a juego, y tenía las uñas pintadas de un rojo sangre precioso. Me hice una nota mental para preguntarle qué tono era.

Llevaba el pelo corto y despeinado por arriba, y podría haber rayado cristales con sus pómulos. Me fijé en que se había ahumado los ojos como una profesional y sonreía con sorna.

Me dieron ganas de ser su amiga, de ir de compras con ella. De saberlo todo de su vida para emular sus pasos y ganar su seguridad.

Sonrió más abiertamente cuando localizó a Knox tras la barra. De pronto, ya no tenía tan claro si quería ser su amiga. Le eché una mirada furtiva a Knox y tuve clarísimo que ya no deseaba que lo fuéramos. No después de ver el cariño y la familiaridad con los que la miraba.

La mujer no dijo ni mu; sencillamente, cruzó el bar sin quitarle el ojo de encima. Cuando llegó hasta él, no se subió a un taburete y pidió la copa más sensacional del mundo. No. Alargó el brazo, lo cogió de la camiseta y le plantó un beso en los morros.

Se me cayó el alma a los pies y siguió descendiendo hasta el núcleo de la Tierra.

—La madre que… —gruñó Wraith desde su mesa.

—Anda, ¿es la novia del jefe? — preguntó Brad, el camarero al que supuestamente estaba enseñando.

—Supongo —contesté como si me estrangularan —. Ahora vuelvo, sujétame esto. — Le pasé el trapo sucio y me alejé de la barra.

—¡Naomi! —Knox parecía cabreado, pero su estado de ánimo ya no era asunto mío.

El corazón me iba tan deprisa que me retumbaba en los oídos mientras me dirigía al servicio con todo el mundo mirándome.

Fingí que no lo oí llamarme o que no la oí a ella hablarle.

—Knox, ¿en serio? Ya era hora — dijo una voz gutural.

—Vete a la mierda, Lina. ¿No podrías haber llamado antes? No podrías haber venido en peor momento.

No oí nada más, porque crucé la puerta del servicio como un vendaval y me fui directa al lavamanos. No tenía claro si quería llorar, vomitar o coger la papelera y tirársela a Knox a la cabeza. Estaba intentando mantener la calma y urdir un plan que incluyera las tres opciones cuando se abrió la puerta.

Mi antigua amiga en potencia imaginaria entró con aire relajado, las manos

en los bolsillos y los ojos clavados en mí.

Imaginaba lo que veía: a una treintañera enamorada y patética con un gusto pésimo para los hombres. Eso era lo que veía yo en el espejo todas las mañanas antes de ponerme rímel y pintalabios.

—Naomi —dijo.

Carraspeé con la esperanza de deshacer el nudo que se me había alojado en la garganta.

—La misma que viste y calza — dije alegremente. Parecía que me estuviera atragantando con unas chinchetas, pero al menos, mudé la expresión y me esforcé por mostrar un rostro impasible.

—¡Caray! Cara de póker. Me gusta, muy bien — dijo —. No me extraña que le hayas puesto los huevos de corbata.

No supe qué decir, así que cogí una servilleta suelta y la pasé por la repisa limpia y seca a más no poder.

—Soy Lina —se presentó mientras salvaba la distancia que nos separaba y me tendía la mano —. Angelina, pero prefiero acortarlo.

Acepté la mano sin pensar y se la estreché.

—Encantada de conocerte —mentí.

Lina se rio y dijo:

—Qué va, no después de la primera impresión que te he causado. Pero me gustaría compensártelo invitándote a una copa.

—No te lo tomes a mal, pero lo último que me apetece es sentarme en el bar de mi ex a beber algo con su nueva novia.

—Tranquila, no soy su nueva novia. Si acaso, soy más ex que tú. Y ni de coña vamos a beber aquí; tenemos que ir a algún sitio lejos de las orejas del tonto de Knox.

Deseé con todas mis fuerzas que no me estuviera tomando el pelo.

—¿Qué me dices? —me preguntó Lina, ladeando la cabeza —. A Knox le va a dar un infarto, y los demás están con el móvil haciendo de correveidiles. Yo propongo que les demos algo que los deje a cuadros.

—No puedo saltarme mi turno — dije.

—¡Anda que no! Tenemos que contarnos anécdotas, compadecernos la una de la otra, beber. Para algo está ese ayudante tan mono. Se las apañará, y te mereces un descanso después de la que se ha liado.

Respiré hondo y lo consideré. Trabajar con Knox era casi como que me arrancaran las uñas de los pies una a una durante un examen ginecológico.

—¿Qué tono de pintaúñas llevas? — pregunté.

—Baño de sangre bermellón.



Sloane: He oído que la nueva novia de Knox se ha presentado en el bar y se han puesto a darle al tema en la mesa de billar. ¿¿¿¿¿Estás bien????? ¿Necesitas palas y lonas?

Yo: Su nueva novia (que ha resultado ser una antigua ex) me ha secuestrado y estamos tomando algo en Hellhound.

Sloane: ¡Me pongo unos pantalones y en quince minutos estoy ahí!



Hellhound era un bar de moteros a quince minutos del pueblo, en dirección a Washington D. C. Fuera, medio aparcamiento estaba lleno de motos. El cutre revestimiento biselado de color marrón no lo hacía más acogedor.

Dentro, las luces eran tenues, las mesas de billar estaban a reventar y la gramola del rincón hacía sonar música de Rob Zombie de fondo. La barra estaba pringosa. Tuve que reprimir la necesidad de pedir una esponja y un limpiador.

—¿Qué os pongo? —nos preguntó el barman. No sonreía, pero tampoco daba miedo. Era el típico tío alto, fortachón, con pelo cano y barba. Llevaba un chaleco de cuero y, debajo, una camiseta de manga larga blanca que se había arremangado hasta los codos, lo que dejaba a la vista los tatuajes que tenía en ambos brazos.

Me recordaron a Knox, lo cual me hizo querer beber.

—¿Cómo te llamas, guapo? —preguntó Lina mientras se sentaba en un taburete.

—Joel.

—Pues Joel, ponme el mejor *whisky* que tengáis. Que sea doble — resolvió.

¿Veis? Sabía que se pediría una bebida sensacional.

—Marchando. ¿Y para ti, encanto? — Me miró.

—Ah, pues… un vino blanco — dije con la sensación de que era la persona menos interesante de todo el bar.

Joel me guiñó un ojo y dijo:

—Oído cocina.

—No es Knox, pero a nadie le amarga un buen madurito — caviló Lina.

Murmuré para eludir el tema.

—Venga ya. Aunque Knox fuera un capullo, que lo es, aún puedes apreciar su fachada — insistió Lina.

No estaba de humor para apreciar nada del vikingo que me había pisoteado el corazón.

Joel, alias el Madurito, nos plantó las copas delante y volvió a irse.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté.

Lina alzó su copa y dijo:

—Beber. Conocernos.

—¿Por qué?

—Porque no has visto la cara que ha puesto después de que le diera el beso casto.

Un beso casto estaba bien.

Un momento.

«No, da igual».

Aunque Lina no estuviera con Knox, me había dejado. No tenía que preocuparme por la competencia.

Acaricié el borde de la copa con el dedo y pregunté:

—¿Qué cara ha puesto?

Me señaló y dijo:

—De espanto. Conozco a ese tío desde que apenas era un hombre y jamás lo he visto asustado. Pero he identificado el miedo en su cara mientras te veía marchar.

Suspiré, porque no quería oír eso. No quería hacer como que había esperanza cuando no era así.

—Pues no sé por qué tendría miedo de verme marchar, si ha sido él el que me ha dejado.

—A ver si adivino: no has sido tú, sino él. No le van las relaciones, ni las complicaciones, ni las responsabilidades. Y, como no tenéis futuro, te ha dejado para que te labres el tuyo.

Parpadeé y dije:

—Pues va a ser verdad que lo conoces.

—Que sepas que tengo el increíble honor de ser la primera no novia oficial, gracias. Estaba en mi primer año de carrera y él tenía veinticuatro años. Nos conocimos en una fiesta y duramos cuatro maravillosas semanas en las que teníamos las hormonas revolucionadas y nos pasábamos el día de resaca. A la quinta, el muy tonto se echó atrás y me mandó a paseo.

—Pues a juzgar por cómo lo has saludado, la cosa acabó mejor para ti que para mí.

Lina sonrió y le dio un trago a su *whisky*.

—Subestimó mi cabezonería. Podía soportar que no fuéramos novios, pero no quería renunciar a su amistad, así que lo obligué a ser mi amigo. Hablamos cada dos meses. Antes de que le tocara la lotería, quedábamos cada dos años, siempre en un sitio neutral. Éramos compinches el uno del otro.

Me acabé el vino en tres lingotazos. Antes de dejar la copa en la barra, ya me habían servido otra.

—Gracias, Joel. —Cambié la copa vacía por la llena y añadí —: ¿Qué le pasa, entonces?

Lina resopló y dio otro trago.

—Lo que le pasa a todo el mundo: el bagaje. La gente se conoce, saltan chispas y se ocultan tras una máscara para seguir resultando atractivos. Y luego les extraña que la relación se vaya al garete.

Tenía razón.

—Si todo el mundo hablara de su bagaje desde el principio, la de tiempo que nos ahorraríamos. Hola, soy Lina. Me van los maduritos, soy supercelosa y tengo un genio que no veas, así que no me toques las narices. Además, se me conoce por zamparme las bandejas de *brownies* de una tacada y no doblar la ropa.

No pude evitar reírme.

—Te toca —dijo.

—Hola, Lina. Soy Naomi y siempre me enamoro de tíos que no ven un futuro a mi lado. Pero sigo esperando que el futuro que imagino para los dos sea lo bastante bueno como para retenerlos. Además, odio a mi hermana gemela, lo

que hace que me considere mala persona. Ah, y nadie me hará llegar al orgasmo como Knox Morgan.

Ahora era Lina la que reía. Otro *whisky* apareció ante ella.

—Este tío sabe —dijo, señalando a nuestro amigo el barman.

—Dos señoritas han venido aquí a hablar del mismo hombre y no pienso descuidarlas. — Nos garantizó.

—Qué caballero estás hecho — dijo Lina.

La puerta principal se abrió de golpe y apareció Sloane. Iba sin maquillar y llevaba unas botas de imitación, mallas y una camiseta de fútbol de la universidad de Virginia que le iba grande. Su pelo, recogido en una trenza gruesa, le colgaba del hombro.

—Tú debes de ser la nueva — dijo Sloane.

—Y tú debes de ser el caballero que viene a salvar a la princesa Naomi de la bruja — aventuró Lina.

Me reí mientras bebía, y dije:

—Sloane, te presento a Lina. Lina es la primera ex de Knox. Sloane es una bibliotecaria sobreprotectora con un pelazo. — Señalé a la barra y agregué —: Y ese es Joel, el madurito de nuestro barman.

Sloane se subió al taburete de mi lado y, antes de que su culo tocara el asiento, apareció Joel.

—¿Tú también has salido con ese tío? — le preguntó.

Sloane apoyó la barbilla en la mano y contestó:

—Qué va, he venido a dar apoyo moral.

—¿Te apetece tomar algo mientras das apoyo moral?

—Claro. ¿Qué tal está el *bloody mary*?

—Picante de cojones.

—Pues ponme un *bloody mary* y una ronda de *fireball*.

Joel le hizo el saludo militar y se fue a preparar las bebidas.

Un tipo que jugaba al billar en la mesa más cercana se aproximó a nosotras con calma. De los hombros del chaleco le salían unos pinchos impresionantes y tenía un bigote a lo Fu Manchú que era ver para creer.

—Zorritas, ¿os invito a algo?

Nos giramos como si fuéramos una.

—No, gracias —dije.

—Vete a la mierda —contestó Lina con una sonrisa siniestra.

—Si crees que llamándonos «zorritas» vamos a invitarte a la conversación o,

mejor aún, a nuestra cama, lo llevas claro — repuso Sloane.

—Lárgate, Reaper —le dijo Joel sin apartar la vista del litro de vodka que le estaba sirviendo a Sloane.

Mi móvil, en la barra, vibró. Lo miré.

Knox: No era lo que parecía. No salgo con Lina.

Knox: Que tampoco es asunto tuyo.

Knox: Joder, al menos contéstame y dime dónde estás.

Para haberme dado puerta, hay que ver lo mucho que me escribía.

Naomi: Estoy en ese sitio tan chulo llamado ¿A ti qué más te da? Deja. De. Escribirme.

Le pasé mi móvil a Sloane y dije:

—Ten, cuídalo tú.

Lina alzó el suyo para enseñarnos un mensaje.

Knox: ¿Dónde coño la has llevado?

—¿Qué te he dicho? Está asustado.

—No creo que hoy vaya a volver al trabajo — dije.

—Eh, Waylay está en el museo de Washington D. C. con Nina y sus padres. No hay nada mejor que pasarse un sábado de otoño como una cuba.

—¿Qué es un Waylay? —preguntó Lina.

—Mi sobrina.

—La sobrina a la que Naomi no conocía porque a su hermana gemela es para darle de comer aparte — añadió Sloane, que se enrollaba las puntas de la trenza en los dedos mientras miraba embobada el partido de fútbol que echaban por la tele.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, es que estoy harta de los hombres.

—Amén, hermana —dije mientras alzaba mi copa hacia ella.

—Mi hermana, la madre de Chloe, es bisexual. Cada vez que sale con un hombre que la saca de quicio, se pasa un año saliendo solo con mujeres. Es mi heroína. Ojalá me gustaran tan poco los penes como a ella.

Joel dejó el *bloody mary* con una tira de beicon delante de Sloane y no se inmutó al oír la palabra «pene».

Yo hice una mueca.

—Por favor, no digas «pene».

—Mi experiencia con la herramienta de Knox se remonta a hace casi veinte años. Me imagino lo mucho que habrá mejorado con el tiempo — dijo Lina, comprensiva.

—Con todo este rollo de la tutela, quizá será mejor que me centre en ser una tía ejemplar y olvidarme de ser una mujer con…

—¿Necesidades sexuales? —Remató Sloane.

Alcé mi vino y dije:

—¿Cuántas copas hacen falta para olvidar el sexo?

—Normalmente, cerca de una botella y media. Pero a eso le sigue una resaca que te deja tres días para el arrastre, por lo que no te lo recomiendo — dijo Lina.

—De verdad que creí que esta vez era la buena — susurré.

Joel nos sirvió un chupito a cada una y yo me quedé mirando el mío.

—Sé que dijo que lo nuestro no funcionaría, pero me dio alas. Siempre aparecía. No solo por mí, sino también por Waylay.

—Para el carro. ¿Que Knox Morgan pasó tiempo con tu niña? ¿Por voluntad propia?

—Se la llevó de compras. Fue a verla jugar al fútbol y consiguió que dejara de soltar tacos; le dijo que los fuertes salen en defensa de los que no saben defenderse por sí mismos; fue a recogerla cuando pasó la noche fuera; veía fútbol con ella.

Lina negó con la cabeza y dijo:

—Madre mía, está jodido.

—Pues como todos —dijo Sloane.

Joel dejó lo que estaba haciendo y la miró mal.

—Excepto tú, Joel. Tú eres un héroe rodeado de villanos — rectificó.

Joel asintió, me pasó otra copa de vino y volvió a esfumarse.

Sloane se aferró a la pajita de su cóctel como si fuera un batido de proteínas y acabara de participar en un concurso de culturismo.

—Ahora en serio, ¿qué te pasa? — le pregunté —. ¿Es por lo de anoche con

Lucian?

—¿Lucian? Eso sí que es un nombre *sexy* — dijo Lina, a lo que Sloane resopló.

—Un nombre *sexy* para un hombre *sexy* — convine.

—Lucian Rollins es de todo menos *sexy* — dijo Sloane cuando dejó de beber para respirar.

—Vale. O mientes como una bellaca o te has dado un golpe en la cabeza con el sistema de clasificación decimal Dewey.

Sloane negó con la cabeza y cogió su chupito.

—No voy a hablar de Lucian. Ninguna va a hablar de Lucian. Estamos hablando de Knox.

—¿Podemos dejar de hablar de él? — inquirí. Cada vez que oía su nombre, sentía que me clavaban un cuchillo en el corazón.

—Claro —dijo Lina.

—¡Salud! —exclamó Sloane mientras levantaba su vaso.

Brindamos y apuramos el *whisky* de un solo trago.

Un hombre con un mondadientes colgando precariamente de su boca se nos acercó, apoyó un codo en la barra y acorraló a Lina. La camiseta no le tapaba del todo la barriga, que asomaba por encima de sus vaqueros negros.

—¿Cuál de estas señoritas quiere echar un vistazo a la parte trasera de mi moto?

Joel nos sirvió otra ronda de chupitos.

Lina alzó su vaso; Sloane y yo la imitamos y nos lo bebimos de un trago. Lina lo dejó en la barra y, antes de que el del mondadientes se diera cuenta, Lina le había clavado el tacón de su bota en el pecho.

—Vete o te hago sangrar delante de tus colegas — dijo.

—Me gustan ella y sus zapatos — me susurró Sloane.

—Déjalas ya, Pitón, no vaya a ser que venga tu parienta y te corte los huevos.

—Haz caso al buen hombre, Pitón — dijo Lina mientras lo empujaba con el pie. El del mondadientes se apartó un poco de la barra y levantó las manos.

—Solo preguntaba. No sabía que erais lesbianas.

—Porque ese sería el único motivo por el que no querríamos follar contigo, ¿no? — dijo Sloane.

Sloane no toleraba muy bien el alcohol, y ya llevaba dos chupitos y un *bloody mary* cargadito.

—¿Nos traes un poco de agua? — le pedí a Joel.

Asintió y juntó las manos.

—A ver, imbéciles. Las señoritas no buscan un meneo ni pasar un buen rato. Al próximo idiota que las moleste, lo echo.

Se hizo un silencio general a nuestro alrededor y todos volvieron a lo suyo.

—Joel, ¿estás casado? —le pregunté.

Levantó la mano izquierda y me enseñó su alianza de oro.

—Todos los buenos están pillados — refunfuñé.

La puerta principal volvió a abrirse.

—Tiene que ser una broma —gruñó Sloane. Joel le sirvió un *bloody mary* recién hecho y Sloane se abalanzó sobre la bebida.

Me giré en el taburete, pero el alcohol me hizo perder el equilibrio y trastabillé un pelín.

—Madre del amor hermoso —susurró Lina con voz seductora —. ¿Quiénes son esos?

—Más caballería —masculló Sloane.

Lucian y Nash, guapos a rabiar, se acercaron a la barra.

Capítulo 44: Los niñeros

Naomi

—No puede ser casualidad — señalé.

—Knox ha llamado a la poli — dijo Lucian, que le hizo un gesto con la cabeza a Nash —. Y la poli me ha llamado a mí.

Nash me echó un vistazo y preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, ¿qué hacéis aquí?

Nash exhaló y miró a Lina, que reaccionó enarcando una ceja.

—Hemos venido a hacer de niñeros — acabó diciendo.

Me quedé boquiabierta.

—No necesitamos niñeros. Y menos niñeros que vayan a chivarse a Knox de lo que digamos.

—Detesto recalcar lo obvio, pero teniendo en cuenta lo que ha ocurrido, no creo que debas ir por ahí sin protección — dijo Nash.

—¿Quién dice que estoy desprotegida? Lina ha estado a punto de atravesarle el esternón a un tío con los tacones — protesté —. ¿Cómo nos habéis encontrado?

—Yo no me preocuparía por eso — contestó Lucian sin quitarle el ojo a Sloane. Esta lo fulminaba con la mirada como si fuera el mismísimo diablo.

—Tú eres otro Morgan —dijo Lina, que apoyó los codos en la barra y le dio un repaso a Nash de arriba abajo.

—Lina, te presento a Nash, el hermano de Knox — dije.

—Bueno, yo me voy a casa —dijo Sloane mientras se bajaba del taburete. No llegó muy lejos. Lucian se plantó ante ella y la acorraló entre la barra y su

cuerpo sin necesidad de tocarla.

Sloane echó la cabeza hacia atrás al máximo para mirarlo.

El tío le sacaba una cabeza, pero eso no le impidió lanzarle estrellas *ninjas* con los ojos.

—Te quedas —insistió Lucian con tono amenazante.

—Me voy —replicó Sloane.

—Hay tres copas vacías en tu sitio. Te quedas.

—Le pediré a alguien que me lleve. Quítate del medio si no quieres acabar cantando como una soprano.

Lina dejó de comerse con los ojos a Nash y se pegó a mi hombro.

—Madre mía, ¿qué les ha pasado a estos dos?

—Ni idea, no se lo han contado a nadie.

—Uuuuh, me encantan los pasados tórridos y secretos — dijo.

—Te oímos —dijo Sloane en un tono seco y sin abandonar el duelo de miraditas *sexys* que mantenía con Lucian.

—Estamos entre amigos —empecé.

—No todos somos amigos —insistió Lucian.

A Sloane le refulgieron los ojos, lo que la hizo parecer una duendecilla furiosa a punto de cometer un asesinato.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo.

Mi móvil sonó junto al codo de Sloane. Al momento, a Lina le llegó un mensaje al suyo. Nash y Lucian fueron a sacar los suyos del bolsillo a la vez.

—Para importarle un comino a Knox, le preocupa mucho lo que haces — dijo Lina al tiempo que volvía a enseñarme el móvil.

—Y lo que dices de él —añadió Lucian con una sonrisilla.

Negué con la cabeza y dije:

—Yo me voy con Sloane.

—¡No! —Lina me cogió de la mano y me la apretó —. No le des el gusto de amargarte el día. Quédate. Seguiremos bebiendo, lo pondremos a parir, y los que se queden tendrán que jurar con sangre que no se chivarán a Knox.

—Si él se queda, yo me voy — dijo Sloane, que le lanzó una mirada asesina a Lucian.

—Tú solo te vas a ir de aquí en mi coche, así que siéntate y pídete algo de comer, joder — le ordenó Lucian.

Sloane abrió la boca y, por un momento, me preocupó que fuera a morderlo.

Le tapé la boca y dije:

—¿Qué tal unos nachos y otra ronda?



Cuatro llamadas perdidas de Knox.

—¡No vale! Has dicho que estaban fuera de nuestro alcance — se quejó un borracho calvo y con tatuajes bajo los ojos que jugaba al billar cuando nos vio sentarnos a una mesa con Lucian y Nash.

Joel le dedicó una peineta mientras nuestros niñeros se miraban los unos a los otros.

—¿Veis? Os he dicho que no necesitábamos niñeros. Tenemos a Joel el Madurito — dije.

—A lo mejor solo queremos pasar un rato de calidad con vosotras — dijo Nash, que esbozó la típica sonrisa *sexy* de los Morgan.

Suspiré tan fuerte que hice volar una servilleta.

—¿Qué te pasa, Nae? —preguntó Sloane.

Lo medité un segundo.

—De todo —acabé diciendo—. Todo va mal, está roto o es un desastre. Antes tenía planes, lo tenía todo controlado, y puede que no os lo creáis, pero la gente no allanaba mi casa. No tenía que defenderme de antiguos prometidos o preocuparme por el ejemplo que le doy a una niña de once años que parece de treinta.

Miré las caras de consternación de los demás.

—Perdón, no debería haber dicho eso. Olvidad las palabras que han salido de mi boca.

Sloane me señaló a la cara y dijo:

—Para ya.

Cogí mi vaso de agua e hice burbujas en su interior.

—¿Que pare de hacer qué?

—De comportarte como si no tuvieras derecho a expresar tus sentimientos.

Lina, que parecía sobria pese a ir ya por su cuarto *whisky*, aporreó la mesa con los nudillos y dijo:

—A ver, a ver, ¿de qué va esto?

—Naomi es la gemela buena — explicó Sloane —. Su hermana es un caso perdido y lleva a la familia por el camino de la amargura. Así que Naomi asumió el papel de niña buena y se propuso no incordiar a nadie con sus sentimientos, sus deseos o sus necesidades.

—¡No te pases, hombre! —protesté.

Sloane me apretó la mano y dijo:

—Te lo digo con cariño.

—No te conozco de nada —dijo Lina —, pero ¿no es mejor que le demuestres a tu sobrina cómo se comporta una mujer fuerte e independiente que vive su vida?

—¿Por qué todos me decís lo mismo? — gemí —. ¿Sabéis qué hice por mí y solo por mí?

—¿Qué hiciste? —me preguntó Lucian amablemente. Me fijé en que su silla estaba orientada hacia Sloane, a la que acorralaba con aire protector.

—Knox. Eso fue lo que hice por mí. Quería estar bien y olvidar todo lo malo por una noche, ¡y mirad cómo hemos acabado! Me lo advirtió. Me dijo que no me encariñara, que no teníamos futuro juntos, y, aun así, me colé por él. ¿Qué mosca me ha picado?

—Haced el favor de intervenir, caballeros — sugirió Lina.

Los chicos se echaron otra mirada cargada de testosterona.

—Me parece oír cómo repasan mentalmente el apéndice del Código de los Machotes — susurré.

Nash se rascó el pelo con pereza. Me recordó a su hermano.

—¿Estás bien, quieres descansar? — pregunté.

Puso los ojos en blanco y contestó:

—Estoy bien, Naomi.

—Es que le dispararon —le explicó Sloane a Lina.

Lina lo escrutó de arriba abajo como si pudiera verlo a través de la ropa.

—Qué mal —dijo mientras se llevaba la copa a los labios.

—No es que me entusiasmase la experiencia — reconoció —. Naomi, tienes que dejar de preguntarte qué mosca te ha picado o en qué has fallado y entender que el culpable es Knox.

—Eso —convino Lucian.

—Perdimos muchas cosas de niños. Hay gente a quien le afecta tanto que se vuelve majara — dijo Nash.

Lina lo observó con interés y dijo:

—¿Cómo te afectó a ti?

Sonrió divertido y contestó:

—Yo soy mucho más listo que mi hermano.

Lina me miró y dijo:

—¿Ves? Nadie se atreve a ser sincero y a poner su bagaje sobre la mesa.

—Cuando crees que alguien te ve tal y como eres de verdad, la traición duele mil veces más que si no le hubieras mostrado tus flaquezas — dijo Lucian en voz baja.

Oí a Sloane coger aire con brusquedad.

Nash también debió de percatarse, puesto que cambió de tema.

—Y bien, Lina, ¿qué te trae por aquí? — le preguntó mientras se cruzaba de brazos y se recostaba en la silla.

—¿Qué eres, poli? —le dijo en broma.

Me hizo mucha gracia. Sloane vio que escupí un poco de agua y, entre una cosa y otra, nos partimos de risa.

Una sonrisa asomó a los labios de Lucian.

—Nash es poli —informé a Lina—. El poli con mayúsculas. El que corta el bacalao, el jefazo.

Lina lo miró por encima del borde de su copa y dijo:

—Interesante.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté.

—No tenía nada que hacer y aproveché que estaba por la zona para visitar a un viejo amigo — dijo.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó Sloane.

Lina repasó con el dedo un círculo de agua que había en la mesa y dijo:

—Trabajo en seguros. Me explayaría, pero es un peñazo y ni por asomo es tan emocionante como que te disparen. ¿Cómo pasó? — le preguntó a Nash.

Él encogió el hombro bueno y dijo:

—Una detención en carretera que se puso fea.

—¿Pillaron al culpable? —inquirió Lina.

—Todavía no —contestó Lucian.

La frialdad con la que lo dijo me estremeció.



—Voy al baño —anuncié.

—Te acompaño —se ofreció Sloane, que se levantó de la silla como si la hubieran electrocutado.

Me dispuse a seguirla por el lúgubre pasillo, pero cuando me aguantó la puerta para que pasara, Nash me detuvo.

—¿Podemos hablar un momento? — me preguntó.

Me iba a explotar la vejiga, pero parecía importante.

—Claro —dije. Le hice un gesto a Sloane para que meara sin mí.

—Quería que supieras que voy a estudiar la lista que me pasaste — dijo —. No he vuelto al trabajo oficialmente, lo que significa que voy a dedicarle toda mi atención.

—Te lo agradezco —dije, y le di un apretón en el brazo. No era un crimen apreciar esos músculos, ¿no?

—Si recuerdas más detalles del pelirrojo ese, ¿me lo dirás?

—Claro —contesté mientras asentía de manera efusiva —. Solo hablé con él esa vez, pero destacaría entre la multitud. Cuadrado, tatuado y pelirrojo.

En los ojos de Nash brilló una nostalgia extraña.

—¿Estás bien? —insistí.

Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y dijo:

—Sí.

—¿Crees que está implicado en el allanamiento?

Nash se mesó el pelo como hacían los Morgan cuando estaban nerviosos y dijo:

—Es imprevisible, y no me fío de la gente así. Y encima fue a la biblioteca a hablar contigo.

—Me pidió ayuda con el ordenador.

Nash asintió. Me lo imaginé atando cabos en su cabeza, tratando de hallar un patrón.

—Y luego te lo encuentras en el bar la misma noche en la que asaltan tu domicilio. No puede ser casualidad.

Me estremecí y dije:

—Yo solo espero que, fuera quien fuera, encontrara lo que buscara, porque así no tendrá motivos para volver.

—Yo también lo espero —dijo—. ¿Has hablado con Waylay del tema?

—Sí, al final lo hice. Se lo tomó bastante bien; estaba más preocupada por si le habían robado su ropa nueva que por el allanamiento en sí. No creo que supiese lo que buscaba Tina, o quien fuera. No es como si tuviéramos un montón de teles robadas en el salón.

—He estado pensando —dijo Nash, que se rascó la mandíbula —. No tienen por qué ser bienes robados. Si Tina presumía de pasta, puede que haya sido un trabajito diferente.

—¿Como qué?

—La gente cobra por lo que sea. A lo mejor ha dejado lo de vender pertenencias robadas y se ha metido en otra cosa. A lo mejor ha dado con una información que quería alguien o que alguien no quería que se supiera.

—¿Cómo se pierde o se oculta información?

Me sonrió con cariño y dijo:

—No todos somos tan organizados como tú, cielo.

—Como esto haya pasado porque Tina ha sido una irresponsable y ha perdido información, me voy a cabrear — le aseguré —. Tuvo nueve llaves de casa. Nueve. Y ya no te digo llaves del coche.

Nash, sin perder la sonrisa, dijo:

—Todo saldrá bien, Naomi, te lo prometo.

Asentí. Sin embargo, no dejaba de pensar en lo mucho que me había hecho sufrir Tina pese a los esfuerzos de mis padres. ¿Cómo nos protegerían la comisaría de un pueblo y un policía herido?

Y, entonces, caí en la cuenta. A lo mejor iba siendo hora de que plantase cara.

Nash se recostó en la pared. Su expresión no traslucía nada, pero habría apostado a que le dolía el hombro.

—Quería preguntarte algo —dijo, serio.

—Ah, ¿sí? —dije como pude. A ver, Nash era tan insultantemente guapo como el capullo de su hermano. Era mucho más simpático, de aquí a Lima. Se le daban bien los niños. Se llevaba genial con Waylay. Pero si pensaba pedirme salir días después de lo de Knox, se iba a llevar un chasco.

No podía pensar en otro Morgan. Tenía que centrarme en mi sobrina y la tutela.

—¿Te importa si hablo con Waylay? — preguntó.

Di un respingo y rebobiné su discurso por si me había perdido la parte en la que me invitaba a cenar. No me había saltado nada.

—¿Con Waylay? ¿Por qué?

—Porque a lo mejor le formulo la pregunta clave y la ayudo a recordar algún detalle importante de antes de que su madre se marchara. Conoce a Tina mejor que cualquiera de nosotros.

Temblé y dije:

—¿Crees que tiene algo que ver en todo esto?

—No, no lo creo, pero sé lo que es ser el niño callado que se guarda las cosas.

Veía ese rasgo en él. Knox era el que daba la cara y afrontaba los problemas. Nash, en cambio, era don perfecto, pero había un abismo de silencio ahí, y me pregunté qué secretos se ocultarían tras su superficie.

—Vale —accedí—. Pero quiero estar presente cuando hables con ella. Por fin ha empezado a confiar en mí, a abrirse conmigo. Así que quiero estar ahí.

—Por supuesto. —Me pasó un mechón por detrás de la oreja y pensé en lo bueno que era. Entonces, deseé que fueran los dedos de Knox los que me tocaran el pelo, y volví a enfadarme.

La puerta del baño se abrió y salió Sloane. O tropezó, para ser exactos. La atrapé, y ella me sonrió y me estrujó las mejillas.

—¡Qué guapa ereeeees!

—Ya la llevo yo a la mesa — se ofreció Nash.

—Tú también eres muy guapo, Nash — dijo Sloane.

—Lo sé. Es una maldición, Sloaney Bologna.

—Oh, te acuerdas —dijo con aire soñador mientras la llevaba a la barra.

Entré en el baño de mujeres y decidí que no era una estancia en la que quisiera quedarme mucho rato. Así que hice lo que debía en un visto y no visto y salí escopeteada al pasillo. No había niñeros al acecho, por lo que saqué el móvil y abrí un correo.

Eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que ni Lucian ni Nash se habían acercado y me puse a escribir.

Para: Tina
De: Naomi
Asunto: Lo que buscas
No sé qué buscas, pero si así desapareces de mi vida, te ayudaré a encontrarlo. Dime cómo doy con ello y cómo te lo doy.
N.

Si encontraba lo que Tina quería, podría hacerla desaparecer de mi vida. Si no era algo en plan códigos nucleares, se lo entregaría, o, al menos, lo usaría de cebo para sacarla de su escondite.

Esperé a que me asaltara la culpa, pero no sentí nada. Seguía aguardando cuando me sonó el móvil en la mano.

«Knox Morgan».

No sé si fue el *fireball* o las charlas motivacionales, pero me sentía preparada para tomar las riendas. Me cuadré y acepté la llamada.

—¿Qué?

—¿Naomi? Menos mal. —Parecía aliviado.

—¿Qué quieres, Knox?

—No sé qué te habrá contado Lina, pero no es lo que crees.

—Lo que creo —lo interrumpí— es que tu vida amorosa no me incumbe.

—Va, hombre, no seas así.

—Seré como me dé la gana, y te vas a aguantar. Deja de llamarme y de enviarme mensajes. Hemos terminado, te fuiste.

—Que no estemos juntos no significa que no quiera que estés a salvo.

Su voz y la crudeza que destilaba me llegaron al alma. Sentí que me faltaba el aire.

—Es un detalle por tu parte, pero no necesito que me mantengas a salvo. Ya hay otra línea de defensa al completo en tu lugar. Eres libre como un pájaro, disfrútalo.

—Dios, Flor, no sé cómo decírtelo para que lo entiendas.

—Ya vale, Knox. Sí que lo entiendo. Entiendo que te importaba y eso te asustó, y entiendo que Waylay y yo no éramos recompensa suficiente para que te enfrentaras a tu miedo. Lo pillo; estoy procesándolo. Tomaste una decisión y ahora tienes que apechugar. Pero yo no soy como Lina, no voy a perseguirte para que seamos amigos. Es más, considera esto mi dimisión. Mañana por la noche será la última vez que trabaje en Honky Tonk. Que vivamos en el mismo pueblo no significa que tengamos que vernos las caras todo el santo día.

—Naomi, esto no es lo que quería.

—Sinceramente, me da igual lo que quieras. Por una vez, voy a pensar en lo que quiero yo. Deja de llamarme y de escribirme. Diles a tus niñeros que se larguen y deja que siga con mi vida. Tú ya no formas parte de ella.

—Si esto es por lo que dije de Nash y tú, perdona. Me dijo que…

—Voy a cortarte ahí, no vaya a ser que vuelvas a decir que soy tus sobras.

Me da igual lo que digas o pienses de mí o de los hombres con los que decida salir. No necesito tu opinión ni tus disculpas a medias. ¿Quién pide perdón diciendo «perdona»? — exigí saber, procurando hacer una imitación que no fuera halagadora.

No se oía nada al otro lado de la línea. Por un momento, pensé que me había colgado.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó.

Me acerqué el teléfono a la cara y grité.

Unas sillas chirriaron y, al segundo, Lucian y Nash estaban en la boca del pasillo. Levanté un dedo para que no intervinieran y dije:

—Te sugiero que borres este número porque, como vuelvas a llamarme, le diré a Waylay que no te devuelva al perro.

—Naomi…

Colgué y me guardé el móvil en el bolsillo.

—Que alguien me lleve a casa, me duele la cabeza.

Pero no era nada comparado con lo que me dolía el corazón.

Capítulo 45: Discusión en el bar

Knox

Entré en el Honky Tonk con mucho ímpetu. La noche anterior no había pegado ojo después de hablar con Naomi por teléfono. ¡Qué mujer tan tozuda! Le daba igual que quisiera lo mejor para ella, se negaba a ponerse en mi piel. Dejar un buen empleo solo porque han herido tus sentimientos es un motivo de mierda para renunciar al dinero, y pensaba decírselo.

En vez de saludarme como siempre, el personal de cocina me echó un par de miradas furtivas. De pronto, todos estaban tan ocupados con sus tareas que ni me prestaban atención.

Tenían que dejar de mirarse el ombligo y superarlo.

Entré en el bar y encontré a Naomi encima de una mesa del rincón, riendo por algo que le estaba contando su madre. Una noche por semana, Lou y Amanda venían a tomar algo.

Sabía que no tenía nada que ver con apoyar mi negocio, sino con demostrarle a su hija que estaban de su parte.

El resto de su zona estaba llena. Así de fuerte era su poder de atracción.

Knockemout la había acogido como a mi hermano y a mí hacía tantos años. Si creía que iba a dejarme atrás, se llevaría un chasco.

Una pierna larga enfundada en un pantalón tejano me impidió el paso.

—Echa el freno, vaquero. Parece que vayas a cargarte a alguien.

—No tengo tiempo para jueguecitos, Lina — le dije.

—Pues deja de jugar.

—No soy yo el que juega. Igual que a ti, le dije cómo iba a ir la cosa, y así fue. No tiene derecho a estar cabreada conmigo.

—¿Te has planteado contarle el verdadero motivo por el que eres así? — preguntó mientras alzaba una copa. Me daba la sensación de que me había robado *bourbon* de mi alijo personal.

—¿De qué hablas? —inquirí sin alterarme.

Giró el cuello como si estuviera calentando para empezar una pelea.

—Mira, Knox, a las mujeres se nos activa un sexto sentido cuando nos vienen con medias tintas.

—Vale, ¿y?

Naomi abandonó su mesa tras despedirse con la mano y se dirigió a la siguiente, una de cuatro en la que todos eran moteros.

—Naomi sabe que ocultas algo. Yo lo sabía, y apostaría a que las demás mujeres de tu vida también lo sabían. Nos pirra un hombre herido porque creemos que seremos la chica con la que se abrirá. La chica que lo curará con su amor como por arte de magia.

—Venga ya, Lina.

—Lo digo en serio. Pero te empeñas en apartarnos, y creo que es porque no quieres que sepamos la verdad.

—Hablas como un jodido psicólogo de la tele.

—El caso es que Naomi merece saber la verdad, por muy fea que sea. No te perdonará y «lo superará», como tú dices, a menos que seas sincero con ella. Se lo debes.

—Qué mal me caes ahora mismo — le dije.

Lina sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Y qué poco me importa. —Apuró la bebida y dejó la copa vacía en la barra —. Nos vemos luego. Procura no cagarla más todavía.

Con esa frase resonando en mis oídos, rodeé la barra y me topé con Naomi en el mostrador.

Aún no me había visto, así que me quedé ahí, tenso por las ganas de tocarla. Tenía la cara colorada y estaba muy *sexy* con el pelo ondulado. Volvía a llevar una puñetera falda vaquera, pero esta parecía nueva e incluso más corta que las anteriores, y llevaba botas vaqueras y una camiseta de manga larga con cuello en V de Honky Tonk. Era la fantasía de todo hombre.

Era mi fantasía.

—Tengo que hablar contigo — dije.

Se sobresaltó al oírme. Entonces, me miró de arriba abajo y dio media vuelta.

La cogí del brazo y añadí:

—No te lo estoy pidiendo.

—Por si no te has dado cuenta, tengo siete mesas que atender, jefe. Estoy liada, es mi última noche y no hay nada de lo que hablar.

—Te equivocas, Flor. No es tu última noche y tienes que escuchar muchas cosas.

Estábamos cerca, demasiado cerca. Mis sentidos estaban embotados por su culpa. Por su aroma, su piel suave como el terciopelo, su voz. Me volvían loco.

Y ella también lo sentía. La atracción no había desaparecido porque la hubiera mandado a tomar viento. Al revés, pasar una semana sin ella me había hecho desearla más aún si cabe.

Echaba de menos amanecer a su lado, verla sentada a la mesa de Liza, acompañar a Waylay a la parada del autobús, que me besara como si no pudiera contenerse.

La música que sonaba por los altavoces cambió a un himno *country* de lo más animado que los clientes celebraron.

—Estoy liada, vikingo. Si me sacas de aquí por la fuerza, solo conseguirás quedarte sin beneficios.

Apreté la mandíbula y dije:

—Ocúpate de tus mesas. En quince minutos, que tienes un descanso, ven a mi despacho.

—Claro, vale —dijo con un tono que rezumaba sarcasmo.

—Como en quince minutos no estés en mi despacho, vendré aquí, te cargaré al hombro y te llevaré a cuestas. — Me acerqué a ella lo bastante como para besarla —. Y tu falda no está preparada para eso.

Noté el escalofrío que le dio cuando le rocé la oreja con los labios.

—Quince minutos, Naomi —insistí, y la dejé ahí plantada.



Dieciséis minutos más tarde, estaba en mi despacho, solo y con un cabreo monumental. Abrí la puerta con tanta fuerza que los goznes chirriaron. Cuando llegué al bar, Naomi asomó la cabeza por encima de la barra como los ciervos cuando huelen peligro.

Fui a por ella.

Abrió los ojos como platos cuando se dio cuenta de lo que pretendía.

—Te he avisado —le dije mientras retrocedía un paso y luego otro.

—¡No te atreverás!

Joder, iba a ver que sí.

La cogí por el brazo y la doblé por la cintura. En menos que canta un gallo, ya la tenía colgada al hombro. Era un récord. El bar enmudeció; solo se oía a Darius Rucker por los altavoces.

—Max, sirve esas copas —dije, señalando con la cabeza la bandeja de Naomi.

Naomi se revolvió para enderezarse, pero no caería esa breva. Le di un cachete fuerte en el culo con el que toqué tela, algodón y piel desnuda.

El bar se sumió en el caos.

Naomi chilló y se bajó el dobladillo de la falda.

Llevaba las bragas que le había comprado, lo que me indicó que, pese a lo fría que había sido, me añoraba.

—¡Se me ven las bragas! —gritó.

Le tapé el culo con la palma y dije:

—¿Mejor?

—Te voy a dar un bofetón tan fuerte que te voy a girar la cara — me amenazó mientras salía del bar con paso firme, rumbo a mi despacho.

Para cuando introduje la contraseña en la puerta, Naomi había dejado de forcejear y miraba al suelo con los brazos cruzados como para demostrar que estaba de morros.

No me gustó quitarle las manos de encima. Deseé que hubiese un modo de resolver aquello sin soltarla. Pero si en circunstancias normales ya se me daba mal hablar, empalmado era mucho peor.

La agarré por las caderas y la bajé al suelo. Por un instante, nos quedamos así, pegados como si fuéramos uno. Y durante esos segundos, mientras me miraba a los ojos con las palmas en mi pecho, sentí que todo iba bien.

Entonces, me apartó de un empujón y retrocedió.

—¿Qué quieres de mí, Knox? Dijiste que no querías estar conmigo. Pues no estamos juntos. No voy por ahí persiguiéndote para suplicarte que me des otra oportunidad, he respetado tus deseos.

Me preocupaba que me malinterpretase si miraba bajo mi cinturón, así que la invité a que tomara asiento.

—Siéntate.

De brazos cruzados, me fulminó con la mirada unos buenos treinta segundos. Entonces, cedió.

—Está bien —dijo, y se sentó en la silla de mala gana. Pero alejarla no me alivió. Empezaba a comprender que no hacía más que acercarme a ella —. Dices una cosa y haces todo lo contrario, y así siempre.

—Lo sé.

Eso la calló.

Tenía que moverme, así que me planté delante de la mesa para que algo se interpusiera entre nosotros.

—Hay algo que no sabes.

Se dio toquecitos en los brazos con los dedos y dijo:

—¿Vas a contármelo ya o voy a tener que despedirme de mis propinas?

Me mesé el pelo y me rasqué la barba. Sentía que me sudaba y me picaba todo.

—No me metas prisa, ¿vale?

—No voy a perder horas de trabajo por tu culpa — dijo.

—Joder, Naomi, dame un momento. No hablo de esto con cualquiera, ¿vale?

—Entonces, ¿por qué empezar ahora? — dijo, y se levantó.

—Conociste a mi padre —farfullé.

Despacio, volvió a hundirse en la silla.

Empecé a pasearme por el despacho.

—En el albergue —continué.

—Madre mía. Duke —dijo tras caer en la cuenta —. Le cortaste el pelo. Nos lo presentaste.

No se lo presenté; Naomi se presentó sola.

—Cuando mi madre murió, no lo llevó bien. Se dio a la bebida, dejó de trabajar, lo arrestaron por conducir bajo los efectos del alcohol… Ahí fue cuando Liza y Pop nos acogieron. Aunque ellos también estaban de luto. Pero para ellos, estar conmigo y con Nash no era un doloroso recuerdo de lo que habían perdido. Para mi padre, en cambio… No podía ni mirarnos. Siguió bebiendo aquí, en este mismo bar, antes de que se convirtiera en el Honky Tonk.

Quizá por eso lo comprase. Quizá por eso estuviese tan empeñado en restaurarlo.

—Cuando el alcohol dejó de hacerle efecto, buscó algo más fuerte.

Una avalancha de recuerdos que creía desterrados me asaltó al momento.

Papá con los ojos rojos, arañazos en los brazos y cortes y moretones en la

cara que no recordaba haberse hecho.

Papá hecho un ovillo en el suelo de la cocina, chillando por unos bichos.

Papá en la cama de Nash, sin dar señales de vida, con un bote de pastillas vacío al lado.

Eché una mirada furtiva a Naomi. No movía un músculo y tenía los ojos muy abiertos y tristes. Mejor eso que su fría indiferencia de antes.

—Fue a rehabilitación mil veces hasta que mis abuelos lo echaron. — Con una mano me acaricié el pelo y con la otra, la nuca.

Naomi no dijo nada.

—No se ha recuperado. Tampoco es que lo haya intentado; Nash y yo no éramos motivo suficiente para salir adelante. Perdimos a mi madre, pero ella no eligió dejarnos. — Tragué saliva con fuerza —. Mi padre sí lo eligió. Nos abandonó, y cada día se levanta y toma la misma decisión.

Naomi suspiró temblorosa. Me fijé en que se le habían humedecido los ojos.

—No —le advertí.

Asintió ligeramente y pestañeó para hacer desaparecer las lágrimas. Decidido a soltarlo todo, le di la espalda.

—Liza J y Pop se dejaron la piel para que no sufriéramos. Teníamos a Lucian, el instituto, a los perros y el arroyo. Nos costó unos años, pero fue bien. Estábamos bien, vivíamos nuestra vida. Entonces, a Pop le dio un infarto. Se desmayó mientras arreglaba el bajante de detrás de la casa, y antes de caer al suelo, ya estaba muerto.

Oí la silla moverse y, al momento, Naomi me abrazaba por la cintura. No dijo nada. Se pegó a mi espalda y se quedó ahí. Y la dejé. Era egoísta, pero el calor de su cuerpo me consolaba.

Cogí aire para aligerar la opresión que notaba en el pecho.

—Fue como volver a perderlos. Más pérdidas de mierda. Fue demasiado para Liza J. Se vino abajo y lloró delante del ataúd. Lloró sin parar y en silencio ante el hombre al que había amado desde siempre. No me he sentido más impotente en mi puñetera vida. Cerró la casa, corrió las cortinas para que no entrara la luz y dejó de vivir.

De nuevo, no fui motivo suficiente para convencer a un ser querido de que siguiera adelante.

—Esas cortinas siguieron cerradas hasta que llegaste tú — susurré. Noté que cogía aire con brusquedad y que le costaba respirar —. Joder, Naomi, te he dicho que no llores.

—No estoy llorando. —Se sorbió los mocos.

La puse delante de mí. Las lágrimas surcaban su bonita cara, y le temblaba el labio inferior.

—Lo llevo en la sangre. Ni mi padre ni Liza J. lo llevaron bien. Perdieron el norte y lo que los rodeaba se les fue de las manos. Es mi destino, y no puedo permitirme acabar así. Hay gente que depende de mí. Si es que hay días en los que todo el pueblo necesita algo de mí. No puedo ponerme en una tesitura en la que los decepcione a todos.

Naomi, temblorosa, suspiró despacio.

—Entiendo por qué te sientes así — acabó diciendo.

—No me compadezcas. —Le estrujé los brazos.

Se secó las lágrimas y dijo:

—No te compadezco. Me pregunto cómo es que no estáis más traumatizados ni sois más inseguros. Tú y tu hermano deberíais estar muy orgullosos de vosotros mismos.

Resoplé y sucumbí al impulso de abrazarla. Apoyé la barbilla en su coronilla.

—Lo siento, Naomi. No sé ser diferente.

Se quedó quieta y echó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—¡Ahí va, Knox Morgan ha dicho que lo siente!

—Ya, bueno, no te acostumbres.

Se le descompuso el gesto. Entonces me di cuenta de la idiotez que había soltado.

—Mierda. Lo siento, soy imbécil.

—Sí —convino, y se sorbió los mocos con ganas.

Eché una ojeada a mi despacho. Pero era un hombre, no tenía una caja de pañuelos a mano.

—Ten —dije mientras nos movía al sofá en el que estaba mi bolsa de deporte. Saqué una camiseta a lo bruto y la usé para limpiar las lágrimas que me estaban partiendo el alma. Que Naomi me dejase secárselas lo hizo un poco más soportable.

—¿Knox?

—¿Sí, Flor?

—Espero que algún día encuentres a la mujer que haga que todo eso valga la pena.

Le levanté la barbilla con un dedo y dije:

—Cielo, creo que no lo pillas. O estoy contigo y con Way, o no estoy con

nadie.

—Eso es muy bonito y muy turbio a la vez — susurró.

—Lo sé.

—Gracias por contármelo.

—Gracias por escucharme.

Me sentía… diferente. Más ligero, como si hubiera descorrido mis cortinas, o algo así.

—¿Estamos bien? —pregunté mientras enredaba los dedos en su pelo y se lo pasaba por detrás de las orejas —. ¿O todavía me odias?

—Bueno, te odio mucho menos que cuando he entrado a trabajar.

Sonreí y dije:

—¿Eso es que te quedas? Los clientes te adoran, el personal también, y el jefe está muy colado por ti.

Estaba más que colado. Abrazarla de ese modo y hablar así con ella me despertaba algo dentro; algo parecido a fuegos artificiales.

Frunció los labios y me tocó el pecho con las dos manos.

—Knox —dijo.

Negué con la cabeza y dije:

—Ya. No es justo que te pida que te quedes cuando no puedo ser el hombre que mereces.

—Creo que mi corazón no está a salvo contigo.

—Naomi, lo último que quiero es hacerte daño.

Cerró los ojos y dijo:

—Ya, si lo entiendo, pero no sé cómo impedir volver a hacerme ilusiones.

Le levanté la barbilla otra vez y dije:

—Mírame.

Me hizo caso.

—Habla.

Puso los ojos en blanco.

—Es que míranos. Sabemos que esto no va a ningún lado y, aun así, seguimos entrelazados. Literalmente.

Madre mía, cómo me gustaba que usara esas palabras.

—Durante un tiempo, seré capaz de recordarme que no puedes estar conmigo. Pero tarde o temprano, se me irá olvidando. Porque tú eres tú, y quieres ocuparte de todo y de todos. Le comprarás a Waylay un vestido que le encante, o mi madre te engatusará para que juegues al golf con ella los fines de

semana, o volverás a traerme café cuando más lo necesite, o volverás a arrearle un puñetazo en la cara a mi ex. Y lo olvidaré. Y volveré a enamorarme por ti.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté mientras volvía a abrazarla —. No puedo ser el hombre de tus sueños, pero tampoco puedo separarme de ti.

Naomi me puso una mano en la mejilla y me miró con algo que se parecía muchísimo al amor.

—Por desgracia, vikingo, esas son tus dos únicas alternativas. Una vez alguien me dijo en este mismo despacho que da igual lo malas que sean tus opciones: siempre hay una elección.

—Creo que ese tío también te dijo que hay un hombre por ahí que en su día ya sabía que no sería lo bastante bueno para ti.

Naomi me dio un apretón y fue apartándose de mí.

—Tengo que volver al trabajo.

Soltarla iba contra todos mis instintos, pero lo hice de todas formas.

Me sentía raro. Abierto, expuesto, en carne viva. Pero a su vez, mejor. Naomi me había perdonado. Le había mostrado cómo era en realidad, de dónde venía, y lo había aceptado todo.

—¿Hay alguna posibilidad de que recupere a mi perro? — pregunté.

Naomi me sonrió con pesar y dijo:

—Eso es entre tú y Waylay; a lo mejor también necesita que te disculpes con ella. Esta noche se queda con Liza.

Asentí y dije:

—Vale, guay. ¿Naomi?

Se detuvo en la entrada y miró atrás.

—¿Crees que si hubiéramos seguido…? Vamos, que si no hubiéramos cortado, ¿tú me…? — No me salían las palabras. Me obstruían la garganta y me la cerraban.

—Sí —dijo con una sonrisa triste que me revolvió las entrañas.

—¿Sí, qué? —insistí.

—Te habría querido.

—¿Cómo lo sabes? —exigí saber con la voz ronca.

—Porque ya te quiero, tontorrón.

Y, sin más, abandonó mi despacho.

Capítulo 46: Tina es lo peor

Naomi

Fui directa al baño a lavarme la cara. Knox Morgan ponía a prueba el maquillaje de una mujer, y de qué manera. Tras borrarme la cara de payasa triste y volver a pintarme los labios, observé mi reflejo largo y tendido.

Los pequeños retazos de mi corazón roto se habían convertido en un fino polvo gracias a la confesión de Knox.

—No me extraña —le susurré a mi reflejo.

Había cosas que uno nunca dejaba atrás. Ambos queríamos a alguien que nos amara lo bastante como para compensar todas las veces que no habíamos sido suficiente. Era un desperdicio que sintiéramos lo que sentíamos y no pudiéramos ser esa persona para el otro.

No podía hacer que Knox me quisiera lo suficiente, y cuanto antes lo superara, mejor. Quizá algún día pudiéramos ser amigos. Si me hacía con la tutela y Waylay y yo decidíamos quedarnos en Knockemout para siempre.

Hablando de Waylay… Saqué el móvil de mi delantal para revisar mis mensajes. A principios de semana había aceptado que se instalara una aplicación de mensajería en el portátil para que me escribiera si me necesitaba. A cambio, me había descargado un teclado de GIF en mi móvil para que nos pasáramos el día enviándonoslos.

—Buf, estupendo —refunfuñé cuando vi el montón de mensajes nuevos.

Silver: Bonitas bragas.

Max: ¡¡¡¡Espero que lo hayáis arreglado!!!!

Mamá: Seis emojis de llamas.

Fi: Ya nos encargamos nosotros de tus mesas, tú ten tantos orgasmos como necesites en el despacho de Knox.

Sloane: Lina me ha escrito (como nueve personas más del bar). ¿En serio el malnacido ese te ha llevado a cuestas como si fuera un cavernícola? Espero que te hayas cebado con su cara y sus pelotas.

Waylay: Tía Naomi, estoy metida en un lío.

Se me heló el aire de los pulmones cuando leí el último mensaje. Me lo había enviado hacía un cuarto de hora. Con las manos temblando, le contesté a toda prisa y salí del baño escopeteada.

Yo: ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Se me ocurrió que había muchos motivos por los que una niña de once años podía estar metida en un lío. No significaba que hubiera una emergencia de verdad. A lo mejor se había dejado los deberes de mates, había roto sin querer el gnomo de jardín favorito de Liza o le había venido la regla.

Pero en los cinco últimos minutos me había llamado un número desconocido tres veces. Algo iba mal.

Fui a la cocina y busqué el número de Liza en mi lista de contactos.

—¿Todo bien, Naomi? —me preguntó Milford mientras corría hacia el aparcamiento.

—Sí, eso creo. Una llamadita y vuelvo — dije, y acto seguido crucé la puerta que daba al frío aire nocturno.

Estaba a punto de darle a llamar cuando me cegaron los faros de un coche. Me tapé con la mano y retrocedí.

—Naomi.

Mis brazos cayeron flácidos a mis costados. Conocía esa voz.

—¿Tina?

Mi hermana gemela se asomó a la ventanilla del conductor. Me dio la sensación de que volvía a mirarme al espejo. Al espejo de una casa del terror. Su

pelo, antes decolorado, ahora era castaño oscuro y presentaba un corte similar al mío. Nuestros ojos eran del mismo tono avellana. Las diferencias eran sutiles; llevaba una chaqueta de cuero falsa y barata, tenía varios pendientes en las orejas y su delineador era grueso y azul.

Pero se la veía tan preocupada como a mí.

—¡Tiene a Waylay! Se la ha llevado — dijo.

Se me cayó el alma a los pies. Me entraron náuseas a la vez que se me tensaban todos los músculos.

—¿Cómo? ¿Quién se la ha llevado, dónde está?

—Es culpa mía. —Se lamentaba Tina —. Tenemos que irnos, tienes que ayudarme. Sé dónde se la ha llevado.

—Hay que llamar a la policía — dije al recordar que tenía el teléfono en la mano.

—Llámalos de camino, hay que volar — dijo —. Venga.

Por inercia, me dirigí a la puerta del copiloto y me subí al coche. Me estaba abrochando el cinturón cuando algo peludo me ciñó la muñeca.

—¿Qué haces? —grité.

Tina me agarró el otro brazo y, en el proceso, me clavó las uñas en la muñeca. Traté de zafarme de su agarre, pero no fui lo bastante rápida. Me colocó la otra esposa.

—Para ser la hermana lista, eres muy tonta — dijo mientras se encendía un cigarrillo.

Mi gemela diabólica acababa de esposarme al salpicadero con esposas de terciopelo *sexys*.

—¿Y Waylay?

—Calma. —Me echó el humo en la cara y añadió —: La niña está bien, y tú también lo estarás si colaboras.

—¿Colaborar? ¿Contigo? —Tiré de las esposas.

Tina se carcajeó mientras abandonaba el aparcamiento.

—Están chulas, ¿eh? Las encontré en una caja de juguetes sexuales que había en el trastero del capullo de mi antiguo casero.

—¡Qué asco! —Cuando aquello acabara, tendría que frotarme con lejía.

Mi móvil estaba bocabajo en el suelo. Si lo alcanzaba, podría llamar a alguien. Volví a tirar de los grilletes, y grité cuando se me clavaron en la piel.

—Vi tu correo —dijo mi hermana como si nada —. Pensé que entre tú y mi hija encontraríamos lo que estoy buscando en un periquete.

—¿Encontrar el qué? —Le di golpecitos al teléfono con la puntera de la bota con la esperanza de girarlo. El ángulo no era muy bueno, así que, en vez de darse la vuelta, se fue más al fondo.

—No me extraña que no lo sepas. Si algo bueno tiene mi hija es que sabe tener la boca cerrada. Mi chico y yo dimos con una información muy jugosa por la que mucha gente pagaría un pastón, y la guardamos en un USB, pero el USB ha desaparecido.

—¿Y qué tiene que ver eso con Waylay? — Esta vez sí que conseguí darle la vuelta, pero por desgracia, se encendió la pantalla. La luz no era muy sutil.

—¡Vaya, vaya! Buen intento, santita. — Mi hermana se agachó a por el móvil. El coche se salió de la carretera y se metió en el arcén. Los faros iluminaban un largo sendero vallado a los lados para el ganado.

—¡Vigila! —Me agaché a la vez que atravesábamos la valla y parábamos en el prado en el que pastaban los caballos. Me di con la cabeza en el salpicadero y vi las estrellas.

—¡Uy! —dijo Tina, que se incorporó teléfono en mano.

—¡Ay! Veo que tu destreza al volante no ha mejorado ni un poquito.

—Orgasmos y bragas —dijo en tono pensativo mientras ojeaba mis mensajes —. Mmm, a lo mejor molas más desde que te graduaste.

Me agaché para llevar una mano encadenada a mi dolorida frente.

—Más te vale no haberle tocado un pelo a Waylay, descerebrada irresponsable.

—Veo que sigues hablando como una finolis. ¿Por quién me tomas? No le haría daño a mi propia hija.

Parecía ofendida.

—Eh —dije, cansada—. Llévame con Waylay.

—Ese es el plan, santita.

«Santita» era el diminutivo de «santurrona», el apodo que me había puesto Tina cuando teníamos nueve años y quería comprobar lo lejos que podíamos disparar una flecha con el carcaj de nuestro tío que había encontrado.

Ojalá hubiera tenido ese carcaj en aquel momento.

—No puedo creer que seamos parientes.

—Ya somos dos —dijo mientras tiraba el cigarrillo por la ventanilla seguido de mi teléfono.

Encendió la radio y pisó el acelerador a fondo. El coche derrapó sin control por la hierba húmeda y cruzó a toda pastilla el enorme agujero de la valla.



Al cabo de media hora, Tina abandonaba el camino lleno de baches y cogía un atajo que conducía a una zona industrial en ruinas de los suburbios de Washington D. C. Se detuvo ante una valla metálica y tocó la bocina.

La discreción no era la especialidad de mi hermana.

Me pasé todo el trayecto pensando en Waylay, Knox, mis padres, Liza, Nash, Sloane. En las chicas del Honky Tonk. En cómo, por fin, había encontrado un hogar solo para que viniera Tina y me aguase la fiesta. Otra vez.

Emergieron dos figuras oscuras vestidas con cuero y vaqueros y abrieron la puerta, que hizo un chirrido ensordecedor.

Debía usar mis puntos fuertes y jugar bien mis cartas. Rescataría a Waylay y encontraría una salida. Podía hacerlo.

Pasamos por la puerta y Tina detuvo el coche ante un muelle de carga. Se encendió otro cigarrillo. El cuarto en lo que llevábamos de viaje.

—No deberías fumar tanto.

—¿Qué eres, la poli de la salud?

—Te saldrán arrugas.

—Para eso están las cirugías plásticas — repuso Tina mientras se levantaba sus prominentes pechos de silicona —. Eso es lo malo de ti: que te preocupan tanto las consecuencias que no te lo pasas bien.

—No como a ti, que no piensas ni por un segundo en ellas — señalé —. Mira a lo que te ha llevado tu actitud. Has abandonado a Waylay para luego secuestrarla, me has raptado, y no hablemos de la cantidad de veces que me has robado. Y ahora traficas con objetos robados.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál de las dos se divierte más?

—Pues yo me he acostado con Knox Morgan.

Tina me observó a través de la bocanada de humo y dijo:

—Estás de coña.

Negué con la cabeza y dije:

—No estoy de coña.

Le dio un golpe al volante y se carcajeó.

—Vaya, vaya, si la santurrona se ha soltado la melena. Lo próximo será que bailes en la barra en las noches de aficionadas y robes rasca y gana.

Lo dudaba mucho.

—¿Quién sabe? Igual te has soltado tanto que hasta encontramos el vínculo de hermanas por el que te lamentabas siempre — dijo Tina, que me pegó en el muslo con lo que podría interpretarse como cariño —. Pero antes tenemos que ocuparnos de un asunto.

Le enseñé mis manos esposadas y pregunté:

—¿De qué asunto voy a ocuparme llevando estas esposas *sexys*?

Tina rebuscó en el bolsillo de su puerta y sacó un manojo de llaves.

—El caso es que necesito que me hagas un favor.

—Por ti, lo que sea —repuse en tono seco.

—Me he apostado cien pavos con mi chico a que podría traerte aquí sin noquearte u obligarte. Le dije que eras inocentona por naturaleza, pero me dijo que era imposible que consiguiese que entrases ahí por tu propio pie. Así que esto es lo que vamos a hacer. Te voy a quitar las esposas y te voy a llevar con mi chico y mi hija, y no le vas a decir ni pío de esto. — Toqueteó la esposa morada con estampado de leopardo que tenía más cerca.

Mi hermana era tonta.

—Como te quite las esposas y corras o te vayas de la lengua, me aseguraré de que no vuelvas a ver a Waylay en tu vida.

Tonta y, para mi sorpresa, con una noción de lo que motivaba a la gente.

Sonrió de oreja a oreja y dijo:

—Sí, sabía que te caería bien. Supuse que tú a ella también, puesto que a las dos os va lo de ser femeninas. Sabía que eras la mejor a quien encasquetar a mi hija hasta que estuviera lista para darme el piro.

—Waylay es una chica estupenda — dije.

—No es una chivata ni una llorica, como otras — añadió mientras me miraba fijamente —. Bueno, que yo gano la apuesta y tú te lo pasas bien con la niña hasta que cobre.

Quería llevarse a Waylay. Un malestar gélido se posó en mis entrañas, pero no abrí la boca.

—¿Trato hecho?

Asentí y dije:

—Sí, trato hecho.

—Vamos a por mis cien pavos — dijo Tina la mar de contenta.

En el almacén conté tres corruptos más, todos armados y de piel oscura. En la primera planta había un montón de vehículos ostentosos. Algunos estaban tapados con lonas, y otros, con el capó subido y las puertas abiertas. En la otra punta del muelle de carga había cajas de televisores y lo que parecían más objetos robados.

Hacía frío y no llevaba la ropa adecuada.

—Espabila, santita, que hay trabajo pendiente — dijo Tina, y subió las escaleras de metal que conducían al segundo piso, una zona que en el pasado habría albergado despachos.

Mi hermana abrió la puerta y entró pavoneándose.

—Mamá ha vuelto —anunció.

Indecisa, recé para mis adentros a los dioses de las gemelas buenas. Tenía miedo. Habría dado lo que fuera con tal de tener a Knox, Nash o el cuerpo de policía de Knockemout al completo allí conmigo. Pero no caería esa breva.

Esa noche, o me salvaba yo sola o lo perdía todo.

Cuadré los hombros y crucé el umbral para hacer lo que mejor se me daba: analizar el nivel del embrollo. Hacía calor dentro. Menos mal. No mucho, pero el suficiente como para que no se me helaran las partes íntimas. El inconfundible olor a comida a domicilio pasada reinaba en el ambiente. Seguramente se debía a la pila de cajas de *pizza* y envases que había en una larga mesa plegable.

Unas ventanas sucias daban al suelo del almacén y al exterior. Apoyado en una tercera pared, había un futón coronado con unas sábanas de aspecto caro y más de seis almohadas.

También había dos percheros con ruedas de los que colgaba ropa de marca y que hacían las veces de armario. En otra mesa plegable se distinguían cientos de deportivas masculinas y mocasines de lujo.

El suelo estaba pringoso, el techo estaba agujereado, y había una gruesa capa de mugre en las ventanas.

Me entraron ganas de coger el limpiador y frotar hasta que vi una mesa con tantos fajos de billetes como para parar un tren.

—Te lo dije —soltó Tina con aire triunfal mientras me señalaba con el pulgar —. Mira cómo ha entrado.

Frené en seco cuando reconocí al hombre sentado en la silla de cuero que había delante de la tele de plasma.

Era el pelirrojo de la biblioteca y el Honky Tonk. Solo que esa vez no iba vestido para pasar desapercibido. Llevaba unos vaqueros llamativos y una

sudadera de Balenciaga naranja chillón.

Le pasaba un trapo a una pistola reluciente.

Tragué saliva.

—Bueno, bueno, pero si es la doble de mi parienta. ¿Me recuerdas? — dijo mientras esbozaba una sonrisa malvada.

—El señor Flint —dije.

Tina resopló y dijo:

—Se llama Duncan, Duncan Hugo. Como los de la mafia.

Estaba presumiendo, como si me dijera que salía con un abogado buenorro que defendía los derechos humanos, o con un ortodoncista con una casa en la playa.

—¿Qué te tengo dicho, T? Que no le digas mi nombre a nadie, joder — bramó Duncan.

—Pfff, es mi hermana —dijo mientras abría una caja de *pizza* y cogía una porción —. Si no puedo decírselo a ella, ¿a quién se lo voy a decir?

Duncan se pellizcó el puente de la nariz, un gesto que había visto hacer a mi padre y a Knox. Me pregunté si las Witt tendríamos ese efecto en los hombres.

—Esto no es una fiesta de pijamas — le recordó Duncan —. Esto son negocios.

—Serán negocios cuando apoquines. Tú has perdido y yo he ganado, así que afloja la pasta.

No creí que fuera buena idea provocar a un hombre armado, pero Tina hizo lo que siempre hacía: lo que le daba la gana a pesar de las consecuencias.

—Apúntate que te lo debo —dijo el hombre, que no dejaba de observarme. Se rascó la sien con el cañón de la pistola.

—No creo que esa sea forma de sujetar un arma — intervine.

Me observó durante varios segundos y, finalmente, esbozó una sonrisa perversa.

—Qué gracioso. Qué graciosa eres.

Estupendo. Entonces, me apuntó con el arma como si me señalara con el dedo.

—Y una mierda me lo voy a apuntar. Dame la pasta — insistió Tina.

—¿Y Waylay? —exigí saber.

—Ah, sí, eso, ¿y la niña? — preguntó Tina mientras miraba a su alrededor.

La sonrisa de Duncan se amplió y se volvió más siniestra. Le dio una patada a la silla que tenía al lado con la bota. El asiento giró poco a poco hasta quedar

frente a nosotras.

—¡Mmmmm!

Waylay, en pijama y deportivas, estaba amordazada y atada al asiento. Se la veía con ganas de guerra; su cara era un reflejo de la de su madre. Waylon estaba sentado en su regazo. Movió el rabo cuando me vio.

Se me fue el miedo y el idiota pelirrojo casi me dio pena. Si ni Tina ni yo nos lo cargábamos por atar a Waylay, Knox lo mataría por robarle al perro.

—¿Qué hace atada? —exigió saber Tina.

Duncan se encogió de hombros y se rascó entre los omoplatos con el cañón de la pistola para aliviar el picor.

—La niñata me ha llamado gilipollas y ha intentado darme una patada en las pelotas. Si me ha mordido y todo, la jodida — dijo mientras levantaba el antebrazo para fardar de vendaje.

—¿Y bien? ¿Te has portado como un gilipollas? — inquirió mi hermana, cruzándose de brazos.

Waylay, con los ojos entornados, asintió con rotundidad.

—¿Yo? —Duncan se apuntó al pecho con la pistola con cara de no haber roto un plato —. Le dije que no comiera más *pizza*, que engordaría y a nadie le gustan las gordas.

Tina dio un pisotón y le clavó un dedo en el pecho.

—Ni se te ocurra decirle a mi hija que está gorda, que después las niñas se rayan. Dismorfia corporal y ese rollo.

Estaba impresionada.

—Qué sensibles sois las tías — me dijo Duncan como si buscara que le diera la razón.

—Págame mi dinero y desátala — exigió Tina.

No me pasó por alto el orden de sus prioridades, lo que hizo que dejara de respetar a mi hermana.

Exasperada, me dirigí hacia Waylay. Waylon se bajó de su regazo y trató de acercarse, pero la correa se lo impidió.

—Ah, ah, ah. Un paso más y tendremos problemas, la que no eres Tina. — A la amenaza le siguió el ruido de una pistola al cargarse mientras Duncan se ponía en pie.

Lo fulminé con la mirada y dije:

—Me llamo Naomi.

—Como si te llamas Queen Latifah. Necesito que te quedes donde estás.

— Hizo un ademán con la pistola y añadió —: Tú, Waylay. ¿Quién coño se llama así? En fin, ¿dónde está el USB? O me lo dices en diez segundos o le meto un tiro a tu tía entre ceja y ceja.

A Tina se le cayó el cigarrillo de la boca cuando se le desencajó la mandíbula.

—¡Qué cojones! ¡Ese no era el plan, imbécil!

—Tú cierra el pico o vas después de tu hermana. ¡Eh! ¿Qué es más triste que una gemela muerta? ¡Dos gemelas muertas! — Duncan se partió de risa con su chiste.

—Maldito traidor —escupió Tina.

Duncan dejó de reírse y dijo:

—Alto ahí, T. Aún no te he traicionado. Iba en serio: podemos hacernos con el USB, venderlo y empezar una relación de verdad. ¡Algo que no tenga que ver con mi padre o el puto negocio familiar! — Hacía aspavientos con los brazos, y el cañón apuntaba a todas partes a la vez.

—¿Podrías gesticular sin el arma? — propuse.

—¡Y dale con tu padre! —le reprochó Tina a Duncan —. «Mi padre es un mafioso de la hostia, es muy difícil estar a su altura». ¡Buaa, buaa!

Me acerqué un poquito más a Waylay.

—Sabes que no me gusta que me hables como si fueras mi madre — vociferó Duncan.

—Vas de pez gordo y de jefazo, pero ¿quién es la que ha engañado a la niña para que se meta en el coche fingiendo ser mi hermana? ¿Quién ha traído a Naomi aquí?

—¡Eh, que hago esto por ti! Por fin dispondremos del material para hacer los carnés falsos de los que tanto hablas. O podemos montar una granja de donación de órganos en el mercado negro.

Arrugué la nariz y dije:

—¡Qué asco! ¿Va en serio?

—Cuidadito con mis sueños, Tina Guapa — me dijo.

Madre mía.

Tina le pegó con el dorso de la mano en el hombro y dijo:

—¿Cómo la has llamado?

Aproveché la distracción para acercarme más a Waylay.

—¡Ay! Quería decir la que no es Tina — insistió Duncan.

Mi sobrina eligió ese momento para echarse hacia adelante y volcar la silla,

lo que hizo que chocara con la mesa de fajos de billetes.

Corrí hacia adelante para desatar la correa del perro y la cuerda.

—Un movimiento más y las dos lo pagarán — me advirtió Duncan mientras me apuntaba con el arma y miraba a Waylay —. Tienes cinco segundos para cantar, niña. ¿Y el USB?

Waylay abrió los ojos como platos y, asustada, los clavó en mí.

—Cinco, cuatro, tres, dos…

Capítulo 47: Desaparecidas

Knox

—¿Qué le has hecho a Naomi? — exigió saber Fi, que me puso la piruleta en la cara nada más pisar el bar.

Me fijé en que los padres de Naomi se habían ido y habían recogido su mesa.

—He hablado con ella. Amablemente — añadí cuando vi que entornaba los ojos —. ¿Por qué?

—No habrás sido tan amable cuando sus clientes se están impacientando porque se les han acabado las bebidas.

Miré por encima del hombro de Fi e hice lo que hacía siempre: buscar a Naomi. Pero Fi tenía razón, no estaba.

—Como la hayas espantado en pleno servicio…

—¡Que no la he espantado! Hemos hablado y ha ido bien. Estamos bien. ¿Has mirado en el baño?

—Ostras, ¿cómo no se me habrá ocurrido? — dijo Fi con un tono que destilaba sarcasmo.

—¿Le has preguntado qué le ha hecho a Naomi? — inquirió Max al pasar.

Algo helado se posó en mis entrañas. Pasé de mis empleadas y entré en la cocina en tromba.

—¿Está aquí Naomi?

Milford dejó de mirar el pollo que estaba asando y señaló el aparcamiento con la cabeza.

—Ha salido hace poco a hacer una llamada. Parecía alterada. ¿Ya has vuelto a meterte con ella?

No me molesté en contestar. En vez de eso, fui directo a la puerta y la abrí con brusquedad. Fi me pisaba los talones. Hacía un frío que pelaba, por lo que el gélido temor que me devoraba no se derritió. No había ni rastro de Naomi.

—Mierda. —Aquello me daba mala espina.

—Estará tomando el fresco para recuperarse del hecho de que le hayas roto el corazón y la hayas humillado delante de medio pueblo — aventuró Fi mientras examinaba el aparcamiento conmigo. Pero tampoco parecía convencida.

—Esto no me gusta —mascullé—. ¡Naomi!

Pero no hubo respuesta.

—¡Naomi, Knox siente ser un capullo! — gritó Fi a mi lado.

Nada.

Me sonó el móvil y lo saqué del bolsillo sin delicadeza.

«Nash».

—¿Qué pasa?

—Te aviso. Estoy de camino a casa de Liza. Me ha dicho que Waylay no está, que sacó a tu perro a mear y ninguno de los dos ha vuelto.

El hielo de mis entrañas se convirtió en un iceberg.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos cuarenta minutos. Liza ha salido a buscarlos; cree que ha visto unos faros traseros en dirección a la carretera. Me ha dicho que ha probado a llamar a Naomi, pero que no se lo coge. Lo he intentado yo también y me ha saltado el contestador. Seguro que no es nada, pero quiero que la avises.

Mierda, mierda, mierda.

El corazón me retumbaba como un tambor.

—Naomi ha salido a hacer una llamada y nadie la ha visto desde entonces. Estoy en el aparcamiento y no está aquí.

—Me cago en Dios.

—Tengo un mal presentimiento — dije mientras me mesaba el pelo —. Voy a buscarlas.

—Hazme un favor antes y llama a los padres de Naomi. Voy a por Liza. Ordenaré a algunos de mis hombres que peinen el bosque.

—No estará ahí —le dije.

—Habrá que empezar por algún sitio. Te llamo luego — dijo Nash.

Al instante, llamé a Naomi y volví dentro. Fi me siguió con los ojos como platos, preocupada.

Chasqueé los dedos ante su rostro y dije:

—Mira lo que han grabado las cámaras de seguridad del aparcamiento.

No me lo discutió. Se limitó a asentir con la cabeza y salió disparada hacia el despacho.

—¿Naomi está bien, jefe? —me preguntó Milford.

—No está fuera.

—¡Eh! Me vendría bien una manita. La gente se está impacientando y tiene sed — dijo Max mientras entraba en la cocina contoneándose. Nos miró y frenó en seco —. ¿Qué pasa?

—No encuentro a Naomi —le dije mientras el móvil me pitaba en el oído.

—¿Qué le has dicho esta vez? — exigió saber Max.

—Hola, has llamado a Naomi Witt. ¡Gracias por llamar! Deja un mensaje.

Volví a llamar mientras la preocupación me acechaba en forma de nubarrón helado.

—Venga, Flor, contesta —mascullé.

—Déjame a mí —dijo Max mientras sacaba su móvil.

—Avísame si consigues contactar con ella. Necesito saber dónde está.

—¿Qué pasa? —preguntó Silver, que se asomó a la puerta.

—Waylay y Naomi han desaparecido — solté.

Todas las miradas se posaron en mí.

—¿Qué probabilidades hay de que las dos desaparezcan a la vez? — inquirió Max.

Negué con la cabeza y ojeé mi lista de contactos. Me temblaban las manos. Llamé a Lou.

—Sé que estás en una cita y que no soy tu persona favorita en estos momentos, pero creo que estamos en un lío — le dije nada más contestar.

—¿Qué pasa?

—Liza ha dicho que Waylay ha vuelto a desaparecer. Ha ido con Nash a buscarla, pero Naomi ha salido del bar a hacer una llamada y tampoco la encuentro.

—En dos minutos estoy ahí — dijo.

—Como les pase algo, Lou… — No pude ni acabar la frase.

—Las encontraremos, tú tranquilo.

—Knox. —La preocupación que destilaba el tono de Fi hizo que me girara al momento.

—Tengo que dejarte —dije, y colgué —. ¿Qué has averiguado?

—Su abrigo y su bolso siguen detrás de la barra. Y las cámaras la han grabado subiéndose a un coche del aparcamiento hace diez minutos.

Diez minutos que se me antojaron una eternidad.

—¿Qué coche? ¿Quién conducía?

—No sabría decirte, un sedán destartalado y negro. Pero da la impresión de que ha subido por iniciativa propia.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber Wraith, asomado a la cocina —. Va a arder Troya como no sirváis cervezas pronto.

—Naomi ha desaparecido —le dijo Fi.

—Mierda.

—Y Waylay —añadió Max, que se sorbió los mocos como si fuera a llorar.

—Doble mierda —dijo Wraith, que volvió a la barra.

—Su móvil —dijo Fi.

—No contesta.

—Pero está en tu plan familiar, ¿no?

La cabeza me iba a toda leche. Tenía que salir a buscarla, y cada segundo que perdía era un segundo que se alejaba más de mí.

—Sí.

Max me dio un manotazo en el brazo.

—¡Pues puedes rastrearla!

¡La tecnología al rescate! Le pasé mi móvil y le dije:

—Encuéntrala.

Mientras Fi toqueteaba la pantalla, fui a mi despacho. Cogí el abrigo y las llaves y volví al bar.

No encontré el bullicio que esperaba de unos clientes cabreados un sábado por la noche. Era un caos organizado. Wraith estaba subido a la barra, con las botas entre jarras de cerveza. Los demás se congregaban a su alrededor y se encogían de hombros con los abrigos puestos.

—La última vez que se la vio, subía a una tartana de cinco puertas gris oscuro y llevaba una falda vaquera y una camiseta de manga larga en la que pone Honky Tonk.

—¿Qué pasa aquí? —exigí saber.

—Está organizando equipos de búsqueda — contestó Silver mientras se ponía un abrigo de *tweed* gris.

La puerta principal se abrió y todo el mundo miró expectante. Eran Lou y Amanda.

—Dejadlos pasar —ordenó Wraith. La multitud se abrió y ellos entraron corriendo.

—¡La he encontrado! —exclamó Max, que enseñaba mi móvil con aire triunfal —. Por lo visto, está en la salida de la Ruta 7, cerca de la granja Lucky Horseshoe.

Se lo arrebaté de la mano y dije, mientras señalaba a Lou:

—Llama a Nash.

Lou se volvió hacia Amanda y dijo:

—Llama a Nash. Me voy con Knox.

No perdí el tiempo discutiendo. Fuimos al aparcamiento, y ya había arrancado la camioneta antes de que hubiéramos cerrado las puertas siquiera. Salí de allí escopeteado y me metí en la carretera derrapando.

—¿Quién se la ha llevado?

—No estoy seguro —dije mientras aferraba el volante con más fuerza —. Pero dado que Waylay también ha desaparecido, yo apostaría a que ha sido Tina.

Lou maldijo por lo bajo.

Me sonó el móvil: era Nash. Puse el manos libres.

—¿Has encontrado a Way? —pregunté.

—No, estoy llevando a Liza J. al pueblo. He revisado las cámaras de la entrada del local de Morrison y he visto que un sedán negro hecho polvo se marchó de la casa de Liza hace una hora. Había un todoterreno negro y grande en el arcén, esperando a que saliera. Los faros delanteros activaron el sensor de movimiento, y la hora coincide con el momento en que Liza vio las luces. Además, me han avisado de que un conductor se ha dado a la fuga. Alguien ha atravesado la valla de Loy, cerca de Lucky Horseshoe.

Lou y yo nos miramos.

—Estamos rastreando el móvil de Naomi y vamos para allá.

—No hagas tonterías —ordenó Nash.

Si ya se llegaba rápido a Lucky Horseshoe, yendo a más de ciento cuarenta por hora ni os cuento.

—Es por aquí —dijo Lou tras mirar mi móvil.

Pisé el acelerador y luego, al ver la valla, frené con ímpetu.

—Joder.

Unas roderas se salían de la carretera con brusquedad y atravesaban la cerca. Giré el volante para que las luces iluminaran el camino y aparqué la camioneta.

El señor y la señora Loy estaban en el prado, comprobando los daños. La

señora Loy se arrebujaba en una chaqueta de franela que le iba grande mientras se fumaba un purito. El señor Loy se acercó a nosotros.

—¿Tú te crees? ¡Algún cabrón se ha comido la valla y se ha largado por donde ha entrado!

—Coge la linterna que hay en la guantera — le pedí a Lou —. ¡Naomi! — grité nada más pisar el suelo. La hierba congelada crujió bajo mis botas.

No hubo respuesta.

Lou iluminó el prado y seguimos las huellas.

—Yo diría que se han parado aquí y luego se han marchado por donde han venido — dijo.

—Habrá sido algún imbécil borracho.

Algo que vi en la hierba me llamó la atención. Me agaché a recogerlo: era un móvil con margaritas brillantes en la carcasa.

Un escalofrío me paró el corazón y me dejó sin aire.

—¿Es suyo? —me preguntó Lou.

—Sí.

—Me cago en la leche.

—¿Qué es eso? ¿Una prueba? — exigió saber el señor Loy.



Volví al Honky Tonk con la cabeza en las nubes. Lou hablaba, pero yo no escuchaba. Estaba ocupado repasando la última conversación que había mantenido con Naomi. No quería perderla, así que la había apartado de mi lado para, al final, perderla de todos modos.

Naomi tenía razón. Esto era peor. Mucho peor, joder.

Alguien lo había orquestado, alguien había planeado quitármelas a las dos. Pues se iba a enterar.

Paré delante del bar y medio pueblo salió en tropel.

—¿Dónde está?

—¿La has encontrado?

—¿Tiene cara de haberla encontrado, Elmer, idiota?

—Tiene cara de cabreo.

Pasé de la multitud y de sus preguntas y entré en el bar para encontrarme a media jefatura de Knockemout rodeada por la otra mitad del pueblo. Habían borrado el menú especial de la pizarra y, en su lugar, habían dibujado un mapa de Knockemout y lo habían dividido en cuadrantes.

Fi, Max y Silver me pusieron al corriente, y Nash nos miró.

—No las has encontrado —dijo Fi.

Negué con la cabeza.

Un silbido estridente hendió el aire y todos se callaron.

—Gracias, Luce —le dijo Nash a Lucian, que enseguida prosiguió con su llamada telefónica —. Como iba diciendo, hemos emitido una orden de búsqueda para Naomi Witt, Waylay Witt, un sedán gris y un Chevy Tahoe último modelo de color negro. Iniciaremos la búsqueda en el pueblo y la expandiremos.

Amanda, que arrastraba a Liza J. consigo, se acercó a Lou corriendo. Este la abrazó y le prometió:

—Las encontraremos.

Luego, rodeó a mi abuela con el brazo libre.

No podía respirar, no podía tragar saliva, no podía dar un paso. Creía que había tenido miedo. De convertirme en mi padre, de hundirme tras perder a alguien; pero este miedo era peor. No le había dicho que la quería, joder. No se lo había dicho a ninguna de las dos, y alguien me las había arrebatado. No me había derrumbado. Era peor: no tenía huevos de querer a alguien lo bastante como para derrumbarme.

Me mesé el pelo con ambas manos y las dejé ahí mientras caía en la cuenta de lo que había perdido.

Noté que alguien me tocaba el hombro.

—Tú tranquilo —dijo Lucian—. Las encontraremos.

—¿Cómo? ¿Cómo demonios vamos a encontrarlas? Si no sabemos nada.

—Tenemos la matrícula del Ford Taurus gris de 2002 que han robado en Lawlersville hace una hora — contestó Lucian.

—Todavía no disponemos de la matrícula — dijo Nash; de pronto, hizo una pausa para mirar su móvil —. Lo retiro. Ford Taurus gris de 2002 con imprimación gris. — Leyó en alto una matrícula.

—Lawlerville está a media hora de aquí — dije mientras hacía cálculos en mi cabeza. Estaba en las afueras de un suburbio de Washington D. C.

—Hay que ser tonto para robar un coche y volver a la escena del crimen — señaló Lucian.

—Si Tina está implicada, la estupidez es un factor a tener en cuenta.

La puerta principal se abrió y entraron Sloane y Lina a toda prisa. Sloane estaba exhausta y asustada. Lina daba miedo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Sloane.

—¿A quién hay que partirle las piernas? — exigió saber Lina.

Tenía que moverme. Necesitaba salir de ahí y encontrar a mis chicas, darles una paliza a todos los que hubieran contribuido al rapto y pasar el resto de mi vida suplicándole a Naomi que me perdonara.

—Dadnos un momento, chicas — dijo Lucian mientras me conducía fuera —. Hay más.

—¿Cómo que más?

—Tengo un nombre.

Lo agarré por las solapas de su abrigo de lana y gruñí:

—Dame el nombre.

Lucian me agarró de las manos y dijo:

—No te servirá como crees.

—Habla o me lío a puñetazos.

—Duncan Hugo.

Lo solté y dije:

—¿Como el de la mafia?

Anthony Hugo era un mafioso que actuaba en Washington D. C. y Baltimore. Drogas, prostitución, armas, chantaje político. Sus sucias huellas estaban en todo lo imaginable.

—Es su hijo. Y un poco inútil: el coche desde el que dispararon a Nash se encontró en su desguace. No me pareció casualidad, pero quise investigar más para confirmar mis sospechas antes de informaros a los dos.

—¿Cuánto hace que lo sabes? — exigí, apretando los puños.

—No tanto como para que pierdas el tiempo y gastes energía conmigo esta noche.

—La madre que te parió, Luce.

—Se rumorea que hace poco cortó la relación con su padre de mala manera. Por lo visto, Duncan quiere ir por su cuenta. También se dice que, desde hace unos meses, trabaja con una mujer a la que también se pasa por la piedra.

Todo encajaba a la perfección. La Tina Witt de los cojones.

—¿Dónde está?

Lucian se metió las manos en los bolsillos y puso cara de póker.

—He ahí la cuestión. Desde que partió peras con su padre, nadie conoce su paradero.

—O no quieren decírtelo.

—Tarde o temprano, todos cantan — dijo.

No tenía tiempo para preocuparme por lo espeluznante que había sonado esa frase.

—¿Le has dicho algo a Nash? — le pregunté mientras sacaba las llaves del bolsillo.

—Solo la matrícula. Podría ser casualidad.

—No lo es.

La puerta se abrió a mi espalda y salió Sloane.

—¿Vas a buscarlas? —preguntó.

Asentí y me volví hacia Lucian.

—Empezaré por Lawlersville y seguiré por la zona de Washington D. C.

—Espera —dijo Lucian.

—Te acompaño —anunció Sloane.

Lucian se plantó ante ella y dijo:

—Tú te quedas.

—Naomi es mi amiga y Waylay es casi como mi segunda sobrina.

—Te quedas.

No tenía tiempo para escuchar a Lucian emplear su voz intimidatoria.

—Eres tan ignorante como para creer que tienes voz y voto en lo que hago o dejo de hacer.

—Como me entere de que has salido del pueblo esta noche, me aseguraré de que tu querida biblioteca no reciba ni un centavo más, y compraré los terrenos que rodean tu casa y mandaré construir edificios tan altos que no volverás a ver la luz del sol.

—Serás ca…

Dejé que siguieran a lo suyo. Abrí la puerta de mi camioneta y me senté al volante. Al momento, se abrió la puerta del copiloto y entró Lucian.

—¿A dónde vamos?

—Empezaré por lo más alto. Voy a moler a palos a Anthony Hugo hasta que nos diga dónde está el cabrón de su hijo. Entonces, daré con él y lo inflaré a hostias hasta que le reviente todos los huesos de la cara. Y luego me casaré con Naomi Witt.

—Suena guay —dijo mi mejor amigo mientras sacaba el móvil.

—Ya que estás, avisa a Nash y usa tus fuentes turbias para encontrar a Anthony Hugo.

Estábamos a diez minutos del pueblo con dos posibles paraderos para el mayor mafioso de Washington D. C. Una de las fuentes nos reveló el código de entrada y todo. Lucian Rollins daba un miedo del copón.

Le volvió a sonar el móvil.

—Al habla Lucian. —Escuchó unos segundos y me pasó el móvil —. Para ti.

Sería mi hermano poniéndome a caldo por tomarme la ley por mi mano.

—¿Qué pasa? —dije.

—Knox. Al habla Grim.

Grim era el presidente del club de moteros casi legal que apostaba fuerte al póker.

—No es momento de acordar otra timba de póker, tío.

—Nada de póker. Asuntos del club: tengo un dato que quizá te interese.

—Si no es el paradero de Anthony o Duncan Hugo, no me interesa.

—Entonces te va a interesar muchísimo. Esa camarerita tuya ha entrado en el nuevo desguace de Duncan Hugo.

El corazón me iba a mil.

—¿Qué acabas de decir?

—Mis chicos están apostados en el edificio. Tienen sus motivos…

—No soy de la pasma —le recordé.

—Digamos que a algunos negocios locales no les hace gracia la competencia.

Traducción: el club de Grim planeaba desmantelar el desguace.

—La he estado siguiendo, tengo una foto que lo demuestra. Tiene una gemela, ¿no?

—Sí, ¿por?

—Recuerdo que habló de ella en la última partida. Visto lo visto, no exageraba. La muy pécora ha esposado a Naomi al salpicadero.

Pisé a fondo el acelerador.

—Dirección —exigí.

Capítulo 48: El cambiazo

Naomi

—Cinco, cuatro, tres, dos…

—¡Espera! ¿Qué te hace pensar que Waylay sabe dónde está lo que sea que estés buscando? — pregunté, desesperada por distraer a Duncan de su cuenta atrás mortal —. No es más que una niña.

—Mmmmm —refunfuñó Waylay, a todas luces ofendida. Tina no dijo nada; tenía los ojos clavados en Duncan. Me extrañó que no hubiera estallado en llamas de las chispas que le lanzaba. El tío no se imaginaba la mecha que acababa de prender. Yo solo rezaba para que mi hermana no nos matase cuando explotase, cosa que sucedería en breve.

—Muy fácil. Tina birló el USB y desapareció, y solo había otra persona en la casa: la mocosa consentida amante de la tecnología y con la mano muy larga.

—¿Tina te dijo que había desaparecido?

—No, fue Papá Noel —respondió Duncan con los ojos en blanco.

—¿Y no se te ha ocurrido que, quizá, sea Tina quien tiene el USB? A lo mejor se lo cogió para quedarse con tu parte.

Tina y Duncan me miraron. No sabía si había mejorado o empeorado la situación, pero al menos, ahora la pistola apuntaba al suelo. Me arrodillé y me centré en el nudo de la muñeca de Waylay.

—No la escuches —dijo Tina tras volver en sí —. Está haciendo lo que hacía con nuestros padres, te está manipulando.

—Qué rabia me da eso —replicó Duncan, y volvió a levantar la pistola —. ¿Por dónde iba? ¿Cinco?

—¿Nueve? —sugerí sin mucho afán.

—Tienes que ir al baño —me informó Tina.

—¿Cómo?

Me miró atentamente.

—Que tienes que ir al baño — repitió, y se volvió hacia Duncan —. Es que le ha venido la regla. No querrás dispararle y que te manche toda la casa, ¿no, Dunc?

—Qué asco, no me hables de eso — se quejó con cara de estar a punto de vomitar.

—La llevaré al baño y hablaremos con la niña para que nos diga dónde ha escondido el USB — dijo, mirando a Waylay —. Luego iré a por el pollo frito que tanto te gusta.

Era evidente que Tina tramaba algo. Tenía cara de estar maquinando, y a mí no me había venido la regla. La alerta roja del Honky Tonk era en dos semanas.

—Eso ya me gusta más —dijo Duncan, contento de que su mujercita hubiera vuelto al redil —. No iba en serio lo de dispararte, T.

—Sé que estás muy estresado, cariño — comentó Tina mientras me sacaba a rastras del cuarto y me llevaba a una puerta en la que ponía «SER CIO» —. ¡Descansa, tómate una cerveza! ¡Ahora volvemos! — gritó por encima del hombro.

Me obligó a entrar en un cubículo que había que desinfectar con un cargamento de lejía.

—Quítate la ropa —dijo cuando se cerró la puerta.

—¿Cómo? No podemos dejar a Waylay sola con él, está loco.

—Ya me he dado cuenta. Que te quites la ropa, joder — insistió mientras se bajaba los pantalones.

—Te has vuelto loca. Esto va más allá que otra mala decisión con consecuencias terribles. Te falta un tornillo, ¿a que sí?

—Me cago en todo. No quiero tener una relación incestuosa contigo ni vamos a grabar una peli porno, vamos a intercambiarnos. Duncan no dejará que vayas a pedir ayuda, pero a mí, sí. — Se quitó la camiseta por la cabeza y me la tiró. Me dio en la cara.

—Pues vete y llama a la poli — dije entre dientes.

—No voy a dejar a Way con ese imbécil de mierda.

—¡No sería la primera vez que la abandonas!

—La dejé contigo, listilla. Sabía que te ocuparías de ella hasta que me saliera con la mía.

Sabía que no debía tomármelo como un cumplido, pero era lo más parecido a un halago que obtendría de Tina.

—Está acariciando esa pistola como si fuera su pene y tiene otra cargada bajo la caja de *pizza* — prosiguió —. ¿Sabes manejarla? ¿Estás dispuesta a disparar a un tío en las pelotas y arriesgarte a acabar en el trullo?

—No y sí, si de ese modo saco a Waylay viva de aquí.

—Pues yo sí y sí, y se me da que flipas. Así que dame tu falda y avisa a la pasma.

—¿No puedes escribir a Knox o a Nash y decirles dónde estamos?

—Mi móvil está en el coche — dijo mientras se subía mi falda —. Dunc está obsesionado con que el gobierno lo rastrea, por lo que no permite móviles cerca de él.

Me pasé su camiseta por la cabeza y dije:

—Vale, está bien. ¿Cuál es el plan?

—Salimos, yo me hago pasar por ti y le doy la señal a Waylay.

—¿Qué señal?

—Cuando digo: «He leído un reportaje sobre la deforestación de los bosques tropicales», ella sabe que debe prepararse para correr.

Supuse que era la forma de Tina de hacer simulacros de incendios en familia.

—Vale, ¿y luego, qué?

—Se inventará dónde escondió la cosa esa. Dunc enviará a sus chicos a por el USB y tú irás a por el pollo de celebración, pero en realidad irás al coche y llamarás al 911.

No me parecía un plan muy elaborado, y confiaba en mi hermana lo justo y necesario, que no era mucho. Pero no tenía alternativa.

—¿Qué harás tú? —la interrumpí—. Aunque te libres de Duncan, fuera hay hombres armados.

—Haré lo que haga falta para sacar a Waylay de aquí.

Me abroché sus vaqueros y me calcé sus botas.

Nos miramos.

—Se te van a salir las tetas de mi camiseta — señalé.

Cogió el rollo de papel higiénico y dijo:

—Ponte esto.

—¿Va en serio? —exclamé.

—Con que las dos tengamos tetas, no notará la diferencia. Ya lleva siete cervezas.

—Tienes que elegir mejor a los hombres — me quejé mientras me metía papel higiénico en el sujetador.

Tina se encogió de hombros y dijo:

—Cuando no está pedo, no está tan mal.

—¡Eh, vosotras! Venid ya, hostia, que tengo ganas de meterle un tiro a alguien.

—Uy, sí, es un encanto —refunfuñé.

—No camines como si te hubieran metido un palo por el culo — dijo Tina entre dientes mientras me empujaba hacia la puerta.

—Y tú no hables como si hubieras tenido que copiar para sacarte el graduado.

Volvíamos al pasado. Me alivió comprobar que Waylay seguía viva y con ganas de guerra. Waylon estaba sentado junto a su silla como un perro guardián y, en cuanto me vio, golpeó el suelo con el rabo. Me preocupó que Duncan se diera cuenta.

Por suerte, estaba embobado con un videojuego en el que, por lo visto, debía disparar a mujeres ligeras de ropa.

—¡Toma! ¡Chúpame el cañón, zorra!

Tina carraspeó y miró a Waylay.

—He leído un reportaje sobre la deforestación de los bosques tropicales.

A Waylay se le abrieron los ojos como platos por encima de la cinta americana, y le hice un gesto con la cabeza a ella y luego a su madre. Pestañeó dos veces. Tina me dio un codazo.

—Ay, digo, deja de hablar de las chorradas que lees y siéntate ahí… con mi hija — le ordené mientras me apartaba el pelo a un lado y señalaba a Waylay.

—Waylay, tocinito de cielo, ¿estás bien? Siento muchísimo lo que ha pasado. Es culpa mía por ser una pija e ir de sobrada con todo el mundo — dijo Tina, que se dejó caer en la otomana rota que había junto a su hija. Se despatarró y vi lo que se escondía bajo mi falda, digo, la suya.

Waylay puso los ojos en blanco.

Oí que Duncan se ponía en pie a mi espalda. Me sobresalté cuando me dio un cachete en el culo que picó.

—Estos vaqueros te hacen un culo tremendo, Teen — dijo, y se acabó la birra de un trago. Lanzó la lata hacia atrás y eructó.

—Qué buen gusto tengo para los hombres — dije mientras fulminaba con la mirada a Tina.

—Eh, tu hermana lleva el mismo tanga que tú — dijo Duncan mientras señalaba la entrepierna de mi hermana —. Pues sí que os parecéis.

El tío era tonto. Pero por desgracia, era un tonto armado, y no tenía más opciones que seguir el plan de Tina.

—Ti…, digo, Naomi y yo hemos estado hablando — empecé.

—No me habrá puesto el baño perdido, ¿no?

Apreté los dientes y dije:

—No. Las paredes y el suelo siguen manchados de los fluidos corporales de siempre.

Tina carraspeó. El pobre Waylon nos miraba a una y a otra como si intentara descifrar qué pasaba.

—El caso es que tu tía que tanto te quiere y yo hemos hablado y hemos llegado a la conclusión de que es mejor para ti que le digas a Duncan dónde has escondido el USB — dije.

—Eso. Dímelo, enana, soy de fiar — intervino Duncan. Por lo visto, había olvidado que hacía escasos minutos había amenazado de muerte a su madre y a su tía.

—Tú dile dónde lo has «auscultado» y él enviará a sus hombres a por él — dijo Tina, despacio.

Ese no era el significado del verbo «auscultar».

Duncan me dio un codazo y dijo:

—Quítale la cinta de la boca.

Me acerqué a Waylay y le susurré:

—Soy yo, Naomi.

Waylay se puso bizca como diciendo «¡no me digas!». Waylon se levantó y me lamió la pantorrilla.

—Anda, ahora le caes bien — dijo Duncan —. Los perros son más volubles que las tías. Hace una hora no dejaba de gruñirte y ahora se arrima a tu pierna.

Quité una esquina de la cinta.

—Perdona, cielo —susurré, y le quité la cinta del tirón.

—¡Tus muertos! ¡Ay! —gritó Waylay.

De pronto, añoré a Knox con toda mi alma.

—Dime dónde está el USB, niña — insistió Duncan. De soslayo, vi la pistola conforme se acercaba a nosotras.

Waylay inhaló con fuerza y dijo:

—Lo he escondido en la biblioteca de Knockemout. Está atado con cinta

bajo un estante de la sección de ficción histórica.

Qué chica más lista. Si Duncan enviaba a sus hombres a la biblioteca, sería como si irrumpiesen en la jefatura de policía.

—Gracias por decírnoslo. Estoy muy orgullosa de ti por ser tan sincera e íntegra — dijo Tina, supuestamente imitándome. Parecía de la realeza.

—Imagino que querrás ir ahora que la biblioteca está cerrada — le dije a Duncan.

—Sí, puede —murmuró, pero a quien miraba era a Tina con aire meditabundo.

—Voy a por el pollo —dije mientras me dirigía a la puerta.

—No tan deprisa.

Noté un metal helado en la base del cuello y me quedé paralizada. Oficialmente, el plan de Tina se había ido al garete.

Waylon gruñó bajo. Eso también me hizo echar de menos a Knox. Aunque no me quisiera, sabía que no dudaría ni un instante en dejarle la cara a Duncan como un cuadro abstracto.

—Toda mi vida me han subestimado — dijo Duncan en tono informal —. Me han llamado tonto, decían que era idiota e imbécil. Así que les seguí el rollo y me hice el tonto. Porque la gente no vigila lo que dice cuando está con un tonto, ni hacen grandes esfuerzos por disimular lo que hacen…, Naomi.

«Mierda».

—Vosotras dos sois las tontas. ¿En serio creíais que me tragaría el cambiazo? — resopló.

—¿Cómo lo has descubierto? — pregunté para ganar tiempo.

—No tienes las tetas torcidas.

—Dirás que las de Tina no están torcidas.

—No, estúpida. Las de Tina están torcidas; las tuyas, no. ¿Quién es la tonta ahora? — dijo mientras gesticulaba con la pistola.

Dado que no me apuntaba con ella, me volví hacia él.

Tina se estaba dejando la piel para desatar a Waylay.

«Rodilla, pelotas, nariz».

Recordé las instrucciones de Knox como si estuviera a mi lado.

—Me molabas, Tina. Me molabas mazo y ahora tengo que matarte. ¿Cómo crees que me siento? — Alzó la pistola y algo dentro de mí me dijo que ahora sí tenía intención de usarla.

Tina me miraba fijamente y, por una vez en mi vida, le leí la mente.

—Eh, Duncan —dije.

En cuanto me miró, todo se movió a cámara lenta. Tina apartó la silla de Waylay de la línea de fuego de una patada y se lanzó en la dirección opuesta, hacia la caja de *pizza*.

—¡Toma! —Lo cogí de los hombros y le pegué un rodillazo en el paquete. Se le cayó la pistola al doblarse hacia delante.

Me pitaron los oídos, pero seguía oyendo a Knox en mi cabeza.

«Nariz».

Me apoyé en sus hombros y le di otro rodillazo, esta vez en la cara.

No oí si le partí la nariz, pero a juzgar por cómo se aovilló en el suelo, lo había hecho bien.

Por encima del pitido me pareció oír más disparos, pero sonaban a lo lejos. Y una sirena.

Dejé a Duncan ahí tirado y corrí hasta Waylay. Le di la vuelta a su silla. Me alivió muchísimo ver que estaba ilesa.

—¿Estás bien? —le pregunté mientras la desataba con los dedos temblándome.

—¡Qué pasada, tía Naomi! —exclamó.

—¡Pedazo de imbécil! —Tina había cogido el arma que había en la *pizza* y apuntaba con ella a Duncan, que se había puesto a cuatro patas —. ¿Ibas a dispararnos a mi hija, a mi hermana y a mí?

—¡Mamá, ha venido la poli! — gritó Waylay cuando al fin le desaté las muñecas.

Tina le dio una patada a Duncan en el torso.

—Tienes suerte de que no tenga tiempo de meterte un tiro. — Entonces se volvió y me dijo —: Ten. — Y me entregó el arma.

La sujeté a una distancia prudencial y recé para que no se disparase.

—No irás a huir, ¿no? —pregunté.

Reconozco que fue una pregunta tonta.

Pues claro que mi hermana iba a salir por patas; era lo que hacía siempre que la liaba.

Tina cogió una bolsa negra y roñosa del suelo y metió varios fajos de billetes. Tiró lo que quedaba de *pizza* encima y dejó la porción con el balazo.

—Soy alérgica a la pasma —arguyó mientras se colgaba la bolsa al hombro. Miró a su hija y añadió —: Nos vemos, peque.

—Adiós, mamá —dijo Waylay mientras se despedía con la mano libre.

A mi espalda, Duncan gimió en el suelo y Waylon gruñó.

—Ha sido guay. Gracias por la falda, santita. Cuida de mi niña — dijo mientras se despedía como una soldado. Entonces, saltó por la ventana y bajó por la escalera de incendios.

Al fin, la cuerda se aflojó y la tiré al suelo.

—Volverá —auguró Waylay al tiempo que se ponía en pie y se desentumecía las manos.

No lo dudé.

—Venga, salgamos de aquí —dije mientras dejaba el arma en el suelo y desataba la correa de Waylon de la pata de la mesa. No solo me temblaban las manos; me temblaba el cuerpo entero. No me sentiría a salvo hasta que no estuviéramos en casa de Liza. Tal vez, ni siquiera entonces.

La imagen de la pistola apuntando a mi sobrina se me había grabado a fuego en la retina. No creí que pudiera volver a dormir.

—¡Tía Naomi!

El pánico que traslucía el tono de Waylay me hizo girarme al momento. Por instinto, me interpuse entre ella y el peligro, y Duncan me agarró con fuerza.

Me puso una mano en el cuello y apretó hasta dejarme sin aire.

Le sangraba la nariz. Por un brevísimo instante, sentí una pizca de satisfacción al saber que eso había sido obra mía. Le había plantado cara. Pero el furor duró poco, y es que empezaba a no ver de reojo.

—¡Lo has fastidiado todo! — vociferó.

El tiempo se paró y sentí que había llegado mi hora cuando me pegó el arma a la cabeza.

No podía terminar así. No con Waylay mirando. No con ayuda en el edificio.

No sin Knox.

Noté que Waylay me abrazaba por detrás. Un último abrazo. No podía moverme ni hablar, ni decirle que corriese. Mi mundo se oscurecía.

La puerta se abrió de golpe y tanto Duncan como yo nos asustamos. Él se volvió a tiempo de ver a uno de sus hombres caer de bruces. ¿Qué digo? No cayó. Voló como un muñeco de trapo.

Con la poca fuerza que me quedaba, le di una patada a Duncan en la espinilla.

—¡Corre, Waylay! —ordenó alguien. Su voz me resultaba sumamente familiar, pero la sentía lejana.

Habían acudido al rescate.

Waylay estaría a salvo.
Me sumí en la oscuridad.

Capítulo 49: La caballería

Knox

Le di un golpe bajo y fuerte y lo mandé directo al suelo. Una parte de mí era consciente de que Naomi estaba hecha un ovillo.

Debía llegar hasta ella, pero no podía dejar de pegar al hombre que tenía debajo.

Le clavé el puño una y otra vez hasta que alguien me agarró por detrás y me apartó de él.

—Ya vale —dijo Lucian.

Duncan Hugo dejó de existir para mí.

Solo existían Naomi y Waylay. Esta se arrodilló a su lado y se llevó la mano a su pecho. Las lágrimas que empañaban sus ojos azules me hirieron el alma.

—Despierta, tía Naomi —susurró.

Salvé la distancia que nos separaba y abracé a Waylay.

—Haz que despierte, Knox —me suplicó.

El tonto de mi perro se interpuso entre ellas y empezó a aullar.

Lucian estaba al teléfono y le palpaba el cuello amoratado a Naomi.

—Necesitamos una ambulancia — dijo.

Sin soltar a Waylay, me acerqué a Naomi y tomé entre mis manos el rostro de la mujer a la que amaba. La mujer a la que había perdido y sin la que no podía vivir.

—Joder, Flor, despierta —gruñí. Me ardían los ojos y la garganta, y veía borroso por culpa de los lagrimones que me enturbiaban la vista.

Casi me lo perdí. El imperceptible movimiento de sus largas pestañas. Pero es que cuando abrió esos ojazos color avellana, estaba segurísimo de que

alucinaba.

—Café —dijo a duras penas.

Madre mía, cómo la quería.

Waylay se tensó y por poco me ahogó con el brazo.

—¡No me has dejado!

—Gracias a Dios —susurró Lucian, que se pasó el dorso de la mano por la frente y se apoyó en los codos.

—Pues claro que no te he dejado — dijo Naomi con la voz áspera. Los moretones de su garganta me hicieron desear acabar con la vida del hombre que se los había causado. Pero tenía prioridades.

—Bienvenida, Flor —susurré. Me agaché y la besé en la mejilla, momento que aproveché para inhalar su aroma.

—Knox —musitó—. Has venido.

Antes de que pudiera contestar, la puerta lateral por la que me había colado mientras Lucian ejercía de distracción se abrió de sopetón. Vi la pistola y el brillo en los ojos del hombre y supe lo que pasaría. Actué por instinto: atraje a Waylay hacia mí y usé mi cuerpo para cubrirlas a ella y a Naomi en el suelo.

Se oyeron dos disparos rápidos, pero no sentí nada. Ningún dolor. Solo a mis chicas, sanas y salvas debajo de mí.

Me atreví a mirar arriba y vi al pistolero en el suelo.

—Imbéciles de mierda —dijo Nash mientras se apoyaba en la pared.

Tenía un corte en la cara, sangre en la camiseta y sudaba como un cerdo.

—¿Has usado la derecha? —inquirió Lucian, impresionado.

Mi hermano le restó importancia con un gesto de la mano mientras se deslizaba por la pared.

—Ya os he dicho que soy el puto amo en mi trabajo.

—¿Estamos vivas? —preguntó Waylay debajo de mí.

—Estamos vivas, tesoro —le aseguró Naomi.

Al apartarme de ellas con cuidado, me miraron igual de sonrientes. Señalé a Waylay y dije:

—Tú vas a tener una fiesta de cumple de la hostia. Y después, tú y yo vamos a casarnos — le dije a Naomi.

Esta abrió los ojos como platos y me palpó el torso como loca.

—¿Qué pasa, cielo?

—¿Te han disparado? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—No, Flor, estoy bien.

—¿Me he dado yo un golpe?

—No.

—No puede ser. Es que me ha parecido oír que decías que íbamos a casarnos.

—¿Crees que soy tan tonto como para dejaros escapar?

—Pues sí —contestaron Waylay, Lucian y Nash a la vez.

—¿Me compras un vestido para la fiesta y otro para la boda? — preguntó Waylay.

—Te compraré diez vestidos — le prometí.

—Vas a volverla una consentida — dijo Naomi mientras le atusaba el cabello a Waylay.

—Ya ves. Y a ti, también.

Su sonrisa juntó pedazos de mi interior que ni sabía que estaban rotos.

—¿Y Duncan? —preguntó Waylay.

Lucian se puso en pie y echó una ojeada a la estancia.

—Se ha ido.

—Vamos, no me jodas —masculló Nash —. Y por esto no hay que dejar que los aficionados se metan en los asuntos de la policía.

—Estoy deseando hacerme mayor para pasarme el día soltando tacos — anunció Waylay.

Todos oímos unas pisadas en las escaleras. Nash apuntó a la puerta con la pistola y yo me saqué la mía del cinturón de los vaqueros.

Lina y Sloane irrumpieron juntas.

—Dios, casi os meto un tiro — se quejó Nash, que bajó el arma —. ¿Qué narices hacéis aquí, cómo nos habéis encontrado?

Sloane tenía mala cara.

—Hemos seguido a Nash.

—Habéis dejado un reguero de cuerpos desde el aparcamiento. Nos habéis aguado la fiesta a las demás — dijo Lina, que se arrodilló al lado de mi hermano. Con amabilidad, le arremangó la camiseta —. Te has abierto los puntos, cabeza loca.

—Ni lo noto —mintió Nash como un bellaco.

Sloane vio a Naomi y empezó a andar hacia nosotros; pero Lucian ya estaba atravesando la estancia cual dios que va a destruir a un mortal.

Se encontraron a medio camino; los separaban escasos centímetros.

—Te he dicho que te quedaras en el pueblo — sentenció con desprecio.

—Sal del medio, pedazo de… — Dejó la frase a medias. Vi que miraba el cadáver que había lanzado Nash y se ponía blanca.

—Sloane.

Al ver que la bibliotecaria no lo miraba, Lucian la cogió de la barbilla y la giró hacia él con firmeza.

—Rodilla, pelotas, nariz —me susurró Naomi.

—Esa es mi chica. —Le di un apretón.

—Naomi, ¿estás bien? —preguntó Lina desde donde atendía a mi hermano.

—De maravilla —contestó Naomi, que me miró y esbozó una sonrisa que bien podría iluminar la vida de uno.

—Te quiero un huevo —le susurré. Naomi abrió la boca, pero negué con la cabeza y añadí —: No, no quiero que tú me lo digas todavía. Imagino que tengo que decírtelo al menos durante una semana para merecer que tú también me lo digas, ¿vale?

Su sonrisa no podía ser más radiante. Se le humedecieron los ojos.

—Perdona —dijo mientras se sorbía los mocos y se tocaba la cara —. Sé que no te gustan las lágrimas.

—Estas las acepto —le dije, y junté mis labios con los suyos.

—Puaj —protestó Waylay.

Naomi negó con la cabeza mientras se reía. Sin mirar, tanteé hasta dar con el rostro de la niña y la empujé suavemente. Esta se tropezó entre risas.

Se volvió a oír jaleo en las escaleras, y el umbral se llenó de policías.

—¡Tirad las armas!

—A buenas horas —masculló Nash, que bajó la Glock y enseñó la placa.



Estaba sentado en la parte trasera de la ambulancia junto a Naomi, en plena noche, mientras una agente nos acribillaba a más preguntas. No soportaba estar a más de medio metro de ella. Había estado a punto de perderlas a ella y a Waylay.

Si Grim no hubiera aparecido…, si yo hubiera llegado un minuto más tarde…, si Nash no hubiera sido tan diestro con su brazo malo…

Tantas posibilidades y, sin embargo, ahí estaba yo, aferrado como si me fuera la vida en ello a lo mejor que me había pasado.

—¿Qué es esto, un desfile? — preguntó uno de los oficiales uniformados.

Pasó una moto seguida de otra, y otra más. Doce en total. A las que siguieron cuatro vehículos.

Los motores se apagaron, se abrieron las puertas y apareció el puto pueblo.

Parpadeé unas cuantas veces cuando vi a Wraith ayudar a mi abuela a bajarse de su moto. Lou y Amanda salieron de su todoterreno y echaron a correr; Jeremiah, Stasia y Stef iban a la zaga; Silver y Max bajaron de la furgoneta de Fi junto con Milford y cuatro clientes habituales del Honky Tonk.

Justice y Tallulah bajaron de sus respectivas motos y echaron a correr.

—¿Podemos zanjar ya el asunto? — le pregunté a la agente.

—Solo una pregunta más, señora Witt — dijo —. Un coche patrulla ha detenido a una mujer que afirma ser Naomi Witt. La han pillado intentando robar un Mustang a dos manzanas de aquí. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser?

—No me fastidie —gruñó Naomi.

Localicé a Nash y Lucian abandonando a un puñado de oficiales. Mi hermano me hizo un gesto con la cabeza para que me acercara a ellos.

Le hice una seña a Lou para que me sustituyera.

—Ahora vuelvo, Flor —le dije.

Naomi me sonrió mientras su padre se apresuraba a reemplazarme con Amanda pisándole los talones. Se paró lo justo para darme un beso ruidoso en la mejilla y un buen cachete en el culo.

—Gracias por rescatar a mis chicas — me susurró, y se centró en su hija —. ¡Cariño, te hemos traído café!

—¿Ya has arreglado las cosas de una vez? — me preguntó Stef.

—Le he dicho a nuestra niña que vamos a casarnos. Así que, sí, ya está todo arreglado.

—Bien. Entonces no tengo que arruinarte la vida — replicó —. No te dejo solo ni dos semanas y mira lo que pasa, Witty.

—¡Madre mía, Stef! ¿Cuándo has vuelto?

Noté que alguien me daba la mano mientras caminaba y miré abajo. Waylay había entrelazado sus dedos con los míos; en la otra mano llevaba la correa de Waylon. Daba la impresión de que mi perro no quería hacer más que tumbarse y dormir un mes.

—¿Iba en serio lo de los vestidos? — me preguntó mientras nos acercábamos a mi hermano.

Le solté la mano y la estreché contra mi costado abrazándola por los

hombros.

—Claro, peque.

—¿Iba en serio lo que le has dicho a la tía Naomi? ¿Lo de que la quieres y eso?

Me detuve y giré el rostro hacia ella.

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida — le garanticé.

—Entonces, ¿no volverás a dejarnos?

Le di un apretón en los hombros y contesté:

—Nunca. Estaba para el arrastre sin vosotras.

—¿Sin mí también? —inquirió.

Vi el brillo de esperanza en su mirada, pero enseguida lo hizo desaparecer.

—Way, eres lista, valiente, preciosa, y lo voy a pasar fatal cuando empieces a tener citas. Te quiero un huevo, y no solo porque vengas con el lote.

Se puso tan seria que casi me partió el corazón.

—¿Me seguirás queriendo si te cuento algo? ¿Algo malo?

Como Duncan Hugo hubiera tocado a Waylay, lo atraparía, le cortaría las manos y lo obligaría a comérselas.

—Peque, nada de lo que me digas hará que deje de quererte.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por tus zapatillas molonas.

Se las miró, volvió a mirarme a mí y sonrió de lado.

—A lo mejor yo también te quiero un huevo.

Le di un abrazo de oso y le apreté la cara contra mi esternón. Cuando me rodeó la cintura, de pronto, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Pero no le digas a la tía Naomi que lo he dicho así.

—Trato hecho.

Se apartó y dijo:

—Vale, pues el caso es…

Poco después, acompañé a Waylay hasta Nash y Lucian. Un técnico de emergencias sanitarias le había cosido los puntos a Nash; los dos tenían varios cortes y arañazos visibles cubiertos con apósitos. Al día siguiente nos dolería todo. Y al otro. Y seguramente al próximo.

—Naomi me ha contado que Tina y Hugo buscaban un USB con información — me explicó Nash —. Por lo visto, nadie sabe qué información contenía o qué ha sido del USB.

—Waylay, ¿qué tal si vas a ver si tu tía necesita algo? — propuso Lucian.

Seguí su mirada y vi que no le quitaba ojo a Sloane, que rondaba cerca de Naomi, sus padres y Stef.

—En realidad, Way quería contarnos algo — dije. Le di un apretón en el hombro y añadí —: Adelante, peque.

Waylay tomó aire y se agachó a desatarse una zapatilla.

—Buscaban esto —dijo con el broche en forma de corazón en la mano tras enderezarse.

Nash se lo quitó, lo sostuvo entre los dedos y frunció el ceño. Con cuidado, lo separó por la mitad.

—¡¿Qué me estás contando?!

—Es un USB —explicó Waylay—. Mamá estaba contentísima cuando lo trajo a casa. No dejaba de repetir que al fin cobraría y que pronto conduciría un todoterreno de la leche y se zamparía un bistec mañana, tarde y noche. Me picó la curiosidad y se lo birlé. Era una lista de nombres y direcciones. Pensé que podía ser importante, así que me pasé el archivo a mi USB por si acaso. Siempre lo pierde todo.

Le hice un gesto con la cabeza para que continuara.

—Mamá se enfadó conmigo por una gilip…, digo, tontería y me cortó el pelo como castigo. Así que decidí devolvérsela. Le robé el USB para que creyera que lo había perdido y lo escondí en la biblioteca, pero no en la sección de ficción histórica como le dije a Duncan. Está atado con cinta al fondo de un archivador. No sabía que entrarían en la casa de la tía Naomi ni que nos raptarían y todo ese rollo, lo juro — dijo.

Nash le tocó el hombro y dijo:

—No te la vas a cargar por esto, Waylay. Has hecho lo correcto al contármelo.

—Me dijo que dispararía a la tía Naomi si no le decía dónde estaba. Intenté decírselo, pero me puso una cinta en la boca — añadió.

Gruñí al enterarme de aquello.

—No es culpa tuya —reiteró Nash.

Pero sí de su madre, por lo que no lamentaba que estuviera presa. Sin embargo, decidí que no era el mejor momento para contárselo a Waylay.

—Hay algo más —dijo.

—¿Qué más? —preguntó Nash.

—Tu nombre salía en la lista.

Lucian y yo nos miramos.

—Tenemos que verla —declaró Lucian.

Nash le tapó las orejas a Waylay y dijo:

—Y una mierda, mamones. Esto es asunto de la policía. Ven, Way, vamos a contárselo a tu tía y a pedirle a Sloane que nos deje entrar en la biblioteca.

—Vale —dijo—. ¿Knox?

—¿Sí, peque?

Dobló el dedo para que me acercase y me agaché. Procuré no sonreír tras oír lo que me susurró al oído.

—Vale. Nos vemos en casa —dije mientras la despeinaba.

Vimos cómo Nash la acompañaba a la ambulancia.

—Necesitamos la dichosa lista — dijo Lucian.

Se me escapó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—No es la única copia. También la subió al servidor de la biblioteca.

Se quedó inmóvil un segundo y luego se tronchó de risa. Sloane lo miró al momento. Entonces caí en que Lucian no solía reír. No como antes, cuando éramos críos y todo era motivo de risa.

—Las vas a pasar canutas cuando empiece a salir con chicos — dijo.

«Uy, sí, qué ganas».

Nos acercamos a Naomi, que estaba de pie tapada con una manta y sujetando un café. A pesar de todo lo que había visto esa noche, a pesar de todo lo que había hecho mal, la sonrisa que me brindó me iluminó por dentro.

Le di una palmada a Lucian en el hombro y le dije:

—Eh, ¿qué te parecería ser copadrino?

Epílogo: Hora de la fiesta

Naomi

—Mmm. Knox, tenemos que volver a la fiesta — murmuré pegada a su boca.

Me había empotrado contra la pared de la sala de estar de Liza mientras se celebraba la fiesta de cumpleaños más épica del mundo en el jardín trasero. Y en el delantero. Y en la cocina, el comedor y la galería.

Había niños, padres y moteros por todas partes.

El hombre que en ese momento me estaba succionando el alma con su beso se había sentado con Waylay y le había pedido que elaborase una lista con todas y cada una de las cosas que quería por su duodécimo cumpleaños. Y el tío se lo había conseguido todo.

Motivo por el que había una pista de obstáculos hinchables en el jardín trasero, un zoo interactivo en el delantero y no había ni una sola verdura en la mesa, que se iba a combar de lo que pesaban las *pizzas*, los nachos, las palomitas y ¡las dos tartas!

Knox volvió a meterme la lengua con chulería y me flaquearon las rodillas. Notaba su erección en la barriga, lo que enloqueció a mis partes íntimas.

—Tus padres, Liza, Stef y Sloane están ejerciendo de anfitriones. Dame cinco minutos — gruñó pegado a mis labios.

—¿Cinco minutos?

Coló una mano entre nuestros cuerpos y me subió el vestido. Cuando me tocó ahí, se me fueron las caderas solas hacia él.

—A lo mejor con cuatro me sobra — concluyó.

Podría hacerme llegar en quince segundos, pero quería más.

—Trato hecho —susurré.

Me arrastró consigo para echar el pestillo a las puertas de cristal. A continuación, fuimos al aparador que había contra la pared y me colocó ahí.

—¿Para qué son esas cajas? — pregunté tras ver unas cuantas amontonadas en un rincón.

—No te preocupes por eso —contestó.

Decidí seguir su consejo mientras me bajaba las bragas sin delicadeza hasta quitármelas.

—Cinco minutos —me recordó mientras me sentaba en el borde de madera y me separaba las rodillas. Antes de que pudiera decir algo inteligente, se sacó su pene grueso y duro de los vaqueros y me lo introdujo poco a poco.

Gemimos a la vez cuando me embistió con fuerza para metérmela hasta el fondo.

—No. Me creo. Que me hayas. Convencido. Para hacer. Esto — dije con los dientes castañeteándome mientras me penetraba sin piedad.

—Si eres tú la que no me suelta — replicó con la mandíbula apretada.

Knox estaba insaciable desde el «incidente», que es como lo había bautizado yo. No me quitaba el ojo de encima… Y a mí me parecía bien. Y más teniendo en cuenta que nos pasábamos casi todo el rato desnudos. Bueno, menos cuando hablábamos con la poli, tanto con la jefatura de Knockemout como con las otras que estaban implicadas.

Al parecer, en la famosa lista figuraban los nombres de varios policías y sus confidentes exconvictos de cinco condados de Virginia del Norte.

El padre de Hugo había dado con la información y había querido cargarse a todos los polis y confidentes que aparecían en la lista. Hugo, en un intento por impresionar a su padre, había decidido organizar un tiroteo contra uno de los nombres: el de Nash.

Pero después de que la ira de su padre cayera sobre él por hacer tal chapuza, Hugo decidió que sería más provechoso robar la información y vendérsela al mejor postor.

Todo esto lo sé por mi hermana. Tina cantó como un lorito con mono naranja para llegar a un acuerdo de lo más indulgente si su información derrocaba a algún miembro de la mafia de los Hugo.

Con Tina entre rejas, el camino hacia la tutela no podía estar más despejado. Todavía costaría lo suyo, pero al menos, nos habíamos librado de los escollos más importantes.

Y, aunque Duncan Hugo seguía campando a sus anchas, la policía estatal lo

estaba buscando, y tenía el presentimiento de que sus días de libertad acabarían pronto.

—Más niños —dijo Knox con voz áspera.

—¿Qué? —pregunté tras separarme de su boca.

Movió las caderas hacia delante con ímpetu y se hundió al máximo en mí.

—Que quiero más niños.

Por cómo mis músculos se contraían a su alrededor y tiraban, supe que me correría de un momento a otro.

—¿Que qué? —repetí como tonta.

—Way sería una hermana mayor estupenda — dijo. Con una sonrisa lobuna, enganchó los dedos en el cuello de mi vestido y me lo bajó junto con el sujetador, lo que dejó mis senos al aire. Agachó la cabeza y, a centímetros de mi pezón endurecido, me preguntó —: ¿Te apetece?

Quería niños, quería formar una familia conmigo y con Waylay. Me iba a explotar el corazón. Y la vagina, tres cuartos de lo mismo.

—S-sí —contesté como pude.

—Guay. —Cuando me besó en el pecho, su cara era de triunfo y arrogancia. ¡Qué *sexy*, Dios!

Y dejé que me llevara al límite.

Seguía disfrutando de los efectos de un orgasmo devastador cuando se quedó quieto bien dentro de mí y aguardó. Se le escapó un gemido gutural a la vez que el primer chorro caliente de semen brotaba en lo más profundo de mi interior.

—Te quiero, Naomi —murmuró mientras veneraba mi piel desnuda con sus labios.

—Yo t… —Pero me tapó la boca con la mano sin dejar de metérmela y sacármela, como si quisiera aprovechar hasta el último segundo de cercanía.

—Todavía no, preciosa.

Había pasado una semana del incidente, una semana del primer «te quiero», y aún no me dejaba decírselo a él.

—¿Pronto? —pregunté.

—Pronto —prometió.

Era la mujer más afortunada del mundo.

Knox salió antes de la sala de estar, dijo que tenía que encargarse de una cosa. Yo seguía peinándome y recolocándome el vestido, rezando para que no fuera un rocódromo o un globo aerostático, cuando abandoné la estancia y me topé con Liza, que estaba sentada en una silla tapizada con estampado de flores que había rescatado del sótano y había trasladado al vestíbulo.

—¡Qué susto me has dado!

—He estado pensando —dijo sin rodeos —. Esta casa es demasiado grande para una anciana.

Desistí de peinarme y dije:

—No estarás pensando en venderla, ¿no?

No me imaginaba esa casa sin ella. No me la imaginaba a ella sin esa casa.

—Qué va. Demasiados recuerdos, demasiada historia. Estaba pensando en mudarme a la cabaña.

—Anda. —Alcé las cejas. No sabía qué decir. Había dado por hecho que seríamos Waylay y yo las que nos mudaríamos a la cabaña algún día. En ese momento me pregunté si sería la forma de Liza de echarnos.

—Este lugar necesita una familia que le dé vida. Una grande y caótica, hogueras y bebés, adolescentes sabiondos, perros.

—Bueno, perros ya hay —puntualicé.

Asintió con intención y dijo:

—Ya. Pues hecho, entonces.

—¿Cómo que «hecho»?

—Yo me quedo la cabaña y tú, Knox y Waylay vivís aquí.

Boquiabierta, empecé a imaginar cientos de cambios en el mobiliario.

—Anda, es que no sé qué decir.

—No hay nada que decir. Ya lo he hablado con Knox esta semana.

—¿Y qué ha dicho?

Me miró como si acabara de pedirle que renunciase a la carne roja.

—¿Tú qué crees? —preguntó como si la hubiera ofendido —. Le ha montado a tu niña el mayor fiestón que se ha dado en este pueblo, ¿no? Está organizando la boda, ¿no?

Asentí. No tenía palabras. Primero, la fiesta de Waylay; luego, la charla sobre los niños; ahora, la casa de mis sueños. Era como si Knox también me hubiera pedido a mí que escribiera una lista con todo lo que quería y la estuviera cumpliendo a rajatabla.

Liza me tomó la mano y me dio un apretón.

—Bien dicho. Voy a ver si cortan ya las tartas.

Seguía mirando la silla que acababa de dejar libre cuando Stef apareció por el pasillo.

—Waylay te necesita, Witty — dijo.

Salí del trance y comenté:

—Vale, ¿dónde está?

Señaló con el pulgar el jardín de atrás.

—Ahí detrás. ¿Estás bien? — me preguntó con una sonrisa que me indicaba que lo sabía todo.

Negué con la cabeza y dije:

—Knox me ha cogido por banda para echar uno rapidito, me ha dicho que quiere que tengamos hijos, y ahora Liza nos deja la casa.

Stef silbó por lo bajo y dijo:

—Te vendría bien una copa.

—O siete.

Me acompañó por el comedor, donde casualmente había dos copas de champán esperándonos. Tras ofrecerme una, salimos a la terraza por las puertas del porche.

—¡¡¡Sorpresa!!!

Retrocedí un paso y me llevé una mano al corazón cuando buena parte de los habitantes de Knockemout me vitorearon desde el jardín trasero.

—No es una fiesta sorpresa — les dije.

Todos se echaron a reír. Me pregunté por qué estaban tan contentos, como si esperasen que ocurriera algo.

Mis padres se asomaron al lateral de la terraza con Liza y Waylay; todos sonreían.

—¿Qué pasa aquí? —Me volví hacia Stef, que se retiraba y me lanzaba besos.

—Naomi.

Me giré y vi a Knox detrás de mí. Estaba tan serio que se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras miraba a mi alrededor para ver si faltaba alguien o alguien se había hecho daño. Pero toda nuestra gente estaba ahí. Todos nuestros seres queridos estaban en ese jardín, felices.

Knox tenía una cajita en la mano. Una cajita de terciopelo negro.

«Ay, madre».

Eché un vistazo a Waylay, detrás de mí, porque me preocupaba haberle aguado la fiesta. Era su día, no el mío. Pero cogía de la mano a mi madre, daba saltos de puntillas y esbozaba la sonrisa más grande que había visto en mi vida.

—Naomi —repitió Knox.

Me volví hacia él de nuevo y me llevé los dedos a la boca.

—¿Sí? —dije en forma de gritito ahogado.

—Te dije que quería una boda.

Asentí, y es que ya no me fiaba de mi voz.

—Pero no te dije por qué.

Dio un paso al frente y luego otro hasta que estuvimos a escasos centímetros.

Noté que me faltaba el aire.

—No te merezco —dijo, y miró detrás de mi hombro antes de añadir —: Pero un hombre muy sabio me dijo una vez que lo más importante es que me pase el resto de mi vida intentando ser el tipo que mereces. Y eso es lo que voy a hacer. Cada puñetero día voy a recordar lo afortunado que soy y voy a hacer lo que esté en mi mano para ser el mejor hombre para ti. Porque tú, Naomi Witt, eres increíble. Eres preciosa, dulce. Tienes un vocabulario de la leche, ves y oyes a los demás, recompones lo que está roto. Como a mí. Me recompusiste. Y cada vez que me sonríes, vuelvo a sentir que me ha tocado la lotería.

Las lágrimas amenazaban con descender por mi rostro, y no había nada que pudiera hacer para impedirlo. Knox abrió la cajita, pero no veía nada de lo húmedos que tenía los ojos. Sin embargo, conociendo a Knox, el anillo sería excesivo, y, aun así, perfectísimo.

—Ya te lo dije una vez, pero ahora voy a pedírtelo. Cásate conmigo, Flor.

No puntualicé que realmente no me lo estaba pidiendo, sino que era más bien una orden. Porque estaba muy ocupada asintiendo.

—Necesito que lo digas, preciosa. — Me presionó.

—Sí —logré decir, y me arrojé al cálido y fornido pecho de mi prometido. Todos mis seres queridos nos vitorearon, y Knox me besó… de una manera muy inapropiada para tener público.

Se apartó un ápice y dijo:

—Te quiero un huevo, Flor.

Suspiré entrecortadamente y traté de no llorar. No asentí con mucha dignidad, que digamos.

—Ya puedes decirlo. —Me animó mientras tomaba mi rostro entre sus

manos y sus ojos de un gris azulado me decían justo lo que él necesitaba oír.

—Te quiero, Knox.

—Ya te digo, cariño.

Me abrazó fuerte y luego alargó un brazo por el que se coló Waylay, que me sonreía y lloraba a la vez. La rodeé con mi brazo libre y nos junté a los tres. Waylon asomó la cabeza entre nosotros y ladró.

—Lo has bordado, Knox —dijo Waylay —. Estoy orgullosa de ti.

—¿Lista para la tarta? —le preguntó él.

—No olvides pedir un deseo, cielo — le dije yo.

Me sonrió y dijo:

—No hace falta, ya tengo todo lo que quería.

Y, sin más, las lágrimas volvieron a asomar.

—Y yo, tesoro. Y yo.

—Vale. Nueva norma de familia: no podéis volver a llorar en vuestra vida — dijo Knox con la voz ronca.

Parecía que iba en serio. Eso solo consiguió que llorásemos con más ganas.



Más tarde, esa noche, cuando la fiesta se hubo acabado, los invitados se hubieron ido a casa y Knox volvía a tenerme desnuda, nos quedamos tumbados en el dormitorio, a oscuras. Me acariciaba la espalda de arriba y abajo mientras yo me acurrucaba en su pecho.

Al fondo del pasillo, un montón de chicas reían como colegialas en la habitación de Waylay.

Liza no tardó nada en cumplir su promesa. Hizo la maleta, se llevó el comedero del perro y se fue a pasar la noche a la cabaña.

—Hoy ha sido el mejor día de mi vida — susurré mientras contemplaba cómo la luz del baño incidía en la alianza de mi dedo y centelleaba. Estaba en lo cierto: era excesivo. Un solitario diamante gigante flanqueado por tres piedras más pequeñas a cada lado. Tendría que empezar a levantar pesas con la otra mano para que mis músculos estuvieran a la altura.

Knox me besó en la coronilla y dijo:

—Desde que te conocí, todos los días han sido los mejores de mi vida.

—Como te pongas cursi, voy a saltarme tu nueva norma familiar — le advertí.

Se removió debajo de mí y dijo:

—Tengo un par de cosillas más para ti.

—No te lo tomes a mal, pero después de celebrar la mejor fiesta de cumpleaños a la que ha asistido este pueblo, de que Liza nos haya dejado esta casa y de que me hayas exigido matrimonio delante de nuestros familiares y amigos, no creo que vaya a soportar nada más.

—Allá tú —dijo.

Aguanté la friolera de diez segundos.

—Vale, tú ganas.

Se incorporó y encendió la lámpara de la mesita. Sonreía de oreja a oreja, lo que hizo que mi corazón se transformara en oro líquido.

—Primero, mañana vas a ayudarme a hacer las maletas.

—¿Las maletas?

—Voy a mudarme aquí oficialmente y no sé qué van a querer tus padres y qué no.

—¿Mis padres?

—Liza J. nos ha dado la casa y yo voy a darles la mía a tus padres.

Me incorporé y me cubrí el pecho con la sábana.

—Que les vas a dar la tuya a mis padres — repetí.

Me obsequió con una mirada lobuna y dijo:

—¿Te pitan los oídos todavía o qué, Flor?

—Puede. O a lo mejor son todos los orgasmos que me provocas, que están deteriorando mi capacidad auditiva poco a poco.

Me cogió por la nuca y me acercó a él.

—Tu madre ha conseguido un empleo en el cole de Waylay. Tutora a media jornada; empieza en enero.

Me froté los ojos con las manos y dije:

—Mis padres van a…

—Mudarse a Knockemout.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo lo has…? ¡Waylay va a crecer teniendo a sus abuelos al lado!

Todos mis sueños se estaban haciendo realidad, y Knox era el artífice de ello.

—A ver si te queda claro. Si hay algo que desees en este mundo, te lo voy a dar sin preguntas. Si lo quieres, es tuyo. Así que ten. — Me tiró un fajo de

papeles.

Los cogí sin pensar. Daban la impresión de ser algún contrato legal.

—¿Qué es esto?

—Ve directa a donde la firma — me ordenó.

Seguí la etiqueta amarilla a mano y vi la firma de mi hermana en la línea de puntos.

Las palabras «custodia» y «patria potestad» destacaban en la página.

—Madre mía —susurré.

—Tina te ha cedido la patria potestad. Es oficial. Se acabaron las vistas, o las visitas a domicilio: Way es nuestra.

No podía hablar. No podía respirar. Solo llorar en silencio.

—Joder, preciosa, odio que llores — refunfuñó Knox, que me sentó en su regazo.

Asentí, con las lágrimas en los ojos, mientras lo abrazaba fuerte.

—Ahora me toca a mí.

Por lo que a mí respectaba, podía tener lo que quisiera. Mis riñones, mi bolso favorito, lo que fuera.

—Si quieres que echemos el cuarto polvo del día, antes vas a tener que traerme ibuprofeno, una bolsa de hielo y una garrafa de agua — le dije en broma mientras sollozaba y me sorbía los mocos.

Su risa retumbó en su pecho mientras me enredaba los dedos en el pelo y me atusaba el pelo.

—Quiero que nos casemos más pronto que tarde. No voy a perder ni un minuto más sin hacerte mi esposa. Puedes tener lo que quieras: una boda de postín por la iglesia, una barbacoa en el jardín trasero, un vestido de novia de cinco cifras. Pero tengo una exigencia.

¡Cómo no, una exigencia en vez de una petición!

—¿Cuál?

—Quiero que lleves margaritas en el pelo.

Epílogo extra:

Knox

Cinco años después

En el porche, con sumo cuidado, le pasé el fardo a Waylay y saqué las llaves del bolsillo delantero.

Esta le sonrió a la carita de largas pestañas y volvió a mirarme.

—Lo habéis bordado —dijo.

Ya tenía diecisiete años. Cada vez que pensaba que en un año nos dejaría para ir a la universidad, estaba al borde del infarto. No estaba preparado. Pero a juzgar por su cara, diría que volvería más a menudo de lo que tenía pensado para ver a sus hermanas.

«Hermanas».

Vi a mi mujer, vestida con uno de esos vestidos largos y vaporosos que me volvían loco, balancearse de un lado a otro. Me aseguré de que no le faltaran en el armario.

La niña abrazada a su cadera se chupaba el pulgar y se estaba durmiendo.

La sonrisa de Naomi era ligera, de satisfacción, e iba dirigida a mí.

En ese momento, lo sentí todo. Amor hacia la mujer que me devolvió a la vida, que me dio un motivo para levantarme cada mañana con una sonrisa, que me quiso lo bastante como para perdonar mis fallos.

Al principio lo pasamos mal, igual que cuando lo de formar una gran familia no salió exactamente como habíamos planeado. Pero afrontamos el problema como hacíamos siempre: juntos.

Y ahí estábamos, con nuestras tres hijas. Dos de las cuales eran el mayor secreto que habíamos guardado jamás. Tras años de preparación, la adopción nos había caído del cielo.

Cuando de pronto nos llamaron, no habíamos tenido tiempo ni de prepararles sus dormitorios. Bridget, de tres años, y Gillian, su hermana recién nacida.

Le toqué la mejilla a mi esposa y la acerqué a mí cogiéndola por la nuca. La besé en la frente y rocé el pelo de nuestra hija con los labios.

—Mamá, papá y Liza no cabrán en sí de gozo — auguró Naomi mientras yo metía la llave en la cerradura —. Ojalá hubiera un modo de contárselo a los tres a la vez.

Por un momento, deseé fervientemente que mi madre pudiera conocer a sus nietas. Que viera los hombres en los que se habían convertido sus hijos y las mujeres a las que habíamos elegido. Pero la pérdida formaba parte del amor.

—¿Cuánto vas a tardar en coger el teléfono? — dije para chincharla.

—Lo que tarde en mear, darle la merienda a Bridget y prepararle un biberón a Gilly.

—¡Merienda! —Mi hija se espabiló de golpe.

—En cuanto a eso… —dijo Waylay, sonriendo tímidamente.

—¿Qué has hecho, Way? —exigí saber.

—No le he dicho nada concreto a nadie — contestó —. Pero sí que les he comentado que hoy les daríamos un notición.

Justo en ese momento, la puerta delantera se abrió desde dentro.

—Tu padre y yo estamos que nos subimos por las paredes — anunció Amanda con los brazos en jarras. Divisé a Lou en el salón, viendo la tele con Nash y Lucian.

—¡Solo tu madre! ¡Yo estoy muy tranquilo! — gritó Lou.

—¿Cuál es el notición? —preguntó Stef, detrás de mi suegra.

—Eso. ¿A qué viene tanto secretito? — quiso saber la mujer de mi hermano.

—¿Habéis traído cena? —exigió saber mi abuela, que apareció junto a ellos.

—¿Es por la beca para jugar al fútbol de Waylay? — inquirió Wraith. Daba igual el tiempo que hubiera pasado, seguía sin acostumbrarme a que el motero saliera con mi abuela. Aunque hicieran al otro la mar de feliz.

—¡Yuju! —dijo Jeremiah mientras le apretaba el hombro a Stef.

Sloane se asomó por encima del hombro de Amanda a la vez que yo me apartaba.

—A ver —musitó.

Amanda fue la primera en darse cuenta. Su alarido de alegría sacó a Lou, Nash y Lucian de la sala de estar, que salieron a ver la amenaza. También asustó al bebé, al que no le hizo ninguna gracia que lo despertaran a gritos.

Fi salió de la cocina a trompicones.

—¿A qué viene ese griterío…? — Dejó la frase a medias para desgañitarse ella también.

—¡Bebés! —Sollozó Amanda mientras Waylay le pasaba a Gillian, que lloraba —. ¡Tenemos bebés!

—Ven con el abuelo —dijo Lou mientras alargaba los brazos hacia Bridget —. Te prometo que conmigo no te faltarán chuches.

Por un segundo, se opuso tímidamente, pero la palabra «chuches» tuvo el efecto deseado y la niña quiso ir con él.

Si no me equivoco, mi suegro tuvo que reprimir un sollozo.

—Mira qué perfecta es —le dijo Amanda a Sloane mientras le hacía cosquillas al bebé en los deditos.

—Ahora entiendo por qué me escribías para preguntarme cosas del pelo — dijo Jeremiah con una sonrisa.

No dejaba de acosarlo para que me recomendara los mejores productos y las mejores técnicas de peinado, porque mis hijas iban a tener el mejor pelo de Knockemout.

El novio de Waylay, Theo, se acercó y abrazó a Way por el costado. Lo fulminé con la mirada, pero no con la intensidad de siempre.

—Theo —dije.

—Señor Morgan —dijo.

Era obvio que ya no lo intimidaba, porque no bajó el brazo de los hombros de mi hija.

Naomi me dio un codazo en las costillas.

—Papá, relájate —me pidió Waylay mientras ponía los ojos en blanco.

Liza cogía en brazos a Gillian y Nash le hacía malabares a Bridget, que se partía de risa.

—Esto se merece una *pizza* — decidió Amanda —. Lucian, pídela. Lou, ve a por la cinta métrica de Knox.

—¿Para? —preguntó Lou.

—Tú y los chicos vais a medir los cuartos de las niñas para empezar a decorarlos. Chicas, a la bodega. Hay que elegir colores y estampados, mirar guarderías y elaborar listas de la compra — ordenó Amanda.

—Yo me voy con las chicas — decidió Stef, que hizo una pausa para besar a Jeremiah en la boca.

—¡Guárdame una copa! —le gritó su marido.

Naomi me dio un apretón en la cintura y me susurró:

—Te quiero, Knox Morgan.

No me cansaba de oírlo.

—Y yo a ti, preciosa.

Se apartó de mi lado y vi cómo se iba con las mujeres al comedor con su vestido formando ondas en sus tobillos.

—Lo has bordado, Knoxy —dijo Lina, que se había quedado un rato más en el vestíbulo.

La abracé fuerte y le recordé:

—Y lo dice la que ha tenido gemelos.

—Que están durmiendo la siesta en el cuarto de Way, que no se me olvide.

Una nueva generación bajo ese techo era lo que nuestra familia necesitaba para estar completa.

Llamaron a la puerta que tenía detrás, todavía abierta.

—Papá.

—¿Interrumpo?

Tenía buen aspecto. Estaba sano y cuerdo, lo cual me seguía sorprendiendo cada vez que lo veía.

John Wayne Morgan llevaba tres años sobrio. Vivía en Washington D. C. con su novia y los dos gatos que habían rescatado. Era recaudador de fondos (y de los buenos, además) enHannah’s Place, que se había expandido y había abierto una sucursal en el centro y otra en Maryland.

—Waylay me ha escrito y me ha dicho que tenías un notición. Volveré cuando no estés liado — propuso.

—Papá. —Nash dejó la escalera de mano que transportaba (vete a saber por qué) y lo saludó con una palmada en la espalda. Yo todavía no estaba en ese punto con mi padre. Pero cada visita, cada llamada, cada promesa cumplida nos acercaba un milímetro más.

—Llegas justo a tiempo de conocer a tus nuevas nietas — le dije.

A papá se le iluminó la cara cuando dijo:

—Nietas.

—La agencia nos llamó hace tres días y nos dijo que tenían dos niñas listas para unirse a la familia — expliqué —. No queríamos contárselo a nadie hasta

que las tuviéramos en casa.

—Nietas —repitió con asombro, como si se sintiera el hombre más afortunado del mundo. Me dio la sensación de que nos separaba un milímetro menos.

—Pasa —dije. Le puse una mano en el hombro y lo acompañé a la zona de guerra llena de estrógenos en la que Amanda y Liza tenían muestras de pintura y todos los portátiles y tabletas posibles repartidos por la mesa.

Sloane le daba el biberón al bebé mientras Bridget, sentada en mitad de la mesa, se comía un bol de uvas troceadas. Mis hijas estaban rodeadas de mujeres inteligentes y fuertes que las querían.

—¡Duke! ¡Qué bien que hayas venido! — dijo Amanda, que le dio un beso en la mejilla a papá —. ¡Ven a conocer a las chicas!

Mi padre se vio arrastrado al corrillo de mujeres y Stef.

Noté unas manos en el cinturón y, al instante, Naomi me sacaba de la sala de espaldas.

—¿Adónde me llevas? —pregunté, divertido por la situación.

Me soltó el cinturón y me cogió de la mano para llevarme al salón. El retrato de nuestra boda estaba colgado encima de la chimenea. Me seguía emocionando al verlo. Naomi, arrebatadora y colorada con su vestido y su corona de margaritas en el pelo, le pasaba un brazo a Waylay, que había insistido en llevar un vestido amarillo limón que llegase hasta el suelo y margaritas. Ambas se reían. En cuanto a mí, estaba la mar de guapo con mi traje y la mar de contento de velar por mi esposa y mi hija.

—Sé que se vienen unos años de locura total — dijo Naomi, que tomó mi rostro entre sus manos —. Sé que vamos a estar reventados, agobiados y muertos de miedo casi siempre, por no decir siempre. Pero también sé que nada de esto sería posible sin ti.

—Cariño, no voy a soportarlo como te me vengas abajo ahora — le advertí.

Una ventaja de no poder tener hijos era que no tendría que ver a mi mujer pasando por los cambios hormonales propios del embarazo. Habría aguantado que llorase, pero no lo habría llevado muy bien.

—No voy a llorar —dijo.

Mi mujer mentía de pena, porque ya veía cómo se le empañaban esos ojos avellana que tanto me gustaban.

—Solo voy a decirte que haces que cada día sea el mejor de mi vida. Que siempre estaré agradecida de que…

—¿Dejase de mirarme el ombligo? — aventuré.

Naomi negó con la cabeza y dijo:

—De que creyeras que Way y yo valíamos la pena. Gracias por esta vida, Knox Morgan. Nadie más habría convertido mis deseos en esta aventura.

Lo había vuelto a hacer. No dejaba de sorprenderme que Naomi hallara más pedazos rotos en mi interior y los recompusiera.

—Te quiero, Knox. Y siempre estaré agradecida por cómo eres y por todo lo que has hecho.

Tenía un nudo muy fuerte en la garganta y notaba un escozor detrás de los ojos que no me hacía ninguna gracia.

Cogí a Naomi y la acerqué a mí. Enterré el rostro en su pelo y dije con voz ronca:

—Te quiero.

Las palabras se quedaban cortas. No se acercaban ni de lejos a lo que sentía en el pecho cuando despertaba y la veía acurrucada a mi lado, dormida y a salvo. No hacían justicia a lo que sentía cuando entraba en una sala y la iluminaba con su luz. Y no se parecían ni por asomo a lo que sentía cuando me miraba a los ojos y me decía que le había dado todo lo que quería.

Decidí que, puesto que era incapaz de expresárselo con palabras, me pasaría lo que me quedase de vida demostrándole cómo me hacía sentir.

Nota de la autora

A mis lectores:

Acabé de escribir este libro a las 23.03 del 4 de noviembre de 2021, e inmediatamente rompí a llorar.

Lo había empezado cinco meses atrás, justo unos días antes de que David, marido de Claire Kingsley y amigo mío, falleciera de repente. Su muerte no solo me dejó consternada, sino que era el tercer marido de una amiga que, en dos meses, dejaba este mundo antes de tiempo.

Estaba destrozada. No me imaginaba el mundo sin David, y menos aún un mundo en el que tres de mis amigas más íntimas habían enviudado trágicamente en la cuarentena.

Cuando empecé a escribir esta novela, no sabía de qué trataría. Ni siquiera lo tenía claro cuando iba por la mitad. Pero ahora que la he terminado, al fin lo he comprendido. Este libro trata del coraje que hay que tener para amar a alguien pese a saber cómo acaban las historias de amor. Trata de elegir el amor en vez del miedo, una y otra vez. Trata de dar la cara y ser valiente aun sabiendo que dolerá muchísimo.

El pavor que tenía Knox a perder a un ser querido y derrumbarse era el mismo que tenía yo, y, mientras escribía esta historia, acabé trabajando mucho en mi duelo y mi miedo. A veces, no podía olvidar lo mucho que sufrían mis amigas por su pérdida. Otras, tenía la entereza suficiente para recordar lo afortunados que somos de querer a alguien con tanto fervor que perderlo es desolador.

Mi deseo es que amemos de todo corazón y que nos entreguemos tanto a nuestros allegados que, cuando nos separemos, nuestro único arrepentimiento sea por falta de tiempo y no por falta de cariño. Y que entendamos que el dolor

que nos causa la pérdida es lo que da color, sabor y textura a lo que nos queda de vida.

Gracias por leerme. Sed valientes, amigos míos.

Besos,
Lucy.

Agradecimientos

A Kari March Designs, por diseñar la cubierta perfecta.

A Jessica, Dawn y Heather, por ser unas editoras fabulosas.

A Joyce y Tammy, por leer la primera versión de esta novela y garantizarme que no era un bodrio lacrimógeno.

A Josie, Jen y Claire, por ser lo bastante fuertes como para consolar a los demás pese a haber sufrido una pérdida horrible.

Al señor Lucy, por decirme que no me preocupase por plazos o fechas de publicación y me centrase en escribir la mejor historia que pudiera.

Al agua con gas, por tener apariencia de refresco.

Y a mis lectores, por apoyarme aunque haya tardado un siglo en escribir este libro. Sois los mejores.



LUCY SCORE (Estados Unidos). Es una autora *best seller* que ha estado en las listas de más vendidos del *Wall Street Journal y el USA Today*. Le encanta escribir comedias románticas ambientadas en pueblecitos que han conquistado a lectores de todo el mundo. Sus libros se han traducido a más de veinte idiomas.

Actualmente, Lucy vive en Pensilvania con su marido y su gato. En su tiempo libre, le gusta dormir, beber ingentes cantidades de café y leer novelas románticas.

Índice de contenido

Cubierta

Cosas que nunca dejamos atrás

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Epílogo

Epílogo extra

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora